

MITOS Y LEYENDAS DE COLOMBIA



COMPILADORA: EUGENIA VILLA POSSE

VOLUMEN II
EDICIONES IADAP

MITOS Y LEYENDAS DE COLOMBIA

VOLUMEN II

Eugenia Villa Posse

COLECCIÓN "Integración cultural"

MITOS Y LEYENDAS DE COLOMBIA

Investigación y compilación Eugenia Villa Posse

ISBN 9978-60-003-5

ISBN 9978-60-005-1 (Tomo II)

Editorial © IADAP

Diego de Atienza y Av. América

Telfs : 553684 - 554908

Fax : 593.2.563096

Apartados postales: 17-07-9184 / 17-01-555

Quito-Ecuador

Derechos reservados conforme a la ley

Primera edición, agosto 1993, 1000 ejemplares

DIRECTOR EJECUTIVO	Eugenio Cabrera Merchán
COORDINADOR DIFUSIÓN	Víctor Manuel Guzmán
DIAGRAMACION Y PORTADA	Wilfrido Acosta Pineda
LEVANTAMIENTO DE TEXTOS	Nelly Jiménez Viana
IMPRESIÓN	Washington Padilla M.

**Este segundo volumen
denominado " Leyendas y cuentos
del folclor, corresponde a la
colección "Mitos y Leyendas de
Colombia", que es una
recopilación en tres tomos
preparada por la investigadora
colombiana Eugenia Villa
Posse.**

PARTE II

LEYENDAS Y CUENTOS DEL FOLCLOR

17. VARIAS REGIONES

Leyendas

Otero D' Costa, Enrique. *Leyendas*. Biblioteca Aldeana de Colombia. Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana. Publicaciones Ministerio de Educación Nacional, Ed. Minerva, S.A., Bogotá, 1936. (p. 15-46).

Este trabajo de selección de leyendas colombianas estuvo a cargo de un estudioso del folclor y la historia colombiana. Aquí se publican una serie de textos de leyendas de varias regiones del país, muchas de ellas oídas por el autor directamente de narraciones campesinas, que él recuerda y elabora con el fin de dar una presentación más literaria a estos textos del folclor colombiano.

TAL PARA CUAL

Hay cuentos de bobos y cuentos hay de vivos, y hoy me acude al chirumen uno sobre cierta pareja de majaderos que vivieron, luengo años há, en la tierra del tabaco aromoso, del cacao por excelencia y del oro sin rival.

Estábase que ese estaba en la vieja ciudad de San Juan de Girón un hidalgo llamado don Anselmo Landínez de Chinchánchez, el cual hidalgo pasábase la vida muy sosegada y colónialmente: chocolate espumoso y aromático a mañana y noche, gaudeamus succulentos, siestas roncadoras, buen tabaco veguero, agua fresca en jarro de plata, misa tempranera y rosario al golpe de ánimas.

Para llevar esa vidilla necesitábase un pasar, y don Anselmo tenía lo fincado en un cacaotal que alzaba sus copas en el risueño valle del Riodeoro, amén de su casona grande y soleada, con huerto, gato y turpial; casa y cacaotal que había heredado de sus padres, pues, por lo que hacía a nuestro héroe, nunca había sabido cosechar un maravedí.

Heredó asimismo nuestro hidalgo un hermoso coto; mas no imaginar que este coto era de aquellos sombreados de verdes arboledas, risueños prados y abundante casa de pelo y pluma.

Nó! Erase el tal de los que llama la ciencia bocio, y en lenguaje familiar **maraca**. Vaya en gracias! Un apéndice de tan buena presentación y libras, que se reputaba como el coto padre de todos los cotos que en aquellas lejanas edades florecían en los pezcuesos de los más insignes cotudos.

Tan valiente érase la maraca de don Anselmo, que llegó a causar envidia entre todos los cotudos de la comarca, y en especial, de un cierto maese Cirilo **digno sacristán de coro en la parroquial y tan superno cantor que los honrados gironesas podían vanagloriarse de que no había otro alguno que le aventajase en cincuenta leguas a la redonda**.

Dicho lo antecedente se comprenderá que Cirilo érase también cotudito, y por lo tanto, bobo, tan **bobo** cual podía **serlo don** Anselmo y como debían **de serlo todos sus** congéneres en aquellos remotos tiempos, de **lo cual**

infierno que nació aquella coplilla que cantan los campesinos de mis montañas rascándole las tripas al tiple:

Entre cotudo* y bobo*
La diferencia descubro.
De que el cotudo es un bobo
Y el bobo es también cotudo.

Pues bien, respetables damas y honorables caballeros: sucedió que al gotear de los días cayó enfermo don Anselmo con un tabardillo de tan malas intenciones, que el cirujano declaró el caso como perdido y cedió su lugar al cura y vicario de San Juan de Girón, quien propinó al paciente confesión, absolución, comunión y santos óleos, dejándole así preparadito para seguir arre que arre camino del Paraíso.

¿Preparadito? Es el caso que don Anselmo, ultra de bobo era gran timorato y, por ello, pese a su edificante confesión, quedo lleno de temores y de duda. ¿Que me salvaré? ¿Que no me salvaré? ¿Que se me quedaría entre la mochila algún pecado? Y en tal ansiedad pasábese las horas pensando en los tormentos del infierno y en las uñas del diablo. ¡Qué agonía! Mas vamos, que después de mucho pensar una idea salvadora acudió "a su cerebro, y como el caso urgía, decidió ejecutarla seguidamente, para cuyo logro hizo llamar al compadre Cirilo, el sacristán.

- Compadre: bien sabéis el extremo en que me hallo, y testigo sois de que he cumplido devotamente con todos los Sacramentos de nuestra santa religión. Pero, qué queréis. ... *

Me aflige una duda la cual no es otra que la de pensar que con todo y absolución puedo condenarme. ... Un pecadillo rezagado, un arrepentimiento no bastante. ... En últimas, que me ausento de este mundo atormentado con las más crueles dudas y afligido del más penoso dolor!

- ¡Compadrito de mi alma! Mirad que la misericordia de Dios es muy grande.

- Así es la verdad; pero mi abuela decíame que: ñor Seguro mató a ñuá Confianza y yo quiero irme para esta jornada de bracero con ñor Seguro, para lo cual os pido un señalado favor que espero me otorgaréis en gracia de la buena voluntad y devoción que en todo tiempo me habéis demostrado.

- Abrid esa boca, compadre, que abiertas tengo las compuertas de las orejas.

- Pues para no dar mucho rodeo, que el tiempo corre y me siento ir, diré que muy ahincadamente os suplico me hagáis promesa y juramento, ante este Santo Cristo, de haceros cargo de todos mis pecados, así de los confesados como de los que haya dejado de confesar y de los que pueda cometer en las horas que me resten en este valle de lágrimas.

El compadre Cirilo rascóse la coronilla, luego se acarició el coto, y por

último quedóse como en misa, mirando hacia el artesonado. El compadre Cirilo no se sentía muy entusiasmado de embarcarse en esa nave....

- Compadre: aun no lo he dicho todo. Résteme decir que en pago de vuestra cristiana acción os hará donación de la media parte de mi cacaotal, cuyo provento os dejará pasar en paz y sosiego todos los días que Dios fuere serviro daros.

Cirilo conmovido, ante aquella suculenta recompensa, embarcóse con todo y coto en la nave, y, sin vacilar un momento más, juró y requetejuro ante el Cristo, muy devota y solemnemente, que se hacía responsable a Dios de todos los pecados pasados, presentes y futuros de su compadre, con lo cual cerróse el trato, quedando don Anselmo embargado de angélica paz y Cirilo embriagado de celeste dicha. Tal para cual. . . .

Y acto seguido, llamado el Escribano Público y de Cabildo de la ilustre ciudad de San Juan de Girón, corrióse la escritura quedando así sellado el negocio entre aquella pareja de inocentes prójimos.

Marchóse maese Cirilo a su casa, más alegre que un toche mañanero, y corrió en busca de su mujer para comunicarle la gran nueva, pues el sacristán era de aquella escuela que dice que el consejo de la mujer es poco y que quien no lo recibe es un loco. Mas no lo huebiera hecho! Su cara mitad puso los ojos en vilo y mostró una faz tan descompuesta que el marido no pudo menos de interrogarla desesperadamente:

- Pero mujer, ¿qué os acontece?

- Que digo y redigo que no hay peor torpeza que la de la cabeza, y que de ella padece este mentecato. So majadero: ¿no se os alcanza que algún pecado muy grave debió de esconder don Anselmo cuando os ha metido en este pacto? Y aunque así no lo fuera, ¿dónde va un pecador a hacerse cargo de las venideras culpas de otro por más difunto que le halle? ¿y, si por ventura no fallece? Respóndeme: ¿si no fallece?

- Si no fallece? ¡Caracucho, caracuchito! Maese Cirilo comprendió la burrada que había cometido, y luego al punto disparóse hacia la morada de don Anselmo.

- ¡Compadre Anselmo!

Adelante, compadrito, y dadme la enhorabuena, porque me hallo tan aliviado, que ya, ya barrunto he de salir bien librado de esta. . . .

¡Conque aliviadol! Peor que peor, pensó Cirilo temblando.

- ¡Ay! compadre ¡Cuánto me placel! Así no habrá lugar a llevar adelante el convenio. De modo que no hay nada de lo dicho y anulemos la escritura, y quedaos con vuestros pecados y yo con los míos, que la misericordia de Dios nos dará espacio y ánimo para espulgarnos, confesarnos y arrepentimos.

- Vamos por partes.Que esté o no mejorando de la salud, es un

cosa; y que me levante de esta cama, será otra. Por ello no empece para que siquiera piense en manera alguna anular nuestro contrato; que cristiano soy de una sola palabra y lo que hago jamás lo deshago así me lo demande Santiago! Conque idos moramala con vuestra idea, que Anselmo Landínez de Chinchánchez jamás se destrata II I Y no digo más.

Tampoco dice más la tradición pero es fácil suponer que, a la larga, los dos compadres murieran y más fácil creer que ambos fuéronse derecho al cielo, gracia que debieron de conquistar ignoro si por los bobos o por los cotudos.

EL TESORO DE BUZAGA

En la muy noble y muy leal ciudad de Tunja vivía y subsistía cierto honrado vecino llamado Lope Badillo, de oficio empedrador; algo muy diferente del oficio de emperador, por lo cual ruego al camarada linotipista o cajista (quienquiera que sea) no trastrocarme las velas.

Decir empedrador érase y es decir pobrete; y este de mi cuento lo era tanto, que es fama de que por todo ajuar contaba solamente con una chilangosa camisa de crehuela y un vestidillo de jergueta, de donde acaecía que cuando su buena mujer le lavaba estas caras prendas, veíase forzado el amo de ellas a quedarse en cama esperando a que el padre sol, con sus rayos, le sacase de allí, una vez oreada la vestimenta!

La estrechez en que se hallaba Lope no había sido parte para amilanar su espíritu ni para embotarle la ambición. Al contrario, el deseo de hacer fortuna le picaba mas que comezón de sarna, y así pasábase las horas pensando e ideando sobre el mejor medio de salir de necesidades, sin que en muchos años de este trajín imaginativo hubiera resultado cosa alguna tangible, a no ser un chicuelo comelón que cada año le regalaba su consorte.

Pero a nadie le falta Dios, y quien porfía mata o caza. Cierta día quiso la buena suerte de Lope Badillo hacerle referir sus cuitas a una india vieja, sabedora de muchos secretos antiguos del país, y ella, condolida del chapetón, ofrecióle remediar **sus** necesidades poniéndole en contacto con un **mohán** guardador **de** un oculto tesoro y quien vivía en un apartado y solitario paraje **que ella le mostraría.**

Alegre el Badillo ante tales perspectivas, comunicó su secreto con don Benito de Laserna, clérigo de misa en la santa iglesia de Tunja, hombre virtuoso en todo sentido, aunque un tanto aficionadillo al campaneó, no de la torre parroquial, pero sí de las onzas de oro. Buscaba el comunicante así la

ayuda como el consejo del reverendo, porque tratándose de santuarios y **mohanes** abrigaba el temor de que pudiera haber cosa mala. Mas el clérigo tranquilizó sus escrúpulos y aun convino en ser de la partida, mediante una participación de la mitad de lo que la fortuna diese.

Hízose el concierto, y ya listos y aviados para correr la aventura, una madrugadita salieron sigilosamente de Tunja guiados por la sobredicha india y arre que arre por esos caminos y encrucijadas llegaron a unas verdes cumbres que escoltaban la aldehuela y valle de Iza, desde cuyo sitio les mostró la india el lejano paraje, asiento del bohío del mohán, no logrando los peregrinos hacer pasar adelante la vieja porque, según ella manifestó con grandes aspavientos y alharacas, temía morir si se allegaba más el misterioso lugar. Con lo cual, dejaronla volverse para sus lares.

Continuaron nuestros peregrinos la jornada llevando por mira el abrupto monte en cuya cima deberían hallar al buscado hechicero, y dando tumbos y trapiés por sendas y desechos, coronaron finalmente la meta, descubriendo entre las malezas de un espeso arbolado el bohío de su corazón... Avanzan luego cautelosamente, trasponen la puerta, y en el fondo de la habitación topáronse con un indio viejo, seco y apergaminado, de chupados carrillos y cabello cenizoso, sentado reposadamente en tosco duho. Sus ojos brillantes y picarescos observaban con gravedad a los visitantes y en sus labios sin sangre advertíase un ligero temblor. Aquel viejo era el **mohán**.

¿Hemos dicho algo? Bastaría ver la turbación de los viajeros, bastaría contemplar su rostro demudado para colegir que el trance no les olía a misa cantada. Porque éranse los mohanes unos seres penumbrosos, mitad hechiceros, mitad demonios, de quienes se contaban historias maravillosas preñadas de sortilegios, engaños y maleficios, consejas que ponían verdadero pavor en el ánimo valiente pero supersticioso de los colonos de aquellos pasados siglos.

Mas en la presente ocasión, en lugar de la ira y tempestad que suponíanse hallar, encontraron los caminantes a un tratable viejecillo que muy cortésmente despegaba los labios para preguntarles en qué podía servirles.

- Ahí será poco, señor **mohán**, díjole comedidamente Lope Badillo. Ya lo colegiréis al vernos en vuestra busca por estos descomulgados caminos, propios más para lagartijas que para gente política...

— Je, je, rió el vejete; o mucho me equivooco o pretendéis el santuario de Buzagá. . .

- ¡ El mismo que viste y calza!

— Serán satisfechos sus mercedes, como que han venido en día propinquo, que tenemos luna nueva y en el valle canta el alcaraván. De modo que si estáis dispuestos a emprender una trabajosa jornada, la haremos, que bien vale la cuca un maravedí.

Asintieron los visitantes, con lo cual enderezóse el agorero y tomando un nudoso bastón de cañaguate y sujetándose a la cintura el chumbre, que le

servía de taparrabo, abrió marcha internándose por una angosta y áspera senda. Curioso era ver aquel viejo reteviejo esquelético y chamizado, trotando al través de los campos con sus largos y sarmentosos zancajos, la cabeza baja y los desordenados cabellos hamaqueándose sobre los hombros. Diríase una sombra, un espíritu de algún difunto indiano, que desandaré con algodoados pasos por los parajes de antaño enriquecieron y trajinaron sus mayores, ogaño asfixiados por el dogal conquistador.

Tras largo caminar por montes, valles y llanuras, tomaron una empinada cuesta, hartos fatigados. El sol mordía firme y el camino se asperizaba con furor. Súbitamente hizo alto el mohán, y dando un hondo acecido declaró no poder seguir adelante. Muy viejo estaba y ya las fuerzas le faltaban; y tras los años, los ayunos teníanle agotado. Dicho lo cual sentóse a resollar en una gran piedra que orillaba el camino, mostrando en su actitud la resolución inquebrantable de no dar un paso más.

El clérigo y Badillo migábanse de hito en hito, aguardando cada cual a que el otro pronunciara la palabra requerida, vale decir, se ofreciera para cargar con el baquiano. Mas el sol pringaba, la cuesta era larga, y ninduno de los dos se conmovía. . . Finalmente el empedrador habló proponiendo llevar al viejo a cuestas por iguales turnos.

— No ha de ser así, dijo el **mohán** sentenciosamente; porque conviene para buen fin de la empresa evitar estos cambios. . . Echadlo a la suerte y veremos. . .

Y siguiendo el consejo del hechicero tiraron moneda a sello y cruz, y habiéndole respondido la suerte al clérigo, dando una castañeta alzó con el viejo echándose a horcajadas sobre los hombros al modo de San Cristóbal con el santo niño Jesús. Y tras de esto, reanudaron marcha.

¡Diantre! Y ¿cómo contrastar aquello? El escualido viejo (¡quién lo creyera!) pesaba peor que un peñón! Vaya con la fatiga. . . Hasta los dientes le sudaban al religioso repechando por aquella cuesta arriba, cuyas vueltas y revueltas vistas en la distancia parecía no habían de tener fin. El padre Benito resoplaba y bufaba cual un fuelle de fragua.

— Por los clavitos, trinaba el eclesiástico, ni de plomo que fuera este pachorrudo viejo! Tentado estoy a dejar el negocio y a voltear este avechicho contra el filo de la más afilada de esta filudas peñas.

Viendo Lope de Badillo los afanes de su socio ofrecióse porfiadamente a relevarle; pero el mohán, cuando advirtió que se quería formalizar el cambio/gritó con imperio:

— Mal! Malí Dañaréis seguramente la empresa! Porque el vencimiento del encanto de este tesoro se finca en que, aquel que quisiere hallarle, ha de transportarme seguido, seguidito sin tomar descanso, ni parar ni remudar en camino. Conque ya el padre Benito me tomó en sus hombros, en hombros

del mismo padre precisa llegar al santuario. Esto es y ay ta la cosa.

El padre Benito lanzó una desolada mirada por todo lo largo y angosto de la senda, dio un suspiro de resignación y continuó el ascenso.

Anduvieron otro razonable espacio y al llegar a un recodo escampado tendió la vista el eclesiástico hacia el horizonte y sus ojos espantados vieron que la cima, a medida que avanzaban, parecía alejarse más y más. Se la divisaba allá, como perdida entre las nubes!

— Hum ! Tal me lo parece que esta cuesta se alarga hasta lo infinito a medida que adelantamos!!

— Ideas de mi padre, decía el Badillo para consolarle. Paciencia que voy barruntando que muy presto llegaremos al término de nuestro peregrinaje y principio de nuestra dicha. ¿Verdad, viejo **mohán**?

— Jí, jí, jí, reía el **mohán**. Ya llegaremos. Ya llegaremos, horitica llegaremos. Y cuando recojáis el orito a puñadas os daréis por bien servidos...

Dicho lo cual agarrábase con mayor fuerza de la cabeza de su paciente conductor, y arrimándole los huesudos talones, tal cual si se tratase de algún rocín, le espoleaba retozando alegremente: Jí, jí, já, já! Orito, orito, y algunas esmeraldinas... Jé, jé!!

Todo sea por Dios. . . Y el buen reverendo continuaba su calvario, lenta, pernosamente, mientras el **mohán** le acariciaba los oídos con sus áureas relaciones. ¡Qué de riquezas! Allí el oro en chagualas, tunjos, gargantillas, topos, ajorcas, pulseras, cetros y diademas. Allí las esmeraldas por espueñas y los mantos reales bordados de finísima plumería! ¡Ya lo veredes, ya lo veredes! Jí, jí!.

Lo que el clérigo vio en aquel momento fue que la anhelada cumbre ya no se veía. . . El camino se había estirado, estirado como por encanto, y su final, que en un principio se columbraba, ahora desaparecía ante el prodigio de una distancia aterradora. Y el padre Benito, que venía ya algo escamado, se confirmó en sus sospechas comprendiendo, sin duda por inspiración del cielo, que aquel viaje tenía malas patas. Con lo cual resolvióse averiguar lo cierto del caso, y haciendo alto, y a tiro de reventar de fatiga, intimó al viejo se apease.

Mas el **mohán** soltó su típica risita y dando con los talones en los ijares del cura, le aupaba diciendo: —Arre, arre, su mercesita, que ya vamos llegando. Es aquí nomasito, aquí cerquitica...

—¡Qué cerquitica ni qué ojo de virote! Que descabalgueís, os digo, viejo embustero y bausán, o del contrario he de haceros tortilla contra el planeta.

Mas el cachazudo jinetes, sin dar importancia a la ¡ra del clérigo, se afianzaba aun más sobre él, dándole un verdadero repique de talonazos y gritando: Arre, su mercé! ¡Arre su mercesita! Jí, jí, já, já!

Viendo el extraño giro que tomaba la aventura, el padre Benito demandó la ayuda de Badillo, y éste, que no volvía en sí de su asombro, tomó al punto un pesado guijarro de los que suvizaban la senda lanzándolo sobre la cabeza del maldito brujo con designio de derribarle hecho cisco.

¡San Miguel nos valga! En lugar del esperado efecto, devolvióse la piedra cual si fuera de caucho y dando de rebote contra Lope Badillo le arrojó al suelo sacando tal reguero de chispas que aquello semejaba una fragua de herrador. . . La víctima puso pies en polvorosa exclamando, a grandes voces: Padre, padre! Este viejo bellaco se me figura el diablo mesmoll

Diablito tenemos? ¡No faltaba más! Bueno estaba el reverendo para aguantárselo encima. Y sacando un frasquillo de agua bendita que por casualidad llevaba en la faltriquera, lo derramó con fiero ímpetu sobre el **mohán**, invocando al tiempo al Santísimo Sacramento. Santo remedio; el todo fue sacudirse el cura para que la momia rodara por los suelos produciendo al caer un golpe como de leño seco, conque tocando la tierra, y apareciéndose allí cercano un abismo se fue rodando peña abajo dando tumbos y volteretas hasta sepultarse en la ruina con tan inusitado estruendo, que tal se oyó el batacazo cual si hubiera reventado un grande y pavoroso trueno.

Maravillados quedaron clérigo y seglar ante aquel descomunal suceso, no descansando de dar rendidas gracias a Dios por la milagrosa escapada que les había deparado; y habiendo descendido al fondo para reconocer el cadáver (que por tal le reputaban, merced al incómodo viaje que había realizado), echaron de ver maravillados y suspensos, que aquel cuerpo hacía muchos, muchísimos años, que era muerto, según estaba de seco y amojamado; deduciendo de ellos que su apergaminado cascarón había sido tomado como vivienda por el espíritu maligno, dentro de la cual hablaba y hacía todas las marugas que tiene por costumbre hacer y deshacer el pícaro, para perdición y ruina de nuestro género humano.

¡Ayayay! El cura y su socio revolvieron hacia el camino, doliéndose el primero de la pesada burla y chaloneada que le había dedicado el endemoniado viejo, y lamentándose el segundo de la ilusión querida que se esfumaba justamente cuando creía tener la fortuna asida del rabo. Y con estas experiencias, desilusiones y tristezas retornaron **pian pian** pianito camino de Tunja regocijándose, en medio de todo, de haber escapado del camino infernal por el cual los había querido conducir el demonio nada menos que en cuerpo y alama, distinción que, según lo recordaba el reverendo, solamente la habían alcanzado en este mundo los santos profetas Enoch y Elías, bien que los bienaventurados varones fueron transportados camino del cielo, al paso que nuestros amigos iban cual flecha caminito de las profundas paitas del infierno, viajecillo que no dejaba de tener alguna pequeña diferencia con el de los sobredichos profetas, según se lo argumentó Lope Badillo al clérigo, quedando conformes los asendereados prójimos en que la chanza del diablo había

sido harto pesada y fuera de toda decencia y regia de educación.

Y llegaron a la ciudad del águila explotada, despeados y alicaídos; el bueno de Lope a seguir empedrando calles, y el padre Benito curado por la mano de Dios de andar buscando lo que no se le había perdido y muy conforme con seguir diciendo su misa tempranera, oficio que le ennoblecía el alma y le aseguraba la olla, amén.

DE FRENTE AL SOL

Para Aquilino Villegas,
castellano de Playa Rica.

Aun se descubren agazapados en un recodo de Playa Rica los vestigios de lo que fue, en pasados siglos el caserón de la encomienda de Chinchiná! Y cuántos recuerdos evocan esas ruinas... .1 Uno pienso relatar ahora, antes de que le devore la carcoma del olvido.

Don Fernán López de Sandoval, el encomendero, paseábase nerviosamente por el corredor de la casona al reír de una alborada de agosto, año cristiano de mil quinientos noventa y dos. Puesto tenía el anciano guerrero su sayo de armas y calzadas las espuelas que, al compás del caminar, cantaban un bélico retintín.

En el campo los vigías acechaban. Del oratorio salían pausadamente ecos de plegaria.

Súbitamente, y a buen volar, aparecióse ante don Fernán un indiecillú.

- Señor y mi amo: la **escucha** del río dice que oye como ruidos de gentes que se adelantan!

-Dávalos! Dávalos!, voceó sonoramente el de Sandoval.

Y ante el conjuro púsose de presente Antón Dávalos, el administrador de la encomienda:

- Heme aquí, don Fernán...!

- ¿Aprestados estáis?

- Lo estamos, Señor!

- La **escucha** de allende del río ha oído como rumor de gentes que se acercan.

Y en este punto iba la plática cuando la voz de la **escucha** aulló en la lejanía;

- ¡Ah, los de allá_____!

- ¡Consota y al Rey II

¡Paso franco habéis

— ¡No lo pide quien la toma!, replicóle orgullosamente una voz.

Serenóse la faz de don Fernán, y a la luz de la linterna pudo ver Dávalos que el señor encomendero sonreía:

— Dávalos, ellos son; no cabe duda, ¡Estamos salvados!

— ¡A salvo, señor!!

Y a la verdad, ellos eran: don Diego de Aguilar, señor de la rica encomienda de Consota, quien venía conduciendo el ansiado socorro. Y cuan oportunamente respondía al llamamiento; porque las bandas de los feroces pijaos, según cuentas, debían de hallarse muy próximas; el día anterior, a la hora de vísperas, las habían divisado los espías trastrornando las lomas de Corozal.

¡Bienvenidos los de Consotal! Delantero avanzaba don Diego empuñando su temible lanza y embrazando la adarga de cuero de danta; seguía García de Cáceres capitaneando veinticinco indios labradores armados de flechas, macanas y cahiporras; tras de ellos parecíase el mosquetero Leandro Estopiñán, calpieste de los negros mineros, veinte en número y armados de todas sus armas; finalmente, a la zaga, cerrando la bélica marcha, destacábase la figura de don Rodrigo de Aguilar, mayorazgo de Consota, gallardo mancebo que apenas veinte años florecía. Regía el doncel un nervioso alazán de flancos nerviosos y ojos centelleantes, y cabalgaba al frente de ocho indios vaqueros que enristraban largas lanzas de **maquenque**.

Con estos escuadrones y con más cuarenta y dos indios gañanes, mineros y vaqueros que tenía aprestados don Fernán, púdose sumar un razonable número de combatientes bien armados y resueltos a cantar victoria sobre el pijao.

Los indios de Consota y los de Chinchiná, todos quimbayas de alcuña, juntáronse con los negros, y enderezaron sus pasos hacia el tambo donde ya se formalizaba el aderezo de una novilla cuyos tiernos despojos ofrecerían un desayuno a la mesnada con el aditamento de cierta sustanciosa chingua y con buena cuantía de adobadas arepas que a fuego lento se doraban repantigadas en sus respectivas callanas.

La gente blanca encaminóse hacia el salón principal en espera del yantar que asimismo adobábase en la cocina y mediante los oficios de dos robustas negras esclavas hábiles en tales ministerios.

Corría la conversación animadamente en la sala cuando de pronto tronó afuera la esperada voz de alarma: -

— ¡Pijaos en el campo! Armas tomar!!

Y esta era la realidad, porque ya sentíanse a lo lejos, con rumor creciente, los alaridos de la invasión y el eco salvaje de sus fotutos, caracoles y demás instrumentos músicos de guerra.... Allí estaban, allí estaban al fin, los ferocísimos pijaos, aquellos valientes guerreros cauchumas del Quindío, que tanto y tanto desazonaron al colono español.

¡Al arma! ¡Alarma!!, vociferaron en horrisono coro, blancos. Indios y africanos. . . . ¡Al arma! y todos a una, cual movidos por una exhalación, terminaron su apresto y lanzáronse al campo anhelantes de batallar, buscando terreno propio donde pudieran jugar los caballos.

Muévense los escuadrones con bélico estruendo, corren briosamente por la vega, y apenas habían esguazado el río cuando halláronse frente al enemigo empenándose seguidamente la acción con sin igual furia y empuje de ambos contendores.

¡Santiago y a ellos!

La primera acometida fue descomunal: los cristianos jugaban sus arcabuces con tan buen acierto, que no erraban tiro; botes de lanza aquí, tajos y mandobles acullá, macanas que molineteaban en los aires con rabiosa violencia, cabezas rodando por los suelos, brazos y piernas que se descuajan a diestra y siniestra, flechas que hienden los vientos y traspasan los cuerpos con violencia sin igual!....

Ya las cristalinas aguas de Chinchiná se tiñen de carmín. . . . La tierra se pinta de rojo y el baho de la sangre enciende aun más el llamear de las pasiones. ¡Mas ninguno ceja! ¡Duro, y a ellos! Y oíd el vocerío cristiano y la bárbara algarabía cómo aturden y ensordecen aquellos valles que tal parece que las sierras se derrumban a lo profundo y que el mismo infierno resuella por todas sus bocas, compuertas y claraboyas!

Pero, ¿qué acontece? ¿Cejan los blancos? Tal lo parece. . . . Don Fernán ha sido herido en una pierna; García de Cáceres sucumbe al golpe de un tremendo tajo de macana; Estopiñán estaba fuera de combate de un lanzazo que le metieron debajo del brazal. Del escuadrón que regía don Rodrigo restan apenas tres jinetes, y cosa de veinte peones hállanse mal heridos. Los negros se desbandan. . . . El desaliento cunde y ya la derrota se cierne sobre el cristiano campo.

En vano don Diego de Aguilar conjura las huestes a la resistencia. En vano Antón Dávalos reparte mandobles y reverses sosteniendo casi solo una lucha desigual. Inútilmente don Rodrigo intenta lanzar casi solo una nueva acometida sobre el salvaje escuadrón... . Allí no había ya manera de oponerse contra la horda que, con su volumen, ferocidad y empuje, todo lo arrollaba y barría cual encrespado turbión; y tras de esfuerzos baldíos para rehacerse apenas tuvieron tiempo los caudillos para reunir parte de sus mermadas escuadras y organizar la retirada hacia la casona, buscando abrigo tras sus fuertes muros y ventajosa posición.

.. ¡Ah, don Rodrigo! Contened a los gandules, que requerimos un resuelto para poner a saldo a don Fernán!

Y entretanto don Diego de Aguilar improvisaba un guando para conducir al malferido don Fernán, el bravo doncel. Acompañado de Dávalos y de algunos indios fieles, organizó la retirada dando largos para salvar al anciano

caballero, al noble encomendero de Chinchiná.

— ¡Don Rodrigo!, exclamó Dávalos, paréceme que ya mi señor va en salvo; huyamos ahora, que colijo es ya tiempo de fiarnos más a los pies que a las manos!

— Vuestro amo irá a salvo, mas nuestra honra está en peligro. . . .
¡Huid solo si ello os place!

Mirad que huyendo vamos, señor. . . . Solamente propongo volver caras, que andando de espaldas, según vamos, muertos habremos de quedar antes de ganar la casonal

Y qué demonios iba a seguir don Rodrigo el prudente aviso de Antón... ¿Volver la espalda al enemigo un aguilar? ¡No, nunca!! ¡O triunfar en su empeño, cual cumplía a un caballero, o morir dando el rostro al enemigo como correspondía a los guerreros de su estirpe!!

¡Ea, luchar! ¡Combatir de frente disputando el terreno palmo a palmo! Un esfuerzo más y ganarán la casona cuyas techumbres ya se parecían. . . .
¡Un esfuerzo más! ¡Un esfuerzo más!

Pero escrito estaba. El dardo salvaje hendió los aires y silbando lúgubremente lanzóse sobre el pecho del generoso mancebo, atravesándole el corazón ¡Aquello fue instantáneo. Veloz, como el pensamiento! Y don Rodrigo de Aguilar entregó su alma a Dios....

Una pequeña escolta que había sacado don Diego de la casona reforzó a los bravos justadores y así pudieron coronar su retirada; conque desalentados los pijaos, y viendo que la captura de la casa era corozo duro de morder, diéronse por satisfechos y se retiraron dejando el campo desembarazado.

¿Lloraba don Diego de Aguilar la temprana muerte de su hijo? ¡Nó! Quedóse el llanto para otros ojos.... ¡El anciano callaba mirando el cadáver de su primogénito con doloroso orgullo; mudo, rígido, mirábale tendido largo a largo en mitad de la estancia, su continente reposado, solemne. . . en el pecho vigoroso mordía aún el dardo y la sangre ungió el pavimento.

Y cruzados los brazos, decía el viejo encomendero de Consota:

— ¡Acercaos, señor don Fenán, acercaos, Dávalos, venid todos a contemplarle! Muerto le tenéis, mas reparad en su herida: no se dirá que cayó dando la espalda al enemigo! ¡Vive Dios que no lo dirán! ¡Era un Aguilar!!

¡Sí, era un Aguilar. . . . Era un Aguilar_____Como las águilas de frente al sol!

¡Decid, oh romance arcaico, la gloria de la castal! Decid lo que antaño cantaban las buenas gentes del valle de Cartago. Decidlo, romance viejo!

Batallando como buena

Cayó el bravo capitán!

Su herida no tiene cura

Porque fue herida mortal...

Bocabajo yace el cuerpo

Villanos, tornadle ya
 Que para ver sus heridas
 El pecho habéis de buscar
 Que el muerto es caballero
 De la casa de Aguilar!

CASTELLANO VIEJO

Ibase por ta calle de El Tejadillo el señor marqués, marchando ceremoniosamente y tan estirado él, que una vecina al verle pasar di'jose: —Abrenuncio! ¡A fe que don Gonzalo de Herrera se ha comido hoy un espadín!

Y razones tenía el caballero para darse humos. Su título de marqués de Villalta, su hábito de Calatrava, el codiciado cargo de patrono que tenía en la iglesia de Santo Domingo y sus grandes riquezas, hacíanlo en Cartagena de Indias un verdadero potentado, una figura que subía varios codos sobre la estirada de los señores gobernadores de aquella provincia. Gobernador de Cartagena había sido él también, por título de veinticuatro de marzo de mil seiscientos treinta y siete, cargo que aceptó el orgulloso caballero diciendo: — Estrecho me viene el sayo; más para hacer favor a su majestad, venga en gracial Y lo aceptó, más *in interim*.

Aun existen, en la plazuela de El Tejadillo, las ruinas de lo que fue el palacio de Villalta.

Sobre el portalón resalta el escudo pétreo con sus dos grandes calderas en el campo, que anuncian al rico-home, y sus doce calderillas en la orla, signo de la sangre azul de la ilustre casa de Lara. El palacio es ahora una triste ruina, pues lo poco que de él quedaba fue arrasado en mil novecientos doce, al adaptar el local para un efímero salón de espectáculos que se denominó Teatro del Virrey.

Iba don Gonzalo, repetimos tan arrogante, camino de su morada, cuando al desembocar en la plazuela columbró en la esquina al doncel que desde d tas atrás traíale inquieto y medio sonlocado, **iY vaya al cuerno con la flamígera lagartada que el marqués miró al galán con sus torvos ojos! Que si la lumbre cortara como el acero, en su sitio habría quedado fulminad¡to el beneficiado....**

Mordióse **el** mozo su negro bigotillo, y **todo** mohíno y alicaído **tomó** el portante, costeano la umbrosa huerta **de Bahamón**, para torcer luego **a la**

diestra, encaminándose hacia el corazón de la urbe, a lo largo de la calle del Torno de Santa Clara, soliloqueando a más y mejor.

Atravesó la ciudad, ganó la Puerta de Tierra, cruzó allí, bajando a lo largo de las paredes del convento franciscano, y pronto se halló en las casas, ventorros y puestos de La Marina.

**Quien dijo La Marina
dijo la temolina,**

canta un proverbio que aun cantan los viejitos muy viejos de Cartagena. Y a fe que no iba descaminado el arcaico refrán.

Porque La Marina fue aquel lugar de la Cartagena colonial, tan famoso y celebrado por sus crónicas desenvueltas. Allí los caramancheles de galeones y pataches arrojaban toda la chusma pecaminosa y traviesa que iba o venía desde los reinos del Perú, Chile y Tierrafirme hasta los de España. Soldados que relataban proezas de Flandes, Italia o Portugal; lobos de agua salobre curtidos en los grandes viajes del mar océano; funcionarios de la corona que regresaban al solar nativo con la hucha repleta de monedas y la conciencia de pecados; mujeres de mala vida pero de buenos rostros; aventureros que así movían las manos tirando de la espada como la rebullían con dados y barajas. Y **en fin; que aquél era el sitio y aquellarre de toda la regocijada caterva de andantes maleantes que pululaban en estas partes de Indias alimentando los bulliciosos expedientes y de audiencias y chancillerías con sus escándalos, bravezas y socaliñas.**

Don Manuel de Benavides y Ayala (que tal era el nombre de nuestro mancebo peregrino) sorteó las primeras casas de la barriada, pobladas de ventas y garitos; ganó la playa y enderezó sus pasos a la posada de la Garza Real, donde vendiase el buen vino, se holgaba con el buen humor y se gozaba de horas muertas contemplando desde el emparrado el soberbio panorama del Caribe, mientras la blanda caricia de las brisas marinas refrescaba los ardores del ambiente. Allí, bajo unos copudos tamarindos, encontró don Manuel a su amigo el capitán Hernando de Azcoeta.

- **Bien** colegía, señor capitán, **que** había de hallaros **aquí**.

- No será mucho el acierto, porque donde está la hormiga va el vencejo, y en el agua vive el pez y en la botica el almirez. ¿Nuevas tenemos?

- Nuevas hay, y malas son.

Y entre tanto los jóvenes apechugaban sosegadamente con sendos jarros del añejo, el caballero Benavides fue refiriendo al amigo sus cuitas y desazones.

- Aun sé algo peor -dijo el de Azcoeta cuando su confidente daba fin al relato—; aun hay algo peor, según lo tengo averiguado de buena boca. Y es que el marqués, en su designio de estorbar vuestros amores, encerró a doña Mariana en Santa Clara....

¡Cachidiablo! ¿Y profesará?

- No lo aseguro. En todo caso, allá está recluida en el convento.

¿Qué otras cosillas trataron los mancebos chapetones cabe los tamarindos de la Garza Real? Ya lo veredes, lector discreto; mas para ello dadme la diestra mano, que tengo de conducirlos al palacio de Villalta, donde, emboscados en el zaquizamí, habremos de ver cosas estupendas.

Las campanas gangosas de San Agustín daban el Ángelus cuando tres secos aldabonazos reventaban en el claveteado portalón de los Villalta. Un viejo esclavo mandinga abrió el portalón dando entrada a dos negros donados del convento clariso, conduciendo una litera. Hicieron alto en el vestíbulo, abrieron la portezuela, y del fondo salió una esbelta niña; blanca su tez, como las nubes; negros sus ojos y más negra aún la lueña cabellera; nariz ligeramente aquilina, boca roja, manos filenas y marfileñas, airoso y noble su andar. Ya el lector colegirá que aquesta dama no es otra que doña Mariana de Herrera, la bella hija del marqués de Villalta.

Salió don Gonzalo a recibirla al anchuroso patio, y luego, penetrando con ella a su estancia, cerró tras sí la puerta. Hombre de pocas palabras, de rápidas y autoritarias resoluciones, de grandes cariños y de odios espantosos cual cumplía a los castellanos de antaño, aproximóse a la hija mirándola con torvo ceño, y mostróle un papel diciéndola:

- He enviado al convento por vos, para que me declaréis, aquí presente, si vuestra deshonra y mi desventura son ciertas.

Y doña Mariana, con voz temblorosa pero resuelta, replicó:

- ¡Tal es la verdad!

¡Dios santo! ¿Y era posible aquello? Su hija, una Villalta, caer en tales liviandades? El marqués sentíase anonadado, consumido por la ira, la vergüenza, la desolación. Y don Gonzalo leyó una vez más aquella misiva reveladora que le quemaba las manos y le encegucía los ojos:

Señor marqués: es de los hombres el error, y de los malos, persistir en él. Caballero soy, e hijodalgo de solar conocido, y harto dolor me cuesta el confesaros la verdad. Doña Mariana ha confiado en mí, y ha confiado bien. Entenderá, pues, V. M. que cojeando así este suceso, ella no podrá profesar. Listo y aparejado hallóme para reparar mi culpa. El cuándo y dónde, lo mandará V.M., para ser obedecido por un criado de V.M. de Cartagena y viernes —Don Manuel de Benavides y Ayala.

Aquello no tenía remedio. ¡El cuándo y el dónde? Pues lo que haya de hacerse, que se haga al punto, y como quien manda puede, aquella misma noche, en la capilla del palacio de los Villalta, celebrábase la silenciosa boda de don Manuel de Benavides y Ayala con doña Mariana de Herrera.

Y aquí viene lo extraordinario de esta historieta, porque muy en breve toda Cartagena supo que aquello de la carta para el marqués, y lo de la deshonra había sido mera estratagema o tramoya ideada por el travieso capitán Azcoeta en combinación con su amigo el de Beneavides y con el consentí-

miento de doña Mariana, a quien, por ocultas v(as, hizóle saber cuál era su papel en la comedia, el que aceptó de grado la enamorada doncella, como que conociendo el carácter de su padre, bien se le alcanzaba ser aquella treta la única tabla de salvación para escapar del claustro, y especialmente, para realizar su anhelo de ser la esposa del garrido y adorado galán. Decía con sobra de razón la vieja copla:

**Quando la mujer lo quiere
o no quiere la mujer,
ni el mismo Dios, con ser Dios,
el brazo le hará torcer.**

La indignación de don Gonzalo de Herrera cuando supo lo del engaño, no es para referida. Habría preferido, decíase, su propia deshonra, a cambio de aquella burla que, a su juicio, cubría sus orgullosas canas de ridículo baldón. . . . Mala hija, mal caballero, exclamaba, me habéis engañado sin piedad, imás el cielo habrá de vengarme, que mi justicia la espero en Dios!

Don Manuel de Benavides sonrió de la ocurrencia; mas andando los días la risa se tornó en amargas lágrimas; porque siendo caballero de ejecutorias y hombre principal, nombrósele gobernador de la provincia de Antioquia, y gobernador en paz de su gobierno acometióle de repente una extraña dolencia que vino a dar en la manía de sospechar infidelidades en su virtuosa mujer. Tristes escenas conyugales se sucedían, y ocasión llegó en que la espantada servidumbre viera cómo el señor gobernador perseguía a doña Mariana por las habitaciones de su morada, armado de cortante daga y dando voces descompuertas, en las que decía que su honor demandaba la muerte de aquella infeliz. . . .

Y a tal extremo llegó en sus excesos, y fueron éstos tan públicos y notorios, que los señores del cabildo y regimiento de Santafé de Antioquia decidieron el regreso de los esposos a Cartagena; y habiendo tomado los desgraciados viajeros, custodiados convenientemente, la vía de Cáceres, para salir de allí a las sabanas de Ayapel, acabó el enfermo de perder en el camino el poco de juicio que aun le quedaba. Conque loco perdido llegó a Cartagena, y loco perdido murió en el hospital de los juandedianos, quejándose de las fantásticas traiciones de su desdichada consorte.

Y cuenta la tradición que cuando don Gonzalo de Herrera, el orgulloso marqués de Villalta, supo lo de la muerte de su yerno, hizo quitar aquel día el paño de luto que había ordenado poner sobre el escudo de armas que dominaba el portalón de su casona señorial.

IN ILLO TEMPORE

- Inútil es, don Jerónimo, inútil es vuestra porfía; harto sabéis la enemiga que guarda don Diego contra el Adelantado, y bien conocéis cuan testarudo es el viejo en tales pasiones. . . . Por esto ningún asombro sentí cuando me decía:

- ¡Muy engañado va ese don Jerónimo! ¿Otorgar yo la mano de mi hija a un parcial de Benalcázar? ¡No, en mis días! ¡Muerto me he de hallar o moro me han de ver antes de consentir en que caiga sobre mí tal baldón!

Esto relataba a don Jerónimo de Vezga un su amigo, cierto día domingo después de misa mayor, y en el atrio que daba acceso al templo de Anserma. Esto relató el sobredicho amigo, y cuando don Jerónimo escuchó tales novedades, no alimentó otro deseo que el de marcharse a su posada para recapacitar a solas y meditar sin testigos el remedio que debía procurarse en tan desventurado trance.

Allá va, rodando calle abajo, don Jerónimo de Vezga, camino de su posada. La sombra de su silueta, larga y ceremoniosa, se encoge y se alarga a la luz del sol de septiembre, que revienta manojos de rayos en las calles, bajo el límpido cielo, tan límpido, que tal semeja un lago de cobalto....

El enamorado caballero retorciase el mostacho, que se replegaba bajo su aguileña nariz, y soliloqueaba:

- Si el viejo lo dijo, el viejo lo cumple. ¡Y que lo dijo, lo dijo! Le conozco como a mis manos. . . . Hombre perdido me tanteo; porque si doy mi brazo a torcer, abandonando las banderas del Adelantado para seguir las de Robledo, además de dar de través con mi honra, me embarco en nave que, paréceme, se está yendo a pique; y si no hago esto, seguro estoy de que el don Diego no me permitirá jamás llamarle **suegro**... ¿Habrás visto un compromiso igual? Y pensando en éstas y en otras llegó al mesón, y sin mirar a nadie metióse a su alojamiento y tendióse en la cama invocando consejo a la almohada. Erase ésta de poca tripa y de mal aliento, y así tenía que resultar su aviso, que no por bellaco dejó de seguir nuestro enamorado hidalgo viéndole como la única tabla de salvamento en el agitado mar de sus cuitas.

- ¿Qué os reportan — díjole su consejera, el señor Adelantado Benalcázar, el guión real, el católico Monarca o el Preste Juan? Bien poca cosa, por cierto. . . . ¿Y vale ella, siquiera, una pestaña de los ojos de doña Isabel? ¡Qué va!. . . . ¡Entonces, señor don Jerónimo de mi alma, abandonad esas banderas y esos guiones y esos adelantamientos, y marchaos con el mariscal Robledo, a cuya sombra obtendréis lo que tan apretadamente os pide y marca vuestro corazón!

-Corazón, ¿qué decís desto?

—Digo que sí.

**-Corazón, te acataré.
¡Qué tirano eres de mí!**

¡Y vaya, si el corazón de don Jerónimo tenía motivos! Como que la niña, quien no era otra que doña Isabel Gutiérrez de los Ríos, cuando no hacía reventar de envidia a las rosas, ponía al mismísimo sol en parpadeos.

¡Y al dicho, hecho, sálgame torcido o derecho! No había derramado la aurora su llanto sobre los jardines de Anserma, cuando un jinete, cabalgante en brioso caballo de rúa, alejábase de la ciudad, rumbo al norte. ¿Qué derrota lleva el caballo? ¿Qué vía sigue y busca el nocturno peregrino?

Don Jerónimo de Vezga va camino de la villa de Arma, en pos del estandarte del mariscal George Robledo, el rival de Benalcázar, el que, a mano armada, con atambores de guerra y banderas tendidas, invadía villas y ciudades, proclamándose su gobernador, con menosprecio de los más valederos títulos que para ello había recibido Benalcázar de manos de la Sacra y Cesárea Majestad.

Gran contentamiento recibió Robledo con la llegada del nuevo adalid que, en crítica hora, venía a engrosar sus vacilantes tercios en cuyas escuadras mordía ya la flojedad o la traición. No extrañarse, pues, que agradecido encomendase al recién llegado un puesto de honor en su guardia personal.

Mas, cuan brevemente disfrutó don Jerónimo de su nuevo estado. Porque, a poco de andar, cierta madrugada, en que se contaba el primer día del mes de octubre del año cristiano de mil quinientos cuarenta y seis, el Adelantado Benalcázar, con más suerte que astucia y más astucia que suerte, cayó sobre el descuidado campo de Robledo, y sin disparar un solo tiro ni largar un mandoble, apañó la tropa de su rival como si se tratase de un manso aprisco.

Cuando Vezga se percató del riesgo que corrían, incorporóse a toda prisa, y despertando al confiado mariscal díjole:

— ¡Ah, señor Mariscal! ¡Levántese vuesa merced y apréstese, que tenemos al Adelantado a tiro de arcabuz!

Saltó de su lecho el Mariscal, armóse con la cota, empuñó la pica, y con urgidas voces exhortó a los suyos para que le siguiesen en la resistencia. Acudieron a su llamamiento Alonso de Medina y el alférez Hernando Gutiérrez de Altamirano, quienes, con más valor que prudencia, animaban al jefe a cerrar sobre el contrario banda Más el Mariscal, viendo cuan pocos se allegaban en torno suyo, y no queriendo sacrificar vanamente las vidas de sus leales amigos, dejó caer la pica, y triste y abatido marchóse en busca de Benalcázar, al cual se entregó, ¡ay! para perecer bajo sus manos vengativas cuatro días después, recibiendo la muerte a vil garrote, junto con tres de sus principales capitanes.

Temeroso don Jerónimo de caer en las manos del Adelantado, apeló a la huida, y gracias a sus buenos pies, pocas libras y mucha suerte, logró salvarse despeñándose ilesamente por uno de aquellos precipicios y ganando, tras de mucho correr, un seguro refugio en Anserma, en casa de un camarada leal.

Fueron y vinieron días. Calmáronse las pasiones y persecuciones, y una vez marchado el Adelantado hacia Popayán, abandonó el de Vezga su escondrijo y dejóse ver por las calles de la ciudad, saliendo al principio con prudencia y recato, y más tarde, cuando comprendió que se le dejaría en paz, con toda desenvoltura y confianza.

Y hé aquí que apenas nuestro héroe volvió a sentirse seguro, enderezó sus pisadas a casa de don Diego Gutiérrez de los Ríos, con propósito de demandar el premio de su comportamiento.

— Apartada (se decía) la única razón que tenía don Diego para repul-sarme, no tengo ahora más que abrir la boca y. . . ¡pedid, que se os dará!

Mas el viejo, que era hidalgo a machamartillo y más honrado que Vivar y más leal que Guzmán el de Tarifa, cuando se hubo enterado de los deseos del galán, replicóle con sosegada voz:

— Señor pretendiente: cuando erais parcial del Adelantado, tal vez, a fuerza de constancia y de ganar méritos habríais acabado por rendir mi voluntad, ¡Mas hoy, con la flaca jugada que habéis hecho, cambiando de bandera como el que cambia de jubón o se muda los zaragüelles, hoy con vuestra honra tan mal parada, habéis perdido toda esperanza, porque mejor querría ver a mi hija en las manos de un enemigo leal que en las de un amigo cuya amistad se me cuele por el postigo de la traición!... .

Así habló el honrado caballero e hijo-dalgo notorio don Diego Gutiérrez de los Ríos. Así habló, en la ciudad de Santa Ana de los Caballeros de Anserma. Así habló, ahora cuatro siglos. . .

EL CASTELLANO DE SAN JUAN

Pasada la guerra que sostuvo contra los tupes, chimilas y otras fieras andianas tribus de la provincia de Santa Marta, el capitán Juan Martín Hincapié (hijo natural del conquistador caquetío Juan Martín Hincapié y de una sobrina del cacique de Munquirá), el gobernador de dicha provincia, don Francisco Martínez Ribamontán Santander, decidió, para mejor proteger la comarca contra futuras invasiones, nombrar ciertos capitanes experimentados a manera de guardianes de aquellos sitios más vulnerables a los insultos de los bárbaros; así en el Valle de Upar quedó el adelantado Bartolomé de Aníbal Paleólogo; hacia la ribera de Mompós, el capitán Carvajal; en Tamalameque, Azuero Fernández de Acebedo, y en la ciudad de Santa Marta el esforzadísimo capitán Nufiote de los Santos y Sandoval.

Tan orgullosos parecían los samarlos con tal cuaterno, que las buenas gentes cantaban aquella copla:

En Santa Marta está Nufio
y en Pueblo Nuevo Aníbal;
En Tamalameque Azuero
y en Mompós Caravajal.

Don Nufio (cuyo ilustre linaje ostentaba en su escudo una banda, sable la color, en campo de gules) fue casado y velado con una hija del general Hincapié, segundo de tal nombre, y así por los valimientos del suegro, como por sus propios méritos logró obtener, por real merced, la plaza de castellano del castillo de San Juan, única fortaleza existente en ese entonces en Santa Marta y que había sido edificada en mil seiscientos dos por el gobernador don Juan Giral Valón.

Rodaba el año de Nuestro Salvador de mil seiscientos veinte y nueve, y regía la samaría gobernación por su majestad Felipe IV don Jerónimo de Quero, del hábito de Santiago, cuando hétense cierto día blanqueando en el horizonte unas velas navieras. . . . ¡Dos, cuatro, ocho, quince, diez y ocho bejeles!

¿Qué significaba aquella inusitada visión? Erase nada menos que la escuadra del famoso pirata holandés Adrián Hanspater. . .

Adrián Juanes Pater, (como le apellidaban nuestros cronistas) fue, según tradición que conservara don Antonio Barranco Manjarrés, deán de Santa Marta, hijo de Padres holandeses, de cuyo lado fugóse siendo muy niño, viniendo a dar con su humanidad a Santa Marta de manera casual; allí le recogió don Juan de Riva de Neira Ulloa, vecino y conquistador de la tierra y, "porque venía hereje, le hizo catequizar y bautizar".

lira la cabra al monte dice el refrán de antaño. No extrañarse, pues, que nuestro picaro catecúmeno, yendo y viniendo días, alzara vuelo hacia el solar nativo, y que allí obedeciendo a su carácter aventurero y andariego, se hiciera pirata, viniendo más tarde a lucir sus pecaminosas cualidades y malas artes en la ciudad que le había acogido y criado cuando pobre y miserable andaba con su niñez a costas en estas partes de Indias...

Basta de escudriñar vidas ajenas y volvamos al hilo de esta verídica relación, considerando cuál sería el temor del pacífico vecindario de Santa Marta al ver aquella siniestra flota de blancas velas y negros gallardetes avanzando... avanzando hacia la ciudad! Consideremos también cuánta sería la zozobra del señor gobernador hallándose sin manera apropiada cómo resistir a tan traviesa canalla. . .

La defensa se contrajo al castillo de San Juan, que ocupaba lugar fronterizo a la población, y que, cual perro guardián de la vieja y noble ciudad, se alzaba trescientas varas distante de la boca de Manzanaras.

Hace fonde el holandés, abre operaciones y pone finalmente sitio al cas-

tillo; defiéndelo su castellano, don Nufio de los Santos y Sandoval. Truena la artillería de los bajeles y respondenle las cuatro culebrinas de San Juan. Aprieta el hereje; resiste al católico caballero.

**Que si esforzado es el moro
don Ortuño lo es mis...**

Y pasaron así varios días de lucha, y el hambre empezó a molestar a los sitiados, que con la prisa que llevaban al encerrarse en la fortaleza no atinaron a traer consigo provisiones suficientes para un largo asedio. Mientras tanto la artillería continuaba batiendo los muros y barría cuantos hombres hallaba en baluartes, garitas y explanadas. Los defensores resistían fieramente y repelían los ataques con levantados ánimos y extremado coraje. Sin embargo, la resistencia se veía inútil, el sacrificio estéril, que ya el hambre golpeaba con el aldabón. . . ¿Cómo hacer? ¿Pedir cuartel? ¿Capitular?

Aquí del valiente Sandoval quien, movido por súbita inspiración, y en lo más duro de la refriega, asomóse a la muralla y arrojando un buen tasajo de carne, dio voces al enemigo diciendo:

— ¡Tomad qué comer, para que mantengáis el sitio!

Sus soldados, no comprendiendo aquella acción que los privaba del único alimento que intramuros quedaba intentaron oponerse, mas el castellano les dijo:

- ¡Quiero morir con hambre y con honra! El enemigo, que esperaba la capitulación por hambre de un momento a otro, al ver aquel acto, quedó atónito, desconcertado, y comenzó a vacilar... Tenía para rato. No debían estar en gran apuro los sitiados, cuando se deshacían de sus vituallas tan fácilmente, ¡A tal paso, sería obra de nunca acabar! Y como el tiempo apremiaba y por ventura el pirata quería ahorar su sangre, ofreció honrosos tratados a los del castillo, a lo cual se avino el castellano, logrando convenir una entrega de la plaza muy a su satisfacción y con partidos muy honoríficos .

Salvado así el buen nombre de las armas españolas, vino la evacuación de la fortaleza, para lo cual hizo formar el pirata una calle de honor a la salida del castillo. Tenía sus puntos de hidalguía y quería rendir justo homenaje a los valientes.

Batió el atambor un ronco paso de marcha lloraron los goznes, abrióse el portalón, tendióse sobre el foso el puente levadizo, y en medio de la calle de piratas desfiló el castellano con sus soldados, armados de todas sus armas, solemnes los rostros, marcial el continente...

¡Pón! Pon! ¡Pón! crujía el parche del atambor. Pasan uno, dos, seis, diez soldados...

Y no salían más.

Impaciente pidió Hanspater al castellano ordenase al resto de la guarnición desembarazar el castillo, a lo cual, el valentísimo capitán, mirando de hito en hito al bucanero, replicóle con sorna:

¿Quién te dijo que si yo tuviese más gente viva no te habría de entre-
gar?

No pocas asedias experimentó el pirata al comprender la treta, mas como ella había sido jugada en buena lid, debíase cumplir lo pactado, y lo cumplió así religiosamente.

¡Por Baco balillo!, qué bien sutil fue **la** estratagema de este buen caba-
llero don **Nunfio** de los Santos[^]y Sandoval!. . . **Y bien empleada** que estuvo,
como que por ella quedó a salvo y quitó de todo linaje de mancha el claro
nombre de las armas de Castilla y León...

Si tú, lector curioso, deseas saber algo más sobre la vida de este pirata y
de su contrincante en el castillo de San Juan, sígueme a través de estas líneas
finales.

Quizá para consolarse del engaño que le hiciera el capitán Sandoval,
dióse el pirata a robar en Santa Marta lo que pudo, desvalijando la catedral y
los templos de San Francisco y Santo Domingo, llevándose todos sus vasos
sagrados, ornamentos y hasta las campanas. . . ítem más: robóse las cuatro
culebrinas que desde las almenas de San Juan cantaran tan buenos responsos a
la artillería de su flota, a los cuales instrumentos tenía en tanto el Adrián,
que, según cuenta **La Floresta**, "dixo que por solo ellas avia venido". Cuando
lo **dixo**, así sería.

De Santa Marta levó anclas la armada rumbo franco al oeste, y pasado
algún tiempo, hallándose a la altura de las costas del Brasil, a doce de septiem-
bre del año de mil seiscientos treinta y uno, avistóse con la escuadrilla de diez
y seis bajeles que comandaba el almirante español don Antonio de Oquendo.
Para esa época regía Hanspater treinta y tres naves de las cuales, obedeciendo
a noble orgullo, solamente destacó diez y seis sobre el enemigo, con el fin de
igualar la lucha (en número, pues en poder siempre llevaba ventaja) y después
de los preliminares usados se trabó la acción a los 18 de latitud ser, quedando
vencedora, después de encarnizada refriega, la castellana gente, y muerto el
pirata cuya nave capitana fuese con él a fondo. El navio en que trasportaba el
pillaje tomado en Santa Marta con otros robos, se lo tragó el mar, sin que
escapara cosa alguna , según lo refiere el cronista Zamora.

El fin del esforzado émulo de Hanspater en la acción del castillo de San
Juan no fue menos cruel; el noble caballero vino a perecer a manos de los
indios chimilas, quienesjo asesinaron en el camino que conducía de Santa
**Marta al Valle de Upar, "sin embargo de que lo recorría siempre armado con
cota de malla, porque debajo del brazal le dieron un penetrante flechazo que
le quitó la vida".**

Esta fue la crudelísima muerte del buen capitán don Nunfio de los Santos y Sandoval, de cuya verdad no parece quepa duda, pues así la refiere el alferez don Joseph Nicolás de la Rosa en su tratado de la **Floresta de la Santa Yglesia Cathedral de Santa Marta**, al capítulo VIII del libro I, a do habla del ilustrísimo y reverendísimo señor fray Sebatián de Ocando y de "cofas memorables de fu tiempo".

POR LA BOCA MUERE EL PEZ

En la muy noble y leal ciudad de la cruz y los leones, y por los comienzos del siglo XVII, vivía y subsistía un zapatero lusitano el cual respondía al nombre de Domingo da Cunha.

Tenía su taller el bendito en la calle de "El Candilejo" (a la diestra, yendo hacia la esquina, de "El Cañón Verde"), y era de ver cómo en aquella covacha se pasaba los días laborando de sol a sol, cual si fuera una hormiga, mientras canturreaba alegres cantigas del Portugal o trataba algún párrafo con los desocupados que se iban a matar el tiempo entre las leznas y los cordobanes del taller.

El maestro Domingo era un ejemplar vecino, por todos los lados que se le tomase, menos por el del pico, pues a ser un insigne lenguaraz, bromista y maleante de seso, añadía una devoción ejemplarísima a la bota (del ajejo, se entiende), pecadillo éste último, cristiano es advertirlo.

**Que no era permanente
aunque sí frecuente.**

Cierto día daba término el portugués a un par de chapines, en cuya industria era muy afamado —cosa de no maravillarse si se considera que era galante-; digo, pues, que da Cunha daba fin y remate a un par de chapines, y añado que tenía suspendida el alma en ellos, como que los fabricaba por mandato de la discreta señora del teniente-gobernador, cuando. . . . ¡Cristo me valga! dos alguaciles del Santo Oficio aparecieron en la puerta de la tienda, y sin saber cómo ni cómo no, se colaron de rondón y poniendo en alto las varas echaron las zarpas sobre los hombros del buen chapinero.

— Téngase vuestras mercedes — tartamudeó Domingo comedidamente—. Sin duda éste es un yerro que se hace con un honrado vecino; yo soy Domingo da Cunha, zapatero y chapinero de oficio, natural del Obispado de Coimbra, en los reinos de Portugal.

— Al mismo que viste y calza — seor machacacueros, es al que solicitamos de parte del señor Inquisidor — le interrumpieron el par de gavilanes, y

sin entrar en más razones y en medio del asombro y suspensión de todos los mercaderes de la calle, marcharon con el "honrado vecino" y dieron con su anima de él en las verísimas cárceles secretas de la Santa Inquisición.

¡Pobre da Cunha, por cuya mente jamás pasó el que algún día podría hallarse en trance semejante!

Y vino el proceso largo y terrible. Sobre el menguado zapatero se acumularon manifiestas herejías: Ñuño Ximénez, uno de los contertulios (¡el ladrón mal amigo!) declaró que el procesado daba a entender que era judío "y que en una ocasión había dicho que se hubiera holgado de haberse hallado presente cuando crucificaron a Jesucristo".

Además, se dijo que da Cunha en la semana Santa había hecho befa de la Pasión y tocaba, remendando la del jueves santo, una trompeta con la boca, y decía: "Ande la procesión, que ahí va Jesucristo en casa de todos los diablos". Otro traidor, mal amigo, catalán él, declaró que en cierta ocasión en que unos soldados del presidio real lanzaban a toda la Rosa temos y votos horriblemente esféricos, y sacando en ellos a colación y con gravísimo escándalo el Santísimo Hijo de María, oyó decir a da Cunha: " Pues tanto votan, bótenlo para mi casa, con todos los diablos ". (¡Mal mes y mal año para el descomulgado equívoco!)

¡Pero ahí me las den todas y vengan de buen talante los tres mil y tantos azotes! Doña Marica de Verdejo, beata convicta y confesa, dijo que en cierta ocasión, yendo ella acompañando al Santísimo y habiéndose quedado atrás de la comitiva "por encender un farol que se había apagado " , fue preguntada por el susodicho reo, que por ahí acertó a pasar, " hacia qué lugar llevaban al Santísimo " , y contestando a lo cual que a la calle del *Torno de Santa Clara " , replicó el muy blasfemo: " Allá va Dios, **en casa de todos los diablos*** . "Sin otras muchas herejías y palabras que dixo a este modo", según canta el proceso.

¡Vélame la Virgencita de la Popa, y en qué laberinto se había metido el portugués con gran escándalo y confusión de las personas graves, que hasta entonces le habían tenido por cristiano viejo! A otros pecadores, por punto menos los habían echado a galeras o les habían vuelto alheña los huesos; diréisme: ¿qué podfa esperar el hereje zapatero?

Excusado es decir que aun cuando el desdichado reo pensó negar obstinadamente el haber pronunciado tales blasfemias, una vez llevado a la mancuerna y antes de que le pusieran la toca y trajeran los jarros de agua, confesó a voces sus culpas y pidió contritamente le perdonasen, teniendo presente que si algo había dicho en menosprecio de Jesucristo, era debido al demonio del mosto, que le traía a la cabeza tan liviana muletilla, pero que su alma fuera "**a casa de todos los diablos**" si volvía en sus días a besar la bota...

A pesar de su arrepentimiento y confesión, según usos del santo oficio practicados para edificación y ejemplo de los presuntos pecadores, da Cunha

fue condenado a cinco años de destierro y cien pesos para gastos del tribunal, amén de la abjuración **de leví**, sentencia que cumplió, mordaza en boca, en compañía de otros veintiún penitentes y en el mentadísimo auto de fe que se celebró en la plaza mayor un miércoles a los diez y siete días del mes de junio del año de Nuestro Señor de mil seiscientos veintiséis, habiendo sido presenciado el susodicho auto con gran contentamiento por nobles y pecheros de la buena ciudad de Cartagena de Indias.

Y añade este menguado cronista — cuyos papeles habrían merecido, por malos, la hoguera del inquisidor mayor don Agustín de Zarate y Saravia— que fue sabido que cuando el buen zapatero enderezaba sus pasos camino de la galera que había de llevarlo al destierro, después de haber entregado al contador del Tribunal, don José de Bolívar, los cien pesos de majras, dijo entre dientes: "Ya se fueron mis dineros **a casa de todos los diablos**".

Lo cual dijo de manera que no lo oyesen, pues bien sabía que su maha-dada muletilla, en achaques inquisitoriales, era asunto de *latae sententiae ipso pacto incurrenda*, y "no estaba la maricotea para tanto convite", como dice el dicho.

EL CACIQUE SALOMÓN

Nuestros abuelos, los conquistadores, guardaron ideas harto erróneas sobre las capacidades mentales del indio, hasta el punto de que historiadores como Simón llegaron al extremo de poner en tela de juicio el caso de si nuestros aborígenes tenían o no alma. ¡Carape! ¡Sí, que la tenían, y muy bien enraizada! Digo más: en materias de agudeza lucieron rasgos que en ocasiones dieron cinco y raya al más despierto genio español.

Quejábase Sugamuxi (aquel sacerdote de Iraca que andando el tiempo hizóse cristiano, recibiendo el nombre de **don Alonso**) quejábase, voy diciendo, de la mala administración de justicia existente en su pueblo. Enviábale la real audiencia jueces tras de jueces, y corregidores tras de corregidores; mas el daño no se enmendaba, y, de esta suerte, los encomenderos continuaban impunes, con visible perjuicio para los naturales. Finalmente y tras de muchos desengaños, avisáronle a Sugamuxi que iba a ser satisfecho en su demanda, como que ya había salido un nuevo juez hacia Sogamoso y, de contera, muy bien instruido para hacer allí paz y justicia.

Ante aquel anuncio sonrió el aburrido y ya escéptico cacique, y tornándose a sus buenos indios, díjoles:

— Andad, hijos y reparad si las aguas del río corren hacia arriba o hacia abajo.

Fuéronse los inocentes indios a ejecutar lo que se les mandaba, y regresaron en volandas trayendo la estupenda nueva de que las aguas iban corriendo **de pabajo**.

¿De pabajo?

— ¡Así es la verdad, señor!

— ¡Ah! Entonces tened por cierto que el nuevo juez no va a correr diferente camino que los otros.

Y desde aquel entonces los míseros descendientes de los zaques, cuando dan con un río míranle atentamente, con la esperanza de hallar sus aguas (siquiera alguna vez) corriendo hacia arriba. . . ¡Vana ilusión! Para nuestras indiadadas las aguas del gran río de la justicia han corrido y correrán siempre **de pabajo**.

Hubiera seguido Sugamuxi de ejemplo de don Andrés Guatesique, cacique de Dubigara, otro gallo le habría cantado. ¡Vaya en gracia! Si el Guatesique era guane fotuto, y por lo tanto progenitor de aquellos famosos comuneros del 81. . . Así me atrevo a declararlo; más no a jurarlo, porque se dice que ello es pecado en cosas de poco momento.

Dubigara, en cuyas tierras asiéntase hoy la gentil Barichara, constituyó una tan dilatada comarca, que dio tierra suficiente para ser repartida entre varios conquistadores. A fines del siglo XVII quedó toda ella bajo el poder de don Juan Bautista de Olarte, provincial de la Santa Hermandad de la ciudad de Vélez, y por tal razón el sobredicho don Andrés Guatesique nació y vivió bajo la tutela del mentado provincial.

Establecido lo antecedente, tomaremos el hilo de esta verídica y puntual historia diciendo que yendo noches y viniendo días, cierto mestizo, criado del encomendero, compró un labrantío de maíz a un indio de Dubigara llamado Pirinoche, comprometiéndose a pagarle por la dicha compra veinte pesos de buen oro, los que debía satisfacer, precisamente, por la próxima pascua de Resurrección.

Todo esto habría salido muy cabal si el mestizo no hubiera tenido para su colete ciertas máximas manguianchas, una de las cuales era aquella de que «el peor negocio es el de pagar» . Sentencia un poco desaforada y que, a lo que colijo, no solamente en los antiguos, pero en los modernos tiempos ha sido usada y guardada por blancos, mestizos, indios y negros. Quizá por ello canta la copla:

**¡Líbrame Dios de la peste;
de los mestizos y blancos;
de los negros y las negras;
de los zambos y mulatos.**

Barrúntase de estos versillos que el poeta, o como se le llame, estaba desengañado de todo el género humano... ¡Mas dejemos esta zona peligrosa y resbaladiza y ¡jarre con el cuento!

Conque sucedió que el demonio del mestizo aplicó su máxima al negocio celebrado con Pirinoche, de donde resultaba que las pascuas venían y las pascuas se iban y los veinte pesos pataleando, pataleando, sí, porque se estaban ahogando sin remedio y sin esperanza de él...

— ¿Cuándo me pagaréis? — preguntaba Pirinoche al mestizo cada vez que le encontraba en Vélez.

A lo cual replicaba el socarrón:

— Entended y tened por cierto, mi buen Pirinoche, que estoy de viaje para la ciudad de Paga, donde vivían antiguamente los **paganos**, y que a mi regreso os pagaré rata por cantidad.

— ¿Conque sí? ¡Ah, picaro, ladrón, belitre de la peor calaña!

La hora había de llegaros, porque, como decía Pirinoche: ¡Mí Dios es más grande que una ceiba, y cobija a todas sus criaturas por parejo!

Y fue el caso que don Juan Bautista de Otarte ordenó al mestizo que se trasladase a Dubigara a colectar y traerle el tributo añal; y aquí fue la buena, porque después de haberle entregado don Andrés Guatesique la tasa, y cuando ya el mestizo se partía, díjole con mucho comedimiento y gravedad:

— Señor mío: mejor fuera que le satisficierais la deuda al pobre Pirinoche. ..

— Aun mejor sería, don cornudo soplagaitas, que no os entrometierais en el rancho ajeno, dejando a cada cual en paz con sus pecados.

— Quedaos con los vuestros, si os place; pero no con los veinte pesos de Pirinoche; que nunca consentiré salgáis de aquí sin haber arreglado la deuda.

Y como viese que el mestizo tomaba la cosa a burlas, indignóse tanto el cacique con el desacomodimiento, que sin dar campo a más, ordenó a sus vasallos que le prendiesen y sujetasen bien.

— ¡Ahora, salteador en despoblados, veremos si destorcéis esa bolsa, porque dos azotes bien administrados os irán por cada peso! ¡Conque muchachos, menead esas manos, y por ahora contad sólo veinte!

No se hicieron rogar los dubigaras aquella orden, y fue de verse con cuánta ligereza dieron con el mestizo en tierra; con qué destreza le bajaron los gregüescos y con cuánto amor empezaron la azotaina mientras el cacique contaba con mucho brío: uno, dos, diez, quince, veinte...

Aquí cantó el mestizo la palinodia y, viendo las veras traducidas en sangre, con gran priesa soltó el cordón de la bolsa, y de acuerdo con la sentencia del cacique pagó a Pirinoche diez de los veinte pesos debidos.

Ya imaginará el lector la zafacoca que nació en Vélez cuando vieron llegar al mestizo todo derrengado y mohíno. "Cómo, vociferaba el licenciado Morantes, **¿in qua urbe vivimus?** ¡No faltaba otra cosa sino que estos indios

bellacos anduvieran a la hora de ahora azotando a nuestros criados y servidores " .

El encomendero, como era lo natural, montó en cólera e hizo llamar al cacique resuelto a propinarle un ejemplar castigo, dando así un escarmiento a los indios y una reparación a su criado. Compareció, al efecto, don Andrés Guatesique, risueño, sonreído, esbozando sus dos hileras de blanquísimos dientes; y cuando el de Olarte, hízole airadamente la acusación, replicóle con mucho sosiego:

- Señor: considerad que el mestizo tenía embolotados veinte pesos a Pirinoche...

— ¡Pero en vuestra no estaba la punición! ¡Mirad que vuestra justicia meramente alcanzaba a los indios, a los meros indios!

Talmente: el mestizo es la mitad indio y la otra mitad blanco, y yo solamente hícele dar la mitad de los azotes correspondientes a la sentencia, y solamente le demandé la mitad de la deuda. Ahora, señor, como blanco que sois, haced justicia, si así os place, en la otra mitad de vuestro criado.

Ante aquella salida riéronse de muy buena gana los allí presentes; y a la risa se sumó el gusto cuando vieron cómo el justiciero don Juan Bautista hízole pagar al mestizo los diez pesos remanentes, sin dejar por ello de propinarle los veinte azotes faltantes, los que fuéronle aplicados en la esfera izquierda de salva sea la parte, porque el cacique, en el colmo de la legalidad jurisdiccional, apenas había ejercitado su sanción sobre la esfera derecha. . .

Así fue cumplida en todo y por todo la sabia sentencia del cacique de Dubigara, y aquí podría el cronista espaciarse haciendo variados comentarios, como el de decir que ¡cuántos Guatesiques hacen falta en nuestros tribunales!. . . Pero, tente, plumilla, porque, como decía un indio de mi pueblo: " ¡La mejor **cencia** es mi **mama** Prudencia " ! .

Lo certifico.

T A L A B A D

Este don Juan de Velasco, hijo de Ortún Velásquez de Velasco, y sucesor de su padre en las encomiendas de Guaca, Bucarica y Bucaramanga, fue un buen ejemplar de hidalgo del siglo XVI, como que pasó la tercia de su vida sirviendo al rey; la otra tercia parte, protegiendo y fundando monasterios, y la tercia final, litigando con sus vecinos y no vecinos.

Tal trinidad, cuando ejercida largamente, socava la **más** sólida fortuna, y la de don Juan hallóse un día tan averiada, que solamente quedó al **buen caballero** el recurso de abandonar su casa solariega de Pamplona, para marcharse con su numerosa familia al valle de Bucarica. Allí tenía saludables aires; comida sana y abundante; aguas cristalinas que entre el verdor de los cañaduzales opulentos lloraban lágrimas de finísimo oro; fértiles dehesas aderezadas con toda suerte de ganados; finalmente siervos leales y cariñosos que atendían solícitos a todos los menesteres de la familia. Acomodado sitio, en verdad, para restaurar su mermada hacienda, merced al trabajo y a la economía.

Mas en este mundo * lo que no tiene pero es un cero * , y no pequeña tacha tenían las deleitosas campiñas de Bucarica con la vecindad de los yarigués, indios inquietísimos, piratas protervos y forajidos de la peor ralea, entre los cuales sobresalía por su acometividad la parcialidad de los suama-caes, que por aquel entonces tenía su asiento en las vegas del Cáchira, propin-cuas a Cañaverales.

No era don Juan, hombre de sufrir pulgas, y así viendo que sus desman-dados vecinos no le dejaban vivir en paz, armó sus gentes en pie de guerra para repeler los ataques, sin perjuicio de disponer frecuentemente rigurosas entra-das contra los bárbaros, con lo cual logró tenerles a raya y disfrutar así de relativo sosiego. Buenas entradas (¡voto al chápuro!) fueron aquéllas, y bonísimas azás fue la última en que lograron sorprender al mismísimo cacique Suamacá, matándole una docena de gandules, con más ocho o diez que le aprisionaron junto con muchas alhajas y cosas de valor, que llevaron el rego-cijo a los vencedores. Pero lo más precioso de aquel botín, el gran suceso de la jornada, fue la captura de Talabalí.

Erase éste un indio guane, natural de Bucarica, muy ladino e inteligente, que había servido a don Juan en clase de paje en su casa de Pamplona. Ya cre-cido, retornó a Bucarica, y por causa de un injusto castigo, huyóse al monte, donde vagó alzado algunos días hasta que, acosado por sus perseguidores, reunióse a las bandas de los yarigués comarcanos. Entre la bravia naturaleza de la selva y llevando la ruda existencia del guerrero salvaje, complementó su desarrollo el mozo viniendo a ser con el tiempo uno de los capitanes más famosos de aquellos beduinos, tanto por su valor y grandes fuerzas cuanto por sus genialidades y conocimiento del idioma y argucias de los blancos.

Talabalí cautivo. . . Aherrojado le tenía don Juan en una vieja jaula otro tiempo guardadora de un tigre real, y era de verle allí, encorvado y ven-cido, con sus ojos centellantes, con su bello cuerpo semidesnudo cuyos mús-culos formaban cordilleras y donde el tinte cobrizo de la piel despedía reflejos de vigor y poderío.

¡Ah, bellaco mal agradecido! -decía don Juan- ¡Ya le tengo en mis manos! ¡Buenas corvetas hará el traidor cuando le vea colgando en la plaza mayor de Pamplona!

¡Pobre Talabalí! Hartas humillaciones sufría en aquella prisión, y casi habría perecido de hambre y de sed, si doña María de Velasco no hubiera sentido compasión hacia el antiguo criado y le hubiera hecho llevar secretamente algunas viandas que aliviaran su triste situación. En estos trances siempre aletea el alma compasiva que llega ante la víctima cual un tibio rayo de sol... ¡Y así llegó la noble dama hasta la jaula de Talabalí.

Lector curioso: os presento a don Juan de Arteaga Gamboa, hijodalgo de conocido solar y nativo de la ante-iglesia de Arazúz, en el señorío de Vizcaya. Ítem: espadachín de probados lagartos y mejor pulso, alegre cual un jilguero, frisante en los veinticinco abriles y con la escarcela más limpia que el immaculado dogma de la Concepción. Y os hago, amigo lector, la introducción de este caballero para poder deciros que tal era el galán que pretendía la mano de doña María de Velasco, la bella hija del encomendero de Bucarica.

No complació al padre, ni poco ni nada esta amorosa pretensión. El ambicionaba para su hija una alianza provechosa con alguno de los Rangel de Cuéllar, los Patencia, Carrillos de Orozco, Maldonados, Páez de Sotomayor, Fernández de Rojas u otro cualquiera de los caballeros que militaban en la conocida y rica nobleza de Pamplona. Don Juan de Arteaga, ave sin norte fijo, podía ser un caballero de linaje significado; mas por su aspecto semejava también pertenecer a aquella legión de segundones que en el siglo XVI embarcábanse en el Guadalquivir rumbo a las Américas, cantando la tan conocida copla:

**A las Indias me lleva
la necesidad;
si no fuera por ello
no iría en verdad!**

Mas, para la puntualidad de esta historia conviene decir que la niña, prendada de las gracias del vizcaíno, no pensaba como el padre, y que había llegado, en el colmo de su amor, al extremo de declarar ante los autores de sus días que de no ser con don Juan, no se casaría con otro alguno.

Cuando don Juan de Velasco resolvió la traslación de la familia a Bucarica alegráronse en la casa, porque se dijeron: ya pondremos tierra por medio a este casorio. Y así lo parecía, que veinticinco leguas de montañas asperísimas, valles profundos y nevados páramos, veinticinco leguas atravesadas por ríos caudalosos y que debían recorrerse por caminos sin senda y sin recursos, ofrecían a un **chapetón** vallas infranqueables. ¡Mas, cuan poco conocían los de Velasco al mancebo! Porque es lo cierto que apenas andados dos meses desde que la familia moraba en Bucarica, vióse entrar al valle del Río del Oro, caballero en despeado rocín, al enamorado vizcaíno. Y aquí de don Juan de Velasco, **que daba su alma a Satanás maldiciendo a más y mejor contra el porfiado galán**, quien, excusado es decirlo, **a poco de haber llegado puso sitio amoroso a la casona de Bucarica.**

Dando y cavando el encomendero sobre la manera de remediar estos entuertos, vínole una idea que decidió poner en ejecución seguidamente.

Al efecto, hizo llamar al de Arteaga y le expuso esta peregrina propuesta:

— Señor don Juan de Arteaga Gamboa: sé por dónde peregrinan vuestros intentos amorosos, y harto debéis saber por dónde caminan mis designios. Mas sabed que ahora he variado de parecer y que os concedo la mano de doña María con una sola condición, cual es, que habéis de vencer al indio Talabalí en duelo singular de espada y macana.

— Señor mío: considerad que soy hidalgo y español, que no es de gentes de mi clase habérselas en tal suerte de desafíos y aun menos con indios y personas de baja condición!

— En casos de honra ajena no me entrometo, y haced de ello lo que creáis justo y, norabuena. Entended, sí, que mi resolución es firme y que nada ni nadie me hará revocarla.

Marchóse don Juan de Arteaga hacia su posada, mohíno y confuso, solloqueando a más y mejor al través de los agrestes senderos. ¡Oh, cuan cercana y cuan lejana se hallaba su dicha! Vamos, no afligirse; consejo tomaría del huésped.

Erase el huésped un viejo minero que tenía sus ranchos en las márgenes del Río del Oro. Hombre grave y de gran experiencia en las cosas de la vida. Y Beltrán de Luzuriaga habló así al cuitado caballero:

— Conozco a don Juan de Velasco y sé que como hombre temático que es, nunca volverá atrás. ítem: es astuto, y pienso que os hace la propuesta coligiendo que en ningún modo la aceptaréis: con esta socaliña, al paso que pondrá barrera a vuestras pretensiones la negativa os desmerecerá ante doña María, quien comprenderá que muy flaco es vuestro amor cuando no es poderoso a vencer una preocupación de casta. Conque, señor mío, si queréis realizar vuestros amorosos pensamientos, apartad esas ideas, y aceptad el duelo, que por la herida abráis al bárbaro entrará holgadamente vuestra felicidad. Advierto, sí, que ese Talabalí es un bestión tan grande como una ceiba y con más fuerzas que una danta, y que de un tajo de macana...

— ¡Bien podéis ahorraros el advertimiento, que medrado estaría don Juan de Arteaga Gamboa si se entretuviera considerando tales boberías! Parad, parad la advertencia, que no quiero oír más, y entended que en lo que atañe al consejo, presto estoy a seguirlo, y que hoy mismo retornaré a Bucarica para decir a don Juan que acepto el desafío.

Tal dijo y tal hizo, y don Juan de Velasco, cogido en su misma red, no halló otro camino para cumplir su palabra que pasar de burlas a veras y concertar el duelo.

En la plaza que existía en la doctrina de Bucarica hizóse el palenque, y en el mejor sitio levantóse el tablado que debía ocupar don Juan de Velasco

con sus familiares y el padre doctrinero Alonso Ortiz Galeano. A su lado construyóse otro mayor, destinado para los blancos que moraban en aquellos contornos: allí Andrés Páez de Sotomayor, teniente-alcalde de minas; Pedro Martín Carnero, escribano del valle; Custodio de Barros, Alonso Domínguez Beltrán, el hijo del conquistador, el alguacil Diego de Saltierra, Beltrán de Luzuriaga, Mendo Venegas y otros mineros del Río del Oro y criados de don Juan. Junto a este estrado alzóse un tercero para acomodar a don Diego, cacique de Bucarica, y a su familia. La turba de indios de la encomienda ocupó la estacada que guardaba el palenque.

Sonó la trompeta de ordenanza y viéronse en la arena los dos justadores. El de Arteaga, impávido, sereno, cubierto con su rodela y en la diestra la fina espada, que empuñaba con decisión. A su frente Talabalí, embrazando una adarga rústica y blandiendo una macana de tamaño desmesurado. Cuando vieron los presentes aquel joven mediano y cenceño, rostro a rostro ante el gigante indiano, llenáronse de zozobra.

Resonó segunda vez la trompeta en señal de que se debía empezar la justa, y entonces fue de oírse el alboroto. El padre Galeano, poniendo en alto los ojos, invocaba a los santos guerreros del cielo en auxilio de su hijo espiritual; los mineros aullaban estrepitosamente dando ánimo al amigo: ¡Santiago, y al bárbaro! ¡Upa! ¡Upa, don Juan! ¡Duro y a él! Santiago, y al bárbaro!

Los lidiadores, frente a frente, guardábanse con cautela, acechándose, siguiéndose en sus menores movimientos, con los ojos centelleantes y los músculos en tensión. Cruzan las armas; ya empiezan, ya se atacan... El bárbaro blande su poderosa macana y la descarga. Para con su rodela el de Arteaga, mas salta el escudo vuelto pedazos! Un gesto de pavor recorrió por los estrados. . . En este momento un grito angustiado resonó en el tablado de don Juan:

- ¡Talabalí! ¡Talabalí..!

Talabalí oyó aquel grito desgarrador. Talabalí vio quien lo daba y entendió lo que él entrañaba. . . Y el pobre salvaje, que desde niño había alimentado en su pecho aquel amor (amor de can humilde que acaricia la mano que le hiere), el pobre salvaje recordó en aquel instante doloroso cuál era su destino. . . Y quiso morir, morir de una vez con su esperanza irrealizable, morir antes de llevar inútilmente el dolor a la amada de su corazón. ¡Y triste, resignado, sin cubrirse siquiera, buscó la punta del acero enemigo y avanzó resueltamente, ayudando con su empuje el brazo de su rival! ¡Cielo santol! ¡Aquello fue rápido, certero!

¡Y cuando Talabalí, agonizante, sintió que ya su alma viajaba, hizo un supremo esfuerzo, alzó los ojos hacia la novia imposible y lanzóle, cual una saeta salvaje, su más bella sonrisa de amor!

LAS CLAVELLINAS

Cartagena de Indias, tierra de grandes hechos, fértil mina de guerreros, asiento de legisladores y ameno campo de escritores, fue también glorioso jardín de santos. Díganlo, si no, el insigne Luis Beltrán y Fray Dionisio de la Cruz, el venerable asceta natural de la gran China, que murió de ciento veinte años en el convento de dominicanos, asistido en su tránsito por el espíritu de San Francisco Javier, de quien fue confesor en las misiones de Oriente. Certifíquelo fray Diego de Aragón, de quien relata la crónica que multiplicaba milagrosamente las viandas del convento seráfico, y aquel fray Alonso de la Cruz, el visionario fundador del cenobio de La Popa, y que murió martirizado por los salvajes de Urabá. Testifíquelo la extática sor María del Rosario, el hermano jesuita Francisco de Bobadilla y, en fin, toda la unvida caterva de beatos, religiosos y seculares, de cuyas maravillas y taumaturgias están henchidas las historias y tradiciones de los pasados siglos.

Brilla y esplende en el viejo cronicón religioso el santo jesuita Pedro Claver, quien llovió sobre la ciudad tanta y tanta suma de obras prodigiosas, que muchos años después de su muerte cantaban los buenos cartagineses:

**Por su bobo y un Claver
está Cartagena en pie.**

El "bobo", que va a guisa de equívoco en esta capilla, no era otro que el humilde hermano Francisco de Bobadilla, por cognomento "el hermano santo", y del cual se refiere que llevaba sus mortificaciones al extremo de entregar voluntariamente su cuerpo a la voracidad de los mosquitos, abandonándoles pacientemente su sangre para que la chupasen hasta que los tanteaban hartos, en cuyo punto decía:

- ¡Ea, animaillos de Dios, idos en paz y dad lugar a que vuestros hermanitos yanten también!

Al oír lo cual alejébase volando el satisfecho enjambre, dejando el puesto a otra bandada que cerca de allí esperaba el turno silbando, chillando y pitando. ¿Habrás visto penitencia mayor?

Mas no nos embosquemos en estas digresiones, y sigamos nuestro canto llano, porque a menudo acontece que tales contrapuntos y dibujos suelen pasarse de sutiles, como decía el picaro Ginesillo de Parapilla. El cual canto llano y plano no será otro que el de reducirme a relatar un tierno y florido pasaje acontecido con el santo Pedro Claver.

Aun se ve en Cartagena, en el ángulo que forman las calles de La Mantilla y de Don Sancho, una vieja casa que luce sobre su portalón un pétreo escudo al que corona primoroso yelmo plumado realzado con garbosas trascoles. Morada fue ésta del capitán don Francisco de Silva y Castillo, hombre pío, grande limosnero y muy temeroso de Dios, cual cumplía a los buenos hidalgos del coloniaje.

Poseía el capitán una negrita que había comprado en la última feria de galeones, la cual negrita, que provenía de la casta llamada "mocaranga" apellidábase en su patria lengua "Yariva" .

- Ciento veinte pesos de buen oro di por la esclavilla — decía don Francisco a su mujer —; mas ello no empece, porque hallóla más sana que mi conciencia y, confianza en Dios, nos servirá cumplidamente en los menesteres de su oficio, hasta que vayamos con nuestros cuerpos a la sepultura y con nuestras almas al cielo, según confío y procurólo.

- ¡Acatado y reverenciado sea El, y todo sobrevenga al compás de su voluntad; pero no olvidemos, señor mío, nuestra obligación de sacar a esa muchacha del estado de su gentilidad!

- Pies han menester las cosas; quiero decir que tócanos primeramente el ¡instruilla en la doctrina de nuestra santa fe para procurarle luego el óleo y la crisma.

E instru íase la negrita en las católicas enseñanzas cuando, cierta mañana y sin conocida causa, encontráronla largo a largo por los suelos, sin mostrar signo de vida alguno, pues ni le hallaron resuello, ni pulso, ni movimiento, por lo cual percatáronse de que la pobrecilla Yariva estaba muerta sin remedio..

- No la toquen - dijo gravemente el capitán don Francisco de Silva y Castillo -- y seguidamente envió a uno de sus esclavos en demanda del padre Claver.

Muy en breve llegó el santo, cojeando al compás de su tradicional muleta, y recibido que fue en la casa con grandísimos y piadosos extremos, refirióle el capitán el suceso mostrándose, mientras hilvanaba su relato, embargado de la más triste congoja al considerar que la niña, había fallecido sin el bautismo.

Allegóse el santo a la difunta, y sin saber cuál fuera su nombre, la llamó por él diciéndole:

- ¡Yariva! ¡Yariva de Dios!

Ante cuya invocación incorporóse la negrita y sonriendo plácidamente, pidió el bautismo.

- No haya lugar a maravillarse— dijo el santo humildemente—. Esto no es nada. Traedmeagua.

Y examinada que fue la pequeñuela en materia de doctrina, y placido Claver del examen, dióla, en el bautismo, junto con la vida de la gracia, la vida temporal.

Algún protervo hereje podría argüir que no ve el milagro, alegando que bien pudo la muchacha haber padecido un accidente cataléptico del cual volviera, en modo coincidencial al ser conjurada por el santo.

Poca prisa me corre para que sea guardado el suceso cual hecho sobrenatural; mas tal vez sí lo parezca al añadirle su maravilloso complemento que reputan las viejas tradiciones tan verídico cuanto milagroso.

Y fue el caso que el agua con la cual se bautizó la negrilla quedó en un barieño traído para la ceremonia, y por reverencia de haber servido para administrar el sacramento, suplicó el padre Claver que no la arrojasen al suelo.

Fuese una criada con la vasija, y buscando un propio lugar para verterla, ocurriósele hacerlo sobre un tiesto lleno de tierra que tenía preparado la señora capitana con el designio de sembrar en él una planta de jardín.

¡Alabado sea el Señor! Al día siguiente surgió de aquella tierra una delicada planta de la cual brotaron ciertas florecillas, tan lindas, que eran la suspensión de las gentes que venían a admirarlas, sin que nadie atinase a saber a qué especie vegetal correspondían, pues no recordaban haber visto cosa igual o parecida ni en estas Indias ni en los reinos de España! ¿Y qué diremos del aroma que despedían sus corolas? ¡Era tantísimo, que toda la casa se inundó de aquella fragancia, una fragancia exquisita, suavísima, que embargaba los sentidos del más célico transporte! . . . ¡Ni el nardo, ni el heliotropo, ni el jazmín glorioso, ni la santa azucena de la Virgen podían hacerles ventaja!

Pasaron los días, y los males ordinarios que padecía Claver se agravaron de muerte y una tardecita del mes de septiembre del año de Nuestro Salvador de mil seiscientos cincuenta y cuatro entró en agonía. Su alma purísima, santificada muchos días hacía por la penitencia, el amor y el sacrificio, despojóse de sus flacos arreos para subir, cual deslumbrante nube, cielo arriba, derecho, derecho, hasta llegar al trono de Dios a cuyos pies reposó el reposo de los justos. . . . Y a su llegada difundióse por el ambiente celestial una fragancia dulcemente embriagadora, la fragancia de las florecillas que habían volado junto con el santo, envolviéndole como en un halo de divinísimo olor. . .

Tal la tierna historia que se relata en Cartagena sobre el origen de la clavellina, nombre que se dice recibió la planta en memoria de Claver; tal es la historia que me refirió una buena viejecita cierta jubilosa tarde septembrina, mientras regaba con pulso trémulo las florecidas macetas de su jardín.

— Dígame usted, señora Amalia: ¿y cómo se comprueba ese relato?

— ¿Cómo? ¡Pues aspirando la flor! ¿Lo hizo usted? ¿Le halla perfume? ¡No! ¡Y cómo hallárselo si el santo, que le había dado el suyo, al morir lo llevó consigo! . . . De ahí que ésta sea la única de nuestras flores que no tiene aroma. ¿Quiere usted una prueba mejor?

Los ojos apagados de la buena anciana se iluminaron súbitamente. . . . ¡Por sus pupilas pasaba brillante y firme el destello sublime de la fe!

EL HOMBRE DEL FAROL

En el año sin gracia de 1828 llegó a esta fidelísima ciudad de Santa Fe don José Agapito de Labaroés, joven samario que había de hacerse célebre más tarde en las crónicas levantiscas de su ciudad y región. Y con lo dicho basta en lo que se refiere a don José Agapito.

Sigamos ahora con Manuelito Llanos, ilustre e ignorado hijo de San Juan de la Ciénaga, negrilla simpático y retozón, inteligente, pulido, dicharachero, quien había subido a estas alturas andinas en calidad de paje de don Agapito.

Amigo lector: ciertamente fue de ver cómo amo y mozo arribaron a nuestra urbe caballeros en cansados mulengues, y fue de celebrar cómo, al llegar a la calle de la Carrera, hicieron alto y frente ante una vetusta casona atronando el pacífico barrio con su mohoso y pesado aldabón.

Ladraron los perros, asomáronse las curiosas vecinas a los ventanales, y en breve escuchóse la voz de una criada vociferando el "¿quién es?", contestado por los viajeros con el "yo" sacramental y absurdo. Crujió el portalón, abrióse como dando un gran bostezo, y por el ancho zaguán penetraron los visitantes.

¡Cuánta felicidad! Al fin, tras largo viaje en champán, río Magdalena arriba, y tras de penosa travesía ecuestre desde San Bartolomé de Honda a Bogotá, llegaban los aporreados peregrinos cabe el hospitalario techo de don José María del Castillo y Rada, amigo familiar de don Agapito de Labarcés.

Dejemos a los viajeros relatando sus aventuras y desventuras al amor de la lumbre; dejémoslos descansando en blando lecho que despedía fragancias de albahaca, y recojamos el hilo de nuestra historia para hilvanarlo al día siguiente, poniendo en la rueca la interesante figura de Manuel Llano, héroe y norte de esta verísima historieta.

Muchacho curioso y vivo cual una ardilla, y no teniendo mayores obligaciones al lado de su patrón, dióse al deporte de recorrer la capital llevándose los ojos de los buenos santafereños, a causa de su exótica vestimenta costeña, consistente en planchado y blanco pantalón, nivea camisa, ruana alegremente listada, sombrero alón de caña amarilla, finas alpargatas de pintarrejeado fique y pañuelo de seda que ostentaba su rojo soberbio sobre la tostada garganta del dueño. Aquello parecía un altar de corpus cruzando las aburridas, soñolientas y grises calles de la ciudad de Quesada.

Manué (como le decían sus conterráneos) hízose el propósito de conocer todos los recovecos y rincones capitalinos, y a los pocos días de excursionar sabía de la ciudad más que los mismos raizales. El conocía dónde vendíase la mejor mistela, dónde la mejor horchata de ajonjolí, dónde el más espumante y aromoso chocolate, dónde las más ricas empanadas, dónde las más exquisitas colaciones monjiles y dónde. . . Digo? ¡Ea, digamos! Dónde las más

rozagantes manzanas del paraíso....

Porque ha de saberse que Manué gozaba de la debilidad de que disfrutaban los buenos hijos de nuestra costa caribe. No en balde habíase criado saboreando carne de buen peje allá en las playas de su nativo solar. ... Y como decía él con harta gracia.

- Detrasito der pejcao, viene er pecao, y una cama sola se alegra con una camisola, y en ejta tierra tiempra er frío y loj cojteño como friolento de nacimiento... .

" ¡Aquí no se contradice a nadiel" —decía el doctor Murillo en cierta ocasión en que pretendía moverle polémica el gran general Mosquera...

Total de todo esto, que a poco andar encontrábase nuestro amigo tan complicado entre el gremio de pollerines, que daba gusto el verle pasarse los días durmiendo y las noches mariposeando de flor en flor por los jardines de Eva. La niña Josefa, la niña Antonia, la niña Marielrosario y... y... la niña Fansica. Esto es, la niña Fansica, la muchacha jacarandosa y llena de gracias, que había venido del Perú sentada en las ancas de la caballería de un oficial del " Voltijeros * ", la guapa chiquilla que había logrado, por sobre todas sorber el seso a nuestro tierno amigo Manué.

— ¡Ay! Fansica! ¡Ay, mi camaroncita! — exclamaba Manué blanqueando los negros ojos beatíficamente, y haciendo unas castañetas se iba por el pavimento zapateando y cantando aquella alegre jácara, tan popular en esos tiempos:

**Niña Fansica
se va a baila
con un negrito
de laciurá...**

Y cuando acababa, hallábase el muchacho en la vieja calle del Árbol, donde se acurrucaba el palacio de su preferida Dulcinea.

Y aquí perdone el curioso lector que este tímido cronista omita el seguir detalles que pudieran resultar pecaminosos, entre con pie derecho en noticia de la famosa aventura que iba costando al cienaguero aquella libertad que tanto amaba...

Tenemos a Bolívar en plena dictadura. Unos muchachos legalistas conspirando para ver de echarle zancadilla. Bogando en el mar tempestuoso de sus generosos ideales, creyéronse descubiertos, y sabedores de que el cadalso los aguardaba en premio de sus nobles impulsos, decidieron echarse al agua en la noche del 25 de septiembre, dando un golpe desesperado contra el Dictador. Entre morir arcabuceados por el solo delito de haber abrigado una idea y morir por haberla ejecutado o intentado ejecutarla, era más de hombres lo último. . . . ¡Y cata, que la mayoría de aquellos bravos mozos tenían puestos los pantalones donde manda la ordenanza!

Revienta el trueno. .Hacen un valiente y arrojado esfuerzo, pero frace-

san. Preñado en rojas nubes amaneció el sol de las represalias, y el patíbulo reflejó su aureola sobre los comprometidos, que fueron cayendo en las manos de los verdugos.

El Consejo de Guerra funcionaba a doble mandíbula, sin dar al acusado ni el derecho de una defensa que el mismo Morillo no negó a sus víctimas. Una mera sospecha, un indicio, un denuncia anónimo, un estornudo podía poner en peligro la vida o la libertad del más pacífico ciudadano, y más de un inocente fue envuelto en el viego turbión de la venganza dictatorial.

Y hete aquí que, sin pensarlo ni temerlo, dos polizontes de los de don Ventura Ahumada cayeron de un momento a otro sobre Manuelito Llanos y dieron con él en una mazmorra, sin admitirle siquiera el derecho del pataleo. ¿Qué había acontecido? ¡No era nada lo del ojo! De acuerdo con ciertos datos aparecía que en el asalto de Palacio marchaba a la cabeza de los conjurados un hombre vestido de blanco, portador de un farol que había descolgado en el cuerpo de guardia y cuya pálida luz servía de faro a los asaltantes.

¿Quién era el hombre del farol? Nada se había podido averiguar. Las declaraciones de los pocos conspiradores que habían logrado atrapar no daban luz alguna, y las mil averiguaciones e investigaciones que se habían seguido por distintos conductos dejaban el asunto con su negro interrogante: ¿Quién? ¿Quién? ¡Misterio! El caso se estaba convirtiendo en historia de fantasmas, no faltando quienes supieran y aun juraran que se trataba de algún aparecido de ultratumba, que muchos conjeturaron pudiera ser el general Piar. Otros presumían que se trataba de algún agente diabólico que, envuelto en blanco sudario, había guiado a los conspiradores para facilitarles el golpe contra el Libertador, tal vez en venganza de haberse constituido la presunta víctima en campeón de la Iglesia Católica.

Bolívar mismo, picado con aquel impenetrable misterio, tomó cartas en el asunto y con porfiado interés confió la pesquisa al terrible don Ventura, el bisabuelo de Holmes y abuelo de Le Coq. Ante su olfato y sagacidad, no había contra, y cogiendo el caso entre ceja y ceja y dando y cavando día y noche, dióse de repente una palmada en la cabeza, exclamando con una sonrisa de satisfacción: — ¡Cogido le tengo! ¡El negrito de Labarcés!.. .

¿Que en palacio entró con un farol un sujeto trajeado de blanco? ¡No cabía duda! ¿Y quién podía ser? Ninguno de los moradores de esta altiplanicie, porque tal indumentaria era exótica entre ellos. ¿Entonces? ¡Sencilísimo! La única persona que se había visto transitar por calles y plazas con tal vestimenta era Manuelito; luego Manué era el hombre del farol, el famoso hombre del farol; luego era un conspirador de los más venenosos; luego había que atraparle... ¡Y le echaron la zarpa!

E inmediatamente don Ventura dio parte al Libertador, quien no pudo reprimir su satisfacción al saber el hallazgo, exclamando:

¡La pinpinela! ¡Que me traigan al mocito para interrogarlo! que sos-

pecho ha.de cantar noticias estupendas!

Y llevaron al acusado ante su Excelencia y lo jorobaron con preguntas y prepreguntas; pero-Manué nada sabía. Todo lo ignoraba. De nada daba razón, ¿Habrás visto semejante protervo? Manuetito se encastilló en sus trece y juró ante el Libertador por todos los santos y santas de la corte del cielo que la noche del 25 habíala pasado durmiendo en casa de su patrón, o sea en la misma de don José María del Castillo y Rada, el mismísimo don Pepe, el privado de Bolívar, y por más señas uno de los miembros del Consejo de Estado.

Empeñado el héroe de Hispanoamérica en averiguar esta minucia, interrogó a don Pepe sobre lo que supiera al respecto, y éste contestó que estaba vacilante, aunque se inclinaba a dudar que el muchacho hubiera dormido en su casa, porque estaba seguro de no haberle visto allí durante los tropeles que trajo consigo la ruidosa noche del 25. . .

¡Hum!. . . ¡Esto ya dejaba entrever muy malas patas!

Pero existía algo peor. Habiendo rendido Manuelito su declaración legal el día 30 de septiembre, dijo ante el auditor de guerra que la noche del 25 habíala pasado en la calle del Árbol. (¡La famosa calle conocida del lector!.. .)

Y sigan las averiguaciones para desentendar la madeja. Interrogado el patrón Labarcés contestó:

- . . .que este criado se le concertó con la condición de quedarse a dormir en su alojamiento, y que todas las noches, a las ocho se retiraba de su casa. Que el 26 por la mañana llegó, como a eso de las nueve, y como el tal criado debía venir a la casa entre las seis y las siete, le riñó por su tardanza, a lo que le contestó que se había tardado, porque a su venida lo habían detenido los soldados granaderos.

Continúa el enredo peor que peor, y vuelva Manuelito a declarar para ver en que quedamos: "Inmediatamente el juez comisionado pasó a la prisión en que se hallaba Manuel Llanos, a quien previo juramento de estilo, se le reconvinco con la contradicción que resulta de haber dicho en su declaración haber estado toda la noche por la calle de El Árbol, haberle dicho a su patrón que le habían detenido en el Granaderos, y a su Excelencia el Libertador Presidente, que se había quedado en la casa del señor Castillo " .

Rascóse Manué la cabeza ensortijada y dijo:

— Que con el susto no sabía lo que le contestó a su Excelencia; que a su patrón Labarcés lo que le dijo fue que a un muchacho lo habían cogido en el Granaderos. . . Y patatín, patatán, que es cuanto tiene que decir en el particular, y que firmaba con una cruz, porque no sabía escribir.

Tras de la cruz está el diablo. ¡Barajo con el picarón! - dijo don Ventura cuando supo la salida.

Pero esto no podía quedar así. Vengan ahora Trinidad Duarte y Ramón

Martínez, criados de su Excelencia el Libertador, quienes vieron al fantasma del farol en la nefanda noche septembrina. Ellos podrán ¡O.entificario.

Vinieron, prestaron juramento, examinaron a Mseiuelito, lo miraron debajo, por encima, por delante y por detrás, y dijeron:

Ramón Martínez, que no era, y Trinidad Duarte, que le parecía que sí era!

¡Jesús nos asista! Aquí que venga Salomón, se cuele entre este laberinto que a cada diligencia se ponía más y más intrincado, y decida sobre la suerte del ciudadano Manuel Llanos, varón, mayor de edad, solterito, vecino de esta ciudad y católico, apostólico, romano. Quitarse el sombrero y oír:

"Excelentísimo señor Comandante General: de la actuación formada contra Manuel Llanos no aparece una prueba convincente de que éste haya estado la noche de la conspiración en la casa de Gobierno, pues no se ha probado de un modo cierto y positivo la identidad de su persona con la confrontación practicada con los sirvientes de palacio. Pero sí se advierten contradicciones en la declaración de Llanos con la certificación del señor José María del Castillo y la exposición de Agapito Labarcés, que inducen a algunas sospechas. Por lo que, en concepto del auditor, debe ser destinado el expresado Llanos a uno de los cuerpos que guarnecen la Costa, por el término de ocho años, salvo siempre la mejor resolución de vuestra Excelencia. Bogotá, 31 de octubre de 1828. Tomás Barriga y Brito."

Sospechas, simples sospechas. Mas, como lo prudente era pecar de más que de menos, **ocho** añitos marcando el paso le venían a Manué como anillo al dedo. .. En verdad, en verdad os digo que aun hallando culpable al reo, resultaba como fuertecito un castigo de ocho años por el mero hecho de haber iluminado las sombras con un mísero farol; pero calla, beneficiado, y antes bien, dad gracias al cielo de que no os hubieran enviado a navegar en la barquilla de Caronte. ¡Por menos dieron pasaporte a ciertos prójimos!

Y éste era caso perdido. A quejarse al mono de la pila o al zancarrón de Mahoma, como que los acusados no tenían derecho a ser oídos. Y esto dijo el sapo: ¡céHate, griWol Y no estaba el difunto para tanto responso. Conque mi viejo, despídete de tu libertad. ¡Adiós, sabrosa y apacible vida deslizada bajo el cálido ambiente que perfumaban las arboledas sin límites ni fin! ¡Adiós, la mulatica garrida y cenceña que nunca más habrá de esperarte (¡oh, Manué!) en la cabana que sombreaban las copudas ceibas ~~del~~ ribazo! ¡Adiós para siempre, adiós!

Pero Manuelito, pese a sus travesuras, nunca dejó de ser un fiel creyente y un devotísimo de Nuestra Señora, la bendita Virgen del Carmen de Perebere; y viéndose en tanta desventura y desdicha, acogióse a su celeste manto, confiado en que, mediante su divina misericordia, habría de depararle un milagro...

¡Y ni de encargo! Porque en aquel mismo día, habiendo sido atrapado

por los dictatoriales el noble joven Juan Miguel Acevedo, uno de los diez valientes que capturaron el palacio puñal en mano, y habiendo rendido la declaración indagatoria, confesó que él, y no otro alguno, era el hombre del farol, ¡Sí, señores, el terrible hombre o fantasma del farol!

¡Apareció el peine! ¡Campanas, repicad, que se ha librado un ¡inocente!

Bogotá, noviembre 3 de 1828. Habiendo, en este estado, declarado el paisano Juan Miguel Acevedo que él mismo fue el que condujo el farol a la casa del Libertador, sobre lo que se le hacía cargo de Llanos, y resultando, por lo mismo, que Llanos está ¡inocente del cargo de que se le acusaba, póngasele inmediatamente en libertad y publíquese su inocencia. Urdaneta. Barriga.

— Pero, Manué — decíale el patrón Labarcés, comentando la aventura—: ¿qué trabajo costaba haber declarado al Libertador la verdad, diciéndole francamente que habías pasado la noche en casa de Francisca?

— Pue lo qué trabajo, ninguno; porque da lo mimo mover la lengua pa decí no o sí. ¡La dificultá ejtaba en que si su Erserencia sabe la verdá, me afusila mimo, mimo! ¡O me tira prisión ar doblete!

Y poniendo su mano de bocina, añadió en voz baja, blanqueando los ojos:

— E que er Libertaó tá picaito de la Fansica. ..

Y realmente, decíase por lo bajo que el enamorado don Simón había estado mariposeando a la peruanita. Y como decía Manué todavía con el susto adentro:

— ¡Miécole! ¡Eso pique no son pa jugá!...

GENUS IRRITABILE VATUM

Personajes: don Pedro de Cárcamo y Orozco, nativo de Córdoba. Mancebo de muy buenas partes. Hijo segundo del difunto gobernador de Santa Marta don Lope de Orozco.

El capitán Antonio Flórez, manchego. Afamado caudillo de la ciudad de la Nueva Valencia del Nombre de Jesús. Caballero valeroso y hombre de acción.

Pedro Chiquillo. Soldado travieso de muy bueno y festivo ingenio.

Época: año de Nuestro Señor de mil quinientos y noventa años.

Proscenio: la provincia de Santa Marta, osea "La Perla de la América", que dijo más tarde el R.P. Antonio Julián.

Catalogados estos personajes, saquémosles al retablo y movamos las cuerdas. Estadme atento, carísimo lector, que la historia es algo divertida.

Y fue el caso, y va de cuento, que don Francisco Marmolejo, gobernador de Santa Marta, dispuso una entrada contra los indios de la provincia llamada de El Carbón, colocada en las faldas de la Sierra Nevada, mirando hacia el poniente. Capitán de la jornada fue nombrado el dicho señor don Pedro de Cárcamo.

Convertida Santa Marta en sala de armas, pudo contemplar la ciudad aquel bullicioso trajín de capitanes, cabos y soldados entregados al bélico movimiento; pudo celebrar aquel ir y venir de garridos caballeros y de apuestos jinetes luciendo vistosos uniformes y esponjándose ante las doncelliles rejas consteladas de beldades samarías, cual si los tales fuesen gallitos de corral. ¡Qué de animación y de luminarias! ¡Que bríos! ¡Vaya con la pujanza! ¡Arre! Los indios carboneros eran opinados de valientes, pero mal año y peor día se les esperaba con aquella ruidosa avalancha que iba a desgajarseles encima...

Ya dieron de mano a los preparativos. Ya se mueven hasta doscientos soldados al son de pitos, cajas y chirimías y con su carruaje de gentes de servicio y de guerra. Ya dan la vuelta a la Sierra, día de la Cruz de Mayo. Rige la vanguardia el maestre de campo Christóbal de Almonacid, con cincuenta arcabuceros y rodeleros seguidos de veinte soldados con la impedimenta. Al centro marcha con su escolta don Pedro de Cárcamo y a la retaguardia se mueve el brioso capitán Juan de Human, vecino sobresaliente de la ciudad de la Nueva Salamanca de la Ramada.

Cruzan el valle de Betona, atraviesan las ricas tierras de Pocigueica, y hétenos ya, al marciano coro, en la deseada provincia de El Carbón.

¡Santiago y Cierra España! Dan un albazo en el pueblo de Zaraguato, y vencen. Más adelante ponen en rápida polvorosa a otra parcialidad de carboneros, mas no sin harta brega, y como tratasen de bautizar aquel lugar, según era uso y costumbres entre conquistadores, alguien sugirió nombrar aquel sitio el pueblo de los valientes. No lo oyera Pedro Chiquillo, porque luego al punto replicó: ¿Valientes tenemos? ¡No, por mi santiguada! Quédese el dictado para dicho a los buenos españoles. Estos gandules se apellidarán "ios valentejos". Y cayendo en gracia la fanfarronada, aquél se llamó, por ios soldados, el pueblo de los valentejos.

Prosiguió la hueste faldeando la Sierra Nevada, aquella empinada sierra cuyos picos, según el padre Simón "se meten barrenando hasta bien dentro de la media región del aire donde tienen su generación las impresiones meteorológicas" y dieron con sus huesos en el pueblo de Duichirrea. que se levantaba en el mismo riñón de la provincia de los carboneros, y allí asentaron el

real; conque enseñoreados de la tierra, desparramáronse los soldados por poblaciones y campiñas con banderas al viento y espada parlante, arrasando aquí, rancheando allá y comiéndose cuanta sementera se les ponía por delante, que no en balde se decía en aquellos tiempos, "destroza más un español en un día que comen diez indios en un mes * .

Alarmados los carboneros con tal langosta en casa, pusieron en cobro sus provisiones y haciendilla. de donde a poco empezaron a faltar los matallotajes, cayendo sobre los invasores tal racha de hambre, que ya los ojos se les pegaban al colodrillo. Andaba, pues, don Pedro con sus milites en tales aperturas, cuando cierto día aparecieron en el real unos emisarios. Cundió la voz, acudieron los famélicos castellanos a la novelería, conjeturando que los recién llegados pudiesen traer algún consuelo comestible de Santa Marta; mas, con hartó desengaño, hallaron que los tales eran simples enviados del capitán Antonio Flórez, quien con sus escuadrones operaba sobre el valle de Tairona, en combinación con los de don Pedro, y hallaron también que, en lugar de los suspirados víveres, traían los viajeros una misiva de su capitán, en la cual, a vueltas de ponderar los descubrimientos que venía haciendo y las grandes riquezas que ofrecía la provincia de Tairona, incitaba a don Pedro a cruzar la áspera sierra que los separaba, en demanda de ellas. Respaldaba sus noticias el capitán Flórez enviando una adorable piedra toda ella surcada de relumbrantes clavos y venas de oro, y acompañábala con un papel portador de la siguiente leyenda, puesta en boca de la piedra, si es que las piedras tienen boca:

**En Taironaca nací
salida de peña viva,
¡Cierra España, arriba, arriba!
si queréis saber de mí.**

Regocijadamente celebró la ocurrencia el señor capitán don Pedro de Cárcamo, y como las picase de poeta, para no quedar en menos, encerrándose en su estancia, se dio a perseguir a las musas, logrando, tras muchos sudores, pujos y calofríos, dar a luz esta respuesta:

**Vuestra carta recibí
y en un pensamiento estamos:
¡Cien-a España! ¡Y allá vamos
en acabando de aquí!**

Festearon los rústicos soldados muy de veras tal concierto del parnaso castrense, pareciéndoles que después de escrito aquello, no había plus ultra en todo lo descubierto de la tierra. Pero, ciertamente, más habríanlocelebrado, si con los versos hubiera sobrevenido el reparo de algunas vituallas, que ya el hambre picaba de firme y las tripas rezongaban responsos de liturgia, sin otro alivio que las ojeadas por rastros y rozas viejas cazando rezagos de yucas, frijoles, ñames, bledos y otras zaranfajas medio podridas, con las cuales

cocían una olla de convento que sazocaban (cuando lo podían) con algún loro o guacamaya, que era lo mismo que uvas verdes, como que la nervuda carne de estos pajarracos no dejaba aproximar ni al más baquiano colmillo.

En estas y las otras andaban los buenos soldados sámanos cuando acertó a llegar al real nuestro amigo Pedro Chiquillo, de vuelta de una excursión adonde había ido con otros compañeros y de donde regresaban tan hambrientos y aporreados que daba grima el verles. Y habiendo encontrado en el campamento el alegre alboroto, bullicio y entretenimiento de las estupendas coplas a la piedra de Tairona, y siendo soldado, como hechos dicho, de buena chispa y alegre disposición, acogió festivamente la novedad y resolvió "sacar-le punta", como dicen, con algún comento componiendo a tal propósito los siguientes metros:

**Vuestra copla releí
y desengañado quedo;
ni la piedra vale un bledo
ni el verso un maravedí.**

**Holgarían mejor aquí
en vez de piedras, frísoles;
a trueque de versos, coles,
iy en lugar de España, ají!**

**Y ansí conceto antici (pa)
un soldado fanfarrón:
tripas llevan corazón
pero no corazón tri (pa)**

Si las coplas de sus capitanes encumbraron el entusiasmo de la bélica comparsa, éstas de su camarada levantaron la presión hasta el quinto cielo, pero, pero, pero . . . levantaron también una ronchita regular en la epidermis de don Pedro de Cárcamo y del capitán Florez (cuando supo el cuento).

Porque, ciertamente, habrían ellos soportado cualquier crítica militar y aun algún insulto personal; pero... ¡no tocalles u oscurecelles sus cualidades poétlcasl Bien decía un mi conterráneo, poeta de verdad: " ¡ Los que "sernos" **poetas**, convenimos en **que nos mienten hasta la** señora madre; pero que nos **nieguen la "ciencia", eso, nó!**".

Y por puertas salió el Pedro Chiquillo bajo la ira apolínea de sus jefes. Y harto mejor le resultara la expulsión, como que en Santa Marta tomó fusta para Cartagena, y de allí un galeón para Porto Bello, y de Porto Bello fue a tenerla a Chile, donde hizo carrera ganando por sus méritos y buenas partes el grado de capitán.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

La Villa de Arma, poblada a mediados del siglo XVI a nombre del Adelantado Benalcázar, goza la fama, en los primeros lustros de su vida, de ser tierra rica en minerajes; esto, sus aires bonancibles y la condición de tener en su territorio numerosos indios de **encomienda**, atrajo buena suma de españoles que llegaban a la naciente, población en busca de horizontes propicios para colmar sus esperanzas de bienestar.

Entre los muchos andantes y maleantes aventureros que arrimaron por aquellos contornos, contábase un Damián Vásquez Montiel, quien se decía extremeño, y que andadas pocas semanas de pernoctar en la villa empezó a ocupar la cuirosidad general. Venía este sujeto de las lejanas tierras del Perú, y de ahí que se apedillase el **perulero**.

Hombre érase de unos cuarenta años, membrudo, de grandes fuerzas y empuje, y con más resabios que una niña bonita; él, jugador; él, enamorado; él perito escanciador en los ventorros y bodegones del villorrio. ¿Y qué diremos de sus pendencias y zafarranchos? ¡Vélanos la Santa Virgen de la Antigua, que aquel terrible gavilán tenía espantados a los vecinos timoratos, y desasosegados a los más levantiscos espadachines del lugar! De buena casta viénele al galgo el ser rabilargo, como que el aventurero, según se rumoraba, había sido milite de aquel Francisco Hernández Girón, que se alzara en el Perú en deservicio de su Majestad, con manifiesto escándalo de toda la cri» tiandad de estas Indias del Mar Océano.

— Buenas y santas tardes, maese Farfán.

— Muy buenas y santas nos las depare Dios, señor licenciado.

— ¿Qué se cuenta en la villa?

— Cuéntanse muchas nuevas.

— Sepásmoslas, señor maese, y que ellas vengan por bien.

— Por mal vendrán; que donde resuella el **perulero** no puede esperarse bendición.

— ¡Cristo nos valga! ¿Y qué nueva fechoría ha hecho ese truhán?

— Nada, señor licenciado: que ayer, estándose en el mesón, se ayuntó con otros dos perdidos y se pasaron la noche en vilo, corriendo los dados...

— Nc descubro la novedad, maese Farfán, como que el **perulero** no ha hecho en su vida otra cosa que tirar la taba.

— Pues la novedad está en que a la del alba vino el alboroto: que si me corrió **chivas, que si n o... que seor pillo**, que ladrón desuellacaras. Y espadas afuera. Cuchillada por aquí, tajos acullá, revés que te saluda. ..

— ¿Y qué?

— Que los dos engañados hicieron monipodio contra el **perulero** para castigalle su bellaquería, y ya, ya le tenían en aprietos, cuando (¡Jesús me asista!) vieron que de un rincón de la estancia salía un desconocido, quien.

tirando de la hoja a toda priesa, se les descolgó encima a los mandobles con certeza y con fiereza, tales que si no se ponen luego al punto los talones en la nuca, en un despabilar de ojos? les vuelve cisco.

- ¿Y qué?

— Ahí nada. . . Sino que el desconocido se traía tal olor de azufre, que ya nadie dubita érase el diablo mesmo!

- ¡Ave María Purísima!

— ¡Sin pecado concebida, María Santísima!

Esto platicaban al punto de la oración el maese de campo Diego López Farfán y el señor licenciado Muñatones, cura y vicario de la villa. Esto departían los dos buenos vecinos a la caída de una calurosa tarde de agosto y en una calleja de Arma, mientras el sol se hundía en el poniente posando sobre la tierra sus besos de rosicler.

La verdad sea para Dios, mi Dios para los buenos y los buenos sean para el cielo. El hecho es que érase público y notorio, pública voz y fama, que el **perulero** tenía ajustado pacto con el Demonio. Su reconocida, irreligiosidad, las blasfemias que a menudo se le oían, su milagrosa buena suerte en los lances de capa y espada, las cuantiosas sumas de oro que disipaba en compañía de hombres alegres y de mujerzuelas cortesanias, y en fin, otros respuntes que no se escapaban a las avisadas comadres, hacían presumir todo aquello. Por eso decía doña Mónica, una veneranda dueña que servía en la casa de don Jerónimo Fernández Vahamonde:

"Que el Damián tiene dada su alma al **Patas-Puercas** (y aquí se persigna-ba (adueña), es cosa que no puede remitirse a duda, por que sé de quien puntualmente lo ha averiguado, que durante su estancia en los reinos del Perú, cierta noche, hallándose en la ciudad de los Reyes, hizo el contubernio. Y ello fue desta manera: que subiéndose a un altillo vecino a la ciudad, púsose a dar voces diciendo: **(Oooh! IDon Leandroool IOooh! Don Leandroooo!** (que es **el** modo de llamar al **enemigo**), y que en punto de media noche vióse un espantable relámpago, el cual relámpago tenía tamaña cola, y en el último culebreo **de** dicha cola apareció montado un hombrecillo negro, peludo él, **cornudo** y dentón, que en tan extraña cabalgadura aproximóse al Damián, y apeándose le dijo desta suerte: **¿Qué me queros, chivo chivito?** A lo cual Damián replicó: **Daros mi alma para que en trueque me deis el poder de dominar a mis enemigos en mar y tierra; el de ganar el corazón de las doncellas y el bien de la riqueza. Esto pidió el desdichado, y diciendo y haciendo, concluyeron el concierto, y sacándose el perulero unas gotas de sangre del lado del corazón, signó la escritura de contrato, con lo cual el enemigo, dando un grandísimo berrido, desapareció por los aires a horcajadas sobre una nube negra y dejando tras sí tal pestífero olor, que en toda la ciudad lo sintieron.**

¿Era esto verdadero? ¿Era conseja de dueña medrosa y visionaria? La respuesta tendrá quien leyere lo siguiente:

Y fue y sucedió el caso de que cierta noche de viernes santo platicaban algunos vecinos de Arma en la plaza mayor de la villa, esperando la procesión de La Soledad, cuando ihéte que se allega el Damián Vásquez Montiel!

— Buenas noches tengan sus mercedes.

— Sean las para voaced.

— ¿Habrás estado por aquí Pero Díaz?

— No le hemos visto.

— Lo aguardaré, que de él quiero despedirme.

— ¿Por ventura os marcháis?

— Sí, que me voy.

— Podríase saber el rumbo?

— Que se puede : la tierra caliente. . .

Dijo esto el perulero y empezó a cantar en falsete.

**En la puente tuve cita,
pero no vide la dama;
I lora, lora, corazón,
que llevo perdida el almal**

Cantaba así el aventurero, cuando los circunstantes vieron que avanzaba hacia el grupo un jinete caballero en negrísima muía.

— ¿Daréisme razón, señores, de Damián Vásquez Montiel?

— ¿Que me queréis?

— Os esperan en la puente, y por voz vengo. Cabalgad zagüero, si os place.

— Que me place.

Y ágil cual una ardilla saltó Damián sobre la grupa del negro animal.

Y entre el asombro de los allí presentes, partió la muía a todo escape, como envuelta en un huracán, y echando sopletes de fuego por ojos, boca y nariz, alejóse entre las sombras de la noche, viéndose en la distancia cual si fuera una gran bola de fuego.

Los atemorizados vecinos, dando diente con diente, empezaron a salmodiar el ¡Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal! , y entre tanto se oían en los aires, como los ecos postreros de una voz que cantaba dolientemente:

**(Llora, lora, corazón,
que llevo perdida el almal**

Y nunca más volvió a saberse del perulero Damián Vásquez Montiel.

CUENTO DE ANIMAS

A don José Joaquín Casas

Las ánimas benditas, según ciertas leyendas populares, resultan unas señoras un tanto terribles que espantan a los niños y asustan a las viejas. En tierras de Caldas cuentan las tenebrosas historias de Anima-Sola o de la Pata-Sola, que más de una mala noche han hecho pasar a los niños, y hay allí fama de haber trasegado ánimas que llevaron su acometividad hasta el punto de despertar al filo de la media noche, a la niña Mariejesús Cañas, honradísima cocinera campesina, para demandarle se levantase a satisfacer ciertas preces que **de** ordinario ofrecía en alivio de las benditas moradoras del purgatorio y que en aquella noche había omitido rezar la buena vieja, agobiada, como lo estaba, con un tabardillo de padre y señor.

En las montañas de Santander las ánimas benditas adquieren un relieve peculiar. Resultan unos seres traviosos, de genio alegre y bromista algunas veces, conviviendo ingenuamente con los sencillos campesinos: y si en alguna ocasión llegan a molestarlos, a título de moralizante intervención para corregir sus defectos o desvíos, cual cumple a madres solícitas y cuidadosas. Así, en las veladas del invierno, cuando la lluvia se desgaja sobre montes y valles, cuando los rayos iluminan con sus resplandores las agrestes sendas del campo, y el viento sacude las arboledas, los buenos montañeses, reunidos en torno del fogón hogareño, relatan las consejas y tradiciones de ultratumba con voz reposada y ánimo sereno cual si se tratara de una apacible canción de cuna. ¿Queréis oírles?

Buen trabajador érase Laurián, mas poco aprovechaba a la familia tal virtud porque cada lunes bajábase el hombrecito a la feria de Ríonegro y, **mercadas sus provisiones y emprendido** el regreso al hogar, dilapidaba el remanente **de** sus proventos semanales en las tiendas del camino. Era de verle en **los** ventorrillos sombreados por verdes arboledas y arrullados por las aguas que **descendían límpidas** y ruidosas de la sierra, era de verle, voy diciendo, corriéndose **unas buenas** totumas de guarapo en la alegre compañía de tres o **cuatro amigotes**, al alborotado son de los tiples calentanos y de las **acompañadas maracas**. . . i **Y cuan ricamente** se iban las horas mientras el monte se **dormía alumbrado con el sol de** los venados y la chicharra bordoneaba su canto **sobre las copas del guamall**....

Una noche de noviembre iba Laurián de vuelta a su cabana llevando el hatillo del mercado a cuestras y de adehala una "mona" de tamaño heroico. Allí ara el atajar pollos y cluecas por esas veredas o el trazar equis o zetas a lo largo de la escarpada senda rural. Retrasad i to hallábase, mas ello no **empecía**, porque por fortuna rielaba una buena luna y la placidez de la noche era excepcional. Los perros alborotaban en las heredades, cantaba el surrucluco

entre los dormidos ramajes, y a la orilla de los pantanos dialogaban las ranas con estruendo singular. ¡Qué bonanza y cuán fresca briza! Cuánta dulcedumbre y sosiego reinaban bajo aquel ancho cielo tachonado de rutilantes estrellas!

Laurián, como cumple a todo buen campesino, érase un tanto trovero, e inspirado en medio de aquel plácido concierto, quiso unir a él su voz. Y así, tras de carraspear hasta una pareja de veces, rompió los apacibles y serenos aires de la sierra con su canción:

**En la puent'el Chicamocha
me taba aguaitando el tigre.
Yo pelé por mi machete,
y nian el rabo le vide.**

Ya tosía nuevamente para agarrar con arte y fineza otra coplilla, cuando, asomando en este punto al alto de Miradores, le dio tal vuelco el corazón, que aínas cae desmayado. ¿Y a qué tales corvetas? ¡Calandinga! ¡Noera para menos! Que al tender la vista hacia el camino había divisado una larga procesión de ánimas que avanzaba desfilando lentamente bajo la claridad lunar.

¡Y aquí de los remos! Cual rápida laucha el noctánbulo salióse de la zona del camino y emboscándose precipitadamente tras de un matón de urimaco, recogióse allí más muerto que difunto.

¡Ava María! Ya se acercan, ya llegan, ya van pasando las ánimas andando con mucho tiento, rezando con mucha pausa. A Laurián se le esfumaban cielo arriba los tufos del guarapito mientras se hacía un ovillo tras de su escondrijo cerrando la boca apretadamente para que no se le fuera a escapar el corazón. Y ya veía con infinito descanso de su alma que la procesión pasaba de largo, y daba gracias al cielo por tan visible protección, cuando ¡cata! que una de las ánimas, más larga y entelerida que las otras, exclamó, venteando los aires:

— Fo! Fo! ¡Hiede a carne humana!

La trompeta del juicio no hubiéralo hecho mejor, porque allí fue de verse con cuánta priesa se ajumaron todas las benditas ánimas, y de admirar ligereza con que dieron contra Laurián y la velocidad con que le trasportaron al camino acometiendo seguidamente con el desdichado una peloteada "mama". Lauro iba y venía por esos aires cual si fuese una perinola, ya descendiendo cabeza abajo, ora de pies, ya atravesado, mientras las ánimas cantaban en coro:

**¡Volál ¡Volááá!
por borrachito,
señor Laurián!**

Hartas con el retozo, diéronle finalmente las últimas volteretas, y alzándole luego de pies y manos, le aporrearon hasta media docena de veces contra

el mundo, hecho lo cual desaparecieron como por ensalmo.

Al siguiente día, alarmados con la ausencia de Laurián, salieron algunos familiares en su busca, y tras de mucho bregar dieron con él, hallándole enredado en la copa de un frondoso gualanday y tan bimbo y zumbimbo que ocho días arreo se estuvo sin saber de dónde era vecino hasta que, merced a una promesa ofrecida al Señor de los Milagros de San Juan Girón, pudo el desventurado rústico recobrar todas sus antiguas facultades, menos, eso sí, aquella de la "bebeta". de la cual quedó curado por todos los días de su vida gracias a la lección que le dieron las ánimas. Y tan curado, que cuando sus viejos amigos le invitaban a escanciar un guarapito, deciales Laurián:

— Prefiero el gusarapo al guarapo.

Dicho lo cual se metía entre pecho y espalda un valiente vaso de agua fresca, y quedaba con él tan sabrosamente; porque como dice el dicho: el agua ni enferma, ni cansa, ni adeuda.

Enderezar la oreja, señores borrachitos, y cuidadito con un tropezón con las benditas ánimas del purgatorio.

*

*

¡Cuentico, ven a mi pico; cuentejo, si te cojo no te dejo!

Erase el caso, y esto era, dijo la cocinera que en las afueras de Ríonegro, saliendo hacia Bucaramanga, vivía y subsistía la comadre Ulogia, la cual comadre habitaba en un ranchito que se parecía algo distante a las últimas casas del poblado y cercano a un cacaotal que en aquellos tiempos se alzaba a lado y lado del camino real sombreando la vega del río. Ñuá Ulogia pasaba los últimos días de su vida rezando en la silenciosa iglesia del pueblo y trabajando en costurulas para la gente del campo.

Cierto domingo en la noche, hora de las diez, y la comadre dale que dale a la máquina, porque al día siguiente era feria semanal o mercao y debía entregar algunas costuras a su clientela rural. Estábase la vieja cose que cose y canta que canta con su voz cascada las añejas canciones de la tierra, cuando de súbito oyó unas voces como rezando el rosario.

¿Dónde podrá ser? No en las próximas casas porque se alzaban tan lejanas y el río hacía ruido tanto, que parecía imposible que el eco pudiese llegar hasta sus oídos. ¿Sería entonces ilusión? ¿O quizá el viento? Ni ilusión ni ventisca, que ya las voces escuchábanse con claridad perfecta acercándose.. acercándose. . . rezando con grande solemnidad y pausa, ¡Y qué voces! A ñuá Ulogia se le congeló la sangre en las venas.

Y no era para menos. Porque al través de la ventana pudo descubrir una larga fila de ánimas que iban saliendo del cacotal andando paso a paso, envueltas todas ellas en blancas mortajas y trayendo en una mano un grueso rosario

y en la otra un cirio endendido, tal cual la procesión del "Desande" por Viernes Santo. . . La pobre mujer, ante aquella fúnebre visión, hincóse embargada de terror, y dando diente con diente, encomendábase a todos los santos del cielo mientras las ánimas iban desfilando frente a la casa, rezando, rezando su rosario. . .

Pasaba ya la fúnebre cohorte, ya se perdían las voces a lo lejos, cuando la cuitada Ulogia advirtió que por la ventanilla que miraba al cacaotal asomábase una pobrecita ánima diciendo:

— ¡Ña Ulogial ¡Ña Ulogia! ¡Por tu madrecita que me vas a recortar la mortaja, que Dios te lo pagará!

¡Virgen del Agarradero! Erase aquella visitante la difunta Jovita, muy conocida en vida por Ñuá Ulogia, érase la mismísima difunta Jovita a quien al morir le había acontecido la desgracia de que la amortajasen con sudario tan largo que no la dejaba caminar. . . Zaguera iba de las demás compañeras, todita enredada en las faldas y pasando mil trabajos.

- Sea por la Santísima Virgen del Carmen, dijose ñuá Ulogia, que no dejaré yo padecer más a misiá Jovita!

Y sacando fuerzas de flaqueza, porque casi la dominaba el terror, agarró una tijeras y saliéndose bajó al alar, cortóle a la visitante el ruedo de la mortaja-

Terminada la operación, la difunta Jovita observóse en torno muy atentamente, y haciendo de improviso el más torcido visaje, exclamó con grande enojo:

- ¡Ulogia! ¡Ulogia! Me cortaste el ruedo muy alto! ¡Reparácómo me has dejado las canillas al aire!

Lo cual diciendo, y echando lumbre por las cuencas, alzó en alto el cirio que llevaba en la mano (y que resultamos conque no era tal cirio sino una canilla) y le tiró tal canillazo que hizo rodar por tierra a la cuitada vieja!

— Demonia de mujer, que nada había de salirte al derecho por andarte trabajando los domingos!, añadió la difunta Jovita, y dando con esto una gran zapateta, echó a correr con sus zancajos al aire en pos de las otras ánimas que ya se internaban cacaotal adentro, andando con mucho tiento, rezando con mucha pausa. . .

¿Dudillas? De que la historia es positiva, no debe dudarse, porque de chico conocí a ñuá Ulogia y ella misma me señaló en su frente la cicatriz del canillazo que le enderezó la difunta Jovita. Lo cual declaro a fe de campesino, como declaro también que además de tal cicatriz no le vi otra alguna, lo que háceme sospechar que no necesitó ñuá Ulogia de un segundo canillazo para entender que no debía ni podía trabajar los domingos y fiestas de guarda al tenor de lo que nuestra santa madre Iglesia lo tiene mandado en su sabiduría y bondad.

A DIOS ROGANDO Y CON EL MAZO DANDO

Voy a relataros, lector discreto, la singular aventura que aconteció a un hidalgo dicho Juan Pérez de Luchando y Yurreamendi, Contador que fue de las reales cajas de la muy noble y muy leal ciudad de Cartagena de Indias.

Este Juan Pérez de Luchando y Yurreamendi fue hijo de Juan Pérez de Luchando y de Isabel Ruiz de Yurreamendi, y nieto de otro Juan Pérez de Luchando y de su mujer, Cristina Vascones, el cual antedicho Juan Pérez de Luchando, abuelo de nuestro hijodalgo, fue a su turno hijo de

Señor cronista, o como se os llame: pareceme que lleváis trazas de no acabar en esta vida ni en la eterna con tal rosario de genealogías! Dejad en quietud y sosiego a esos linajes de los Pérez y Luchando y vamos al hecho y al derecho!

— A él vamos, lector amigo, y no hay ímpetus, que si máquina tan grande como el mundo necesitó de principio, principio ha de tener también esta croniquilla. Iréme, pues, cual una saeta, y digo, a fuer de cronista verídico y puntual, que este don Juan Pérez de Luchando y Yurreamendi se murió dos veces. . . .

— ¿Qué decís señor cronista?

— Digo y redigo que dos veces; la primera, en mil seiscientos veinte y la segunda, en mil seiscientos cincuenta.

— Pero reparad en el dislate: ¿cómo pudo fallecer don Juan Pérez de Luchando y Yurreamendi treinta años después de muerto?

— Pues no hay tal dislate ni casa de orate, y sedme atento, que se trata de una historia extraordinaria.

Y fue el caso que en el año cristiano de mil seiscientos veinte, gobernando este Nuevo Reino de Granada el ilustre caballero don Juan de Borja (Dios háyale a su diestra mano!), en cierto día y hora que no he logrado averiguar, sobrevínole al hidalgo de mi cuento una extraña pataleta, y tan extraña que sin saberse cómo ni cuándo se fue muriendo, y se fue muriendo. . . . y se murió! **More omnibus comuni. . . .**

Va de Dios! y qué grandísima consternación cayó sobre doña Cristina y sobre doña Mercedes, hermanas del hidalgo y mera familia que tenía al dejar esta cárcel menguada que llamamos mundo! Qué consternación digo, y qué de voces! "Que vuelen por el físico!" "Que vuelen por el señor Cura*" "Llamadme a la comadre Felipa!" "Ay, que venga la vecina María de la O!"

Vino el físico y olió, pulsó, auscultó, sangró, carraspeó, y afianzándose los gigantescos anteojos que cabalgaban en la afilada nariz, dijo en tono solemne: **¡Mortuus!. . .**

El señor cura, de su parte, aplicó al difunto los últimos auxilios, y las vecinas, entre tanto, fueron invadiendo la casa, convirtiéndola brevemente en una jaula de grillos, gracias al coro de llantos, ayes y lamentos que las dos

viejas, en compañía de algunas amigas, levantaron a una.

Iba el concierto senil desarrollando sus tonos y semitonos, calderones y corcheas, con grande arte y maestría, cuando un amigo del muerto asomó ante el dintel de la habitación y, chabergo en mano, inquirió de las amas de casa se le dijese qué clase de hábito debía usarse para amortajar el cadáver.

— ¡El de San Francisco!, gimoteó doña Cristina.

— ¿El de San Francisco?, arguyó doña Mercedes.

— Paréceme señora hermana, que no estoy hablando en aljamía.

— Pues que digo que no ha de ser así, exclamó doña Mercedes, porque mi señor hermano declaró en cierta ocasión que el día en que Dios fuera servido de quitarle la vida era su voluntad hacer el tránsito con el hábito de nuestro padre Santo Domingo.

— ¡Harto mal escuchaste, hermana! ¡Digo y redigo que se le ha de amortajar con el hábito de San Francisco!. . .

— ¡De Santo Domingo!

— ¡Digo que no!

— ¡Os digo que sí!

¡Sea por los clavos de Nuestro Redentor! Y no fue poco el gatuperio que armaron aquel par de viejas excéntricas y testarudas, sin parar mientes en el doloroso trance que las acongojaba y afligía. Pero ahí no quedó todo; porque incitados con el ejemplo, los visitantes creyéronse con derecho a terciar en la contienda dando su voto u opinión según fuesen partidarios o amigos de la una o la otra comunidad, al tenor de los bandos que existían en aquellos benditos siglos, y entonces fue de ver transformada la casa en la más alborotada babilonia.

Iba la baraúnda en lo que era fino, cuando llegó el sacerdote con cruz y ciriales, y sabedor de lo que ocurría y conociendo el genio terco de las viejas, decidió no pararse en pelillos y cortar el nudo gordiano ordenando se pusiese al difunto una mortaja de lienzo de Castilla, según era el uso guardado; la cual mortaja fue procurada luego al punto por mano de un vecino diligente y compasivo.

Cuando las viejas se percataron de la disposición que había dado el sacerdote, pusieron el grito en el cielo, y, abandonando sus habitaciones, coláronse de rondón en la de su difunto hermano, y allí, secundadas por una caterva de viejas tan necias como ellas, alzaron el diapason, y divididas en bandos recomenzaron con gran estruendo y alboroto su letanía:

— Amortajadle con el de San Francisco.

— ¡No! ¡Con el de Santo Domingo!

— ¡Ay, mi madre! ¡El de San Francisco!

— ¡Ay, mamita! ¡El de Santo Domingo!

Y de las voces pasaron a las vías de hecho, porque doña Cristina, en el colmo de su devoción por el hijo de Asís, intentó despojar a su hermano de la

blanca mortaja que ya lo cubría, al paso que doña Mercedes hacía por su lado otro tanto, invocando al de Guzmán.

Su merced, el señor eclesiástico, quien tenía peores pulgas que una rata bubónica, al ver aquel tamaño desacato montó, en cólera, y alzando en alto el hisopo, vociferó con máximo enojo:

— ¡Tenemos, señoras! Respetad al difunto y respetad mis hábitos!

Y al concluir su intimación quiso darle más fuerza descendiendo iracundamente el hisopo; pero encaminó el ademán con tan equivocada dirección, que en lugar de golpear en el ataúd (como era su designio) lo descargó en el mismo rostitió de! difunto^

Jesús nos valga, carísimo lector!, porque así fue recibir el muerto el hisopazo como dar al aire la más desacadalada y descomunal zapateta, y cayendo luego sobre el pavimento echó a gatear por los benditos suelos" con tai ligereza, que ni un gamo lehabria^em^jado.'

Desmayáronse las viejas; santiguóse el cura; lloraron los monacillos; quedáronse, los hombres en suspensión!. ... Sofamente un tal Diego de-Cárcamo, que había sido soldado en Flandes, tuvo el suficiente coraje para lanzarse en persecución del prófugo, dándose tan buén^marlá.que logro; ponerle ta mano al llegar a la cocina, donde, repuestos de la primera sorpresa^mpresión se vino a averiguar que don Juan Pérez de Luchando y Yurreamendi estaba más vivo que un veneno!

— ¡Hermanos! ¡Hermanos! ¡Milagro patente!, entró diciendo el de Cárcamo, llevando de la mano a su amigo. Sabed que don Juan vive, y tan vivo está que presente le tenéis, andando por sus pies, y hablando por su propia lengua!

—Dios sea loado, que ha querido llover sobre mí este milagro!

Aquello era vidente! Don Juan, quien había sufrido un ataque de catalepsia, había vuelto providencialmente al mundo de los vivos mediante el hisopazo que le había sacudido el señor cura **in faccie ecelesiae**.

Apenas regresaban los circunstantes de su sorpresa y admiración y se preparaban a dar la enhorabuena al resucitado, cuando hete que doña Cristina cual movida por repentina inspiración, arrojóse sobre su hermano, y colgándosele al cuello, empezó a gritar:

— ¡Milagro! ¡Milagro! ¡Debémoslo a nuestro gran padre San Francisco!

— ¡Noo!, vociferó doña Mercedes, lo debemos a Santo Domingo!

¡Brrr! ¡Y empieza nuevamente la tormenta entre todas aquellas gentes simples, que pasaban sus días coloniales ejercitando el santo oficio de hacer nada. Bufidos por aquí, chillidos por acá, zapateos acullá. . . . Una beata quiso sacarle los ojos a doña Mercedes viéndose correspondida con tal mojiconazo, que aínas le priva; otra la metió a cierta comadre una escoba por la boca; esotra se quitó una chancleta y selló con ella las fauces de doña María

de la O. El venerable sacerdote huyó de aquel novísimo infierno persignándose y diciendo: **Nade retro! ¡Vade retro!**

Seguía el alboroto con sin igual crescendo, cuando se oyó, dominándolo, la voz de Diego de Cárcamo:

— Haya juicio y venga el sosiego, señoras! Haya paz, que aquí está quien puede ser juez y voto en esta extraordinaria controversia! Hablad, señor don Juan, y metes en razón a estas gentes!

— Mis hermansa, mis señoras, sedme atentas, que yo os sacaré de la duda declarándoos a quién debo el milagro!

— ¿A San Francisco?, aulló en coro el un bando.

— ¿A Santo Domingo?, maulló el otro coro.

— ¡Ni al uno ni al otro!

— ¿Entonces?... ..

— ¡Después de mi Dios, al hisopazo!

18. CUENTOS Y LEYENDAS

Cartagena - Departamento de Bolívar

Martínez Fajardo, Eustorgio. Cuentos y Leyendas de Cartagena. Editorial Nuevo Mundo, Cartagena, 1948. (p. 25-177)

Esta selección de cuentos y leyendas de Cartagena hacen parte de otros estudios que el autor ha realizado sobre el folclor de su ciudad natal. En esta publicación, el autor recoge una serie de narraciones de la tradición popular oral de Cartagena. El material de los textos está elaborado literariamente, para una mejor comprensión de la narración.

EL FANTASMA DEL TEATRO "AZUL"

Aquella mañana de enero de fines del siglo pasado, se ofrecía un animado espectáculo en el puerto. Una abigarrada multitud recibía alborozada a una de las Compañías Teatrales de Cuba que mayor fama gozaban en la época, la Compañía Lírico - dramática de "Alejandrina Caro'i El ajetreto del desembarco de equipajes, decoraciones, etc., era excesivo. En medio de este enorme tráfico, bajó la Compañía, entre la que se distinguían como primeras figuras, doña Rosario, doña Leonor, Refugio, Esperanza y el Director don Arcadio Azuaga. Con ellos venía también una linda chiquilla, la menor de las hermanas Azuaga, Estrellita.

El humorismo que siempre distinguió al jefe de la familia, don Arcadio, era exquisito. Podría tenerse una idea de él por este episodio, ocurrido en el mismo muelle, en momentos de desembarcar. Apurado por la urgencia del desembarco de tanto equipaje, don Arcadio, todo actividad, dirigía esto y aquello, y urgía con insistencia a los mozos que parecían dilatarse en su faena.

De pronto, uno de ellos dejó caer un baúl en el suelo y se puso a lamentarse, dirigiéndose a don Arcadio, mientras se agarraba el brazo derecho:

- Ay! docto, ay! docto! . . . mi brazo!

Don Arcadio no se alteró. Se acercó al hombre y se inclinó como buscando algo por el suelo, diciéndole:

- Su brazo? Dónde se le ha perdido?

Después, alzando la vista y dándole un golpecito en el hombro al mozo, le dijo:

- No, hombre! Si usted tiene el brazo ahí en su puesto. . . Mírelo!... y apure, no sea tonto!

El hombre, ante aquella salida, se rió, y alzó nuevamente el baúl.

Doña Leonor se quedó viendo a su hermano con cierta malicia, y le dijo:

- Pero Arcadio, no viste que se le hirió el codo?

- Y, qué querías, que lo hubiera lamentado con él? Eso hubiera agravado el dolor, y. . . ya vez qué fácilmente lo curé al minuto!

#

*

Estrellita se había creado en un ambiente teatral. Nació en alta mar, en una travesía hecha de una gira por Venezuela y Panamá. Muñequita trigueña, de pequeños y lindos ojos negros, era ingenua, graciosa, inocente. Un divino color de morena del trópico, que se acentuaba en rosa en sus finas mejillas, contrastaba con el brillo de sus ojitos cautivantes.

Entre trapos de escena, perfumes, luces, cantos, ensayos y tramoyas de bastidores; viajando de uno a otro puerto latinoamericano, hoy en una capital incrustada entre las montañas, mañana en un puerto marino cosmopolita; allá iba la muñequita linda arrebujada en sus tules, como la mascota de la Compañía, aplaudida en todas partes. Autores célebres, autoridades de alta importancia internacional, ricos—hombres, admiradores de la gaya belleza de las hermanas Azuaga, veían en la graciosa chiquilla un motivo de tiernos atractivos. Y la regalaban como a la "pequeña tirana" del teatro.

Fue creciendo Estrellita, educándose, mimada por todos los artistas de la Compañía. El arte estaba en su sangre, en su ambiente, en su alma. Aprendió a cantar maravillosamente. Las óperas en boga: Tosca, Marina, el Barbero de Sevilla, Romeo y Julieta, y muchas otras, le fueron enseñadas por sus hermanas mayores. Sus primeros triunfos artísticos en la niñez, fueron como los deliciosos postres de los programas lírico — dramáticos de la Compañía, y en ocasiones entremeses solicitados por el público enamorado de la fina gracia diminuta de la precoz artista. Eran triunfos que hacían exclamar a sus hermanos mayores, tras de bastidores, mientras los aplausos atronaban la sala:

— Estrellita! Nuestra Estrellita! Tú eres nuestra Estrellita!... Y luego una lluvia de besos en las mejillas de la tierna adolescente, que reía y palmo-teaba, como poseída hasta la sangre de su instinto para el arte victorioso.

* »

Pero un día Estrellita, hecha ya toda una bella y encantadora muchacha amaneció triste. No saldría más a escena. . . Alguien, que había herido su corazón, se lo prohibía.. .

Era, tal vez, aquel caballereito de spolman novecentista que se sentaba siempre en la primera fila de platea, o era, acaso, aquel galán trigueño que ocupaba invariablemente el palco más cerca de la escena? Nadie lo sabía.

Lo cierto es que Estrellita cada día se preocupaba menos por sus ensayos de canto y piano, por las cosas del teatro, y en la mayoría de las veces se quejaba de neuralgias repentinas, para no salir a las tablas. Los hermanos, disgustados, se miraban entre sí y no sabían qué hacer.

Y pasaron los días. . . Y otro día Estrellita amaneció arrebatada de dolor, de un inocultable dolor sentimental. Inocultable, porque estas penas de amor no pueden esconderse. Una sola palabra basta a denunciarlas, y, sin darse cuenta en medio de su llanto, Estrellita las denunció con una sola frase:

— Ingrato! . . . Qué cruel ha sido.. . Desencantarme después que por él, me he atrasado un año en mi arte!

La delicada sensibilidad de esta muchacha, flor virginal de la vida de

teatro y no del teatro de la vida, acaso se formó una psicología extraña a la **humana existencia, y de aquí que su dolor debió ser aún más fuerte.**

Pero no se desgarró su corazón del todo **por** eso. **Su** afección profunda al teatro, los aplausos que se reanudaron a su regreso a escena, las luces, las flores, la música, los perfumes, los agasajos sociales, la hicieron olvidar bien pronto su deliquio amoroso, en el que obtuvo su primera experiencia.

Mientras más profundo es el dolor que nos abate, más intensa es la reacción cuando el alma es capaz de curarse. Ahora amaba más que antes las tablas, a las que había estado a punto de cometerles una inocente deslealtad.

*
* *

Y vino otro amor siguiendo la estela de luz de Estrellita. . . Como en el poema sentimental, ella podría exclamar:

Un amor que se va, cuántos se han ido!

Otro amor volverá más duradero

Y menos doloroso que el olvido. ,

Pero ya Estrellita tenía en la mente, hincada como una dulce espina, la idea de formar con sus hermanos un teatro aparte, que se llamaría el teatro "Azul" . . . Cuántos sueños sobre ese teatro "Azul"! Todos los hermanos, Refugio, Esperanza, Rosario, Leonor, don Arcadio, participaban de ese sueño dorado, o mejor dicho, Azul.

Sería algo fantástico. Algo así como una innovación de colores de todos los géneros teatrales. Serían cuentos de Andersen, de Perrault, los célebres cuentistas nórdicos, llevados a las tablas. . . Tal cual se hace hoy en el cine.

No hubo medios de que el nuevo amor sobrepasara a esta ensoñación de Estrellita, llamándola a una vida de hogar.

—No; imposible! —decía—. Yo tengo el teatro en el espíritu, en el alma, y si me caso es con la condición de seguir mi carrera. De lo contrario, no y no!

El día en que el pretendiente se convenció de que la resolución de Estrellita era definitiva, se disgustó con ella y la abandonó. .. Ella **le** quería, si, **le** quería por su ordenado temperamento, **por su afección a las** cosas delicadas, **pero**. . . **se** encogió de hombros. . . Primero **que** todo, **el** teatro, su Teatro "Azul".

*

Si alguna vez se demuestra que el espíritu de una época muere "física-

mente , es cuando se le ve extinguirse en la muerte física de quien lo heredaron. Herederos del teatro de fin de siglo, que llena toda una época de dramatismo, fueron los hermanos Azuaga, en esta ciudad de Cartagena de Indias. Con el derrumbe de los valores anteriores a la guerra de 1914 - 18, vino la extinción de aquella modalidad teatral que ellos caracterizaron. Después, el cine completó su obra.

Y se fueron retirando los densos públicos de las tablas del teatro de Cartagena y cerrándose, en consecuencia, las puertas de éste. La Compañía quedó bloqueada. Aquí se quedaron los Azuaga. Aunque ellos trataron de revivir su antigua existencia, fomentando a veces en Cartagena la afición teatral en pequeñas academias, aquello no era sino la agonía de una apoteosis de luz que se apaga.

*
» »

El teatro "Azul" se votió un fantasma en la mente de Estrellita, que con los días fue a juntarse al fantasma "del amor desleal, de su primer amor, y del otro amor desdeñado. Sus hermanos fueron muriendo uno tras otro, apegados al viejo mural de la ciudad, como su último áncora. Aquí los había sorprendido el maretazo de la transformación mundial, y aquí se quedaron.

Estrellita se quedó sola. Terriblemente seta. Pobre, triste, desencantada. Una vejez prematura arrugó su terso rostro de enantes, apagó sus ojillos vivaces, demacró su cuerpo, encaneció su pelo. Y vestida de negro, se le vio por las calles, evocando siempre sus antiguas, remotas glorias, como quien desempolva papeles entre cenizas. ..

— Estrellita! Estrellita la loca! — le gritaban los gandules por las calles de la ciudad.

Entre la gente del pueblo nadie sabía de su pasado. Y entre quienes podían recordar su antiguo valimiento y auxiliarla, la mayor páttese hicieron los indiferentes. Preguntarle a ella algo de la vida de teatro, era tocarle el punto esencial del espíritu. Y la llamaban loca.. .

Ahora, en el Asilo de San Pedro Claver, acaba de morir esta virgen diseada en el culto recordatorio de su arte. Allí pensó y soñó y divago, creyendo, hasta su último momento, que aún podía volver al teatro.. . Y se ofendía cuando alguien se permitía hablar contra los artistas, "Nosotras las artistas! . . ." —decía— y relataba su historia.

Fue, pues, hasta su postrer suspiro el fantasma adolorido de sus sueños: el fantasma del teatro "Azul". ..

"MACU", O EL COLLAR DE CAMARONES DE ORO

Por qué le decían "Macú" ?

El nombre se lo había dado el vulgo en el llamado Playón del Blanco, de Cartagena.

Humilde barrio popular éste. Un día se alargó, sobre la orilla del "mar muerto" , como llaman los cartageneros a aquellas zonas marinas que se adentran en el interior de la ciudad formando pequeños lagos, distante del rizado "mar grande" , del otro lado de las murallas y los malecones del norte.

En este barrio de antiguas casuchas de gentes sencillas, vivía, pues. "Macú" , viejo mestizo, ya bastante entrado en canas. Sin ser el típico pescador de las playas de Cartagena, era sin embargo un pescador y vendedor de camarones de los rojos y jugosos camarones que el mar avienta hacia los ribazos del Playón del Blanco, y los otros barrios marinos del Cabrero y la Boquilla.

Con su enorme batea de camarones en la cabeza, "Macú" se asoleaba todo el día por las viejas calles de Cartagena. En los ardidios meridianos cansado de andar, sentábase a la sombra de cualquier canchoso murallón, se tragaba su merienda de cazabe, sábalo frito y un buen plátano maduro —triple condumio favorito de las gentes de trabajo de esta ciudad— y se completaba luego con una buena "totuma" de agua fresca solicitada a la puerta de alguna casa vecina.

Cuando el sol refrescaba, y eso sucede en la Ciudad Heroica de tres a cuatro de la tarde, emprendía el regreso, gritando el resto de su mercancía por las calles distintas de las que había andado antes, con rumbo a los puentes que atraviesan la ciudad, hacia el citado Playón del Blanco.

Generalmente la venta era feliz; pero, qué le sucedía a "Macú" que siempre regresaba cohibido y melancólico? No encontraba, acaso, en su cabana a su buena mujer, una señora ya entrada en años, y su bien crecida hija, aguardándole con gran satisfacción todas las tardes, para cenar juntos y aguardar a Dios al día siguientes?

"Macú", todo el mundo lo sabía en el barrio, tenía una obsesión. Una obsesión tan original como imposible de realizar dentro de sus pocos medios para conseguir apenas el dinero cotidiano.

El pescador, y más el revendedor de peces y camarones en Cartagena era, entonces, un individuo sencillo, de piel oscura, pobremente vestido de drilones burdos. Andaba descalzo la mayoría de las veces, y cuanto tenía alguna buena entrada procuraba, ante todo, comprarle trajes a la mujer y a los hijos para asistir a la procesión de la Virgen de las Mercedes, Patrona de los pescadores, o de la Virgen de la Candelaria, que también lo es. Las dos advocadas entidades celestiales, no obstante resumirse en una sola, o sea la Virgen

María, eran sin embargo materia de disputa entre los pescadores, negando unos y afirmando otros que cada una, antes que la otra, "es más milagrera".

Tan absurda e incomprensible aberración, que no les permitía explicarse que ambas advocaciones representan para el culto católico una sola persona celestial, se hacía más concreta, definitiva y aplastante como una montaña, para "Macú".

Con el "Zurdo" y con el "Tiburón" había tenido una riña tremenda en defensa de su Virgen de las Mercedes, y desde ese día andaba cabizbajo. Los dos pescadores, campeones en la pesca con arpón, no menos que como clandestinos dinamiteros del sábalo, eran devotos de la Virgen de la Candelaria.

— Cuando la Virgen de la Candelaria — le gritaba el "Zurdo" — está donde está, en el cerro de la Popa, bien alta, es porque vale ma, claro!, eso no hay ni pa qué decílo, só anima,!. . .

— Y yo sé decí— vociferaba furioso, el "Tiburón" - que "antonces", si tu Virgen de las Mercedes vale má que la Candelaria, qué pasó con tus camarones aquel día que no pudieron encontrarse ni en la marea baja, y pasaste tres días rogando y sin come y sí no hubiera sí poej "Zurdo" que le rezó a la Candelaria, no se te rompe el "maleficio"? Di anima imbeci!. . .

— Ah! maldito sea!-- rugió temblando de ira "Macú"-! Conque mi Patrona es santa de "maleficio"? Párate y arrepújate paca que te voy a pone la pata donde tu "mae" te puso la teta !.

Aquí fue Troya. Ni para qué decir que fueron a parar, con bocas y narices rotas, a la Policía.

"Macú" salió a los tres días con ánimo de probarle al "Zurdo" y al "Tiburón", que su "Maríasantísima" era mejor que la de ellos.

Los amigos y las vecinas devotas que comentaron la cosa, le aconsejaron que comprara un gran "milagro" (ex-voto). Este "milagro", según el término usado por el pueblo, puede ser un presente de oro o de plata, conformando una figura cualquiera. Por ejemplo, si se trata de la curación de una pierna, de un pie o de un brazo, pues el ex-voto debe imitar tal forma. Los enamorados ofrecen corazones o flechas de Cupido, o "mujercitas" y "hombrecitos" de oro que representan la novia o el novio. Los pescadores, pues siempre ofrecen peces o embarcacioncitas, botecitos y otras joyas similares, del precioso meta!

"Macú" , según el consejo autorizado de los vecinos, debería brindarle a la Virgen de las Mercedes "un gran milagro" por ejemplo, un collar de camarones de oro! . . . Claro! Puesto que su invocación era para que cuando él les dijese al "Zurdo" y al "Tiburón". Hoy habrá cosecha de camarones, que será un manda calla , la Virgen habría de concedérselo, así se opusieran los dos patanes, resultaba natural que le ofreciese a la Patrona un collar de esa clase, con el cual la Virgen se sentiría orgullosa, como no lo estaría nunca la Patrona de los otros. Pero oh, desgracia, esto era imposible, absurdo, fantástico. Ni pensarlo siquieral

— Un collar de camarones de oro? — meditaba "Macú". Pero están locos? De dónde voy a sacar dinero para comprar esa riqueza?... Bueno, no es mucho pretender tampoco. . . ¿puedo mi Patrona merecer eso... y mucho más. Pero esas gentes de diablo no creen que yo pueda ofrecerle a mi Virgen tanto oro como lo poquitico que gano. . . Lo dicen para burlarse de mí... .

Y la preocupación se hacía cada día más profunda e intensa en el pobre, camarero que ya no se dejaba ver siquiera de sus dos contrincantes.

Un complejo de impotencia moral le crecía por dentro cada día más. Creía que la Virgen no atendería ya a sus demandas, porque él nada le había ofrecido que pudiera halagarla. En cambio, cada uno de sus rivales estaba a paz y salvo con su Candelaria y tanto, que hasta la trataban de tú... .

Pero una noche concibió una idea tremenda, que le vino, de repente, dejándole asombrado a sí mismo. Era una idea extraña, una idea macabra, pero cuando le vino, le vino, y tenía que cumplirla. Debía ser según pensaba él. "una revelación". Varias veces dedicó horas enteras en darle vueltas en su cabeza, en estudiarla para ponerla en práctica y siempre terminaba de redondearla convencido de que era la Virgen la que se la había sugerido, para que el martirizado devoto pudiese cumplirle la promesa y ganarse toda la confianza de ella.

Cuando aquella mañanita "Macú" subía las gradas de la Ermita del Cabrero, llevando en sus toscas manos, quién lo creyera!, acariciándolo, un rutilante collar de camarones de oro, toda su felicidad estaba cumplida. El corazón le palpitaba desesperadamente bajo la burda camiseta de bayeta azul. Y podía asegurar que nunca en su vida, en madrugada alguna cuando rumbaba hacia el barrio marino, había sentido tantas ganas de llorar!

Llegó con torpe puso ante la Virgen de las Mercedes. Colocó, temblando el pulso, el collar áureo en una de las paralelas de su aureola y le dijo:

— Mariasantísima! Vejdá, vejdá que eres "toa" una gran mujer! A quien **Dio** se lo **dio**.. . San Pedro se lo bendiga.. . Y camarón que se duejme... se lo lleva la corriente...

Fue toda su oración.

Cuando salió de allí, iba con la cara radiante, desafiadora, y hasta quería encontrarse y, pero ya, con el "Zurdo" y el "Tiburón" a ver "que cara ponían esos pendejos", y comenzar un pugilato de peticiones a las dos Virgenes, cada uno invocando la suya.. .

Mas qué había pasado? Cuál fué la idea aquella que concibió una noche el pobre "Macú", que le permitió cumplir tan fastuosa promesa hecha a su querida Virgen?

Los partes de Policía lo relataron como algo sensacional:

El ciudadano "Macú" se había deslizado una noche y otra y otra, en el cementerio. Qué buscaba? Pues exhumaba cadáveres en busca de oro de dentaduras, de los muertos! Sólo a la décima noche, tras arduos y tremendos esfuerzos, había tropezado un cráneo con toda la dentadura de oro! Este hallazgo, según su propia confesión, le había hecho el hombre más feliz de la tierra. Pero tuvo la mala suerte de ser sorprendido a la puerta del Campesanto por el guardián que **dio** el alerta seguidamente a la ronda civil, y le hizo conducir con cráneo y todo a la Central de Policía. Puesto en seguridad el profanador y hechas las investigaciones de rigor acerca del cráneo desenterrado, se sucedió entonces algo más insólito todavía: una rica familia española que desde hacia varios años vivía desesperada al no poder hallar los restos sagrados de su ilustre progenitor, un opulento capitalista español muerto en Cartagena, en estado de demencia, según todos los datos, supo la noticia del "Cráneo con toda la dentadura de oro", que era, precisamente, la pista que había venido siguiendo hasta esta ciudad.

La gratitud familiar por el hallazgo de los restos queridos consiguió que no se les diese gravedad alguna a la "profanación", porque creyeron firmemente que aquel acto inesperado había sido algo verdaderamente provincial, y al conocer los fines advocativos que perseguía "Macú" con su macabra búsqueda de oro de dentadura de cadáveres, más se convencieron de que se trataba de un milagro. Y así, quisieron satisfacer con nobleza el anhelo loco del pobre vendedor de camarones, obsequiándole/además de una buena cantidad de dinero para vivir tranquilo toda la vida, el tan ansiado collar de camarones de oro!.. .

"ZEQUIEL "

El pueblecito paupérrimo llamado "Caimán" , se hallaba todavía hace pocos años, a una legua de Cartagena de Indias. Hoy puede decirse que ya es un barrio de la ciudad que ha ido hasta él.

Su nombre típico hace en efecto relación con su topografía. Se halla echado como **un** cocodrilo a orillas de la Ciénaga de Tesca.

Es todavía el primer punto de estación de cuantos entran y salen de la ciudad **con** dirección a las poblaciones de la línea férrea.

Pero hasta hace poco también, cuando constituía apenas un mísero

caserío de cabanas destartaladas, con enramadas en el frente, su mayor tráfico lo hacía un personaje típico de los alrededores de la ciudad, sobre el cual no se ha detenido aún el pincel: el lechero. El expendedor de leches que antes de la industrialización del producto, bajaba en grandes caravanas de todas las haciendas circunvecinas, y que hoy ha entrado en notable decadencia por virtud del monopolio industrial que pasteuriza ese vital artículo lácteo.

* »

Cuando Ezequiel Ramos llegaba en los lluviosos madrugones a Caimán, montado en su mulo, con los dos cántaros de leche todavía tibia del pezón de la vaca, tocaba la ventanilla de la mejor cabana del caserío, la del estanco. Una muchacha simpatiquísima medio dormitada, abría la hoja de aquel estrecho tragaluz, alumbrándose con una "lamparita de gas" . . .

— Ah, eres tú. "Zequiel" ? Y se te apagó la antorcha. . .

— Sí, mi prenda. . . con estos ventarrones. . . El arroyo de Matute está crecidísimo. . . Figúrate que tuve que metejme porún potrero... y poj poco se me cae el mulo en una zanja... Échame el "petacazo"... que vengo cálao . . . hasta los güesos. . .

— Ah, los trabajos. . . ! Que vamos a hacer! — Murmuraba la chica con gesto de angustia, y le tendía el primer trago de anís.

Ezequiel sacaba la mano de entre el poncho de lona que le cubría de la llovizna, se empinaba el vaso, hacía un gesto estremecido, y después de escupir y limpiarse los labios con el dorso de la mano, comentaba también:

— Sí, trabajos. . . hasta que tú quieras. . . Ya te lo he dicho. . . Si te casas conmigo, tejminarán dos penas. . . La tuya que toas las noches, llueva, truene o relampagué, tienes que monta aquí la guardia, en vez de los viejos, atendiendo a **too** borracho que pasa y a **too** viajero mal humorao y atrevió. . . Y la pena mía. . . vamo, que ya estoy cansao, aburrió, de tanto trae leche sólo pa arrima y saludajte cuando voy y convejzá un ratico contigo cuando regreso.

Simonita sonreía, hacía un mohín como de indiferencia, y siempre terminaba diciendo:

— Veremos a ver. . . Eso hay que pensarlo, "Zequiel". . . No seas impaciente. . . Tú ves que mis viejos me necesitan todavía mucho... No se como salir del paso. . .

Ezequiel contenía todavía un momento más la cabalgadura, mientras se emparejaba con el segundo trago y replicaba:

— Cuidao , , , no vaya a sé que estás pensando en... .

— En qué voy a estar pensando?

Ezequiel se acercaba un poco más a la ventanilla y le decía en voz baja, como quien reconviene:

—Pues en el "Peluzo"...

Simonita arrugaba el seño y frunciendo despectivamente los labios decía mientras recibía el vaso:

—Ese lechero... tan... basto! Bueno, bien sabes que eso es un capricho tuyo...

—Pojo qué le has aceptado entonces los regalos que te ha traído de Cajtagena? Y pojo qué los he sorprendido varias veces como dos tortolitos, y pojo qué me mira allá en la hacienda con tanta tiradera?... Es que está celoso, y es que cree que tú le quieres...

—"Zequiel" no seas así... tan mal pensado— terminaba Simonita, y haciéndole una mueca femenil, cerraba la ventanita diciéndole:

—Bueno... te espero a medio día... Hasta luego!

#

Una de las más bellas cualidades de Zequiel era su honradez acrisolada, su amor al trabajo, su sinceridad de campesino nacido y criado en una hacienda antiquísima: la de "Aguas Vivas". "Manear" un torete bravo, combatir en el ordeño con veinte y treinta vacas a la vez, en lo que le sacaba ventaja a todos los ordeñadores en muchas leguas a la redonda, eran aptitudes que lo hacían un corralero de primer orden y sus hazañas eran siempre comentadas y puestas de ejemplo por los hacendados de los demás potreros, para estimular a sus "mozos".

Todos simpatizaban con Ezequiel Ramos. Bien desarrollado, simpático, alegre y bonachón, las muchachas "le tenían puesto el ojo", y se lo demostraban expresándole en fandangos y jaleos, esos "celos sin amores", inofensivos y platónicos, que produce la extrema simpatía.

Ezequiel nunca había ido a la cárcel por un desliz en la conducción y pureza de su producto lácteo, como otros tantos lecheros sinvergüenzas y borrachos. Y esta era otra cualidad, la más envidiada por los dueños de potreros. Se respetaba mucho y además... "no había pa qué", decía. Unos centavos mal ganados con adulterar la leche echándole las aguas sucias del arroyo de Matute, a la larga se perdían con otros muchos cuando una pesquisa de la higiene sorprendía a los culpables, además de los días de cárcel que le venían encima. Ezequiel comprendía sus deberes, carecía de ambiciones de lucro vil, y había resuelto ganarse la vida con lo que Dios le diere buenamente.

Pero su mayor afán, con lo que soñaba a lo largo del camino tanto a la ida como «i regreso, era un hogar. Y este hogar no podía hacerlo con ninguna

de las muchachas "montunadas" que conocía en las haciendas vecinas a "Aguas Vivas". Había puesto los ojos en Simonita, muchacha de la ciudad, limada de asperezas antipáticas, que sabía además de atender la casita de sus viejos en Caimán, escribir, leer, coser y aplanchar. . . "Cómo cuidaría de los hijitos!". . . Y se la soñaba arrullando a su nene, en un limpio y sencillo hogar en Turbaco, mientras él trabaja en el monte, cosechando en su roza, maíz, yuca, ñame, plátanos. . . Porque eso sí. . . se la llevaría a vivir a Turbaco, el pueblo vecino más importante entre la hacienda de "Aguas Vivas" y Cartagena. Tenía ahorrados algunos centavos. Había comprado ya varios terneros machos y hembras, y un mulo y un lotecito de terreno en las mismas goteras del pueblo. Para qué más? Ah? Pero era una espina ese tal "Peluzo"... Un vago celoso traginaba el meollo, porque suponía, quería suponer que ese sujeto de malas pulgas, con la "labia" que se gastaba había venido envolviendo a Simonita, la había metido por donde no debía, enfriado el cariño puro que debía ella sentir únicamente por él. Cómo hacer para evitarse semejante dificultad? Trabajando los dos en la misma hacienda desde muchachos, él no era capaz de hacerle ninguna fechoría, ninguna deslealtad que pudiera reprocharle más tarde su conciencia. . . No; y menos por motivos de celos. . . Simonita, pues, "vería a ver lo que hacía".

Aquella tarde, cuando regresaron los mozos lecheros de la ciudad, se extendió como un rayo, por todas las haciendas vecinas, un sorprendente rumor: "Zequiel" ha sido detenido por la Policía

Le habían sorprendido la leche de los dos cántaros adulterada en forma nunca vista. Si podía decirse que aquello era tres cuartas partes de agua y una parte solamente de leche!. . . Por la noche, en todas las reuniones de descanso, al pie de los fogones y en los patios mientras se asaban las mazorcas o se exprimía el suero para los quesos, las murmuraciones crucificaban al ausente:

—Jé, Jé! y esa era, el mosquito muerta, que vendía la mejor leche de todas?

—Pa, que vean ustedes. . . Naide pué decí de esta agua no beberé. . .

— Oh, y lo presuntuoso que era!. . . Cuando sabía que alguno había hecho alguna viveza en el camino con el agua de Matute, se ponía furioso como una mapaná. . . caray!...

— Que lo frieguen! Que lo frieguen! Algún día tenía que deja vé el cobre. . ., A mi siempre me pareció hipócrita. . . vaya!... vaya!. . .

En la misma hacienda de "Aguas Vivas", alguien llamaba al "Peluzo" y le insinuaba malicioso:

— Bueno compa. . . siempre los vi a ustedes enamoriscaos de la Simonita de Caimán. . . Y como se dice que las leyes nuevas son muy fregá pa estas cosas de la leche adultera, debes aprovecha ahora la coyuntura y éntrale a la chica.«... A "Zequié" dicen que le tocan como doa años de encierro... Esa "pela" no va a aguantarse tanto tiempo. . .

Y el "Peluzo" contestaba guiñando un ojo:

— Déjelo de mi cuenta, compa, déjelo de mi cuenta, ya verá la vaina...

» »

Casi dos años habían pasado! desde el día en que una mala estrella iluminó la madrugada en que Ezequiel hizo su entrada a Cartagena después de despedirse jovialmente de Simonita en su ventanilla de Caimán y cayó reo del delito de adulterador de leches. El Código se lo castigó con todo su rigor porque fue cogido con el cuerpo del delito en los cántaros. No hubo escapatoria posible.

El cuadro que presentaba aquella noche la casita de Caimán era desolador y trágico.

Un hombretón de rostro desagradable reñía con una mujer joven, pero bastante demacrada, mientras adentro, en la tenducha del estanco, dos ancianos azorados rezaban y lloraban con angustia. El hombre era el "Peluzo" y mujer Simonita. . .

El "Peluzo" gritaba, aguardentoso y necio:

— Si, só hija e. . . perra! Ya sabía yo que tarde o temprano me la pagarías . . . Desde el día que te conté, pa fregarte, cómo me aproveché del sueño de aquel idiota de "Zequié" pa échale agua hasta los topes a la leche, te cambiaste, y te negaste a **too** conmigo. . . Y te lo cuento y te lo recuento, pa que muerdas clavo, majdecía!... Yo na más esperaba que llegara el día en que la comisión de higiene viniera por ahí, como de costumbre, unas noches si y otra nó. Supe por mi compae Rafaé un día antes, que la comisión dojmiria esa noche en su casa pojque iba a dejnos una encerrona en la madrugada y .. . zas l. . . le zampé el agua a la leche de ese tonto. .. Jél Jél Jél Te enemistaste conmigo, me odiaste, só mugriental Aquí no ha habió más tranquilidad. **Too ta lo ha llevao el demonio, y nunca has querido vojvé a acostarte conmigo.. . y ahora me sales con esas de que estás embarazo! A mi conaso, maldítal Me has sido infiel, esoe, y te voy a matál De quién es ese hijo, dime? Contesta, contesta o te estrangulo l**

El "Peluzo" se encanó fieramente, tronando los dientes, echando espumarajos por la boca. Simonita, sacando fuerzas de donde no las tenía, gritóle, frenética:

— No es tuyo, porque yo no podía tener hijo de un canalla, **de un** cobarde, de un traicionero, de un bandido como **tul...**

— Y de quién es, desagracia, de quién?

— De él, es de él ! Óyelo bien! La noche que se moría el viejo mayordomo de "Aguas Vivas" , que pidió como última voluntad que le dejaran ver a su chiquillo "Zequiél", recuerdas? Pues esa noche, cuando, de regreso, "Zequiél" iba para su cárcel, estuve con él, sabes? Y le conté la infamia la maldad que hiciste para alejarlo de mi. .. No te mató porque... supo vengarse en otra forma. ..

Y Simonita cayó presa de una risa demente.

>

Cuando meses después se juzgaba ante el Jurado al "Peluzo" por uxoricida, y fue traído el testigo de autos, Ezequiel Ramos, el abogado defensor del "Peluzo" miró agresivamente al testigo diciendo:

— He aquí el verdadero culpable de este crimen! He aquí a quién obligó al marido ofendido en su honor a dar muerte a una mujer adúltera!

Ezequiel Ramos, triste, y, a la vez sardónico, respondió:

— Nuestras penas son casi iguales. . . Iguales nuestras tristezas. Ese hombre está aquí por una mujer adúltera. . . y yo, señor, estoy aquí por una leche adulterada.. . por ese mismo hombre. . .

DEL FOLKLORE MACABRO

Cuando la mujer oyó los pasos del caballo que avanzaba a lo largo de la callecita del barrio, suspendió su molienda de maíz, dejando sobre la piedra de moler, la pequeña "mano" , también de piedra, con que trituraba los granos cocidos.

Medrosamente alzó el pedazo de fique que cubría la única ventanilla de la casita que daba a la calle, y atisbo, temblando, los alrededores. Todo era calma y soledad en la calle del Playón del Blanco. La luna, redonda y blanca, iluminaba los detalles más lejanos. Ni un solo ser humano se veía en aquellas altas horas de la madrugada en todos los alrededores. Y, sin embargo, la mujer oía acercarse más y más el caballo, que acompañaba sus pasos de trote con el

ruidoso tintineo de sus cadenas, como si imitaran una cascada de monedas de oro.

Temblando de pies a cabeza, la mujer explayó **los ojos**. **Había oído** decir desde hacia mucho tiempo, que aquel corcel no podía ser visto por nadie: que al llegar cerca de quien lo espiaba, desaparecía para aparecer **mas adelante con sus pasos parciales y el tintineo de sus campanillas**. Y no obstante no haberlo visto nunca, el vecindario aseguraba que era un caballo sin cabeza...

Y aquella mujer, con los ojos desorbitados y la lengua pesada y la garganta seca, oía acercarse más y más el caballo. Lo oyó casi a su vera, al pie de su casita. . . Mas cuando, expectante, fuerte y valerosa, haciendo de tripas corazón, se aprestó a ver pasar el espectro caballar frente a ella, los pasos cesaron de súbito. Quedó desconcertada. No **vió** nada, y a pocos minutos, volvió a oírlo más allá, a una cuadra de distancia, siempre marcial y sonando rítmicamente sus cadenas que adquirirían en la noche callada un timbre extraño, que iba apagándose cada vez más en la distancia. . .

Un frío intenso que le corrió por la espalda sobrecogió a la atisbante. Sintió que hasta el último cabello se le encrespaba y que un oleaje de nervios, subiéndole del corazón, como un chorro de agua hirviente, le invadía el cerebro. Allí, en el mismo lugar donde esperaba ver pasar la visión, la encontraron los vecinos desmayada aún, al aclarar el día.

* *

En los barrios menores de Cartagena, hace pocos años todavía, existían las viejas leyendas y consejas que las generaciones heredaban de los días coloniales. **Si** se fuese a restaurar el folklore colonial en Cartagena de Indias, habría que llenar muchos libros. Las más curiosas supersticiones, las creencias más pintorescas, llenaban la mente de los viejos suburbanos, transmitiendo sus extrañas narraciones a las gentes nuevas. Entre esas numerosas supersticiones y leyendas existía también **esta** del caballo sin cabeza, que atravesaba **de punta a punta el** antiguo Playón del Blanco, **hoy** superpoblado y, para aquel entonces, poblado apenas por una hilera medrosa **de** casitas de palma y bahareque, cuyos patios daban al agua salada en el mismo sitio que hoy nos ofrece **una calle trasera, llamada de "Las Flores"**.

Las leyendas y consejas se acentúan en el pueblo de todo este litoral, seguramente porque la mentalidad de la raza negra es naturalmente fantaseadora. Puede advertirse que donde más concurre esta circunstancia es, precisamente donde es más densa la población del África ardiente.

El Playón del Blanco, que **hoy no es** tal playón, pero que se sigue den o-

minando así, ha sido escena de muchos hechos de sangre. En tiempos de las guerras civiles, se batieron allí con sus perseguidores muchos desertores. Allí murieron muchos de esos fugitivos, y se estableció un retén militar que guardaba esa entrada de la ciudad hacia occidente. No era, raro, todavía en 1903, oír las dianas de los soldados en aquel lugar y atestiguar el continuo ir y venir de militares de a caballo que a media noche atravesaban como alma que lleva el diablo, aquellas soledades. Militaba también la circunstancia para ese ajetreo por esa parte de los suburbios, el hecho de que allí existía un muro de cal y canto en el que los soldados hacían sus ejercicios de tiro al blanco, de donde parece que le vino el nombre al mencionado playón.

Al siguiente día, en plena madrugada, la partida que se propuso dar fe de la visión era numerosa. Se escondieron las gentes, tras de los corrales y bajo los alares, para esperar la hora en que el caballo pasaba. Juan León era el más resuelto de todos. Se tendió en mitad de la calle, debajo de haces de palmas, y dejándose la cabeza afuera aguardó.

De repente, al dar el reloj lejano de la ciudad las tres de la mañana, se oyó avanzar el caballo. Venía, como siempre, trotando y con su indefinible tintineo de cadenas nuevas.

Mientras más se acercaba, más visible era el bulto que avanzaba. Juan León lo **vio**, y casi atemorizado a última hora, levantóse, cerró los ojos, y avanzó, haciendo sobrehumanos esfuerzos, hacia el caballo.. .

Quando calculó que casi tropezaba con el fantasma, abrió, de súbito, y valientemente, los ojos, para oír, entonces, la voz familiar de Luis Cachita, el lechero de costumbre, que decía:

— Te vas a deja atrolellá de mí, Juan León?

El interpelado quedó desconcertado.

— Oh! — exclamó - conque eres tú el caballo sin cabeza?

— Caballo sin cabeza? Con qué vainas me vienes?

— Pues que por aquí pasas tú, o lo que sea, todas las madrugadas, te pierdes cuando te da la gana de no dejarte ver y apareces, o se te oye otra vez, más adelante de la calle.

A todas estas, la gente que velaba se había acercado, unos con temor, otros resultes al ver la actitud de Juan León que hablaba descaradamente con el fantasma. Luis Cachita, lanzó una risotada.

— Es cierto - añadió uno de los recién llegados— O eres brujo o estas empautao con el diablo. Cuando uno espera tu paso po aquí, tu te desapareces. Explícanos eso!

Luis Cachita volvió a reír, y respondió:

— No sean tontos! Lo que pasa é que hay algunos vecinos que me reciben la leche poel frente de la casa; y aotros tengo que llevársela poel patio de atrás y antonce entro poún callejón y salgo poel otro... Ese es **too** el misterio Si alguno poj primera vez estuvo cuidándome el paso, y no pasé po delante de él sino que aparecí majadelante, fue pojque me metí poún callejón o algún patio y salí por otra dirección. . . Entienden agora? Ja! ja! ja! Sópiazode bobos!

Loa vecinos quedaron corridos y mudos por la tontería que habían cometido y, desde ese día, deshecho el endriago, a nadie se le ocurrió declararse héroe de hazaña alguna frente al caballo sin cabeza que desaparecía y reaparecía más adelante. . .

LA MUERTE DE LOS OJOS VERDES

Un caso dramático en el que influyó la obsesión de algunas gentes por la ley de la herencia racial, tiñó de sangre la crónica social de Cartagena de Indias, a principios de este siglo.

Aquella mañana, al despertar de una nueva primavera, surgían más rosadas las rosas del huerto del viejo patio colonial, huella todavía de la arquitectura española. En la ventana que caía sobre el jardín, un hombre joven, pero demacrado, mediataba acodado sobre el alféizar, con los ojos divagantes.

De pronto exclamó:

- Nó; no puede ser, no es hija mía. . .! Tiene los ojos verdes! Nadie, nadie en mi familia tiene los ojos así. . . Debe ser un delito, un adulterio... Pero no. . . imposible! Mi mujer no ha querido a nadie, a nadie fuera de mí; esto es absurdo, estúpido. . .

Mas contra todo el deseo de su entendimiento volvía a preguntarse:

- Pero, por qué? Por qué tiene esta criatura los ojos verdes? Es que debe ser fruto de un adulterio!... Eso es!.. A menos que fuese una equivocación de la naturaleza.. .

Se volvió con el ceño fruncido, hacia el centro del saloncito, mirando a su alrededor, como pidiendo a los muebles la explicación de todo aquello, y mesándose los cabellos, volvió a exclamar:

- N o ! No hay duda posible! Esa no es mi hija.. . La naturaleza nunca se equivoca.!

De súbito, adentro, en la alcoba, lloró la recién nacida

El hombre se volvió, con los ojos explayados, y lanzando un grito de rabia, de desesperación, se precipitó hacia la habitación donde lloraba la niña . . . Se oyó luego un grito desmayado de mujer y, después, el gemido de la infantita que se fué apagando lentamente. .. Qué sucedió?

Cuando el abogado del reo se apersonaba, tres días después en la celda de la cárcel donde éste había sido incomunicado, lo primero que el reo le preguntó fué:

— Pero, vive la niña?

— Afortunadamente - contestó el abogado; — usted, en su locura, apenas alcanzó a estrangular a su esposa. Cuando atacó a la criatura, fue golpeado por detrás por el padre de usted.. .

— Mi padre! mi padre! — murmuró el uxoricida como divagando todavía—. Mi padre tiene los ojos negros. .. Mi madre tuvo los ojos negros. . . Yo tengo ios ojos negros. . . Mi mujer tenía los ojos negros.

El abogado interrumpió:

— Usted debe estar en un error de carácter étnico. No tuvo usted, por ventura, algún ascendiente que tuviese los ojos verdes?

— Nunca! — grito el aludido, poniéndose de pié— Precisamente ahí fue donde vi mi desgracia. Todos los hijos de mi madre y mi padre y mis abuelos, tuvieron los ojos negros. Esos ojos verdes de esa chica son la huella de la infidelidad de mi esposa y la causa de mi desgracia. Es la muerte de los ojos verdes la que se ha atravesado en mí camino...

Y se entregó a una actitud de desesperación.

El abogado trató de calmarle, y le previno todavía:

— Pudiera suceder que usted y todos sus hermanos nacieron con los ojos negros de su madre y de su padre. Pero en algún punto puede revelarse una herencia étnica entre sus remotos antepasados. .. Usted ha debido meditar antes de adoptar tan extremada y fatal resolución.

El hombre se desesperó aún más:

— Imposible! No hay ascendiente mío que haya tenido en mi familia los ojos verdes. El que está equivocado es usted, señor abogado.- Yo procedí con todo derecho, con legítimo derecho, ante la prueba irrecusable de mi deshonra, y usted tiene que defenderme sobre este punto de vista.

Era una mañana brumosa de octubre de principio de este siglo. El cielo político de Colombia se despejaba. Había huido un dictador y la situación se normalizaba con la caída de su régimen.

En el puerto de Cartagena, el mismo hombre que diez años atrás refutaba a su abogado, se hallaba de pie, en la actitud expectante de quien esperaba a alguien. Un barco se aproximaba lentamente a los muelles y todo era movimiento en la rada.

El joven había cambiado mucho. Se le veía cansado, triste, fatigado. Una palidez terrosa cubría su rostro, y en todo su cuerpo se veían las huellas del hombre a quien ha estremecido la desgracia. Un amigo se le acercó:

—Caramba! - le dijo —, tú aquí?

El interpelado avivó su rostro ante el recién llegado, y le dijo:

— Si; aquí, esperando otro golpe del destino.

—Cómo así? — le interrogó el otro.

—Pues, mira, lee eso... — y le tendió una carta abierta.

El recién llegado leyó rápidamente:

Después del ostracismo que me obligó a sufrir la dictadura de Reyes, regreso a buscar a los míos. Sabrás que soy rico y que supe ocultar a los sabuesos del dictador mis bienes que hubieran sido confiscados. Sé la desgracia que te pasó, y aunque nunca te lo dijo tu madre (q. e. p. d.) eres mi hijo. Un desliz de ella y mío nos unió con el amor más santo. Sus padres la obligaron a casarse con el hombre a quien no amaba. Llevas en tí la marca de mi raza: un lunar de vellos en la pierna izquierda. Vengo a resacirte del abandono en que quedaste después de mi destierro político.

Cuando horas después descendía por la escala del barco un hombre alto, anciano, de barba cerrada, de continente noble y lujoso sobretodo, el sujeto que esperaba le reconoció inmediatamente. Algo instintivo lo impulsó a ver en aquel viajero que descendía solitario, los indicios del ostracismo, y algo misterioso y desconocido lo empujaba hacia él...

Mas, cuando al tratar de acercársele para abrazarlo le miró en los ojos, lanzó una sorda exclamación de dolor, de cólera, de remordimiento instantáneo. Aquel hombre tenía los ojos verdes!

— Es usted quien me escribió esta carta? Le preguntó con una ansiedad inenarrable.

—Yo soy, balbuceó el anciano, emocionado.

— Luego, soy hijo de usted?

— Sí, eres mi hijo; no tengo duda alguna. Por que lo preguntas? Acaso no te lo dice el lunar?. . .

El hombre bajó la cabeza, anonadado.

— Pero.. . usted tiene los ojos verdes, señor! — replicó.

— Sí los tengo. Pero tú sacaste los ojos negros de tu madre.. . Qué hay en esto de particular?

Y aquel hombre, en vez de arrojarse entre los brazos de su padre, se hizo a un lado, tapándose la cara con las manos, todo presa de desesperación y angustia, y ante el asombro del autor de sus días: que no alcanzaba a comprenderle, apenas murmuró,

— Soy culpable! Soy culpable! Ella era inocente! Oh! usted ha sido para mi vida, la muerte de los ojos verdes. . . .

EL TALISMÁN FÚNEBRE

Tendido boca arriba en el típico "zarzo" colgado del techo de la casita con ambas manos cruzadas debajo de la cabeza en forma de almohada, Patricio clavaba los ojos en el techo, estático, como engolfado en profunda meditación. La noche era profunda en la pequeña finca de a orilla del mar. Y de la ciudad cercana, apenas si venían lejanos rumores, apagados por los de las olas.

Más arriba del "zarzo" , y colocado sobre las tirantes del techo de palma, un ataúd, cubierto con una lona, dejaba ver uno de sus negros extremos. Era el ataúd preventivo de la familia, que siempre espera el muerto próximo, conforme a la costumbre tradicional de los campesinos.

Pero Patricio no pensaba precisamente en la muerte. Y es que esa costumbre hace tan familiar un "cajón de muerto" entre nuestras gentes del campo, que ya toman a ese mueble fúnebre como si fuera un simple utensilio doméstico, un banco o una mesa, por ejemplo.

No. Patricio estaba en esos momentos al otro extremo del tema. Estaba en plena vida, en pleno gusto de placeres saboreados por primera vez. En efecto: había ido a la ciudad días antes, y recordaba. Era en el hoy extinguido barrio de Pekín. La casa estaba tras un cerco de cocoteros y el patio caía al mar. Y allí en medio de las palmeras, la fiesta de aquellas mujeres "alegres" que reían y gritaban y bailaban borrachas y pedían cada vez mas "ron de coco", puro " ron de coco " , mientras el flautín, el tambor, el tiple y las maracas, quemaban el porro de Lemaitre: " Sebastián rómpete el cuero o te quedas solterón . . . "

De pronto, aquella muchacha extraña, rara, de ojazos negros, fijos, de cuerpo sin par, amplias caderas, breve cintura, que le miró embrujadora... En dónde estaba metida que hasta entonces no la había visto? Sus grandes ojos brillaban, húmedos, y eran más irresistibles así. Se le vino derecho y se le

plantó cara a cara. El la había mirado con una especie de temor de animal magnetizado, como deben mirar las liebres cuando las encandilan los cazadores en la noche. Y le había dicho de súbito, casi bruscamente:

— Te quiero, te quiero, llévame de aquí!...

El se había quedado mudo de sorpresa. Pero ella había insistido urgiéndole, apasionadamente:

— Tú eres un hombre bueno. . . Te lo adivino en la cara.. . Por favor, sácame de aquí, llévame. . . Hablemos allá a fuera. . . Qué puede sorprenderte?

Y lo había casi arrastrado bajo las palmeras, a sentarse sobre la arena de **la playa que cubría el patio del festín.**

Qué fue lo que conversaron?

Claro, él no podía reconstruir aquella huracanada de frases ardientes y suplicantes que oía por primera vez en su vida de muchacho mitad pescador, mitad sembrador de yucas en la finquita marina. Sólo recordaba que él le había preguntado, a final de cuentas:

— Pero, qué puedo yo hacer contigo en mi finca, al lado de mi viejita? Que sabes hacer tú?

Era lo suficiente comprensivo en el importante detalle de que aquella mujer no podía ser otra cosa que lo que en verdad era, "una mujer de la vida", conforme el calificativo costeño.

Y le había añadido:

— Yo soy un hombre de trabajo. . . Tengo a mi madre todavía al lado mío. . . Esta muy viejita. . . Necesita de mí. . . Tú serías mi perdición... Yo no sé sino sembrar y cosechar yucas y algunas veces irme de pesca.. . Soy un pobre y nada puedo ofrecerte. ..

Y ella había contestado:

— Cómo, no me comprendes! Yo no te estoy pidiendo nada, nada, sino únicamente que me quieras un poquito y me saques, por lo mismo, de aquí... de esta vida... No tengo a nadie en el mundo, y estoy como prisionera desde que me engañaron en mi pueblo trayéndome a este infierno. . . Yo sé hacer algo, te lo juro, y algo podemos hacer...

El desconfió, dudó y sintió que dentro de él algo retrocedía ante aquella mujer extraña que le tentaba y le atraía como un abismo. Y qué pasó inmediatamente? Oyó el grito de la "patrona" del lenocinio, ultrajando ásperamente a la muchacha, recriminándole que en vez de atender a la clientela de hacerle gastar más y más bebidas, estuviese entregada a la holgazanería con un campesino idiota y sin plata. ..

Y he aquí que él no había podido resistir el embrujamiento de aquella voz suplicante de aquellos ojos humedecidos por el llanto y la angustia del afiebrado calor de aquellas manos que por primera vez le habían demostrado como es de nervioso un amor de mujer repentinamente enamorada. Y la había rondado cerca, muy cerca, muchas veces. Pero sin atreverse a alimentar el fuego devorador de aquella pasión, con mirarla otra vez, con hablarla de nuevo. Aunque la sabía adolorida, aunque esos sus ojos ardorosamente bellos y la dulce voz gemidora, le taladraban el alma. . .

Qué hacer, qué hacer. Dios mío? Si era imposible traer a esa tentación al lado de su anciana madre, y más imposible aún consagrarse a vivir con ella lejos de sus yucales y de su playa de pesca? Cómo cambiar repentinamente su modo de vida, abandonar siquiera por un día y una noche el cuidado de la autora de sus días, y darle el dolor de saber que vivía con una mujer sacada del "tribilín"?

Y cada día se hacía más gigantesca su angustia, más violento su remordimiento. Conocía ahora por primera vez el desesperante dolor de la impotencia cuando se lleva un amor adentro, un amor imposible de satisfacer. . . Por eso, tendido boca arriba, con los ojos perdidos en el techo mirando sin ver, como tantas otras noches, se cansaba de meditar torturándose el cerebro.

Repentinamente, al volver en sí, fatigado, se fijó en el ataúd, en el viejo ataúd doméstico, el mueble pénete de la familia. Y por una extraña asociación de ideas, fue a caer en el destino que aquel tenía... Era para su madre? . . . O para él, acaso? . . . Porque en esto de la muerte, lo mismo pudiera suceder que ella, tan acabada, muriera primero que él, o que él en un revés del mar, o por una "picada de culebra " en el yucal, cayera primero, allí, rígido, en la caja negra de madera. . .

Su madre muerta! . . . Entonces él quedaría solo. . . Solo en aquella finquita solitaria. . . Y. . . ah!, pero qué estaba pensando? Tuvo miedo, sintió horror ante aquel pensamiento malvado de que cuando su vieja muriese. . . No! Eso no!. . . Nunca! Nacer en su mente esperanza tan infame!...

Se incorporó bruscamente, y miró hacia abajo del zarzo, a un ángulo del pequeño cuarto donde la ancianita dormía apaciblemente, tiernamente, en una angélica posición infantil. . .

Y el le sonrió, aún sabiéndola dormida.

Con ella había pasado toda su vida hasta allí, desde que su padre se ahogó en un día de tempestad, en el bajo de Salmedina, en el "mar grande", a varias millas de la ciudad.

Y hasta que no cerrara ella los ojos, tranquilamente, era su obligación, por sobre todas las cosas de la tierra, cuidarla, atenderla en sus necesidades, consolarla en las angustias de su senectud.

En seguida, mirando otra vez el extremo descubierto del ataúd, sintió que la fuerza de una resolución inquebrantable le entraba derecho al fondo

del alma. Incorporóse, alcanzó el fúnebre mueble, lo descubrió del todo, lo colocó más cerca de sí, de modo que viniera a quedarle precisamente al lado, sobre el lecho del zarzo, como protegiéndole, y experimentó entonces como si una sugestión talismánica le librara del recuerdo torturante de la vampiresa.

— Qué, te has vuelto loco, Patricio? Estás llamando a la muerte, mijo? Cómo es que has colocado ese cajón sobre el zarzo dónde duermes?

Era la voz de la viejecita, cuando al día siguiente, en la mañana, descubrió, alarmada, que el ataúd había cambiado de sitio.

— Todo lo contrario, madre — contestó él, —estoy llamando a la vida. . . Es un capricho mío. Despreocúpate. Ahí donde está el cajón me obliga a pensar todas las noches en algo que me aleja de un peligro muy serio. . . Sabes? Es un talismán... Ya te contaré algún día...

— Pero, mijito, te has vuelto. . .

— No, mamacita! Te lo aseguro, no estoy loco..., Nunca me he sentido más cuerdo que ahora.. . Sabes? Yá te contaré. . . Ya te contaré...

Y sonrió con cierta esquizofrenia incomprendible...

MARINERITIS SENTIMENTAL

Es común que la muchacha porteña interprete el alma de su ambiente marino, sintiendo cierta "debilidad" por la marinería, o, por mejor decir, por los marineros.

Esto, naturalmente, pica los celos de los que no lo son, y la critica zumba constantemente en los corrimos de éstos, sin que las chicas del puerto se tomen el trabajo de darse por aludidas.

Pero, cómo evitar que los marinos sean "el tipo perfecto" de las muchachas porteñas, como así lo dicen ellas?

Cuando Lina conversaba aquella tarde, de ventana a ventana, con su vivaz compinche de "flirteos", le gritó, de súbito:

—Mira! Mira, Carmelita! Allá vienen los del "Cúcuta"!...

Automáticamente ambas fueron a mirarse a sus respectivos espejos, alisándose los cabellos, recogándose algunos rizos rebeldes, repasaron el "rouge" de los labios, se arreglaron los pliegues del traje vaporoso y ligerísimo como para flotar en el aire, y, en fin, hicieron uso de todos aquellos infalibles recursos femeninos que ya son como una "manía" en todas las chicas que andan "a caza de novios". Y todos estos preparativos de ataque fueron hechos en el breve tiempo de pocos segundos;

Así, cuando los dos "guardiamarinas" estaban cada uno pegado a la ventana de cada una, como abejas qué pican flores, cuál de estas salerosas chicas iba a tener ojos para mirar a los jovencuelos del barrio, que muy endomingados, con camisa de "export" y pantalones bien "Afilados" y los ojos golosos, pasaban ahora por la calle, frente a ellas?

Ni siquiera se daban cuenta de cómo los galanes suburbanos las miraban hostiles y murmuraban entre sí acercando las cabezas y tirándose unos a otros de las mangas.. .

Algunas veces eran los marinos los que sorprendían el gesto iracundo y malicioso, le llamaban entonces la atención a las muchachas, y todos largaban la risa. Pero Carmelita era más despectiva que la otra:

— Bueno, y qué! Qué se están imaginando esos, "sin sombreros"? Se creen que pueden enamorarnos con sus groserías y repelencias de barrio. ..

Y volvía a lanzar su carcajada que parecía flamear en la calle como una bandera de reto.

»
* »

Un día, en una fiesta de la barriada, se encontraron Lina y Carmelita con el "Micho" muchachon porteño de un tremendo desparpajo, aunque de fondo ingenuo; y se asegura que la ingenuidad es hermana de la franqueza.

El "Micho" que había estado al corriente de todo lo que se venía murmurando contra las "idas y venidas" de las muchachas en cuestión, se acercó a ellas y les sopló de un golpe:

—No se sienten "mareadas", señoritas "marinas"?

Carmelita se le fue encima:

— Mareadas?, y de qué, vamos a veri

— De nada. . . Es que esta fiesta es como un mar. .. y los parejos son los marinos a bordo. . . y ustedes deben encontrarse más que satisfechas en

este ambiente marino, en que la alegría sube a la "línea de flotación", y tienen segura la "mesana" contra "nordeste"... No?

Lina fue ahora la que, experta en la jerga, se lanzó a la carga, o al abordaje, comprendiendo la "botadura":

— Oye tú, marinerito de agua dulce, has de saber que a nosotras no nos gustan los barcos que no zarpan, porque se llenan de lapa, sabes? A ver, levanta el ancla y prueba que lo haces mejor que un grumete!...

— Pero óiganme, - respondió el "Micho" — no se vayan a pique, no se ahoguen. . . Convézanse, se los digo como amigo... La gente murmura que a ustedes y a muchas otras que piensan como ustedes, las alucina más el uniforme blanco y azul que el vestido común y corriente de nosotros.. . Vaya, vaya, si parece que fuera una enfermedad de "marineritis" . . . !

Carmelita replicó pálida y hecha una furia:

— Bueno, y qué! **Y** a ti y **a la** gente qué les importa?

— Pues nos importa a todos los que creemos que ustedes pueden ser esposas dignas de un hogar tranquilo y amoroso y no estar perdiendo el tiempo y la reputación con unos marinos volantes, que hoy están aquí y mañana sabe Dios donde. . .

— Y eso qué quiere decir vamos a ver? Explícate!

— Bueno, lo que quiere decir es que la muchacha que se casa con un hombre de tierra, tiene su felicidad en su hogar tranquilo y permanente, pero la que se engancha con un marino, por muy buen tipo y buena persona que éste sea, tiene el hogar formado en el aire, o mejor dicho, sobre las olas, en el país de las tempestades. . .

— Qué va, hombre, esas son tenerías, idioteces!, y a nosotras nos tiene muy sin cuidado lo que diga la gente. . .

— Déjame terminar. . . Y la luna de miel dura lo que la licencia concedida a bordo. . . Se va el marino a perderse en todas las rutas y en todos los puertos. . . y eso sin contar lo principal, y es que en cada puerto tiene un amor barato y bullanguero. . .

— Continúa, continúa — terció Lina, con una sonrisa sardónica y "rascándose el pecho" —, eso me interesa "en pila" chico!

— No, nada, que regresa el marino. Visita el hogar unos cortos días. Deja un hijo que poco conocerá del calor de su padre. Vuelve a irse a ultramar. Conoce más amores fáciles que le descentran del amor legítimo. Todo esto sin contar las tempestades en el golfo, la sensación y angustia para el hogar lejano.. . Se ahogó o no se ahogó?.. .

— Uyuyuy! . . . Mi madre, que dramático!. . . Cuánto horror!

— Llega al fin un día al puerto, bastante "gastado" ya por todo y por las desazones marinas— continua impertérrito **el** "Micho"— Por unas horas, aprisa, visita la casa. Hasta que definitivamente, **el** marino, que **ha** ido envejeciendo estrujado por las rudas travesías de los siete mares se queda fracasado.

inútil, a veces en algún puerto remoto, donde si es posible termina sus días en el muelle más insignificante, anclado allí, como un viejo barco abandonado...

Las muchachas que oían al "Micho" primero con indiferencia, luego con aire despectivo y alusiones irónicas, terminaron poniéndole cierta atención que casi apuntaba en estupor. Les había descornado el velo del porvenir más trágico. Sobre todo, eso de las largas ausencias y de "un amor en cada puerto". . . ya era otra cosa. . . Uf! Y con esos celos que se gastaban ellas! Si se celaban hasta la amistad". . . !

Su obsesión sentimental por los marinos habría podido pasar por alto lo de las ausencias, siempre que no fueran tan largas. . . Lo de los arribos fugaces, las desazones en el golfo. . . Hasta la vejez y los fracasos, pero eso de los amores con mujeres extrañas en cada puerto, eso sí que no! Ni qué pensarlo!

Ellas querían que sus mariditos, aunque se tardasen algunos meses en ultramar, no pensarán más que en ellas, en ellas solamente, y cada vez que regresasen, les trajeran, por cada minuto de pensamiento ausente, besos, muchos besos ardientes, besos hambrientos, tiernas caricias, prendas ciertas de fidelidad. . .

Este diálogo se interrumpió cuando rompió un porro caliente, con toda la emoción porteña de la noche envuelta en sutiles efluvios tropicales, y unos marinos sacaron a bailar a las muchachas...

Ha pasado algún tiempo.

El "Micho", visitando los muelles, halló de pronto a Lina y a Carmelita esperando el "Cúcuta". Llevaban en los brazos sendos niños. . . El barco volvía de un puerto del Istmo, donde había estado largo tiempo en reparaciones.

El "Micho", sonriéndoles a ambas, las abordó:

— Felices y tranquilas, nó?

Carmelita fue otra vez la primera en responder:

— Claro que sí, no nos ves?

— Y cómo se las compusieron con la tragedia de sus marinos?

— La tragedia sólo está en la mente de los enamorados de tierra...

El "Micho" observando que la chica estaba en tónica de diálogo, se acomodó tranquilamente sobre unos bultos colocados allí, y exploró:

— Conque en la mente de los enamorados de tierra? Vamos a ver, por qué? Yo no, entiendo eso. . .

— Ya verás. Tus sermones de aquella noche del baile en el barrio, de nada nos valieron. . . Eran impresionantes. . . Uf! Pero, pensamos que en el

fondo todo es la misma cosa. Ustedes todos son lo mismo. Nosotras nos hemos desilusionado, conforme nos lo auguraste, más qué sucedió? Lo que hubiera sucedido contigo o con el otro. . . La experiencia mía hoy es que lo mismo se sufre con los de tierra que con los marineros en el mar. ..

- Ah. sí. ..?

— Pues sí, como lo oyes. Figúrate tú que yo me escapé con un tipo rico de la sociedad, muy joven, muy simpático, muy decente. Uf! Y cada mujer nueva que me plantaba cada mes y cada rato, era para mi peor que si un marino me la plantara en un puerto lejano. . . Porque, al menos, ojos que no ven. . .

— Caramba, caramba! No sabía. . . .

— Pues ya lo sabes, hijo. . . Cuando me desengañé y vi que todos los hombres son igualiticos, lo mismo si van en un barco o viven en tierra, me arrepentí del paso dado y volví con mi viejo amor con aquel marino...

— Y ese chiquillo.. .

— Es de él, de mi marino! Que cada vez que vuelva me dejará uno? Y eso qué importa? Los hombres de tierra harían lo mismo. Y con este agravante: cuando los marinos están ausentes, están ausentes de verdad, pero los que viven en tierra se nos ausentan aquí mismo! Que un amor en cada puerto? Y ustedes? Lo hacen peor! Un amor en cada barrio, un amor en cada calle, un amor en cada parque!. . .

— Vaya, vaya. . . No exageres. . . Todos no hacemos eso.. .

— Eso y cosas más feas, hijo! No las pasan por las narices! Qué más da, pues, que un marino tenga su mujer o sus mujeres en cada muelle? Al menos no sabemos las cosas. . . .

Lina intervino, secundando a su amiga:

— Por eso yo, con lo que vi que le pasó a ésta, cogí experiencia y seguí con la mía. Un marino fue mi tipo y con mi marino seguí... Y aquí tienes también su hijo. . .

— Caray, caray!. . . Eso no es "inverosímil". — Sí, sí, búrlate. Pero te digo que hay la circunstancia favorable de que el marino algún día regresa, mientras pueda regresar. Pero un hombre de tierra, mijito, sin irse para ninguna parte, a lo mejor no vuelve nunca.

El "Micho", ante este fuego nutrido de ametralladora, tuvo que tocar retirada, aprovechando la oportuna llegada de un amigo, como era su costumbre en dificultades como ésta, y desapareció haciendo rápido mutis por el foro...

"MONA . . . MONA . . ."

Sobre el borde del muelle del mercado, la prolífica descendencia de los antiguos esclavos del África, se amontonan en Cartagena de Indias.

Son pobrísimos agricultores, de color, que hacen su enigmática vida tradicional, en humildes poblaciones cercanas al pintoresco puerto suramericano. Rocha y Palenque, son sus aldeas más características. Sobre todo en Palenque, la vida de la negrería se supervive, a través de los siglos, aferrada a sus viejos mitos, a sus costumbres africanas, a su dialecto exótico, a sus costumbres hogareñas.

Todavía se bailan danzas en torno al cadáver de sus deudos. Todavía se reúnen en derredor del muerto, las plañideras ancianas, recitando cada uno de los actos que de él recuerdan, canturreándole con curioso lenguaje. Todavía, cuando muere un pequeño, se le alquila o arrienda para que los vecinos pudientes hagan un "velorio" festivo.

Y, en otros aspectos: aún le está prohibido a una jacarandosa doncella de la tribu, casarse con un tipo de otra raza. Aún se siente allí el advenedizo que quiera pasar unos días en Palenque, alternando con sus típicas gentes, en un ambiente francamente hostil. Sobre todo, si este advenedizo es blanco, rubio y de ojos azules. Aún, cuando los herederos de las brujerías y maleficios extraños, de las tribus expoliadas un día, tejen sus diálogos cantarinos con el dialecto autóctono del Congo, Mandinga o el Camerón, etc., el forastero admirado que se acerquen no podrá captarles una sola palabra, porque callan, bruscamente, como celosos de que le sea dable al intruso perteneciente a otra raza, penetrar en su intrínquilis lexicográfico o interpretar siquiera una palabra de su misteriosa composición... .

Precisamente, sobre esto último existe la siguiente leyenda vernácula que más se cuenta por algunos de ellos mismos, que se han redimido un tanto de su impenetrabilidad con el contacto de las gentes de Cartagena y el transcurso de los años.

- Mona!. . . Mona!. .. cuándo vinite y cuándo te váa? — inquiría un negro palenquero a otro.

-O é!.. . Mona, yo vine mañana y me voy ayé.. . —respondía el interpelado

—Anima e lo Diablo!.. . Siempre jablando ál revé!. .. Ayé jué primero y mañana ej dimpué!

— Replicaba un tercero mas adelantado, al parecer, pues tenía una hija trabajando en la ciudad.

Esto era cuando los negros de Palenque, encerrados herméticamente en sus prejuicios, apenas si comenzaban a cogerle el paso al idioma español. Pero ese diálogo fue suficiente para que se originara una tragedia. ("Mona", es el término genérico con que los palenqueros designan a cualquier conocido de la misma raza, al saludarlo o aludirlo, y este "Mona", originario de alguno de sus numerosos dialectos africanos, basta para saber que lo dice un negro palenquero).

En el borde mismo del pequeño bofe donde se oyó el breve diálogo otro negro, rollizo y joven, le guiñó maliciosamente el ojo a dos individuos que de pie cerca de los interlocutores, fingían charlar en voz baja, mirando hacia la bahía espléndida, pero quienes ciertamente espiaban al negro de la lengua enrevesada.

Todas las tardes se cubre esta bahía de pequeños botes costaneros, que zarpan con las primeras brisas, del norte, con sus velas hinchadas, rumbo a los pueblos ribereños; después de haber vendido la carga de frutos diversos que trajeran en la madrugada al muelle del mercado.

Y el "Mona", que no sabía que ayer es primero que mañana, zarpó también, sin darse cuenta de que era seguido por otra pequeña embarcación ocupada por los dos sujetos sospechosos a quienes hemos aludido.

A media noche, en la soledad de las cañadas que forman las muchas arterias de la vía fluvial de Cartagena, los dos individuos lo asaltaron, sorprendiéndole solo e indefenso. .. Qué querían de él? Portaba, acaso, algún secreto, o tesoro, o documento capaz de estimularles para este atraco?

Pues lo que querían era solamente que él, pésimo en expresarse en español, pero uno de los más autóctonos conocedores del dialecto "congo", les explicara o tradujera lo que querían decir ciertas palabras de ese dialecto que llevaban escritas. En público, o entre sus familiares de la tribu, "Mona" se habría abstenido, acaso habría preferido la muerte, antes de explicar ese contenido. Pero solo e inerme, bajo una ruda tortura muscular, tuvo que darse por vencido cuando los asaltantes, leyendo al tiempo lo que habían copiado en una hoja de papel, le exigieron, amenazantes:

— Dí qué quiere decir: "Batú ji noe... Camadínga joe... Vina cosaca malimbá!" Contesta, ligero y te dejamos ir tranquilo, de lo contrario.. .

"Mona" abrió aterrado los ojos, tragó saliva, se apechugó un gemido, y contestó en su media lengua:

— Mi amo mató a mi ama... y se juyó con too el joro....

Los asaltantes lanzaron una exclamación de júbilo:

— Eso es! Fué él! Fué el mismo Capitán!

—Bandido! Miserable! La asesinó para robarla!

—Muera! Muera el Capitán!



Relatan los antiguos cronistas de Cartagena de Indias, que un Capitán de Guardias Reales, se había casado sin amor y sólo por interés, con la bella heredera de una muy rica familia. La llevó a una finca lejana y tras algún tiempo, codicioso de dinero, la asesino una noche, siendo sorprendido por un viejo esclavo congo, que asistía los servicios domésticos del matrimonio. El Capitán, consumado su uxoricidio, al verse sorprendido por el negro, se volvió contra él, lo hirió mortalmente y huyó con el cofre de oro y piedras preciosas de su esposa. Preparó una coartada, y fingió que el doble asesinato se había consumado por manos criminales con el móvil del robo, estando él ausente.

Pero el negro no murió en seguida, y la casulidad hizo que alguien, cuyo nombre no se recuerda encontrara al negro agonizante a la vera del camino cercano a la finca a donde arrastrándose como pudo se dirigió en busca de auxilio. Y de ahí que el negro, delirando en su lengua nativa, hubiera pronunciado aquellas misteriosas palabras, que fueron copiadas en un papel conforme a su expresión fonética, por ser intraducibles al español.

Los dos hombres que asaltaron al Mona de la historia, eran nada menos que dos agentes de la justicia que estaban investigando el crimen, pudiendo, de este modo, dar con la clave de la confesión del moribundo.

No hay para qué decir euq el alevoso Capitán fue sentenciado a galeras y cadena perpetua.

LA ABADESA ARRODILLADA

De las tradiciones típicas de Cartagena, existe alucinantemente, la de la Abadesa arrodillada. No se ha podido olvidar a través de años, ya que el tema fue debatido en Academias de historias españolas y, hasta presentado en testificaciones eclesiásticas a algunos doctores de la Iglesia.

En el viejo Convento de las mercedarias descalzas, las gentes que pasaban por la calle se detenían en cierto día del siglo pasado, mirando tras los ventanales, custodiado por varias religiosas, el cadáver descubierto de una monja anciana. Su dulce rostro, ligeramente sonrosado por los rayos del sol

que llegaban hasta su catafalco por entre los altos vitrales, parecía decir, como en la tragedia de la novicia protagonista del drama de Gerardo da Soares, el portugués insigne:

- Gracias, porque ya acabé. . .

"Gracias porque ya acabé " , ha debido decir, precisamente, en el momento de morir, la santa abadesa Sor Ana del Perpetuo Socorro, muchos años después de haber, a principio del siglo pasado, subido de rodillas la alta cima de La Popa, para cumplir su voto ante la Virgen de la Gandelaria, prometiéndole, además, seguir de hinojos hasta el fin de sus días. . . Tremenda penitencia ésta que se impuso a sí misma. Por qué? Lo que vamos a relatar, tal cual nos lo contaron, lo explicara como un cuento que, sin embargo, no lo es, porque se engasta en la historia misma de la religión en Cartagena, a veces llena de momentos trágicos, y cuyos episodios son inagotables.

La noche en que las familias cartageneras emigraron de la ciudad prefiriendo todos los horrores de un destino incierto en el mar antes que claudicar ante el Pacificador español, un distinguido joven patriota, hermano de la abadesa, Sor Ana del Perpetuo Socorro, Superiora de las mercedarias descalzas, llegó apresuradamente al Convento y le informó a ésta:

— Vienen. .. Y nosotros nos vamos.. . No sabemos lo que nos haya de ocurrir en esta aventura, pero es preciso ser dignos, hermana. Aquí se quedan algunos amigos. García de Toledo, Ribón, Anguiano, muchos más. Pero necesitamos salvar a muchas familias para nuestro porvenir. Como de religiosas, los sitiadores no osarán violar el Convento. Guárdame todos estos documentos que no debo arriesgar en forma alguna. Son actas de la Junta de Gobierno, listas de nombres de los patriotas que nos han ayudado durante el sitio y numerosos pliegos más, sumamente graves...

Ellas los recibió y le juró ante la Virgen de la Candelaria de la Popa, defender a todo trance aquellos documentos. Se despidieron, y su abrazo de despedida fue como el abrazo de dos cadáveres, tal era la situación a que el sitio más grande de la historia de América, había reducido a todo habitante en Cartagena de Indias.

Cuando el siniestro Pacificador entró a la ciudad uno de los primeros procedimientos que adoptó contra la población sitiada, sin distinciones de sexo, edad, ni religión, fue, precisamente, hollar los conventos. El de la Merced, por ejemplo, lo convirtió en depósito de prisioneros y allí fueron pasados a cuchillo centenares de patriotas, cuyos cadáveres fueron enterrados en el patio y en los aljibes de lo que es hoy Palacio de Justicia y Teatro Heredia.

La historia registra que los mártires no fueron los que aparecen en bustos de mármol en la Ciudad Heroica, sino que lo fueron también infinidad de ellos en las prisiones de la ciudad, habiendo muerto unos por ejecución militar y otros por enfermedades, hambres y tormentos inenarrables.

Sor Ana del Perpetuo Socorro **vio** pues, su convento invadido y violado por los bárbaros antiguos. Se les reclamó a las religiosas no haber hecho nada en defensa de España. Pretendieron los reconquistadores que la religión hubiera sido, a todo trance, leal a la Corona Española, como lo fueron, en efecto, muchos clérigos y comunidades, aunque en escasa minoría.

Un piquete de chapetones armados exigió una requisa en todas las celdas a la abadesa y como ésta se resistiese y se negara rotundamente a ello, la condenaron a sitio. Tanto ella como las veinte y una religiosas de la comunidad, no tenían derecho a alimentos, ni a agua, ni a ningún auxilio exterior. Transida de dolor al ver morir a sus hermanas, y presionada por algunas de éstas que se sublevaron en el colmo de la tortura, de las necesidades físicas y la debilidad femenina, aceptó al fin la requisa.

De su documentario secreto forzada la cerradura, se obtuvo la lista dejada por su hermano, y como rica información para sus verdugos, esa lista fue la denunciadora de más de cien patriotas que fueron inmisericordemente sacrificados en una u otra forma por las juntas de salud pública instauradas en Cartagena por el Pacificador.

Llena de dolor y de arrepentimiento por su debilidad, habiendo faltado al juramento hecho ante la Virgen de la Candelaria, Sor Ana del Perpetuo Socorro se impuso la tremenda penitencia de andar siempre de rodillas, dando comienzo a su martirio un día 2 de Febrero, mediante el expediente de subir de rodillas a la cima sagrada donde se eleva el Convento de la Virgen milagrosa.

Desde entonces parece que surgió la bárbara costumbre entre millares y millares de devotos. Sólo que éstos, a través de los años, han venido limitando su "promesa" únicamente por el tiempo de subida a la cima, y, ya hoy, ha quedado reducida a la de subir a Popa caminando con los pies descalzos. Pero Sor Ana, la "Abadesa arrodillada", vivió siempre de rodillas. Unos pocos años antes de morir, hubo que amputarle las piernas. La edad y el horrible sufrimiento, le afectaron esas extremidades.

Pero como alma fuerte, redimida para la eternidad por la tortura que se impuso en vida, supo mantener su voto hasta el fin, y así murió, rodeada de la admiración de la ciudad y, por otro lado, afirmando ante la humanidad, la fe en Dios, la fortaleza moral que debió de servir de ejemplo para la edificación de muchas almas débiles.

DE CUANDO FUE REGALADO EL CASTILLO DE SAN FELIPE Y LA POPA

Si a alguno le dijeran, a quema ropa: te regalo la muralla de Cartagena, se quedaría despabilado, como a quien le propusieran: te vendo la Gran Muralla china o la Torre de Eiffel.. .

El Castillo de San Felipe de Barajas, en Cartagena, forma parte de sus fortificaciones coloniales, y, por lo tanto, es propiedad de la Nación desde los mismos días de la Colonia. Entonces, como es natural, pertenecía a España. Muchos millones le costó al Erario Real en tiempo de Felipe II, que mandó construir esa fortaleza para salvaguardar a la plaza de las invasiones piráticas.

Pues bien, en estos tiempos nadie creería que ese castillo pasó a ser propiedad particular de un ciudadano, por regalo que le hicieron de él, y que más tarde ese mismo ciudadano tuvo el altruismo de regalárselo, a su vez, a la Nación.

Esto parecería la cabeza de un cuento humorístico, pero es la realidad.

En aquellos parvos días de nuestras guerras civiles, cuando los títulos de propiedad bailaban la danza de las dificultades que aparejaban los derrumbamientos sociales y familiares, cuentan que apareció un gobernante que, por arte de birli-birloque, entregó a un rico copartidario, a cambio de fondos para la guerra, toda la extensión de terreno que comprende el Cerro en que se encuentra ubicado, desde hace tres siglos, el Castillo de San Felipe, y sus alrededores, así como enormes perímetros de los barrios circunvecinos hasta la misma Popa. . . El título de propiedad fue revalidado sobre el calco de otros títulos antiguos, como que un émulo anterior al gobernante de la moderna era, se había hecho extender esos títulos, sin ningún beneficio de inventarlo para el gobierno de esas épocas. ..

• *

En un ribazo de la parte oriental del Castillo de San Felipe, aquella mañana de cualquier día del año de 1895, unos hombres cavaban sudorosamente el barro amarillo del Cerro, dejando descubierto el muro correspondiente. Un transeúnte que acertó a pasar por allí en busca de unas cabras que se le habían extraviado, advirtió la operación de los obreros.

— Quien les mandó a hacer eso? — les preguntó.

Los hombres se apresuraron a responder:

— Pues el dueño de este Cerro, don Antonio B. Gulfo...

El transeúnte se quedó alhelado.

— El dueño de este Cerro? — volvió a preguntar, por si había oído mal.

— Si; el dueño de este Cerro, hemos dicho— repitieron

— Si es dueño de este Cerro también será dueño del Castillo - replicó el transeúnte.

— Pues claro que sí — volvieron a afirmar los obreros. — Perteneciéndole el Cerro tiene que pertenecerle el Castillo...

El hombre creyó que aquellos trabajadores estaban burlándose, más, con todo, puso la denuncia ante la Gobernación de Cartagena, en esta forma: "Unos hombres, trataron de tomarme el pelo diciéndome que el Castillo de San Felipe pertenece a don Antonio B. Gulfo, y están excavando por su base esa fortaleza, extrayendo gran cantidad de barro del pie mismo del Castillo".

— No; no estaban tomándole el pelo a usted — contestó el gobernador— El Castillo de San Felipe y sus adyacencias, incluyendo La Popa, aunque usted no lo crea, fue obsequiado a un antepasado del señor Gulfo, por un mandatario loco que no supo lo que hizo...

La Prefectura General avocó el asunto, decisivamente. "El Porvenir", antiguo diario de la Heroica, formó el escándalo. Con que el Castillo de San Felipe junto con los terrenos de La Popa fue regalado a alguien? Entonces que se regalen también las murrallas, la bahía, el mar...

Hubo un cambio de papeles entre el gobernador y el "propietario", y el negocio subió hasta el gobierno nacional. Pero don Antonio B. Gulfo, en un gesto patriótico, acompañó, a su defensa todos los títulos que poseía al respecto probando que el Castillo era de él, y, al mismo tiempo, decía en su alegato: "Cedo al gobierno nacional este Castillo etc., que me pertenece, etc., etc". (No obstante, parece que no habló de los terrenos adyacentes. . .) El gobierno nacional aceptó el obsequio calificándolo de patriótico. Pero los abogados se sulfuraron. No era posible que la nación recibiera a título de obsequio unas propiedades, unas reliquias que le pertenecían de siglos. Aquellos títulos deberían ser declarados nulos, sin valor jurídico alguno, y la nación recuperar legalmente la propiedad o propiedades en disputa.

Pero parece ser que el gobierno nacional, para evitar el extenso papeleo de un largo pleito en aquellos tiempos de revoluciones continuas, dejó el "obsequio" como simple obsequio y se despreocupó de la cuestión.

#

* *

Quién sabe en qué archivo de la gobernación de Bolívar o del Palacio de la Carrera, se encuentren estos curiosos títulos que acreditaron el todavía más curioso derecho de propiedad de estas viejas fortalezas militares.

Y quién sabe cuántos otros títulos de la misma época no estén guardados por ahí, acreditando que otros ciudadanos son dueños de nuestras mura-

Has, o de alguno de los Fuertes de la bahía, o de la bahía misma, o tal vez de algún pedazo del mar que baña con sus olas sin reposo, a nuestra ciudad de cuatro siglos.

Pero la historia es la historia, que a veces nos parece un cuento...

EL MILAGRO DE LA CANDELARIA

Después de la fiesta del bautismo de la nueva barca, Candelaria López sentía como un vago remordimiento. Y se apresuró a manifestárselo al grupo de contabandistas con quienes alternaba.

Nada habría importado a ella que a la barca se le hubiese puesto su propio nombre: "Candelaria" simplemente. Pero eso de añadirle: "La Virgen de la Candelaria" era ya, sin duda, un sacrilegio! Cómo no serlo, si se trataba de una barca que iba a ser destinada al contrabando y acaso al asesinato de los guardas del gobierno?

Juan Pedro, Jefe de la pandilla, fue el primero en acercársele, conciliador y acariciante:

— Mira, mujé — la dijo — si es vejdá que me quieres y que das tu vida por mí, como tantas veces me lo has jurao, déjate dé esas tonterías y cállate. No son pa los liberales las armas y las municiones conque contrabandeamos? Pue ahí tienes, mujé! La Candelaria de la Popa es una Virgen Liberal!. . . Si le hubiésemos puesto a la barca tu nombre a secas, tú no vas a hacejnos los milagros que puede hacejnos la Virgen de la Candelaria. Bien has oído decí que de pronto **ella** se aparece en un combate, se mete en las filas liberales y. . . zas! aunque le quemen el manto y le tuesten la cara, ella siempre peleando pá nosotros!..

- Si por algo la llaman la Virgen morena y liberal! — Añadió Cátulo Vargas, otro que se las traía en corpachón y desenfado— Por eso yo y tóos nosotros sabremos tenéla siempre contenta con sus milagros de oro, pá que nos sirva bien.. .

Y rió, complacido, con su ancha risa de dientes blancos y firmes.

« •

En Cartagena de Indias, el culto a la Patrona de la colina de La Popa, es

uno de los más repetables y también uno de los más curiosos. Se han familiarizado tanto los cartageneros con su virgen, que la tratan de "tú a tú" y no se están tranquilos cuando le adeudan algún "ex-voto", porque temen que la Virgen se lo cobre tomándose, enfadada, la revancha de deshacer el "milagro" que ya ha hecho. Pero cuando esto sucede o suponen que ha sucedido, los cartageneros no se disgustan sino que acuden presurosos a calmar a su Virgencita, y siguen amándola como si tal, tomando su represalia como una reprimenda maternal muy justa.

Todos los años, el día dos de febrero, la población toda asciende en fervorosa peregrinación a la cima donde se halla un antiquísimo santuario que cuenta tres siglos, y cubre a su Patrona de numerosos "ex-votos" de oro y plata.

*

» *

Candelaria López sentía profundamente esta influencia mística, y de ahí que considerara un irrespeto usar el nombre sagrado de su Virgen para menesteres no santos. Y todavía insistió ante los contrabandistas:

— Tú crees, Juan Pedro, que desde a bordo de una barca que lleva el dulce nombre de la Virgen, vayan a cometerse asesinatos, o se traigan en esa misma barca armas para matar a nuestros semejantes? Si a lo menos se tratara de una barca para pescar o viajar, honradamente. ..

— Pué será más que eso, mujé — replicó Juan Pedro—, mira: nuestra barca "La Virgen de la Candelaria" nunca tendrá ná que vé con la gente del gobierno de alta mar cuando traigamos armas de la costa de Panamá... Pero es que no te hemos ya explicao la treta de nosotros?

La treta de Juan Pedro, que ahora volvía a explicar a Candelaria; era la siguiente: El contrabandista que sabe su oficio, que sabe defender su pellejo, llena una barca o dos de contrabando y le hace el juego al enemigo con otras que siempre viajan vacías, despitando así, bonitamente, a los guardas del gobierno. "La Virgen de la Candelaria", barca respetable por su nombre, vendrá vacía, y será la que provocará las sospechas, atrayendo la atención de los guardas y dejándoles así libre la vía de peligro...

— No habrá, pues, muertos que llora, mujé, pa que te preocupe y pienses tanto, — terminaba Juan Pedro.

Cuando llegó el día en que "La Virgen de la Candelaria" había de hacer su primer viaje, Candelaria López tuvo de pronto una idea que debería traer la tranquilidad a su sencilla alma religiosa alarmada. Iría donde el buen Padre Ledesma, que bautizó la barca sin sospechar siquiera para lo que iba a ser destinada, y le confesaría la falta tremenda que se iba a cometer y, que a no dudarlo, castigaría la Virgen... Pero, no! No se comprometería tanto así. .. No podía delatar de tal modo a los suyos... Porque era claro que el sacerdote no podría cohonestar aquel delito.. .

Andando y andando por el camino que conduce al santuario pensó que lo mejor sería entendérselas directamente con la Virgen, que sabía comprender las cosas humanamente, y era, al fin, una Virgen liberal, como decían los muchachos. Le ofrecería un "ex-voto". Y para satisfacer todo escrúpulo, consultaría al Padre Ledesma solamente sobre qué clase de "ex-voto" le agradaría más a la Patrona, pues para algo estaba -el siempre en comunicación con ella.

Y así sucedió. El sacerdote, un anciano que ejercía su nobilísimo ministerio desde hacía muchos años entre el santuario de la cúspide y la ermita que existe en el pie de La Popa, le contestó meditativo, acariciándose suavemente la canosa barbilla:

— Pues, hija mía, no se qué pueda agradarle más a la Virgen para ese "ex-voto" secreto de que me hablas. . . Sin embargo. . . Espera. .. Ya que tanto interés tienes, podría la barca traernos tres viajes de arena, por ejemplo, para terminar las reparaciones del Convento? Eso me parece que sería lo más grato en estos momentos a los ojos de nuestra amada Virgencita, y ganarías tú y los que tales hicieran, muchas indulgencias.

— Y también la protección en el mar para cualquier pecado que se cometiera a bordo, Padre? — inquirió ansiosa Candelaria.

— Ah, esas tenemos? — contestó el sacerdote entre curioso y alarmado-. No, hija mía!. . . Tántoasíno! Pero lo que sí puedo decirte —añadió dulcificando la voz ante la cara de consternación que pusiera Candelaria — es que si esos pecados no son intencionales, sino fortuitos. . . la Virgen, por lo menos, miraría con ojos benignos la cuestión y las penas serían un poco leves, mediante, eso sí, de una buena confesión.

No bastó más para que Candelaria López regresara con otro ánimo, de la cima beatífica. Tres viajes de arena? Y por qué no? "La Virgen de la Candelaria" haría sus tres viajes consecutivos para traerle la arena al convento de la Candelaria!

Y así fue convenido por Juan Pedro y Cátulo Vargas. La barca se entrenaría con cargamentos de arena para el Convento de la Virgen.

Tiempos de agitación bélica aquellos en la Costa. El General Uribe Uribe se debatía con escasas fuerzas, esperando las que le iban a ser enviadas del interior, mientras que sus gentes se surtían de armamentos introducidos de contrabando por las vías ocultas de las costas de Cartagena, desde Panamá, atravesando luego por trochas y veredas hasta los pueblos del interior.

La treta de Juan Pedro se cumplía al pie de la letra con magníficos resultados: "La Virgen de la Candelaria", atiborrada de arena para el Convento de la Virgen, hacía sus primeros viajes, pero, a la vez, exploraba la línea marítima mientras atrás, muy atrás, orillando la Costa, con las luces apagadas y en silencio, hacían su camino dos embarcaciones contrabandistas, cargadas de rifles, pólvora y cajas de cápsulas.. .

Cuando se avisoraba el barco de vigilancia del gobierno, la tripulación de "La Virgen de la Candelaria" hacía sus señales estratégicas, y, al mismo tiempo, huía, sospechosa, picando así los recelos de los guardas que emprendían presurosos la persecución hasta darle alcance. Entonces la desilución llenaba el alma de los perseguidores. El atraco era un verdadero fracaso. Se encontraban con que la barca sólo llevaba arena. . . Arena " pa el convento de la Virgen de la Popa ".

Los guardas se mostraban furiosos ante aquella burla, ante aquel tesón de huida persistente, sistemática, que les hacía perder tanto tiempo y tantos esfuerzos. Juan Pedro, riendo socarronamente, les explicaba:

— Pero pá qué se toman el trabajo. . . No ven que esta barca sólo trae arena pá el Convento de la Candelarita? Pué aguántense esta!

— Y por qué huyen? Qué vaina es esa?

— Pué ju íamos pojque creíamos que pensaban atracajnos.. . Hay tantos revolucionarios jambrientos por estas costas. . . Y "La Virgen de la Candelaria" sería una buena presa pá sus transportes. . . .

*

Aquella noche terriblemente borrascosa del mes de octubre, el mar rugía sordamente. Negras nubes llegaban casi a ras de las gigantescas olas enfurecidas. Los rayos y los truenos sentaban su imperio en las alturas. Agoreras aves marinas graznaban espantados cortando el mismo ruido de los vientos, y se oían como gritos remotos, lamentaciones indefinibles, voces de socorro, de quién sabe que náufragos, perdidos en el golfo.

Esbelta con su airoso continente venía "La Virgen de la Candelaria", con su cargamento de arena, cuando la tormenta arreció como una bocanada del infierno* Las dos barcas cargadas de armamentos, venían a larga distancia luchando desesperadamente con las embravecidas olas, y su pérdida parecía

irremediable. Ya estaban zozobrando. . . Juan Pedro, descorazonado como nunca lo había estado en los más fuertes cerrazones marítimos y en los más graves peligros, dudaba ahora, en su intimidad religiosa, de que la Virgen estuviera satisfecha con la dádiva de aquella arena, que tal vez amparaba un delito... Casi se sentía culpable...

De pronto, tuvo una inspiración. **Si** era cierto que la Virgen de La Popa le iba a corresponder con un milagro, no dejaría ella perder la barca que llevaba su nombre, y, por consiguiente, nada de lo que ésta transportara. En seguida **dio** órdenes. Su poderosa voz dominaba el ruido del huracán. Había que acercarse a las dos embarcaciones averiadas. Una vez conseguido esto, después de vencer mil dificultados, lograron anclar. Inmediatamente se procedió al transbordo del armamento a "La Virgen de la Candelaria". Quedarse allí era exponerse a ser atrapados, y así, tan pronto se efectuó el trasbordo, emprendió la barca la marcha, costeando el litoral.

*
* * *

Lo que pasó pocos momentos después fué lo más interesante.

Alumbrándose por los relámpagos interminentes alcanzaron a divisar la barca de vigilancia del gobierno que avanzaba, rápida, por entre las olas, hacia "La Virgen de la Candelaria" . . . Juan Pedro agrupó a sus hombres:

- Ahora sí que estamos perdidos, muchachos! Lo que es desta no nos escapamos. . . Tenemos que pelea o lanzajnos al agua pá que nos coman los tiburones. ..

Después se volvió hacia la dirección de la colina de La Popa, y todo contrito y emocionado, exclamó con ruda voz:

- Oh, mi Virgencita de la Candelaria, echa tu manto en tu arena,! Y pejdóname si he hecho algo malo sin quere... No volveré a hacélo más, te lo juro, Virgencita. . . Pero hazme este milagro!...

La barca oficial avanzaba, devoradora, como un monstruo, con sus cañones dispuestos. Sus reflectores, en la profunda oscuridad reinante, daban la sensación de las pupilas rojas, incandescentes, de una extraña bestia marina.

- Huímos? — Preguntó indeciso Cátulo Vargas a Juan Pedro.

- Pa qué? Esta vez sería inútil! Siempre nos darían alcance. . . Que sea lo que la Patrona quiera!.

Y continuaron impasibles, bamboleados por las olas.

La barca oficial está ya a pocos metros. .. Y cuando sus reflectores iluminaron de lleno todo el espacio intermedio, pudo oirse a bordo de ella, esta exclamación colérica:

- Maldito sea! Es "La Virgen de la Candelaria"! Hemos perdido otra

vez el tiempo! Qué engaño nos vuelve a dar esta barca desgraciada!. . .

Adentro, entre el grupo de guardas preparados ya para el atraco, todavía gritó la voz imperiosa:

— Por mi madre que si esa maldita barca hubiera huido como otras veces, no le hubiera perdonado el juegucito! No está uno dispuesto en una noche perra como esta, a correr tras ella, para encontrarse luego conque es "punta arena pa el convento!. . ."

Y jurando y maldiciendo, se volvieron con su barca, hacia el golfo, que ya empezaba a calmarse lentamente. . .

Al darse cuenta, asombrado, de lo que acababa de pasar, Juan Pedro, mudo por la emoción contenida, se volvió con ojos interrogantes hacia Cátulo Vargas, y éste, con voz entrecortada, sólo se limitó a decir:

— La arena. . . la arena pá la Virgen nos ha salvado!. . .

Y Juan Pedro:

— Sí. . . sí. . . el milagro! El milagro! La Virgencita nos ha hecho el milagro! — dijo, al fin, con voz temblorosa-, mientras que, arrodillándose y santiguándose devotamente, dirigía su mirada emocionada en dirección a la lejana colina de La Popa. . .

CELOS DE ESCLAVO

Se levantaba radiante el sol del 2 de Febrero, y ya la colina de La Popa era en si misma un resplandor de joyas radiantes, brillando en el pecho de abano de centenares de negros esclavos, que ascendían cantando a la colina **sagrada**. Era todavía a finales del siglo XVIII. La nobleza española tenía por costumbre celebrar en esa fecha una especie de puja y repuja mostrando a sus esclavos como los mas lujosamente enjoyados. En el fondo, esta costumbre típica no era otra cosa que un simple pretexto para exhibir, cada familia rica, sus mejores joyas a la envidia de sus émulos. Había espectacular vanidad en que se supiera que la rancia familia descendiente de los ilustres condes de Fuente Seca y Villar, o los herederos de los grandes señores de Rumazo y Torres del Castillo, aún conservaban las diademas de oro millonarias de sus antepasados, o las fastuosas ajorcas de sus abuelas, envidiadas por las más empingorotadas damas de la Corte de Madrid o por las castellanas condales de Toledo o de Sevilla.

La típica negrería, asimismo y por su parte, también emulaba. La leyenda cuenta, que en la ascensión a la colina se hacían la "> tiradera" en forma

agresiva los esclavos enojados. Sus cantos indígenas africanos eran en estos casos una mezcla de alusiones rituales y de ofensas personales. Y, naturalmente, que en las trifulcas que se provocaban, no dejaba de ocurrir uno que otro grave desperfecto de las ricas prendas de la "ama" o del "amo", desperfecto que siempre pagaba el negro con rudos trabajos o disminución de su ración alimenticia.

* * *

El rumor de los tamboriles y las flautas rústicas de los peregrinos de color, cuyos conjuntos, no se sabe por qué, se denominaban "cabildos", llenaban toda la cresta y los desfiladeros de la colina de La Popa, en aquella fresca mañana del 2 de Febrero, de nuestro cuento.

Cada "cabildo", pues, precidido por un "cacique" o su "cacica", entonaban un canto distinto melancólico, acentuado profundamente por aquel lento gemir peculiar de los sonos del África. Posiblemente, cualquiera que hubiera asistido a estos desfiles llenos de rico esplendor habría podido adivinar, bajo la corteza superficial del boato prestado, el infinito dolor de una raza. . . Aquella áurea cadena de cautivos era, en verdad, fantástica, porque bajo el rubio aderezo no podía ocultarse el sello de la esclavitud.

De repente, de entre la algazara cantarína, del fondo del alucinante escenario de la colina coloreada por los mil tonos, por la policromía de los raros vestidos de los esclavos, estalló la catástrofe.

Simón Casiano, del apellido esclavista de los Qrellana de Azuá, bien plantado mozo de la Costa del Oro, había visto a su "arrímate pa cá"/ la más jugosa mozuela esclava de la lúcida caravana, "pelándoleel diente" a Sebastián, otro negro del "cabildo" de mandingas. Los celos ya venían trabajando hace días a Simón Casiano, pero como aún entre los esclavos los "amos" extendían sus prejuicios sociales no permitiendo que un negro de "casa y familia" se casara con una negra "cimarrona" o hija de "cimarrones", Casiano no había podido contraer el anhelado enlace.

Como un alud se fue saltando piedras por la pendiente, y cayó de súbito entre su pretendida y su odiado rival, derribando por tierra a ambos, y rodando luego abrazados por peñascales y malezas. Y lo que siguió después fue una verdadera zambra de la selva del Continente Oscuro. Todos los negros, quien más, quien menos, viéndose golpeados, intervinieron en la barahúnda.

Los cronistas de la época, en los relatos de este episodio, refieren que el campo de ascensión quedó vuelto un solo reguero de oro y piedras preciosas, en el que la nobleza cartagenera perdió miles de miles de pesos castellanos debido a los celos de Casiano, porque "había gentes —dicen— que curiosean-

ban a los negros y a los que no eran negros, y apecháronse al lugar de la tri-fulca para robar todo lo habido..."

EL MAL DEL MAR

"Un amor en cada puerto"
De cada puerto un sabor,
el que se gustó, está muerto,
y el que le sigue es mejor!"

Sol de fuego. Meridiano del Caribe. A orillas de la espléndida bahía de Cartagena, en el viejo barrio porteño del Arsenal, marinos de alto bordo y simples navegantes costaneros, "bogas" y "coquis" negros de canoas.

Fuerte olor a brea y mariscos. Adormecido y reverante el límpido lago de la rada. Mucho movimiento de cargaderos menores, gentuza de cabotaje que llenan los pequeños cafetines oscuros, donde se bebe cerveza y ron blanco, frente a las goletas y champanes que forman un heterogéneo bosque de mástiles y velas grises de salitre.

Y aquel hombre extraño, sentado en la puerta del bar, ebrio, con los ojos adormecidos como el panorama del muelle, mira vagamente el horizonte, mientras apura solitario, vaso tras vaso de cerveza.

Su fisonomía es la de un europeo, y sus trazas las de un sujeto gastado en largos viajes. La piel, curtida, ofrece un encendido color rojo. Los ojos de un verde descolorido, fatigado. Rubio y quemado el cabello, bajo la gorra de marino. En el uniforme blanco, signado por dos anclas en las mangas, el insolente descuido de la crisis personal. Y en los brazos belludos, varios tatuajes en tinta azul. Los tatuajes de todos los puertos, que lo mismo pueden denunciar al marino cosmopolita que al ex-presidiario.

Le vimos, así tan exóticamente atrayente, y concebimos que estábamos frente a un hombre panorámico, de mil viajes por las rutas de ultramar, por quién sabe qué arribos trasatlánticos, en contacto con ciudades lejanas, con gentes desconocidas en Asia, en África, acaso en Oceanfa, Singapur? Samarkanda? Calcuta? o tal vez. Rapa-Nui o Sangrilá?. . .

Y procuramos hacer conocimiento con él.

No fue difícil, no, obstante que esta clase de individuos son por lo general herméticos, como si llevaran el cadáver de un hondo secreto de muchos mundos guardados en el alma, y no quisieran mostrarlo a ningún desconocido.

Frente a unos vasos de cerveza nos refirió una alucinante historia, de rara psicología algo inusitada en el avatar de un hombre, o sea, la extraña historia de su propia vida, agarrada a una anormalidad original:

- Soy de España, islas Baleares —nos dijo-. Desde muy joven me embrujaron los puertos. Sabe por qué? Por saber cómo era el amor, el amor en cada uno de ellos. . . Lo conocí? Sí y nó... He oído más tarde los versos que cantan en América y que afirman que el marino tiene en cada puerto un amor. Así es. Pero el marino no conoce el amor de cada puerto, y de ahí su afán desmedido por querer probarlo, insaciablemente, locamente, desesperadamente, todos. . . Un amor en cada puerto? Si, pero yo he añadido a ese verso, estos tres:

De cada puerto un sabor,
el que se gustó, está muerto,
y el que sigue es el mejor...

- Amigo —continuó diciendo— es terrible! Cree usted que querer a una mujer que nos prendió el alma con sólo recibirnos a bordo o en su café cantante, como si regresara a ella el ser más querido, es un gran encanto? No, hombre! Eso es para los novelistas y los poetas. Navegamos, navegamos, y en la soledad del mar nuestro espíritu parece escaparse a las ciudades y prenderse en la mujer que dejamos tras un momento de crucero. . . Pero cuando llegamos a ella, una nostalgia infinita nos lleva a la angustia de querer conocer cómo es el amor en otro puerto. . . Precisamente, porque el corazón del marino es insaciable como el mar. El mar le contagia de su inconstancia y de su inmensidad. Nada logra llenarle el corazón, y además el marino ha conocido que cada amor tiene un "sabor" distinto al anterior. . . Si todos los amores fueran iguales, la monotonía en el mundo nos obligaría al suicidio!

Cada amor —prosigió— es distintito en sí, créalo, amigo, como cada mujer es distinta a otra en todas sus maneras de amar.

Yo he sufrido lo indecible: Mayania, en las Hawaii; Lelia, en Mar del Plata; Guaskiria, en Stambul; Svinia, en un fiordo de Noruega. Y mil más. . . Japonesas, indúes, bailarinas del puerto de Marsella o "cocotes" del Havre... Todas y cada una de ellas eran mi último, mi más perfecto amor. Mentira! Cuando llegaba a otro puerto, algo nuevo y distinto a todo lo demás me alucinaba como una visión fascinadora. Me nacían deseos de probar otro amor. . . Era, amigo, el mar del mar. . . La fiebre de las olas inasibles, huidizas, volubles. . . Nunca, en brazos del nuevo amor, me acordaba del amor anterior.

Y esto me enfermó. Gravemente me enfermó hasta el punto de que para mí lo más terrible que me pudiera suceder en toda mi vida de marino, no era un naufragio, ni una atascada en el mar de Sargazos, ni siquiera los terribles ciclones del mar del Japón. Era no probar en el puerto a que arribara, un nuevo amor. Cuando zarpaba de ese puerto sin haberlo "probado" en su amor, la tristeza más grande de mi vida me embargaba el alma, hasta el punto

de caer en cama, a bordo, durante d fas...

Y aquí me tiene, amigo, siendo aún víctima de la misma fiebre. Llegué a Cartagena desde hace dos meses.

La maravillosa ciudad me hechizaba desde hacía mucho tiempo sin conocerla, mejor dicho, sin conocer la maravilla de sus mujeres, tan celebradas por su belleza. Descubrí una. . . Sí; descubrí al descender una tarde del **barco, una maravilla enloquecedora... Mi ansiedad es infinita. Nada valgo,** nada tengo, pero la quiero. La quiero para probar el "sabor" del amor de este puerto. . . No cree usted que será superior al último de mi ruta marítima: al de Panamá, que fue a su vez más grande que el de Manaos, dorado y dulce por los labios de Silveria, y éste más profundo y luminoso que el de la lunfarda tanguista, Marzia, de Buenos Aires? He anclado, yo mismo aquí, ahora, como un barco sin cofas ni mesanas. Porque no puedo seguir adelante, sin saborear este amor. . . Aquí me estaré tendido, deambulando, todo el tiempo, por las rúas y las radas, hasta que pueda saciar mi mal del mar, porque, de lo contrario, ignoro lo que será de mí. . .

Cuando nuestro interlocutor acabó de hablar, estaba frenético, transfigurado. Parecía que se hubiera desdoblado en su psicología, y, teniendo al revés, desnuda, toda su personalidad, la ofreciera tal como era: como la de un loco, loco de atar! Apuró rápido, el último vaso de cerveza, se despidió con una venia brusca, y desapareció tambaleando a grandes zancadas, por entre el gentío que llenaba el muelle. . .

EL HÉROE

Cuando lo trajeron, agonizante a la orilla, tenía aún al lado, apretada entre la mano, la fiera cola de un pez extraño. . .

Todavía hablaba, balbuceando, con una voz dengosa, y a veces su boca grande sonreía. . . y con ojos turbios trataba de mirar el objeto que agarraba su mano derecha crispada. . .

Quien hubiera sabido los antecedentes de la tragedia, habría visto en aquel hombre ensangrentado, un héroe.

Desde hacía semanas enteras, todo el puebluco marino de La Boquilla, cerca al Puerto de Cartagena de Indias, estaba alarmado. Una monstruosa **"cojnúa"** **no alteraba su ritmo de desolación en la orilla, auyentando los sábalos y peces menores.**

Los **hogares paupérrimos que se mantienen allí del mar, sufrían ahora** mucho. La pesca era una tristeza. Los esfuerzos de los pescadores resultaban inútiles. El animal aparecía constantemente **y** la desbandada de los peces era segura. ..

Pero Sabino, hábil pescador, tenía aparte su pensamiento. A nadie se lo confió. Y así, aquella madrugada se propuso darle caza, él solo, al monstruo marino.

Y solo, armado de un arpón **y** tacos de dinamita, se lanzó al mar. . . Alguien que le **vió** partir, le gritó desde la orilla:

- Ten cuidao con la "cojnúa" , Sabino!.... Mira que ese anima é muy fregaoü

Aquella fiera marina, en verdad, **era terrible y casi** hacia zozobrar los botes pesqueros. Pero Sabino, sereno, impertérrito, desdeñaba el peligro. El quería ser el héroe salvador de la situación **y avanzó**, fiero, buscando su presa. . . .

*

Y la presa apareció entre un remolino de espumas. El, de pie, balanceándose sobre las ondas, la recibió a taczos de dinamita. El animal se revolvió furiosamente. Lo **vió hundirse y salir nuevamente más cerca, más cerca**, hasta dar de coletazos al pequeño bote. .. De súbito, quedó inmóvil sobre la superficie...

Con un grito de victoria que se propagó sobre las olas, Sabino se lanzó irreflexivamente al agua, **y**, al agarrar a la bestia por la cola despedazada, pareció volver un momento en sí. . . **Revolvióse contra su enemigo y le destrozó un costado, por donde se le veían las costillas y el corazón palpitante...**

Con **desesperado esfuerzo, como puso, Sabino alcanzó al pequeño bote y se embarcó, llevando entre su mano crispada la enorme cola de la fiera.**

Y así, agonizando, desangrándose, más allá de la vida **y** dentro de las sombras de la muerte, se dejó ir a la deriva. ..

Y así le encontraron sus compañeros. Pero pudo antes de morir mostrarles la cola del animal entre sus manos rígidas, como sí acariciara un trofeo. ..

MALDITO SEA NAPOLEÓN)...

La génesis de nuestro **11** de noviembre **dio** comienzo el **14** de julio de **1810**, cuando el Cabildo de Cartagena le quitó toda autoridad al gobernador Francisco Montes deponiéndole de su cargo, por haber desobedecido una orden de dicho Cabildo que disponía el nombramiento de dos asesores criollos para el orgulloso gobernante español.

Al margen de este hecho se sucedió el episodio novelesco que vamos a relatar.

En la noche de Año Nuevo de ese mismo año abría sus salones a la sociedad cartagenera la muy donosa y pomposa señora doña Inés Lamadrid de Vaca Sierra, heredera del marquesado del mismo nombre en la Península.

Este acontecimiento social siempre atraía una concurrencia en que brillaba lo mejor de la antigua y encopetada nobleza de la Muy Noble Heroica Ciudad de Cartagena de las Indias. Militares de alto coturno, condes, marqueses, gobernadores, justicias, oidores, y en fin, como rechupete, uno que otro severo inquisidor y hasta prelados y ministriles eclesiásticos, poníanle rumbo y tope a la tertulia de esta marquesa enamorada de la vida criolla.

— Claro está — decía ella cuando apretaban los cascotes de vino, humeaba el chocolate en el peso de la noche, y sus contertulios se dividían por grupos en el ambiente recargado de luces, perfumes y "fru-frúes" de miriñaques y polisones — claro está que esta vida no la cambio por la Corte intrigante, llena de chismes e hipocresías, de falsa tiesura religiosa y negras conciencias desalmadas. Además — añadía dirigiéndose en su grupo a unas cuantas dignidades civiles y eclesiásticas que le hacían corro — qué creen sus señorías y sus reverencias que me detiene más apegada a esta ciudad si no es casar a mi hija con el hijo del gobernador Montes?

Los contertulios picábanse el ojo maliciosamente, y la marquesa sonreía cuando no lanzaba una alegre carcajada que procuraba cortar con un sorbo de chocolate espumoso y perfumado.

Celina se consideraba una desgraciada. Su madre la marquesa le había escogido para futuro esposo a uno de los jóvenes casaderos más abominables de la sociedad de Cartagena, y en esta escogencia sólo mediaba el orgullo de la emperingotada señora, cuya ambición de poder no conocía reboso. El Gobernador jjon Francisco Montes, viudo, había descuidado completamente la educación de su hijo desde que murió la madre de éste. Muy joven, en España, el Alférez Real Fernando Montes y Villahermosa, se había codeado con la hez de la Corte, anegándose en vicios sin nombre. Tras de espadachín y pendenciero, orgulloso y grosero, tenía un concepto absurdo de la mujer, a quien calificaba como presa de conquista de hombres y no tenía empacho en manifestarlo.

Desde que la marquesa vendió sus cotos y su castillo en las afueras de

Madrid para vertirse a América tras las huellas de la aventura y del prestigio del Gobernador, éste había planeado el porvenir de su mozalbeta sobre las arcas bien repletas de la marquesa doña Inés. Y ésta, en cambio, ambiciosa de poderío, jamás obtenido en las Cortes Españolas, encontraba así la oportunidad de introducirse al hogar del Gobernador y aplicar todos sus esfuerzos en imponerse, mediante su hija, en el gobierno del mandatario viudo.

— Lo que necesita este gobierno es una mujer que mande— le decía a su hija que se deshacía en lágrimas— y esa mujer, ya que no puedes ser tú por nimia, por inocentona, seré yo. Pero para serlo necesito que te cases con Fernando. Yo, como vez, estoy ya muy desusada para aspirar a la mano del Gobernador. . . Conque déjate de lagrimones tontos y piensa más en el porvenir propio. El mío lo tengo realizado. Sólo pienso en el tuyo, pues cuando yo muera, pobre de ti con estas fieras de aquí y de la Corte. ..

Celina, se entristecía más aún. Apenas se limitaba a replicar dolorosamente:

— Pero madre, es que mi porvenir está señalado para vivirlo en el infierno? Por qué me obligas a realizar un porvenir con ese odioso animal de Fernando? Crees que no se me puede presentar otra disyuntiva?

— La disyuntiva es que si otro bicho se casara contigo, no tendrás poder ni mando. Te iras con cualquier aventurero enriquecido con los robos de oro a los indios y el fraude a las cajas reales— replicaba a su vez la notoriosa señora-. De otro lado yo no me contentaré con terminar esta visa sin figurar como debo en posición principal en la casa de gobierno. Necesito desquitarme de muchas desazones, despreciar gentes, hacer fracasar a muchos orgullosos, vengarme de muchas injusticias sociales conque me han humillado los que tienen hoy el poder de hacerlo sólo porque están vinculados de elementos del gobierno!

El diálogo colérico terminaba con la fuga de Celina al oratorio de la vieja casa solariega, donde se mezclaban sus plegarias a un mar de lágrimas...

*

* #

Cuando aquella noche de principios de Abril, Celina, acompañada de una * dueña" y toda ceñida de velos negros, traspasó el zaguán del convento de las clarisas, llevaba un violento temblor bajo su luto. Había sido anunciado el regreso de Fernando Montes y Villahermosa procedente de una armada de Cuba, y Celina no había encontrado otro recurso que el de pedir amparo al convento, creyendo situar así una barrera insalvable entre su corazón y las ambiciones de su madre.

Para ello había preparado todo y las monjas habían aceptado recibirla.

pero únicamente como "refugiada", resistida en una casa de Dios contra una unión con el vicio.

Pero no se anduvo por las ramas el Gobernador codicioso de las arcas fuertes de doña Inés. Ni ésta tampoco se dilató en ponerse al habla con el mandante, para que, mediante un brevet del obispo de la diócesis, se le exigiese obediencia maternal a la reclusa fugitiva, sacándola seguidamente del convento.

Las gestiones duraron varios días, hasta que el Gobernador y doña Inés triunfaron. Había llegado ya Fernando Montes, como siempre, grosero y jactancioso, y nuevamente eran sus salidas y actitudes y escándalos la comidilla de los salines de la sociedad colonial.

La ambiciosa señora marquesa llegó en su afán hasta concertar que del convento saliese Celina directamente para la capilla a desposarse con el Alférez Real Montes de Villahermosa. Y todo fue arreglado en forma que así sucediera. Mientras, la víctima seguía pidiendo en su convento a la Virgen de los Dolores un "milagro", para que su inocencia no fuera sacrificada al monstruo.. .

El día señalado en que varias azafatas, yendo en un sencillo calesín, transportaron al convento los aderezos de novia de Celina, inútilmente trataron las monjas de consolarla ante lo inevitable, pues ella no hacía más que llorar amargamente y anegarse en un mar de lágrimas, pensando en el martirio que la esperaba.

Todo estaba preparado ya en la capilla resplandeciente. Cantaban himnos de esponsales las clarisas colocadas en fila para esperar a los novios. El sacerdote aguardaba rezando en las gradas del altar mayor.

Cuando, tras largo esperar, entraron los novios y se pudo advertir que faltaba el padrino y la madrina principales, es decir, el Gobernador y la marquesa. Los otros, como llevados por la desesperación de tanto aguardar allí encerrados la llegada de aquellos, no podían ocultar su impaciencia y desagrado.

Los novios se colocaron ante el sacerdote, de rodillas. El novio tenía una radiante cara de gula, dentro de su brillante uniforme de Alférez Real. Sus camaradas militares que formaban el acompañamiento, no dejaban de mirarle y guiñarle un ojo picarezcamente relamiéndose los bigotes. Celina, pálida, desfayeciente, temblaba, azorada, como una débil hoja batida por la brisa. Sus ojos bellos estaban enrojecidos por el llanto y su palidez era mármorea. Sin embargo, rezaba y rezaba en silencio, con los labios trémulos y palpitante el corazón.

Cuando el sacerdote levantó la voz para preguntar sentenciosamente: "Hay alguien entre los presentes que se oponga a estas Bodas? Si existe algún impedimento que lo confiese ahora *", pareció que la novia salía de un sueño profundo y fijando los ojos en la imagen de la virgen iba ya a gritar

cual era el primer impedimento, esto es, su desamor y repulsión para su presunto esposo, el tremendo sacrificio de que iba a ser víctima por obra de la ambición de los padres de ambos, pero se interrumpió ante un grito que estalló en la puerta de entrada de la capilla.

Gran rumor, gran revuelo, y toda la concurrencia volvió el rostro. Era la marquesa, ella misma, que entraba gritando:

— Yo me opongo, como madre de mi hija, y ya no habrá matrimonio!

Todos se quedaron perplejos, estupefactos! El sacerdote, cuando la marquesa, sudorosa y pálida, se acercó arrancando bruscamente la mano de Celina de la del asombrado Alférez, la interrogó: Puede la señora marquesa explicar la causa de su oposición ante el ministro de Dios ? Ella vaciló, iba a hablar, pero se advirtió que cambió de idea, y luego, notóse también que lo que dijo no era su pensamiento inicial:

— Pues. .. que. .. mi hija odia a este señor Alférez — contestó.

— Pero no lo sabía antes la señora marquesa?

Ella volvió a vacilar, y al fin dijo:

— No... no lo sabía!...

Momentos después, deshecho ya el matrimonio, la marquesa salía precipitadamente llevando del brazo a su hija.

Que había pasado?

* *

Para explicar tendríamos que hacer breve recuento de los sucesos históricos que se sucedían en la ciudad durante esos días, hasta esa noche del 14 de julio de 1810, en que Celina estuvo a punto de caer en las garras de su forzoso pretendiente.

Napoleón dominaba en España. El Rey era su prisionero. En América se gobernaba en nombre de la Junta Central de España. El Gobernador de Cartagena don Francisco Montes, llevado de su ambición, gobernaba rudamente en este lapso de historia, por considerarse casi autónomo con mandato recibido. El 22 de Mayo el Cabildo de Cartagena, en vista de ciertos actos del Gobernador que no correspondían a lo que dictaba la Junta independiente de España, resolvió nombrarle dos asesores, a fin de que fuera más efectiva y enérgica la ayuda que se diera a la metrópoli en desgracia. El Gobernador se rebeló y desconoció el mandato del Cabildo. En la noche del 14 de Julio de 1810 los ediles cartageneros se reunieron y depusieron de su cargo al Gobernador, en los precisos momentos en que se trataba de llevar a cabo el violento acto del matrimonio ordenado por el Gobernador y la marquesa, que dejamos relatado.

Cuando la marquesa y su hija llegaron a su antiguo caserón colonial, ésta, una vez en la intimidad de su cámara, se arrojó sobre el regazo de su madre, llorando de felicidad y pidiéndole a la vez explicación de su conducta enigmática.

- Lo hemos perdido todo. . . La razón de mi conducta, hija mía, es que. . . Francisco Montes. . . ya no es Gobernador. . . Maldito sea Napoleón!

TEMPLO DE SANTO DOMINGO Y EL CRISTO DE LA EXPIRACIÓN

Cartagena conventual, erigida en índices de piedra heroica que embellecen de leyendas las manchas y rajaduras del tiempo, tiene un historial encantador, que conviene revivir porque hay quienes gozan inefablemente esta belleza extraña de la historia, no como quien, según opinan algunos, se aferran a lo viejo en refractario instinto de progreso, sino como quien llega a las fuentes puras de la tradición a recoger fuerzas dinámicas para vigorizar sus ideales y ennoblecer la fé de sus espíritus. . .

La obra arquitectónica de las ciudades antiguas, denuncia el sentido clásico de la civilización de un pueblo, en determinado momento de su existencia histórica.

España dejó engastada en sus muros de aquende, la historiada ciudad de don Pedro de Heredia, el mas firme sentido de su cultura medioeval, férrea por el arrojó intrépido de sus conquistadores, austera por el sacrificio, gigantesca por la concepción de un pueblo de aventureros lanzados a la conquista de mundos desconocidos, a través de los pliélagos inmensos y temerosos. . .

Entre las joyas que el arquitecto español construyó en Cartagena, "con piedras salidas del mar, como un abono de lo infinito cósmico", según la expresión de don José Manuel Groot, el templo de Santo Domingo, su interior, sus flancos estribados, su formatura toda, atrae la atención de aquel que busque en su fisonomía acabada, el rasgo autóctono de la arquitectura colonial de España.

Si algún día abogáramos porque nuestras reliquias coloniales no sean destruidas, y se conserven intactas para embellecimiento de la ciudad conven-

tual e histórica sus antiguos templos, éste de Santo Domingo sería el primero en merecernos la totalidad de nuestros fervores por la tradición en arte y en glorias.

*
*

Fue en un remoto día de 1538 cuando en España, comentaron los círculos de la colegiata eclesiástica, el feliz nombramiento que le había tocado en suerte a uno de los mas austeros monjes del Madrid claustral: Fray Jerónimo de Loayza nombrado Obispo de Cartagena de Indias. El fraile era amigo de la vida en comunidad, y el colegio a cuyo cargo estaba, florecía en prendas de virtud social, muy apreciadas en la Corte. No podía deshacerse de sus alumnos, entre los cuales se hallaban algunos cuya amistad le llegaba "al cogollo del corazón" , según dice en sus historiales. Y, aceptó el Obispado, pero a condición de que se le permitiera vivir vida en comunidad, rodeado de algunos de quienes le habían acompañado en los largos días de su vida. Así fue como solicitó que se le diera del Tesoro Real la suma de \$ 1.000,00 y campanas para fundar convento de su orden y permiso para escoger seis religiosos de entre sus hermanos en Cristo más allegados, todo lo cual le fue concedido.

La expedición eclesiástica salió a fines de ese mismo año de 1538, compuesta por el iíustrísimo señor Obispo Fray Jerónimo y sus pupilos: Fray José Robles, ínclito poeta, que compuso un ritmo nuevo en poesía; Fray José de Avila, el angélico, que más tarde fuera predestinado a constar la beatitud de San Luis Beltrán; Fray Juan de Chávez, puro y piadoso, con el alma blanca como sus manos; Fray Juan de Zea, ferviente salmista y escritor, y dos religiosos más, cuyos nombres se ignoran. A éstos se unieron: Fray Diego Ramírez y Fray Luis Orduña, quienes habían venido con don Pedro de Heredia; Fray Bartolomé de Ojeda y Fray Martín de los Angeles, que vinieron a la ciudad algunos años antes, cuando no era Obispo aún Fray Jerónimo de Loayza, así como los religiosos venidos con el primer Obispo de Cartagena Fray Tomás de Toro.

*

La primera fundación del Convento fue en el lugar que ocupa hoy el palacio municipal, antigua carnicería, en un ángulo de la Plaza de los Coches, antigua de la Hierba. De allí fue trasladado en 1551, al lugar donde se encuentra, o sea al templo de Santo Domingo y Seminario de San Carlos.

Entre las atracciones legendarias de este templo, existe la que rodea de un suave, lejano y perfumado nimbo de leyenda a la Imagen del Cristo de la Expiración.

Todo cartagenero conoce la leyenda, y en las noches en que los hogares solariegos donde vive aún el espíritu de la tradición se deshila el ovillo de los cuentos ritualescos, refieren las ancianas la leyenda sorprendente de la Imagen Milagrosa.

Del libro "Plazas y Calles de Cartagena" del historiador don Raúl Porto del Portillo, tomamos esta cita de Fray Braulio de Herrera:

Llegué, lector mío, a esta ciudad de Cartagena a los principios de Febrero del año de mil setecientos cincuenta y tres; y viniendo como misionero apostólico a estos Reinos, encontré en el convento de Predicadores de dicha ciudad la devotísima Imagen de Nuestro Señor Crucificado con el título de la Expiración, simulacro ciertamente tan devoto que ninguno puede poner en él los ojos, sin que interiormente se mude.

Sucedió en dicha ciudad en el año siguiente, de mil setecientos cincuenta y cuatro una epidemia de viruelas, de que se llenaban las sepulturas de personas. Para templar el divino enojo, en el Convento varias veces se sacó a Nuestra Señora del Rosario por las calles. El nobilísimo Cabildo de esta ciudad puso en novena al señor San Roque, Confesor, pero nada templó el divino enojo, porque siempre proseguía el contagio, hasta que haciendo novena a esta milagrosa Imagen del Santo Cristo de la Expiración, cesó totalmente el accidente, dando a entender Dios la intersección de esta milagrosa Imagen.

El origen de esta Santa Imagen, según la tradición que hay en este Convento, es milagroso y singularísimo. Es el caso (según refiere la tradición), que en este Convento se retiró un hombre que dijo ser estatuario. Salían los Hermanos del noviciado todas las semanas a paseo, por la puerta que llaman del Sol, ya las orillas del mar, encontraron un tronco desechado y arrojado de sus olas, y luego les vino a la imaginación que de aquel madero se podía formar la Imagen de un Santo Cristo, teniendo artífice dentro del mismo Convento.

Comunicaron con el estatuario el pensamiento, y preguntado por la longitud del trono, dijo no era bueno, pues debía tener dos palmos más de largo. Salieron otro día a paseo, y movidos de la curiosidad, fueron al sitio y midiéndolo encontraron tenía ya un palmo más largo. Trajeron la noticia al artífice: pero no tenía la longitud suficiente. Tercera vez volvieron a registrar, y encontraron ya palmo y medio de creces; hasta que prosiguiendo las visitas del madero en las salidas, encontraron había crecido hasta tener la longitud necesaria.

Contentos con ésto los religiosos hicieron conducir el madero al Convento, y requiriendo al disimulado artífice para la hechura, se mando éste

cerrar en un cuarto y dispuso que ninguno entrare en él: antes bien dijo, que la comida se la dieran por una ventana. Allí estuvo muchos días cerrado; pero advirtieron los religiosos que en cuarto no se oía ruido, ni golpe alguno, abrieron la puerta y no encontraron al disimulado artífice: pero sí la comida, y esta milagrosa Imagen de Nuestro Señor Jesucristo al tiempo de espirar, de lo que infirieren sería el artífice algún ángel, que envió Dios a este Convento para la formación de este devoto simulacro, del Santo Cristo de la Expiración.

Lo que es digno de reparar que esta Santa Imagen, siendo tan antigua, se conserva del mismo modo que salió de las manos del artífice, sin haber permitido que la retocasen; pues aún el tiempo que lo consumo todo, no ha tenido entrada en la encarnación de este devoto simulacro. También es de admirar que habiendo querido la devoción ponerle clavos de plata en pies y manos, se han encontrado al otro día sobre la mesa del altar, quedando la Santa Imagen mantenida por sí misma en el Sagrado madero de la cruz.

*
* *

La arquitectura de este templo es caprichosa rara entre las de sus similares de la época. Tres naves dividen su interior. Amplia la central y las dos laterales formadas por una serie de capillitas separadas por gruesas columnas y bajo arcadas autumnales imponentes. Hay en cada capilla un altar, quedando en las dos que están situadas al fondo, a los lados del altar mayor, las que albergan la Imagen del Cristo de la Expiración y la de Nuestra Señora del Rosario.

En la parte exterior, la delineación parecería común a ojos acostumbrados a la silueta de la iglesia española colonial, casi escasa de detalles en su frontispicio y llena de ellos en lo interior. Sin embargo, una ojeada a su flanco exterior izquierdo, para quienes gustan de analizar el detalle arquitectónico antiguo, en su expresión mínima, permite observar que en el llamado callejón de los " * Estribos " , hay perfiles dignos de figurar en un cuadro de convento de la vieja Toledo. Irregulares líneas, como ideadas para servir de fondo a una acuarela a media tinta en un romance de callejuela solitaria española, donde solieren ocurrir encuentros entre quintos y aventureros de oscura capa, chambergo y tizona larga. . .

Para nosotros, las reliquias de Cartagena será lo único que entre el estridor del progreso moderno, sustentará vivo el recuerdo amable del pasado en su estampa más auténtica. Parecería que desarraigados de su base de siglos los ornatos de una era gloriosa, clásica para estos países del trópico, exponentes de una etapa de civilización, se le arrancase a la ciudad algo de su alma, de su conciencia propia, de ese hechizo purísimo que inspira aún el alma cartagenera en los hogares a través de las generaciones, y que es lo que nos dá fuerzas espirituales para sentirnos fuertes, como nuestros antepasados, en momentos de angustias para la Patria, y poseídos de un sentido de ciudadanía que es amor en el aire tranquilo que se respira, suave remembranza en el eco de nuestras viejas campanas, dulce nostalgia al sentarnos a meditar sobre los viejos muros o a la sombra de un antiguo templo donde reposa el alma de nuestros abuelos.

EL AURIGA A QUIEN MATO EL PASADO...

Conforme fué pasando la juventud de Diego Soria, así fué envejeciendo su coche de alquiler y su jamelgo el "Buen mozo"

El coche de alquiler, según dijo alguien en frase feliz, constituye todo el pasado de Cartagena de Indias. Diego Soria no tenía trasuntos siquiera de que ese pasado acabaría en un presente de dinamismo y motor ambulando por las calles. El concepto de las transformaciones que imprime la civilización, no le era familiar. Ni podía serlo, porque Soria, metido todos los días dentro del abrupto cajón de los muros heroicos de la ciudad hispánica, trazando diariamente con su "Buen mozo" la geometría de las angostas calles toledanas, no era sino un simple auriga desde su adolescencia.

Fuera de las horas de oficio en que sus clientes le ocupaban en una carrera para llevar a misa a las familias de "casa grande", dejándolas frente a las puertas del templo de San Juan de Dios o de Santo Domingo; fuera de los clásicos paseos de la Cartagena romántica de antaño, en las tardes apacibles o en las noches de luna, por el barrio tranquilo del Cabrero o por el de Manga, Diego Soria no sabía ni quería saber más nada.

lbase a su casa situada en la barriada de la Zerreuela, en un amplio solar viejo "del tiempo de los españoles" —como dicen los cartageros para marcar toda una época olvidada—, y allí, con su mujer y su hija, que habitaban en el fondo de la abandonada heredad, una casucha provisional, termi-

naba el capítulo de su vida diaria, dándole de comer y de beber al "Buen mozo"; barlandolo con agua que el mismo acarrea del pozo colonial de "Las Bóvedas", y lavando el coche que le acompañaba desde hacía muchísimos años, cuando lo comprara a bajo precio a una francesa que deseaba regresar a su París.

Diego Soria había tenido también un hijo, Eladio. Muchacho más díscolo no se conocía en todo ese barrio de la Zerreuela ni aún añá- diéndole el de San Diego que le es continuo y cuyos granujas tienen la fama perdida como gencilla de la * cascara amarga " . Cuando Eladio, que nunca le cuidaba ni el caballo ni el coche, se las daba por picarle o amargarle la vida al autor de sus días, se escabullía por una y hasta dos semanas, poniéndose "la leva en Crespo- una extensa región despoblada entonces y llena de montes y de frutos, como nísperos y corralejos", que crecían silvestre-; o bien se largaba en bote con otros mozalbetes por la bahía, haciendo excursiones de piratas en las pequeñas islas vecinas de "Coco — solo" y "El Diablo".

Por último el tormentoso muchacho se fue definitivamente a Panamá, y no se supo más de él. Mientras, Diego Soria, envejecido sobre el pescante, bajo los soles caniculares de las calles de Cartagena de Indias o bajo los rudos ventarrones de crudos inviernos que parecían, recibir toda su furia del mar cercano, si alguna vez se acordaba de su hijo ausente, era para comentar con su mujer y su hija, la ingratitud de aquél. A estas fechas debía ser ya todo un hombre y, por consiguiente, todo un truhán sin Dios ni ley! Por lo menos, esta era la suposición del viejo auriga, que de tanto serlo se había convertido en un filósofo silencioso.

» •

Ahora Diego Soria experimentaba todo lo que se vaticinaba así mismo cuando, en sus días alegres y juveniles, pensaba en su porvenir desolado e inválido. Ahora parecía sufrir una adaptación psicológica con el lento meditar silencioso de su jamelgo, durante esas largas vigilias de siglos para él lo eran sus ratos de guardia en la Plaza de los Coches esperando inútilmente la llegada de un cliente. . . Una resignación lerda y melancólica le caía encima, como una fina lluvia en noche de invierno. Una resignación que apenas se inquietaba, como las orejas caídas del "Buen mozo" cuando le picaban las moscas... Entonces se le veía alzar la frente, con gesto de impaciencia, para tornar a bajarla enseguida y hundirse nuevamente en el mar crepuscular de su senilidad tranquila...

Lo que más le impacientaba y torturaba, era el rumbo que iba tomando la vida y, por consiguiente, su propia vida.

— Mujer— le decía a su consorte —, te digo que la cosa ha estado dura hoy. . . . Pero la culpa no es mía, sino de esos malditos automóviles. . . Y no es justo. . . Gano poco y de eso hay que comprarle primero la yerba y el maíz al "Buen mozo". De lo contrario, se nos moriría de hambre, y entonces si quedaríamos todos arreglados. . . Nosotros podemos aguantar un día, una noche, sin comer. . . Pero el caballo no!. . . Las fatigas se le irían juntando en la barriga y en las patas, y cuando viniéramos a ver, ni eso tendríamos...

La mujer le miraba indiferente, resignada, con un gesto de desconsuelo en los ojos viejos y tristes y no respondía nada. . . Pero él proseguía en su monólogo, con una voz gruesa y enronquecida, efecto de tantas noches pasadas a la intemperie y de sus largas lagunas de silencio y metidación:

— Esa nueva invención de los automóviles!. . . Esos malditos carros!. . . En mis tiempos nada de eso nos quitaba el pan de comer. Yo era el preferido de la Plaza de los Coches. Por algo llamaron a mi caballo el "Buen mozo". Mi coche relucía que era un contento, y parecía llamar con su solo-brillo a los clientes elegantes. Doña Sola. . . Ah! Doña Sola!. . . Recuerdos gratos de cuando me ocupaba la mujer del Presidente! Era lo que se llamaba un paseo presidencial aquel. . . Y yo reventando de orgullo ante mis otros colegas. . . Casi todas las tardes había de llevarla del centro de la ciudad a su residencia del Cabrero, donde pasaba sus vacaciones el señor Presidente Núñez, lejos de Bogotá. . . Cómo me atontaba la señora Presidenta, cuando me llamaba por mi propio nombre:

— ¡Diego! Mira, Diego, llévate esos cocos del patio para tu casa!. . .
Tiempos aquellos!. . .

Diego Soria se pasaba el dorso de la mano por los ojos. Tal parecía que se secara una lágrima. . . Y cómo se complacía cada vez más en las antiguas remembranzas, hasta que, indefectiblemente, venía a parar en las melancolías del hogaño:

— Ahora estoy viejo yo, mohoso y remendado mi choche, flaco y cansado mi caballo que fue envidia de todos mis compañeros en la Plaza, y por último, para completar, se meten esos automóviles que el Diablo se lleve! . . . Ya ni qué decir que volveré a comprar otro coche nuevo ni otro "Buen mozo" como en mis buenos tiempos. El día de más picada es el que trae una buena lluvia. . . Pero. . . ya ni eso, porque el automóvil nos desaloja arrebatándonos el cliente...

— Si esto es lo que llaman civilización — continuaba —, es una infamia, porque deja morir a quien gastó toda su vida honradamente, cumpliendo su deber para dar de comer a su familia. Apenas se pasa de moda, la civilización, la maldita civilización, trae algo nuevo para reemplazar a lo que envejeció... y se nos arroja como trastos inservibles a un rincón. . .

— Ojalá tuviera yo — insistía, imperturbable, Diego Soria—, mi coche nuevo y reluciente y mi caballo fuerte de cascos y llenos de bríos como en

aquellos años, para ver si me iban a quitar de enmedio!

Cuando llegaba a esta parte del monólogo, que para él era el consuelo final de todos sus soliloquios, estaba colérico. La mujer y la hija le miraban, silenciosas, desde un rincón de la casucha, y no las cogía de nuevo. Eran ya tantas y tantas las veces, desde que comenzó a ponerse viejo, que le habían oído expresarse con las mismas palabras, los mismos gestos de fatiga, los mismos recuerdos emocionados y las mismas angustias. . . .

Durante toda aquella semana Diego Soria había estado más triste y preocupado que nunca. Cómo debe ahondarse en abismos inconcebibles el pensamiento de aquellos individuos cuyo oficio les obliga por años y años a permanecer silenciosos, ante otros que hablan, rién y se divierten; a tener los labios sellados, excepto para excitar al caballo —tal es el caso del auriga-, y la imaginación errabunda, sin más fijeza que la que le obliga la dirección del vehículo!

Diego Soria estaba más triste porque acababa de llegar el gran diestro "Bienvenida" , con su brillante cuadrilla al circo vecino de la Zerreuela, y él no podría ofrecerle sus servicios como en otros tiempos, cuando le vastaba hablar con los espadas de categoría, mostrarles su luciente coche y su "Buen mozo" , para que hubiera seguidamente contrato para toda la temporada.

Toda esa diminuta gloria pasada llenaba con las cenizas de su melancolía crepuscular el alma del viejo auriga. Los desfiles por las calles... rompiendo él la marcha, entre sones de música española, y la muchedumbre que aplaudía al ver pasar los diestros!. . . Diego Soria creía que más por la gallardía de su coche y su caballo, que por otra cosa, los toreros lucían mejor y, por lo tanto, tenía derecho a una parte de los aplausos y vítores de la afición ebria de entusiasmo. Y el domingo, el desfile final hacia el Circo. . . Qué tardes, qué tardes aquellas!

* *

Una mañana, cuando más meditaba sobre todo este bien perdido, mientras enjabezaba su escuálido jamelgo para irse a la Plaza a buscar clientes que ya no le pagaban ni siquiera la mitad de lo que en otros tiempos, alzó la vista atraído por un personaje que acababa de entrar por el portón del viejo solar. Seguidamente pensó en algún cliente rico que le buscaba para ocuparlo, y se dijo para sí:

— Qué chasco se va a llevar cuando vea toda esta mugre!. . .

El individuo avanzó. Era un joven gallardo, bien trajeado, que se hacía conducir, por un cargador, dos apretadas y voluminosas maletas. Cuando llegó ante el viejo auriga, cruzó los brazos y se plantó sobre sus dos piernas

entreabiertas, como quien hace un desafío en silencio y quiere reprimir, a la vez, profundas emociones de alegría. Varios segundos los dos hombres se miraron de frente, hasta que el viejo rompió el silencio, con una humildad llena de pena y timidez, para preguntar.

— En que puedo servirle, señor?

El recién llegado no se decidía a hablar, se conocía que su rostro, empalidecido por la emoción, trataba de ocultar ésta con gran dificultad. Miró en torno suyo y hacia dentro de la casucha, con inquietud. . . En el umbral aparecieron la anciana y su hija, pálidas y enflaquecidas, y contemplaban con mezcla de curiosidad e incertidumbre al visitante. ..

De pronto el joven habló:

— Pero. .. es que. . . no me conocen ustedes?

— No; —dijo el auriga avanzando un poco y tratando de repararlo mejor— no le conozco. . . señor. . .

—Eso quiere decir, que me han olvidado! — ustedes replicó nuevamente

Diego Soria inclinó la vista en un gesto de buscar algo por el suelo, cuando lo que realmente buscaba era el recuerdo en los repliegues de su memoria. .. Quién podía ser? Quién?. .. Algún antiguo cliente?. . .

De súbito se sintió fuertemente abrazado por el visitante, que le decía con entrecortada voz:

— Pero papá!. . . papacito!. .. Si yo soy Eladio!!

En la puerta de la casucha se oyó un doble grito indescriptible. El grito de la madre. . . El grito de la hermana. La escena de enternecimiento que siguió entre la humilde familia no es para describirla. ..

19. NARRACIONES DEL FOLCLOR
Departamento de Santander

Arias, Juan de Dios. Folclor Santandereano. Biblioteca Santander, Vol. XXIV, Tomo II, Bucaramanga, 1954.

El autor de este trabajo estudioso del folclor y conocedor de su pueblo, tiene varias publicaciones sobre estos temas. En este trabajo hace un análisis del folclor, lo define y caracteriza, describiendo otros aspectos como supersticiones, tradiciones, costumbres, etc. . . Se publica el capítulo de Leyendas.

LA MANCARITA

Leyenda de muy probable origen americano es la de la **Mancarita**, conocida en algunas de las provincias de Santander, Boyacá, y en las Repúblicas de Santo Domingo, Venezuela, Cuba y Brasil.

La **Mancarita**, según la descripción que en nuestra infancia oímos a los campesinos de la provincia de Guanentá, es una especie de mujer salvaje, de cabellera larga y desgredada, de una sola mama en la mitad del pecho, el cuerpo peludo como el de los animales selváticos y los pies vueltos hacia atrás. Habita en las selvas; por las noches se la oye gritar en tono lúgubre y prolongadamente; a veces se acerca a las viviendas humanas. Algunos afirman que es tímida y huye apenas percibe algún ruido de gente o de perros; otros aseguran que se roba a los niños y aun a los hombres.

Don Manuel Ancízar, viajando por uno de los páramos de Santander, recogió también esta leyenda en la forma interesante como la refiere en el libro de su "Peregrinación de Alpha": "Vive por allí cerca un anciano —dice— que ha empleado sus floridos años en abatir los árboles y labrar la tierra, pero a quien la ruin codicia de un **gamonal**, usurpador de baldíos, ha ido despojando de sus conucos y arrojándolo cada vez más y más hacia la cumbre de la serranía, prevalido de la sencillez y desvalimiento del pobre labriego. En el rancho de este buen hombre estuvo alojado nuestro compañero el botánico, y con ocasión de haber ido a explorar los alrededores del páramo.

"-¿Qué motivo han tenido —pregunto al viejo— para llamar encantada esta inofensiva laguna?

"— Cosas de la gente, señor. Unos dicen que por ser el preferido baño de la mancarita, pero yo no creo en eso; otros que por los animales muy extraños que andan en estos montes.

"—No hay paraje solitario y montuoso en que no supongan la presencia de vivientes sobrenaturales. Ha nombrado usted uno de ellos, mencionado por los campesinos de las serranías. ¿Qué es la **Mancarita**?

"— Dicen que es un **salvaje** que imita la voz del hombre, los gritos de la mujer y el llanto de los niños para engañar y atraer a la gente, y llevársela donde nadie puede saberlo, porque regularmente anda de noche y en la espesura de los bosques; pero yo he vivido en estos montes desde mozo y los he trajinado mucho sin haberme topado nunca con la tal **Mancarita**, ni haber oído voces. . ." (1)

Don Samuel Ortiz M. nos ha dado una transcripción de esta leyenda, en la cual encontramos un dato nuevo y curioso: el nombre, según refiere, es una fusión de las dos palabras: **Manca y Rita**. Se trata, en esta versión, de una mujer manca, llamada Rita, que llegó, no se sabe de dónde ni cómo, a los valles del Río Frío (Santander). No tenía oficio ni profesión conocida, pero se la encontraba en todas las **abricinas** de tabaco, **desgrane de maíz**, o **despa-**

sanza de cacao, ayudando, más con la lengua que con las manos en la faena común, pues divertía a chicos y grandes con su inagotable repertorio de cuentos y fábulas, relatados con facundia y apropiado gracejo.

"Pero a la postre —escribe el señor Ortiz- Rita abusó de su profesión, y además de los cuentos que inventaba para distraer a los chicos, dio en inventar otros cuentos para agradar a los grandes, es decir, chismes, que ya por aquellos sencillos tiempos empezaban a deleitar a muchas gentes, como parece que sucede ahora, en estos tiempos de complicaciones. Atizando discordias, propalando calumnias, inventando sospechas, el caudal de chismes fue creciendo hasta que el odio prendió las hogueras del alma, y dos familias se declararon guerra a muerte. Fue tal la violencia de sus rencores, que las armas homicidas y el fuego devastador acabaron con las personas y los bienes de ambas, en un solo día. ..

"Calmado el ambiente con la destrucción total de las familias querellantes, presto vecinos y compadres sacaron en conclusión que la causa de toda aquella tragedia era la lengua de la manca Rita. La indignación fue general, y por sentencia patriarcal, ésta fue condenada a ser abandonada de todos los moradores de la comarca. La manca Rita quedó convertida en la **Mancarita**. No teniendo en dónde recogerse ni con quién tratar, se dio a vagar sola por los montes como un salvaje; crecióle el cabello y las uñas de un modo extraordinario; comía raíces y frutas silvestres y huía velozmente, extraña mezcla de llanto de mujer y aullido de perro en pena. Por la noche, cuando la oscuridad era intensa, la Mancarita, convertida en el terror de los desolados caminos, con su horroroso grito helaba la sangre del viajero" (2)

El señor Ortiz opina que el grito atribuido a la Mancarita no es más que el canto de la clueca del **surrucú** o mochuelo. Y no es difícil aceptar esta interpretación, cuando se tiene en cuenta que en Santo Domingo, por ejemplo se da el nombre de **Ciguapa o Siguapa** al mochuelo, y también a "una criatura fantástica, a una mujer de larga, espesa y endrina cabellera, y que tiene los pies al revés de como los usan las personas... (3)

Esto indica que se ha operado aquí ese fenómeno tan general de creación de un mito a partir de un animal, a la mañero como, según parece, el "manatí" dio origen al poético mito de las sirenas. El doctor Juan C. García, refiriéndose a esta misma leyenda de la Mancarita, asoma una nueva hipótesis, que para mayor información transcribimos en seguida:

"En los relatos de quienes han explorado el África Central y otras comarcas del trópico, no es raro leer casos semejantes de niños raptados por los monos. Quizá nuestro simio araguato, y con más probabilidad el **Pitheca rufiventris**, no son ajenos a tal propensión, lo que ha podido originar entre los primitivos moradores la creencia que anotamos. Además, es preciso tener en cuenta lo que el cronista Gomara escribe en su **Historia de las Indias** acerca de aquella última especie, conocida en la costa de Cumaná: "Nunca aparece de

día, y de noche anda por las calles y llora muy recio como un niño, para engañar a la gente". (4)

, El mito de la Mancarita ¿no será un engendro de las sombras de la noche, o de las sombras de la ignorancia, para producir un saludable temor? Ese grito lúgubre y prolongado que horada la quietud y el silencio nocturnos, interpretado como la voz de una fiera espantosa, ¿no serviría para amedrentar al niño inquieto, para alertar a la doncella curiosa, para darle prudencia al joven calavera, para retener reunidos en el hogar campesino, en las noches llenas de tentaciones, a todos los miembros de la familia? El hecho es que, aun cuando muchos aseguran haber oído el grito de la Mancarita, ninguna persona en su sano juicio la ha encontrado, nadie ha confesado haber sido raptado por ella.

La versión del señor Ortiz es evidentemente de formación reciente y de carácter literario. La leyenda de la mancarita pertenece más bien a esa temática que saca a escena monstruos híbridos, toros de faz humana, divinidades egipcias, quimeras, etc., y por consiguiente debió formarse en relativa antigüedad.

No se puede negar que la Mancarita recuerda a las ogresas de que nos hablan las leyendas europeas del medioevo; y que parece advertirse aquí el contagio de otras leyendas, y aun dijérase una modificación o variante de la **Llorona**. (5) Pero ya lo ha demostrado A. Van Gennepe (6): temas semejantes puede encontrarse en lugares distantes entre sí, sin que ello signifique conexión necesaria o dependencia entre ellos. Para establecer el origen común es preciso emplear el método etnográfico, geográfico e histórico a la vez.

LA PIEDRA DEL MUERTO

Una de las poblaciones más pintorescas de Santander es, sin disputa, Mogotes, por su situación topográfica y el encanto único de su paisaje. El viajero que contemple el valle mogotano desde el Alto de los Cacaos o desde el sitio de Palo Cortado experimenta una emoción inolvidable. Desde este último mirador, sobre todo, el panorama que se divisa es singularmente ameno y deleitable. En primer término se ofrecen las vegas del Mogotico, y de las quebradas Cuchiquira y Túbuga, decoradas por variados sembradíos, y en las cuales despliega el verde su escala de tonos, desde el verde amarillento de los cañaverales hasta el verde sombrío de los ramilletes de guaduas y los arrayanes

frondosos. El río describe numerosos meandros, dejando a su paso bendecidas las tierras con la frescura fecundante de sus ondas.

Más allá, sobre una plataforma de dos leguas y media de longitud y una de anchura, se extiende el valle, con sus dehesas dilatadas donde sesteaba el ganado de ceba que constituye uno de los negocios principales del feliz habitador de esas tierras. En la mitad del llano se recata la población entre la vegetación decorativa de su clima templado; apenas sobresalen las dos torrecillas de la iglesia en una perpetua aspiración hacia lo azul.

Mogotes ha sido llamado la tierra de los rayos y del bocadillo. Las descargas eléctricas eran frecuentes en otra época, y acerca de ellas se conservan muy interesantes consejas y tradiciones. El bocadillo, en cuya elaboración no se descuida el sentido artístico, sigue siendo el producto sin rival y característico del pueblo. Hay algo en el ambiente, en el sol, o en los ojos y manos de las mogotanas, que le dan al dulce de guayaba un acabado, un sabor, un punto tan preciso y determinado, que el bocadillo mogotano se distingue y sobresale entre los productos análogos de otros lugares.

A unos diez kilómetros de Mogotes, sobre la nueva carretera que une a esta población con San Gil, y en el punto en que la vía se acerca más al río para continuar paralelas hasta la quebrada del Bosque, existe en medio de la corriente una gran piedra que sobresale de las aguas, y que por su rara configuración y el relieve que sobre ella han tallado las olas, es llamada desde época inmemorial "La piedra del muerto".

Con poco que la fantasía ayude a los ojos, la piedra ofrece al turista el espectáculo de un cadáver amortajado, yacente sobre un bloque de basalto. Las ondas le cantan su eterno "de profundis", y las espumas le tejen guirnaldas de efímeras blancuras.

Hoy, desgraciadamente, han levantado una casita entre la carretera y el río, y aquella curiosidad natural no puede divisarse desde el vehículo. Pero la gente de la región sigue diciendo: "Aquí está la piedra del muerto".

¿Quién es ese muerto?

La leyenda popular, que nos refirieron ya hace muchos años, cuando aún niños, pasamos por primera vez por aquel sitio, es la siguiente:

"En estas tierras vivía un hombre muy rico, codicioso y cruel. Habitaba en una regia mansión custodiada por mastines de fina raza y de sin igual fiereza; en las pesebreras podíanse ver los mejores ejemplares de caballos; y las sillas que empleaba estaban enchapadas de oro y plata. Estas piedras que se ven en gran número en las lomas eran ganado; en las hondonadas verdeaban las más opulentas sementeras. Todo era lujo y abundancia en la morada de aquel señor. Inmensos graneros recogían sus cosechas, y en sólidos arcones guardaba tejos de plata, y oro en polvo y esmeraldas de un extraño color.

Pero nunca se dio allí posada a un viajero; nunca un pobre recibió una limosna; jamás se pagaron diezmos ni primicias; de allí no salió un grano de

maíz para auxilio del hospital, ni una caña para el paso de San Isidro Labrador.

Una tarde se presentó un mendigo en el portalón de la entrada: pedía por amor de Dios un mendrugo de pan y albergue en un corredor, pues venía desfalleciente y había en el horizonte amagos de tormenta. "Despachen ese vagabundo", gritó enfurecido el señor; y como el mendigo siguiese implorando, mandó soltarle los perros los cuales saciaron en el pobre su furia salvaje. Herido, desangrándose más bien que caminando, se alejó el pordiosero y en el primer recodo del camino volvió por última vez la mirada hacia la mansión de aquel buitre humano, y le arrojó tremenda maldición.

Aquella vez la noche descolgó sus más fúnebres paños de sombra; el viento principió a aullar siniestramente, el trueno hizo resonar con furor sus roncós tambores, y finalmente la tempestad se desató impetuosa. Las nubes vaciaron estrepitosamente sus tanques sobre la tierra; llovió pedrisco sobre los sembrados; hinchéronse las quebradas y el río; y el rayo con brutal insistencia fustigaba la noche como un látigo de llamas sobre las espaldas de un esclavo negro. Aquello fue un verdadero cataclismo. La ira del cielo se había descargado vengadora sobre la malicia humana. Como en la época del diluvio bíblico, las aguas borrarón el pecado de la tierra.

Casas y sembrados fueron arrasados por la tormenta, y hombres y animales arrebataados por las aguas bravías. Y el rico quedó petrificado en medio de la corriente". Tal la leyenda.

— Mire los baúles, nos decían mostrándonos unas piedras rectangulares en la mitad del río. Y más abajo nos enseñaban la silla de montar, los perros, un armario, restos de camas y mesas y multitud de objetos que ve allí aprisionados por las aguas, la fantasía popular.

El pueblo mogotano es hospitalario y acogedor. Y estas virtudes reposan en su profunda creencia de que la ira del Cielo no perdona al que ha cerrado su casa o su corazón al viajero errabundo o al ignoto mendigo.

VELADAS CAMPESINAS

La Barbacoa — El Trapiche Ardiendo

Entre los recuerdos gratos de nuestra despreocupada niñez, añoramos especialmente los de aquellas temporadas que pasábamos en el campo, acompañados de nuestra abuela materna, mujer de rara energía que sabía templar

la rienda a los muchachos, y a quien por ello mirábamos con gran respeto y con saludable temor.

No teníamos hacienda propia, pero sí muchos amigos campesinos que nos invitaban a sus estancias. Y una vez íbamos a "El Calzo", el pequeño fundo de aquel a quien nuestra madre llamaba "el compadre Vicente"; y en otras ocasiones a "El Volcán", el campo de don Crisanto, o a "La Meseta" donde vivía una anciana parienta.

Y en esos lugares agrestes, transcurrían alegres nuestros días, realizando excursiones, lidiando el ganado doméstico, atrapando especímenes de la fauna menuda, asistiendo a las faenas campesinas, bañándonos en las límpidas quebradas de fondo arenoso, oyendo hablar y cantar a los peones, observando sus costumbres, aprendiendo sus tradiciones, y recogiendo en la memoria retazos del folklore regional, de esa sabiduría popular y anónima que se transmite por la costumbre o por la enseñanza oral, y cuyo origen se confunde con los oscuros orígenes de la raza.

En "El Calzo", los niños veraneantes nos quedábamos después de la cena en el corredor de la casa, oyendo las charlas y cuentos de los mayores. Los niños campesinos, obligados a una disciplina estricta, se iban a la cama temprano. De repente se oía gritar:

— ¡Papá!

— ¡Dios te haga bueno! decía en alta voz don Vicente.

— ¡Mamá!

— ¡Dios te bendiga, mijo! respondía la dueña de casa, doña Pura.

— ¡Tía Natividad!

— ¡Que mi Dios lo proteja! gritaba mi abuela.

Era que los niños acababan de rezar el "Bendito" antes de acostarse, y el mayor pedía la Bendición por todos, a cada una de las personas de respeto.

Una noche, después de hablar de diversos temas, dijo Don Vicente:

— Ya como que es tiempo de la "barbacoa", ¿no?

— Sí, precisamente, agregó mi abuela.

— Mi papá nos contaba que se la había encontrado una noche, cuando él regresaba del pueblo, observó doña Pura.

— ¿Y qué es eso, abuelita? ¡Cuéntenos! interrumpimos los muchachos

— Voy a contarles, pero no se asusten, niños, porque la barbacoa no entra a las casas.

"Un señor que estaba muy enfermo —y de esto hace ya mucho tiempo— hizo promesa de ir a visitar a la Virgen de Chinquinquirá, para que la Santa Madre lo curara. Se hizo llevar en guando, es decir, en una camilla cargada por varios peones. Cuando llegaron a una limita desde donde ya se divisa el Santuario de la Virgen, el señor se sintió súbitamente curado. Se levantó y dijo a sus hombres: "Ya estoy sano. No hay para qué seguir hasta Chiquinquirá". Y a pesar de los ruegos de los peones, se volvió a su tierra, sin dar las

gracias a la Divina Señora por tan gran favor. Poco tiempo después, aquel hombre murió casi de repente. Y desde entonces, por esta época, que es cuando se realizan las romerías a Chinququirá, sale la "barbacoa" por los caminos. Ya saben, mijos, que se llama barbacoa a una especie de cañizo angosto, hecho de varas delgadas amarradas con bejucos, y en el cual la gente del capo lleva los difuntos al pueblo, para enterrarlos en lugar sagrado. Los que se han encontrado la "barbacoa" dicen que se ven cuatro hombres sin cabeza, llevando a un muerto cubierto en una barbacoa; y que caminan muy aprisa, casi como por el aire, y se oye chirriar el cañizo".

Y agregó luego mi abuela, sentenciosamente:

— Y es que toda promesa hay que cumplirla, porque con Dios y la Virgen no se juega.

— Yo he sido muy de buenas —observó don Vicente— pues con tanto como he caminado de noche, en todo tiempo, nunca me he encontrado con ese espanto.

— Yo no quise verla una noche, siguió mi abuela, porque medio miedo. Era muy muchacha, y me hallaba en casa de unos parientes. Ya me había acostado, cuando mi tío que estaba en una ventana, mirando hacia la calle, la vio venir y me llamó: "Nativa: venga a ver la barbacoa". Yo no quise moverme, pero sí sentí los chirridos al pasar el muerto frente a la ventana.

— ¿De manera que también pasa por los pueblos? preguntó doña Pura.

— Sí, por todos los lugares de tránsito de los romeros chinququireños. En nuestro pueblo -prosiguió la narradora— la han visto repetidas veces. No hace mucho estaban bailando en una casa, del lado de "El Chorro", ya tarde de la noche. Uno de los señores salió hasta la esquina por ver si había alguna tienda abierta para comprar tabacos. Cuando de golpe vio venir la barbacoa. Se volvió en carrera; afortunadamente la puerta no estaba trancada, y de un empujón la abrió. Al entrar a la sala, cayó privado, del susto. En el mismo momento, la barbacoa pasaba frente a la casa, y todos pudieron verla; pero pronto desapareció en el extremo de la calle. No hay que decir que con aquello se acabó la fiesta.

Y haciéndose la señal de la cruz, concluyó mi abuela:

— ¡Que Dios nos favorezca! Y vamos a acostar que ya es tarde.

Por demás está agregar que aquella noche los pequeños dormimos inquietos, por la nerviosidad en que nos había dejado la macabra leyenda.

Otra noche —y aquello fue en "El Volcán"— nos hallábamos reunidos en el corredor de la casa, desgranando maíz sobre un cuero de res, según costumbre en aquella y otras estancias. Apenas éramos alumbrados por algunos reflejos que nos llegaban de la cocina. La noche estaba intensamente oscura, y el paisaje había desaparecido completamente bajo la densa sombra.

De repente vimos una luz que nos parecía localizada en las lejanas montañas del horizonte. Fue creciendo, creciendo, hasta que tomó la apariencia

de una grande hoguera. Los muchachos no estábamos acostumbrados al espectáculo de las quemas, por lo cual quedamos sorprendidos ante aquel fenómeno que nos parecía producido en el aire, porque la oscuridad de la noche no nos permitía ver ningún punto que pudiese servirnos de referencia.

Movidos de profunda curiosidad, preguntamos al fin:

— ¿Qué es aquello?

— Es el trapiche del difunto Nazario, contestó don Crisanto.

— ¿Y están de molienda? inquirió mi abuela.

— No, señora. Ese trapiche no existe; pero por esta época, todos los años, se deja ver como lo estamos viendo.

— ¿Es un trapiche encantado? preguntó uno de los chicos.

— Algo más que encantado, niño. Es que allí está penando don Nazario. Este señor era muy rico, tenía muchas tierras, casi todas sembradas de caña.

También era muy malo con los pobres, y muy impío. Nunca se acerca a la iglesia y hablaba muy mal de la religión y del señor cura.

Cuando resolvía moler, la molienda duraba semanas y semanas sin interrupción, y no dejaba descansar a los peones ni siquiera los domingos. Por eso ocurrieron tantas desgracias en ese trapiche. Un día, cayó un muchacho al "fondo" de la miel, y lo sacaron que parecía una melcocha. Y cierta noche, entre sábado y domingo, se durmió un prenero pasando caña, y de golpe el prenero del otro lado recibió entre sus manos la cabeza de un compañero, hecha un bagazo sangrante.

Finalmente, el trapiche se quemó, el fuego alcanzó a la casa de la hacienda, prendió la paja seca de los potreros y el incendio se extendió a los cañales. El mismo don Nazario, ya viejo y sin que nadie le prestara ayuda, pereció entre las llamas.

Desde entonces, todos los años por este tiempo, se ve el incendio del trapiche, y se alcanza a divisar la sombra de don Nazario entre el fuego. Fíjense bien: ¿no ven una sombra que de vez en cuando cruza por las llamas?"

Los muchachos suspendimos la tarea, y aguzábamos la vista para distinguir lo que nos señalaba don Crisanto. Y creyéndolo todo a pie juntillas, veíamos no sólo una sombra, sino muchas que bailaban una zarabanda diabólica en medio de las llamas.

Seguramente, al mismo tiempo, en otras estancias, los viejos estarían refiriendo a los muchachos la misma leyenda, con algunas variantes, con su fondo moralizados y ejemplarizante; porque estas tradiciones del folklore son comunes a muchas comarcas, y se conservan y transmiten en las veladas hogareñas, sin saberse de dónde vienen, ni poder precisar el autor que les dio forma, aunque por lo general tienen algún fundamento histórico, imprecisable ya bajo las mil arandelas que ha tejido en torno la imaginación popular. Esta leyenda servía para dar razón de muchas quemas, cuya causa o lugar no se

podían precisar, y a la vez para inculcar alguna enseñanza moral o religiosa en las almas infantiles.

Los comentarios habían quedado por cuenta de los muchachos, hasta que mi abuela distrajo la atención general con otra pregunta:

— **Y dígame, don Crisanto: ¿por aquí no habita "La Mancarita"?** (7).

— No señora: como esto es muy despejado, no hay lugar aparente. Donde sí la han oído es en las montañas de la vereda de "San José". Pregúntele a mi compadre Telmo Chacón, a quien casi se lo lleva una noche; si no hubiera sido por los perros. . .

La luz de la cocina se había extinguido. Todos nos dispusimos a pasar a la sala, donde ya habían encendido una lamparita de petróleo. Los rapaces, medrosos, nos agarrábamos de las faldas de las mujeres o de la mano de los hombres, al dirigirnos luego a los dormitorios.

El trapiche de don Nazario, estuvo toda la noche ardiendo en nuestra imaginación de niños.

LAGUNAS ENCANTADAS

Las lagunas de nuestras regiones agrestes, tienen un embrujo que excita la fantasía del ingenuo habitante **de la montaña**. Abiertas paradójicamente como una pupila sin vida, en medio de la soledad de las mesetas y páramos, son como el sello del misterio puesto sobre la faz multiforme y viviente de la naturaleza. Esta agua que no corre, que no se despliega en cascadas, que no tiene rumores como las correnteras, que no se corona de espumas irisadas, que no se sabe de dónde sale ni tampoco a menudo, por dónde se trasvasa, suscita en el alma del labriego, la emoción de lo misterioso y arcano.

Su "encanto" dominó también el alma de nuestros aborígenes. En su culto al agua, las lagunas, fueron ara para presentar sus ofrendas. Al fondo de las lagunas, para hacerse propicias las divinidades, iban a parar los dijes de oro y las esmeraldas de los devotos. En la época de la conquista, se habló deque los indios arrojaban a ellas sus tesoros, para sustraerlos a la codicia de los invasores. La imaginación española agregó un nuevo motivo de interés a las solitarias lagunas. Superstición indígena y deslumbramiento ingenuo de los iberos, hicieron crecer y proliferar la leyenda en torno de las lagunas.

Y no hay creencia más difundida entre el vulgo de nuestras aldeas y veredas, que la de que existen "lagunas encantadas" o "lagunas bravas" de las **cuales cuentan cosas maravillosas. Aseguran que de ellas salen animales de**

oro, dragones, pomas áureas, ninfas hermosísimas. Pero que celan sus tesoros con agresiva vigilancia. Cuando se irritan, hacen llover, se desbordan, persiguen al osado que ensaya sustraerles sus tesoros. Algunas son "bravas" y no consienten un grito, ni el ruido de un disparo, ni que una piedra rompa su quieta superficie.

Hé aquí algunos informes particulares:

Por tradición se sabe que más o menos en el sitio que hoy ocupa la Casa de Mercado de Bucaramanga, y que hasta el tercer cuarto del siglo pasado era despoblada, y se consideraba lejos del centro de la población, había una laguna. Opinan los historiadores que probablemente en sus márgenes se criaban los enormes moluscos que sirvieron de alimento a las huestes de Alfínger, y que determinaron el nombre que los exploradores dieron a la meseta, de „Sabana de los Caracoles". Según la conseja popular la laguna era "brava", y para aplacarla habíase apelado al recurso de arrojar en ella una imagen de San Mateo, con lo cual se tornó mansa, y no volvió a tragar gente como en tiempo de los primitivos pobladores. El nombre de "San Mateo" designa todavía hoy a uno de los barrios más antiguos de Bucaramanga.

En el municipio de Galán circula la leyenda de que existe una laguna en el "Peñón de la Luchata", cavada por arte diabólico, y que en la mitad de ella se encuentra un totumo de frutos de oro; también se encuentra allí una clueca con polluelos, una y otros de oro. Pero nadie intenta apoderarse de esos tesoros, porque están custodiados por un mohán que puede hacer crecer y desbordarse la laguna, y ahogar al intruso o ladrón.

En el sitio donde está edificado el Socorro existía una laguna. A la llegada de los expedicionarios españoles, los indios para resguardar sus tesoros, los arrojaron a esa laguna. Los conquistadores intentaron rescatar tales riquezas, pero en vano, porque al tratar de explorar las aguas, la laguna se ponía "brava" y amenazaba con desbordarse sobre todo el territorio. Entonces pretendieron secarla, para lo cual arrojaron 400 arrobas de sal; lo que dio por efecto que quedara reducida a dos vigas enormes de oro sobre las cuales se edificó la ciudad. Tocar o desportillar una de estas vigas, tendría por efecto el derrumbamiento del Socorro.

En la vereda del "Pantano", del municipio de Girón, hay una laguna de la cual, según se dice, nace la quebrada de "La Angula". Parece que antiguamente era "brava", y en sus aguas moraba una serpiente enorme, de cresta y crin, y con cabeza de ternero. Las reses que acudían a beber a la laguna, eran víctimas, frecuentemente, de ese monstruo. Algunos afirman que la laguna se secó, desde que un sacerdote rompió el encanto, arrojando a las aguas un cáliz y un cristo bendito.

En el "Alto Nogales" jurisdicción del municipio de Bolívar (Santander), se encuentra la llamada "Laguna brava". De ella salían también, según la conseja tradicional. La clueca espulgaba a sus pollitos; la yegua retozaba con su

potranqufn. Pero al oír ruido extraño, los animales se lanzaban a la laguna y se perdían en sus ondas. No se podía arrojar una piedra a la laguna, porque se ponía brava, y perseguía por varias cuadras al atrevido que tal hubiera hecho. Pero lo particular y más asombroso de esta laguna es que de ella salía de tarde en tarde una doncella como de catorce años de edad, con una cabellera abundantísima que extendía sobre las aguas en forma de abanico. Permanecía visible por un cuarto de hora, y no se la podía mirar sino furtivamente, escondido uno en los matorrales cercanos.

En la población de Mogotes era frecuente el caso que la quema de cohetes en días de fiesta, provocara seguramente un copioso aguacero. Las gentes atribuían este fenómeno a la cólera de las "lagunas bravas" que hay en aquella comarca.

En el municipio de San Andrés, es célebre por su extensión la "Laguna de Ortices", que ha merecido figurar en las geografías. Tiene una superficie aproximada, según nos informaron, de 7 cuadras de largo por 6 de ancho, y algunas partes alcanza una profundidad de 15 metros. Está situada en una vereda fértil y bien poblada, y se la ha considerado propicia a la industria piscícola. Acerca de ella se repiten también las innumerables consejas de la clueca y los pollitos de oro, de patos que se pierden en las aguas, de personas tragadas por un remolino súbito, de viandantes perseguidos por las agua irritadas, de cóleras calmadas por un objeto bendito. Sobre sus aguas crece una planta llamada "puerro" o "flor del lago", que si es escasa indica año malo, y si abundante, año excelente para la agricultura. El junco es también agüero para los labriegos.

En su interesante libro "Peregrinación de Alpha" refiere don Manuel Ancízar el siguiente diálogo que tuvo a su paso por la población de Los Santos, con uno de los vecinos que habían acudido a curiosar las personas y los instrumentos científicos de la célebre "Comisión Corográfica":

"Uno de ellos, letrado en veredas y cursado en viajes, algo socarrón y sencillote hasta dejarlo de sobra, nos habló muy serio de la laguna del monte, situada cinco leguas distante del pueblo, a la extremidad norte de la Mesa, en mitad de los bosques frondosos que por este lado la cubren todavía.

— Es lástima —dijo— que no hayan podido conjurar esa laguna, porque iría uno sin riesgo y derecho a La Florida.

— ¿Cómo, **conjurar**? -le pregunté-; ¿andan por allí los diablos?

— ¡Quién sabe, señor! Pero sí hay cosas que le hacen a uno entrar en bitumen. La laguna está encantada.

— Cáspita, ¡nada menos que encantada! Lo mismo estaba la de Tota, hasta que un inglés la desencantó por cazar venados. ¿Y qué encanto tiene su laguna, mi amigo?

— Pues figúrese vusté que se ven sobre el agua unas calabazas muy blancas y muy bonitas. ¡Dios me libre de cogerlas! Aquí hubo hombre forastero

que no conocía las cosas de la tierra, y caminando para La Florida columbró las calabazas, cogió dos de las chiquitas, las echó en la ruana y siguió su viaje. A poco empezaron a venir nubes y nubes sobre el monte y de ahí a llover, y después a tronar y ventear y caer rayos que daba miedo; era que la laguna se había puesto brava. El forastero seguía, pero no podía regender por el barro, porque las calabazas le pesaban mucho en demasiado. Como ya se le escurecía y se cansaba con el peso, soltó las puntas de la ruana para botar las calabazas, y, con permiso de sumercedes, cayeron al suelo, no las calabazas, sino dos sierpes amarillas tamañotas que echaron a correr para la laguna que entonces se aquietó.

— ¡Vea qué cosas! ¿No tiene por ahí semilla de aquellas calabazas, que me venda?

— Sumercé se chancea, pero lo que le cuento es la pura verdad, y hasta que algún sacerdote no conjure la laguna nadie se arrima y todos pasamos callados nuestro camino.

Y el buen hombre parecía creer de veras en el cuento, lo que no me admiró, pues son muy frecuentes tales historias de encantamientos entre los campesinos de las cordilleras, no habiendo laguna retirada y solitaria que no tenga sus prodigios achacados, como de costumbre, ai diablo, que en fiada de eso se mete, salvo en figura de ciertos hombres interesados en propagar semejantes consejas". (8)

LO QUE ENSEÑAN LAS CUEVAS

Las cuevas tienen sombra, secreto, profundidades inexploradas. Todo ello les comunica ambiente de misterio. Y la superstición y la conseja prosperan en esta atmósfera umbría, propicia al ensueño fantástico y a la divagación vagabunda.

Todas las cuevas en Santander tienen su leyenda; casi todas estas leyendas explotan el tema, histórico en unos casos, de que fueron refugio, habitación o cementerio de los indios. Algunas, como la de "El Colmenero", que transcribimos adelante, es un ejemplo de formación de un mito, partiendo de un objeto real, o dándole interpretación a un fenómeno de la naturaleza. La leyenda de "El Colmenero", tal como nos la refirió un maestro de escuela, y como le exigimos nos la pusiera por escrito, es la siguiente:

"Cuéntase que en tiempos ya remotos, vivía una honrada y muy cristiana familia de la clase baja de la sociedad, la cual contaba entre sus miembros a

un rapaz, díscolo, haragán y travieso que no gustaba sino de vagar por los campos y quebradas en busca de colmenas para arrebatar a las abejas la miel y la cera.

Inútiles eran las admoniciones, consejos y castigos de sus padres para que él abandonara sus andanzas, y se dedicara al trabajo en ayuda de éstos que a duras penas y a fuerza de sudores lograban obtener su escasísimo sustento.

Los consejos y reprimendas del venerable Párroco, nada lograban tampoco en el sentido de hacerlo tomar el buen camino que seguía la mayoría de los muchachos de su edad, en esa época de sanas costumbres y reconocida piedad.

Aconteció que llegada la época de celebrarse la Semana de Pasión, precisamente el día Viernes Santo en que se conmemora el cruento sacrificio del Divino Redentor y en el que, sin distinción de sexo, edad ni condición, acuden los cristianos al templo, nuestro rapaz se puso a buscar en una alta escarpa situada a varios kilómetros de la población, una codiciada colmena que había columbrado en una de sus acostumbradas correrías.

Ya en el sitio en donde se encontraba la colmena, instalada en una profunda hendedura, sobre el corte vertical de la serranía que corre paralela a la margen derecha del torrentoso Fonce, y a considerable altura sobre éste, ayudado, según lo aseveran las gentes campesinas, por el mismísimo Satanás, pudo llegarse a la hendedura en cuestión, a la propia hora en que en la población empezaban los divinos Oficios.

Provisto de los medios de defensa que solía usar para evitar las dolorosas picaduras de las abejas, dio principio a su obra, pero estos insectos se abalanzaron con tal furia sobre el intruso, que fueron ineficaces sus medios de protección y lo acribillaron a picadas con sus acerados aguijones. En tal aprieto resolvió retroceder y emprender la fuga desistiendo definitivamente de su intento, pero al ir a verificarlo, una fuerza superior lo detuvo manteniéndolo en el sitio en la incómoda posición en que se encontraba. Vanos fueron sus desesperados esfuerzos para contrarrestar la misteriosa fuerza que lo mantenía inmóvil, aferrado a la roca y sus terroríficos gritos de auxilio, se perdieron en la soledad convirtiéndose su eco en un lúgubre y prolongado lamento, que infunde pavor en el alma campesina, cuando durante las oscuras noches de invierno, resuenan a lo largo de la hondonada por donde corre el río. Si algún imprudente osa acercarse durante la noche, a la orilla, frente a la hendedura, ruidos insólitos y extraños lo conturban y aterran y si no se aleja con premura del maldito sitio, lluvia de pedradas lo forzarán a hacerlo, sin lo cual no saldrá ileso, de su imprudente curiosidad.

"Allá aferrado a la roca, ha permanecido el infeliz muchacho, mostrando sus espaldas a los que transitan por la vía que corre a su frente, y permanecerá allí hasta la consumación de los siglos.

"Aún hoy en día hay gentes que sostienen ser evidente, por constarles de propia experiencia, el hecho de las pedradas a quienes por la noche se acercan a ese lugar. Puede verse, a varios kilómetros al oriente de la ciudad, en el corte vertical o talud de la serranía sobre la orilla derecha del río, la CUEVA DEL COLMENERO, en punto inaccesible, donde se muestran las espaldas del desgraciado rapaz.

"Una piedra blanquecina incrustada en la hendedura, simula perfectamente la espalda de un muchacho, desde los hombros hasta la cintura, con el arranque del brazo derecho.

"Será por fenómeno de óptica o por efecto de sugestión, la persona que contempla lo ve moverse al poco rato, lo que puede comprobarlo quien quiera. Tal es la tradición o leyenda de EL COLMENERO", en San Gil.

En una de las veredas del municipio de Bolívar (Santander) hay una cueva que llaman del "Cenicero". En tiempos antiguos sirvió de habitación a los indios, y aún hay fama de que en ella se conservan muchos tesoros. Por aquella región vivía un hombre llamado Miguel Seco, apasionado cazador. En una de sus correrías, topó de manos a boca con la cueva en la cual se encontraban muchos indios. El Miguelín se asustó, y temiendo que los indios fueran a matarlo, les prometió regalarles muchas cosas bonitas. Los indios le dijeron que si no les robaba su tesoro, lo dejarían entrar a la cueva para que viera todas sus riquezas; pero que tenía que pronunciar primero las siguientes palabras: "Ábrete toronjil, ciérrate culantrillo". El Seco pronunció la fórmula y pudo entrar en la cueva. Pero deslumhrado por el tesoro, se le despertó la codicia, e intentó poner mano en las riquezas. Al notar esto los indios, agarraron al pobre hombre y lo enchaparon en oro. Muchas gentes que han pasado por aquellos sitios, aseguran haber visto al hombre de oro en la puerta de la cueva. ¿No hay en esta conseja una lejana reminiscencia del "sésamo, ábrete", y del "Dorado"?

¿No han seguido nuestros buenos campesinos creyendo encontrar por cuevas y espeluncas, aquel "dorado fantasma" que enardeció la codicia de nuestros remotos ascendientes, y que, entrevisto en la lejanía, se esfumaba siempre como un ligero espejismo?

En estas mismas regiones bolivarenses se encuentra la cueva de "La Calentana". En dicha cueva creen ver los campesinos un santo adosado a la roca, cubierto con un manto, con un escapulario en una mano y una corona en la cabeza: tiénelo por San Antonio. Se da por cierto que en dicha cueva hay muchos peroles y ollas y vasijas de oro; tiene dos puertas, pero si alguien

pretende entrar, se cierran y desaparece la cueva. Una vez una mujer la encontró abierta; descargó un zurrón de miel que traía, frente a una puerta de la cueva, y junto a una palma de ramo, y miró hacia el interior. Deslumbrada por el tesoro que pudo ver, corrió a llamar a su marido; pero cuando éste vino, no encontró ni cueva, ni palma, ni zurrón, sino sólo el tumbado que éste había dejado sobre la hierba.

Cerca de la loma de "Buena Vista" hay otra cueva, de la cual sale un "Biato", y se lanza sobre el viandante solitario, a pegarle. Si el pasajero es miedoso y se deja pegar, "se la sigue dedicando". Pero si vence al "Biato" y lo azota, entonces éste le pide que no le pegue más; le quita el sombrero y lo lleva a la cueva. Allí debajo del sombrero encuentra un baúl lleno de oro. No tiene sino que llevárselo a casa, y héteme aquí al hombre rico. Tal ha sido el origen de muchas fortunas, que a ciertos pobretes, los han hecho aparecer ricos de la noche a la mañana.

Hay otra cueva que llaman la "cueva del indio", y que probablemente fue un cementerio indígena, pues allí se han encontrado huesos humanos, tazas, platos y pocillos de barro y algunas gargantillas de oro. También esta cueva ha dado origen a la leyenda de un hombre codicioso, que fue asaeteado por los indios por haber intentado robarles sus tesoros.

La "cueva de Cachalú" era el lugar donde los indios de la región de Oiba, guardaban todo el oro y joyas que poseían. El párroco de esta población llegaba en sus excursiones apostólicas a esas apartadas veredas, y trataba con los indios, a los cuales regalaba herramientas y ropa. Un día, viajando el Padre, del Olival hacia Oiba, le salió al camino un indiecito quien le dijo que estaba muy agradecido por los regalos que le había hecho. Lo convidó en seguida a ir a la cueva de Cachalu que quedaba cerca de aquel sitio, y le prometió darle todo el oro que quisiera. Aceptó el Padre; y cogiendo el indio la muía de cabestro, se internaron en la montaña, hasta llegar a una mesetica. Allí el indio amarró la muía a un árbol, vendó al padre y lo condujo hasta la puerta de la cueva. En seguida el indio lo guio hacia adentro y le dijo que sacara todo el oro que pudiera. Como el padre no venía preparado para este caso únicamente pudo llenarse los bolsillos con algunos objetos de oro. El regreso se hizo en la misma forma de la venida. Pero al quitarse la venda, el Padre trató de precisar el sitio en que se hallaba y al mirar hacia el Norte, divisó al frente, en la lejanía, la puerta de la iglesia de Oiba.

Se dice que con el oro que el párroco sacó de la cueva, fue dorado el altar mayor de la iglesia. Desde entonces, muchas personas han ido en busca de la cueva, pero ésta se ha ocultado a sus pesquisas.

Así se rodea nuestro pueblo de cosas maravillosas; y sobre el lienzo burdo del vivir cotidiano, va bordando un mundo de fantasías, que le sirven como escalón para elevarse luego al universo intangible de las eternas realidades.

- (1) Peregrinación da Alpha. Manuel Ancfzar. Ed. Oficial, 1942, pág. 436.
- (2) Revista Aurora. No. 5. Bucaramanga, 1941.
- (3) Anales de la Universidad de Santo Domingo. Julio, septiembre, 1941.
- (4) Revista Estudio, Nos. 174/176. Pág. 106. Bucaramanga, 1946.
- (5) En algunas comarcas santadereanas, el grtto del mochuelo es atribuido también a la Llorona, mujer salvaje que recorre de noche las quebradas y riachuelos en busca de un hijo que ella misma ahogó.
- (6) La formación de las leyendas. A. Van Qennep. Ed. Futuro. Buenos Aires, 1943. El folklorista venezolano Gilberto Antolfnez, emparenta este mito de la Mancarita, con el de "la mujer del Katey" del Estado Trujillo, la "Clguanaba" y la "Clguamonta" de las Antillas, y la "Calpora" del Brasil; mitos que se originan en las costumbres y figura del "Oso Frontino", plantigrado de las selvas americanas. Y agrega: "Ya Humboldt sospechaba que las leyendas americanas del Salvaje se referían a la existencia de un gran oso de vida silvestre y habitación arbórea".
- (7) La leyenda de "la Mancarita" en la pág. 27.
- (8) El doctor José Antonio León Rey, en su obra folklórica "Tierra embrujada" (Ed. centro S.A. —Bogotá— 1942), consagra muy interesantes y amenos capítulos a este tema de las "lagunas encantadas", en la tradición del oriente cundlnamarqués.

20. MITOS

Departamento del Tolima

Devia, Misael. Folclor Tomimense. Revista Colombiana de Folclor, Vol. III, No. 7, p. 9-106, Bogotá, 1962.

Artículo que recoge varias características del Folclor tolimense: fiestas, danzas, mitos, coplas. Seleccionando para la parte Mitos, diferentes narraciones de la tradición oral más conocidas, y a medida que las presenta va analizando sus contenidos y características. El autor es un conocido folclorólogo colombiano que a lo largo de años ha trabajado y publicado no sólo sobre el folclor del Tolima, sino de otras regiones del país.

EL MOHÁN

Es el más legendario, conocido y respetado en el Tolima. Se puede decir que es el personaje más importante de la mitología tolimense. Se le llama, también, el Poira, pero en aquella su especial caracterización de gran perseguidor de muchachas casaderas que apenas han traspasado los umbrales de la pubertad. El Poira es el Mohán travieso, enamorado, libertino y raptor. Les roba la tranquilidad a las jóvenes, las idiotiza, las emboya y las atrae hacia él con artificios. Sus hazañas son muy conocidas, tanto en su caracterización del Poira, como en su auténtica personalidad del Mohán, y, hasta hace poco tiempo, no se podía poner en duda su existencia ante las verídicas afirmaciones de los campesinos. Son muchas las leyendas y versiones que existen sobre este personaje mítico, oriundo del Tolima, riqueza de nuestro folclor y figura simbólica de un pasado maravilloso y fantástico. Son muchas las muchachas que ha raptado, formando así un sin fin de leyendas a cual más fabulosas, irreales y novelescas; muchos hombres ha perseguido, incesantemente, hasta sepultarlos en las negras aguas de sus insondables dominios; muchas embarcaciones ha hecho zozobrar y muchos los parajes que ha desolado, embrujado de superstición y misterio entre sus humildes moradores. Respeto de su figura, varía con frecuencia de un lugar a otro; en Ambalema, por ejemplo, es un hombre pequeño, musculoso, de pelo "cándelo", barba hirsuta, también roja, ágil, vivaracho y tan social que muchas veces salía a merca en compañía de los demás, dizque porque en esa forma se daba cuenta de todo y podía actuar con más efectividad. Se le conocía porque en sus compras nunca incuía la sal, artículo éste tan indispensable para el sostenimiento diario. Decían que habitaba en la profunda y peligrosa moya de "Boluga", en el embarcadero y en la conocida moya de "El triste", lugares éstos en donde se han perdido muchos bogas, pescadores y champaneros. En la "Vega de los Padres", Piedras, y "Cortaderos", que es un espíritu invisible, que no toma ninguna forma, que se escuchan sus risas, cantos y "pesquerías" y se conocen sus ataques pero nunca se le ve; otros afirman que puede transformarse a su antojo, y así toma la forma de cualquier conocido pescador de la región y se mezcla en las faenas y veladas pesqueras sin ser reconocido. Esto daba origen a muchas confusiones, en las que una persona resultaba estar en dos partes o no estar en donde se aseguraba lo contrario; con esto los campesinos caen en la cuenta de que, "el mechudo estuvo con nosotros anoche, compadre".

En Coyaima, en las moyas de Colache, en el Saldaña, en las profundidades de las lagunas de Yaberco, Totarco y en los moyones de las "Animas" y Golondrinas, el Mohán era negro, tanto su piel como su espesa y larga pelambrea; era un oso negro como un tizón; de temperamento huraño, huidizo y desconfiado; poco mujeriego, pero más feroz. Tenía muchos encantamientos y guacas alrededor de los charcos que habitaba, tesoros de que él en persona

custodiaba, haciéndolos inconquistables. Su mirada era maléfica y sus persecuciones muy funestas.

En Chenche, en cambio, es un hombre de mediana edad, alto, de nariz aguileña, ojos negríssimos, larga y espesa barba y largos y abundantes cabellos con los cuales cubría su desnudez; sus manos eran finas, de largos dedos y afiladas uñas; boca grande, bien formada y dentadura toda de oro. Tenía muchas alhajas en los dedos, de puro oro, y con piedras preciosas que brillaban en la inmensidad de las aguas. Habitaba un magnífico palacio construido de oro puro, en las moyas profundas, en los remolinos tenebrosos. Había la creencia de que en los acuáticos lugares en donde el Mohán tenía su morada no se encontraba asiento; las profundidades del Mohán no tenían fin. Este palacio dorado tenía grandes salones iluminados con hachones en los que se oía un continuo murmullo, una monótoma música hipnótica.

En el norte del Tolima también fue muy conocido el Mohán, así como sus leyendas y guaridas. En Honda decían que habitaba en las moyas de Caracoli y en las profundas cavernas de los peñales del Salto; en Méndez, en Conchai, en Paquiló; en las moyas del Bledo y el río Guamo; en los charcos del "Tambor", "Aguas Claras", "Charco Azul" y "Charco Hondo", en Lérida, en las angosturas del río Recio, en las charcas de Guarino y en muchas otras.

El Mohán salía de su mansión áurea a hacer de las suyas por los alrededores. Se le ve, por ejemplo, pescar por la playa, río arriba, en medio de la oscuridad y cuando amenaza la lluvia y se oye a intervalos regulares el chapoteo de la atarraya cada vez que hace un lance; se le ve bajaren una vastagosa por la madre del río a deshoras de la noche y en las grandes crecientes fumando tabaco, tocando tiple o remando tranquilamente; también lo han visto bajar por la playa, con una sartalada de bocachicos anudada a la cintura y con la "mayuda" sobre la espalda; lo han encontrado sobre una roca peinándose los largos cabellos, anzuelando solitario en los tranquilos remansos debajo de las frondas de la orilla, robándose los anzuelos y destruyendo las estacadas; hoguereando un "viudo enterrado", haciendo café en la playa o cantando muy quedo a la orilla de los grandes ríos; otras veces se le ha oído retozar alegremente con muchachas, cuyas risas y alardes llegan de la profundidad de las aguas; se escuchan, también, sus risas ante las imprecaciones de algún pescador que lucha por desenredar la red que él mismo le ha enredado.

Hay quienes aseguran que la vivienda del Mohán no era un suntuoso palacio sino una enorme cueva oscura y tétrica, en donde vive solo y huraño, luego que dan a entender, también que hay muchos Mohanes: en cada río, en cada pozo, en cada profundidad o sitio tenebroso de las aguas:

— Yo creo, compá Nonato, que el Muán que nos enrieda las chilas y nos hace manonegra en la playa el Dindal, vive es ai en la moye "Botijas".

Persigue a los hombres que pescan en jueves santo o a los que en el viernes echan más de los lances autorizados; a los que por pescar en día de fiesta

no oyen la Santa Misa; a los que maldicen y son inconformes con la pesca. A éstos les enreda o ahoga las redes, les roba el pescado o les ahuyenta los peces; les roba los anzuelos, las carnadas o los enseres de pesca; los desorienta en el río, recoge los anzuelos y destruye las estacadas; hace crecer el río misteriosamente y cuando está muy colérico hace ahogar a los pescadores.

Muchas veces un pescador solitario, tarde de la noche, que pacientemente espera en cuclillas, haciéndole "hora" al lance, cuando oye de pronto el consabido silbido de aviso hacia un lado de él y en seguida oye el chapoteo de la atarraya del "Mechudo", como lo llaman familiarmente, sobre las aguas, escucha cómo los bocachicos aletean al ser sacados del agua y depositados en la playa. El hombre no lanza su red, y huye aterrado y rezando el Credo. Otras ven, a la tenue luz de las estrellas, cómo un pescador fornido llega a la orilla y lanza su red con bastante maestría y la saca llena hasta el copo de peces, los echa todos en una murralla y se va tan silencioso como llegó; viendo los demás lo maravilloso del lance se aprestan a echar sus redes y allí y cuál no será su desconcierto al jalar la cabuya y sentir la "manta" enredada en una terrible palizada.

A las mujeres se las rapta, después que las haya hechizado convenientemente, y se las lleva para su vivienda. Persigue a las muchachas jóvenes, bellas y con mayores dones de castidad y de las más codiciadas de la región. Desde que se inicia su persecución o su influencia, la mente de la joven permanece embotada, perpleja, vive de mal genio, alucinada y con repentinos sustos; busca las márgenes del río para vagar. No hay que dejarla sola porque de un momento a otro desaparece y no se vuelve a saber de ella. El Mohán las persigue aún fuera de sus dominios; en la casa por las noches, en los caminos, en la mana, en el lavadero, de día y de noche. Cuando logra raptarlas se las lleva a su mansión, las enseña a fumar tabaco, las atrae y las hipnotiza y las alimenta únicamente con pescado. Muchas veces, después de continua lucha con rezos, bendiciones, riegos de agua bendita, oraciones conjuradas, zahumerios de tabaco y otras yerbas aromáticas, se logra que el Mohán las deje en libertad, apareciendo la muchacha de pronto en la playa, ya inconsciente o despierta, pero cerril y endemoniada; no permite que nadie se acerque, huye frenética, le teme a los santos y a los crucifijos y desprecia y rompe las vestiduras que se le proporcionan. Para calmarla y restaurarla a la vida normal hay que bautizarla de nuevo, rociarla con sal y agua bendita, darle fricciones por todo el cuerpo con "chicote", rezarla y recubrirla con una de las capas del sacerdote. Tiene que ofrecer ella misma una promesa a los santos y vivir acompañada de un escapulario; confesarse y ojalá, alejarse de los ríos, de las lagunas o de cualquier fuente con alguna capacidad de agua.

Los campesinos aseguran que también existe Mohana, que no molesta a los hombres sino que los persigue para llevárselos a su guarida, así como el Mohán hace con las mujeres. Pero la Mohana es considerada como un perso-

naje ajeno a la vida privada del Mohán; es decir, no como la compañera de éste, sino que hace una vida aparte.

Para alejar las influencias y molestias del Mohán, por parte de los pescadores, hay que bautizar la atarraya; este bautizo consiste en soltar el primer pez que se pesque en su seno; pescar con paciencia y sin protestar por la mala suerte en las pesquerías; no pescar en días santos, no abusar de la pesca ni renegar en los ríos; ser bondadoso y regalar parte del pescado entre los vecinos, fumar mucho tabaco mientras se pesca y llevar siempre un escapulario al cuello; dejarle por ahí de cuando en cuando un atadito de tabacos y una botemita de trago en una parte donde él los encuentre, y, en fin, ser honrado y buen pescador.

LA MADRE DE AGUA

Es éste otro mito o personaje legendario de las aguas, muy conocido y difundido entre las creencias campesinas, las cuales tenían por norma que todo aquello en que la naturaleza ponía más vida, aquello que por su majestuosidad, belleza o forma encerraba misterio; grandeza, insondables dones de la creación, subterfugio de un más allá que es imposible adivinar, inmensidades de una cosa que corre, brama o se yergue, como formando una fuerza misteriosa que se interpone ante la fuerza y el destino de los hombres: esas fuerzas, esos imperios de grandeza deben tener un dios, un personaje guardián con poderes sobrenaturales para defender sus dominios. Y como en nuestros llanos tolimenses, fuera de sus grandes llanos tachonados de bosques umbrosos, lo que más acrecienta su belleza y le da una pincelada de majestuosidad y encanto son sus grandes y diseminadas lagunas, sus caprichosos y cristalinos manantiales y, sobre todo, la gran cantidad de sus ríos de aguas profundas y mansas, en cuyo murmullo plañidero se percibe una especie de encantamiento que embruja el aire, una especie de alucinación, algo que es como el influjo misterioso de la inmensidad, creando en las mentes de nuestros abuelos esas creencias en seres sobrenaturales que invaden y dominan las grandes proporciones de la naturaleza. Sienten en su magín ese gran poder creativo de la "madre naturaleza" que nos rodea, que nos da vida y calor y que aunque nosotros no le damos forma de personaje ni de dios, miramos con respeto su

grandeza. Ellos llamaban y aún la llaman "Madre de Agua" a ese influjo que ejercen sobre ellos las grandes corrientes, la belleza y profundidad de las lagunas explayadas, el hechizo y bonanza de las fuentes dormidas y le dan forma física y lo rodean de relatos y leyendas que vienen a ser para ellos tan ciertas como el agua que beben y el pan que los alimenta.

Y es así que como el agua es purísima en aquellos llanos; de un color opalino suave y las fuentes se forman de riachuelos de aguas argentinas que vienen como hebras de plata a formar un pozo de cristal que fulgura con los rayos del sol, la Madre de Agua es una niña muy linda de cabellos áureos y fulgurantes, casi blancos; sus ojos son grises, claros como dos gotas de agua del más purto manantial, parece un ángel de lo puro bella. Pero en el fuego de sus ojos hay hipnotismo, una fuerza de atracción que es imposible resistir; el único defecto en su angelical figura es que tiene la característica de tener los piescitos volteados hacia atrás, por lo cual deja los rastros en dirección contraria a la que ella sigue. Persigue únicamente a los niños, sobre los cuales ejerce una influencia perniciosa. Se puede decir que hay niños que nacen con esa "Misión", predispuestos a la persecución de la Madre de Agua y desde bebés son atraídos y molestados por ella. El niño perseguido por la Madre de Agua habla siempre de una niña linda que lo llama, sueña con ella, se despierta asustado y vive predispuesto siempre a ausentarse solo, atraído por algo extraño. Cuando se lleva a la orilla de las aguas se ve intranquilo, cree ver flores muy bellas flotando en la superficie; se abalanza sobre lo que cree ver dentro del agua e insiste en que tiene que irse, pues una niña lo llama con sus blancas manecitas; le da fiebre y diarrea y la conmoción lo enferma perniciosamente, y muchas veces muere, fuera de otras, que por un ligero descuido, se pierde o se ahoga, raptado por la Madre de Agua.

Para librar al niño de esa influencia maléfica hay que rezarlo, llevárselo al cura para que lo bendiga, colgarle escapularios, medallas, azabaches o abalorios indígenas del cuello; frotarlo con ajo, "chicote" o yerbas aromáticas como la ruda y la albahaca. Ofrecerlo en presentación a la Animas Benditas y procurar no llevarlo a la orilla de las aguas, por menos mientras crece y ya no es perseguido por el espíritu maligno.

LA MADREMONTE

Así como la Madre de Agua es la divinidad o mito de las aguas, la Madremonte lo es de los montes, de los montes del llano. Pero si aquélla es una

niña linda, ésta es una gran señora encopetada, robusta, alta, con sombrero vistoso, adornado con plumas y vestida toda de verde. Sus iras y persecuciones son terribles. Ataca siempre con grandes tempestades, vientos e inundaciones que destruyen las cosechas, ahuyentan los ganados, ahogan los terneros y causan toda clase de calamidades. Pierde o enreda a los que merodean en sus dominios embriagados o en malos pasos; persigue con saña a los que son dados a discutir maliciosamente por linderos y que destruyen las cercas y destrozan las alambradas de sus vecinos o colindantes; es una asidua defensora de los límites correctos de las propiedades. Castiga, también, a los que roban, a quienes andan en aventuras amorosas pervertidas y a los que osadamente invaden el corazón de sus enmarañadas arboledas; a aquellos cazadores vagabundos que lo hacen por distracción o perversión y a los niños vagos y desobedientes. Su influencia se manifiesta por una especie de mareo, de alucinación, mediante la cual la víctima ve todos los lados del monte idénticos, dificultándosele por lo tanto la salida. Cualquier bosquecito se presenta como una inmensa y enmarañada montaña, sin senda ni salida, por donde el perdido empieza a trasegar arañándose, rompiéndose la ropa y sufriendo toda clase de percances. Cuando, pasado el conjunto, ve que solo ha sido en un pequeño bosque en el que se ha perdido y destrozado, no deja de exclamar:

— Eso jue esa vieja yerbatera de la Madremonte la que me hizo esta jugada.

La imagen o figura de la Madremonte muy pocos la han visto, y aquellos que la han llegado a ver, es sólo por un instante y mientras no estén bajo su influencia. Por lo regular, la víctima que esté bajo los efectos de los ataques de la Madremonte, no la ve, sólo siente ese extraño sopor y divagación que lo hace fracasar; se puede decir que este mito de los montes huye de las miradas humanas.

Para librarse uno de las acometidas de la Madremonte es conveniente ir fumando tabaco o con un bejuco de adorote o carare amarrado a la cintura. Es también conveninete llevar pepas de cabalonga en el bolsillo o una vara recién cortada de cordoncillo, de chicala o guayacán, a guisa de bordón; sirve asimismo, para el caso portar escapularios y medallas benditas o ir rezando la oración a San Isidro Labrador, abogado de los montes y de los aserríos.

LA CANDILEJA

El fantasma o la personificación de este mito está ligado a una antigua leyenda campesina, según la cual una anciana mujer, por mandato divino, fue condenada a vagar por los llanos, los montes solariegos, los anchos ríos, por las quebradas y por los caminos reales, entre oscurito y claro, cuando amenaza lluvia y ya empieza a "tintinear"; o en la madrugada grande, cuando todo está en silencio y el gallo no ha empezado a cantar, provista de una llama o hachón encendido que ilumina su paso en medio de un infernal chisporroteo. La leyenda relata que era aquella una señora demasiado indulgente con sus dos nietos, a quienes perdonaba toda clase de travesuras sin hacerles la más mínima reprensión. Su alcahuetería llegó al extremo de que un día se les antojó ensillarla y montarla como si fuera una bestia; y ella, como si tal, los dejó obrar y los muchachos la cabalgaron todo el tiempo que quisieron sin recibir ninguna protesta por parte **de** la anciana. Muerta la señora, fue llamada a rendir cuentas, y se **le** reprochó la falta **de** severidad para con sus nietos, por lo cual no fue admitida en el reino del cielo mientras no purgara su pena, consistente en la antes referida. De ahí que los campesinos la llaman vieja farolona, alcahueta, y así por el estilo.

A los viajeros de a caballo se les aparece a la orilla del camino, los sigue y se les monta en la grupa para atormentarlos, arañarlos y privarlos del sentido. Persigue a los borrachos, a los malos padres, a los enamorados banales, a los que andan en malos pasos, a los que acostumbran viajar a altas horas de la noche, a los perjuros y a los masones.

Si se quiere atraer y conocer más de cerca a la Candileja, se reza; más si se quiere ahuyentar hay que insultarla tratándola de vieja farolona, alcahueta, el demonio te ha de tener en la "paila mocha", el "Mandingas" te ha de tener en los "profundos", y otras tantas injurias, amenazas y maldiciones. Se manifiesta en forma de un chisporroteo de luces rojizas y se ve que baja por la madre del río, en las grandes crecientes, se le ve a lo lejos sobre la cresta de los cerros elevados; se aparece la luz de la Candileja en las casas abandonadas o solitarias, en las ruinas; en los caminos reales, en los sitios en donde se cree que haya tesoros enterrados, en los llanos y en las playas solitarias. A veces se distinguen tres hachones: el de la anciana y los dos de sus nietos, y a la vislumbre se ven los tres bultarajos que avanzan en fila. Algunos han confundido su lumbre con la llama de alguna guaca, pero los grandes concedores campesinos la distinguen inmediatamente, pues la luz de una guaca que arde es blanca o azulita, según sea de oro o plata, y es mansa y de un bello matiz, mientras que la de la Candileja es rojiza, que echa chispas como si fuera un tizón azotado por la brisa; es, además, inquieta y se mueve como un fantasma, se aparece de repente y desaparece en la misma forma.

LA PATASOLA

El ser más terrible, sanguinario y endemoniado que perturbó jamás las mentes campesinas fue la Patasola; imperaba este mito en las montañas vírgenes, donde no se oía el canto del gallo ni el ladrido del perro, ni mucho menos donde existiera ganado vacuno; donde vivían todavía el tigre y la danta y otros animales semejantes, pues este personaje es casi considerado como una fiera o monstruo que tiene el poder de metamorfosearse a su antojo. Así algunos dicen haberla visto como una mujer hermosísima que da grandes saltos para poder avanzar con la única pata que tiene: otros la describen como una perra grande y negra, collareja, y de inmensas orejas; y otros como una vaca negra grande y tope.

La leyenda reza que la Patasola fue una mujer muy bella, codiciada por todos, pero perversa y cruel que se dio al vagabundaje y la disipación. Andaba y andaba haciendo males con su hermosura pervertida. Para acabar con su dañino libertinaje, y en horrendo castigo, le amputaron una pierna con un hacha, y el miembro fue luego quemado en una hoguera hecha con tusas de maíz. La mujer murió a consecuencia de la horrible mutilación y desde entonces vaga por entre el corazón de las montañas gritando lastimeramente en busca de consuelo y engañando siempre con sus lamentos al que la escucha quien cree, al oír las voces angustiosas, que es una persona perdida en la espesura e ingenuamente contesta sus gritos, con los cuales la atrae y ésta termina por devorarlo ferozmente.

Huye y se enfurece ante todo lo que se relacione con el hombre cristiano; le fastidian los grandes aserríos en las montañas, los tambos, las trochas, las cacerías, las labranzas y las siembras, en especial de maíz, cerca de sus dominios; las excursiones con bueyes, caballos u otros animales amigos del hombre y todo aquello que trate de invadir sus lóbregos y abruptos territorios. Persigue a los hombres que maldicen en las montañas, a los cazadores que tienen la osadía de adentrarse en la espesura; a los aserradores, que por lo general, pasan la noche en la montaña en toscos ranchos construidos junto al aserradero; a los mineros, a los que abren trochas y buscan maderas, y en fin, a todos los que por un motivo y otro violan las misteriosas soledades de la montaña.

Para protegerse uno de los ataques de la Patasola hay una oración especial, la cual todo campesino que tenga que atravesar la montaña o qué ejecutar alguna faena en ella, debe aprenderse al dedillo, y esa oración es la siguiente:

Yo, como sí,
pero como ya se ve,
suponiendo que así fue,
lo mismo que antes así,

si alguna persona a mf
 echare el mismo compás,
 eso fue, de aquello pende,
 supongo que ya me entiende,
 no tengo que decir más.
 Patasola, no hagas mal
 que en el monte está tu bien.

Pero da la circunstancia de que al presentarse de improviso la fatídica aparición, sea por miedo o por alguna especie de hechizo, se olvida por completo y la víctima se queda perpleja sin articular palabra. En ese caso es aconsejable hacer un gran esfuerzo y con voz al grito pedir:

— ¡El hacha!. . . , Has tres tusas. .. y la candela!

Recordándole así, los tres objetos que sirvieron para la amputación y desaparición de su pierna.

Sus características de ataque son las siguientes: en lo más lejano y espeso de la montaña se oye un grito lastimero; si el que lo oye le contesta se oye uno más cercano e igual de triste; una segunda contestación y el grito se oye ya muy cerca; a la tercera contestación la fiera se le aparece en cualquiera de sus formas, se lanza sobre la víctima, le chupa la sangre o lo devora. Cuando ésta logra ponerse a salvo de su ataque, ya porque va favorecido por algún talismán, o sea, porque va rodeado de animales domésticos, se enfurece diabólicamente, origina de improviso terribles ventarrones, hace bramar la montaña y temblar la tierra, desencadena tormentas de rayos y agua y destruye por completo los alrededores. La Patasola asimismo acaba con los sembrados aledaños a la montaña, puestos de aserríos, tambos y animales de corral que se críen en sus alrededores.

Muchos se salvaron milagrosamente en el último instante, metiéndose entre el ganado, bueyes o perros, con lo que la Patasola en medio de una confusión endemoniada de los elementos, grita desilusionada:

— Anda y agradece que te encuentras en medio de esos animales benditos.

La tormenta pasaba y la aterrada víctima se libraba milagrosamente de la muerte.

LA MUELONA

Muy similar es ésta a la Patasola y con las mismas características. Sólo que la Muelona se presenta siempre como una mujer muy hermosa, aunque

provista de una enorme dentadura. Persigue a los hombres incautos, enamoradizos, en los caminos solitarios, presentándose incitadora como una mujer normal y bonita. Caen en esa forma en sus redes y son arrastrados por ella, maliciosamente, hasta un lugar más apartado, en donde los devora triturándolos con su fuerte dentadura. Persigue a los enamorados, a los borrachos, a los contrabandistas o que andan en malos pasos y a los que acostumbran viajar solos por los montes. Con su dentadura tritura todo lo que se le atraviese, y su poder destructor es tremendo. Muchas veces en la espesura o en la oscuridad solitaria se escucha el macabro triturar de sus molares.

EL CAZADOR

Otra leyenda bastante curiosa rodea la vida de este personaje que más bien es un espíritu, un fantasma, una maldición que flota en el aire de los montes, en las hondonadas, en las cañadas y en las soledades donde abunda la caza.

La figura del Cazador no tiene forma física o, mejor dicho, nadie lo ha podido ver; sólo se ha escuchado en la mansa soledad de la montaña el melancólico grito azuzando a su perro y luego el latido del can, más triste todavía; se siente después un influjo misterioso, un presentimiento avieso que hace poner los pelos de punta.

La leyenda, forjada en la mente de nuestros antepasados campesinos, es la siguiente:

Erase un asiduo cazador empedernido, que todo lo dejaba por los deleites y trabajos de la cacería y que toda su vida estuvo consagrada a perseguir los venados por los breñales a la puesta del sol (el sol de los venados), a los cafuches entre los guayabales, a la boruga por entre el gradual, a la orilla de los ríos, a los conejos, en los pajonales; a las chilacoas, las chorólas y las guaracas, en los montes ribereños. Vivía en un pintoresco y colonial pueblito, cerca de Río Grande, rodeado de grandes llanos cuajados de pajonales y matorros, empinadas lomas encrespadas de grandes arboledas y regadas por inquietas y cristalinas quebradas; grandes y hermosas colinas, crestas y cañadas en donde bullía la caza por doquier. La caza era, como se ha dicho, la única ocupación del hombre, su sostén, su única renta.

En el villorio en mención, había una blanca y espaciosa capilla, cuyos amplios ventanales daban hacia los sotos y los bosques de los alrededores, ya

que estaba construida al final de la calle más concurrida. Como en todas las villas campesinas tolimenses, allí se celebraban, con recogimiento y devoción, todas las fiestas religiosas y con mucho y más asiduidad la Semana Santa. Eran las tres de la tarde; nuestro cazador se encontraba dentro de la capilla orando devotamente, mientras el párroco elevaba al cielo su clamorosa voz hacia el final del sermón de las siete palabras; la mayor parte de los feligreses lloraban conmovidos. La amplia ventana dejaba entrar aletazos de brisa con olor a rastrojo que daban en el rostro del cazador hincado de rodillas y con los ojos fijos en el altar y mientras sus labios musitaban quedamente una oración. Hubo un instante en que sus ojos se bajaron humildes y otro en que lanzaron su mirada por la ventana hacia afuera, en busca de la caricia del viento, y esa fue su perdición. Su cuerpo sufrió un estremecimiento: allí, muy cerca a la ventana, pastando tranquilamente, estaba un hermoso venado, grande como un ternero y al alcance de la mano. No pensó dos veces; la tentación fue terrible; rápido se escurrió por entre el tumulto y se lanzó fuera como un bólido hasta su casuca en busca de la "chilacoa", la cual permanecía cargada con "tiro venadero" y lista, colgada de un cuerno, tras la puerta. Y así abandonó la casa del Señor, en un día tan "grande", en una hora tan sagrada y cuando se escuchaban los clamores de la Santa Pasión y en aquel tiempo en que tanto estaba vedada la práctica de la cacería. No pensó en ningún castigo divino ni terrenal; la presencia del bello animal lo dominó y no pudo contenerse; no pensó más que en perseguir la pieza.

A unos pocos metros de donde lo vio por primera vez, en una cañada, lo encontró; el animal lo vio, paró las orejas, pero se quedó quieto. El hombre, con una emoción incontenible levantó el arma, lo encañonó certero e iba a apretar el gatillo cuando de improviso el animal se perdió en el rastrojo. De ahí en adelante la persecución fue tenaz y siempre sucedía lo mismo: la pieza lo esperaba muy cerca, el cazador levantaba el arma y en el preciso instante de disparar se evadía de nuevo. El hombre no tenía noción del tiempo ni de los parajes que andaba y así cruzó valles, mesetas, farallones abruptos, ríos y muchos malezales, hasta que llegó a una montaña desconocida, lóbrega y sombría que lo devoró, junto con su perro; pues había olvidado decir que junto con él llevaba su perro, compañero inseparable y ayuda imprescindible en sus cacerías.

Desde entonces esta extraña leyenda se ha convertido en mito y es la ley y moderación de los cazadores. El grito del cazador se oye en la silenciosa inmensidad de la montaña, cuando hucha su perro; especialmente a las tres de la tarde; el perro ladra lastimeramente y el hechizo llega. Otro nuevo grito se oye y la montaña se llena de un maléfico embrujo. Las aves enmudecen, hasta los insectos suspenden sus movimientos; el viento, que llega repentino y con satánica violencia, azota la arboleda y cruza como una tromba. Los animales se esconden o se arrebujan entre la maraña, huidizos y asustados; las

muías y demás caballares se espantan, paran las orejas, revientan las sogas, botan las cargas y se lanzan a correr sin rumbo; los-perros se apabullan y buscan las pantorrillas del amo para favorecerse. En el aire flota un algo de misterio, de brujería, de terror.

Son amedrentados por el hechizo diabólico del cazador aquellas personas que no respetan las fiestas grandes: los días santos, el Corpus o el día del Sagrado Corazón, para irse de cacería; los que toman esta afición por vicio o sevicia, los que acostumbran maldecir en la montaña, los que persiguen sin tregua y con saña una pieza; a muchos ha engañado el mismo animal en la misma forma antes descrita y se han perdido para siempre en la montaña o han sufrido serios percances, resultando muchas veces locos o endemoniados. Y son perseguidos más por el cazador aquellos que dejan de asistir a la santa misa por irse de cacería.

Para librarse uno del embrujo maldito del cazadores conveniente llevar algún objeto bendecido, llevar bastantes perros, rezar alguna oración a la hora de alzar a Santos, si es que se encuentra en el campo de caza, persignarse cada momento que perciba algún espíritu malo o una tentación; también es muy aconsejable cargar municiones rayadas en cruz y cada vez que se vea una pieza como con porte extraño o se note algún indicio anormal, suspender inmediatamente la cacería y rezar. En caso apurado, como con la Patasola, meteros entre animales domésticos para librarse de la mala tentación.

EL TUNJO

El Tunjo es un muñeco de oro. Tal vez fueron estos pequeños ídolos simbólicos o divinos de los pijaos; tal vez fueron dioses o simplemente ofrendas religiosas consagradas o paganos dioses o a sus caciques. No sé por qué se le atribuyó la leyenda de un fantasma que anda errante, buscando protección, alimento y cobijo, por lo cual premiaba a su protector con el fruto de una gradual fortuna. Se presenta en la forma de un bebé inofensivo, llorando, a la vera del camino, en los grandes caminos reales, en el cruce de un bosque o de una quebrada, en las inmediaciones de unas ruinas o casas abandonadas, a la orilla de las cachaqueras o de los ríos. El Tunjo, después de todo, no hace más que asustar a las víctimas, al parecer inconscientemente, pues según se entendía él sólo buscaba, como antes he dicho, a un protector que lo cuidara y mantuviera, para él, a su vez, hacerlo rico. Naturalmente que para que el

escogido tuviera derecho a esa oportunidad de enriquecerse tenía que soportar alguna prueba, y el caso era que el niño se presentaba llorando desconsoladamente a la orilla del camino, tirado **en** el suelo y precisamente cerca de donde ha de pasar el solitario viajero a quien ha de aparecérselo. Si la persona pasa de largo el niño lo alcanza y si va de a caballo se le monta en la grupa, dándole así el susto consiguiente y del cual no puede librarse sino corriendo desesperadamente o rezando. Otros se bajan de la bestia, lo recogen con mucho cuidado, con el consiguiente estupor de encontrar una criatura así abandonada y con lo cual el niño deja inmediatamente de llorar y, en seguida, ante el asombro de su inmediato protector, le habla muy claro, diciéndole:

- Papá, mire que ya tengo "ñentes".

Acto seguido abre la boca, por la que se escapa una feroz llamarada. El hombre tira la criatura y huye despavorido.

Esa es la terrible prueba.

Pero, en cambio, aquel que conoce ya el truco y ha estado precisamente esperando una oportunidad como aquella para enriquecerse, y que mucho la ha buscado en los lugares solitarios a deshoras de la noche y en noches de Viernes Santo, procede inmediatamente a hacer lo siguiente:

Rápidamente recoge la criatura y sin darle tiempo a más se moja el pulgar con saliva y lo santigua diciendo solemnemente:

- Yo te bautizo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El niño queda inmediatamente convertido en un precioso muñeco de oro. El que coge así un Tunjo se vuelve inmensamente rico de la noche a la mañana. El muñeco debe ser cuidadosamente guardado en una caja entre rezos y conjuros especiales; la caja debe ser bastante segura y con un compartimiento suficiente para la alimentación de su ocupante. Porque el Tunjo come como un ser viviente y defeca asimismo todos los días, pero valiosos trocitos y trocitos de oro macizo, con el cual se va haciendo inmensamente rico su dueño. Su alimentación consiste en cierto grano o semillita muy semejante al comino, pero más pequeña, que crece en las faldas de la cordillera. La alimentación no debe faltar, ni sus cuidados, ni sus ritos de posesión, porque si no éste se embarca en medio de una tormenta infernal y torrencial lluvia, con la cual crecen los ríos y quebradas saliéndose de sus cauces hasta dar con el muñeco, el cual se embarca en las embravecidas aguas, tocando tiple y cantando melodiosamente. Ampliaremos la descripción del Tunjo con el siguiente relato:

Cuenta un anciano campesino de Chenche, que en cierta ocasión, cuando él era apenas un "guámbito", hubo en los llanos del Salitre un señor Moncaleano muy pobre, labrador, que sólo vivía de las mediocres cosechitas de maíz en los montes del Martín y de arroz secano en las mesetas de Chenche, y **de** unas cuatro matas **de** plátano **en** las vagas **de** Río Grande, amén **de** unas ocho o diez chivas, algún par de cerdos, pelechando, y unas cuantas gallinas.

Don Venancio, que así se llamaba el campesino, no estaba a gusto con su pobreza y buscando por todos los medios salir de ella lo más pronto posible. Y como la ganadería, la agricultura y otras empresas no tenían auge suficiente y sólo alcanzaban para comer, él buscaba la única forma de hacerse rico total e inmediatamente, y ese era el hallazgo de un tesoro oculto, la posesión de un talismán o familiar y en último caso, hasta hacer pacto con el diablo, medio éste último repudiado por don Venancio, que en medio de su ambición no dejaba de ser un buen cristiano a carta cabal y no quería tener ningún lío con el "compadre".

De manera que el buen labriego se la pasaba continuamente a deshoras de la noche "puestiando guacas, buscando entierros, conferenciando con los difuntos, hurgando y buscando en las ruinas y casas abandonadas, adquiriendo ligas y consiguiendo oraciones virtuosas, averiguando secretos de antepasados y tesoros indígenas, y otras leyendas sobre fábulas riquezas.

El Viernes Santo por la noche se iba a los lugares más apartados y lóbregos, equipado con todos los conjuros y aprontes necesarios a "puestiar" guacas, entierros y Tunjos. Y fue así que una noche de Viernes Santo, estando él atento junto al morral donde llevaba los tabacos y una botellita de trago, en un lugar desolado y donde no se oía el canto del gallo ni el ladrido del perro, a eso del filo de la medianoche, cuando oyó el desconsolado llanto de un niño debajo de un capote a sólo diez pasos de donde él se encontraba.

¡Oh, milagro divino!, lo que él tanto había anhelado: ¡un Tunjo! Ni tesoros, ni entierros, ni monicongos, ni familiar, ni virtud alguna; un Tunjo era la perfecta dicha, riqueza, todo. El entendía mucho de Tunjos, aprendió las artimañas para su manejo, sabía cuidarlo y beneficiarlo. ¡Un Tunjo. . .! Rápido, ñor Venancio se abalanzó al lugar, acogió la criatura en sus brazos, y sin pensarlo un instante, la bautizó con saliva, con lo que el niño se transformó inmediatamente en un muñeco de oro puro que pesaba como una arroba. Lleno de alborozo y en el más riguroso secreto, el humilde campesino se lo llevó a su casa, lo depositó en la caja que él de antemano tenía preparada y le otorgó los primeros cuidados.

Desde entonces, "mano" Venancio comenzó a enriquecer y a enriquecer, sin que nadie pudiera averiguar el origen de su riqueza. Unos decían que era familiar, otros que era algún entierro de alguna alma en pena, algotros que una guaca encontrada en sus continuas búsquedas, alguna oración o un pacto con el diablo.

El labriego no descuidó por esto sus míseros haberes anteriores, sino que los aumentó paulatinamente, a la vez que se dedicaba con "alma, vida y sombrero" al cuidado y manutención del muñeco y a procurarle todas las artes y partes que eran menester para que no se le embarcara, y, asimismo, iba atesorando a diario el producto áureo de su defecación. Compró propiedades y se "enricó", al decir de los vecinos, ya no era "mano" ni "ño" Venancio,

sino el señor Moncaleano o don Venancio. Era dueño de muchos hatos y lecherías, de un arreo inmenso de muías, asnos y caballos, de huertas y grandes plataneras; tenía matanza y hasta casas en el pueblo.

Así duró don Venancio otros largos años de su vejez entre el alegre trajín que le daba su fortuna, contento, tranquilo y procurando servir siempre a los necesitados; hasta que un buen día pasó a mejor vida dejando como era natural, su fortuna en manos de sus dos hijos únicos, fortuna entre la cual figuraba el preciado Tunjo. Sus hijos eran unas calaveras "tomatrago", criados a toda ley y holgura, que no hacían más que parrandear por todo el llano, "peleando mochos" y enamorando ingenuas campesinas. No habían desempeñado ningún trabajo útil y por lo tanto desconocían toda obligación y carecían de responsabilidad. Así fue que tanto los ganados como las sementeras fueron decayendo y, respecto al muñeco, sostén de la riqueza, lo descuidaron, lo abandonaron tanto en su alimentación como en sus demás cuidados.

Una noche se oscureció el firmamento repentinamente, una tromba de viento y de demonios se desató por toda la vereda; tempestad tan terrible y tan violenta jamás se había sentido igual. Los vientos bramaban y descuartizaban los árboles, retorcían las palmeras, arrancaban los techos de las casas y arrancaban de raíz las sementeras; los rayos abrieron las palmas, incendiaron el llano y la viviendas, mataron las reses y hasta los cristianos. El agua caía como un diluvio llenando las cañadas, los ríos y las quebradas; llovió toda la santa noche hasta que las aguas de Chenche se salieron de su cauce, como nunca se había visto creciente igual, ahogando los ganados, destruyendo los siembros; se ahogaron niños, mujeres y ancianos, y el agua subió hasta donde era imposible llegar. Como a eso de las cinco de la mañana se oyó como un prelude melodioso, como una hermosa voz armoniosa que cantaba al son de un tiple, tocado con tristeza y dulzura, bajando por la madre de la crecida y amparo de una luz extraña que resplandecía a lo lejos cual la luz de un farol. Instantáneamente cesó la tormenta, bajaron las aguas y todo quedó en calma. La comarca quedó como una playa desolada y triste. Las riquezas del finado fueron totalmente destruidas. Fueron a ver la caja en la cual reposaba el Tunjo y había desaparecido. Los Moncaleanos quedaron igual o más pobres que lo que estuvo su padre antes de poseer el Tunjo.

EL GUANGO (Guando)

Otra leyenda. El guando es una barbacoa hecha de guaduas o varas, en donde se transportaba a los muertos desde los campos hasta el cementerio del

pueblo. Estos entierros ponían siempre en movimiento a toda la vereda entre un ajeteo resonante y activo que se hacía en convite, como si se fuera a empajar un rancho, a hacer un "desmatón" o a desyerbar un lote de yuca o de maíz.

En la casa del difunto, entre aguardiente, lágrimas y animación se reunían los enterradores, los cuales venían muy bien ataviados con pantalón dominguero y camisa bien "empecherada". Los deudos debían costearse el desayuno y los gastos de la comitiva de acompañamiento; equiparlos con buena provisión de trago y tabacos para el camino costearles el almuerzo en el pueblo y las atenciones de estanco. En el regreso más trago, y así hasta que llegaban borrachos a comer tamal con chocolate y bizcocho tostado. En estas juegas de entierros se sucedían reyertas que dejaban algunos heridos y muchas veces más muertos.

El guando era transportado por cuatro personas, una en cada uno de los extremos de las dos varas sobre las cuales se hacía la barbacoa en donde se balanceaba el muerto en medio de espeluznantes chirridos de amarres y maderas. Los cargadores se turnaban a cortos intervalos, diciéndole a uno de los acompañantes más cercanos:

— Meta el hombro, compañero.

La leyenda del guando es la siguiente:

Vivía en otros tiempos un hombre huraño, avaro, intransigente y mal amigo, que no prestaba un servivio, no daba una limosna, no ayudaba a nadie ni se compadecía por nada. Su inhumanidad llegaba hasta el extremo de que jamás quiso colaborar en el transporte de un muerto, para darle sepultura como Dios manda, sino que se negaba rotundamente a cumplir con esa obra de misericordia, alegando que él no era carguero de nadie y mucho menos de un retobo; que cuando él muriese, bien podían tirarlo en un zanjón, echarlo al río o dejarlo por ahí para que se lo comieran los "chulos".

La muerte llegó a su turno a las puertas de aquel hombre insensible y murió solo, abandonado y sin una oración siquiera, pues él ni siquiera permitía que nadie se arrimara a servirlo. Una vez muerto, los vecinos, olvidando viejos rencores y para cumplir con su deber de cristianos, se reunieron en la casa del finado, voluntariamente. Por medio de colectas entre sí financiaron los gastos de entierro y procedieron al transporte del cadáver al pueblo; construyendo un "guango" y colocaron al muerto sobre él. Mas cuál no sería el asombro de los concurrentes al comprobar que el difunto estaba terriblemente pesado, hasta el punto de que se necesitaron muchos hombres para levantarlo y luego transportarlo, con mucha brega por tramos pequeños y en continuos relevos!

Para ir al pueblo había que cruzar un río por un puente de madera. Los cargadores con lucha y fatiga lograron llegar al puente, pero al intentar cruzarlo, poco más o menos en la mitad, su peso se hizo insoportable y por mucho

que lo intentaron no lograron sostenerlo y tuvieron que aflojar; el "guango" cayó sobre el puente, -este se rompió con el terrible peso y el muerto cayó en medio de las turbulentas aguas del río, las cuales se lo tragaron en un segundo. Tres días lo buscaron y lo buscaron río abajo, pero no fue encontrado el guando ni su tétrica carga.

Desde entonces está rodando por el mundo esa alma en pena con el fatídico nombre del "guango", tenebrosa aparición de ultratumba que se presenta por los caminos reales que van al pueblo o por las calles suburbanas que van al cementerio, a altas horas de la noche, con preferencia la víspera de "Todosanto" o el día de las Animas, en la forma de un muerto transportado en una barbacoa por cuatro hombres, alumbrado por cuatro cirios y seguido de una larga y lúgubre procesión, vestidos todos de negro, portando velas encendidas y rezando en un murmullo bronco y medroso. En su lento y acompasado avance, el "guango" va chirriando horriblemente con un "chi-qui chi-qui, chi-qui chi-qui", que pone los pelos de punta. La víctima, como es natural, se queda paralizada de terror a la vera del camino mirando avanzar el fantasmal entierro a esas horas de la noche; y es así como el tétrico "guango" pasa junto a él, un aire frío le da en el rostro, un olor a azahares y a mirto lo invade, el corazón le salta, cuando por encima del ronco y apagado orar de la spectral comitiva oye una voz aún más cavernosa y lúgubre que le ordena:

— ¡Meta el hombro, compañero!

Siente luego en el hombro un peso que lo abruma, oye gritos y lamentos de las almas en pena, el corazón lo ahoga, la cabeza le da vueltas, no ve sino negrura y abismo y cae desvanecido como muerto.

Después de recobrado el conocimiento, la persona queda asustada, sonámbula, como idiotizada por algún tiempo; y nunca jamás vuelve a salir a deshoras de la noche.

El guando se les aparece a los trasnochadores, a los borrachos, a los avaros y crueles; a los mezquinos, a los enemigos de hacer el bien y a los que no se detienen ante nada con tal de hacer dinero.

EL SILBADOR

En esta una creencia y superstición exclusiva del sur del Toma. El silbador es un espíritu maligno, una aciaga predicción, una siniestra profecía repre-

sentada en el fatídico cantar de un pájaro de mal agüero invisible, siniestro y muy temido. Es un ave del demonio y compañero de las brujas que sólo predice desgracias con su tétrico silbido. Aseguran que en su forma es un pájaro corriente, de color gris terroso, muy semejante al Trespiés, hasta en su canto: un silbido largo, lastimero y lúgubre. Pero ninguno de los que han escuchado su triste aviso lo ha podido ver, pues casi siempre su canto es lejano, misterioso, se oye en la inmensidad del llano, de las montañas o de los ríos, entre las lóbreas tinieblas de la noche o entre la bruma lejana del espacio.

Siempre oye su canto aquella persona a quien le va a suceder o le está sucediendo en ese instante alguna terrible desgracia y con preferencia la muerte de algún ser querido. El terrible aviso que da son tres silbidos prolongados y tristes, con algún intervalo entre cada uno.

Para mayor y más clara explicación de él veamos el relato de este campesino, en sus mismas palabras y con todas las vueltas y revueltas que él sabe darle a la narración.

Conversa con su vecino, el campesino Timoteo Guarnizo, que ha venido a visitarlo por la noche, echados bocarriba sobre la barbacoa del patio, bajo la hechicera luz de una luna esplendorosa, rodeados de toda la prole de don Baltasar Cabrera, que así se llamaba el labriego, y mientras ambos saboreaban las delicias de un tabaco "cosechero" clavado en sus labios, por cuyas comisuras arrojan de cuando en cuando volutas de humo que se pierden en la oscuridad:

- Y como iba diciendo, mano Timo, —decía así, don Baltasar—, en una sola ocasión oi yo el tal Silbador y desde entonces le tengo inquina al maldito pajarracu ese y a mi Diosito le pío que no me lo güelva a topar por ai en el jamás de los jamases. Eso jue pa un. . . sí, pa un jebrero, don Timota, pero yo más bien procuro nu acordarme, Ave María purísima. Ya yo había cham-purriao en compañía de mhijo Báltica, el mayorcito, un tabloncito e yuca y una maticas de redrojo que tenía en la vega porteluna y como no tenía mayor qui hacer, cogí un burro orejigacho, grande, que tenía, le encasqueté una siya di orqueta que mi había regalao mi compadre Nepomuceno Güertas, le tercié la menúa, una murralla con bastimento, café, panela, anzuelos mueluderos y capaceros, y unos tres u cuatro pintones pa carnadiar y una boteyite trago pal fríu. Me li orquetié al burrito y me empaqueté pa Riogrande a salille a la punte nicuros a la boque Totarco.

A yo mi había dicho el rucio Donato, que Dios lo tenga en los Santos Reinos, quel grueso e la punta había pasao por Peñones Altos ese domingo, es decir, dos días antes, porque aquél era un martes, hora. . . hora verá. .. hora seis años, precisamente. Jué la subienda grande di hora seis años, mano Timota! Estu es. Jué en ese tiempo que se jartó Chenche de tanto pescao que los podía coger uno con la mano.

- La recuerdo, mano Balta; yo me cogí como dos costalaos de cheres ai nomás en los alares de Quitacalzón, en un rato.

— Eech, menito, don Timo, pa que vea que no le miento. Bueno; así jue que me juí pal río solítico con Dios y la Virgen, una chandosa, langaruta, que no me perdía pataa y un atadito e chicheros que yevaba en la murrala pa espantar los zancudos. Maruja se queó buena y sana en el rancho, tejiéndose unos rejos con las muchachas pa vender en la viya. Y Báltica, que hacía las veces di hombre en la casa. Me juí derecho a la boca, a la parte di abajo, ques donde trompea el barbudo. Por ai entre dos luces yegué a la oriye el río y ranché a lo di abajito e la cachaquera martinuna, debajo di un mulato grande que hay oriyadito a la playa. Achiqué el burro di una mate cachaco, bajé los trimotiles y la chila; y en un dos y tres soplé candela y puse a hacer unos sorbos de café pa engañar la barriga. Tomé tinto y juí a atender y a echar unos lancécitos en la punte la resaca a ver si cogía algo pa hacer un viudito. Eché unos cuatro perros y me cogí unos nicuros; aliñé loya y mantras estaban los cocidos tendí los anzuelos.

La noche taba como el día, azulita pero calurosa; la playa taba sólida y queta, no se oya sino latir, por ai de cuando en vez, los perros de la vieja Martina, en la vega. Al otro lao se veyá una hoguerada, jeguro eran pescadores que taban tendiéndole a la muesca. En eso ya tuvo el viudo y me lo panqué, me jumé un chichero, le eché de comer a la perrita y ai mesmo cogí la manta y me juí pa arriba pa la cabicera del playón. . .

— Ai pai caidero que tienen los Mendozas.

— Esauto, mano Timota.

— Ai pegaito a Totarco. . .; ai sí qui arriman unos grandes, mano Báltica, y a liia abajito el peñón es un lance seguro.

— Y limpio, mano Timoteo; es lo que más me gusta ese puesto; esplayao, y muy acertao pal nicuro. Bueno; eran como las once tal vez; arrimé pianito y eché el primer lance, así arrecostao al peñón, y casi no pue sacar la chila jartica de cachudos; me cogí más de cuarenta; yo ¡je pa mis adentros: ta bueno; si así sigo mañana cargo el burro y me largo.

— A bárbaro, siempre estaba apretaíta.

— Pues cómo no. Bueno, yo seguí chiliando y cogiendo graniaíta, pero unas lonchas de nicuros que parecían capaces y amariyitos de lo puro gordos.

— A gusto...

— Si jeñor; y ahorita sigue lo peliagudo, mano Timoteo. La luna si había ocultao, el cielo taba nuboso y un relámpago parpariaba cortico parriba, como con ganas de yover; no se oya ni un mosco y una brisita repelente mi hacía chisporriotar la pavesa del tabaquito que me estaba jumando. Sólo se oya el chapoteo de los nicuros echando pa rriba. Yo taba amojonaíta, haciéndoles hora a los guapuchos, mascujiándome el tabaquito y con la tasaja lista, cuando oigo por **aya**, como por la madre del río, ese silbido clarito, largo y destemplao, mano Timoteo; sería como la media noche. Yo no me quedé suspenso, se me erizaron los pelos y la lengua se me puso como si juera un

pite e boge. Nu acertaba ni a moverme, y queó en el aire esa cosa mala, un soplo fuerte enainas me tumba el sombrero y too parecía como si el mandingas estuviera por ai suelto. Otro ratico endespúes volvió a silbar abajo, al pie e la cachequera, y ai sí, mhijito, recogí los cuchos como pude y me juí pa la rancha, que me temblequiaban las corvas como si tuviera beri-beri. El burro taba que arrancaba la mate cachaco, ¿oyó?

— No tenía por menos, mano Baltasar; ave María purísima. ¿Y vusté quiso?

— Jigúrese; esi animal resoplaba y paraba las orejas y no se taba queto; la perrita también dejó el jogón y se me jué a enroscarse en mis zancas, huyendo, asustada.

— ¡Eco. . .! Los animales cómo perciben esas cosas. . .

— Son los que más. Bueno; tan pronto como yegué a la ranchería, me silbó por tercera vez ai no más en las ramas del mulato. Ai si jué cierto quel burrito y la perra si alebrestaron como yevaos del diablo. El susto que yo tenía era bestia, mano Timo; y sobre todo me cogió esa pinsión y esa pinsión que no me dejaba ni cavilar con derechas; y yo, qué mas pesca ni qué caray. Me juí otra vez pal río, pelé los anzuelos como pude y eché todo en la murella, y también como arroba de pescao que había cogió ya. Ensiyé el animalito, le colgué los jotos, me le encasqueté más encima y me las emputé pal rancho. Cuando yegué, ya tenían a Marujita en la mité la sala, válgame Dios, don Timo, velándola, y toos mis muchachitos yorando como locos al pie.

— Ay, sia por Dios, mano Balta, ¿antonces eso jué cuando la muerte la finaa Marujita?

— Como loye, vusté, mano Timoteo; comu a las dos horas di haberme largao puayá de farolón le dio un patatús a la vieja y por ai como a las once jué alma de lotra vida. Y ese espirito de los demónchiros me lo avisó. Cuando yegué, apenas salía Báltica a avísame, en una mocha vieja que le emprestaron por ai.

— Jesús Credo, **mano** Balta, **qué** cosas esas; ese pájaro agüerista es comuna cosa mala que **no** le trá sino desgracias **a** uno. ¿No ve que **a** yo también me silbó cuando la muerte el viejo? Eso jué para cuaresma, entri oscuro **y** claro; **taba** yo leñatiando ai junto al rancho viejo de la vieja Rudesinda **y** me silbó tres veces también; por ai **como** del monte **paya**, en lo más cuajao; un chíflido clarito **y** como **un** suspiro; iy... tome.. .! , se murió mi taita)

BRUJAS Y DUENDES

Las brujas y los duendes son personajes conocidos universalmente; en todos los rincones de la tierra hay brujas, se conocen sus leyendas, se les atribuyen tales o cuales características, según el lugar y las creencias de sus moradores. Asimismo, son conocidos los duendes.

Pero, por ejemplo, la bruja tolimense es original. Sus formas, sus andanzas y leyendas son propias del Tolima. La bruja universalmente conocida es aquella vieja desdentada, de boca grande, mejillas flácidas, con un sombrero puntiagudo, fumándose un largo tabaco y montada en una escoba, volando por los aires. La bruja tolimense, en cambio, surgió de las mentes campesinas como una mujer hermosa que vuela desnuda, que pernocta con el diablo y que tiene el poder de transformarse; que baila en partes desoladas en compañía del demonio, que forma parte del séquito de éste y que está bajo su dirección y ayuda. Su forma más corriente para transportarse de un lugar a otro en sus diabólicas andanzas, es la de una pisca (pava). Es un animal enorme que azota los techos al posarse en los limatones de las casas y las ramas de los grandes árboles, si se posa en ellos.

Muchas veces, en la negra oscuridad de la noche y a horas avanzadas, se oye su estruendoso volar que pasa raudo, el aletazo del viento le da a uno en la cara y después se oye su horrible y estridente carcajada. Otras veces se pueden sorprender a todas las de la vereda o pueblo; porque es preciso advertir que las brujas del Tolima son siempre mujeres de la región, pervertidas, hechiceras, adúlteras o de malas artes que hacen pacto con el diablo para poder ejercer su abominable profesión, y se pueden sorprender, digo, en sus danzas, festines y bacanales, en compañía de Satán, en amplios descubiertos o limpios, en medio de los montes, en las sabanas de las altas lomas o en los llanos deshabitados (peladeros de las brujas). Para ello hay que ir en silencio, con la brisa de frente y ni por nada del mundo, ir a mencionar una oración. Así se podrán ver sus danzas profanas, sus hechicerías, sus ritos infernales, sus macabros festines de cadáveres y oír sus risas, sus maldiciones y blasfemias.

Cuando se nota que está siendo atacado por una bruja, de noche, u oye su fatídico vuelo, o escucha sus risas en la oscuridad y se quiere conocer en persona para descubrirla, no hay más que convidarla en la siguiente forma:

— Mañana vienes por sal, so condenada.

Al otro día, sin falta, viene en persona a la casa a prestar sal, y así será reconocida.

Su ataque consite en perder o embrollar, más que todo a los borrachos, a los enamorados y a los que andan en malos pasos. De noche, cuando todos duermen, les chupan la sangre a las personas en cualquier parte del cuerpo, con preferencia en los muslos o en el cuello. Se roba los bebés y perturba y trasnocha a los que se da en perseguir.

Las brujas se ahuyentan con escapularios o medallas o llevando ajos o cabalongas en el bolsillo; las viviendas se rezan y se rocían con agua bendita, yerbabuena, albahaca y otras yerbas aromáticas. A los niños se les pone una pulserita de hilo con un azabache.

Los **duendes** también tienen sus costumbres y leyendas propias. Son perversos, impertinentes y traviosos estos pequeños diablos que todo lo embrollan, todo lo esconden y en todas partes están metidos. Una casa invadida de duendes es una casa "patasarriba", endemoniada y sin sosiego. Su especialidad es perseguir a las muchachas casaderas, a quienes perturban de una manera tal, que muchas veces las idiotizan y las hacen hasta enloquecer. Las persiguen de día y de noche, sin tregua, hasta que la muchacha se desespera y enferma. Cuando charlan con el novio, por ejemplo, la tocan, la llaman, le hacen ruidos extraños, le esconden los utensilios de cocina o de costura, hasta que fastidiado éste por lo que cree un "filimisco" de su novia, se va enojado, y muchas veces rompe con ella. Una muchacha perseguida por los duendes casi nunca se puede casar porque ellos lo echan todo a perder. De noche las llaman, las tocan, les ocasionan pesadillas y malos sueños, y muchas veces los padres las han detenido en el patio, arrastradas misteriosamente por los duendes.

Los campesinos tenían un medio muy eficaz para curar una casa infestada de duendes. Con tal fin, y exclusivamente para ello se construían unos tiplecitos especiales, más o menos como un requinto, de ocho cuerdas, sin agrupación de orden como el tiple. A ese tiplecito había que darle un temple, **también, especial, y era éste el único problema para la operación, porque no** todos sabían dárselo, sino que, muchas veces, en una región muy extensa sólo había uno que podía hacerlo bien. Esta persona solía ser siempre un anciano muy antiguo que por lo regular se sabía todas las artes y triquiñuelas del pasado.

Una vez templado el tiplecito en esa forma, se ejecutaba el llamado antiguamente "son de las vacas", y los duendes huían como por encanto.

Era tan efectivo este procedimiento, que con sólo templar el tiple, con su temple auténtico y dejarlo por ahí en un rincón de la casa donde hubiera tales diablillos, éstos, después de volver pedazos el instrumento, de destruirlo totalmente, se iban y no volvían jamás. Otras veces se templaba el tiple y se tocaba una cuerda poco a poco, sin ser el "son de las vacas", y los duendes desaparecían.

21. LEYENDAS

Departamento de Tolima

Rocha Castilla, Cesáreo, Prehistoria y folclor del Tolima, Publicaciones de la Dirección de Educación del Departamento, Ibagué, 1968.

En este libro su autor, conocido folclorólogo del Departamento del Tolima, recoge varios textos de leyendas, transcribiéndolos tal como le fueron relatados.

EL MOHÁN

Presentación:

Previa autorización del autor se insertan en seguida dos capítulos deliciosos del libro "Río y Pampa" de Nicanor Velásquez Ortiz, escritor y poeta compenetrado substancialmente con el sentimiento, los hábitos, los métodos de vida, las alegrías y las angustias del pueblo tolimense, Velásquez Ortiz hace hablar a los personajes de su gran novela en el lenguaje desatado y exacto que emplean los campesinos en sus conversaciones comunes y corrientes. No usan otros modos de expresarse que los que el libro contiene. Quien quiera conocer los modismos regionales del puro pueblo, allí los encuentra. Nada hay en ellos de alteración ni de artificio. No se pretende aquí hacer el elogio de "Río y Pampa" que ya hizo recorrido triunfal en la república de las letras, ni de su autor cuya sensibilidad, talento y veteranía en el manejo del idioma y poder de captación y de síntesis, están fuera de toda ponderación. Pero Nicanor es modesto como todos los hombres de valía y mérito, nacidos en esta tierra tolimense que él ama tanto.

Muñeco mugre, dijo Juan limpiándose la cara y sacudiéndose el polvo de la camisa. Tedever pujando de la roza a la casa cuando te plante en las angarillas las trozas más pesadas.

Como ya el burro lo había tumbado, resolvió bajársele para abrir la puerta de golpe que cerraba el patio de la casa del taita.

— Güeñas tardes, patrón.

— Muy güeñas, Juan. Pareces que vinieras de jjestas, que te pasó en la cara?

— Este mugroso. . . . Ah, patrón, los animales son los mesmo que los hombres: No se les puede dar soltura. Hay que mantenerlos bajo el peso diurna obligación, resulta que se lenredó una chamiza entre las patas, y como está descansao, semperró a brincar hasta que me revolvió.

— Es que cuanduno va pa viejo las corvas se le aflojan señor don Juan.

— No se burle, patrón, que yo todavía canto a la madrugada....

— Y quiay puallá Juan?

— Que ya todo ta listo pa la pesca. Ya convidé a Pedro y los Morenos y Los Gutiérrez. Venía a eso, a decile que si vamos, vamos, pues tenemos que subir hastael "Playón de la Moya".

— Nosotros también luestamos, nús cierto Maxo?

— Sí padre. Ya encontré la espuela; era lo único que me faltaba para montar.

— Ledicho quel caballo "Patasagrias" no necesita despuela. Pero usted verá si me pone a buscar a Damián.

— Y quién es Damián?

— Damián es el sobandero de la región, y no le jaita nunca en su casa un tercio de cascaras de "suelda con suelda" por siai quebradura.

— Más vale un hueso roto que novenario con tamales. . . .

Los tres montaron y salieron. Cuando ya cogían el camino del callejón, salió Nazaria, la mujer del taita y madre de Maxo, y les gritó desde la culata de la cocina, botándoles la voz por entre la corneta de las manos:

— Oiga, Marceloooooo: Cuándo vuelven?

El taita se, empinó en los estribos y dando la cara hacia atrás le respondió:

— Cuando la luna seeentre. . . .

Estaba en cuarto menguante y el viejo quiso decirle que al amanecer.

— Güeno, Juan: y nos irá bien?

— Pues claro patrón; la subienda está en su punto y los bocachicos y las sardínatas juegan en los remansos como las muías en los potreros cuando llueve.

Llegaron al rancho de Juan, sin que Maxo se hubiera atrevido a tocar a "Patasagrias" con las espuelas. Los perros salieron en tropel y después de gruñirle a "Leonte", daban la vuelta para orinarse contra los cercados y venían a oler los anchos zamarros de Mazo y de Marcelo. Los muchachos saludaron al taita con el respeto de los niños de escuela a su maestro:

— Muy güeñas tardes, taita Marcelo.

— Muy güeñas; muchachos. Estamos listos?

— Esperándolos, pa ver si echamos unos lancecitos y comer viudo fresco, en compañía de don Maso.

— Los echaremos, amigos. A eso vine con mi padre.

Bajo los ciruelos del solar y sobre las barbacoas están extendidas las redes y los anzuelos. Los canaletes muestran en sus palmas fibrillas entorchadas por el sol. Las plumadas de las atarrayas y chinchorros están recalentadas y los cabestros sedosos. Las palancas, de lo puro secas, son casi musicales y livianas.

Acordada definitivamente la hora de salida, en la playa se amontonan chinchorro, atarrayas, anzuelos, "joco" donde van las carnadas, y un tarro grande de lata que guarda la panela y la sal, el café y demás fiambre, delicado, la olla botada al acaso, bosteza en vaho de sancocho fresco. Los hombres van bajando al puerto. La canoa comienza a hacer cabriolas al peso desigual de los pescadores que entran a ella. El piloto, que lo es Juan, está en la popa sentado y ya castigó el río con la férula del canalete en ritual común y acostumbrado de las bogas. El sol ha dado las últimas zambullidas en el agua y salió a ponerse la bata de los arreboles. Un "Martín Pescador" sube por la

vena del río como el mercurio de un termómetro. De cuando en cuando una paliza que baja, muestra su gorguera de espuma.

La canoa se desprende de la playa y el piloto al abre hacia el cauce natural para cortar las olas pacientemente, perezosa. Todos ocupan sus puestos, los unos a plan de canoa, los otros a filo y no falta quién meta las manos en el río, como para acariciarlo y darse cuenta de que tiene calor de sangre.

— Recuerda, patrón, -dice Juan— cuando teníamos que meterle el hombro a los champanes?

— Vos no, pues siempre tía tocao pilotiar.

Peruestos chorros cómo nos hacían sudar. Qué tiempo esos y qué jornadas

— Aquel compa Juan no siacuerda cuando la moya de Perico se jartó el champán de don Pedro, intervino uno de los Morenos.

— Cómo nue diacordarme, si nuai suceso ni remanso ni chorro o piedra tapada o reventón que no conozca deste río? En esa vez se perdieron diez cargas de arroz, quince de cacao y hasta unos zutes. Nosotros nos salvamos porque siempre hemos sido gCJenos pa lagua, nées cierto **Julio?**

Julio Gutiérrez, que venía sentado a filo de canoa, miró hacia el piloto para entrar en la conversación. En ese instante una dura palanqueada hizo bambolear la embarcación y se mojó la punta de la nalga. Mas **dio** la respuesta que se le solicitaba. Y bogas y pescadores fueron soltando la lengua como chiquillos que se arriman a un caney a contarse cuentos y decir mentiras, mientras la luna juega en el mangón cercano y se acuesta en lo limpio con las vacas.

— Siempre luemos sido, compa Juan. Pero ninguno como el dijunto Ricardo. Ese sí era un pez pa lagua y ya ve la muerte que tuvo.

— A yo no me sacan de la motóla que jue! Muan, porque semejante nadador no podía quedar en el remanso de "Las Peñas" sinubo cosa mala.

— Que lubo, lubo —respondió el otro Gutiérrez.— Yo lo vi hacer gracias increíbles quistedes no eren. El se pasaba el río de dos consumidas, peliaba con el caimán, salvó mucha gente y era capaz de sacar un botón de camisa del charco más profundo.

— Los Morenos y yo sí sabemos esistoria. Pobre el finao Ricardo; lo mejor es no contar nada niacer conjeturas; dijo Juan, que venía atento a los sitios peligrosos, a las piedras a medio tapar y a los troncos sobreaguados que podían hacer zozobrar "La Celosa".

Nadie como Juan conocía las dos orillas del río, desde su nacimiento, hasta su muerte.

— Vamos, Juan, desembuche listoria de Ricardo y **diga** cómo siogó.

— **Ya verá, taita Marcelo, cómo se nos hogó Ricardo. Veníamos ios** Morenos, él y yo, a echar unos lances con la tarraya puaquf arriba. Nian siquiera labiamos mojaio. Nées verdá, José?

— Así es, Compa Juan. Hasta recuerdo quiusté me dijo que pilotiara un rato mientras buscaba unos tabacos en la muchila.

— Eso. Sies que luestoy viendo. Cómo no, que yo me pasé a buscar unos chicheros. Nos arrimamos a "Las Peñas" y Ricardo que venía adelante dejó el palo y cogió la tarraya. La noche comenzaba hacer coquitos. Entramos poco a poco al remanso y Ricardo que traya listo el tiro entre sus manos, le dijo a José: téngase. Se paró la canoa o mejor nos juimos pasitico sin sacar el canalete pa nuaser ruido y Ricardo soltó la tarraya contra el remanso de la peña. Pero jué a jalar lentamente y notó que se le había pegao. Me miró y me dijo: compa Juan, tamos de malas. Quién sabe qué tronco enlacé. Yo le respondí: no, compa, en este charco nuai tronco ni piedra porque yo le conozco como mis manos. Y por molestar le soplé esta conjetura: si será el Muan. . .

— Pues sies, lo saco arropao, recuerdo quesclamó el finao. —dijo José—. No lo recuerda usted, compa Juan?

— Claro, lo recuerdo todo, como si juera ayer. Y recuerdo que Ricardo se peló y se jué tras la cabuya de la tarraya y consumiò cerquita de la peña. Nosotros esperamos un rato porque comuel aguantaba tanto resuello... pero nada. No salió. Pasó el tiempo y nos entró escarbadera.

— Núes cierto, compa Juan, que licimos varias entradas al charco y usted dijo: manque me reviente pero voy a pasiar el jondo del charco sin dejar rincón que no toque con las manos y usted salió al güen rato alriao de que la tarraya nuestaba enredada y había arropao como unos veinte bocachicos criollos?

— Asina jué. Lo cierto es que nos dieron las ocho e la noche consumiendo sin lástima en busca de Ricardo hasta que resolvimos nuenstrarle más lagua. A yo no me saca naides de la cabeza que juel Muan.

— Y por qué se tiá metido que juel Muan?

— Vea, patrón: que juel Muan, juel Muan. Ricardo era el mejor boga que yoaya conocido.

— Y yo

— y yo también

— Y yo. Y vos, Julio?

— Pa yo no conozco nadigual. Jugaba en este río comuna zabaleta o común caimán pichón. . . .

— Sí señor, eso juel Muan, —repitió de suyo el viejo piloto.

— Es quisté no sabe, taita Marcelo, la pelea que existía entrellos. Imagínese quiuna vez bajaba Ricardo solo, cuando en el puerto de "Las Animas" lo **vio** jalarse una lavadora y Ricardo se le zambulló y le disputó la muchacha hasta que salió con ella al hombro. Ese cuento me luechó él una vez que subimos los dos solitos a recoger unos anzuelos, quiaba dejao tendidos en "Los tres dindes". Y yo le pregunté cómuera porque pa decir verdá, a yo no miá

salido nunca dende que soy pescador y trajino puestas aguas. Recuerdo que me lo pintó tal comuel lo **vio**. Quesque es bajito como quen ve un león parao. Los ojos negros y grandes y brotaos como de sapo con una luz de tizón y que tiene mechas largototas que le caen hasta las corvas, quesque tiene el pecho blanco y liso como pecho de lechoso y las manos son atigradas como cuero de bagresapo. Con uñas largas, cada una común agüinche. Y como le quitó la muchacha y no se la dejó llevar a la cueva onde él vive común príncipe con harto oro y todas las mujeres que se roba en los puertos. Ricardo siempre vivía temeroso de tener un encontrón. Y lo tuvo esa nohecita, pues no salió de los limpio. No ve, taita Marcelo quel charco de "Las Peñas" es limpiecito como la pática dium niño? Pa no conocerlo yo que lo tengo recorrido de punta a punta y nunca he topao niuna piedrita del tamaño diun maiz pira.

—Curioso tueste relato, y especialmente la muerte de Ricardo.

—Sí patrón, aquiubo vaina, —dijeron a una todos—.

Y Juan añadió:

— Desde entonces es mucha la gente quial entrar la noche ha visto quiuna canoa baja veloz por la mita del río y en ella se mueve una sombra como diun hombre chingao. Todos dicen ques lalma del dijunto Ricardo recorriendo sus sitios predilectos y ayudando a los bogas, y pescadores que jueron sus amigos. ...

A yo me salió una tardecita....

—Y al leñatero Ezequiel, quera su compadre.

— Las lavadoras están jartas de verlo... .

— Yo recuerdo de Ricardo, —dijo Maxo, que hasta entonces venía atento al diálogo de los pescadores y a la historia contada—.

Indudablemente que todos conocieron esta figura familiar a ellos. Ricardo representaba un tipo de hombre entre sus gentes. Ellas lo admiraban por la franca apostura que se fundía en su cuerpo, con el pulimento y peso de un corazón de guayacán. Y todos evocaban con esmerado cariño sus maneras, actos y rasgos de su vida.

Todavía pareciales sentir los golpes del hacha en la montaña cercana, que descuajaban el cedro de tres abarcaduras, el cual venía a tierra con los lamentos mismos de la selva, como si ésta al entregarse a sus potentes brazos le diera el propio corazón.

Y veníanle en esa minuciosa labor de un alfarero que va puliendo apasionado los contornos de su cántaro y dando formas a su cuerpo para taller la obra del amor. Serruchos, azuelas y formones y martillos, están botados bajo el viejo tambo que le **vio** perfilarse en sus afanes de titán hasta darle a su canoa la fina estampa de una mujer y la movilidad aligera de una ave.

La canoa fue para Ricardo el más noble de sus quehaceres y la más pura de sus afecciones. La amaba como a una leal y fiel amada que compartiera con él vida, querer, dolores y alegrías. La defendía como se defiende a un

hijo y un amigo,- con esa certidumbre de que ella haría por él actos idénticos. La cantó muchas noches y muchas madrugadas, con esa dulcedumbre de su corazón de boga, tal si ella fuese una doncella que le hubiese prometido al través de las rondas y la música, abandonar el esquivo las de sus encantos para aferrarse a su vanguardería y entregarse a él en el vaivén armonioso de las ondas.

La adoró también, con esa adoración fiel de un hombre vencido por la pujanza de la muerte. Sus mejores oraciones fueron para ella, su canoa, símbolo de altanería y de franqueza que supo deslizarse sobre el leonado pecho del Padre Magdalena. Hazaña de sus sentimientos que cubrieron como un manto de estrellas al alargado cáliz de las aguas. Triunfo de su poderío al pasearse majestuoso por las riberas solitarias.

Comparábale, además con un ángel luminoso y contemplábale cuando él y ella, su canoa, después del rito del bautismo para llamarse "Lucía", "La Magdalena" o "La Celosa" y "Flor del Monte" y "La Encantada", hundía el laminado vientre en las aguas profundas y era sobre el lomo del río que aceptaba la entrega complacido, una sola silueta y una sola emoción, cual la emoción y silueta de una raza prolongándose entre las cintas lilas, de oro y plata de los remansos y las torrenteras en pos de luceros que se ahogan.

El alma de Ricardo, bajando veloz por la mitad del río, tenía para ellos el poderoso encanto de la cola de un pavo real, donde titilaban los ojos de los bogas que habían muerto y contemplaban desde la eternidad el hilo que envolvía sus linderos.

- Nos estamos arrimando al "Playón de la Moya", dijo Juan.
- Meta la canoa debajo del capote.
- Núes mejor en la punta del remanso?
- No; arrimemos debajo del capote por siaca se descuelga la lluvia.

Y todos acamparon en el playón, que se mostraba como una inmensa y ovalada sala cubierta de ceniza.

LA PATASOLA

Relator: Ricardo Rocha G.

En mis juventudes, en tiempos de vacaciones, holgábame yo, en la heredad paterna, donde, por más señas, floreció el primer cafetal plantado en estas latitudes. Poesía allí una pequeña labranza un hombre pobre, hasta de 75

años de edad, cuyo nombre bautismal era Nicolás Caicedo, pero a quien nadie mentaba sino con el singular apodo de **Ñor Mica**. Era negro, alto, delgado y de escasos cabellos sin canas, y en sus manos y pies hacía visos **un** tatuaje natural, que es una de las características del pueblo tolimense y que, para su impresión, no son necesarias tintas de ninguna clase. **De** sanas costumbres, era dado al trabajo diario que no comenzaba sino después de haber rezado, en uno, con su hija sobreviviente el "santísimo rosario" y de haber regado, en el solar, maíz para el desayuno de las gallinas. Metódico, no buscaba horas de esparcimiento sino en los días de farra popular a que todo tolimense se da por invitado de San Juan y San Pedro. En tales oportunidades rasgueaba en el tiple la "Caña", la guabina y el bambuco, después de haber apurado algunos tragos de aguardiente que él llamaba "timbilimbas", como en la jerga bogotana lleva hoy el nombre de "pelapingas".

Rayados esos días y esas noches, a Ñor Mica, en su diario vivir, en las horas de reposo, le daba el avenate por hablar de la esclavitud, de la "guerra de Mosquera", del Duende, de la Patasola y de todos los seres fantásticos cuya existencia afirma y confirma la superstición popular. Como también afirma y confirma que los bebedizos para las enfermedades y los caldos de "gallina pintada que no haya sido espantada por el chucho", como reconstituyente, que recetan los yerbateros y yerbateras, son más auténticos y eficaces que las drogas y las fórmulas de los médicos de ciencia. El vulgo poco cree en la ciencia y, en cambio, le rinde culto a algunas de las cosas con que se peca contra el primer mandamiento de la ley de Dios. Así es y así será.

Yo me trasladaba, a veces, a la labranza de Ñor Mica, porque gustaba de platicar con él y oírle las verdades y consejas que Santiago Perea buscaba revolviendo las cosas viejas. En alguna ocasión, en un tinglado de su cortijo, sentados en un banco rústico, le armé conversación sobre agüeros, hechicerías y cosas supersticiosas. Pero, como sabía que el viejo era ilustrado en paremiología, le anticipé que yo no era amigo de los refranes y que prescindiera de ellos. Para desempeñarme de mi propósito, empecé por preguntarle qué era eso de la Patasola, tan temida, y con que suelen las gentes amenazar y asustar a los niños.

— Por las llagas del Criador, me contestó. Esa mujer sí que es hermosa; mire patroncito que tiene un cabello como el del Señor en el huerto **que ve uno en la Semana Santa** y, **unos** ojazos **que le brillan que ni la luna**, y **canta de lo maro bueno. Pero es la vidita mía para hacer maleficios.**

— **Y por qué se llama la Patasola?**

— Pues, dotorcito, porque no tiene sino una sola pata y por eso camina renqueando, pero no **le** hace, para **que** también corra **que** ni un conejo, a según los pasos **en** que ande.

— **De** manera que usted sí la ha visto?

— María Santísima; si a yo y a mi familia nos pasó una mano con esa

confiscáa, puallá. en un bejereque que tenía mi taita, cuando yo era muchacho, cerca a una quebrada llamada la quebrada de los Jabalcones.

—Muy bien, pero cuénteme esa historia que debe ser muy interesante.

El viejo se puso caviloso y mirándome con cierta malicia metió la mano en la burjaca que siempre llevaba al cinto y sacó "el recado de sacar candela". Estregó el eslabón en el pedernal, saltó la chispa que dio candela a la yesca y en ella encendió un tabaco, sibaritismo de los pobres, según Emiro Kastos.

—No le ofrecí de estos bijuacaes porque de esos no human los blancos.

—No hay cuidado. Pero en la yesca encendí un cigarrillo Legitimidad. Y ahora sí cuénteme su lance con la Patasola.

—Pues, sí señor, hora y verá; es puaquí así: tenía mi taita —ya ve cuánto tiempo hará— una chagrita puallá es que en una comunidá, cerquita a la quebrada de los Jabalcones. En esa chagrita sembraba maíz, plátanos, yuca y arroz, y teníamos una casita, horno y gallinero y, como no nos faltaba la escopeta, madrugámbamos al monte y matámbamos pavas y guacharacas y, con unos perritos borugueros que teníamos, desencamámbamos las guaguas. Así vivíamos y trabajámbamos y no faltaba la comida ni la muda de ropa.

Era el día de San Juan, que hay que pasarlo como Dios manda, sin faltar el estreno, el horniao pa tomar el cacao con hartos conqueses, el desayuno con un trago con bizcochuelo pa quedar picaos, ni la quema de voladores, ni la comida de arepas, insulsos y jartapobres y lechona rellena de arroz y alverjas. A la madrugada grande mi taita y mi mama de levantaron y nos llamaron a todos. Mi taita, en el solar, soltó unos voladores y fue ya que toítos pusimos los huesos de punta y afuera que hace calor. Mi taita tenía un túmbilo de aguardiente en la mano y mi mama una lata de horniao. Todos nos metimos las mañanas y las sentamos con bizcochuelos y arepa batida y como ay taban de convite unos compadres con sus hijos, por de conta se armó el fandango, y toque caña, y toque guabina, y baile torbellino, que pa eso taban en un zarzo la tambora, el tiple y la carrasca sanjuanera.

—Perdone que le interrumpa. . . Entiendo que el torbellino es un baile muy gracioso en que se dan vueltas pintorescas y hay tiroteo de coplas: usted debe saber mucho de eso.

—Pues, algo, mi dotorcito. Cuando yo estaba en amores con mi mujer, que es f ¡nafta hace mucho tiempo, bailámbamos el torbellino bien despalmáito y nos echámbamos versos picaros que nos ponían más al hilo de la querencia que teníamos.

—Pero, sería bueno que me dijera unos versos de esos que se disparaban

—Allá van, mi blanco. En la víspera de casarnos tuvimos que hacer un viaje a la Mesa de Ortega, a cumplir una promesa a mi padre San Roque, que es venerao en una capilla que hay en la meseta, hace los años del ruido. Después de haberle puesto velas y comulgar y rezar un zurrón de oraciones, quedamos despachados, y como puallá teníamos unas conocencias, nos lleva-

ron a un convite. Tomamos de una chicha de ojo que hacen en Ortega, que con una totumadita queda uno calentón, y saqué a mi novia, que era una morena **de** raza **y** mandaca, a bailar torbellino. Después **de** unas vueltas y revueltas, nos paramos frente a frente, y yo le dije:

Más vale una negra fea
que una morena sin gracia,
porque no quiero tener
agua tibia en mi tinaja.

Y ella, por de conta, me contestó:

Dende que te vi venir
en un mocho tan chunchoso,
me dijo mi corazón:
ni pa novio, ni pa esposo.

Y yo le dije de nuevo:

Esos labios tan rojos
de esta morena,
contienen más almíbar
que una colmena.

Y ella dijo esto, que sí que les gustó a los que ai taban:

Tal vez te lo figuras,
so gran demonio;
de la miel de mis labios
no hay testimonio.

Salimos del bunde y nos vinimos derechito a casarnos. Y toavía me parece verla con el camisón amarillo y la cinta azul que le paretaba la cintura cuando entramos a la iglesia. Pero. . . pa qué más. Como dice el dicho, lo pasao, pasao, y lo que venga, seco o mojado.

— Bueno, pero ahora sí sigamos con la Patasola.

— Sí, mi blanco. íbamos en que en la chagrita se había armao el fandango. Esués. Cuando ya le sentimos pasos a la aurora, mi taita gritó: San Juan. A la lavada al chorro de los Jabarcones. Eso fue todo uno: las mujeres cogieron los anacos y los hombres sus capisayos y tocando música echamos para pa la quebrada. Al llegar al jilo de la lomita, todos le pegamos un grito a San Juan y oímos el zumbido de un viento, y mi mama, chingada de miedo, gritó: Jesús Nazareno! La Patasola! Y como ya estaba aclarando, vimos que esa bruja estaba en otra lomita cantando así:

Yo soy más que la sirena;
en el monte vivo sola,
y nadie se mé resiste
porque soy la Patasola

Todos nos-quedamos suspensos, y como mi mama era muy temista, se persinó y cogió afán para que nos volviéramos, corriendo, a la casa; mi taita quería que siguiéramos, pero pudo mi mama. Nos volvíamos, pero sin tocar música, porque esa sí fue la derrota, y cuando llegamos asesones y sudando, ya estaba la Patasola debajo de un naranjo que había cerca de la casa y volvió a cantar así:

En el camino, en la casa,
en el monte y en el río,
en el aire y en las nubes,
todo lo que existe es mío.

Pues qué hicimos? Echarle llave a las puertas y encerrarnos, menos mi taita que había desaparecido. En esos mediatos momentos sentimos un tiple y un canto, y yo, por la tonada, saqué que era la voz de Juanito, un amigazo mío, llamado por mal nombre "el diablo suelto", porque eso sí era lo amargoso. Como yo dije eso, mi mama se alegró y dijo: vive el alto: que "el diablo suelto" sí espanta a la Patasola; abrí la ventana y llámalo. Abrí la ventana, y afuera estaba mi taita que venía con Juanito, y me echó abrir las puertas. Entraron y Juanito dijo: mucho silencio y pongamos las manos en el pecho porque vamos a rezar la oración del monte, a ver qué hace la Patasola que la veo allí. Y se mandó con la oración, de esta laya:

"Señora: yo como sí, pero como ya se ve,
suponiendo que así fue, lo mismo que antes así,
si alguna persona a mí echare el mismo compás
si acaso porque quizá, esto fue de aquello pende,
supongo que ya me entiende, no tengo qué decir más.
Patasola no hagas mal, que en el monte está tu bien.
Amén".

Y la Patasola se fue en pela, y no dejó ni el polvo; y nosotros nos quedamos sin sapos en el estómago, ni grillos en los oídos, ni con los ojos torcidos, ni con ninguno de los muchos maleficios que hace esa confiscáa.

- Pero, me parece muy raro que, siendo esa oración el arma para vencer la Patasola no la sepa todo el mundo de memoria.

- Ese es el cuesco de la breva. La oración la sabemos todos, pero cuando hay que rezarla, a uno se le olvida que la sabe y no la recuerda pa decirla, y así quedó María pa otro. Porque si no la reza bien al hilo y con todos sus ditongos, es lo mesmo que machucar en jierro frío, como dice el dicho. Y como el miedo no es colorao, hay qué tener el alma en la vaina, como la tenía Juanito, que era más guapo que ni pa qué y sabía pelarse la jáquima pior que un macho resabiao.

- Pero desaparecida la Patasola, les volvería a ustedes la paz y la tran-

quilidad.

— Y quedamos livianitos, y volvió la alegría y el buen humor y las timbilimbas y la música y los tamales y las arepas y los insultos y los jarta-pobres y la lechona que nos la metimos debajo del mango. Y como era San Juan, nos seguimos dando gusto hasta la media noche que clavamos pico.

— Pues esa historia es cómica y divertida, pero me quedan mis dudas porque ni en los libros ni en los periódicos nunca he tropezado con ninguna Patasola ni cosa parecida.

— Cómo no. Los blancos dicen que esas son creyencias de nosotros y no le ponen acato sino a lo que leen en esos papeles que hacen las guerras como la de Mosquera, que yo sí supe cómo fue, porque hasta cien palos me dieron y todavía me recuerdo de las horcas de Piendamó. Sí, patroncito, esas guerras en que a la juerza cogen al pobre pa ponerle un chopo al hombro, dejando a la familia con el jiambre del perro, a la buena de Dios, y ponerlo de carnada para después comerse la pesca los generales y los doctores y uno, si no lo matan, seguir sudando la gota gorda pa mantenerse y darle al gobierno.

— Pero, a veces, las guerras van en beneficio de la salud del pueblo.

— Eso sí no, mi blanco. Nosotros los pobres no tenemos más salú que la que nos da el fruto del sudor con el remo del trabajo y la que nos dan, cuando caemos enjernos en nuestros ranchos, los bebedizos, emplastos, sobijos y plantillas que nos recetan hombres buenos que los blancos llaman yerberos animales, porque no andan embotinaos, ensácaos y con antiojos.

— No, hombre. Es que para conocer todos los órganos del cuerpo que ustedes llaman los cuatro cuartos y la asadura, se necesita estudiar y los yerberos no estudian, no conocen los libros.

— Pero, ya ve, los blancos viven tomando fraseadas de agua, mieles, pildoras bonitas, pastas con letreros, vinos. . . . y cada nada hay entierros grandes y muy sonados. Y nosotros con nuestras yerbas, pócimas y plantillas, nos paramos y nos le metemos al monte con el hacha y el machete y a la tierra con la barra y el azadón, y no nos vamos pal hoyo sino cuando Dios quiera sacarnos l' alma de la vaina.

— Bueno, Ñor Mica, pero ya está de noche. Tome esta pipa para su tabaco, y adiós.

— Adiós patroncito, que Nuestro Amo lo corone de gloria y la Virgen me lo bendiga y lo libre de las culebras y animales ponzoñosos.. .

ALGUNOS DE LOS MITOS POPULARES DEL TOLIMA

LA PATASOLA:

Mujer hemosisima, de cabellos rubios, que aunque no tiene sino una pierna, se trasporta, con rapidez de un sitio a otro, entre los ventarrones que produce su vuelo de bruja. De ella se valen los campesinos para atemorizar a los niños y obligarlos a portarse bien, pues si no los ojea, o sea que les tuerce los ojos, les mete grillos en los oídos y sapos en el estómago y les hace otros maleficios, de los cuales no los pueden salvar sino sus propios curanderos especializados en la materia. Para ahuyentar la Patasola y evitar los males que procura, los campesinos tienen una oración que se llama "la oración del monte" que es la siguiente, pero a casi a todos se les olvida en el momento de pronunciarla:

Señora:

Yo, como sí,
pero como ya se ve,
suponiendo que así fue,
lo mismo que antes así,
si alguna persona a mí
echare el mismo compás,
si acaso, porque, quizás,
esto fue, de aquello pende,
supongo que ya me entiende,
no tengo qué decir más.
Patasola no hagas mal
que en el monte está tú bien.

LA CANDILEJA:

La Candileja es una luz, en llama, que persigue de noche a los caminantes del llano, pero solamente cuando andan solos. Si van de a caballo, se les coloca sobre la grupa. Pero no persigue sino a los que andan en "malos pasos" o son enamorados de mala fe, o ya tienen algún motivo de remordimiento. Juran que la ven y los persigue y que sale de las orillas de los pantanos. Le tienen tanto pavor que a uno mismo le aconsejan que no viaje solo de noche.

EL POIRA:

El Poira es un mito de las aguas, pero no se le encuentra sino en los grandes ríos como el Magdalena o el Saldaña. Su única actividad consiste en seducir y raptar campesinas que han entrado a la edad "de merecer", o sea la pubertad, para lo cual toma figura de mocetón apuesto y audaz. A veces, o casi siempre, la muchacha raptada, aparece, cuando menos se piensa, y en su casa ya no la esperan, hecha toda una madre. El Poira es una de las configuraciones del Mohán. Y el Mohán era curandero, sacerdote, brujo y oráculo de los Pijaos.

LA MADREMONTE:

Este personaje es una especie de ninfa de los montes del llano. Para castigar las malas acciones de los campesinos seca las fuentes de sus pejugales, sobre todo cuando se enredan en pleitos de linderos; pero, el que sufre los perjuicios de la sequía es, siempre, el que no tiene razón. "Compadre: si me adelanta las cercas cuidao con la Madremonte". En las fiestas de Corpus la representaban ataviada con vestidos hechos totalmente de hojas de plantas silvestres.

LOS TUNJITOS:

El Tunjo es un muñeco de oro que se sepultaba con los cadáveres de los indios, entre otros tesoros, y a veces, algunas cosas de comer. La superstición que nació en la cuna de los primeros hombres, le ha dado vida a los **tunjitos**.

Por eso salen, cuando la tardecita ya es más noche que día, a las orillas de las quebraditas y las acequias rurales, a veces cantando y a veces llorando. No sólo los cabellos, sino todo el cuerpo es dorado. Son el pavor de los niños campesinos, como cosas del otro mundo, y con ellos se les amenaza para que se metan a la cama muy tempranito y en silencio.

EL DUENDE:

Este personaje es casi universal. Es tan maligno como la Patasola. Persigue especialmente a las muchachas casaderas. Les tira terrones a través del techo y las paredes de sus casas. Después de asustarlas en noches sucesivas quedan como si fueran posesas del diablo. Les dan ataques nerviosos, convulsiones, sustos y otros males que, como dice la copla, "si el cura no los cura son incurables". Pero, también suele curarlos el Poirá.

Mandingas, Biruñas, El Maligno, El Patas, algunos de los muchos nombres del diablo.

La Muía Retinta: cabalgadura preferida del diablo que figura en muchos cuentos, con herraduras de oro. Si algún campesino la encontraba y le tiraba un chabuque, en el momento de ajustarle el rejo al pescuezo desaparecía.

22. NARRACIONES

San Andrés Islas

Friedemann, Nina S. de, Miss Nansi, oíd Nansi y otras narraciones del folclor de San Andrés, Colombia, *Revista Colombiana de Folclor*, Vol. LV, No. 9, p. 213—234, Bogotá, 1964-65.

Selección de narraciones folclóricas del nativo de San Andrés. Las narraciones fueron realizadas en inglés, lenguaje tradicional de los habitantes de las Islas y luego traducidas al castellano por informantes bilingües. Estos textos son parte de una investigación más amplia sobre aspectos socio-culturales de los isleños. En la publicación sólo se incluye la versión castellana.

TIGRE Y NANSI RIVALIZAN EN AMORES

Hermano Tigre estaba para casarse con la hija del rey y Oída Nansi lo supo; ellos tenían el ponqué horneado y todo preparado para este matrimonio y Oíd Nansi fue a la casa y les dijo:

— Ustedes van a permitir que su hija se case con Tigre y él es el caballo de pasear de mi padre?

Así, cuando Tigre vino ahora al matrimonio, ellos le dijeron que Nansi dice que él era el caballo de pasear de su padre, de modo que ellos no le pueden dar a la muchacha ahora. Entonces, Tigre se va velozmente a la casa de Nansi y dice:

— Nansi, tienes que venir y probar eso cuando lleguemos.

Nansi se hace el enfermo, enfermo en cama.

Tigre dice:

— Muy bien Hermano. Permíteme poner esa cosita que llaman montura

Tigre dice:

— Ponía, ponía.

(Nansi):

— Y esa cosita que llaman la brida.

(Tigre):

— Ponía, ponía.

(Nansi):

— Ahora, yo enfermo, tú sabes, pero déjame conseguir esa cosita que llaman la fusta para solo pasear.

(Tigre):

— Lo que sea, ponió, tú tienes que ir, tú tienes que ir, tú tienes que probar eso, Bien, ponte todo.

El dijo (Nansi):

— Y esa cosita que llaman la espuela.

(Tigre):

— Ponía, ponía, lo que sea tú tienes que ir y probarlo. Súbete en la espalda de Tigre.

(Nansi):

— Comienza. Ay, dolor! dolor! — Hermano, no camine tan rápido, no camine tan rápido, dolor!

Tigre camina con él, camina. Cuando casi salen.

(Nansi):

— Puedes comenzar a caminar un poquito más rápidamente.

Entonces, Hermano Tigre comienza a caminar más rápidamente. Cuando salen al patio, el (Nansi) aplica la fusta y la espuela "pow.pow!" (sonido

onomatopéyico que ¡mita el ruido del látigo sobre el tigre).

(Nansi):

— Yo les digo que era el caballo **de** pasear de mi padre -todos **ustedes, muchacha—** y **ahora es mi caballo de pasearl**

Y saltó del lomo del Tigre y Tigre se entró al monte y él (Nansi) fue a casarse con la muchacha.

Este mismo cuento recogido en el norte de la isla y dicho por un individuo que conoce el español, tiene algunas variaciones, así:

Beda Tiger y Nansi visitaban una casa y tenían amores. Tiger allí estaba ganando en amores. Nansi entonces dice a las muchachas que Tiger es el caballo del padre de ella y que por eso a Tiger no le paraban bolas.

Beda Tiger se puso bravo. Un día Nansi se enferma y le dica a Tiger que no puede ir al pueblo.

— Vas al puebloje dice Tiger, aunque tenga que llevarte montada!

Nansi entonces se monta, se pone las espuelas y lleva a Beda Tiger enfrente de la casa de las muchachas. Entonces dice:

Unna gal, Unna gal
ain't I tell you
that Tiger js mi fader
riding harse?

Entonces Tiger al oír y ver lo que Nansi le ha hecho sale corriendo a entrarse a la selva y a Nansi le dio tanto susto que se agarró de una rama de un árbol tan alto, que la pobre Nansi se ha quedado allí, sin poderse bajar. Tiger mientras tanto se perdió en la selva y no ha vuelto a salir.

Entonces, Tigre lo estaba buscando; cogerlo para matarlo, en cualquier momento que lo agarrara. Un día él (Nansi) estaba despreocupado mirando abajo en una cueva donde se pelan escamas de sábalo que brillan como plata y oro, y todo abajo en el agua, y Tigre aparece:

— Ay, te agarré, ahora te agarré.

El dice:

— Ahora tú me vas a matar. ...

El (Nansi) dice:

— Mira oro allá abajo, mira oro, permite que buceemos oro; hombre no me mates, saquemos oro. Ahora tú vas y traes un bejuco largo y una piedra grande y entonces yo te la amarro y tú buceas oro para mí y para ti...

Y mientras que él amarró a Tigre, y Tigre saltó abajo arrastrando la roca tras de él.

Y Nansi corrió...

MICO Y NANSI

Una vez mico tenía unos perros que acostumbraban a cazar cerdos salvajes, usted sabe. Cazar cerdos salvajes, animales salvajes. Así él tiene buenos perros. Así, los azucaza tras de los puercos y los perros entonces van y agarran al cerdo abajo en el valle.

Nansi estaba allá abajo viendo al perro cazar al puerco, y él sale, se apresura y espanta al perro del cerdo y toma el cerdo y lo retiene. Y cuando mico llega abajo donde el cerdo estaba, él (Nansi) dice:

— Yo recojo una cabeza seca de perro, (a modo de máscara).

El (Nansi) dice:

— Es mi perro que agarró al puerco. Usted no ve, es mi perro que agarró al puerco.

Entonces Mico lo deja solo, él allá abajo pelando al puerco, y Mico se le ocurre una idea. Mico va alrededor y teje un rejo largo que puede. Pow! (sonido de un latigazo).

Y Mico pretende como si ahora él es el dueño del cerdo, azotándolo, así que cuando él latiga con el rejo largo —pow!!— él la arrastra.

El (Mico) dice:

— Oh, no soy yo, es Hermano Nansi allá abajo pelando tu puerco, no soy yo —Pow!!— (Látigo).

— Ve allá abajo, tú encuentras a Hermano Nansi pelando tu puerco.

Nansi se yergue:

— Tú mientes. Cuando se oye que cabeza de perro cazar puerco. Tú mientes!

Y corrió, dejando el puerco y Mico bajó y se llevó el animal y se fue a casa bien.

BEDA NANSI, BEDA MONKEY Y EL MOLINO

Nansi estaba caminando en el monte, usted sabe, ambulando, y se encontró con un molino y tocó el molino y el molino lo agarra y él dice:

— ¿Quién eres tú?,

y el molino dice:

— Yo molinero.

El (Nansi) dice:

— Bien, déjame verte,

y el molino,

— Uuuuu.

Y lo tiró abajo en un sitio cerca de allá. Lo que él hizo ahora fue pensar. Ese tiempo Mico subido en un árbol en el monte observándolo, entonces él consigue una barra de hierro y la clava en ese sitio donde la rueda del molino lo enrolló y lo tiró hacia abajo; y clava la barra de hierro en la tierra.

Entonces hermana Vaca pasando —tan tan tan—

El se le acerca:

— Ahora hermana Vaca, tú quieres hacer un paseo agradable, tú solamente vas hasta ese molino, allá, te acercas suficientemente. . . y vas y él te agarra y cuando él te agarre tú le preguntas "quién eres tú", y él dice "Yo molinero", y tú solo dices "bien, deja verte".

Y lo hizo (Vaca) y fue y enterró a Vaca en la barra de hierro y la mató, entonces consiguió carne en abundancia.

Cuando terminó con esa carne, entonces se va y se está allá y todo lo que pasa, él les dice la misma cosa con ese molino. Y mata cabra y mata perro y mata todo lo que pasa.

Mientras tanto Mico subido en el monte y mirándolo. Cuando tiene suficiente. Mico cree que tiene suficiente, Mico baja como si él solo pasara también; y él dice:

— Ola hermano,

(Nansi):

— Ola hermano Mico, ¿quieres darte un paseo agradable?

Hermano Mico dice:

— No me importan los paseos.

El dice (Nansi):

— Vamos, dulce hombre, se pasea dulcemente.

El empujándose a sí mismo tanto para inducir a Mico a entrar al molino hasta que el molino lo agarre. Cuando el molino lo agarra, él sabe lo que tiene que decir.

El dice:

— Señor qué es esto!

— Hermano Mico, tú ve y pregunta primero "quién eres tú".

El molino contesta: "Yo molinero".

Pero él no puede decir —Déjame verte!

(Mico):

— Yo no lo puedo decir. Vaca lo dijo y él la mató, pero lo dijo y él lo mató, cabra lo dijo y él la mató y él también me matará. Entonces, tú vas y quitas esa barra de hierro.

Mico fue y jugó con ella tratando de sacarla y regresó y dice:

—No la puedo sacar.

Hermano Nansi tuvo que decir:

—Bien, déjame verte!

Y el molino molió y lo puso en la barra y lo mató.

UN PERRO, UNA CABRA Y BEDA TIGER

Un perro y una cabra estaban viajando y la lluvia cae y la noche llega también, así que llaman a la casa de hermano Tigre para descansar durante la noche. Y hermano Tigre estaba contento, cree que él tendría alguna actividad esa noche.

Y hermano Tigre toma un violín y le da al perro el tambor.

Ellos tendrían música y diversión antes de irse a la cama. Entonces hermano Tigre pulsa las cuerdas y comienza a cantar:

Dame Patrón, dame Patrón, con Beda tenemos suficiente. . .

Y perro entiende. El perro toma el tambor:

—Eso crees tú, eso crees tú, mentiroso, mentiroso.

El baile termina y todos se fueron a la cama. Tigre duerme rápido y perro no duerme. Cabra estaba dormida, pero perro alerta a cabra y dice:

—Vámonos!

Y ellos salen. Cuando Tigre despierta y encuentra que todos se han ido, comienza a seguirles los rastros. Justo antes de que él los agarre, ellos llegan a un río y nadan, y a cabra no le gusta el agua y se queda en la orilla del río y dice:

—Tú métete debajo de esa olla!

Y cabra se mete debajo de la olla.

Y cuando Tigre llega, Tigre miedoso del agua también, ve al perro allá.

Entonces perro dice:

—Tú quieres ver este río seco ¿entonces puedes venir aquí y cogerme? toma esa olla vieja, no la miras y la tiras de este lado rápidamente.

Tigre coge la olla, sin mirar y cuando él la tira, la cabra sale, baa. . . baa...

Tigre dice:

— Señor, me pones la comida en las manos y la dejo ir! . . .

TIGER Y EL BAILE DE PERROS
(Relato hecho en español)

Hubo un baile de etiqueta entre perros, todos llegaron al sitio muy elegantes y para entrar cada perro tenía que quitarse el **bunda** o parte de debajo de la cola, y colgarla en un clavo junto a la puerta de entrada.

Cuando estaban en el baile, llegó Tiger y entonces se armó la confusión, y para escapar de Tiger, ningún perro tuvo tiempo de escoger su propio **bunda** el que le pertenecía, sino cualquiera, y salieron corriendo. Entonces, ahora cada vez que un perro se encuentra con otro u otros se huelen el **bunda** a ver si al fin encuentran el suyo propio. Muchas veces cuando se encuentra el que cree ser el propio, se forman las peleas y discusiones que oímos entre perros.

Estas rimas hacen burla de Miss Nansi, así:

**Miss Nansi has a baby
she put ar in the grass
somebody was passing by
an bite a yuka in ar rass.**

**Miss Nansi has a baby
is ñame was little Jim
she put it in a pispot
to see if he could swim
farsr he wen to bottom
second come on top
Miss Nansi get excited
and dreg him ot his piad.**

En el siguiente canto Miss Nansi aparece como Ahnansi y todas las mujeres que lo entonaron en distintas ocasiones, acompañaron su ritmo de movimientos circulares de la mano derecha sobre el estómago a tiempo que balanceaban su cuerpo de arriba hacia abajo:

**Ahnansi ohyou tingalai
Ahnansi oh you tingalai
Ahnansi oh you tingalai
Me da ronto rodo tingalai
me da ronto rodo, me da ronto rodo...**

La transcripción de esta adivinanza y su explicación fueron grabadas por uno de los hombres viejos de Sound Bay. Es interesante notar la forma como otro de los nativos del mismo lugar, perteneciente al grupo de edad entre los veinte y los treinta años y que conoce el idioma español, interpretó la explicación.

Adivinanza:

**Ot I wan
 In I carne
 Six of one
 seven it be
 ot of the dead
 the living carne
 to set the vorgen free.**

Interpretación:

Se encuentra una niña con una juventud, que muere la madre, entonces la recoge un matrimonio; el matrimonio la empieza a criar y le pone un sistema, que si ella le da una adivinanza, si la niña le dice una adivinanza al matrimonio, ellos no la matan. Si no le da una adivinanza, entonces el matrimonio la mata a ella.

Entonces, la adivinanza que ella busca es la siguiente:

Como todos los días sale de paseo con el niño del matrimonio, un día en paseo ve un caballo muerto, del caballo sale un pájaro, el pájaro tiene un nido dentro de la boca del caballo y en ese nido hay seis pajaritos. Entonces el chiste de la adivinanza es el siguiente, de que ella le da la adivinanza al matrimonio así:

Salgo de paseo
 y regreso del paseo
 encuentro en mi paseo
 seis y uno que vuela son siete

que es la madre de los seis pajaritos. Entonces ella dice:

Me dejan en libertad
 para conservar mi virginidad
 y yo dejo en libertad
 para conservar a los pajaritos.

23. MITOS, LEYENDAS Y TRADICIONES

Lago de Tota, Departamento de Boyacá

Montano, Lilia, *Mitos, leyendas y tradiciones del folclor del Lago de Tota*, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja, Ediciones La Rana y El Águila, Tunja. 1970, (p. 29-90).

Recopilación de leyendas de la tradición oral del campesino boyacense del Lago de Tota. El objetivo de su trabajo fue buscar relaciones entre la tradición actual del pueblo y la Mitología Muisca. Problema grave de estas publicaciones es la elaboración excesivamente literaria de los relatos campesinos, hecho que dificulta el análisis histórico propuesto.

EL ORIGEN MÍTICO DEL LAGO DE TOTA

Hace muchos milenios, el sitio hoy ocupado por las claras aguas del lago de Tota era un enorme hueco árido y desierto, cubierto tan sólo por una gruesa capa de polvo amarillento que arremolinaba el viento cuando rugiente entraba y salía de aquella profunda oquedad, en donde no crecía ni hierba ni árbol ¡llo alguno, ni corría siquiera un hilo de agua.

Durante las noches de luna, veíase rodar por los aires una gran bola de fuego que rápidamente iba a parar en lo más profundo de aquel desolado hueco. Al llegar a este sitio, de la llameante bola salía Busiraco, dios de los infiernos, el que, entrando por la boca de una enorme gruta, se internaba en lo profundo de la tierra. Por tal motivo, nadie se atrevía a transitar por esos lugares, pues eran la morada del espíritu del mal, que una vez desataba tormentas sobre las praderas, y otras, soplaba furiosamente las nubes alejándolas de la tierra para que la lluvia dejara por mucho tiempo de fertilizarla y alegrar con su presencia los rostros de aquellas sufridas gentes que contemplaban con angustia cómo se morían sus patos y **sucuyes** y en los ríos se agotaba completamente la pesca. Todo por culpa de aquel espíritu maléfico que siempre gozaba con el dolor de los hombres y los hacía encolerizar y pelarse entre sí, cuando no les mandaba la guerra y la peste que los dejaba agotados.

Y por Oriente, por el camino de Sua, camino de la luz y de la vida, un buen día llegó el gran Bochica. Consigo traía para los habitantes de estas comarcas, un mensaje de paz, de amor y de sabiduría. Les enseñó técnicas para labrar y pulir los metales; les indicó cómo amasar el barro y hacer variadas y bellas vasijas y les dijo cómo fabricar cestos de mimbre y **chusa**.

Una mañana, los llevó a tierras distantes y, en sembrados para ellos desconocidos, les mostró dos plantas maravillosas: el **quijisa** y el **chihize**. Con paciencia les fué diciendo cómo extraer de ellas unas extrañas fibras que debían utilizar para hacer cosas bellas: del **chihize**, cuerdas, sacos y tapetes para sus habitaciones; y del **quijisa**, después de hilado finamente, les dijo cómo entretejer aquellas hebras para fabricar ricas telas que después les enseñó a pintar con dibujos llenos de simbolismo y arte.

Bochica instruyó aquellas gentes enseñándolas a practicar el bien y les dijo que debían elegir a sus mandatarios entre los más sabios y prudentes. Instituyó el sacerdocio, seleccionando a varios jóvenes a quienes aleccionó y preparó durante largas horas de ayuno, oración y penitencia y de este grupo de neófitos, que procedían de los poblados de Pesca, Firavitoba y Tobasá, escogió el que debía ser el primer Gran Sacerdote, que viviría en adelante **solo, en un templo de la ciudad sagrada de Suamox**. Y fue Bochica en persona quien ungió y consagró al elegido sacerdote, poniendo sobre sus sienes una diadema de oro macizo que ostentaba dos serpientes entrelazadas.

Entonces el anciano profeta, de lengua y hermosa barba blanca, sacó de

un estuche de madera que llevaba siempre sobre su pecho una hermosa **guacata**, y en presencia de la alborozada multitud que vitoreaba tanto a su primer sacerdote como al profeta, levantó en sus manos la gran piedra verde, transparente y luminosa que arrojaba destellos de la luz de Sua. Ella sería en adelante el símbolo de la suprema majestad y representaría la investidura de la máxima autoridad religiosa y moral de los chibchas. Y así como aquel valioso talismán era puro y transparente, así debían ser el alma y la vida del sacerdote que la llevara sobre su pecho. Aquella joya debería pasar de uno a otro cuando a la muerte del primero le sucedieran todos los muchos que engrosarían el número de los elegidos como sacerdotes de Sua. Y fue así como desde aquel gran día brilló sobre el bronceado pecho del sacerdote la bellísima y refulgente piedra verde que Bochica trajera como la mejor ofrenda a un pueblo a quien amó, instruyó y predicó con su verbo elocuente, lleno de bondad y dulzura.

Pasaron los tiempos. Muchos sacerdotes sucedieron al primeramente consagrado por Bochica. Como sagradas reliquias, los cuerpos de todos se guardaban momificados sobre tarimas cubiertas con esteras de esparto, dentro del Templo de Sua, en la ciudad santa de los Chibchas, como lo ordenara el profeta.

Uno de estos ancianos y sabios sacerdotes, había congregado en memorable ocasión a todos los subditos del ya extenso y poderoso imperio muisca y después de implorar las bendiciones de Chiminigagua, Sua y Chía, dioses protectores, habíales pedido con voz suave, lenta y cadenciosa que se uniesen a él para conjurar el espíritu del mal, el cruel Busiraco, que por aquel entonces tenía los afligidos y casi exterminados por causa de un prolongado y asolador verano. Habíanse sucedido muchas lunas ya desde el tiempo en que cayeron las últimas lluvias. Todo el pueblo sufría ahora los efectos de una terrible desolación. Bajo los desnudos pies del indio ardían las piedras de los senderos; las yerbas secas volaban al impulso de los fuertes y constantes vientos que llevaban de aquí para allá enormes nubes de polvo que cegaban y enrojecían los ojos de las gentes.

Muchísimos animales habían muerto y ya no cantaban los pajarillos en las frondas. Ni flores, ni yerbas, ni follaje alguno alegraban la vista. Todo estaba triste y solitario. En las aldeas ya no se escuchaban los cantos guerreros y las doncellas ya no trenzaban sus brazos morenos para ensayar sus bailes. En los cementerios se cavaban innumerables tumbas para que reposaran allí los cuerpos de seres queridos: ancianos, jóvenes, mujeres y niños; muchos habían sucumbido a causa de la sequía y por extrañas y desconocidas enfermedades contra las cuales nada pudieron ni hierbas ni conjuros.

Transcurrieron los días y el cielo seguía límpido y azul. Ni una nube cruzaba el firmamento en donde Sua brillaba riguroso y calcinante. Todos pensaron que el fin de los tiempos había llegado y que poco a poco irían

sucumbiendo hasta que no quedase ninguno. Vanos hasta entonces habían resultado los clamores, las peregrinaciones y los sacrificios.

Monetá, el sacerdote, había quemado mucho **moque** y ayunado rigurosamente durante largos días; hora tras hora había orado e implorado a los dioses en compañía de muchos de sus subditos; había ofrecido en sacrificio a muchas avecillas, pero todo ello con resultado inútil. En las cocinas sólo quedaban trastos vacíos y rostros macilentos.

Por aquellos caminos que atravesaban el valle y las colinas y por los cuales, al compás de extrañas músicas, veíanse desfilar en los días de fiesta numerosos peregrinos que engalanados con bellas mantas de algodón y multicolores joyas y plumajes, se dirigían alborozados y respetuosos al templo que guardaba lo más sagrado de sus creencias y sus más ricos tesoros, transitaban ahora angustiadas y tristes caravanas de hombres y mujeres con los cántaros vacíos y los cabellos cubiertos de polvo.

Y allá, en aquella inmensa cavidad natural de nuestra historia, llena de polvo y de tierra resquebrajada por el sol, habitaba una gran serpiente negra, de ojos brillantes, que avanzaba cautelosa y siniestra hasta la entrada de la gran gruta y allí se detenía en espera de la bola de fuego que ahora venía todas las noches. En ese momento, antes de entrar en la profundidad de la tierra, Busiraco dejaba oír una estridente carcajada de triunfo, que resonaba irónica en los más remotos confines llenando de terror el ingenuo corazón de los chibchas.

¿Cuándo terminaría todo esto? Los brujos del imperio se habían reunido para conjurar aquella extraña dolencia que tanto afectaba al pueblo, pero sus esfuerzos resultaron ineficaces: todo seguía siendo desolación, angustia y muerte.

Bachué hasta entonces tan compasiva y pródiga con los indios, ahora permanecía sorda a sus plegarias y lamentos y no les enviaba de lo alto ni una gota de agua.

A veces, en el azul profundo del cielo desde donde Sua enviaba un calor insoportable, deteníanse algunas viajeras nubéculas y el corazón de las gentes alegrábase con la esperanza de una lluvia refrescante y vivificadora. Pero, cruel e implacable surgía de nuevo el viento desde la maléfica entraña de Busiraco y las fugaces nubes desaparecían y, con ello, la esperanza y la alegría de los nativos. Y otra vez dejábase oír el llanto de las mujeres que destrenzaban al viento su negra y lustrosa cabellera, mientras levantaban en sus enflaquecidos brazos a sus inocentes e indefensos pequeñuelos, ya casi moribundos. Frágiles flores del color de la canela que se iban extinguiendo lenta e inexorablemente.

El viento continuaba soplando implacable. En las noches, Chía iluminaba un paisaje desolado y triste dejando a su paso un poco de luz sobre las tumbas recién abiertas.

Una de esas mañanas, el eco sonoro del tamboril resonó en todos los rincones del imperio. Por un momento, las mujeres dejan a sus hijos y, con los hombres que corren especiantes, van a reunirse en torno del cercado de su respectivo cacique. Momentos después, cada señor del lugar notifica a sus vasallos de la orden recibida del gran sacerdote Monetá, para que todos, en devota peregrinación, fuesen a la ciudad sagrada de Suamox en donde el sacerdote los esperaba.

Así, de poblados y aldeas, por caminos y veredas, subiendo de los valles o bajando de los riscos, por los secos lechos de los ríos, cruzando cordilleras, va creciendo y creciendo la caravana, que avanza triste, silenciosa y macilenta, invitando a todos los que, a su paso, se asoman a las puertas de las viviendas.

Una tarde calurosa, cuando Sua refulgía solitario en un cielo que se tornaba ocre por las nubes de polvo que levantaba la marcha de centenares de pies descalzos por caminos reseco, la muchedumbre se fue juntando y a lo lejos divisó las grises techumbres de la ciudad santa. Se adelantó por el largo camellón destinado a las carreras y juegos que tenían lugar durante las grandes festividades. Transpuesto el doble cercado de guaduas, llegó por fin al Templo del Sol, morada de Monetá, el sacerdote de Sua.

El anciano jefe religioso esperaba a los peregrinos en la puerta del templo. Todos se inclinaron reverentes ante él. En el bronceo rostro del gran señor se reflejaban una majestad y una dulzura sin límites. Sus carnes, magras por los largos ayunos y penitencias, estaban cubiertas por una blanca túnica y del hombro izquierdo, anudado caía en pliegues un manto también blanco. Sus limpios pies estaban descalzos y no ostentaba más adorno que su larga y negra cabellera que le cubría la espalda; era tiempo de penitencia y no debía llevar joyas. Sólo colgaba de su pecho la enorme esmeralda símbolo de su poder e investidura sacerdotal; la piedra daba tintes tornasolados y sobre la blanca túnica dejaba un espléndido círculo verde como el sello de una gran esperanza. Por rara coincidencia, toda la tribu miró aquel talismán y en el corazón de las gentes hubo un vago aleteo de alegría y de paz. En los negros ojos del sacerdote fulgía el misterio y se adivinaban las largas horas de vigilia y las visiones del predestinado. Su andar era lento y solemne y en sus ademanes y palabras se advertían sus dotes de maestro y conductor.

—Hijos míos, díjoles al verlos llegar. ¡Os tengo buenas nuevas!—

Levantó el rostro y en aquel momento un rayo de Sua lo iluminó de lleno. Todos advirtieron que un extraño halo luminoso envolvía la figura del patriarca a quien amaba como a un verdadero padre. Reinó el más profundo silencio y la voz del sacerdote resonó pausada y grave:

— Hace unas lunas quiso el gran Chiminigagua valerse de este humilde siervo para que os anunciara una buena noticia. Cuando estaba postrado en silenciosa plegaria, con mi corazón lleno de congoja y amargura por la calamidad que tan duramente nos azota, oí de pronto un leve ruido hacia el lado

izquierdo del templo. Levanté los ojos y al volverme, observé con extrañeza que todo el recinto estaba tan iluminado como si nuestro padre Sua hubiese bajado de los cielos y estuviese todo entero dentro de las paredes del sagrado lugar. No supe qué hacer y he aquí que de pronto, en medio de esa luz cegadora oí del gran Chiminigagua estas palabras:

— "Tus plegarias han sido atendidas, hijo dilectísimo. La angustia, el dolor y los sufrimientos de mi pueblo tocan a su fin; ya llegan mejores días; pero antes de que Bachué se apiade de vosotros y os envíe las aguas que tanto necesitáis, es preciso que vayáis todos en devoto peregrinaje a la orilla del gran hueco, morada de Busiraco y la serpiente negra, y que en la cima de las rocas que hay all í, levantéis un adoratorio a la diosa madre y que entre tanto todos permanezcáis en oración. Allá en las alturas, tú, Monetá, tendrás una nueva visión durante la cual te indicaré la parte que te corresponde para que la desolación de mi pueblo termine".

— La visión desapareció y todo quedó en sombras pero en mi corazón persiste encendida la llama de la fe y la esperanza, continuó encendida la llama de la fe y la esperanza, continuó diciéndoles el venerable anciano. Yo deseo que en el vuestro, también haya una chispa de aliento y de confianza. Mañana, antes de la salida de Sua, marcharemos todos juntos hasta el lugar indicado.

El pueblo, obediente, inclinó la cabeza. A la mañana siguiente el sacerdote encabezó el desfile. Detrás marcharon todos los dignatarios civiles y religiosos del imperio. Treparon largo rato por las laderas de la escarpada cordillera hasta llegar a la inmensa cavidad desolada y polvorienta.

En muchos poblados chibchas hicieron los preparativos de rigor: Jos orfebres tallaron y abillantaron sus mejores piezas de oro para hacer las ofrendas; los tejedores movieron nerviosa e incansablemente sus manos sobre el telar y fabricaron las más finas telas para el vestido que debían llevar los poderosos señores del país, el día de la dedicación del adoratorio a la diosa Bachué; se enviaron emisarios a tierras distantes para que trajeran plumas de las aves vistosas que habitaban las selvas y los bosques de clima cálido; los músicos prepararon sus instrumentos y las bailarinas danzaron infatigables.

Pasaron algunas lunas y por fin, en la roca más alta de las que bordean aquel fatídico socavón, hallóse listo el adoratorio. Bajo una gran cornisa natural habíanse pintado en hermosos colores —rojo, blanco, negro, amarínolos más complicados simbolismos representativos de la adoración a la diosa de las aguas.

Todos se congregaron puntuales en el lugar de la cita. Y llegó el momento del ceremonial. Majestuoso, el sacerdote extendió los brazos y ordenó silencio. Calló el pueblo. La firme voz del anciano resonó por todos los ámbitos.

— Todo se ha hecho como lo ordenaste, poderoso Chiminigagua, hace-

dor de la luz, padre misericordioso. Mira a tu pueblo reunido para implorar de tí el alivio a todos nuestros males; en tu honor entonaremos himnos de paz y de victoria. Siramena, la gran danzarina, te ofrecerá las danzas rituales reservadas a esta ceremonia. Recíbelo todo, benignísimo señor y, de tu parte, dadnos el don precioso del agua, que es fuente de la vida.

En el fondo de la inmensa oscuridad se movía colérica la serpiente negra azotando su cola contra el polvo amarillo. Quizás adivinaba la proximidad de toda aquella muchedumbre y sentíase incómoda por la irrupción en sus dominios. Los niños se abrazaban temerosos a sus madres y las mujeres preferían apartar la vista de aquel espectáculo.

Oyóse una señal de tamboril y todos se sentaron. El jefe de los danzadores ordenó dar comienzo al baile. Un grupo de jóvenes y doncellas cogidos de la mano dieron tres vueltas; luego continuaron danzando en círculos cada vez más rápidos uno después de otro y con los brazos en alto. La música sonaba lánguida y cadenciosa. Furiosa, la serpiente se movía ahora enloquecida como queriendo huir de aquel bullicio. El ritmo musical se aceleró y los círculos de los bailarines giraron frenéticamente; se detuvieron de pronto con las frentes en alto hacia el santuario de Bachué y luego se arrojaron a tierra con los rostros contra el suelo. Calló la música. La serpiente dejó oír un silbido estridente que hizo estremecer a todos; aquello duró pocos instantes; de un salto estuvieron en pie los bailarines e iniciaron una movida danza golpeando furiosamente el suelo con sus pies. A medida que el baile avanzaba, la serpiente retorciase como buscando una salida; la multitud esperaba impaciente el resultado de aquel desafío, ora mirando al terrible animal, ora a los danzantes, que ya daban señales de agotamiento. La angustia aumentaba y la ansiedad hacía que se aceleraran los latidos de los corazones. Callaba la multitud. Oíase sólo el fuerte golpeteo de los pies descalzos contra el suelo.

De pronto, Siramena, la primera bailarina, que adornaba sus cabellos con una bella guirnalda de plumas y ostentaba en su rostro una máscara negra y roja, hizo señal a los demás de terminar la danza. Al instante todos quedaron inmóviles como si hubiesen sido mordidos por el terrible ofidio que se levantaba amenazante. Siramena, sola esta vez, prosiguió la danza con raduos vaivenes y golpes más fuertes.

Monetá se había retirado a orar y discretamente se había colocado detrás de unas rocas areniscas.

Siramena, que ahora danzaba con gráciles y elásticos movimientos dando vueltas cada vez más veloces, de pronto quedó inmóvil frente a la gran roca pintada, adoratorio de la diosa de las aguas. Levantó entonces la cabeza y sacó de sus vestidos un reluciente disco de oro que ofreció primero a la diosa; después, haciéndolo brillar un momento por los aires, lo lanzó con increíble fuerza contra la serpiente, en la cual se incrustaron profundamente los afilados bordes, perdiéndose luego entre las negras escamas del reptil. El mons-

truo quedó herido de muerte. Sus repulsivos movimientos fueron convulsivos y aunque quiso atacar por última vez, le faltaron las fuerzas. Levantó la cola y la dejó caer ruidosamente sobre el suelo polvoriento; después se estiró cuan largo era y su cuerpo quedó sin vida.

Un grito de alegría se escapó de todas las gargantas y repercutió en los remotos confines de aquellas soledades. La victoria estaba ganada. Bachué estaba de parte del pueblo. Muerto aquel animal, quizá Busiraco se alejara para siempre de la región y volvieran las lluvias a fertilizar la tierra sedienta.

Monetá había ordenado que se distribuyera la comida después de terminados los bailes. El, por su parte, seguiría en oración toda la noche. Nadie debía interrumpirlo.

Las mujeres fueron sacando las viandas; algunos **sucuyes** y patos silvestres, en muy poca cantidad. La comida fue repartida en pequeñas raciones para cada quién, pues eran muy pocas las provisiones de aquel pueblo que pasaba por un largo período de escasez, debido a la prolongada sequía.

Cuando todos terminaron de comer, los sacerdotes compañeros del gran Monetá, volvieron a colocarse ante el adoratorio y continuaron las ceremonias. Los oficiantes entonaron tristes y lentos cánticos mientras levantaban los brazos al cielo. Después, unidos de las manos, hicieron un círculo, doblaron las cinturas y unieron sus cabezas entonando nuevos cantos y plegarias acompañados por las notas de flautas y ocarinas.

Terminadas las ceremonias, todo el pueblo se tendió en el suelo desnudo y en la oscura e impenetrable bóveda celeste brillaron las constelaciones.

Llegaba un nuevo amanecer. Los primeros rayos de Sua teñían de rosa y oro los picos más altos de las lejanas montañas.

Monetá se levantó lentamente y abandonó el lugar donde había orado toda la noche. Mientras su pueblo dormía, había tenido una nueva visión de Chiminigagua, el Creador. Durante aquellos momentos había dado el dios al sacerdote un supremo mandato, que el anciano ahora debía cumplir.

El momento supremo había llegado. Todos los rostros se volvieron al sacerdote esperando con atención sus palabras. Su voz, fue lenta y apacible y en sus modulaciones había algo dulce y fresco como los verdes destellos de la translúcida gema, que en este momento lucía más pura, más bella y transparente que nunca.

Monetá transmitió al pueblo el mensaje del dios:

— Chiminigagua, les dijo, ha llegado hasta mí en un rayo de luz y me ha dicho que nuestras súplicas, mortificaciones y sacrificios han subido hasta su trono; que haga yo lo que en seguida vais a ver y que después, nuestros mortales ojos verán una inospechada maravilla, un gran prodigio que él obrará por mi conducto y que redimirá nuestras vidas del espantoso flagelo que hemos venido padeciendo.

En los momentos que siguieron, todos los presentes contuvieron la res-

piración y miles de ojos siguieron con la mayor atención hasta el menor detalle.

Monetá se quitó del pecho la valiosa gema. La contempló un momento. Una lágrima rodó por sus mejillas y se engastó como un diamante en el estuche verde de la inmensa esmeralda. Luego la levantó en la mano derecha y la arrojó con fuerza al abismo. La joya centelleó por los aires como una ascua de verdes fulgores. La muchedumbre miraba asombrada sin comprender; la preciosa piedra fue a caer exactamente sobre la negra serpiente ya sin vida. Y entonces. . . ¡Oh prodigio! La piedra perdió su natural dureza. El milagro anunciado se efectuó y las ondas verdes y purísimas fueron creciendo y creciendo. Y aquel inmenso abismo se llenó con transparentes aguas orladas de blanca espuma. Las gentes, presas de asombro, no atinaban a comprender lo que veían.

Monetá mandó que todos se postraran y dieran gracias a Bachué, la diosa de las aguas, y ai gran Chimlnigagua, omnipotente señor del universo. Todos los rostros cayeron al suelo y así pasaron largos minutos. Cuando las gentes levantaron de nuevo los ojos, hacia el milagro que presenciaban, la maravilla se había cumplido; una inmensa mole de agua del color de las esmeraldas llenaba las antiguas profundidades y llegaba hasta los pies morenos y descalzos de los chibchas.

Miles de bocas sedientas bebieron del fresco licor. El agua corrió mansa y dulce por los dedos y se quedó en los cuencos de muchas manos antes de bajar por las gargantas. Empezó entonces una gran fiesta; las doncellas danzaron en honor de Bachué, y los músicos interpretaron sus mejores sonos y muchas gentes entonaron himnos loando a sus dioses.

Entonces corrió de boca en boca una pregunta: ¿Sabría Bochica, al dar la bellísima esmeralda al primero de los sacerdotes chibchas, que el precioso talismán sería la salvación del pueblo en aquellos momentos en que todo parecía perdido irremisiblemente?

Y como si Bochica en persona quisiera contestarles, un inmenso arco iris salió de entre las aguas verde-azules de la laguna y la cubrió de un lado a otro. En medio estaba el profeta, con su blanca y larga barba flotando en los aires. Desde allí les sonrió con dulzura y levantó su mano derecha para bendecirles. Todos inclinaron la cabeza y cuando sus ojos volvieron a fijarse en el firmamento, ya Bochica y el arco iris habían desaparecido.

Ni el anciano sacerdote, ni sus descendientes, volverían a ostentar sobre su pecho una esmeralda de tal tamaño, pureza y valor, y jamás ojos humanos contemplarían una joya semejante. Pero el pueblo estaba salvado. Y por miles y millones vendrían los hombres de futuras generaciones a contemplar la joya líquida en aquel inmenso abismo. De todos los confines de la tierra, de todas las razas, lenguas y religiones, y por muchos siglos, vendrían los hombres en caravanas interminables a admirar este portento, este retazo de limpio

y dulce mar preso en las alturas de los Andes.

Largamente contempló las aguas Monetá. Con qué paz brillaban los rayos de Sua sobre la superficie acuática y salían de entre las nubes sus dedos de oro y llegaban hasta detrás de las blancas espumas que se trenzaban como si fueran finos encajes tejidos por maravillosas manos invisibles. Jubilosa devolvía la Laguna los rayos de Sua a la diáfana inmensidad. ¿No era hoy su nacimiento acaso?

De este primero, largo y tierno beso del dios a la ninfa transparente, resultó un nuevo prodigio: verdes, inquietos, saltarines, aparecen aquí y allá millares de pequeños animalitos, que los chibchas reciben como otro regalo de los dioses y a los cuales llaman sijista en su propia lengua.

Asombrados los nativos por la portentosa llegada de aquellos seres, vieron en ellos el símbolo de los tiempos buenos, de la llegada de las lluvias, de la fecundidad y de la prosperidad.

Para los chibchas "el animal sagrado por excelencia era la rana; tenía ella una importancia fundamental en la mentalidad de nuestros antepasados, por lo que su figura representaba una multitud de ideas. En relación con el culto agrícola, ella indicaba con su presencia el comienzo de las lluvias; y con su ausencia, al presentarse el verano, la época de las cosechas".

Y el viejo señor del universo, señor de la luz, del calor y de la vida, se miraba complacido en aquel límpido espejo que la generosa Bachué pusiera en su camino. Ya pronto su calor robaría algo de aquella joya líquida para llevarlo a las alturas y de allí volverlo disperso sobre muchas regiones ansiosas de frescura.

Pasaron las horas, y en los remotos confines del cielo aparecieron blancos vellones que se fueron reuniendo, como doncellas vestidas de gasas y de tules, unidas para iniciar la danza. Las aguas de la Laguna reflejaron el hermoso espectáculo celeste. Más tarde, aquella diáfana superficie se tornó plumiza y verdes relámpagos cruzaron el firmamento. La muchedumbre gozosa se precipitó en tropel hacia sus viviendas. Del cielo comenzaron a desprenderse gruesos goterones. Era como si la maravillosa gema arrojada a los abismos se multiplicase y de lo alto llovieran esmeraldas. Las aguas corrieron por valles y colinas y ya nadie tuvo sed ni sintió angustia.

Fueron desde entonces las esmeraldas para el pueblo chibcha motivo de especial veneración y grande estima. Muchísimo tiempo después, cuando este mismo pueblo quiso tener en su imperio un gobernante modelo de sabiduría, prudencia y justicia, el mismo dios Sua, a través de sus rayos se encarnó en las entrañas de una doncella que, a su debido tiempo, da a luz una bella esmeralda. Gracias a los desvelos de la madre, la piedra toma forma humana y con el tiempo llega a ser el famoso Garanchacha, un gran señor de Hunza, ilustre caudillo y célebre conductor que al final de los tiempos desaparece sin dejar huella, en presencia de una multitud anhelante.

Los cronistas de la Colonia nos traen datos referentes al lago de Tota y al monstruo que allí habitaba. El insigne obispo de Piedrahita nos dice: "Tan deleitoso sitio es el Nuevo Reino, que apenas se imaginará deleite a los sentidos que falte en la amenidad de sus países. Hay eminencias limpias y descoladas, vegas apacibles en los ríos, arroyos y fuentes en abundancia, lagunas de aguas y peces saludables. La de Tota, puesta en lo más elevado del páramo, tiene seis leguas en contorno, formada en círculo perfecto, tan profunda que apenas puede sondearla el arte; sus aguas claras y suaves son de color verde mar en el centro, inquietante a la manera de un golfo y de continuo hacen en las orillas de batería ruidosa que el océano en las arenas. Refiérese de ella que a tiempos descubre un pez negro con la cabeza a manera de buey y mayor que una ballena. Quesada dice que en sus tiempos lo afirmaban personas de gran crédito y los indios decían que era el demonio, y por el año de seiscientos y cincuenta y dos, estando yo en aquel sitio, me refirió haberlo visto doña Andrea de Vargas, señora de aquel país".

Respecto de nuestros lagos, Fray Pedro Simón anota: "Eran las lagunas los principales santuarios de los indios". Pensaban nuestros antepasados que al hacer sus ofrendas en las lagunas, desagradiaban a sus dioses y sus tesoros quedaban seguros para siempre.

Lo que quiere decir, como lo comenta Triana, "que aquellas lagunas eran, residencia de alguna sublime divinidad de estos sentimentales indios, quienes veían en ellas una providencia llena de encantos y misterios".

Los más ricos y cariñosos tributos se rendían en sus orillas al son de alegres músicas y en el frenesí de sus danzas; pecesillos de oro, finas esmeraldas, terracotas henchidas de ofrendas y los mil primores de la industria indígena eran arrojados a las aguas al compás de las salmodias de los sacerdotes y de los cánticos de la muchedumbre engalanada, en las que se proclamaban las virtudes de la diosa Agua y se referían a sus leyendas prodigiosas.

Por una fácil correlación de ideas entre los fenómenos geológicos y las generaciones humanas que los presenciaron y de ellos derivaron su existencia, se concibe la vida de un pueblo sedentario a la orilla de las lagunas, en expectativa centenaria, modelando su conformación biológica, su mentalidad, su mitología, su idioma y sus artes al compás de los cambios que iba ofreciendo el paisaje.

"La idea del campesino moderno de que en las lagunas hay monstruos dormidos que pueden despertar a sus gritos y que contestan en los huecos de los peñascos que circundan el piélagos, cual si fuera la voz de un oráculo, no es sino la evocación involuntaria de la divinidad de las aguas".

Todavía en el año de 1880 subsistía entre los pobladores del vecindario del lago de Tota, en la población de Cuítiva, la tradición de "un monstruo negro que vivía en las encantadas aguas de la laguna".

De otra parte, estos hermosos lagos embellecieron la existencia maravi-

llosa del chibcha que era tan aficionado a recrearse en la contemplación de la naturaleza, y que tenía por deleite admirar las variadas tonalidades de sus cristalinas aguas. A su espalda lo amparaba la inmensa mole de la cordillera, siempre vestida de verdor. Como lo señala el mismo Triana, "al frente tenía el indio supersticioso la ninfa inquieta, vivaz, voluntariosa, risueña o agresiva, que le ofrecía alimento diario y lo arrullaba con el murmullo de sus ondas cantarínas, como una madre amorosa, severa a veces y fecunda siempre en favores, en cuyo seno incrustado bullía y se agitaba el principio genésico de la vida. En sus orillas, que se retiraban de año en año dejando en seco un suelo fecundo, crecía el junco flexible, ligero y ondulante a la brisa, en cuyo vértice se columpiaba y croaba la rana, primogénita de la laguna, como el párvulo desvalido que pide alimento a su madre. El hecho inexplicable de surgir la rana, tan semejante en su figura a los niños, y tan sentimental como ellos, del señor prolífico de las aguas al besarlas el sol con ósculo nupcial, debió de abrir en la suspicacia de los hombres un ventanal hacia la génesis misteriosa del espíritu humano y de sus destinos de ultratumba".

Y por último, como la suprema sugestión del paisaje para formar en el corazón del indio una religiosidad pomposa y sensual, se cumplía, al reflejo místico de la Laguna en las tardes serenas, el drama eterno de los cielos que satura las profundidades del infinito con la más excelsa sublimidad de las pasiones: los amores del sol y la luna. "En un horizonte deprimido, donde se confunden la linfa plateada, el gris de la colina lejana y el cendal vaporoso de la nube, se reclina el sol, centelleante y soberbio, en un lecho de ópalo y topacio, y lanza una evocación sobre el firmamento en lampos de gloria a cuyo ensalmo surge la luna tras de la sierra negra, entre copos alabastrinos, como la novia que asiste a una cita de amor. Así, en la serenidad de las noches luminosas, se iba levantando en la fantasía de los chibchas el Olimpo pasional de sus dioses".

VOCABULARIO

BACHUE : deidad de los chibchas.

BOCHICA: personaje legendario de los chibchas.

BUSIRACO: el demonio.

CACIQUE : Jefe Indígena.

CUITIVA : población Indígena de Boyacá.

CHÍA : la luna.

CHIHIZE : figura.

CHIMINIGAGUA : dios Creador.

CHUSA : esparto.

FIRAVITOBA : población Indígena en el Departamento de Boyacá.

GARANCHACHA : famoso cacique legendario.

GUACATA : esmeralda.

HUNZA .- una de las capitales del Imperio chibcha, residencia del Zaque.

MONETA : cerro alto en el municipio de Sogamoso.

MOQUE : resina olorosa utilizada por los indígenas como Incienso.

PESCA : población indígena de Boyacá.

QUIJISA : algodón.

SIRAMENA: nombre Indígena de una vereda.

SUAMOX : importante ciudad de los chibchas, hoy Sogamoso.

SUCUY : cuy, conejillo de Indias.

TOBASA : pueblo da origen precolombino.

TOTA : Población precolombina del Departamento de Boyacá y nombre de la laguna en el mismo Departamento.

ZMISTA : rana.

LA APARICIÓN DE LOS CHIHICAS

Reinaba por entonces en Iraca un cacique prudente y sabio que había ganado el afecto de sus vasallos por su bondad y dulzura.

Tenía este cacique varias esposas, pero solamente una, habíale dado la alegría de ser padre. Muchos hijos tenía el gran señor, siendo el mayor el preferido de su corazón. Era este príncipe un joven fuerte, bien formado cuya regia estampa se distinguía en los juegos y competencias. Suspiraban por él varias doncellas, hijas de nobles señores, pero el príncipe las miraba con indiferencia, prefiriendo emplear su tiempo en los rudos entrenamientos para la guerra. Trepaba los cerros con agilidad y presteza. Con un grupo de jóvenes de la misma edad salía en frecuentes excursiones hasta los apartados riscos y se alejaban hasta llegar a los caudalosos y distantes ríos donde la pesca era abundante. Alegres volteaban las piedras y terrones para sorprender a los indefensos grillos en sus improvisados escondites, y echándolos en bolsitas de algodón los llevaban hasta el lugar de la pesca. Ensartaban a los bullangueros animalitos en rústicos **tijisuas** y así obtenían hermosos y grandes peces que asaban en brasas de las hogueras. Muchos de estos peces los llevaban al poblado para alimento de los suyos.

Toquechá se llamaba el príncipe. Altivo y desdeñoso, pasaba por entre sus vasallos con la mirada lejana y distraída, como perdido en sus pensamientos. Las gentes murmuraban al verlo: —Debe estar enfermo, decían, ¿por qué no ríe ni habla? No ha entregado su corazón a ninguna doncella—. Pero él lo ignoraba todo, o pretendía ignorarlo y seguía siendo huraño y retraído.

Después de muchas lunas, los tambores llamaron a la guerra. Toquechá se alistó animoso y en la contienda se distinguió por su destreza, su bravura y su coraje. Los suyos ganaron la batalla, pero el príncipe volvió herido y hubo de permanecer largo tiempo en casa del curandero, quien a fuerza de brebajes y danzas, y habiéndole sacado el dardo que atravezaba sus carnes. Hizo desaparecer la calentura que lo consumía.

Pero desde entonces, Toquechá volvióse más silencioso y melancólico. Ya poco gustaba de la compañía de sus antiguos amigos y no le placía ir a la pesca de aquellos magníficos ejemplares, ni subir por las breñas, ni hacer parte en el grupo de los jóvenes "atletas".

Notó todo esto el cacique y señor de Iraca y quiso llegar hasta el corazón de su hijo y saber la causa de aquella extraña pesadumbre, para lo cual resolvió tenerlo cerca de sí para observarlo mejor. Se hizo un plan antes de hablar con el joven y lo puso en práctica.

Era tiempo de grandes fiestas y el cacique lo aprovechó para llevar adelante sus propósitos.

Secretamente hizo venir las más hermosas doncellas, los bailarines más

hábiles y los mejores músicos y cantores. Fueron preparadas deliciosas viandas y se cambiaron las mantas, los tapetes, los esterados y las pieles del palacio. Se limpiaron los estanques de los jardines en donde las ranas, por millares, ensordecían el recinto con un bullicioso croar. Nuevas plantas exhalaban sus perfumes. En las noches Chía entrelazaba sus rayos con los bejucos trepadores y llegaba hasta los nidos; en los tibios amaneceres miles de pequeñas gargantas recibían la llegada de Sua con trineos y gorjeos de inocente alboroso por la proximidad del nuevo día. Y Toquechá permanecía impasible; parecía no darse cuenta de cuanto pasaba en torno suyo.

Empezaron las fiestas. De muchos puntos del imperio llegaron los invitados. Los caciques y magnates traían a sus bellas hijas y en un séquito venían exóticas mujeres de embrujador encanto.

Interminables fueron los bailes, las danzas, los cánticos, las ofrendas y los sacrificios de pequeñas aves. El cacique de Iraca se esforzaba para que sus invitados estuvieran bien atendidos y para que cada día hubiese nuevos y variados actos para distraerlos. Y se esforzaba también por que su hijo tomara parte en todo aquel bullicio y se fijara por fin en la que debía ser dueña de su corazón.

Llegó el día en que se terminaron los festejos y en el valle volvió a reinar la calma. El cacique se dio cuenta que todo aquel esfuerzo de nada había servido y resolvió hablar con su hijo.

Temeroso se presentó Toquechá ante su padre, presintiendo algún castigo; mas, la dulzura del anciano fue mayor todavía en aquella ocasión y entonces el mancebo le abrió el corazón.

Triste estaba el príncipe Toquechá y afligida y angustiada permanecía su alma, porque desde cuando volviera de la guerra, anhelaba nuevas y emocionantes aventuras; la pesca parecía ahora un monótono pasatiempo y las carreras y desafíos no llenaban su anhelo. En sueños había contemplado el rostro sonriente de una bellísima niña que le miraba dulcemente desde una gran altura plana y fría; esa visión se desvanecía entre las brumas, mientras pasaban raudos y veloces unos desconocidos animales que nunca habíanse visto por parte alguna. Todas las noches volvía a soñar y mientras se revolvió inquieto en su lecho, tratando de alcanzaren sueños aquellas extrañas criaturas, llegaban los albores del nuevo día encontrando a Toquechá fatigado e insomne.

En vano el príncipe había buscado, entre todas las jóvenes, el grácil y perfecto rostro que le brindaba encantos y sonrisas durante sus sueños; ninguna mujer tenía con la de su quimera ni un remoto parecido. Sus ojos habían vagado ansiosos por valles y collados, pero en ninguna parte encontraron el rastro de aquellos altivos animales que lo invitaban a seguirlos y a practicar un modo de capturarlos todavía desconocido. Tenía en su imaginación una figura vaga y confusa de la estampa de los veloces cuadrúpedos; tan sólo recorda-

ba a la perfección sus ojos, mansos, dulces, negros, húmedos y brillantes, que lo seguían mirando desde la profundidad de sus sueños.

Aquel repetido soñar se convirtió en obsesión para Toquechá y por eso su corazón perdió la paz y su alma el sosiego. Sólo anhelaba encontrar a la hermosa doncella que lo miraba en la lejanía del misterio y atrapar a una de aquellas raudas y traviesas criaturas desconocidas.

Cuando Toquechá hubo terminado sus confidencias, su anciano padre le habló con infinita bondad y le prometió ayudarle en la solución de aquel enigma.

Al día siguiente llegó el cacique al templo del Gran Sacerdote y en larga conversación le confió cuando le acontecía a su hijo. El Sacerdote escuchó con atención y mandó volver al cacique luego de tres lunas. Mientras tanto debían ayunar y orar él y su hijo. Así lo hizo el señor de Iraca y cuando acudió nuevamente al Sacerdote, éste le habló de esta manera:

—Preciso es que vuestro hijo parta para tu mansión de recreo a orillas de la gran Laguna. Por algún tiempo debe permanecer allí. Y así la paz volverá a su corazón porque allá encontrará remedio a sus dolencias.

Trepó Toquechá por los escarpados senderos y con su séquito llegó hasta aquella tranquila inmensidad de transparente verdor. Se instaló en la habitación que su padre tenía en ese lugar y fue dejando correr el tiempo.

Una tarde, cuando descansaba a la puerta de la vivienda, entrecerró sus cansados ojos cargados de sueño y oyó a su lado estas palabras: —"Levántate Toquechá, y sube aquel pequeño cerro que está frente a tu vista; lleva agua de la sagrada Laguna y riega aquella tierra y con tus manos haz dos figuras como la que vas a ver estampadas en el peñasco".

Abrió los ojos el príncipe, estaba solo; presuroso cogió una vasija de barro y la llenó de agua de la cercana laguna. Subió hasta el cerro indicado en donde la tierra era de un extraño color; vertió el agua y el suelo tomó una bella tonalidad, parecida a la de la hoja seca del tabaco. Miró luego las rocas que tenía en frente. ¡Oh, sí! Allí estaban, eran la fiel estampa de los animales que veía en sus sueños: delgadas las piernas, breves y negras las pezuñas, perfectos los lomos, altivo el cuello, fina la cabeza, negros y mansos los ojos, pequeñas las orejas y en la frente del mayor, brotábale un majestuoso racimo de cuernos como la corona de un gran rey. A su lado la compañera, de idéntica figura, carecía sin embargo de la soberbia cornamenta, pero su porte era arrogante, triste y dulce su mirada, mirada que había traspasado los sueños del príncipe y que ahora se hacía realidad.

Con diestra mano Toquechá amasó la arcilla y modeló dos figuras iguales a las que estaban pintadas en el peñasco. Al terminar, notó que el barro estaba un poco duro y que se resquebrajaba; entonces fue a la laguna por más agua y con ella humedeció cuidadosamente las figuras, que comenzaron, ¡Oh prodigio!, a animarse y se levantaron y corrieron veloces hasta perderse en la

lejanía, igual que pasara en sus sueños.

Volvió meditabundo Toquechá a los suyos, que lo esperaban. Contóles lo acontecido y todos fueron a contemplar las esbeltas figuras dibujadas en la peña. Alguna paz volvió al corazón del valeroso príncipe, mas no del todo se sosegó su alma.

Su sueño fue más tranquilo. Veía ahora más cerca y mejor los esbeltos animales que sus manos habían hecho según el mandato divino. Deseó, como nunca, volver a verlos. La dulce ninfa de sus desvelos también lo visitaba cada noche y Toquechá ansiaba estrecharla entre sus brazos. ¿No sería ella, acaso, tan real como lo eran ahora las otras ciraturas de sus sueños? ¿Por qué desaparecía entonces tras una espesa neblina?

Allá lejos, en la azulosa lejanía, divisávanse algunas viviendas chibchas, abrigadas y acogedoras, en medio del intenso frío del brumoso llano. En una de aquellas chozas, con sus padres y hermanos, vivía la hermosa Toquilla, ingenua, sencilla y dulce como la brisa mañanera. Pobres eras los padres de la niña pero habíanla educado con delicadeza y ella por natural inclinación tenía suaves modales y un singular modo de ser en un monótono vivir. Graciosa, alegre como el trinar de los pajarillos en las frondas, su belleza era natural y fresca, como la de las florecillas que crecen silvestres a la orilla de los estanques. En sus ojos se abrían dos negros y misteriosos abismos. Amábanla sus padres con entrañable afecto y alegraba ella la miserable choza con su espontáneo reír que ponía al decubierto dos hileras de blancos y parejos dientes, semejantes a finas perlas.

Toquilla amó desde niña los animales. Y cuando el vendabal arrojaba de los arbustos los frágiles nidos, ella, compasiva, levantaba los polluelos y les daba abrigo y comida mientras las aves crecían y podían volar a buscar por sí mismas el sustento.

Una tarde, sentada en un montecilló, **vio**, por el lado por donde Sua se ocultaba, unos animales desconocidos para ella. Permaneció completamente quieta donde estaba y aquellas extrañas criaturas pasaron a su lado, sin mostrar la menor esquivéz. Tenían cuatro veloces extremidades, ojos de dulce mirar y lisa piel del color de la arcilla fresca cubría sus carnes. Eran bastantes; unas, grandes, con algo en sus testas como las gruesas y trabadas ramazones de ciertos arbustos; otras eran del mismo tamaño pero son nada sobre la frente y, había muchas, pequeñitas, con unos como lunares de color más claro sobre sus lomos.

Quiso la niña acercarse a ellos y se levantó muy lentamente, pero huyeron los desconocidos como un rayo dejando sólo la huella de sus pequeñas pezuñas impresa sobre la tierra suelta.

Uno y otro día volvió la joven al mismo lugar con la esperanza de verlos de nuevo, pero no aparecieron los estraños animales. Quiso la suerte que un día, cuando la dulce Toquilla lavaba en la cercana quebrada y mientras estaba

quieta y pensativa; manada llegaba para refrescarse con aquellas aguas puras. Y por un extraño azar uno de aquellos pequeñuelos resbaló al salir, en una piedra lisa y redondeada; la madre del animalito quiso auxiliarlo, pero nada pudo hacer y ya lo arrastraba la corriente, que era turbulenta en aquel lugar, cuando la niña, movida a compasión, corrió hacia el pequeñín y tomándolo en sus brazos lo sacó del agua.

La madre huyó espantada y desde la orilla opuesta contempló impotente la escena. Toquilla puso al pequeño suavemente en el suelo pero el animalito no pudo incorporarse; uno de los huesos de su pierna estaba roto; la niña lo llevó en brazos a la choza. Los padres de la indiecita no sabían que opinar ante aquel inesperado hallazgo. Nunca habían visto nada semejante. La niña se dedicó con ahinco a cuidar a su amiguito, que se recuperó lentamente y se tornó apacible y condescendiente: tomaba el alimento de la propia mano de Toquilla y paseaba en su compañía de un lugar a otro por la extensa llanura.

Chihica, le decía la niña, y el animal acudía presuroso cuando ella lo llamaba desde lejos.

Muchas lunas habían alumbrado la fría llanura y Toquilla y **Chihica** seguían siendo buenos amigos; ella se colgaba blandamente del cuello del huérfano servatillo, que permanecía quieto mientras la joven le hablaba tiernamente, como si su amigo pudiera entenderle.

Entre tanto, en la confortable habitación de Toquechá se hacían preparativos para apresar aquellas esquivas criaturas salidas de la mano del príncipe por mandato de los dioses. Uno de sus vasallos, más ingenioso que los otros, había ideado un arma llamada **quesque**, con la cual se podían arrojar pequeños dardos. Para hacerla, recordó la que los chibchas habían visto arrojar al abismo por Bochica, cuando éste abrió las rocas y formó el salto que ellos llamaron Tequendama.

El príncipe y sus compañeros ardían en deseos de probar el arma que acababa de inventar, y cuando todo estuvo listo, salieron con el corazón anhelante por los resultados de aquel nuevo intento desconocido para ellos.

Todo un día caminaron bajo el sol inclemente. A la noche acamparon en una gruta para guarecerse del frío y al día siguiente continuaron su camino. Cuando Sua estaba en la mitad del esplendoroso cielo azul, todos se detuvieron de golpe. Allí; en el nebuloso confín, divisaron las extrañas criaturas cuyas elásticas siluetas se reflejaban contra el horizonte. Pero ya no eran dos solamente; la fecunda entraña de aquella primera hembra hecha del milagroso barro y del agua del Lago sagrado, había sido bendecida por los dioses. Sin **duda, Bachué, la que otorga fecundidad a todo ser, había permitido que estas nuevas criaturas se multiplicasen.**

La alegría de Toquechá fue grande y, por primera vez, después de mucho tiempo su semblante se animó y sus ojos abandonaron ese duro mirar

que antes mostraban. **Dio** instrucciones a sus hombres para hacer lo más conveniente. Avanzarían despacio, sin ruido y con cautela tendrían que acercarse; y cuando fuera llegado el momento oportuno, sólo el habría de disparar el **quesque**. Bastante lo había ensayado y ya lo manejaba a perfección.

Todos siguieron adelante sin olvidar las instrucciones de su jefe. Ya llegaba el momento en que Sua se despedía tras las lejanas montañas. El príncipe marchaba al frente de sus hombres, cauteloso y tenso cuando apareció de pronto, sobre un montículo, una de las arrogantes figuras que Toquechá había modelado en la arcilla rojiza y que los dioses habían animado con el espíritu de la vida. El hijo del cacique de Iraca levantó el arma y el dardo vibró en el aire, pero en el momento supremo, alguien se interpuso entre el venablo y la cornada bestia. Era Toquilla, seguida de **Chihica**, su grácil protegido.

Toquechá, horrorizado, contempla el resultado de su hazaña. En el mereno pecho de la niña hierve la sangre, que **Chihica** olfatea blandamente. Sí; la víctima de su involuntario atentado es la criatura que pobló sus noches de fugaces ensueños. Toquechá se arrodilla a su lado, arranca el dardo y besa la irremediable herida, como queriendo cauterizarla con sus labios exagües y febriles. Toquilla sonrío débilmente y sus ojos, tan dulces como los de **Chihica**, lllénase de lágrimas.

— ¿Cómo te llamas?, pregunta Toquechá.

— Toquilla, responde la niña oborigen, en un hilo de voz.

Y prosigue entre un suave sollozo:

— Mira. Este es **Chihica**, mi amigo. Era muy pequeño. . . . cuando le encontré y desde entonces siempre me acompaña. . . . Llévelo contigo para que al mirarle en los ojos. . . te acuerdes de mí.

De los ojos del bravo guerrero, ardientes brotaron las lágrimas. Cruzó sobre el pecho las manos de la doncella, cerró sus ojos y despósito un tierno beso en aquella frente ya sin vida.

Cuando Toquechá se levantó, su túnica estaba teñida desangre. Sobre la desnuda tierra yacía el cadáver de la niña soñada, acariciado tímidamente por **Chihica**.

Cavaron una tumba y allí mismo depositaron el cuerpo de la niña. El príncipe ordenó que aquella extensión fría y nubosa, se llamara desde entonces Toquilla.

Y volvieron a Iraca con **Chihica**, trayendo atado al cuello una suave cuerda de algodón. Toquechá nunca tomó esposa y siguió fiel al recuerdo de su llorada Toquilla.

Pasó el tiempo. Allá, sobre la llanura silenciosa, multiplicábanse los padres y los hermanos de **Chihica**, pero todo fue desde entonces indiferente para el hijo del cacique de Iraca. Cuando llegó por fin la muerte para Toquechá, éste ordenó que los restos de Toquilla fueran despositados, entre la arci-

lia ocre y rojiza, al pie de los peñascos donde manos desconocidas habían figurado las siluetas de los venados. Igualmente, dejó indicaciones para que el cuerpo de **Chihica** fuese momificado y puesto al lado del suyo. Colocaron también allí una de aquellas armas que llamaron **quesque** para recordar que Toquechá fue el primero que las usó.

A regir el imperio de los chibchas llegaron nuevos mandatarios. Y las nuevas generaciones aborígenes se entregaron al deporte de la caza. Por orden de los grandes caciques, sin embargo, sólo podían dar muerte a los **chin jcas** adultos, los jóvenes por cuyas venas corriera sangre real. Para el común de las gentes fue vedado apresar los venados o comer sus carnes, porque el **chihica** fue considerado como animal sagrado, ya que su extraño origen indicaba que era progenie divina. Además, porque la sangre de la hermosa Toquilla había sido pedida por los manes antiguos en pago de la sagrada dádiva que entrañaba el hecho de que por montes y llanuras vagaran los **chihicas**, animando el paisaje con sus gráciles y elásticas siluetas.

Todos cuantos habían oído hablar de Toquilla, al acercarse a los venados comprobaron que en el dulce mirar de estos ágiles y hermosos animales permanecía para siempre el profundo y misterioso abismo.de los ojos de la lejana y legendaria doncella.

Hoy en día podemos contemplar la silueta del venado que los chibchas dibujaron en rojo, sobre una roca, en el sitio de Santo Domingo, no lejos del pozo de la Bruja, en jurisdicción del Municipio de Mongua. El pictograma nos recuerda el maravilloso y legendario origen de los **chihicas** y el papel que estos animales desempeñaron en la cultura del pueblo chincha.

VOCABULARIO

BACHUE : deidad de ios chibchas.

BOCHICA : personaje legendario de los chibchas.

CACIQUE : Jefe indígena.

CHÍA : la luna.

CHIHICA : venado.

IRACA : Valle sagrado de Sogamoso.

MONGUA t población Indígena de Boyaca.

QUESQUE j arma de los chibchas.

SUA : el Sol.

TEQUENOAMA i famoso salto de agua.

TIJISUA : anzuelo.

TOQUECHÁ : nombre Indígena de vereda del municipio de Tota.

TOQUILLA ; nombre indígena de vereda del municipio de Aquitanla.

EL CASTIGO DE CHAQUÉN

Era el tiempo en que brotaban de sus verdes tallos las doradas espigas del maíz. Por el cielo y en distintas direcciones cruzaban bandadas de patos silvestres. Arriba el otero de las huertas, en un rincón abrigado de los vientos, estaban las colmenas, que estrellaban de oro el azul de su retiro y se sentía el **vaho de sus panales y el rumor de su obra; en aquel aire, siempre cuajado de mieles**, zumbaban las pequeñas obreras cual leve susurro de voces apagadas.

Acompasados subían y bajaban los **zizuas** y las **cobsas**, instrumentos manejados por brazos morenos ansiosos de hacer llegar el agua a los sembrados. Los maizales recién regados oprimían la senda. Relumbraba el alboroto de las acequias, y salía el agua en láminas de sol derretido, anegando los frijoles, que subían a sus horquillas. Luego venían los frutales, prendidos juvenilmente de flores, como brisa cuajada. Revoloteaban infinidad de pajaritos buscando alimento y salían del verde oleaje las aves y daban su cantiga como **si botasen del pico un grano de oro que revibraba en el cristal azul de los cielos**. Había paz y recogimiento en el ambiente.

Por el tortuoso camino que trepa por la colina, baja cantando un grupo de niños cuyas voces frescas y espontáneas se riegan por el valle, mezcladas con los zumbidos, los trinos y los gorjeos. La melodiosa y fresca voz de los chiquillos se pierde detrás de los altos matorrales, pero se escucha lejana su risa picara y espontánea; han atrapado en el cerro un armadillo y corren afañosos a donde la madre para que les prepare el delicioso bocado.

Todos los rapazuuelos se mofan de **Tintaba**, un indiecito lento y gruñón, porque no les ayudó en la difícil tarea de dar caza al animalito. Se habían repartido la faena y mientras unos estaban encargados de cerrar la retirada por el frente, otros vigilaban por los lados. A **Tintoba** le habían encomendado prender la hoguera y, ayudado por su manto, mañosamente conducir el humo hacia la boca de la cueva donde estaba refugiado el armadillo. Pero el viento le había jugado una mala pasada y mientras se inclinaba para soplar las brasas, **una nube de humo espeso penetró en su garganta y dejó sus ojos sin luz**, al tiempo que una fuerte tos le quitaba el aliento; después, cuando quiso valerse de su manto para avivar el fuego, una gran llamarada casi acaba con su prenda de vestir. Por fin, el armadillo salió de su guarida cruzando veloz por entre las piernas de **Tintoba**; éste, atolondrado, no pudo atraparlo en ninguna forma y no se le ocurrió dar aviso a sus compañeros alertándolos para que viesan el animalito ya fuera de la cueva; otro muchacho, más avisado, pudo propinarle, al fugitivo, un tremendo garrotazo; como último recurso el astuto armadillo se hizo una bola y se echó a rodar. Pero un indiecito que estaba más abajo logró atraparlo.

Todo el grupo se burlaba del desmañado **Tintoba** y esto hacía que el **rencor creciera en el corazón del rapazuelo. Felices, los muchachos se fueron**

a la choza a dar cuenta de su sabroso hallazgo. **Tintoba** se quedó afuera, solo, y fue a esconderse detrás de la arboleda, a orilla de la fuente. Todo era tranquila paz y amable regocijo, pero el indiceito sentía un pesar grande y amargo. Vagamente recordaba que él no había nacido en estos parajes; la imagen de sus padres se había desdibujado en su memoria. Estaba cierto de que las personas a quienes ahora daba este dulce nombre no lo eran.

En alguna oportunidad los niños con quienes compartía techo y comida le habían referido su historia, y él recordaba en estos momentos lo que le dijeron.

Se celebraba periódicamente, en la populosa **Suamox**, sagrada ciudad de los chibchas, una ceremonia especial que "tenía por objeto conmemorar la institución del rito del Sol".

En aquella ocasión, gentes de todas las edades habían concurrido con devoto recogimiento para seguir paso a paso las ceremonias que debían realizarse. La ciudad se había engalanado y la naturaleza, tan pródiga con aquellos idílicos parajes, contribuyó al lucimiento de los festejos. El cielo purísimo, de un azul profundo, ostentaba en aquellos días, limpia y pulida toda la brillante faz del dios **Sua**. La suave brisa que bajaba de los cerros, batía los mantos y refrescaba los rostros. El verdor de sembrados y campiñas rebosaba de fecundidad y la ancha sombra de los árboles invitaba a la meditación y al descanso. Y toda la ciudad insigne, estaba envuelta en un perfume primaveral y en un ambiente de caravana y en abrigo de familia andariega.

La multitud se apiñaba gozosa. ¡Era la fiesta de Huinl Peregrinos llegados de diversas comarcas esperaban el paso de la procesión en la que se destacaban doce mancebos vestidos de rojo, con guirnaldas de plumas y llevando sobre la frente un pájaro pequeño. En medio de éstos, iba otro mancebo vestido de azul. Muchos más iban cantando con ellos. En sus cánticos recordaban que eran mortales y que sus cuerpos se convertirían pronto en cenizas. El pueblo chibcha celebraba en aquella oportunidad el término de un año y la llegada de otro. Un sol viejo se iba, pero llegaba uno nuevo, cargado de promesas y esperanzas.

Terminados el desfile y los lastimeros cantos, el cacique de la sagrada **Suamox** invitaba a todos a beber para consolarlos y para "que salgan de la casa de la tristeza y entren en la de la alegría y olvido de la muerte", como al respecto lo anota el padre Simón.

Entre las gentes que esta vez vinieron para asistir a las festividades, hállese un joven matrimonio que tiene un niño pequeño. Embriagado por el licor que había tomado, el padre, por alguna causa baladí, discute con la esposa y llega a castigarla cruelmente, haciéndola sangrar. Lastimada y adolorida se retira la india dejando al esposo con el pequeñito; en unos matorrales vecinos llora silenciosa su pena y no se da cuenta de que el hombre se aleja con el niño. El licor ha enceguecido al mozo que camina sin saber a dónde va. Ya

en las afueras del poblado, deposita su pequeña carga sobre unos blandos musgos y sigue avanzando a la deriva, como nave sin timón. La madre nota la partida del hombre con el niño y, angustiada, va en busca del infante; pero quiere el destino alejarla del fruto de su sangre; piensa que su esposo ha vuelto con el niño al distante hogar, y hacia allá encamina sus pasos. Días después llega a la vivienda, agotada y afligida, pero allí no encuentra a nadie; sin embargo, se consuela pensando en que puede llegar el padre con su hijo. Dos días después llega el indio un poco atolondrado todavía, pero sin llevar al pequeñuelo.

La pareja, desconsolada, regresa a (Suamox, pero nadie sabe decirle qué ha sido del niño. Vagamente recuerda el padre en dónde lo había dejado. No pueden hallar una señal segura y cargados de amargura regresan sin la tierna criatura, pensando que, acaso, ha muerto, abandonado por su despiadado padre.

No había sido tan ingrata la suerte para el niño, pues una familia acierta a pasar cerca del sitio en donde el descuidado padre lo había dejado; el llanto del chiquillo los lleva al lugar y unas caritativas manos de mujer lo acunan junto a su pecho; después, aquellas buenas gentes brindan al desconocido pan y cariño. Crece el chicuelo al lado de los hijos de la familia y desde muy temprana edad muestra rebeldía de carácter y tendencia a ser envidioso. No soporta que se dé a los otros niños vestido mejor que el suyo, o que la madre tenga una caricia o una palabra de aliento que no sea para él; es egoísta y peleador. Gusta poco ayudar en los oficios que corresponden a los chicos de su edad; es lento, desmañado y perezoso.

No se ha ganado, ciertamente, ninguna simpatía el pobre **Tintoba** y ahora, que ha vuelto a fracasar durante la cacería del astuto armadillo, se siente afligido e infeliz. Solitario, tirado de bruces sobre la alta hierba que crece cerca del arroyo, solloza amargamente. Piensa en sus desconocidos padres. ¿Dónde vivirán ellos? Si él se les acercara, meditaba, quizá no le van a creer que es su hijo. ¿Y cómo encontrarlos? No le quedaba otro remedio que seguir al lado de aquella familia, ya que estas gentes le brindaban amparo.

Largo rato pasa el indiecito tirado sobre la hierba y un sueño profundo lo aleja de la realidad. Ya en las horas de la tarde lo despiertan para que vaya a reunirse a los otros muchachos con los cuales debe tomar parte en los festejos y en las ceremonias que se realizan por aquella época.

Cuando llegan cerca de la casa, encuentran a las personas mayores quemando las basuras y sacando las cenizas al campo. Hay una gran actividad en las viviendas y de todos lados salen nubes de humo espeso; los chicos van y vienen llevando las cenizas y los desperdicios para que el aseo sea completo.

Muy temprano, en la mañana siguiente, antes de la salida de **Sua**, los padres bañan a los chicos de cada hogar y los azotan. Entregan luego a cada muchacho una **cona** de fique y lo envían lejos de la casa. Pocos días después

debe volver el indiecito trayendo algún presente para entregarlo a quien le **dio** los azotes. Cuando todos los mozos regresan a sus respectivas viviendas, descansan unas horas, para salir al día siguiente engalanados con bellos penachos de plumas. Trepan con presteza por los cerros vecinos y al primero que alcance la cima se le da un premio que consiste en una o dos mantas de algodón. La fiesta concluye con un festín en el que se bebe abundante licor.

Esta fiesta, como la que se celebra en los surcos, en el sitio mismo en donde se hacen las siembras, son, en esencia, ceremonias mágicas "para favorecer el desarrollo de la cosecha", pues creían los aborígenes que con estas fiestas "se alejará el hambre de la comarca" y pueden asegurar una abundante cosecha.

(Tintoba ha tomado parte en todas las ceremonias. Después del baño salió con un grupo de muchachos y cuando ya estaba solo se recostó bajo la sombra de un árbol frondoso. Otra vez se dejó dominar por la pereza y permaneció durmiente largo rato. A tiempo que todos vuelven a sus hogares cargados de frutos silvestres, de flores y de aves pequeñas. **Tintoba** toma su **cona** vacía y se presenta en la choza sin llevar nada.

Cuando le toca el turno para trepar por los cerros, llega de último, pues sus piernas no están acostumbradas a estos ejercicios. Otra vez es el blanco de las burlas de sus compañeros. **Tintoba**, más colérico que nunca, se aleja solitario y resuelve no volver al hogar. Se encamina por senderos que él no conoce. Pero como no sabe hacer oficio alguno, nadie lo detiene. Es ahora un **chiquisquinza**.

Pasadas muchas lunas, cuando **Tintoba** está cansado de ir de un lugar a otro, regresa al antiguo hogar en donde es recibido con cariño. Ahora el chico es ya un hombre. Es todo un gallardo mozo. En sus andanzas ha adquirido variadas experiencias que de poco le sirven. Sus ojos se han vuelto soñadores y hay en sus palabras un dejo de melancolía.

Nunca imaginaba la joven que no podía acompañarme la dicha, pues mi dicha se iba con ella. Aquellos ojos como ascuas se habían quedado presos en lo más profundo de mi alma. En esos ojos, del negror aterciopelado de su pelo, siempre moraba una luz de lejanía. Su boca, húmeda y casta, semejava en todo instante que hubiese acabado de beber del agua pura y dulce de su aljibe. Sus palabras, sus ademanes, todo es un recuerdo vivo en mi memoria. Anhelé entonces saber su nombre y el sitio donde quedaba su morada.

Aquella noche la pasé bajo el árbol, prosigue **Tintoba**. Era el aire tibio y embalsamado con el perfume de los huertos cercanos; de los árboles frutales que guardaban todo el sol de la tarde, caían los olores como una fruta caliente. Me sentí feliz. Quizá pronto mi vida cambiara guiada por el destello de aquellos ojos que eran como dos rayos de luz. Era como si alumbrara una estrella en mi corazón. Una suave llovizna caía sobre los campos para refrescarlos. Se oía el ulular de la lechuza que anidaba en el roble que me servía de

abrigo, se levantó un viento leve que agitó sus ramas y mil gotitas de fina lluvia cayeron sobre mi rostro. Un aullido, un aleteo, un cántico, todo temblaba en la claridad del silencio.

Al día siguiente, muy temprano, fui a las riberas del río cercano y lavé mi cuerpo y mis vestidos y arreglé mis cabellos. La campiña dormía porque niebla matinal no se había levantado aún. ¡Cuánta alegría rebosaba de mi corazón! La tierra entera saltaba de dicha. Parecía que la naturaleza toda quisiera congratularse con mi buena suerte. Me sentía invadido por un optimismo que hasta entonces no conocía.

El sol apareció y ya no llovía. En cada hoja de los árboles temblaba una gota de agua se reflejaba el arco iris. Recién lavada la tierra relucía. Un viento tibio, favorable a los retoños, soplaba animando mi alma. Todo brillaba y reía. Y dejé vagar mis ojos por las tierras morenas de labradores, por el frescor de las labranzas y de los herbazales y por el río, rápido y grande, de plata oxidada y cortezas de fungo. Cuando mis ropas estuvieron secas fui al centro del poblado.

No encontré por parte alguna a la que mi corazón anhelaba ver. Busqué ocupación y, como algo había visto y aprendido de vuestro oficio de tejedores, fui ayudante de uno de estos artesanos; puse en el trabajo todo mi empeño. El viejo me brindó aprecio y confianza y su mujer y sus hijos pequeños, un gran cariño.

Yo pregunté con cautela por la dueña de mi corazón, pero esta gente nada pudo decirme. Correspondían a mí trabajo dándome buena comida y buen vestido. Pasado algún tiempo yo pedí al viejo que me dejara tejer una fina manta, la que guardé cuidadosamente; pues deseaba encontrar a la bella mujer de mis sueños y entonces necesitaría tal prenda para saber si ella me aceptaba por esposo.

Una mañana, cuando todos nos disponíamos a empezar el trabajo, notamos que había un inusitado movimiento entre las gentes del poblado. Llegaban grandes señores al palacio del cacique trayéndole regios presentes; hermosos y gordos venados, exóticas pieles, vistosas plumas y ricas joyas. El oro y las esmeraldas de sus diademas, pectorales y narigueras, relucían heridos por los rayos de **Sua**. Muchos vasallos traían las ricas andas de sus señores y otros tocaban flautas, tambores y fotutos. Un grupo de cantores, en candencioso ritmo pregonaban las hazañas de sus jefes en tanto que correteaban los chiquillos ya fatigados.

El cacique de aquel poblado recibió a los visitantes con alborozo y sus pregoneros anunciaron al pueblo la buena nueva: la hija del señor del lugar, se casaría en breve con un poderoso cacique chibcha venido de lejanas comarcas. Las fiestas se anunciaban suntuosas. Las gentes se dispersaron alegres y bullangueras. Todos estaban acordes en ponderar la belleza, sencillez y dulzura de la novia y el poderío riquezas y gallardía del feliz prometido.

Esa noche no dormí y un copioso sudor bañaba mi cuerpo, -continúa **Tintoba**, con un dejo de amargura en sus palabras.- Siniestro y punzante me agujoneaba un funesto presentimiento. Sin que nadie lo notara, me levanté cauteloso y salí a respirar aire fresco; en el interior me ahogaba; la angustia estrangulaba mi corazón dolorosamente.

Ya afuera, recorrí algunas angostas callejuelas del poblado; el silencio era completo. Arriba, en el oscuro cielo, se hacían guiños las estrellas y **Chía** proyectaba sobre la tierra su clara luz de plata. Sin saber a dónde iba, me encontré de pronto en la puerta del cercado del cacique. Los guardias dormían después de haber bebido mucho. Seguí caminando ya en el interior del jardín; bajo las ramas de un perfumado arrayán, divisé una figura de mujer cuyas ropas blancas la hacían fácilmente visible a la luz de **Chía**; me acerqué sin hacer ruido. La doncella tenía el rostro entre las manos y sollozaba quedamente. Yo llegué a su lado y sin saber qué hacía le pregunté:

— ¿Por qué lloras, niña?—

Ella separó las manos de su bello rostro y ambos quedamos mudos de asombro. Mis ojos no podían engañarme: aquella mujer era la misma que me diera de beber en el camino. ¿Pero, qué hacía ella a esas horas dentro del cercado del cacique? ¿Y por qué lloraba?

Ambos callamos durante un rato. Por fin ella dijo:

— Soy **Súrtuba**, y lloro porque soy desdichada.—

— (Súnuba, Súnuba,— repetí sin modular las palabras, sino tan sólo con mi pensamiento. **Súnuba**, el nombre que se respira al decirlo, como el olor del campo al amanecer.

Yo no podía contener mi corazón dentro del pecho; me parecía que sus latidos fueran a escucharse fuertes, como yo los sentía. Las palabras se atrepellaban en mi cerebro y se negaban a salir a mis labios. Haciendo un gran esfuerzo le dije:

— ¿Por qué eres infeliz, **Súnuba**?—

— Porque, mi padre quiere que sea la esposa de un hombre a quien no amo y nunca podré amar. Apenas hoy lo he visto por primera vez, pero tengo la plena seguridad de no ser feliz a su lado. Le ha entregado a mi padre, y él me ha obligado a recibir, las más bellas mantas que puedas imaginar. Fue muy amargo el licor que bebí para luego entregar al cacique la copa ritual que selló nuestro compromiso.—

Las lágrimas rodaban como perlas por sus bronceadas mejillas. Sentía una angustia atroz roer mis carnes. Yo, el pobre y desdichado **Tintoba**, sin nombre y sin fortuna, sin padres y sin amparo, me había enamorado de una princesa. ¡Oh no! Nunca podría levantar mis ojos hasta ella; nunca podría confesarle que la amaba, que era la dueña de mi alma y de mis pensamientos. Pero allí estaba **Súnuba**, débil, acongojada, triste y afligida. La contemplé en silencio largo rato y de pronto las palabras brotaron impetuosas de mis labios.

— Díme, **Súrtuba** —le dije—; por qué estás tan segura de no poder amar al que te han escogido por esposo? El posee una gran fortuna y es valiente guerrero y poderoso señor; sin duda en su palacio serás la dueña y señora y nada te hará falta; gobernarás a su lado una rica comarca y serás respetada y amada por muchos vasallos. Serás persona importante y después de tu muerte, tu cuerpo será disecado por medio del fuego sagrado y colocado en medio de los restos mortales de los personajes del imperio—.

Ella continuaba silenciosa y con los ojos bajos. Por mi mente pasó entonces, como una ráfaga, una idea que en seguida floreció y le pregunté:

— **¿Súnuba**, has entregado ya tu corazón? ¿Amas a otro hombre? Dímelo, ya que me has confiado tu pesar—

Levantó ella sus ojos, más brillantes y más bellos que nunca; su mirada transpaso mi alma como un agudo dardo, pareciéndome que leía mis pensamientos. En un susurro dijo:

— **¿No lo adivinas, Tintoba?**— calló por unos momentos y luego prosiguió: —Por algo te han mandado esta noche hasta mí los dioses a quienes he implorado a diario—

Mi cabeza era un torbellino. Acaso. . . también ella. . . pero nó, ni imaginarlo siquiera; yo estaba verdaderamente confundido. Largos transcurrieron los instantes siguientes. Por fin, **Súnuba** alargó su mano y tomó una de las mías. Un nudo de angustia estrangulaba las palabras en mi garganta. Algo en mi interior me decía que también la joven me amaba en secreto. Tomé sus manos y las llevé a mis labios; eran suaves y finas como dos tórtolas.

— No puedo hacer nada en tu favor, mi amada **Súnuba**, le dije con voz ahogada; no soy nadie para pedirte en matrimonio; no poseo medios de fortuna; sufrirías escasez a mi lado y tu padre no consentiría en que fueras mi esposa. Yo te amo con todas mis fuerzas. . .; tú lo sabes. Desde el momento en que inclinaste para darme de beber, a mí, a un desconocido, supe de la bondad y la ternura de tu corazón. No he podido olvidarte ni un solo instante; en mi memoria estás presente así como eres: dulce, sencilla y suave como la brisa que corre por tu jardín. Comprendo que es mucho mi atrevimiento al hablarte en esta forma, pero, en ocasiones, el corazón se impone—,

—Yo también te amo desde el feliz momento en qué te encontré en mi camino. Cuánto deseaba volver a verte y poder hablar así, como lo hacemos ahora —replicó la afligida **Súnuba**— Dentro de poco tiempo tendré que ser la esposa de ese antipático cacique que hoy he conocido; pero yo, te amaré sólo a tí. Ahora vete, **Tintoba**, pero vuelve mañana a esta hora; aquí te estaré esperando—;

Un largo y apasionado beso puso fin a la entrevista. Un beso de fuego. Yo, el pobre **Tintoba**, fui el dueño de sus labios que sólo habían recibido la caricia de la brisa mañanera y el fugaz contacto del agua pura de la fuente.

¡Pobre princesa Súnuba; blanca flor de los campos chibchas; luz de luna, paloma torcaz, agua transparente; estás viendo llegar la hora de tu destino, tú lo sabes, porque has puesto tu corazón en un hombre triste!

Noche tras noche, sigilosamente, fui a cumplir la cita con Súnuba; nuestro romance se deslizaba mansamente; había momentos en que creíamos que nada empañaría nuestra felicidad. Sin embargo, trágico se acercaba el momento fatal. Súnuba se casaría al día siguiente. Esa noche no tuvimos ánimos para dialogar mucho; amargados y sollozantes nos despedimos, pero yo prometí ir a donde ahora vive ella con su esposo. La última noche se lo juré y debo cumplirlo. Esa mañana, antes de las ceremonias, yo tomé otra vez el camino de este hogar, no pude soportar la idea de asistir a la boda de Súnuba y ver que otro se la llevaba consigo.

Y ahora, me tienes otra vez aquí, Busagá, —dijo el mancebo, y le temblaba el mentón por la emoción y la amargura—. Ya sabes mi secreto; te ruego que lo guardes para tí solo. Si algún día vuelvo a partir sin decir nada, ya sabes a dónde he ido y por qué. Espérame, yo volveré con ella. No puedo vivir sin su cariño y yo sé que a Súnuba le acontece lo mismo. No puedo dejarla sufrir; en el silencio de las noches, oigo su voz que me llama para que vaya a verla. Debo ir, tengo que ir. Súnuba es mi cagüi en este camino de tinieblas por el que transita mi alma en estos tiempos. Guiado por su destello luminoso he atravesado la senda de amargura que rodea mi vida. Ella es como la diosa Chía, apacible y alta que todo lo mira con tranquilo amor, como ella se baña en el agua quieta, en donde todos pueden beber su luz. Ella es como la paloma torcaz, que, cuando canta hace suspirar a todo el monte; es como el rocío que cae sobre las hojas y las llena de frescura y claridad. Es como el resplandor de Sua que hace nueva la vida. Es igual a la flor que abre sus pétalos cuando la tierra está llena de verdor, y es la alegría y el perfume de los campos, el color para los ojos, la suavidad para las manos, la canción para los oídos y, para los corazones, el amor—.

Poco tiempo después de aquella charla entre Tintoba y Busagá, llamó el padre a todos sus hijos; estaba ya viejo y achacoso y deseaba que todos los jóvenes trabajaran formalmente en el campo. Por eso, señaló a cada uno un **jitchana** y les encargó que lo cultivaran con esmero. Les indico diferentes formas de obtener frutos abundantes y sanos; les explicó en qué épocas debían hacer las siembras, en cuáles otras, tenían que aflojar la tierra y retirar las hierbas que dificultaban el normal desarrollo de las plantas.

Los jóvenes, animosos y obedientes acometen con entusiasmo los trabajos de cada día. Tintoba demuestra poco interés en las faenas y se empeña en pelear de continuo por los linderos que señalan el predio que le toca cultivar. Discute continuamente; realiza con desgano su labor; su pensamiento está lejos y vive malhumorado. Un día, llevado por la cólera y la envidia descarga un fuerte golpe en la nuca de otro de los mozos que trabajan con él en el

campo; el joven cae sin sentido sobre la besana recién mullida. Todos piensan que ha muerto. **Tintoba** se arrepiente de su arrebato y huye; por unos días y noches camina hasta llegar a la región en donde ahora vive su amada.

A poco de llegar, ve que el esposo de **Súnuba** sale con sus más valientes guerreros. Los muzos atacan esta vez a los chibchas y aquel gran señor va a unirse a otros caciques en la defensa del Imperio.

El astuto **Tintoba** toma unas pedrezuelas del camino, las envuelve en un trozo de tela de algodón y mostrando el paquete al centinela le dice que trae unas esmeraldas para ofrecerlas a la **guaia**. Penetra así fácilmente hasta las habitaciones de **Súnuba**; ella se siente inmensamente feliz al verlo de nuevo. Los días se pasan dulcemente para los jóvenes. **Súnuba** piensa que las gentes murmuran por la presencia de aquel extraño en la propia habitación del cacique y como la ausencia del esposo se prolonga, nombra a **Tintoba** centinela del cercado; así el mozo estará cerca de ella por razones de su oficio.

Cuando en las noches vagan por los amplios jardines, unos ojos oscuros siguen todos sus movimientos. La esposa, que a la llegada de **Súnuba** quedó en el segundo lugar en el harén del gran señor, vive espiando todos los movimientos de la infeliz joven. Quiere recuperar su antiguo lugar y esta ocasión se le presenta propicia para llevar adelante el plan que ha elaborado.

Los jóvenes viven confiados su dicha placentera, ignorando que los rodea la fatalidad. Llegan los primeros emisarios del cacique, anunciando su próximo retorno. **Tintoba** sufre desde entonces el tormento de la incertidumbre. Lo que antes era para él una renovación de designios, volvióse conciencia recelosa de todos sus pensamientos. Se acechaba a sí mismo, y el acecho le abría más la duda de su voluntad.

Regresa el esposo triunfante. Han logrado vencer a los temibles muzos, que esta vez no pueden invadir otra gran porción del territorio de los chibchas. Se celebra el triunfo con largas fiestas, en las que todo el pueblo canta, baila y bebe. El cacique ha traído para su joven esposa las más puras y bellas esmeraldas, lo mismo que finas mantas, hermosas pieles y variadas plumas; sobre el pecho de la india coloca espléndidos collares y rodea sus hombros con los mejores mantos que ha podido encontrar.

Así, vestida regiamente, la presenta al pueblo para iniciar el festín. Las gentes murmuran y **Tintoba**, que se ha mezclado con la muchedumbre, se da cuenta de que el populacho está enfadado por su proceder. Cuando se acerca a uno y a otro grupo, todos le vuelven la espalda; lo miran con odio, con rencor; el indio comprende que no es grata su presencia.

Dentro del palacio, el cacique bebe feliz; tiene a su lado a la mujer que ama; a la más bella de cuantas ha visto. Las **tyguyes** se reúnen coléricas y rencorosas. Las que hasta hace poco fuera la predilecta **del jefe, toma** una hierba y sin que nadie se dé cuenta la mezcla en la bebida de su señor; la ofrece ella misma, gentil y sonriente. Pronto el indio da señales de intenso males-

tar. Alarmados los presentes lo llevan a las habitaciones interiores y él pide **que lo dejen solo**. La india que ha preparado el brebaje, mañosamente se queda al lado del enfermo; aprovecha un momento de tranquilidad de éste, para referirle cuanto acontece entre **Tintoba** y la última esposa del cacique.

La infeliz **Súnuba** ha escuchado todo el relato, temblando, detrás de la fina esterilla de juncos que sirve de puerta a la estancia. No espera un momento más y sale huyendo. En el jardín tropieza con **Tintoba** que vigila ansioso y comprendiendo lo que ocurre, huyen los dos sin más explicaciones.

El ofendido esposo quiere buscar y castigar, él mismo, la grave falta que se ha cometido; pero aún duran los efectos de la hierba y se desploma pesadamente en la puerta de la vivienda. Hay un gran sobresalto entre los asistentes a la fiesta. Colocan nuevamente al cacique sobre el lecho y le prodigan atenciones y cuidados. Largos y penosos días de calentura y delirio llegan para el postrado señor. Nadie sabe a ciencia cierta lo que ha sucedido, pero lo adivinan por la repentina huída de los jóvenes. Sólo la celosa india que ha preparado el bebedizo es la sabedora del secreto y cuando han transcurrido varias lunas, prepara una nueva pócima, que tiene la virtud de contrarrestar a la primera.

Vuelve al fin la salud al enflaquecido cuerpo del desdichado esposo. Ordena entonces que vayan a buscar a los fugitivos y que los traigan a su presencia. Pero ellos han tomado mucha delantera y ninguno de los emisarios encuentra su rastro.

Tintoba y **Súnuba** han cruzado valles y montes, ríos y cordilleras. Muchas veces, ella se siente desfallecer, pero el indio la anima con tiernas caricias y dulces palabras. Y cada palabra de **Tintoba** es como un regazo que adormece el corazón herido y alienta a la acongojada india. El mozo la convence para que avancen lejos, hasta encontrarse fuera del alcance de la cólera del cacique.

Después de algún tiempo, llegan al poblado de Iza, pequeño pero alegre y cuyos habitantes, desde mucho tiempo atrás se han dedicado a la elaboración de bellísimas mantas de algodón. El acompasado ruido de muchos telares pone en el ambiente campesino, una nota de apacible encanto. A orillas de los ríos, de las fuentes y quebradas, se ven los niveos lienzos tendidos a secar, mientras las alegres lavanderas sueltan al aire sus argentinas voces y se batan y se hinchan al viento las telas, como blancas velas de desconocidas naves. Y dentro de las chozas, alineados sobre las tarimas, los esponjados copos de algodón, semejan grandes aves de albo plumaje reposando al amor de la lumbre, mientras las trajineras manos femeniles los truecan en finas hebras, pues "todas las mujeres chibchas hilaban, aún las damas nobles", como nos lo indica el P. Simón en sus crónicas.

En una hermosa planicie, defendida por el cerro de **Vita**, se encuentra el hogar que tantas veces ha recibido al inquieto y andariego **Tintoba**. Otra vez

encamina hasta allí sus pasos el fugitivo en compañía de la hermosa india.

Al llegar, dice a sus protectores que aquella mujer es su esposa; que han contraído matrimonio en la lejana comarca en donde ella nació y que han vuelto para trabajar los dos. Ella quiere aprender a tejer y a hilar y él desea volver a cultivar su jischana que una vez le entregaron.

El mozo a quien el aventurero indio golpeará antes de huir ya está sano y trabaja la tierra que le asignaron a Tintoba. No ve con buenos ojos el regreso del intruso, pero entrega el terreno que corresponde al recién llegado.

Todos en la familia creen que Súnuba es la legítima esposa de Tintoba. Sólo Busagá, su antiguo confidente, adivina la verdad, pero no la revela a nadie, pues así se lo pide el mancebo, previniéndole que si refiere lo que ha pasado todos correrían grave peligro.

Por algún tiempo hay normalidad en el hogar. Tintoba trabaja asiduamente en el campo, ayudado por Súnuba; pero como ni uno ni otro han aprendido gran cosa en los procedimientos que se emplean en las labranzas, la cosecha de su predio es pobre y escasa. Tintoba vuelve a sentir envidia de sus vecinos y se reanudan las peleas. El padre, ya muy anciano, se impacienta. El indio reclama, para disculparse, que le han corrido los linderos de su jischana durante su ausencia y que su predio es ahora más pequeño.

Súnuba se fatiga con mucha frecuencia, ya que no estaba ella acostumbrada a esta clase de labores. Unidos en su infortunio, crece el amor de los jóvenes, pero guardan celosamente el secreto que encierran sus vidas. Nunca imaginan que sean descubiertos en su tranquilo refugio y hacen planes para el futuro, mientras descansan de las faenas.

Entre los mandatos que recibieron los chibchas desde tiempos inmemoriales, estaba el de no poner los ojos en esposa ajena y quien no cumpliera estos preceptos recibiría grave castigo. La cólera de los dioses y la autoridad de sus representantes en la tierra serían fulminantes sobre aquellos que faltaran a estas órdenes. El sacerdote o los caciques, castigaban el rapto con la pena de muerte.

Había llegado el tiempo en que las cosechas estaban en sazón y debían recolectarse. Tan grande era el reposo campesino, que se oía el voznavar de los cuervos remontados en el azul, sobre el cerro de Vita, bañado de todo el gozo de Sua. De los vergeles, huertos y jardines llegaban olores de abundancia y de suavidad: olor de sembrado maduro, olor de tierra cavada, de frutales, de jugos de sementeras, de mieles de frutos. Había una quietud grave que desnudaba la vida; las sendas de los sauces, de los encenillos y de los alcaparros, ofrecían un silencio suyo, que miraba, que escuchaba, que esperaba. Los olores tenían una intimidad de tristeza de lugar antiguo; y en las cantigas de los mirlos temblaba una queja de ave que ama en el árbol predilecto y que presiente su partida y conoce su fragilidad, rodeada de lo magnífico y fuerte de todo lo que no es ella. Y en todo resbalaba un coloquio de riesgos, de

abejas y de tórtolas, interrumpido por el aleteo de los cuervos. Un calor sofofante adormilaba a las gentes; los chicos se refrescaban en el río cercano, igual que cervatillos de bronce ansiosos de frescura.

Esa tarde, llegó hasta aquel apartado rincón un indio extenuado y sudoroso; sus ropas y su carne eran del mismo color de la tierra, y en su rostro que semejava de recia talla de ceiba, siempre avanzaba el frío de la blancura de sus dientes. Allí descansa el forastero su fatiga. Los ancianos, hospitalarios como siempre, le ofrecen albergue y comida. Ya empezaban a preguntarle sobre su procedencia y el motivo de su viaje, cuando entra Tintoba con un saco lleno de maíz. Al momento, conoce al indio que acaba de llegar: era uno de sus compañeros en la guarda del cercado del cacique, esposo de Súnuba. La sorpresa y el temor se reflejan en el rostro del mancebo. ¡Los han descubierto! Corre presuroso a la labranza y llama a gritos a la joven y en pocas palabras la pone al corriente de lo que pasa. Súnuba tiembla, pálida y amedrentada.

Corren los mozos enloquecidos, atravesando la ladera, agarrándose del herbazal; quieren huir, pero el indio que acaba de llegar les da alcance y los lleva hasta la vivienda. Allí, el recién llegado, refiere a los angustiados moradores de aquellos contornos, que se han reunido atraídos por los gritos y las carreras, los fatales acontecimientos que originan la conducta de Tintoba y Súnuba y ella mira con horror la boca que vertió su desdicha.

Desolada llora la joven mujer contra el pecho del indio. Todos están sorprendidos. La anciana india, que ha servido de madre a Tintoba, está enternecida pues ha llegado a tomar afecto a Súnuba por su docilidad y dulzura.

Aplacados los ánimos, consiguen del mensajero del cacique que los deje pasar allí la noche, que ya se acerca. A la mañana siguiente irán todos hasta Suamox para escuchar la determinación del Gran Sacerdote.

Cuando al siguiente día el dios Sua derrama su luz por encima de los cerros, la comitiva avanza lenta y triste por un angosto sendero bordeado de tupido matrerral. Silenciosas lágrimas corren por las mejillas de Súnuba, hondos suspiros se escapan de su acongojado pecho y los va siguiendo dejando sus sollozos como si se deshojase su alma en el silencio de la senda. Tintoba marcha con la cabeza baja y las manos atadas a la espalda con una cuerda de fique; a su lado va el indio que descubrió su escondite y, atrás, caminan los ancianos y los jóvenes que han constituido la única familia para Tintoba.

Llegados a la ilustre ciudad, se dirigen al templo sagrado, morada del Sacerdote. Se detienen a prudente distancia mientras es avisado Naizaque, el sacerdote de Iraca, que hace poco ha sido consagrado. Todos permanecen con la cabeza baja, pues saben que no pueden levantar la vista en presencia del gran señor. Cuando éste ha sido informado detalladamente de la grave falta que han cometido **Tintoba** y **Súrtuba**, permanece en silencio largo rato;

luego levanta la voz para que todos los presentes lo escuchen y les habla así:

— Todos vosotros sabéis que os está vedado el pretender el amor de la mujer que ha sido dada a otro en matrimonio. Este hombre —**Tintoba**— no sólo ha cometido ese error, sino que ha traído a esta mujer desde su lejano hogar, dejando burlado a un gran jefe de nuestro Imperio. Añade a esta culpa la de anidar en su corazón la envidia y la discordia; vosotros me decís que nunca está contento con lo que se le asigna; ha deseado los bienes de sus hermanos y discute por los linderos, queriendo poner divisiones a la tierra que labráis. Yo os ordeno, **Tintoba**, en nombre de los dioses a quienes represento, que entreguéis a esta mujer a su legítimo esposo y que guardéis la paz y la concordia con los que, magnánimos, os han dejado compartir su pan y su techo. No hagáis que la ira de los dioses caiga sobre vuestras cabezas; porque, os prevengo, si vuestro empecinamiento y ceguera hacen que repitáis las faltas que habéis cometido, el castigo que recibiréis vos y **Súnuba** será terrible y ejemplar. Id a ayunar y a ofrecer sacrificios para aplacar a los dioses.

La voz de Naizaque tenía modulaciones de terrible cólera y sus palabras fueron claras y enérgicas. Aunque joven y recién ungido sacerdote de **Suamox**, su prudencia y sabiduría eran ya conocidas en todos los rincones del Imperio. Allí, cerca de aquel dignatario, se sentía cómo brotaba el manantial de la plegaria, exaltada de toda la sangre del pontífice; y llegando a su boca, florecía en palabra. Y la palabra de Naizaque se derramaba, se expandía dentro del silencio y la pureza de la mañana; y todavía, produciéndose la voz en los labios, semejaba oírse remota, elevada en el cielo, penetrándolo todo. De súbito calló, y crispósele la frente y convulsionáronse sus manos. Su severidad dejó temblando a quienes le escuchaban; todos sabían que las órdenes de un representante de los dioses debían ser cumplidas con presteza y exactitud.

Sabían también los chibchas que faltas como la de **Tintoba** y **Súnuba** eran castigadas con máximo rigor: con la pena de muerte para el hombre y con la misma para la mujer, después de hacerla comer **quibsa** en abundancia.

Así que hubo regresado el sacerdote al templo, se encaminaron fuera del cercado los afligidos indios; el emisario del burlado esposo de **Súnuba**, quiso llevarlos directamente hasta donde los esperaba su señor; pero la joven lo convenció que debían regresar a Iza y llevar algunas pertenencias suyas, como las finas joyas que tenía puestas la noche de la fuga y que ella guardaba muy bien en un sitio que nadie conocía.

A regañadientes, el forastero consiente en regresar a Iza. Vuelven a tomar el camino recorrido en la mañana y con las últimas luces del ocaso llegan de nuevo al apacible rincón que fuera testigo mudo de los años mozos de **Tintoba** y, hasta hace poco, de su doloroso idilio con **Súnuba**.

Una nube baja, escapada como un monstruo de los abismos, había cegado la luna, y apagó la noche sobre la tierra dormida y olorosa. Noche

oscura y cavernosa. Lejano se escuchaba el fragor de la tormenta. Los rayos cruzaban zigzagueando la oscura bóveda celeste. La atmósfera estaba cargada de presagios funestos. Chillaban lastimeros los mochuelos, llenando el aire de malos augurios. Se sentía el batir de alas negras, como de espíritus maléficos. Dentro de la casa, se escuchaban sollozos apagados y rumor de dulces palabras dichas furtivamente. Los desdichados amantes reiteraban sus juramentos de amor eterno, decidiendo afrontar juntos la aciaga suerte que los espera.

La anciana madre prepara la cena. **Tintoba** y **Súnuba** no prueban bocado. **Mientras el indio llegado de lejanas tierras saborea la caliente sopa de maíz**, presurosa se acerca la joven a su compañero con quien cambia algunas frases; le pone en libertad sus manos atadas y, aprovechando las sombras de la noche, huyen apresuradamente. Los matorrales cercanos les prestan valiosa ayuda y cuando en la vivienda notan la ausencia de la pareja, salen todos a buscarlos; ellos refugiados en la espesura burlan a sus seguidores que pasan de largo y toman un camino distinto al que siguen los fugitivos, cuando ya nadie queda en los contornos.

Avanzan los mozos confiados y felices pensando en que alcanzarán a llegar hasta lugares en donde sean completamente desconocidos. ¡En verdad es porfiado el corazón humano! Pero el sabio **Naizaque** habíales anunciado un castigo ejemplar y sus palabras no podían quedar fallidas.

Cuando la pareja llegaba anhelante al pie del cerro de **Vita**, un ruido sordo, salido de la misma entraña de la tierra, los deja llenos de pavor. De pronto se estremecen los cerros y se tambalean los árboles; el suelo se resquebraja, cual si fuese un frágil cristal y aquí y allá se forman terribles hondonadas mientras de la cima del cerro mencionado salen rojas lenguas de fuego y nubes de humo negro; grandes piedras ruedan por las laderas y el agua hirviendo brota incontenible; el aire se torna sofocante y las cenizas borran los contornos de los objetos; todo obstaculiza el avance de los fugitivos. Muchas viviendas arden y sus moradores corren despavoridos sin saber a dónde dirigirse. El pánico extiende sus tentáculos de miedo. Las gentes lloran, gritan, vociferan llevando a los pequeños. Hay confusión y pavor en todos los sitios.

El único pensamiento de **Tintoba** y **Súnuba** es el de alejarse cuanto antes de aquel infierno; no comprenden que el castigo de los dioses, anunciado por **Naizaque**, ha llegado.

En medio de todo aquel tumulto y del fragor de los vonculsos elementos se oye potente, una voz que parece más bien el retumbar del trueno; se escuchan claras, de un confín a otro del oscuro firmamento, las palabras de **Chaquén**, el dios que tiene a su cargo los linderos de las sementeras.

— **Tintoba**, —dice la poderosa voz—, no te adelantes que tu hora fatal ha llegado y no podrás escapar a tu destino. Graves han sido tus faltas. No quisiste que el arrepentimiento penetrara en tu corazón. Siempre deseaste lo que ya era de otros y la envidia envenenó tus carnes; continuamente peleaste

por asunto de linderos y te adueñaste de esposa ajena. Ahora, seguirás corriendo por los siglos venideros; dividirás los predios y serás punzante y agreste; tu cabeza llevará por siempre el color de las cenizas que ahora cubren tus cabellos. Tú, **Súnuba**, vivirás para siempre alejada de este hombre y bordearás las lagunas, los arroyos y las fuentes; habitarás los lugares pantanosos, mientras que **Tintoba** estará siempre en los sitios secos. **Súnuba**, el agua será tu compañera y te recordará que, culpas como la tuya, se pagan con lágrimas—.

Los jóvenes corrían velozmente, pero de un momento a otro las piernas de **Tintoba** no le obedecen y queda inmóvil, como plantado en la tierra que pisa; su figura corporal se esfuma y en el mismo lugar aparece una planta de hojas cortantes como espadas, de espeso follaje, con grises penachos desflecados que se baten al viento desesperadamente. **Súnuba** sigue corriendo llena de espanto; parece que la angustia pusiera alas en sus pies; las espadas verdes de tupido follaje, con las flotantes plumas, corren tras ella. De súbito, detrás de un cerro, aparecen las revueltas aguas de la laguna; **Súnuba** quiere refugiarse en su seno y siente disminuir su angustia cuando el agua ciñe sus tobillos con ajorcas vivas de claridad.

Pero, tan pronto como sus pies pisan las playas, su esbelta figura de mujer se transforma en flexibles tallos que se doblan impacientes sobre la superficie del agua como queriendo librarse del mágico conjuro. Las dos plantas se esfuerzan por juntarse, pero es vano su empeño; no logran acercarse; las verdes y flexibles hojas en su afán de salir de las aguas dan la vuelta a gran parte del lago, como aprisionando sus contornos, mientras que la planta empenachada recorre lomas y sembrados sin llegar a reunirse con la que crece en las húmedas playas de la laguna.

Nació el día y el Oriente se teñía de rosa. Un vientecillo leve y susurrante movía las hojas de los árboles que aún quedaban de pie. La paz volvía a reinar después de que la tierra se había estremecido impulsada por la cólera de los dioses del inframundo, que de tal manera manifestaban su disgusto por la violación de los principios rectores de la moral chibcha.

Muchos indios habían muerto y otros tantos habían quedado heridos a causa del terremoto y el terrible enfado de los dioses. Claramente comprendían los moradores de la región la vindicta inexorable de **Chaquén**. A la luz del día muchos fueron a ver lo que había sucedido en las sombras de aquella noche tenebrosa, cuando fue convulsionada la tierra toda del Valle de **Iraca**.

Pudieron ver entonces, no sólo los efectos naturales producidos por la erupción, sino también un paisaje bien diferente en el cual los predios se hallaban divididos en una y otra parte por aquella planta que les atajaba el paso con sus miles de hojas cortantes. Los chibchas llaman a esta planta **sune**. Y desde este momento los predios de los indios tuvieron como división o límite esta adusta gramínea, con la que se formó un seto vivo, eficaz y poderoso, que aún puede verse en la actualidad. Contra el azul purísimo de las aguas del

lago se destacan aquellos grandes penachos, como grises cabezas de gigantes, despeinadas por el frío viento de la serranía.

En las orillas de la laguna, de las fuentes, los pozos y los pantanos, observa el indio la presencia del flexible tallo de **Súnuba** que se inclina melancólica sobre las aguas, llorando eternamente su pena. Los nativos la llaman **fijiza**.

Pronto una y otra planta tuvieron sus propios huéspedes: en los amorosos y suaves brazos de **Súnuba** anidan los patos y las **ciotobas**, los **sianome** y los **burcua**, y saltan por sus tallos las ranas cuando quieren tomar el sol.

Entre el frondoso follaje de **Tintoba** tuvieron su casa los **sucuyes** y en él buscan defensa los conejos y las veloces **quizos**.

El emisario que debía llevar a los jóvenes ante su señor para ser juzgados y recibir la pena máxima, avisó a **Naizaque**, el santo sacerdote de **Suamox**, del castigo que ya los dioses habían impuesto a **Súnuba** y **Tintoba**. El sabio y prudente pontífice se encontró conforme con la acción punitiva de las divinidades, pero, un tanto acongojado, no dejó de prevenir a su pueblo sobre la necesidad de mantenerse fiel a los mandatos de **Bochica** y sus representantes en la tierra, lamentando, al mismo tiempo, la muerte de víctimas inocentes.

Y para escarmiento de muchos y memoris de todos, ordena el santo varón a los artífices de la cerámica, dejaren sus cántaros, en forma pintada, la impronta del terrible suceso de Iza, en donde, las divinidades chibchas, ante el pecado, se habían manifestado en forma inapelable.

VOCABULARIO

BOCHICA : personaje legendario de los chibchas.
BURCUA : animalito andino que frecuenta los pantanos.
BUSAGA : nombre Indígena de una vereda de Iza.

CACIQUE : Jefe Indígena
CAGUI : estrella.
CIOTوبا : pequeña ave sancuda que habita en los pantanos.
COBSA : pala de madera para trabajar la tierra.
CONA : mochila.

CHAQUEN i deidad chibcha que velaba por los linderos da las sementeras.
CHÍA ; la luna.
CHQUISQUINZA : vagabundo.

FIJIZA : junco.
FIQUE : planta andina.
FOTUTO : Instrumento musical Indígena.

GUAIA : ama, señora.

HUAN : fiesta especial de los chibchas, celebrada en Suamox.

IRACA: Valle sagrado de Sogamoso.

IZA : población de Boyacá de origen precolombino.

JISCHANA : pedazo de tierra.

MUZOS : tribu Indígena.

NAIZAQUE : nombre de cacique chibcha.

QUIBSA : ají.
QUIZO : perdiz.

SIANOME : animal andino que vive en los pantanos.
SUA : el Sol.
SUAMOX : ciudad sagrada de los chibchas, hoy Sogamoso.
SUCUY : cuy, conejillo de Indias.
SUNE : carrizo.
SUNUBA : pueblo Indígena y nombre de un río.

TINTOBA : nombre Indígena de cerro y vereda.
TYGUYES : esposas de caciques.

VITA : nombre de cerro y volcán en Iza.

ZIZUA : Instrumento de madera para labrar la tierra.

LOS MENSAJEROS DE LOS DIOSES

Siniestros pensamientos pasaban aquel día por la mente de **Mongati**. Afanosamente trabaja **para** ver terminadas, con las últimas luces de **Sua**, las **bellas piezas de barro que él decoraba con verdadera maestría, valiéndose de** jugos de variadas plantas y mientras sus manos trazaban hermosos simbolismos, su imaginación estaba lejos: como en un largo desfile, pasaban por su mente los distantes días de su infancia.

Recordaba que su padre, famoso en la fabricación de copas y vasos rituales, era continuamente solicitado por **caciques** y señores que frecuentemente acudían a la vivienda del indio para hacerle sus encargos.

Mongatá había pasado muchos de los días de su niñez en compañía de los otros chicos del poblado, feliz y despreocupado, atrapando perdices y desprendiendo los espinosos frutos de los pencos para saborear su sabrosa pulpa.

Cuando los grandes señores venían a la habitación de **Mongatá**, el chico y sus compañeros gustaban recrearse en la contemplación de la riqueza de los vestidos, el esplendor de las joyas y el colorido de los adornos de plumas de los visitantes.

Pronto el joven aprendió el oficio del padre. Cuando pudo hacer sus primeros cántaros supo cómo decorarlos, mediante las valiosas instrucciones recibidas de su progenitor.

La vida fue dura para **Mongatá**. Su padre, como era tan buen trabajador, pudo traer varias esposas al hogar. Aunque no le faltaron ni comida ni vestido, nunca tuvo el chico una caricia de nadie pues su madre había muerto al nacer él, y las otras esposas de su padre jamás tuvieron una palabra tierna para el muchacho. La adolescencia del huérfano fue triste.

Era casi un niño cuando se enamoró de una jovencita que vivía cerca de **su bohío; ambos iban a la fuente de Turubiuta para llevar agua fresca a sus** hogares y allí se entretenían tranzando bejucos flexibles que, amarrados a las ramas altas de los árboles, les servían de improvisados columpios. Cuando ella fue una graciosa mocita tuvo que ir con más frecuencia a la fuente, pues era la encargada de lavar la ropa de sus padres y hermanos. Túnicas y mantos trascienden de limpios después de que las manos hacendosas de la moza los blanquean con la planta jabonera. El sol seca las prendas de vestir y prende arboles en el bronce de las mejillas de la chica.

Mongatá la sorprendió varias veces en la fuente y los se complacían en hablar de las cosas que les era familiares. El joven recogía y cargaba la ropa ya limpia y seca mientras ella juntaba fiorecillas silvestres o aprisionaba **mari**posas. Huérfano de afectos, casi adolescente, el indio resolvió tomar **por** esposa a la compañera y confidente de sus sueños. Esta joven se reflejaba en el fondo de sus pensamientos.

Agradecida y emocionada guardó ella las mantas obsequiadas por Mongatá en señal del compromiso. El día de la boda bebió gustosa el licor ritual y feliz ofreció la copa al joven quien apuró hasta la última gota. Y ella sonreía llorando y se veían sus ojos más dulces y mociles.

Ya unidos en matrimonio, se instalaron en una alegre y soleada habitación, cerca de la fuente de Turubiuta, lugar de sus amores, rodeada del frescor de la huerta, del jardín y de las sementeras, en donde trinaban los pajarillos y se arrullaban dulcemente las tórtolas. Dos viejos sauces, de fino ramaje verde claro, daban sombras a los pozos, rebosantes del frescor de las aguas. Delante iba subiendo, polvoroso y cansado, el camino de la ciudad; ésta se asomaba encima de tres oteros, ceñidos de vergeles, y el sol grande y bueno la besaba en la cumbre, que tenía la graciosa desnudez de la mañana.

Desde los primeros días el matrimonio adquirió las costumbres que marcarían su vida en común. Ella cavaba la tierra y hacía las siembras, cuidaba de la casa, preparaba los alimentos, hilaba y tejía. Mongatá, incansable, alistaba el barro para la fabricación de las vasijas, a las que daba formas hermosas y variadas; las cocía con mucho cuidado y después, las decoraba con especial esmero.

La suerte había sido generosa con ellos y podían vivir con desahogo, pero Mongatá no era feliz ni lo era su esposa. Una terrible desgracia amargaba sus vidas: los dioses no les daban la dicha ni la alegría de un hijo. "Para los chibchas, como para otros pueblos americanos, la esterilidad de la mujer era considerada, como la de la naturaleza, como la mayor de las calamidades".

Mongatá y su esposa habían agotado todos los recursos que tenían a su alcance. Inútiles habían resultado los consejos de sacerdotes y curandero; de nada habían servido las yerbas y los brebajes, ni las súplicas y sacrificios ofrecidos a los dioses.

Ahora, inclinado sobre sus vasijas, les daba los últimos toques y, retirándose unos pasos las miraba para descubrir en ellas algún pequeño defecto. Mientras esto hacía, iba evocando Mongatá su vida pasada, deseando hallar en sus recuerdos algún alivio a sus pesares. Su mujer cavaba cerca de la choza y los acompasados golpes del zizua lo hacían pensar en el esforzado y continuo trabajo de la pobre ¡ndiecita. Un hondo suspiro se escapó del pecho de Mongatá. Levantó la cabeza de la labor que ejecutaba y dejó vagar su mirada, observando cada uno de los objetos que lo rodeaban. En cada sitio se adivinaban las diligentes y trajineras manos de su esposa, que había logrado el embellecimiento de aquel hogar; no podía quejarse de ella: era activa, laboriosa, aseada, de carácter dulce y alegre. El indio la amaba tiernamente y sabía que ella le correspondía con dedicación y fidelidad.

- Si no fuera por la falta de un hijo. . . — pensaba Mongatá, mientras su mirada distraída se perdía en lotanza.— Si tuviéramos un hijo yo la guardaría a la pobre toda la vida a mi lado. Pero así no puedo, debo buscar

otra esposa que me haga completamente feliz. Y tengo que separarme de esta buena mujer a quien he dedicado todos los afectos de mi alma. No tengo medios de fortuna para atender a dos esposas en mi hogar. Debo decírselo. .. mi corazón se rebela. . . yo la amo, pero la vida en esta forma no puede seguir.

Los golpes del **zizua** seguían sucediéndose regularmente, mezclados con el dulce arrullo de las tórtolas; un leve sopor de melancolía flotaba en el ambiente. Allá lejos, contra el azul de la tarde se deslizaba el vuelo de plata y rosa de unas garzas viajeras que cruzaban hacia las inmensas llanuras del Oriente. Las ramas de los sauces, sacudidas por el viento, dejaban caer lentamente las gotas purísimas dejadas en ellas por una llovizna reciente, pareciendo acompañar con llanto la honda pena del indio.

La lluvia había pasado hacía rato y el sol brillaba en el cielo. **Mongatá** contempló el paisaje. Tenía en su frente y en su mirada una dulce resignación

El mancebo abandonando su trabajo, se levantó y fue derecho a la labranza. La india inclinada sobre el surco no advirtió su presencia, pero, cuando el esposo estuvo a dos pasos, levantó el rostro en el que se reflejaba la fatiga; a su lado tenía un gran cesto en donde había ido depositando los gruesos tubérculos de **yomi** que sacaba de la tierra; el recipiente rebosaba con los frutos morenos y hermosos.

— Ya me iba a preparar la comida. . . , he terminado, —dijo ella, tímida y humilde, pensando en que tal vez **Mongatá** deseaba comer algo a esa hora.

- No trabajes más, mujer, —le contestó el esposo sin mirarle a los ojos;— voy a entregar las copas que me han encargado. Toma de los bienes que poseo lo que te plazca, pero vete de la casa; cuando yo regrese debes estar lejos, pues no soportaría el dolor de verte marchar. Bien sabes que tengo que proceder en esta forma; perdóname, pues comprendo que voy a lastimar tu sensible corazón y que tu sufrimiento será grande. Pero debo tomar otra mujer por mandato de los dioses y del sacerdote; buscaré otra esposa y entonces mi ardiente anhelo de ser padre será realizado.

Mongatá se marchó a cumplir sus compromisos. Lentamente caminó la frágil indiecita hacia la vivienda. No podía creer que el destino suyo fuese tan cruel. Todo su mundo se vino al suelo en unos pocos minutos. Hizo un pequeño envoltorio con sus ropas y se alejó de la choza. Dirigió sus pasos hacia la vivienda de una anciana parienta suya que vivía en **Guáquira**, muy cerca del lago; penosamente fue subiendo la joven, tras ella se iba cerrando la tarde.

Mas, encontró abandonada la estancia y hundióse en la noche en una quietud desoladora.

Abatida, derramó abundantes lágrimas durante largos días. Por fin, como si al agotarse las fuentes de sus ojos se calmara su dolor, arrojó su amargura con el manto de la resignación.

No quiso **que** las gentes vecinas la vieran y siguió viviendo sola y callada. Cultivó la tierra y halló sustento.

Muy pronto **Mongatá** encontró una nueva compañera; su vida parecía tener por fin un aliciente; el hogar volvió a tener calor y ternura de mujer.

Entre tanto, la pobre esposa abandonada llevaba una vida triste. Una noche, mientras dormía, sintió un leve estremecimiento en sus entrañas; en ese momento no supo qué sería, ni qué le pasaba y no tuvo a quién preguntárselo. Cuando realizaba las faenas de cada día, sentía que le faltaban las fuerzas y varias veces se desmayó sobre la tierra morena en la que permanecía por largo rato, hasta cuando la frescura de la noche le devolvía el conocimiento. La vida iba germinando en su interior como semilla grávida arrojada en tierra buena. Su cintura era cada día más amplia; sus caderas se ensanchaban generosamente. Un lirio moreno florecía en sus carnes transidas de amargura y soledad. Y su regazo parecía esperar un tierno lloro para acallarlo con dulces caricias. Sin saberlo, sus brazos se cruzaban acunando un cuerpo leve y sus labios intentaban silenciar un sollozo.

Una mañana, al levantarse del pecho, sintió agudos dolores en el vientre que no la dejaron moverse; permaneció tendida y solitaria, bañada en un sudor que perlaba su frente. Entonces supo que iba a ser madre. Se encomendó fervorosamente al dios **Bochica**, pues comprendió que en aquellos momentos no tenía otro amparo.

Durante aquellas horas interminables muchos recuerdos cruzaron por su mente. Despiadada había sido la suerte al separarla de **Mongatá** en el momento en que iba a ver realizado su sueño. Su corazón estaba herido y todavía sangraba. No, no contaría al indio que aquella criatura era el fruto de su gran amor; lo castigaría ocultando su secreto, ya que él había sido impaciente y precipitado al tomar la determinación que los había separado. Ahora, no vería nunca a la criatura que estaba próxima a llegar al mundo. ¡Terrible castigo para el ingrato **Mongatá** que, por sobre todo, anhelaba la dicha de ser padre!

De repente se nublaron los ojos de la mujer. Un fuerte dolor la hizo perder el conocimiento. Cuando **Sua** estaba en la mitad del cielo, un leve vagido anunció la llegada de un nuevo ser. La pobre india seguía desvanecida, agotada por el dolor y el sufrimiento del parto.

Quando la mujer volvió en sí, abrazó con intensa ternura a la pobre criatunta y besó con entrañable amor aquellas temblorosas carnes morenas. Era una niña, pequeñísima pero regordeta y vivaz. La madre vertió sobre su hija amargas lágrimas de soledad y desamparo, y se hizo el propósito de mantenerla alejada del mundo que tan despiadado se mostraba con las dos.

Creció la pequeña a quien la madre le prodigaba todo su amor. Cuando los ojos de la mujer se detenían para mirar a la chiquilla, se le mitigaba la pena, y sólo entonces, sus labios fruncidos siempre con una mueca triste.

esbozaban una leve sonrisa. El parecido de la niña con el padre era asombroso. La india la llamó **Mayavita**, dulce nombre que ella pronunciaba con deleite. La indiecita heredó de la madre los ojos de triste mirar, el cuerpo pequeño y reconcho pero gracioso, y el carácter suave y melancólico, tal vez, por la dureza con que la vida le había tratado.

La madre, la pequeña parcela que rodeaba su choza, la inmensa y luminosa laguna, los montes lejanos, los pequeños pájaros que poblaban los árboles y las frondas vecinas fueron el único mundo de la tierna **Mayavita**; nunca habló ella con persona alguna distinta de la mujer que le diera el ser. No conoció poblados ni aldeas; sus ojos no contemplaron paisaje distinto al que siempre la rodeaba. Y todo aquello que la chica contemplaba a diario, se había plasmado en su interior, aburriéndola, hastiándola.

De cuantos animal jtos conoció, prefería las pequeñas y veloces **quinzas**. Cuando las veía llegar al cercado, quedábase quietecita en donde estaba, para poder observar mejor su raudo vuelo y cuando se marchaban, sus ojos las seguían con envidia, ellas recorrerían grandes distancias, yendo muy lejos, más allá de las montañas, por donde aparecía todas las mañanas el padre Sua, bañando los campos de luz y calor y regando dorados reflejos sobre los blancos crespones del lago azul. Desaparecían las quinzitas en la distancia como pequeños puntos de brillante policromía, cual veloces mensajeras del ensueño y la fantasía. La indiecita sentía el ansia del más allá, el embrujo de la lejanía, el deseo de lo inesperado, de lo remoto y desconocido. Su alma se inundaba con el anhelo de ver lo que le ocultaban las lejanas cordilleras.

Sus pensamientos eran siempre los mismos: si ella pudiera escapar de aquel encierro y remontarse hasta allá, hasta la tierra en donde nace la luz y en la cual su madre le contaba que había seres y plantas maravillosas y un calor que adormecía a la naturaleza y embriagaba los sentidos; en donde el agua de los ríos corría en impetuosos raudales, bordando de espumas blancas las musgosas piedras y en donde flores y animales tenían tamaños y formas fantásticas. Y los relatos de la madre exaltaban la imaginación de la niña, quien una y otra vez, solicitábale que los repitiese. La madre de la mocita, había escuchado, en su niñez y juventud, muchas cosas sobre las lejanas y ardientes llanuras a donde viajaban con frecuencia caravanas de hombres para traer gruesos y duros maderos, con los cuales edificaban los templos y las viviendas de los caciques.

Mayavita sentía sed de lejanía. Ansiaba tener alas como las de las **quinzas**, pequeñas pero veloces, que la llevaran a esas desconocidas regiones, que despertaban en su alma de niña el encanto del misterio. Los años de riguroso aislamiento a que la había sometido la madre, habían hecho que la joven sintiera un terrible tedio y el deseo de llevar una existencia del todo distinta a la que hasta ahora conocía.

En uno de los rincones del cercado, que rodeaba la casa, había un

hermoso arbusto de **grao**, planta muy común en los jardines chibchas y que también se encontraba frecuentemente al borde de los caminos. El arbusto, que estaba cerca de la vivienda de **Mayavita** y de su madre, era frondoso y estaba bien cuidado; ostentaba siempre su hermoso follaje verde y de vistoso color naranja que ofrecía a la vista un bello contraste.

Amaba la niña aquella planta y bajo sus ramas pasaba largos horas dejando vagar su inquieta imaginación por los desconocidos lugares de ensueño que ideaba su inquieta fantasía, mientras gozaba de la fresca sombra que le brindaba aquel ramaje durante las tardes calurosas. Siempre estaba el arbusto cubierto de grandes y hermosas hojas afelpadas, dispuestas a recibir y proteger a la niña.

Vino una época de fuertes y constantes vientos que dejaron desnudas las ramas de los árboles, pero la planta de **grao** permaneció intacta, como si una mano misteriosa la defendiera del vendaval. Frecuentemente **Mayavita** descansaba bajo el arbusto. En una ocasión, mientras miraba distraída las hojas que arremolinaba el viento, sus manos fueron desprendiendo una por una las de su árbol amigo y con ellas, sin saber lo que hacía, fue dando forma a dos animales parecidos a las avecillas que conocía, pero de un tamaño mucho mayor, entremezclando las hojas verdes con las de color naranja que tenía la planta, semejando así un vistoso plumaje. Poco a poco la indiecita se fue animando e interesando más y más en su obra. Ya al final, parecían aquellas figuras **seres** vivos, aves **que** pudieran volar y **que** desearan, como **la** niña, remontarse hasta la desconocida lejanía.

Mayavita, satisfecha, contempla sorprendida su labor; separa las dos figuras y quiere perfeccionarlas agregándoles hojas aquí y allá. Extiende lo que ella ha hecho como alas de sus grandes pájaros y en el momento en que sostiene un ala de cada una de las aves, las figuras echan a volar como si obedecieran a un extraño conjuro llevando entre las dos a la sorprendida niña.

En pocos instantes se elevan y en raudo vuelo atraviesan campos y sembrados y cruzan la laguna, llevando a la niña bien segura para que no pueda caer.

Pasan muy altos por sobre poblados y elevadas montañas y se pierden por el camino del dios **Sua** cuando aparece luminoso en la mañana. El desfile de los años se desliza en el éxtasis eterno del paisaje inmóvil.

El viaje de **Mayavita** fue un descorrer de lejanías que se sucedían en un incansable desfile de paisajes. A lo lejos, medio borrado por el azul de la distancia, se ve un caserío solitario, semejando vagamente la silueta de un castillo en ruinas, achatado bajo el peso del horizonte plano, que hace pensar en un cansancio, en un largo sueño de la tierra. Las últimas montañas quedan atrás y después. . . se abre la selva infinita con sus bosques interminables.

Los ríos, como jirones de cielo, tajan la espesura llena de pájaros como joyas, jaguares y misterios alucinantes. Dos mundos confundidos: serranías

esbozaban una leve sonrisa. El parecido de la niña con el padre era asombroso. La india la llamó **Mayavita**, dulce nombre que ella pronunciaba con deleite. La indiecita heredó de la madre los ojos de triste mirar, el cuerpo pequeño y reconcho pero gracioso, y el carácter suave y melancólico, tal vez, por la dureza con que la vida le había tratado.

La madre, la pequeña parcela que rodeaba su choza, la inmensa y luminosa laguna, los montes lejanos, los pequeños pájaros que poblaban los árboles y las frondas vecinas fueron el único mundo de la tierna **Mayavita**; nunca habló ella con persona alguna distinta de la mujer que le diera el ser. No conoció poblados ni aldeas; sus ojos no contemplaron paisaje distinto al que siempre la rodeaba. Y todo aquello que la chica contemplaba a diario, se había plasmado en su interior, aburriéndola, hastiándola.

De cuantos animal jtos conoció, prefería las pequeñas y veloces **quinzas**. Cuando las veía llegar al cercado, quedábase quietecita en donde estaba, para poder observar mejor su raudo vuelo y cuando se marchaban, sus ojos las seguían con envidia, ellas recorrerían grandes distancias, yendo muy lejos, más allá de las montañas, por donde aparecía todas las mañanas el padre **Sua**, bañando los campos de luz y calor y regando dorados reflejos sobre los blancos crespones del lago azul. Desaparecían las quinzitas en la distancia como pequeños puntos de brillante policromía, cual veloces mensajeras del ensueño y la fantasía. La indiecita sentía el ansia del más allá, el embrujo de la lejanía, el deseo de lo inesperado, de lo remoto y desconocido. Su alma se inundaba con el anhelo de ver lo que le ocultaban las lejanas cordilleras.

Sus pensamientos eran siempre los mismos: si ella pudiera escapar de aquel encierro y remontarse hasta allá, hasta la tierra en donde nace la luz y en la cual su madre le contaba que había seres y plantas maravillosas y un calor que adormecía a la naturaleza y embriagaba los sentidos; en donde el agua de los ríos corría en impetuosos raudales, bordando de espumas blancas las musgosas piedras y en donde flores y animales tenían tamaños y formas fantásticas. Y los relatos de la madre exaltaban la imaginación de la niña, quien una y otra vez, solicitábale que los repitiese. La madre de la mocita, había escuchado, en su niñez y juventud, muchas cosas sobre las lejanas y ardientes llanuras a donde viajaban con frecuencia caravanas de hombres para traer gruesos y duros maderos, con los cuales edificaban los templos y las viviendas de los caciques.

Mayavita sentía sed de lejanía. Ansiaba tener alas como las de las **quinzas**, pequeñas pero veloces, que la llevaran a esas desconocidas regiones, que despertaban en su alma de niña el cantanto del misterio. Los años de riguroso aislamiento a que la había sometido la madre, habían hecho que la joven sintiera un terrible tedio y el deseo de llevar una existencia del todo distinta a la que hasta ahora conocía.

En uno de los rincones del cercado, que rodeaba la casa, había un

con caminos seculares, ídolos deformes y los ríos dormidos en la selva, cual gigantescas serpientes que se retuercen entre la podrida hojarasca acumulada por los siglos.

Blanda y suavemente vuelven a pisar la tierra en la que el calor es sofocante. **Mayavita** estaba feliz y lo miraba todo con extrañeza; era aquello tan diferente a cuanto conocía hasta entonces: la selva, el voraz mundo vegetal en el que la vida se desgarrar, se destroza y se renueva; los troncos se elevan esbeltos hacia la región de la luz, allá donde pueden al fin extender sus brazos y cubrirse de follaje que acarician los rayos de **Sua**. Las tremendas serpientes vegetales trepan aferrándose con sus ventosas, zarcillos y raíces, para librarse del mundo oscuro, sofocante, húmedo de la bóveda verde; las bacterias se disuelven y transforman la materia muerta para reponer al pobre suelo el jugo que esperan con avidez los gigantes apiñados. Todos los confines se ciegan por un enjambre de lianas y de vetustos troncos; por las noches aullan las fieras erizadas, enloquecidas. En las raigambres colgadizas de los altos árboles se agarran exóticas aves que miran inmóviles y voraces la corriente, y, de súbito se precipitan y retornan con su presa. Crecen rectos y erguidos los árboles por entre la maraña de ramazones y suben, por aquel impenetrable muro natural, bejucos y enredaderas que se van trenzando caprichosamente.

Vida rápida, desesperada, fugaz, **de** los seres y las cosas de **aquel** mundo lujurioso. Lucha interminable por la luz y por la materia nutricia que excita a crecer, a llenar, a formar piso sobre piso con seres que se alzan de puntas y estiran el cuello.

Monstruos que se ahogan y se estrangulan por lucir sus efímeras flores. Flores que compiten en aroma y colores el gozo de ser besadas por los rayos del astro rey y anhelan ser fecundadas al paso de los insectos.

Y abajo, el agua, que penetra, que circula, roba y pudre, que alimenta, lava, se evapora y envuelve, que impide el crecimiento de los frutos y torna resbaladizas las aristas rugosas. El agua que consueta con destellos el mundo de oscuridad que ha producido. Pasan ríos negros, espejos de las tinieblas, y ríos blancos, fecundos, que restituyen lo que en un principio han sustraído.

El animal dormita allí, alimentado de residuos, en el imperio de las plantas. La mariposa pone su nota de color con su azul metálico. Y junto a muchas especies más se cruzan el jaguar, el tigre, la serpiente, el armadillo y la tortuga.

De pronto, despierta la selva con los mil gritos de los animales dueños de aquellas exóticas regiones: rugen, chillan, braman, gritan, reclamando sus derechos; después, ya cansados, vuelven a su existencia indolente **de** sopor y letargo.

Se había realizado la ambición largamente acariciada por **Mayavita**; **la** niña estaba desconcertada pero su alma rebosaba con la profunda satisfacción de ver realizados sus deseos. El encierro había terminado y ahora vagaba

libremente por aquel paraje que su fantasía no había podido imaginar. Las aves maravillosas que la condujeron hasta ese lugar se habían posado en la copa de unos altos árboles y desde allí, traían en el pico unos frutos de sabor muy agradable que la niña comió con satisfacción.

La desconsolada madre de la indiecita la buscó por toda la casa y el cercado, por los rincones del jardín y por las orillas del lago; pero nadie respondió a su llamado; cuando perdió la esperanza de encontrar a la niña, pensó que ésta habría podido caer a las aguas y que la sagrada laguna la había retenido en su seno. Sin la ilusión de volver a estrechar a su hija contra su corazón, la mujer, otra vez encontró refugio en las lágrimas.

A veces, en el silencio de la noche, parecíale escuchar la voz de su hija que le llegaba distante y con un leve tinte de reproche; la madre volvía a buscarla. En esos momentos presentía que **Mayavita** vivía en alguna parte y que desde allí la llamaba, pero el silencio y la soledad volvían a rodearla y de nuevo caía la madre en el más profundo abatimiento.

La niña vivía feliz, porque en cada nuevo amanecer descubría cosas insospechadas. La embriagaba el perfume de las flores tan diversas y hermosas. Encontraba nidos de aves de raros y espléndidos plumajes. Los micos la entretenían con sus graciosas monerías y se hizo amiga de ellos porque le traían parte de las frutas que le servían de alimento. Un árbol inmenso le ofrecía abrigo para pasar la noche.

Mayavita notó que las gargantas de sus dos mejores amigas, las aves que la habían transportado desde su hogar lejano, no emitían sonido alguno; ella, que ahora conocía tantos otros seres, escuchaba y distinguía la voz de cada uno; pero las dos aves permanecían completamente silenciosas. La niña pensó que podía enseñarles y comenzó a hablarles durante largos ratos cada día; los pájaros le prestaban atención, quietos, se posaban en la rama de un árbol, la escuchaban mirándola con sus ojos grandes y redondos en donde se copiaba entero el paisaje.

La paciente labor de la joven dio resultados y después de muchos días, un leve balbuceo de las aves, la hizo sentir dichosa. Día tras día el aprendizaje fue perfeccionándose, llegando el momento en que los pájaros pudieron repetir con claridad las palabras que la niña decía; ella tuvo entonces confidentes que el contestaban cortas frases pronunciadas en su misma lengua, cosa que no podía hacer ningún otro animal. La felicidad de Mayavita fue grande.

En una ocasión, la joven advirtió que una de las aves volaba inquieta de un lugar a otro llevando frutas en el pico. Ágilmente la niña trepó al árbol y se asomó al nido que servía de hogar a los pájaros. Había allí dos pichones pequeñitos; todavía sin plumas, que abrían el pico pidiendo alimento; cerca estaba la madre dando comida a uno y a otro.

Tiempo después, empezó a sentir Mayavita una gran nostalgia que la hacía permanecer inquieta y preocupada. No podía vencer ese deseo inmenso

de volver al hogar lejano, de abrazar a la madre y de perder su mirada en las cristalinas aguas de la gran laguna.

La placidez del paisaje de la tierra natal, empezó a precisarse en el espíritu de **Mayavita** agujoneado por la nostalgia. Principió la joven a comprender muchas cosas. El detalle comenzaba a cobrar en ella valor inusitado: la belleza grandiosa y arisca de la patria lejana, la altanería de las cordilleras y las irisadas espumas del lago que mueren blandamente en las orillas como cristalina cascada de líquidos encajes. ¡Qué lejos estaba la quietud agreste pero dulce, que arrullara su cuñal

La selva le parecía algo inmenso, le faltaba un punto de referencia, el visaje de un cerro, la curva de una sierra, el picacho que se fisonomiza a fuerza de verlo del mismo lado. Faltaba algo, algo que la situase, que le diera seguridad, aplomo, siquiera una loma, siquiera un barranco.

Muchas veces pensaba la indiecita en su madre, que estaría triste sin ella y más sola que nunca: que se podía enfermar y morir sin el consuelo de una palabra amiga. Y era entonces cuando **Mayavita** sentía el vivo deseo de regresar; por fin se animó y comunicó su inquietud a las dos aves amigas; si ellas la habían traído, ellas podían hacerla volver.

Los animales la escucharon en silencio; los pichones ya estaban crecidos y hacía días se alimentaban por sí mismos. La indiecita era ahora una mujer, no tenía mucha estatura pero estaba robusta y lozana.

Al día siguiente, todos fueron a un claro del bosque a donde acudían con frecuencia para refrescarse en las aguas mansas del anchuroso río que por allí cruzaba. Los hijos de la pareja de aves que tuvieron tan extraño origen, revoloteaban seguros con las alas ya grandes y el cuerpo verde y amarillo.

Las aves mayores se colocaron una a cada lado de la niña. Comprendió esta que había llegado el momento de partir. Se aferró bien de las alas de los animales que al punto se elevaron por los aires, dejando pronto aquel inmenso mar verde; lejana se divisaba la cordillera; después de un rato pasaron por sobre varios caseríos, volando tan talto que nadie los veía. Todavía estaban muy lejos del hogar de la joven. Cruzaban ahora por sobre la altísima cordillera. Los pájaros se sienten fatigados, pues la niña es mucho más grande y pesada que cuando hicieron su primer viaje.

Las aves pierden altura, y en un ligero descuido, **Mayavita** se desprende de las alas protectoras y se viene vertiginosamente a tierra; los animales bajan tras ella, pero aquel cuerpo frágil se estrella contra las rocas y queda como una roja flor que el huracán deshoja. En el heroico intento por rescatar a su amiga, el plumaje de los pájaros se tiñe de aquella púrpura preciosa, mas no pueden recoger los dispersos miembros ya sin vida.

En el altar del dolor se ha ofrecido un sublime holocausto: aquella vida en flor se ha transformado en manto de bellas tonalidades iridiscentes para

engalanar el plumaje de los seres que un día hicieron realidad los fantásticos sueños de la niña.

Las aves remontan el vuelo. Irán al país de su entrañable amiga, a referir las proezas de la valerosa niña. El dios Sua sale para derramar su luz sobre el pueblo chibcha. Es el momento en que la multitud lo adora como a su gran protector. Los caciques sentados en sus regias andas tienen a su derecha al sacerdote supremo; todos esperan conforme al rito, el momento del homenaje al astro dios. Brillan en oro el ejército y la corte. Y es como una ola parda, que abarca la llanura, la fanática muchedumbre. Son segundos plenos de luz.

Sua se levanta majestuoso de su lecho de blancas nubes. Aquel día presenta un fulgor extraño y una luz rojiza se derrama por todos los ámbitos; las gentes se miran confundidas, ante el cielo teñido de múrce. **Sua** es una roja antorcha que ha prendido fuego a la tierra. De repente, de aquella bola brillante se desprenden dos saetas que parecen rayos del propio **Sua**. ¡Son las dos aves! Qué deslumbrar el de sus cuerpos! ¡No se sabe si es luz oes llamada!

Pasmados quedan los indios cuando los pájaros se posan en los árboles cercanos y en su misma lengua les hablan. No hay duda, son hijos de **Sua**, no pueden ser seres comunes y corrientes. Es espléndido su plumaje: tiene el verde del maizal, la tonalidad brillante del oro, el azul de los cielos y un rojo vivo como el color de la sangre de las víctimas puras de los sacrificios. **Sue...** **Suel** claman todos desde el primer momento; las aves contestan algunas de sus preguntas y desde entonces "son estos animales, para los chibchas, seres sagrados y, emisarios que llevarán sus ruegos al sol" puesto que proceden de la entraña del astro rey.

Luego que estas aves se multiplicaron, prefirieron habitar las selvas, en donde habían pasado sus primeros tiempos. Hasta allí volaron, encontrando a sus hermanos, los de plumaje verde y amarillo ya también abundantes y felices.

También desde entonces de las ferias y mercados de las regiones de clima caliente, trajeron los chibchas muchas de estas bellas y apetecidas aves. Después de "enseñarles algunas palabras, las sacrificaban a sus dioses creyendo que eran el mejor sustituto para el sacrificio humano".

En recuerdo de estos extraordinarios acontecimientos y para exaltar el sentido religioso de la prodigiosa ave, a una de las poblaciones sabaneras denominaron **Suesuca** (hoy Suesca), que quiere decir **cola de guacamaya**.

Con cuánta razón pudo escribirse que "la veneración a las guacamayas, hermosa ave de plumaje ornado de vivos colores y cuya sorprendente facilidad para imitar la voz humana impresionaba profundamente la imaginación de los indígenas, era común a la mayor parte de los pueblos de América intertropical".

En una de las principales poblaciones del imperio chibcha, Ramiriquí, existió en tiempos de nuestros antepasados la costumbre de venerar, en una gruta, la figura de una guacamaya hecha en oro. En la actualidad, aquel lugar conserva el nombre de Cueva de la Guacamaya.

Para los Maya-Quiché era igualmente ave sagrada y objeto de culto. Cuando hablan de su tercera creación señalan que "no había, pues, más que una luz confusa en la superficie de la tierra, no había sol. Un personaje llamado Gran Guacamayo se enorgullecía. El decía: yo soy, pues, grande por encima del hombre construido, del hombre formado. Mis ojos, en metales preciosos, resplandecen de gemas, de verdes esmeraldas; mis dientes brillan en su esmalte como la faz del cielo. Mi nariz resplandece a lo lejos como la luna. De preciosos metales está hecho mi sitio con respaldo, así pues, yo soy el sol, yo soy la luna".

A tan precioso animal, consagraron Chibchas y Mayas veneración eterna: aquéllos figurándolo en obras maestras de carácter religioso en oro, piedra, hueso, arcilla cocida, etc.; y éstos, esculpiéndolo en gigantescas estelas y altares de piedra o pintándolo en sus códices.

VOCABULARIO

BOCHICA > personaje legendario de los chibcha».

CACIQUE t Jefe Indígena.

GRAO : planta andina de bello follaje verde y naranja.

QUAQUIRA : población Indígena, hoy Aquitanla.

MAYAVITA : nombre Indígena de una vereda.

MONGATÁ : nombre de cerro de Tota y quebrada.

QUINZA : tomineja.

RAMIRIQUÍ í población Indígena de Boyacá.

SUA í el sol

SUE : guacamaya.

SUESCA : población Indígena, hoy Sueca que en lengua chibcha significa "cola de guacamaya".

TURUBIUTA : fuente en Sogamoso, en la vereda de Monquirá.

YOMI í papa.

ZIZUA : Instrumento de madera para labrar la tierra,

24. LITERATURA ORAL

Leticia — Amazonas

RODRÍGUEZ DE MONTES, María Luisa, *Literatura Oral en Leticia*, Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, Tomo LVII, 1971, (p. 85-206).

Recopilación de leyenda* y tradiciones de la literatura orct.de la población indígena, varias generaciones de migrantes, residentes en Leticia, capital del Amazonas. La recopilación de estos textos viene acompañada de una descripción de las características socio-culturales de los indígenas urbanos; a la vez, de un estudio de los contenidos de la literatura oral recogida. En este conjunto de textos se pone de manifiesto tanto los elementos del pasado *mítico* de los grupos indígenas del Amazonas, como los rasgos de la tradición "blanca" u occidental, producto de la convivencia urbana con otras etnias.

1) EL BUFEO

Versión A:

Cuando él mira nosotros, eyos juega. Eyos cogen pescado. Eyos yevan uno pa'l fondo del agua. Hay macho y hembra.

Cuando uno está así en la oriya, eyos tan saltando y cuando eyos miran que uno les da confianza, eyos yevan uno.

Eyos yama uno pa'bañar con eyos y ahí eyos yeva. Eyos dan fruta y así y ahí uno se encanta, lo yeva pa'l agua. El queda como gente. (Niños de 10-12 años del puerto de Leticia).

Versión B:

El bufeo, el boto, pues qu'ese también se transparenta es que a gente, no? Roba gente, roba las mujeres cuando esperan, no? Eso fue antes también, ahora ya no; que roba, que yeva cuando se enamora de una mujer, se aparece en forma del enamorao. (María Cachique de Vega);

Versión C:

El bujeo, un animal pero él ¡ncanta a la gente, lo yeva pa'l agua. La persona a veces siente como aburrida, se tira a Tagua. El diente d'él lo sacan es pa'cer así brujería, no? Eso dicen la gente. Quien usa eso se vuelve loco, ese diente es como malo. (Pedro Roque).

Versión D:

Uno se va trabajar por aya lejos y viene a la una, tre de la mañana de pescar, no? Entós la mujer queda sola o los hijos por aya, entoces ese tipo ya se aúsa, las viene a manosiar. Cuando ya yegamo entonces y hay perro, no? que cría en la casa, no? comienza a auyar: uá, uá, uá.

— Ole ¿qué pasa mierda ahí? ¿qué pasó carajo? (agarro un machete y o... a ver si yo lo encuentro; si es cristiano pues que diga, no es cierto?).

Entonces si es cristiano es pa que diga: —Respondo, no me mate. Pero si es el bujeo se desaparece, corre pa'l agua, se mete al agua y nunca se le ve.

Es qu'eso en Leticia cuando a veces que toman cerveza ¡ Ay, Dios, mire, no le digo mentiras, por Diosito, le cuento por Dios, Dios está oyendo lo que yo digo aya en el cielo, varias veces he visto, escuchao y tomao con eyos. . .

(Los hijos que el bufeo tiene con las mujeres) salen en animales ya, con así con rabitu o cualquiera cosita, claro, ya sale de tres meses.

(El bufeo) está andando en el río, él puede ir a dondequiera, por aya donde quiera. El sube, cuando ya él conoce, por ejemplo aquí él no puede subir, porque así es caserío, los perros: guau, guau. Entonces ya el sospecha: — Aya me matan, mejor no. Entonces hay que buscar silencio.

(Sale a emborracharse en el pueblo pero) ¡qué le van a conocer! Está tomando así como estoy yo, se pone ahí... y él gasta lo que él puede gastar, 40.000, 5.000 soles en la noche.

El tiene aquí en la cabeza un huequito y él cuando se ponga el sombrero así, no le gusta que le quiten el sombrero porque si no ahí está el peligro d'él; por ahí respira. (Manuel Curitima).

Versión E:

Ese animal vuelve'n gente ese animal le presenta a las persona que utiliza el diente del bujeo o sea mata los bujeos y les saca los diente, a esas persona que se presenta. Porque lo más principal usan los jóvenes, eso lo dicen por aquí **pusanga**, par'eso lo utiliza, pa dañar a las mujeres, para hacer malificio.

Eso lo preparan para hace malificio a las mujer, si... por ejemplo, si una muchacha no le quiere a un joven, entón con ese le atrae, para eso lo utiliza.

A vece pa'hacé malificio lo cogen, no es porque lo quiera la muchacha sino para hacer su maldad. Del diente, un líquido uno prepara con cualquier aceite y eso le unta a la muchacha y con eso eya vuelve loca. Y eso aquí mucha gente lo utiliza; para eso no má lo matan.

Eso (a)parece al joven o a las persona que tiene los diente, a esas personas se le (a)parece, pero así a cualquiera no. Le conversa, que por qué lo hizo así, que por qué lo había matao; peor si no sabe utiliza el diente, él se lo yeva debajo del agua, lo matan aya. La persona entre sus sueño lo yeva y se muere: así de día está ahí sentao, se va de corona por si mismo al agua y no vuelve a aparecer más.

Si el joven ese que cogió los diente del bujeo, le unta a la mujer, entonces le aparece a eya, le aparece un hombre, pero es bujeo... y si es un hombre le aparece una mujer. (Gladis de Bolívar)

Versión F:

Únicamente cuando uno va pa... así en la oriya del río, por ahí uno encuentra un bujeo d'ese grande, sale a bojiar y cuando es bravo, pues ya lo persigue a uno. Boya por debajo de la canoa y se hace un espumero por aya y después vuelve a tornar, hasta en la canoa se sube para... dar miedo a uno. Claro uno de aquí pues no siente miedo, pero en cambio si... uno de por ahí... como, así, viene usted, pues le da miedo el bujeo, que hasta sí se viene.

Le gusta jugar con la gente. El bujeo no hace nada a nadie, pero claro que si... ve usted... encuentra usted una cocha, ahí si están montoneras, que da miedo, mija, a uno le da susto.

Ahí están los pescaítos, entonces eyo tan ahí, salta por acá, salta por ay a bueno cuando ya quieren asustar uno, se viene y gritan: gggj... iun

susto! . . ., un bujeo d'ese colorao, ese es el más... Hay tres clases de bujeo, el pequeño y el colorao grande y hay otro medio redondo también. Son tres clases de bujeo... el grande mide tres metros casi.

Ese no (lo pescan); ese se sabe, aquí mismo se sabe, pero aquí mismo no se ha visto si es verdá (que se transforman en hombres). Los viejos antiguos, que nos contaban hay veces, no? Dicen. . .voy a contar lo que dicen los viejos, no? Decían que cuando anteriormente que la mujer de uno a veces quedaba en una casa sola y eyos hacían pues, como el marido mismo, subían de la oriya y venían a la pieza y lo cogía la mujer de uno pues y la mujer creyendo que era el marido, pues lo recibía, le daba la comida y todo eso y después sabiendo qué horas ya de madrugada, volvía salir. No era el marido sino era el bujeo. Claro que nosotros no hemos visto, pero, no? si contaban. (Raimundo Curico).

Versión G:

Que cuando las señoras o señorita o. . . señoras que lavan así tienen la costumbre de dejar la ropa así soliao para. . . jabonao, mejor dicho, para el otro día lavar lo bien, entonces que el bujeo sale de noche y ahí es que él hace como que tuviera viviendo con las mujeres, entonces así cuando al día siguiente eyo (ellas) lavan la ropa y la muchacha pues va a mudar eso, entonces es que se empuña del bujeo o se enferman así; ese cuento es que tiene el bujeo, se transforman en hombre.

Que antiguamente había una señora que el marido d'eya no se permanecía con eya así todo el tiempo. El salía en viaje así y yegaba pues. Cuando él yegaba pues yegaba donde eya; entonces el bujeo es que se transformó en forma del esposo de la señora. Entonces hasta que un día eya se dio cuenta, que el marido de eya estaba en viaje; es que dijo: —Pero ¿cómo es que este hombre sólo yega de noche y de día no viene? — Porque yegaba de noche y como el esposo taba en viaje, vivía trabajando por ahí lejo y de vez en cuando yegaba por ahí a verla, a dar la plata o comida, lo que tenía que dejar pa'los hijos y así. Es que tanto se dio cuenta eya que dijo: —Bueno, ahora le voy a escuchar este hombre, si es el propio esposo mío tiene que venir en canoa o en alguna cosa.

Entonces la señora ahí ya no se fue acostar, lo escuchó, porque eya se dio cuenta que el esposo de eya, pues no estuvo ahí todo ese tiempo, entonces es que se fue así a la oriya del río a escuchar, entonces cuando eya estaba así, afuera había un poco de bujeo así boyando así en el puerto y no yegaba porque seguro los miraba qu estaba eya ahí. Entonces eya dijo: -Bueno, no vino hoy—. Se fue a acostar. Como a la media hora vino el hombre. Entonces es que dijo: -¿Cómo ahorita vino? Lo esperé tanto, no yegaba ¿de dónde salió?

Entonces la señora le dijo (la señora ya se encontraba en estado del bujeo) entonces ahora es que dijo: —Ya que vino, yo lo voy a escuchar a ve a

dónde es que'l va después que sale.

Ya de madrugada, pues, el bufeo se fue, cuando salió se fue atrás, se fue mirándolo, mirándolo, despacito, fue yendo atrás y eya cuando se dio cuenta, se metió en el agua. Ahí la señora dijo: — ¡Ah, es que dijo, ahora si estoy jodida!

Eya se dio cuenta que él se fue al agua y al ratico comenzó a salir dentro del agua. Ah, esque dijo: —¿Ahora si cómo hago?—Se encontró así en estado y ya cuando yegó, el marido le dijo que no era hijo de él; no quiso reconocerlo, él sabía pues.

Salió (el niño) en forma de bujeo, hasta cuando nació pues salió así en forma de un bujeo, nació pero murió.

No se comen el bujeo porque muchos dicen que cuando se come el bujeo se siente como que. . . un ardor, le arde el estómago a uno y es una comida mala para la persona, para el cristiano.

El bujeo, dicen la gente y se sabe por cuentos, claro que yo vi hacer, porque lo utilizan los señores que les gusta hacer mal a las muchachas o señoras; entonces usan lo que es de la hembra del bujeo, mejor dicho el. . . así como en jorma de la. . . lo sacan ¿cómo se puede decir?.. el ubre de la bujea, pues, y como según lo que cuentan, yo nunca miré todavía, que es idéntico a lo que tiene las señoras.

Entonces pá coge a las muchacha, eso le secan en el sol, según la gruesura del brazo de uno, entonces eso sirve para hacer mal a las muchachas, mejor dicho, con eso cogen a las muchachas.

Eso lo sacan y lo secan en el sol, entonces eso cuando ya está seco, eso tienen la costumbre los señores, la mayor parte del Amazona, a vece le encargan a uno (ahí en Leticia hubo un señor que me encargó eso, pero yo no quise hacerlo). Cuando quise conseguir la piola para picar y matar a la bujea y sacarla me ofreció a pagar por uno de esos 2.500 pesos, entonces yo no quise sacar porque como el bujeo hace mal es a los niño, a los hijos, les trata de dar dolor de estómago, es malo para uno también.

Eso hay que dietar y el día que uno mata, si uno yega en la casa, se pasa una semana por ahí solo, haciendo eso hasta que se seque, entonces cuando ya está seco, pues uno ya lo usa o si no lo vende a otros señores.

Eso lo usan así en el brazo, lo meten hasta aquí (bajo la manga de la camisa), entonces yegan a la muchacha que le quieren coger, mejor dicho eso cogen a cualquiera muchacha, porque ese sirve así como para atraer las mujeres y el señor que usa eso pues yega en un baile y se lo pone aquí metido en el brazo, entonces eyo (ellos) bailan con la muchacha, lo conversan a la muchacha, lo convence con eso; eso atrae a la muchacha o a señoras, lo que eyo (ellos) quieren coger y con eso consiguen mujeres; para eso sirve.

Los diente, pues según como uno quiere utiliza, es lo mismo también;

eso sirve pa' las pesquerías, pa' la cacería, según como uno quiera utilizar. Lo mata uno el bujeo y lo saca la muela y si es pa' pesquería, pues uno va diciendo, cuando uno está cogiendo. . . mejor dicho cuando pica a uno, uno comienza a pedir todo lo que uno quiere conseguir, así como gamitana, pirarucú, vacamarina, bocachico, todo clase de pescao uno pide ahí, mejor dicho como rogar.

Cuando uno ta matando el bujeo pide puro pescao, cuando es para pesquería. Entonces sacan la muela y sacan todo la muela que tengo el bujeo, entonce eso, cada que van a pescar, cuando ya está todo podrido, eso le sacan todo, mejor dicho le sacan la quijada, especialmente. . . yo tengo como una cosa de. . . por ahí unos treinta ahí en la casa, la muela d'ese animal.

Mi papá mejor dicho, mató uno, él sacaría la muela y él me dijo que yo vendiera porque eso se vende; porque muchos compran pa' la pesquería u pa coger muchachas.

(Para pesquería) entonce eso van probando, van probando eso; uno cuando va a pesquería saca una muelita d'eso y yeva en el bolsiyo o le pone así en la proa de la canoa cuando uno ta pescando y entonces si es pa coger pescado esa muela, uno yega en los lago y uno ve pescao que vienen mansitos, que vienen así afuera, andando y ya uno sabe que es bueno. Entonce uno lo guarda, porque ese sirva pa' pesquería y cuando uno va pa' lo lago, si es para coger sólo culebras uno como sale de la casa, yega más aya y usted encuentra una culebra; pasa d'eso, yega más aya y encuentra otra culebra; entonce uno ya lo bota eso porque no sirve, no sirve para pesquería sino para las culebra, porque con eso coge todo clase de animal. Si le sirve a la culebra pues uno lo guarda también. Es peligroso de que uno tenga eso porque se vienen contra uno, se vienen bravo. Entonce uno lo tira ahí, lo bota, porque no atrae pescao o cacería buena, entonce uno lo va botando. Así uno va probando si es para puro bocachico uno mira, tan andando los pescao y eso ya uno lo guarda.

Si es pa' gamitana, pues uno cuando va a los lago con una muelita d'esa, encuentra pura gamitana. Si es pa muchacha, las muchachas lo buscan, lo siguen, lo conversan, en fin. .. Yo no lo utilizo así como para buscar muchachas ni nada; yo lo tengo ahí, ni lo utilizo.

Yo, una vez yo yevé a la mujer a la pesquería, nos fuimo con eya, nos embarcamos en la canoa, cuando un rato, como andamos como unos. . . dos kilómetro del agua, cuando miramos un lobo que venía así andando por encima del agua (qu'el sería bueno pa' buscar lobo). Entonces la mujer mía: —Mira, mira, mira ¿qué animal es que viene ahí?—. Yo le dije: —Ese's el lobo que dicen—. Me dijo: —Dispáralo—. Yo le dije: —No.

Cuando nos fuimos más adelante yo vi un borugo izque se botó al agua y salió así adelante, ese era bueno para pesquería. Pero después como que le contaron a la mujer que yo tenía eso que pa' buscar mujer y un día yo estaba

borracho, yo andaba, yo lo ofrecí a otro ahí, yo le dije: —Mira, esta muela de aquí, le dije, a usted que le gusta la pesquería, es muy bueno como pa' cacería, como para matar lobos y ese día pues encontramos un poco de aves que también se nos acercaron, para todo eso sirve. Entonces el muchacho: —¿Por cuánto lo vende?—. Yo le dije: —Pues déme 100 pesos por él, es muy bueno, usted recupera en menos de tres días. Si va cacería encuentra un lobo d'esos, vale como ... un poco de plata, a usted que le gusta la cacería, la pesquería.

Entonces la mujer tuvo escuchando eso, entonces al día siguiente como yo no pensaba nada de eso si la mujer iba a hacer eso y dejé así en mi bolsiyo, cambié mi ropa y me fui a trabajar. Cuando yega lavar esa, encontró eso y lo botó: (1) eso se lo cargarían los animales, porque como eso atrae los animales, lo yevan, lo cogen ¡qué será le hace!

Dicen que cuando los niños tan así pequeñito y teniendo eso en el bolsiyo, lo cutipan, los niños mueren porque esque es malo. Dicen los cutipan a los niños, como es decir las culebras también uno coge y a veces los niños quedan negros de repente, se mueren también. (Viriato Fernández).

Versión H:

El bufeo se vestía bien ¡quién lo va a ver, no va ser gente, pues! Lo recibía, y vivía con mujer; s'embarazó la mujer ¡pues cómo va a ser, pura agua! No es gente sino agua y la mujer se murió, porque son del agua, pues, no es como cristiano. (José Soto Fiórez).

2) EL COTOMACHACO O COTO (IU EN WITOTO)

Versión A:

Del cotomachaca dice que es una boa, tiene dos cabeza. Por'a cabeza de arriba pues mantiene en la rama arriba y abajo está en la tierra y caá animal que pasa, la de boca de abajo caceca de tierra, animales de tierra y de arriba lo animales así como mico, aves, caceca. De eso mantiene. Hasta remienda (remeda) a los coto, así como habla los mico, los animales, mejor dicho todo. Es una sola pero se reparte en dos cabeza.

Eso dice que vive por el Perú, en la selva, en cananguchal, como quien decí una laguna, aya vive, ahí donde que está ese animal nadie va porque es peligroso (Gladisde Bolívar).

Versión B:

Como yo de muchacho oía que contaban, entonces me decían... cuando se van por aya dicen, hay una culebra de dos cabezas que viven en la selva o mejor dicho donde nadie anda, ¿no? Eso le cuelga la cabeza al hijueputa palo que tiene 50 metros o más de alto, la otra cabeza por aya del lao de tierra. Ese va comiendo de aquí (abajo) todo lo que pasa, sea cristiano, sea animal, lo va comiendo. De aya (arriba) come los micos.

Aya están dos estranguladas así, ¿no? Aya coma, entonces la barriga la tiene así hinchada. De aya coma: ta, ta. De aya coma acá y de aya viene acá y cuando se cansa, se quiere subir: rrr... el otro viene ahí pa' bajo. Ese es el cotomachaco que dicen de dos cabezas.

Ese atrái, por ejemplo, aquí, usted se pasa por aya entonces andando por aya. . . cuando la mira y usted, miijo, s'entrega, jala: uss, tas. Te cogió, te tira pa'arriba, ya ta dentro, él te va tragar.

Andando lejos si se le encuentra, grita lo mismo que un coto: wo,wo, wo, para yamar, pa' que coma, ¿no? La gente dice yo voy a matar un coto y se van con la escopeta a buscarlo, cuando iuh! antes que vaya. .. le jala él y se lo come y tranquilo deja la escopeta ahí. (Manuel Curitima).

3) EL CHUY ACHAQUE**Versión A:**

El chuyachaque que cuentan, ¿no? El chuyachaque ¿no es un muchachito así chiquito? Chiquitico es qu'es. Entonces sale a engañar, pero eso es cuando se acostumbra, engaña, yeva muchachos, no? Eso era antes. . . yeva los pelaítos, los engaña, los yeva isabe Dios qué serás les hace!. .. quien sabe qué les hace!

Este pies es qués chiquito, uno p'ayá, otro p'acá, es qu'es. (María Cachique de Vega).

Versión B:

El duende es el Chuyachaque (a los niños) los silba en el monte, los roba, está andando en el monte y ahí los roba; tiene los pies uno chiquito y otro grande, dicen que la cara es p'adelante y p'atrás es los pies. (Juliana Tamayo).

Versión C:

Debido a defectos de grabación no se puede transcribir la versión que

sobre el Chuyachaque da Manuel Curitima. De todas maneras en ella se habla de un hombre pequeño que estaba en el monte; un día que él fue con un amigo a recoger hojas para techar casas, el Chuyachaque no los dejó hacer nada.

4) MADRE DE PLAYA

Según los informes de Angélica Lucas, la Madre de playa es mitad mujer y mitad pescado, sale a la playa a las doce de la noche, "coge guitarra, canta, dice bonito eya", y se lleva a las personas bajo el río. El pelo de ese **animal** es amarillo, y los ojos los tiene de color **mutis (c** rubios, monos) como los ojos del paucara.

5) LA COBRA GRANDE

Versión A:

Un señor iba viajando en el río, no? y la culebra le volteó la canoa y se lo tragó y como él cargaba un cuchío en el bolsío y se. . . taba dentro de la culebra y se sacó el cuchiyo y lo partió la barriga y se salió; ese hombre salió todo enfermo, todo yeno de flema de la tripa de la culebra y le toco ir en. .. en'e los curanderos para que le hiciera la curación. (Pedro Roque).

Versión B:

Un hombre, yo no se cómo fue, no me acuerdo, pero en todo caso esque el hombre lo tragó un animal, entonces él cuando ya estaba así en la barriga del animal, sintió que. . . se encontró con un venao ahí adentro, el animal lo había tragao, seguro ante que lo trague a él; entonces el venao vivía ahí adentro, él todo ya también pelándose la lana, mejor dicho, los pelos. Seguro el animal sabía cuando yegaba medio día, salía a la playa así seguro a asolearse, por ahí a la calentura del sol, será. . . Entonces cuando él miró así, vio como una claridá, entonces él tenía un cuchiyo en el bolsiyo y ahí -el hizo un roto ahí, cortó, mejor dicho al animal, para que él pudiera salir, cortó así y cuando sintió abrido el corte, miró qu'estaba afuera, de ahí podía salí,

entonces cuando él salió, cuando vio la claridad, el venao también se salió atrás d'él y se salieron los dos. Así es que el animal ese murió ahí, lo mataron, era como una ballena, como un pescao. (Viriato Fernández).

Versión C:

Un día José Sangam se fue a pescar a los lagos; cuando llegó a la mitad del lago encontró una culebra que subió a la canoa, lo agarró, le hundió la canoa y se lo tragó vivo.

Después de haber estado catorce días en el vientre de la culebra, José Sangam, aprovechando que la cobra estaba dormida, la abrió con un cuchillo y se salió. La culebra lo persiguió pero él se subió a un árbol, donde permaneció durante cuarenta días. Allí lo encontró un amigo y lo llevó a la casa. Cuando llegaron a la casa, el papá se asustó y la mamá se puso a llorar porque José Sangam venía con la cabeza pelada. (Traducción de un relato en portugués narrado por Antonio Pedro).

Versión D:

Esfera un señor que era encantao en una culebra y eran dos: era una hermana y él. El se yamaba Honorato Cobragrande y entonces él salió a la plaia, ¿no? y avisó a los . . . que recogiera agua porque cuando se fuera a pelear con la hermana, no había quien tomara agua, ¿no? Porque el agua iba volver puro tierra, bueno y así.

Y a él no le gustaba la hermana de él porque la hermana de él tenía comido gente, ¿no? Entonces no podía más volver persona y él pelió con la hermana y lo mató (a) la hermana y la hermana lo alcanzó a chuzar un lao de ojo. El era un poquito. . . era ciego de un ojo, ¿no? La hermana le chuzó el ojo.

Y cuando fue pa' desencanta, él salió en la plaia, le dijo (a) un señor que juera a las doce de la noche, esperara en la plaia y cuando lo mirara como un barco grande, que él no se juera asustar, ¿no? que ese era él; que no le iba hacer nada, sino para que desencantar a él. Y así fue que el hombre se fue a esperarlo en la plaia.

Cuando fue las doce de la noche, él miró así como un barco grande, todo luminado de luz. Era él, él que venía y salió cerca a la plaia, entonces le dijo que le pegara un tiro, pero no por matar, sino por sacar la sangre mal, ¿no? Y así el hombre le pegó el tiro y ahí mismo se desencantó. Pero ese es un cuento de verdá, se volvió gente. (Pedro Roque).

6) PETAPETA

Dicen que ese hombrecito se yamaba Petapeta, era chiquitico ¡pero él trabajaba con esa canasta! ¡Cuánto infinidad de gente no tenía en la canasta de él! Entonces pues por eso es que él hacía en un día o en una noche, pues amanecía ya todo tumbao, todo plantao. . . Mejor dicho él lo mandaban trabajar así y él no tenía miedo de coger cualquiera contrato así de dos, tres hectárea, porque él en una noche, él tumbaba todo.

Entonce ahí dijeron: —¿Cómo hacemos pa' cógele y quitarle la canasta a este hombre?—. Hasta que un día un hombre se disfrazó, mejor dicho, se hizo como enmascarado, se pintó toda la cara y ese Petapeta era un chiquitico (!) y él andaba tumbando. Así encontraban un palo tumbao por ahí, por ahí él andaba. Ahí tenía su caminito donde él andaba, en donde él trabajaba, pues en un día, en dos día, el ya. . . A veces daban cuenta, decían que tal fulano va a trabajar en tal parte; él la hora que yegaba era. .. colgaba ahí la canastica y ahí había ¡cuánto infinidad de gente en esa canasta! Por la noche salían ¡eso era trabajar y tumbar monte, que cuando amanecía ya estaba todo tumbao!

Entonce, hasta que un día esque un hombre se disfrazó para quitarle eso, esa canasta que tenía el pelaíto este, que era. Bueno y entonce, se disfrazó el hombre, se fue a echarse ahí todo pintao, todo sin ropa, sin nada.

Entonce ahí venía el muchachito así andando; cuando él miró ese hombre así pintao, ahí adelante de él:

- ¡Ay! esque dijo ¿quién es ese? esque dijo—. El miró así.. . ¿pero qué será ese?.. . (!) Miraba... — ¡Ay! esque dijo, se sentó ahí al lado de él y comenzó a contar: ¡Ah! esque dice, ese disfraz tiene pies, esque dijo:

Se fue a tocar, lo tocó: - ¡Ah! esque dijo,

¡ tiene pie este disfrazao!

¡ tiene mano este disfrazao!

¡ tiene oreja este disfrazao!

¡ tiene nariz este disfrazao!

¡ tiene nariz este disfrazao!,

esque dijo.

Bueno, este enmascarado tiene de todo. ¡Ay! y tiene huevo también este disfrazado!

Todo lo que él fue mirando, él fue diciendo y el otro estaba ya que lo quitaba la canastica y él tenía la canastica, hasta que cuando él pensó voltiarle ¿no? Tenía que voltiarle para mirar qué cosa él más tenía. Decía:

¡ tiene cabeyo también este disfrazao!

¡ tiene nariz este disfrazao!

Yegó en la bocad'él: —¡Ah! esquedijo ¡tiene muela este disfrazao!

¡Ah! Entonce cuando yegó en la boca d'él, pues ahí mismo el hombre

lo mordió: —¡Tiene muela ese enmascarao! ¡cómo me está mordiendo! ¡Ay! gritó; ¡suéltame! esque dijo: ¡suéltame!—. Hasta que él sacó la canasta, cuando sintió el dolor, él botó así a un lao. Ahí mismo el otro se levantó y le quitó la canasta (1). (Viriato Fernández).

7) ORIGEN DE LOS MICOS BOQUIBLANDOS

Quedaron tres niño así huérfano con un hermano grande que ya tenía hijos también grandes, entonce la cuñada lo tenía rabia a eyos y no los daba de comer.

Cuando el hermano, mejor dicho el esposo de la señora, yegaba de la cacería, pues eya lo que hacía era servir la comida, las presa pa' los hijos d'eya y a eyo sólo los daba la sopa, el caldo. Entonce así vivían, hasta que se aburrieron eyo. Como eya hacía ese harina de maíz para qu'el hermano no se da cuenta, pues eya le ensuciaba la boca d'eyo pa' que dijera el hermano que sí comieron.

Total que no le daba, así es que hasta un día, pues eyos se salieron de la casa, así se remontaron. Así es que un día venían, al otro día no venían; así es que el hermano se dio cuenta y le preguntó a la mujer: —¿No será que usted tiene rabia a mis hermano? ¿cómo es que eyo ya no vienen? Ya ni me saludan, están como bravos.

Así es que cuando él se dio cuenta que ya no aparecía, se fue así a buscarlos en donde se encontraban pues; ya cuando él yegó aya, ya eran micos. Desde ahí pues los micos se formaron ya. Desde ahí que existe el mico boqui-blanco que dicen. (Viriato Fernández Fonseca).

8) LA CURUPIRA O MADRE DE MONTE (2)

Versión A:

La Curupira es el mismo duende, es una vieja con su pelo caído, dice la gente, decían antes, ¿no? Es en el Brasil que cuentan eso, anda eya por ahí andando eya por el monte. (María Cachique de Vega).

Versión B:

La Curupira es la Madre del monte, es bajito, como un niño pequeño, peludo, pero no se mira la cara, los tubiyos son par'atrás, así p'adelante. Se carga los muchachos para eya, pa' yevar pa' la casa d'eya. Los tiene como encantao aya con eya.

Cuando va a yover, ¿no? eya empieza a golpiar en las aletas de los palo. Es la madre de todos los animales, no le gusta que, por ejemplo, uno mate así para desperdiciar, eya no le gusta. Hay que matar no más para su consumo. Eya por ejemplo, eya le hace así dar una fiebre, una maluquera.

(Para curar esta enfermedad) los brujo le hacen los remedios, eso lo soplan con tabaco, unos tabaco tiene así largo, lo pican bien y lo hacen con la hoja de plátano, una hojita bien blandita, queda suavcita, con eso hacen. (Pedro Roque).

Versión C:

Había un hombre que quería ser muy fuerte, que quería igualarse con la Curupira (según el informante es un hombre bajito, fuerte, con poco pelo), entonces él quiso verse con la Curupira y él un día se subió donde comía la Curupira, subió a una mata de canangucho.

Entonces el Curupira fue a comer ahí debajo del canangucho y izque se sentó ahí abajo del canangucho a comer y (el hombre) ya se encontraba en el árbol (!), mejor dicho en el canangucho, aya en los racimo.

Entonces que taba comiendo y él cuando miró que la Curupira no se daba cuenta si había hombre ahí en la mata del canangucho, se puso a comer y él cogía un canangucho de la mata y él tiraba hacia abajo para alcanzarle a la Curupira, hasta que uno de ojo le alcanzó en la cabeza (!). Y él siguió comiendo hasta que la Curupira cogió uno que 'estaba así al lao del agua (y como cuando uno ta en un árbol, está aya, mejor dicho encaramao, uno pone el brazo ayí, la sombra de uno parece en el agua), él alcanzó a mira y: — ¡Ah! esque dijo ¿habrá ahí una persona aya arriba?—. Y ahí esque dijo:—Venga ¿qué quiere usted?

—No, esque dijo, que yo quiero ser así como usted, mejor dicho que... (el animal ese tiene sólo un lao de brazo y tiene mucha fuerza).

— ¡Ah! esque dijo, usted pa que se iguala conmigo, usted tiene que... a luchar conmigo, mejor dicho (que se agarraban a pelear y que si le dominaba... pues él le daba la fuerza a él).

Bueno, ahí mismo se bajó el hombre y ahí dijo, bueno, se cogieron a luchar (!), a pelear, entonces el Curupira lo tumbó al hombre; entonces el Curupira le dijo:

—Bueno, usted pa que se iguala conmigo, usted tiene que tomar unos cinco mata de chuchuwasha pa' que se iguala conmigo y si no lo cumple usted, yo lo mato.

—Bueno— dijo el hombre y se fue pa la casa y comenzó a tomar. Cuando él ya tomó como unas dos matas de eso y se fue otra vez aya donde se encontró con el animal, ahí comenzaron a pelear otra vez y ya no lo tumbó así no má, tenía más fuerza.

-Ahí sigue tomando, cuando toma las cinco mata de chuchuwasha, entonces usted pelea conmigo; si usted me tumba yo le doy mi fuerza y usted tendrá que ganarle a cualquiera así en las pelea.

Bueno, así que cuando él tomó ya las cinco matas de chuchuwasha, se fue y comenzaron a luchar y pelearon hasta que él tumbó a la Curupira, entonces ayí le dijo:

—Bueno, ahora sí no hay quien te domine, usted tiene la misma fuerza.

Ahí él arrancó un pelo y le dio al hombre y así siguió y ahí termina el cuento. (Viriato Fernández).

Versión D:

La Madre del monte tiene una pática para adelante y otra para atrás más pequeña, golpea las bambas, emborracha a la gente, se la lleva para su cueva. (Angélica Lucas).

Versión E:

El era un cazador, ¿no?, pero él era un cazador pero de mala, no conseguía nada; hasta que un día iba por el monte, se encontró con la Madre del monte, ¿no? Le dijo, le preguntó qué andaba haciendo. —No, que él andaba cazando. Le preguntó si quería ir a la casa de ella. —Que sí.

Lo yevó, lo yevó aya, pero así un... en el monte, pero así bonito, ¿no? Así como un parque, bien barridito. A él le yamó, le dijo:

—Bueno, yo le voy a... ¿se quiere yevar cacería pa su casa?

Dijo: -Sí.

Le yamó los animales, lo mató una danta y lo dio pa qu'él trajera y le dio una... como una flautica, ¿no?, y le dijo:

—Bueno, usted cuando va cacería, usted yeva lejo, usted sopla eso y ahí enseguida vienen los animales, usted ahí mismo mata, pero usted no va contar nadie, porque si le cuenta a sus amigos no le sirve.

Bueno, y él como tenía un compadre, ¿no? vecino, así y le dijo. ... y el compadre le tenía envidia porque toda vez se iba pa'l monte y le venía enseguida la cacería y le preguntaba:

—Compadre, pero ¿dónde usted caza, que usted consigue tanto animal y yo no puedo conseguir?

—No, compadre, aquí yo voy a cacería, es que estoy de buenas hoy.

Hasta que un día le dio por tomar trago al compadre y el compadre como quería que le contara, le puso a dar trago y preguntó: •

—Pero compadre ¿de dónde usted la cacería?

Y él no le quería contar, hasta que ya taba bien borracho le contó:

—Bueno, compadre, es que me dio. . . la Madre del monte, me dio un remedio ahí que yo tengo (y le contó todo, le contó todito cómo era).

Bueno, en otro día se fue a cacería, la primera cosa que encontró fue con la Madre del Monte, bravo con él.

—Bueno ¿y usted por qué contó? ¿por qué usted contó? Yo no le dije que no contara a nadie?

Le cogió, le dio una fuetera, pero buena la fuetera, le pegó duro, le yevó a la casa, le yevó aya, lo. . . le raspó un palo, sacó como droga, ¿no? raspó bien, lo sacó el fugo y le dio pa' que tomara. —Bueno, vaya pa' su casa— y lo mandó y ese hombre yegó en la casa todo enfermo, todo golpiao. . . una fiebre. . ., bueno, y se volvió lo mismo, lo mismo como era antes y se acabó el cuento. (Pedro Roque).

Versión F:

Un señor cazador se fue pa'l monte a cazar y se tardeció en el monte y se quedó dormido en el monte, ¿no? y se hizo (en) una aleta de un palo, hizo así un. . . cerco bien cercao y se quedó aya dentro.

Por ahí a las doce de la noche empezó a golpea en la aleta del palo y él quedó cayadito con la escopeta así. Al rato venía entrando la Madre del monte, le preguntó que qué hacía ahí.

— No, que él se tardó y taba durmiendo ahí, pasando la noche.

Bueno, se quedó al lao sentao, al lao de ese animal feo y -él con miedo, él taba con miedo, asustao. Bueno y él tenía matao un animal, un mico, el señor ése, ahí tenía el mico al lao; cuando al rato dijo (la Madre de monte) que tenía hambre, que quería come un lao del brazo del hombre y el hombre quedó asustao. Decía:

— ¡ Ay, Dios mío! ¿qué yo hago? Ahora si me va comer ese animal.

Y se acordó que tenía el mico, los sacó, lo sacó un lao del brazo y le dio; lo comió.

De aquí un rato: Que quería comer el corazón... el hígado d'él. Dijo: —Ahora si me va mata ese animal—. Lo partió, le partió el mico, lo sacó el corazón, le dio, lo comió.

Bueno, dice: -Ahora si yo lo vo mata (él, el hombre). Bueno, ahora ya que le di de come, 'hora yo tengo hambre, yo quero que usted me da su corazón, también yo quiero come.

— Bueno, le voy a da.

Le pidió el cuchiyó. El señor como tenía un cuchiyó bien filudo, le dio. Apenas le dio, le meteu el cuchiyó, lo meteu el cuchiyó, adiós mija, (em)puje cuchiyó, cuando lo metió el cuchiyó, se cayó p' atrás. El hombre quedó contento: —Lo maté.

Cuando amaneció el día y ahí taba el animal, él se fue. Pasó como

quince día, dijo: —Me voy a mira ese animal que yo maté, a ver cómo está... si está podrido, pa' traelo a tiempo.

Se regresó, yegó aya. Ese animal taba. . . pero no estaba podrido, no estaba nada, estaba duro como un palo, se volvió como un palo, seco, esa vaina. Yegó aya, lo yevó un hacha: —Voy a sacar la muela, la muela de la Curupira.

Yegó aya taba muerta, seco como un palo y lo dio con toda fuerza en la cabeza del animal. Al rato se paró, se sentó y quedó sentao y le dijo que si no fuera él que hubiera dao ese golpe, no tenía despertao, que taba durmiendo un sueño profundo. (Pedro Roque).

9) TAI FE

Versión A:

Taife o sea Madre de monte, eso es como una persona, como sea, como le presenta a uno, alto, bajito, pequeñito, como un niño, como una persona así común, como le presenta. Engaña a uno, le yeva por medio de la selva, lo hace perder a un niño así, le hace volatar la cabeza. Mucha gente ha pasao así, o sea los cazadore, le presenta eso, le asusta pa' que no sigue cazando; le hace enferma, así cualquier enfermedad, fiebre, una caída, así le hace. (Gladis de Bolívar).

Versión B:

Una tribu se fuero a la chacra, toda vez gente por la mañanita se van a la finca, pues cada cual se va a su finca, ¿no? (en tiempos vivían pues sin ningún patrón, nada de patrón, nadie sabe qué es patrón). Bueno, entonce una vieja yegaba en la casa, dormía, les manda sacar sus niguas de eya.de la vieja (a los niños). Eyos sacaban y les daba un pedazo de ñame: el que revienta, le da parte mala y el que no reventó, ese le da buen pedazo.

Y así el muchacho resabiado dice:

—Mamá, dice, una vieja viene aquí nos da pedacito (de ñame) cuando manda sacar nigua. Cuando ustedes vienen la hacemos levantar, la vieja se va. Mira que nos dio esto.

—Rico, dice la mamá, y por qué no le señala así, señala así, ese es su bastón, dice, señalando d'eya, cortando, cortando, así le deja, pero no le va a trozar, dice, cuando eya quiere prender su bastón va a quebrar.

—Ahí viene, mamá, vayase, vayase (ya le manda).

Entós eya prendió su bastón, cuando trun. . . se quebró. Bueno,dice:
—Me va a pagar. ..

Entonces la vieja no vino dos semana; ta tejiendo esas canasto, haciendo rede para recoger a lo niño de la casa.

Y entonces cuando ya acabó la red eya vino. Vino le puso en la puerta, y entonces picó una ortiga de esas y le arreó todo de la casa, los muchachos corrieron a la puerta, ahí cayeron sobre la red; entonces eya los tapó, los cargó, los yevó y ahí cayó un muchachito por un hueco, porque el canasto taba yeno y entonces ya yevó a su lugar donde que vive, ah í metió, lo consumió todo lo muchachos. Solamente quedó uno.

Entonce dice: —Por acá se fue, en ese hueco entró.

Ahí mandó sembrar ya el capitán ají en cantidad y cuando estaba bueno ya la cosecha del ají, ya yevaron al hueco donde que entró; ah í mismo a ventiar, a echar humo a Taife.

Ahí salía uno por uno, uno por uno, uno por uno, uno por uno. Así iba saliendo. . . iba matando, iba matando, iba matando, iba matando, iba matando. Entón ya salía el último, el último Taife salió, el más dañao, una boca hedionda. .. que... Entonce:

— ¿Hay todavía? (le preguntaron, no quería contestar).

-¿Hay?

—Mmm

-¿Hay?

-Mmmm

-¿Hay?

—Mmmm

Por último dice:

—No hay (como decir: besa buta iñeedi).

Toditos se murieron porque él soltó la boca hedionda.

10) ORIGEN DEL SOL

Versión A:

Primero lo que hubo era la Luna antiguamente, entonce mucho de la gente sufrían porque no amanecía bien así como está ahora, porque era oscuro, si la Luna alumbraba bien pues. . . Entonce, sólo así como alumbraba ahora mismo, se veía claridá no más y la gente que sacaban d'ese cumare que dicen, la chambira y que eyo sacaban eso y soleaba y no había cuando que se secara eso.

Entonce ahí el qu'es el Sol ahora, era un humano también, tonce él esque dijo, él dijo:

—Que yo si voy a alumbrar mejor que la Luna.

Bueno, esque todo el mundo decía:

— ¡Qué va! esque decía, no se puede, la luna también tiene... es dios y tiene poder y él no puede alumbrar más.

Y seguramente ya dios seguramente quería que él fuera el Sol y entonce, bueno, esque él le dijo a la mamá, le dijo un día:

—Bueno, mamá, es que le dijo, yo me voy a la cacería, así es que usted me hace el favor, mamá, cocinar un poco de achiotte para que esté hirviendo, la cosa que cuando yo yegue del monte yo tengo que tomar eso y con eso me voy, que dijo.

Entonces la mamá no quería que él fuera así, que lo (la) dejara, porque la mamá de él era una viejita que le estimaba mucho al hijo y eya no quería que se fuera, que lo (la) dejara así en la tierra; porque él dijo que iba al cielo, entonce eya no quería.

Entonce primero yegó con esa corona, con esa pluma del guacamayo. Entonce él dijo:

—Bueno, esta vez me voy a cacería (según él se fue otra vez), porque la Luna no vale nada. Mira que ustedes sufren, no tienen cómo se seque el cumare, pero sin embargo si yo voy al cielo, voy a alumbrar más que la Luna. Entonces la mamá le dijo:

—No te creo, hijo, porque ¿cómo usted va a hacer una cosa d'esas?

—No, mamá, esque dijo, yo tengo esa idea, que yo voy a hacer amanecer el mundo, voy a alumbrar el mundo todo el tiempo.

— Bueno, esque dijo la mamá, tonce al fin voy a hacer lo que usted me manda.

Así es que él fue así a la cacería, cuando yegó por la tarde, entonce ya estuvo hirviendo el achitote que él mandó cocinar y cogió un totumo, ese de calabaza, **ngabe** que dicen d'eso (en ticuna) entonce él yenó eso y tomó, verdá, entonces esque le dijo:

—Mamá, escóndase porque me voy.

Y la mamá esque dijo: -No.

—No, esque dice, porque se va levantar muy caliente eso, la calentura mía.

El tomó eso qu'estaba hirviendo ¡pues cómo será de calentura! Así, él esque dijo:

—Bueno, me voy mamacita, algún día he de volvé a este mundo otra vez.

Y la mamá pues como tenía mucho sentimiento d'él, no se escondió y la mamá d'él se quemó, se volvió ceniza. Desde ese momento pues, alumbró el Sol y él quedó ya alumbrando para toda la vida y de ahí es que hay el Sol

hasta ahorita.

Al poco tiempo él vino otra vez acá a la tierra a mirar la mamá d'él, si quedó vivo o quedó muerta. Entonce cuando yegó ahí donde él se levantó, porque él se puso una ala de un animal como pues de .. una águila, entonce con eso fue que él voló.

Entonce él como por áhi a uno dos años, él bajó otra vez a la tierra a mirar la mamá d'él. Entonce que la encontró así pura ceniza d'eya, que seguramente cuando eya vio la cosa seria, se metió debajo de un palo así que taba caído y ahí encontró la ceniza de la mamá d'él. Entonce ahí él yegó, izque yegó y pateó así en tierra:

— ¡Levántate, mamá!

Ahí mismo la señora resucitó otra vez, lo (la) hizo resucitar. Así que ahí si él se fue del todo ya, hasta ahí esque termina el cuento de la Luna y el Sol. (Viriato Fernández).

Versión B:

Mauricio Samay narra igualmente una leyenda de cómo un hombre subió al cielo y se hizo Sol; la leyenda no se transcribe a causa de lo fragmentario del relato y del insuficiente español del informante.

11) ORIGEN DE LA LUNA

La única versión sobre el origen de la Luna la dio Mauricio Samay, pero no se transcribe debido a las razones que acabamos de anotar (3). En líneas generales la leyenda cuenta cómo un hombre comete incesto con la hermana; la muchacha le cuenta a la mamá que está embarazada, y para saber quién es el que se le acerca a la hamaca por las noches, preparan unas tinturas negras con las cuales la muchacha le unta la cara durante la noche. Al amanecer, el hermano trata de quitarse las manchas de la cara, pero lo descubren y sube al cielo convertido en Luna.

12) ORIGEN DE LAS AGUAS

Versión A:

No tenían dónde tomar agua la gente antiguamente; no tenían cómo viajar así para í alguna parte. Habían agua pero será así poquita, sólo pa que tomen así; entonce la gente sufrían mucho, no tenían agua suficiente así

como pa tomar. Entonce que no había río, no había nada de eso, entonce hasta que un día, pues, seguramente hubo uno que le dijo a eyo que tenían que tumbar ese palo grueso pa' que eyo tuvieran río, quebrada donde tomar agua, porque dependía de ese palo que pa' que exista el río, la mar. La mar, dice, es el tronco... (ahí fue donde tumbaron) ese es el tronco y ahora los río ya son las rama que cayeron así, se quebraron, por eso es que todo repartido los río.

Entonce hasta que un día eyos tuvieron tumbando pues y entonce esque ahí había un animal que cuando ya veía qu'el palo iba a caer, decía:

-Ciérrese, ciérrese, ciérralo el corte.

Entonce ahí mismo quedaba otra vez el palo entero, que los tenía jodido, eyos túmbalo y túmbalo... como que era un sapito que es bien seco, bien... ese no tiene tripa, es como un talego, ese es un sapito que hay en los lago, ese era el que no dejaba. Dizque cuando él veía que ya iba a caer el palo ese, decía en idioma, que se sanara el palo, que se cierre, que se cierre el corte (pero ligerito él lo daba en idioma) (!). Ahí mismo iba y se sanaba el palo y eyo dele que cortar.

Y pasaron tiempos, hasta que un día yegó. . . no se qué animalito ahí donde eyos y esque dijo:

—Este palo ustede nunca van a tumbar porque este palo, hay un animal que está cogido aya arriba, tiene la patas cogido en el cielo y las mano cogida en el palo. Entonce era así como ese perico ligero que dijimo, ese, así dice, era el animal.

Entonce el animal, no se si era una persona, yo no se qué. . . le dijo a eyo que eyo tenían que turra un poco de ají para que eyos subieran aya arriba y que lo echaran en el ojo d'él, que cuando con ese dolor él tenía que soltar'l palo pa que se cae, si no nunca caía ese palo; porque él ta cogido en el tronco ese y ese, dice, era grueso ese palo que tapaba casi todo el mundo (**wochine** en idioma, **lupuna** dicen los peruano), un palo que hay en el Amazona, el palo más grueso que hay a la oriya del río. Es un palo grande, tiene las bambas alto, es así grande, ese palo es grueso.

Entonce de eso que era el palo y eyo dele qué tumbar y ahí cuando el hombre le dijeron que eyo tenían que subir, entonce eyo esque decían:

—¿Cómo hacemo pa subir aya arriba? si aya arriba en la mata esa hay un animal que está cogido ¿cómo hacemo pa subir aya arriba para que cae ese palo?

Entonce ahí esque l'ardiya se presentó, que él dijo, que él podía subir:

—Yo si subo, esque dijo.

- ¡Ah! esque él le dijo ¿usté tiene buena carrera como pa que si el palo cae, usté enseguida, como ve que suelta la mano el animal, tu tienes que bajar enseguida. Aver suba ligerito, esque le dijeron.

Entonce l'ardiya yegó y ir., .run!, subió hasta arriba y enseguida bajó

p'abajo.

— ¡Ah! esque dijo, está bueno. Pues si usted lo hace soltar la mano a ese animal y nosotros le entregamo una linda hermana que tenemos.

—Bueno, esque dijo l'ardiya, yo hago.

Entonces ahí había el otro más pequeñito, más chiquitico, ardiya, pero más chiquitico, que es más vivo que el grandecito todavía. Entonces él dijo:

—Si ustedes van a entregar la hernana a él, yo soy más ligero que él todavía, a mi si no me apreta el palo así no má.

Y verdá, ese animalito a vece uno lo encuentra por ahí y él, él se le mira así: ta, ta; cuando se da cuenta él se pierde ahí porque él brinca así. El es muy ligero (!) y entonces de ahí esque dijeron que:

—A ver, si usted es más ligero que él, pues le entregamo la hermana a usted más bien; pero queremos ver la ligereza de usted.

—Bueno, esque dijo.

El se subió, cuando se desapareció; cuando se dieron cuenta, taba bajando en otro palo por ayí.

— ¡Ah! esque le dijeron, a usted si le entregamo ¡usted si es ligero!

Ahí le dejó así desmoralizado al otro ardiya (!), porque no podía, no quedó con la muchacha. Bueno y ahí lo mandaron subir ahí, tumbaron el palo, como no caía, él subió con el paquetico de ají y aya él yegó y le echó en la vista de. . . en los ojos, mejor dicho del animal ese. Cuando ahí mismo él vio que se soltó el animal, pues él se mandó perder ¡dónde correría pues!

Y ahí fue donde tumbaron el palo, ahí ya comenzó a abrirse los río por todo lao, el mar. La mar es. . . el mar es mejor dicho el tronco del palo ese, los río más grande eran las rama más grueso; según el tamañito de la rama era quebraíta, otros así ríos pequeños y de ahí es que existió el río. (Viriato Fernández).

Versión B:

Según Mauricio Samay, el Abuelito de dios mezquinaba el agua a los indígenas, la tenía encerrada en el árbol de lupuna, y para tumbar ese árbol los humanos pidieron ayuda a los pájaros carpinteros, pero como no lo acababan de tumbar durante el día, durante la noche volvía a sanar y así todos los días los hombres tenía que volver a comenzar a cortar. Finalmente uno de los hombres se volvió alacrán y picó en la planta del pie al que no dejaba caer el árbol de lupuna.

13) ORIGEN DE LOS VEGETALES CULTIVADOS

Que había una santa (¿Ariana?) ¿cómo era? una santa pues, antiguamente será, no se cómo era, no me acuerdo el nombre de la santa, era una santa antiguamente. Es un cuento que viene como... un cuento antiguo del tiempo que la gente sufrían, no tenían qué comer, no tenían yuca, no tenían plátano, no tenían mejor dicho nada, nada así para comer...

Como esa gente en ese tiempo, los indígenas comían pepas así del monte, de la selva, esa era la comida de eyos. Mo tenían yuca, no tenían plátano, no tenían nada y entonces eyos donde pasaba esa santa siempre dejaba la cascara del plátano, maduro... Eya comía seguro ahí, dejaba así.

Entonces eyos dijeron:

— ¿Cómo hacemos para nosotros tener d'estas plantas?, deben ser sabroso, deben ser bueno.

Por ahí encontraban cascara de yuca, un pedazo de yuca asada, probaban, eso era bueno, sabía bueno. Encontraban por ahí ñame, todo eso y eyo buscaban el modo de encontrarse con esa santa ¡santa que era! Entonces hasta que lucharon, lucharon tiempo. La encontraron, un día la encontraron que estaba así eya comiendo:

— ¡Ah! es que dijeron, ahora vamo a hacer una cosa, vamo a quitáale esa canasta. Porque eya cargaba una canastica d'este tamañito, que eya cuando quería comer eso pues eya golpeaba el canastico, de ahí salían todo clase de frutas: caimo, todo lo que eya quería comer de ahí salía y entonces la gente lo miraba pues: ¿cómo hacemos pa quitarle?

Eyo lucharon, bueno, así es que hasta un día, será el más vivo, pues lo quitó la canasta a eya y ese hombre se fue con eso. En vez de que él reparte así a los demás, él se escondió. Y esa pobre, pues murió así flaca, todo, porque le quitó la canastica. La santa murió, así, después de que no tenía qué comer, ya eya quedó como enferma y hasta que murió.

Entonces después ya los indígenas antiguo andaban atrás de ese hombre que lo quitó la canasta. Como lo quitó la canasta a la santa, el hombre se volviera así como santo ya también, entonces él quedó con eso. Entonces eyo andaban atrás d'ese hombre. El andaba ahí junto con eyo pero no los daba, él mezquinaba; él sacudía eso y salía un plátano, dos plátano, él se comía solo y los otros pues querían tener también.

Bueno, así es que un día hicieron una pesca en una quebrada. — ¡Ah!, es que dijo, ¡Ah! bueno, aquí sí. Y él no dejaba la canasta ni por nada, porque sabía de que si él dejaba la canasta en alguna parte, ahí mismo: ¡pan...! lo cogían y lo yevaban también y entonces esa forma pues él no quería dejar.

Ahí le dijeron:

—Oye, venga a coger pescao, bótese al agua así como nosotros cogemo pescao también.

—No, esque dijo él, lo que van a la oriya yo cojo.

—No, esque dijo, venga.

Y habían otro que ya taba esperando por ayí para quítale la canasta a él. Entonces, bueno, ahí fue que ya esque dijo: —Bueno—. Dejó la canasta así un ratico, él se fue así y había otro que andaba listo ya con un garabato (!) pa'coger del otro lao para que él no pudiera cruzar rápido, entonce ahí mismo mandó el otro, la cogió con el garabato y ir... ran!, lo jaló. Cuando él miró, la canasta ya no estaba ahí (!).

Bueno, se largó el otro con la canasta y él también no quería dar a los demás, entonce primero sacudió, sacudió así, se cayeron: maduro, yuca, plátano, de toda clase, papa, todo lo que habían... comida de toda clase. Bueno, entonce después siguió sacudiendo así, salían plátano. . . Bueno, así es que eyo dijeron:

— ¿Cómo hacemos ahora pa' quítale a él que ya no nos quiere dar a nosotros también?

Así es que lucharon, andaron atrás de ese hombre, bueno, al último hicieron lo mismo, le hicieron olvidar también, le quitaron ahí si entre todo. Ahí eyo fueron a sacudir así la canastica, ahí cayó palo de yuca, colino de plátano, de todo clase de colino, lo que se planta ahora.

—Ah, entonces dijeron, ahora si vamos a tumbar monte y vamo a plantar estos colino.

Y ahí comenzaron a plantar. Creció, en poco tiempo ya tenían yuca, plátano, caña, mejor dicho toda clase de planta, lo que se da ahora. Y es un cuento antiguo, dónde sacaron la yuca. . . me lo contó también mi mamá finada; siempre nosotros así cuando tábamo solo, entre niño, siempre:

—Mamá, a ver, cuéntanos algún cuento. Ahí eya pensaba y sacaba unos cuentos y nos contaba varios cuentos antiguos en ticuna. (Viriato Fernández).

14) ORIGEN DEL GAVILÁN

Que estaba haciendo una **pelazón**, ¿no? que él taba haciendo un pelazón, un baile típica y entonce después de que ya había cercao para que él hace el baile; que él fue a cacería con un hermano de él. Entonce él se fue a cacería y entonce yegaron y ya mataron un poco de animales y todo animales que eyo mataron, tenían así en una humadera, como dicen, donde asan la carne y entonce de noche, a vece desaparecía tres pedazo o casi todo lo que eyo tenían asao, se lo robaban de noche, entonce él fue a cacería con el hermano, dijo:

—Bueno, esta noche yo voy a escuchar qué animal esque viene a robar-nos aquí la carne, voy a escuchar.

Así es que él escuchó y esa noche no yegó, así que al día siguiente él se fue a cacería otra vez, cuando andaron ya muchos ratos, encontraron un plato ahí de... un pedazo de hígado frito, que un hígado frito ahí. Izque él dijo:

—Cuidao hermano, le dijo, que va tocar eso, porque eso no se sabe de quién será.

Bueno, entonces el hermano seguro tenía hambre, él pasó como él iba en cacería, iba buscando animales y él no voltio a mirar; y él mientras cuando pasó ahí seguro cogió un pedazo de ese hígado y un pedazo de papa y él venía comiendo, comiendo, hasta que él acabó. Y cuando el hermano voltio a mirar, así, al que venía comiendo:

— ¡Ah, hermano!, izque le dijo, yo creo que usté ya no ta haciendo cosa buena.

—Yo no hice nada, yo no comí nada (se limpió la boca), yo no comí nada, esque dijo.

— ¡ Ah, cuidao!, esque le dijo, que algo le va a pasar.

Bueno, cuando fue por la noche, yegaron aya cuando fue como a las diez por ahí de la noche, venía sonando como un viento, quebrando ramas y bueno y ahí venían todo clase de animales y ahí esque dijo:

— Este mi hermano, ya tuvo que hacer algo por la noche hoy en la cacería, ¿cómo es que vienen esos animales?

Y él taba durmiendo, el hermano d'él yama, esque le decía:

— Hermano ¡levántese que ya vienen unos diablos, yo no se qué! (él lo mordía, lo hacía todo y el hombre ahí durmiendo).

Cuando él ya vio la cosa seria, se salió de ahí, corrió, mejor dicho lo dejó al hermano ahí, se fue a mirar así, de una buena distancia escondió." Cuando ahí esque venían gritando:

— ¡Mi hígado, mi hígado! (I).

Ahí entonces él dijo que seguro él comió el hígado de ese animal. Ahí yegó el animal, se bajó, le sacó un lao de pierna al que había comido el hígado, ahí el hombre lo puso en el hombro y ahí el hombre esque dijo:

— Ahora sí ¿cómo hago con mi hermano?

Ahí le yamó y ahí él se despertó, pero ya cuando ya no tenía pierna. Entonces ahí hay un árbol ¿cómo es que yama ese palo en idioma?... Que él tenía que dar la vuelta ahí no se cuánto tiempo pa' que crezca otra vez la piernita del hermano. Entonces él le puso en el hombro y ahí él daba la vuelta ahí en el palo, dando la vuelta y verdá cuando él se dio cuenta ya estuvo creciendo la piernita del hermano d'él.

Y la señora d'él espere, espere y eya ya había preparao la chicha porque él puso un día. . . para yegar y como no yegaba se puso brava, botó todo, la chicha que había, eya sacó la muchacha que estaba así, mejor dicho encerra-

da para hacerle el baile. Entonces la mujer cogió el camino donde eyos se fuero, cuando verdá, cuando yegó la mujer, ya tenía la piernita por aquí, creciendo ya. Daba la vuelta ah í en ese palo, rogando que creciera la piernita del hermano. Y cuando vio la mujer esque dijo:

- ¡Ah! ¿eso es lo que pasa y ese es el trabajo d'él que está haciendo? Yo tanto trabajo que hice de preparar la chicha y tenerlo listo y ahora se pasó y yo tuvo que botarle y ahora me la va a pagar.

Yegó así cayadito cuando él taba dando la vuelta:

— ¡Este es tu trabajo, esque's tas haciendo! (!) esque le dijo. L'empujó así al esposo d'eya, entonce él se cayó con el hermano y se quebró la piernita del hermano del qu'estaba creciendo. Bueno esque dijo, ahora sí hermano, esque dijo, ya no hay más modo. Y ahí la mujer como hizo eso se fue otra vez para la casa d'eya.

Y ahí esque dijo:

— ¿Ahora qué hago con usted hermano?

—No, esque dijo, déjame aquí, la única forma déjame botao cuando sea, que algún día me he de ir alguna parte.

—Bueno, esque dijo él, yo no lo puedo dejar a usted, yo me quedo aquí también.

El iba así a cacería, cuando se dio cuenta, el hermano de él ya no lo encontró ahí donde lo dejó, le buscaba y no le encontraba. Hasta que una madrugada el hermano comenzó a cantar, hizo así en el aire, pero ya con pluma y se volvió pajarito, se volvió un gavilán. Ahí esque dijo:

— Bueno, ¿qué hiciste hermano?

—No, esque dijo, yo ya me voy. Así se transformó en gavilán el hermano d'él (Viriato Fernández).

15) GUINADOMA O EL DILUVIO

Venir a avisar ya que se retirara aya en tierra alto donde que cayó Jitoma, donde hay cerro (Anequi), para que se corriera todito, todito aya, porque viene el agua ya. Entonce no creía un hombre, ahí había un hombre incrédulo (Guinadoma), no creía que ya venía agua... Entonce hizo como un horno todo embarrao, bien cerrao, metió toda clase de comida pa' que coma él bien.

Entonces diluvio vino ya pues, abrió él ya la puerta pa' que se derrame el agua. Derramó, iba hundiéndose, va creciendo, hundiéndose, hundiéndose

y en ese cerro todo estaba como cuenta en Noé, había todo culebras, mejor dicho toda clase de animales, no picaba, no mordía, nada. Ahí ta culebra, ahí ta araña, ahí ta cientopies, ya es amigo, ya no es enemigo.

Bueno, ahí sufría eyos; comía ambil, preguntaba; ¿cuándo va a mermar?, ¿cuándo va a mermar? No hay cuando.

En todo el mundo no hay montaña, todo está igual como esto. En el cerro harta gente sufriendo, ahí está sufriendo frío, hambre, no hay qué comer, lo crisis más grave que eyos sufriendo aya -en ese cerro.

Entonce dice que le arrancaba un muchachito:

—Tu hijo arranca, mávalo, tu hijito bóvalo al agua. Ahí va a mermar (dice comiendo ambil).

Ahí está pues mentira, ahí viene ya, mata a su hijito, ahí va mermar el río; entonces matando lo botó, ¡pensar que va mermar, mentiras!

No mermó, no mermó, lo mismo no más ¡no hay cuándo! ¿pues a quién va a pedir auxilio? A nadie, ahí sufría.

Entós vino un viejito, pareció de un momento a otro, un viejito ¡ese será mi Dios! ¡cómo sería. . .! ¡viejo, un viejo, pero es dios! Fusiñamuy, dios, y entonces dicen:

— ¡Ay, abuelito, dice, aquí tamos sufriendo!

—¿Qué está haciendo ustedes?

—Aquí tamos sufriendo, dice, en esta 'agua, no podemos. . .queremos bajar, no hay onde bajar.

— ¿Ustedes no sabe ¡carare? Yo sí sé.

El cogió el bastón d'él, prendió medio río, así prendió, ya prendió el palito d'él, bastón d'él y por ahí el agua vea. . . mermó y por ahí: ¡ib.. .sssss! se mermó, se secó completamente y gente va bajando, va bajando, va bajando, hasta llegar en tierra ya.

. . . Ese blandito. . . no podían pisar, tienen que sufrir, tiene que aguanta hasta que se endura la tierra. Bueno, ahí ya comenzaba esta montaña (= selva), ya creció, ya viene árbol, ya creció el árbol, ya tenía aquí monte, ya no podía divisar por aya, ya no podía como la otra vez divisaba, ya no podía divisar.

Y entonces el hombre incrédulo ahí abajo de tierra que se hundió, él tenía un tambor, ahí tamboreaba. —Mira -dice—, aquí ese hombre está, vamos a cavar, dijeron para sacarlo... ahí está:

tam bum bu, tam bum bu

tam bum bu bu bu

tam bum bu tam bum bu

tambumbubu bu

(está tamboreando).

Aquí está, aquí suena, vamo a cavar...: ¡qué! ¡qué va a yegar! ¡cuánto

tierra...!

Usted sabe, así como Tagua se merma, tierra se junta, así se juntó. Se hundió, ahí terminó ese hombre, no le sacaron ¡cómo va a sacar el incrédulo! No sabe onde está: o allá suena, o acá suena, no sabe onde. Ahí se murió. (Hermanos Soto Flórez).

16) TAIK

Neimuada, este es un hombre. . . invitó a su sobrina para ir a quemar curuise, hormiga arriera, para comer. Entonce el tío pidió al hermano:

—Hermano, ¿usted puede mandar sus hijas?

—Las dos se las mando.

—Entonce vengo a las tres, estén listas las muchacha; cuando yo paso les voy a yamar.

Entonces un diablo oyó (a) Neimuada, él oyó las palabras qu'estaba hblando, él oyó. Entonce en vez de veni Neimuada, ya vino el otro persona, ya no vino el tío, ya vino el diablo, la madre del curuise, madre de arriera, ese vino.

El diablo es hombre como uno, yegó, entonce parece un tizón, como linterna, las cosas d'él, las cosas natural d'él briyaba, alumbraba con él, así como carro alumbraba, entón dos muchachas dice:

—Hermano, ya toy yéndome quemar curuise.

—Hija, hija, levántate, levántate, ya te viene a yevar tu tío.

—¡Ah, yo me voy con mi tío, yo me voy con mi tío! (alegre estaba muchacha).

Y entonce ahí la muchacha cogió el canasto, su cazabe, su yuminico, agarró y metió eya pa comer eya con curuise.

-Espera, tío.

—Vamos, ya va a amanecer, vamos ya.

El va con la vaina así y la muchacha viene ah í atrás en lo oscuro, persiguiendo al tío que ta yendo, entós tío no taba cerca, taba aya y la sobrina aquí, va yendo atrás, va yendo atrás.

—Venga, venga, ya va a amanecer, vamo, vamo, venga, venga.

Entós cuando ya va acercar, se escapaba, caminaba ligero ¡como es diablo! y la muchacha sigue en la oscuridad, calculando el camino, va yendo.

Entós ya yevó buen pedazo, ya como cinco, seis kilómetros, de ahí se partió por monte, por la montaña, entró a la montaña, ya no hay camino, ya

no hay nada. Ya cerca de amanecer y sigue andando, sigue andando y la muchacha:

—Espera, tío.

—Venga, ya va amanecer, venga.

Y después vino ya verdaderamente el tío:

—Hermano, hermano, yama a mi sobrina.

—Pero qué voy a yamar, mi hermano ya vino aquí, usted ya vino yevar«, ¿cuál sobrina voy a mandar? Ya se fue eya, no está aquí, ya le mandé.

-No, yo recién que estoy viniendo.

Bueno, el tío se fue solo. La sobrina sigue andando, sigue andando, sigue andando, sigue andando, sigue andando, sigue andando y así aya ya vino amanecer, y amaneció y no sabe ónd'está.

¿On ta curuise? No quemó, mentiras d'él, el hombre también se desapareció. Entonce quedaro (las dos hermanas) en medio de montaña, silencio, no saben a onde van a ir. Abandonó a la muchacha en medio de montaña, que no le hizo nada, no le molestó, nada, tranquila, solamente le perjudicó botándola en el monte.

Y bien, entonce eyo (ellas) buscaba una ruta, entonces ahí eyos (ellas) buscando pepitas o comiendo pepas llegaron a un milpeso que cayó abajo.

—Nanita, le dice, ¡mira este milpeso, qué lindo es!

Cuando aya arriba estaba un hombre sentado arriba, un diablo también. Bien, entonce ahí le yamó:

— ¡Ah, qué bonito, vea, está bonito! ¿Ustede quiere comer eso? (Y mira las cosas d'él, las cosas natural d'él, así cipote cabezón y así largo). —No tenga miedo eso, no tenga miedo, no tenga miedo —le dice—. Yo tengo ahí la casa, ahí hay fruta, vaya a comer, ahí 'stá la casa, hay carne, hay carne ahumada, vaya comer ahí ta cazabe, ahí ta. . ., tengo todo. Usted se va por este caminito derecho, usted va a darse a mi casa (le dice así).

Ya le indicó, ahí hay toda cosa ahí para que ustedes disfruten, pero entonces toda esa comida es uso d'él, mejor dicho es cuerpo d'él: come eso puede tener la niña (= puede quedar embarazada). Y mejor dicho pero no molestarle, no le molesta, sólo comida, y entonces yegó aya, comió, después no le gustó, así andando no le gustó, se largó la muchacha, no le molestó y ando por ahí, ya los (las) dos, con su hermana.

Ya hizo tarde, ya para ir dormir, una viejita t'ahí sentada:

-¿Onde van? ¿Tan buscando casa para dormir?

-¿No puede dar posada aquí? (dice; le tocó así).

—¿Quién es para entrar?

—Soy yo (dice).

(Por aquí toca) — ¿Quién es para entrar?

—Soy yo (dice), yo mismo (dice; entonces toca para entrar).

—¿Quién es para entrar por aquí?

-Soy yo. . .

Sólo un sapo era; la casita no alcanza para entrar dormir aya.

Bueno, abandonando se fueron; ya yegaro (donde) una viejita, una viejita bonita, la viejita tiene bonita hamaca y le templó la hamaca, le dio la hamaca, al otro dormir ahí:

—Ahorita viene mijo, dice, ahorita viene mijo ¡tiene una pochera bien bonita! ¡hermoso es mi hijo! Usted va vivir, usted va a ser mi nuera, los (las) dos va a ser mi nuera. ¡Ta bonito pintao!

Bueno y la madre les dio cada una sus hamaca y ahí acostao, ahí esperando al hijo, al novio, ¡A ver, cuál va a ser nuestro novio! ¡bonito! (dice).

Y viene como las seis de la tarde ¡con ese movimiento.. . (i), . . como tractor, como si fuera como un tractor. . .viene el cientopíe, ese es hijo de la vieja (I), ¡porque es más feo! Entonce ahí se puso a reír las dos muchachas.

—No, dice, yo no voy a vivir... ahí mismo se largaron eyas (!).

Bueno, de ahí se fueron otra vez, yegaron onde un hombre, d'él mismo hacia cazabe; entonce hombre es solo. Onde hacía cazabe, comía eya. Pero entonce la mujer se va a trabajar por la mañanita, levanta a trabajar, limpiar la chagra, pensaba hacer cazabe pa' comer bechú, entonce la muchacha cuando ya vino:

—Este tá yeno, este tá yeno, éste tá yeno. . . ¿pero quién va a' hacer? ¿pero quién hace ese cazabe nosotros comemo? Comemo bien, pero ¿por qué tamos flaqueciendo? (dice la muchacha ya dándose cuenta. . .). Comemos bien, pero ¿por qué nos tamos flaqueciendo?

Entonce la mujer dice:

—Mañana vamos a ver (a) qué hora es que hace cazabe. Cuando yegamos no hay cazabe, pero cuando él vuelve, venimos a bañar, venimo a encontrar cazabe. No, vamos a coger tinaja, usted coge tinaja y nos vamos a bañar.

Y entonces se fueron a la quebrada. —Usted va a quedar al lao de puerta, yo voy pasar por camino—. Bueno, y una mujercita pasó de largo y el otra se quedó del lao del camino, al lao de puerta. Entós el hombre después que se fue la muchacha a la quebrada, se puso a quemar abajo del horno, lo quemó con la hoja de caraná, quemó rápido, encendió.

Entonces ahí mismo él hizo con sus cosas. . . con su orina. . . como orinar ya:

(Canto núm. 1):

wéwéwé
wé wueinó teidonó
inó teidonó
bué bué...

. . . va botando cazabe, va botando, va botando cazabe, va botando cazabe: wé, wé, wé, va saliendo, va saliendo cosas d'él, puro poco de cazabe, puro poco de cazabe, de bechú, poco de bechú.

La mujer ya vio, se largó onde la hermana:

—El hombre sucio, ¿por qué vamos a vivir? El hombre esta haciendo cosa en la horno, está haciendo cazabe, ahí ya nos largamos ¿qué hacer? Vamos a esperar, bueno.

Entonce largó la mujercita. Bueno, entonce fue el segundo día, se fuero a la finca, fue a hacer limpieza, quemar juntas, quemar hoguera; de un rato, a las ocho ya volviera, no demoró, entonce cada uno con su niño, para hacer cazabe verdaderamente. Hizo cazabe eyo (ellas) mismo, no quiso la yuca, eya hizo exprimirla, rápido hizo; enseguida cogió carne, cogió su canasta, vea, se largó los dos muchacha. Ya se voló.

Entonce su cuidador de la casa dice:

(Canto núm. 2):

***ere yequi diniái da...
ayadaMdé...***

Ya el vigilante grita; ¡muy lejos se oye esa voz!:

—"Onde te fuiste que tus dos mujeres tan volándose ya".

— ¿Onde's que's? (no había nadie). ¿Pero quen es que grita?

Es su secretario. Viniera a buscar ¿pero onde? Otra vez se largó, la misma vaina gritó:

***éte yequi dirdaidu...
aya daiaidé...***

— ¿Pero onde gritó? Vamo...

—Yo voy quedarme en la puerta y usted vas a correr por camino (ya enseñó).

Entonce uno de eyo (una de ellas) venir buscar. . . como disimular, venir a buscar, no encontró. Uno d'eyos (ellas) quedó, el otro se largó por el camino. Cuando largó por camino, otra vez comenzó a gritar. Tos la mujercita volvió:

—¿Ondegritó? Aquí.

Bueno, abrió la puerta, a ver. . ., ahí atrás de la puerta está y aquí está el hombre. Bueno... no es hombre sino delgadito. . . el esqueleto.

— ¿Por qué tú nos acusó?

—Ustede yevó carne, no me dio, cazabe no me dio, por eso estoy gritando (!).

Ahí le dio cazabe, carne, ya no gritó. La mujercita vea, se largó, se largó, se fue, se fueron, se fueron.

Yegó en la casa de una viejita:

— ¡Ay, hijita! (le dice) ¿dónde ustedes vienen? Yo solo vivo aquí. Yo tengo acá mi hijo muy lindo y... usted va a quedarse aquí...

Muy bien ahí se quedó, le dio su hamaca y eya tenía mucho cuidado: —¿Pero qué hora es que va a venir?— y echaba ojo, eyos (ellas) taban pendiente cuando 'staban durmiendo, eyos (ellas) tenían pendiente (. . . eyos

(ellas) perdidos del papá..., bueno...).

Bueno, entonces eyos (ellas) hacían candelita en su fogoncito, eyos (ellas) siempre. ... y como usted sabe, el sueño es bien verraco. ..

Dos viejitas había, una viejita dijo. . . una viejita no tenía agua y entós otra vieja se fue a buscar agua y otra viejita dijo:

—Oiga, dice, no vaya a dormir, no vaya a dormir, esta boa te va a comer, no duerman, no duerman, ésta te va a comer.

—¿Y qué 'stás haciendo usted ah í? (dice la otra vieja al entrar).

-No, toy candando mi nuera (dice, ya disimulando, pero ya le informó, pero ya le pasó la voz, para que no duerma: —Te va comer, porque varias mujere comió aquí—. Ya le avisó). —No, toy aquí conversando con eya, nuera.

Y amaneció y la muchacha no dormió, los dos no dormió. Hubiera hecho turno al menos. . . al menos dormir uno. . . pero los dos desveló, los dos no dormió. Eyo (ellas) no dormió, t'atizando candela, y'a las cuatro, a las tres así, le venció el sueño en la hamaca y ve a la boa, ah í encima ahí mismo.

— ¡ Ay, ay, hermana! ¿quéés. ..?

Pero ya le hizo uso: ¡Um...! toda bañándose en suciedad, ya le asustó a la mujercita, ya los dos no dormir ya, pero sucia su cuerpo en. . . Ahí se puso a lavar, bueno, no dijo nada.

De mañanita ya se levantó se fue a la finca, ah í trabajó, trabajó hasta las siete, o a las ocho, entonces vino de aya ya, con sus cascaras de palo (eya traía para hacer candela) y la suegra ya no está ah í, se fue no sé a dónde.

Bueno, y el boa ahí está en un cántaro, ahí está en una oya bien grande, ahí vivía. Entonce eyo (ellas) ahí acarreo agua, agua y por aquí agua, agua, preparó agua caliente. Tagua hizo hervir, meterle leña, meta leña, hoguera y los cántaros ta hirviendo, el agua nervio rápido, afanao, entonce Tagua va herviendo, cogió los dos, a la oya que la culebra está adentro del cántaro. Ahí mismo derramó la agua. Ja agua hervida, así como pelar marrano, le echó agua caliente; boa, vea, se quemó y se reventó todo, las cosas d'él botó hacia afuera. ..

Bueno, haciendo esa vaina, vea, la muchacha largó y de un ratico ya vino la vieja. .. cuando ya está por ahí en el monte. Ahí gritó ya la vieja, no? le gritó:

(Canto núm. 3):

Adidene Joyareñu yauyeu
Arícoñu ereñua jaidecue
jítomei naidetowet.. . tóyeti...

("le quemó a mi hijo, agárrelas, hágales alguna cosa").

Entonces la una vieja le respondió:

(Canto núm. 4):

***Béneo tínina bue
moiñora quité
te dicoditini
buertiyeiñu. ..***

Ya le engañó, le estaba también ocultando: -Y o cuando estaba haciendo mis oyas de barro, escuché que eyos (ellas) pasaron corriendo, pero eyas tan lejos, ya no están aquí (mentiras de eya, eyas se escondieron).

Bueno, de ahí entonces. . . eyos (ellas) andaron, ya se largó. Ahí ya encontró verdaderamente cristiano ya, gente ya, ya yegaron... un hombre... pero hacía baile, baile de ¡doma (baile indígena), bueno, se encontró la muchacha ¡qué más quería!:

—Ustede va a ser mi mujer.

—Bueno —dicen (como las mujeres ya tan andariegas...).

Ahí mismo le cogió a las do, bueno, ya uno de eyo (una de ellas) ya va a tener hijo, uno de eyo (una de ellas) ya va tener hijo.

El hombre vino del trabajo y ese hombre tenía un tío, un tío barrigón y entonces está cantando en la hamaca eya, está haciendo cantar la niña que tiene:

(Canto núm. 5):

***cánima níféga chóia
jémi jemi dótise mói moi do
camina níféga yóia
jemi jemi dótise mói moi do***

("no tiene nada o no tiene nada"). Está haciendo bailar a la niña. . . así le está haciendo bailar. Entonces después se pone a acariciar al marido... esa mujer era muy juguetona, le gustaba acariciar al hombre; entonces al marido no le gustaba:

—Que no juegue, que no juegue, que no juegue. ¡Ah! ¿quiere jugar de verdá? ¿quiere jugar de verdá?

Al hombre le sacó piedra. . . : le da cosquilla, le da cosquilla, le da cosquilla, le da cosquilla, le da cosquilla, que le da cosquilla. ¡Ay! ya la mujer se reía, se puso a orinar, que escurría: — ¡Ah, voy a morir ya!—. Se puso a orinar, se puso a orinar y ría, dale risa, dale risa, no le soltó: — ¡Ya voy a morir!—. Se puso a. . . Bueno, se murió la mujer.

—Ahí tá, ¿quiere comer? Coma eso (ledio a su tío ese barrigón).

Y la hermana ahí estaba viendo lo que hace (a) su hermana. . . Bueno, ya pasó eso, ya vio y el tío d'él se comió (a) su hermana, ya vio. ¿Onde va ir? No sabe dónde va ir. Bueno, eya se fue esconder atrás, por ahí abajo de un árbol está sentao y el viejo sale de mañanita (áhi maneció la muchacha), el viejo barrigón así, bueno salió a orinar:

(Canto núm. 6):

*Ja cae re yo
ricoñosaga
Joyareño jada jácue*

Ta regando orina, así cogiendo su pipí, para que se riera, porque eya estaba escondida, no? ¡Cómo va a reírse cuando eya estaba más de pena que . . . ! ¡ Si él comió su hermana! (estaba haciendo monerías pa que se riera, como eya estaba escondida ¡qué va a reírse con esa rabia que tenía!).

Bueno, después se entró el hombre; ahora dice:

—Voy a comer —dice— miel de abejas en un cananguchal (dice, él ya avisa). Entonces el hombre se fue ya, cogió su hachita, barrigón, va cantando por el camino, se fue (cantando: cananguchal, voy a comer tu miel):

(Canto núm. 7):

*iyodare quínere quínere.
i... i
iyodare quínere quimeree.. .
i.. i*

Cantando va, todo así contento va el viejo con el hacha al monte. Entonce ya yegó al pie del canangucho y había en el canangucho una alambaza grande así. . . ahí está colmena, miel ahí está. Bueno, el hombre tendió hoja de platanisa abajo, bien a pie de canangucho, bien tendido y el hombre puso barro en su cuerpo, todo embarrao; se puso bejuco, subió por bejuco con su hachita, yegó, le cortó, metió el cubo de la hacha, lo reventó la miel. Entonce reventó, se derramó. El hombre chupaba ahí, chupando ahí y la mujercita ah í siguió atrás del viejo, bueno, ta chupando lo que va gotiando, va chupando, va chupando, se peyó, dice:

—¿Quién es?

—Pues yo (dice la mujercita, ya respondió. Como él ta arriba), yo —dice.

—¿Cómo tú peyes?

—Yo peí por mi culo — dice.

—¿Y tú quién hizo tu culo?

-Mi papá - dice.

—¿Y tú sabe hacer culo? ¿Usted no puede hacer para mí también?
—dice.

Yo sé también, yo sé cómo hizo mi culo mi papá. (Porque él no tenía por dónde ensuciar; él ensuciaba por los poritos).

-¿Entonces tú puedes hacer?

—Yo sí puedo —dice.

—¿Pero con qué hizo?

—Con un palo bien fuerte y filudo.

—Bueno, entonce usted va a hacer mi culo —dice—, ahora que baje; ya bajo.

-Pero usted tiene que aguantar, para que usted tenga eso.

Bueno, ah í entonce bajó el hombre, habló con la muchacha, bueno oonversó. . . le mandó sacar cuicui (palo) de aya, le afiló bien afilado, bien hay que afilarlo bien, bien, bien afiló, bien afiladito. Bueno, ahora dice:

—Aqu í está —dice.

-Bueno, póngate de cuatro —dice.

—Poner de cuatro ya.

—Ponga tu culo por acá —dice.

—Bueno.

-Déme l'hacha —dice (con la hacha le golpeó).

- ¡Oh!

—Así hizo mi papá -dice.

- ¡Oh!

—Tiene que aguantar —dice.

— ¡Ay, ya me muero! ¡ay!

—No, aguanta, así yo aguanté —dice.

— ¡Oh! ¡Oh! (pasó el corazón), ¡Ay, ya me muero, ay! (pasó).

Y con todo prendió a la tierra ya el palo, quedó el hombre prendido en tierra, ahí se largó, la muchacha dejando l'hacha. Botando l'hacha, muchacha se largó. Recuperando, porque comió a su hermana, ya recuperó, mató.

Bueno, ya sólito eya va andando, ya no volvió donde marido. Andando en la montaña por ah í. . . entonces ah í le siguió el cubo de hacha, el cubo de hacha se convirtió en tigre ya, para comer a eya.

Entonce (el tigre) fue más ayacito, encontró un grito, ta echao así...:

-¿Quién pasó por aquí? —dice.

—Una mujer me pasó por acá y él (ella) me pisó y estoy echado aquí.

Va más ayacito encuentra la hierba.

—¿Quién se pasó por acá?

—Pasó una mujer —dice—, eya me voltio por aquí, por eso es que por aquí estoy voltiao.

Seguió el tigre y más ayacito le encuentra una lagartija:

-¿Quién pasó por aquí?

—No pasó nadie.

— ¿Pues quién pisó esto?

—No, es mi pie —dice.

—A ver mide tu pie.

—Es mi pie, es mi pisada mía (él ocultó).

Ahí no le siguió ya. Entonces eya lo maldecio para que más tarde para comer tu tiene que ser tigríyo, el tigríyo es chiquito, el tigríyo, el cubo de hacha.

Bueno, eya va andando, eya sólita va andando. Bueno „ah í dormió a pie de una bamba, ah í está durmiendo ah í. . . ah í se hizo de noche, no hay onde

dormir: dormir a pie de bamba. Bueno, queda dormiendo: no hay zancudo por aya. Durmió y a las cuatro... a las cinco de la mañana ya dijo alguien:

¡UJátáooeregumtírenajau Aúchuyajuja! (4)

— ¿Quién es que sabe el nombre de mi papá? —dice— ¿quién nombre el nombre de mi papá? Voy a hablar con él que me yevara a la casa de mi papá —dice.

Entonces de mañanita se fue a mirar, ya fueron a mirar cuando era una mariposa, una mariposa grande, mariposa verde:

— ¡Ah! ¿Usted que conoce mis papas?

-Sí, yo conozco, usted es hija de Jatacoremui.

—Sí, yo soy. ¡Ah, yo quiere que me yeve onde mi papá, usted conoce mi papá!

— ¡Uh. . .! yo ando mucho río, voy ando por río, por aquí, por aya... Usted no ha de poder yegar, bueno, mi camino es muy difícil, usted no puedes pisar el río, yo ando por medio del río. Bueno, si tú me quieres seguir. . . sígame —dice— Si tú quieres, yo voy onde chagra de tu papá, sígame, pues. Usted va por canto de quebrada, yo me voy por río. Usted mirándome dónde que voy a ir, vas a ir.

Aya va mariposa y va yendo atrás, aya esperando, siempre esperando, ya pues despacio, va y eya atrás, siguiendo atrás, siguiendo atrás. Otra vez viene y da vuelta a la quebrada y yega aquí, otra vez vuelve por aya y siempre yega aquí otra vez. Ahí se hizo tarde, se hizo oscuro, ahí quedó dormida.

Bueno, ya la mariposa ya le dejó. . . ¡como va por río, ya le dejó! Bueno, eya quedó dormida ahí al pie de una bamba.

Aya había una candela, aya ve candela: —¿Y qué es esa candela?—. Abajo de una palizada, aya va (en esa) dirección, está oscuro, va y va tocar su huevo de guara; entonces guara dijo:

— ¿Quién está tocando mi culo?

—Pues yo —dice—, yo.

— ¿Quién es usted?

-Yo -dice.

—Bueno, ¿y qué tas haciendo aquí?

—Yo soy hija de Jatacoremui.

— ¡Ah! yo toy comiendo chagra d'él —dice—, yo ando finca d'él; toy comiendo, yo vivo de aya; pero hay mucha trampa, no puede pasar.

—¿Entonces tú conoce mi papá? —dice.

— ¡Uh. . .! yo me voy (a) comer aya.

— ¿Lejos es?

—No es lejo —dice.

—Bueno, usted me va a yevar.

Ya durmió junto con guara. Y'amaneció. . . a las cinco de la mañana ya está yendo, bueno, va ¡yendo y juntos va con él.

Bueno, la muchacha ya va andando, yegó aya, yegó en la trampa, eya está en la finca del papá, ya le hizo yegar, ahí está la finca y aquí está la trampa, ahí está la puerta de la trampa, los palos ahí. Entonce agarra los aparatos de la trampa:

—Yo voy pasar, salir comer, tú vaya a agarrar la cosita de la barra.

Bueno, la muchacha cogió... y el papá está trabajando en la finca ya y entonces cuando ya va pasar, lo largó, se cayó: ¡idum! Juia juia cuia cuia cuia (chilla la guara).

— ¡Ay, marido m ío! se cayó nuestra trampa ¡vamo a mira!

Vino los dos corriendo y el guara grite y la muchacha quedó mirando, riendo ahí (!) (¡buena paga!). Entonce el guara ahí está y lo miró la mujer a la hija:

—¿Y tú que hace aquí?

—El guara me trayó.

— ¿Guara te trayó? ¿y por qué entonces tú lo apretó?

Ahí lo levantó la trampa y guara ya quebró su cintura, todo maltratado su cintura, se sentó, ya anda para un laso así...

— ¡Ay! ¿por qué le maltrató a ese animal que trayó a usted? ¿por qué no lo hizo buenamente? (Bueno, le regañó a la hija. . .). Bueno, entonce como trae mi hija, dale un panero de yuca.

Le ha dado un panero de yuca, eya está cargando un panero de yuca, es que le regalaron por haber traído la hija. Bueno, el guara se fue al monte, ya le dieron un panero de yuca por haber traído la hija.

La hija ya yegó a la casa, ya yegó como hija, pues, le querió el papá, pero eya no quiere saber nada. . . ya como la cabeza ya está. . . no quiere saber nada.

Eya cogió espejo, cogió su achote, comenzó (a) pintar, comenzó pintar las cejas, la frente, pintar su. . . aquí. . . Bueno, el papá no dijo: no coja, no. . . él no. . . no quiso saber nada.

(La muchacha) cogió: tai, tai, tai, tai, tai, tai. Lorito ya, se convenio en lorito y se fue ya por el mundo, ya entonces maldeció. alguna vez para tener mujer. . . los jóvenes a ser formales.

Por eso cuando quiere tener un joven una mujer, pasa: tai, tai, por la casa o por la cacería y dicen: viene algún noviazgo, por ese animal se sabe el secreto de los indígenas. (Hermanos Soto Flórez).

17) BOYAIMA

Al capitán le gritó el joven:

— ¿Por qué me roba mi pina? Ese con trabajo yo sembré, trabajando.

Trabaja para que tenga usted también, ¿por qué me roba?

Entós dice. •

—No, no robamos, por eso yo le digo, no robamos, ¿quién va a robar?

Entós le dieron idea:

—Escúchalo quién es que roba.

Bueno, el hombre espera; por la mañana se fue, escucha en la finca de él, escucha. . . (ipiña bonita, por el canto del río así...! ¡pinas bonita...!). Bueno, no vino, día entero escuchando, toda la tarde no vino.

El hombre volvió a la casa, preparó su coca para coquiar, para aguantar el sueño y entonces por la noche ya, sentó, esperando, aguantando el frío, sentao ahí el hombre en la punta de un palo, sentao. . . ¡qué va a venir! ¡de dónde va a salir!

A las dos de la mañana salió (como el hombre comiendo ambil y comiendo coca no tiene sueño, no tiene (nada) y entonces salió un poco de muchacha del agua, salieron ya del agua, salió a coger pina, por acá así...

¡El hombre salió de aya, bueno agarró cualquiera mujer!. . . ¡era una macana! ¡Ay. . . cogió la muchacha! Bueno, le cogió; entonces (de) la muchacha ya quería hacer uso, como taba abusivamente ¿por qué está robando pues, no?

Cuando la mujer habló:

—Suéltame, mi cosa no sirve, mi cosa es aquí en mi cueyo (porque la macana tiene su cueyo por acá) (!). No puedo, mañana voy a traer una mi hermana, voy a traer mi hermana, voy a mandar para usted. ¿Usté quiere tener mujer?

—Sí —dice—, bueno tráigame, pues.

—Entonces suéltame, pues.

Le soltó, hizo caso y segunda noche verdá, vino ya trayendo otra vez. Entonces ya no echó culpa a su tribu, ya vio quen es que roba. Bueno, verdá y él vino segunda vez por la noche. Hizo frío, ese rato salió, entonces ahí donde que cogió a otra mujer:

—Bueno, vayase por aya. . . bonita pina. .. hay harto (le mandó (a) su hermana y verdá, eya no sabía, no le había visto y eya se fue por aya). ..

Pues ahí mismo el hombre brincó. . . lo (la) cogió... ahí esa sí es mujer y vivía, vivía con eya, le traía pescao, (para) dar de comer, eya no quiere comer; es su hermana; le hacía traer camarón, no quería comer. Va a hacer cacería en la montaña, a traer carne de monte: ese sí como porque (ella) es gente del agua; (carne) del monte ese sí come. Y así vivía, vivía, vivía, hasta el último día que iba a tener un hijo con él.

Y entonces ya le cogió al marido, le yevó, entonces ya quiere yevar adentro ya:

—Vamos ir a paseo onde mi hermano, vamos a paseo donde mi hermano ... Vaya búzate aya abajo.

Entonces él quiere buzar. . . (este río encima está. . .), el hombre no podía buzar, no podía sumir, entonces le prendieron su aparato, no? le pusieron en la corona, le soplaron el piripiri del agua, ésa es una planta que ojos tienen, los sirenos lo tienen.

Los sirenos, pues, tiene una planta, un piripiri, una plantica, como un secreto para que usted pueda entrar adentro del agua para hundir. Eso lo pusieron en la corona d'él. Entonces el hombre se fue ya con la mujer d'él: ¡Uh. . . bonita gente! ¡gentes que no le. . . nunca vio, pero vio que fue pero bonita gente!

¡Por acá le atendió cuñao! ¡uh. .. su familiar de la mujer le atendió! y vivía pues, salía con la mujer; otra vez salía a su casa, venía a trabajar y otra vez volvía con la mujer...

De tanto ya venir, dijo, ahora ya la mujercita está cansada, dijo:

—No voy, si usted quiere ir vaya con su tío.

Ya se fue con su tío. .. le yevó, ya le yevó. Entón como ya la mujer ya le había dao confianza, ya le había dado ese piripiri, ya le puso en la corona ... su tío se sumió, los dos se fueron con su (piripiri).

Bueno, ya sigue ahí, ya patiaba pelota. .. pelota pa' que jugaba pelota, dice:

—Bonito chontaduro que tiene. . . eyo tiene bonito chontaduro, es gordo —dice—, yo voy a robar.

—No, déjate, cuando están cocinando nos dan.

—Pero yo le voy a robar pues, yo voy a patiar en la raíz del chontaduro, va venir caer en tu delante.

—Usté lo pisa, usté no va a tragar, porque nos va dar ambil, nos va buscar todo nuestro cuerpo, esa gente son fregao, usté va a pisa.

—Bueno, ahí va cuñao, dice. El miró, el viejito ta parao aya debajo del chontaduro (¡y el chontaduro está cargao con racimo cipote!... ¡esos vastagos bien. . .!). ¡Uh. . . pelota cayó! aquí arrancó: ¡bum! vieneacaeren suelo, entonces una pepita se cayó ond'él; entonces él lo pisó, entonces ya vino hasta acá una pepita. Bueno, eyo ya dejar de jugar, dejar de jugar pelota.

(Los sirenos comienzan a contar las semillas):

Ya cogió este pepa: de éste pepa ésto; de éste pepa éste, d' éste pepa su semiya ésto. . . Juntaro, juntara, juntara, juntara en orden: ¿hará falta uno? ¿onde está ése? ¿onde ta éste? Busca ya ¿onde está este pepa?

Porque abajo no hay onde ensuciar, ¿onde va esconder ese pepa? ¿onde ta ese pepa?

Que este dos robó, estos dos robó, no hay más, el dos robó. Bueno,

dice: —Ahora saca tu uayuquita (= guayuco). Sacó su uayuquita, todo, no había nada; le dio ambil, vomitó, vomitó, vomitó, nada, no cayó nada. —¿Pero onde está? Busca su cuerpo: ino hay nada!

Ya echar culpa que eyos robó, ya vinieron los dos otra vez, tristes:

—¿Tú trajiste?

—Trayó.

-¿Dónde está la pepa?

—Aquí ta.

— ¡Ah. . . usted trae pepa!

-Sí traí (la trajo dentro de su pie, dentro del hueso; la pepa viene a quedar adentro del tobillo).

Bueno, ya vinieron los dos, ya vino afuera, entonces por la mañanita ya levantó la mujer d'él, levantó por la mañanita: ñire, ñire, ñire, ñire (pajarito **su jsu i**, ese que dice azulejo, es el dueño del chontaduro), niri, niri, niri, niri ("téngalo Ud. téngalo", dice).

— ¿Qué? ¿cómo es? ¿ese animal por qué viene a cantar aquí?

¡Un. . . chontadural.. ! Ya hay chontaduro, reventó por aquí', por ay í, de pronto parece un sembrao. ¡De una chontadura ya resultó mucho chontaduro!

Bueno, la mujer ya se convirtió... o se sacó el negocio, lo que tiene su marido, piripiri del otro le sacó. . . para que no le siga a eya, le sacó y le yevó el niño d'él, le yevó, se fue:

—Hermanos queridos, mis paisanos, mi primo, tío, los chontaduros de nosotros yevó Boyaima —dice—. Boyaima yevó, aya está Boya i ma, aya yevó chontaduro.

— ¿Ya para qué yevó?

Bueno, entoes (Boyaima) le siguió. . . ya quería seguir a la mujer, no puede entrar ya, se boyaba, quería subir, no puede, se boyaba, no puede seguir. — ¡Ah! —dice—, ¿qué hago yo? Mi hijo me le yevó. El hombre quedó, ya no siguió más, no siguió más. —Bueno, está bien— dice.

Y por la noche ya vino a las dos de la mañana, comenzó a cavar pescao, de toda clase de pescao a cavar, a sacar esa raíz de chontaduro hasta la punta; a cavar, por aquí cavar, por aya cavar: arrancar, yevar; arrancar, yevar.

Y hay dos d'ese que dice mojarra, es perezoso, son dos solitos, tan siguiendo, ya amaneció y ¿qué va a hacer? Esos dos perezoso que tan cavando (no arrancaron bien una raíz), de esa manera, ese chontaduro que nosotros tenemos no tiene casi manteca, tiene muy poco... Los sirenos tienen bueno chontaduro y nosotros simplemente tenemos no más de éste.

Bueno, y entonce ya no podía ir má, ya se yevó el chontaduro ¿qué va a hacer?. . . Ya como conoce él cómo es la raza... (a vengarse, pues) bueno, ahora dice:

— ¿Qué cosa come ese gente?, gusano come —dijo.

El botó un siringa (caucho) y la siringa comió gusano, gusano comió, cada gusano cae al agua, cada gusano que cae al agua y lo pescaba:

¡Cómo sube pescao comer ese gusano! ¡cómo sube pescao comer gusano, comer gusano! Y la mujer d'él ya vino cargando con su aperina (= cargador de niños), ahí ta comiendo, ahí ta comiendo gusano.

—Ahíestá mi mujer. ¡Ah... ta bien!

Le hizo una trampa, una cerco, parte de arriba una cerco y echar veneno ya, barbasco a la quebrada, le echaron.. . ¡pescao quedó blanco.. !

Entonces dice:

—Go go go ma (como es tartamudo) bo bobo bo bo h j... ja, bota hija de Boyaima, bota afuera(l).

Ya no le podía botar. Ahí quedó ya el pescao, se murió, ya no quiere saber más. . . Un picalón grande ya se sumió con todo, se murió. Entonce Boyaima ya vengó de su mujer, ya no quiere saber nada. .. (Hermanos Soto Flórez).

18) DIJOMA

Díjoma que es Jonás (5). El aprendió a curar para que él pueda defenderse como para tener mucha inteligencia. Tomó toda dase de planticas, que sabios son, para que él sea sabio. . . él tomó las cosas de sirena, de tigre, de gavilán, de toda forma él se preparó. El se convierte de tigre, él se convierte de boa, él se convierte de gavilán, águila, de todo.

Entonce el que le taba enseñándole, un viejo, le dice, le prohibió tomar agua, le dice: —No vas a tomar agua (porque ese da sed)... que no tome agua, agua dulce. . .

Bien, entonces un día se fue pa' la finca, le dio pues un olvido, ¿no? le dio pues un olvido, ¿no? le dio pues sed, un descuido, tomó agua. Entonces él de la frente... una boíta se cayó: ¡pu.. ! se cayó al agua ¡ya se desarmó! cayó una culebrita.

Entonces el hombre tenía dos hijas, uno se yamaba Nibagueño. el otro se yamaba Ecofueyaño. Nibagueño era la más simpática, más bonita; la otra era media feíta.

Bien, todos los días iban a la finca, cuando eyos (ellas) iban a la finca... en un puente onde eyos (ellas) travesaba estaba echado la culebrita, entós caía al agua. Entós le cuenta al papá, le dice:

—Papito —le dice—, en nuestro medio camino hay una linda culebrita

que cuando nosotros regresamos, todos los días se cae en el agua.

Vamos a agarrar; ojos querían agarrar y no podían: cuando la agarraban pasaba por medio del dedo, ¡es pura agua! ¡cómo van a sostener!, no podían coger con ninguna cosa.

-Bueno —dice—, yo tengo otra gente, voy a la sirena, voy a pedir cedazo de lo sireno que ojos me van a dar cedazo.

Pidió el papá, muy bien, y entonces pidió aya un cedazo bien finito, que no pase, bien tejidito, especialmente como para coger eso. Entós le entregó... a unos pocos tiempos le entregó el cedazo y con ese cedazo lo cogió al animalito.

—Bueno, aquí está el animalito, ¿ahora sí, en qué vamos a criarles? Traígame un cantarito. Vas a poner ahí.

Entós trae el cántaro y lo metieron, le echaron agua. Como él ya botaba agua porque él es potente ¡culebra potente, echaba agua! No necesita poner agua sino su mismo cuerpo se forma agua, entós se enyenaba esos cántaros y dice: —No, aquí no alcanza, vamos a pedir envase más grande— le echaban ese envase más grande, también le enyenaba de agua.

—No podemos ahora, vamos a cavar un hueco en el patio, ahí vamos a echarle. . . —cavaron lo menos a cinco metros por cinco, le echaron ahí. Ahí crió agua, ya ahí sí vivió tiempitos, así ya vivió tiempos, el agua va creciendo, ya formó ya lago grande ya.

Entonces él (ella) preguntaba: —¿Qué vamos a dar de comer? —dice la muchacha. El papá dice: —Vamos dar almidón—. Tos le dieron.

La muchacha. . . cuando le iba a dar la muchacha, la más feíta, no quería recibir, cuando le iba a dar de comer la muchacha más linda, ahí sí comía.

— ¡Ay! —dice— ¡que este mi animal tiene hambre! hay que darle. Comió hasta aquí, todo mi dedo hasta aquí, ya tragó mi dedo (y así continuamente iba todos los días).

Y entonces a la muchacha fea no le quería recibir la comida, cuando quiere dar muchacha fea, volteaba la cara.

Entonces ya el lago se hizo bien grande, ya quedó un pozo grande, un lago más o menos tiene ya un kilómetro de largo. Entonces la boa se hizo un hueco que vino a darse al río Putumayo, al río ya. Ella salía por ahí al río, ya salió por ese orificio por dentro de la tierra a hacer cacería, a hacer maldad. Hacía maldad en los ríos, voltiaba canoas, comía gente y bueno... ya se volvió criminal el animal, un animal ya grande, feroz, ya venía a querer devorar no más, no?

Bueno, un día le fue a dar de comer la muchacha. . . de una vez se lo (la)tragó; entonces el papá dice: — ¡Aja, se tragó mi animal (a) mi hija! Ta bien. . . —. Miró con ese. . . comiendo como ese ambil, todo..., él miró... ahí dice él (su espíritu):

-Eso usted mismo tiene la culpa por no aguantar la sed, ése es tuyo, tuyo es, tu cría de usted se aumentó en esa maldad. Ahora usted dice que eres muy hombre y que eres potente, poderoso, ¿cómo vas a recuperar usted?

— ¿Cómo voy a hacer?

—Tú sabes: ponga en tu cabeza una oya de barro para que no te muerde, entonces ponga a este lado (en tu brazo) tu ambil; este lado (en el otro brazo) la cuchiya, navaja de cortadera del monte; entonces tú vas a entrar porque ta comiendo gente. . . tribu del Jusiguene come con toda carga de jusicaica ta comiendo. . ., todo lo está comiendo.. .; gente que trae canangucho, vea. . ., todo está comiendo. Usted va sentar encima de esta carga, usted va a sentar arriba, entonces tú sientas encima, el agua (caliente) que va a tomar él pasa por abajo y tú sientas encima del palo de yuca, ahí arriba encima de canangucho que está amontonado ahí que ¡gente que va a comer él!

Entonces él ya cuando ya vio (con el ambil) trajo la oya y preparó.. ., él yamó en los lagos, golpeó con fuerza la boa se acercó y como ya estaba acostumbrada a devorar a la gente, él vino y de una vez le devoró ya al dueño. Bueno, entonces él se fue sentar (a) la parte izquierda, encima se sentó ahí.

El haciendo eso se fue, abandonó a la mujer, abandona a la hija, abandona la casa, muy bien, ya se perdió pues.

Entonces él, la boa, ya había andado por todo el río voltiando canoa, voltiendo de todo, haciendo maldad. Entoes el espíritu d'él le decía:

—No vaya a hacer todavía ninguna maldad, ésta va a irse al mar caliente, va tomar agua caliente pa' que te mate.

Entonces él poquito, poquito, va cortando, va ya despacio, haciéndole el mal.

— ¡Ay!— dice el mismo boa— he tragado mi corazón, mi corazón está roto, ya me duele mi corazón, ¡ay! —dice.

Se va así, él tomando agua caliente; nuevamente regresó onde él vivía. Entonces cuando va cortando (Díjoma, su espíritu) dice:

—No hay que cortar mucho, mientras tú no yegues. No estamos todavía cerca, estamos muy lejos, en los mares, grandes mares estamos, no hay que cortar.

Muy bien. . . - ¡Ay! -dice (la boa)— he tragado Díjoma, mi corazón está mal, me duele, me siento malo (ya él sentía mal, el animal, así venía...).

Entós dice (el espíritu de Díjoma) —ya tamos cerca —dice—, ya tamos acercándonos, échale más cuchiyó —le dice—, para cortar más fuerte.

— ¡Ay! —dice— ya me duele más (y él caminaba más. . . (Díjoma) le echaba más cuchiyó).

— ¡Ay! — dice— ¡meduelemás!

—Ya vamos a yegar, ya échale —dice (el espíritu de Díjoma).

Ahí mismo le cortó la vena del corazón. . . el boa vino de una vez a vararse en una playa onde que vivía él. Ahí murió la boa y él partió la tripa y

salió afuera.

Bueno, y entonces yega a la casa, traía un palo de yuca de adentro de la boa y él vino a sembré. .. preguntó a la hija:

—¿On ta tu mamá? —dice.

—Mi mamá ya tiene marido.

—¿Sí? Muy bien, hija —le dice—, vaya a sembrar esto —dice (mandó sembrar a la hija el palo de yuca).

Bien, siembra la yuca, creció rápido. . . preparó unos huevitos, como almidón, mandó poner cogoyo de ese repartimiento d'él, como un huevo ya, huevo d'él, va a ser su huevo, puso un huevo; de almidón se convirtió ya en huevo.

Entonces ah í como los muchachos andaban... usted sabe cómo son los muchachos. . ., dan vuelta, vuelta. .. encontraron ese huevo, trajeron, cocinaron y comieron el huevo. Entonces el viejo se emputó hasta el alma; dijo:

—Aja, ya que comieron mi huevo, verá lo que les va a pasa. Hija —le dice—, vaya a traerme una hoja... jodabebu (es una hoja pintada que hay en el monte).

—Aquí tá, papá.

—Y anda tráeme raíz de yarumo para ponerla en el pie.

—Aquí tá, papá.

Entonces de un momento a otro: la hoja prendió aquí, aquí, acá y luego la raíz de yarumo prendió aquí en el pie, se convirtió en águila, se convirtió el hombre en águila: biiii. . ., se voló. Subió encima de la casa de la mujer, entós subió arriba ya pues.

Bueno, uno por uno iba jalando a comer encima de la casa, uno por uno; ya nadie podía irse a la finca, nadie podía irse porque salía de la casa, de una vez se lo devoraba el gavilán y así iba devorando, así iba devorando, así iba devorando, ya iba consumiendo la gente.

Entonces no falta la traición. . . cuando él tenía hambre, él entraba aya: —Hijita (dame de comer).

. . . Ya han hecho trampa, una trampa donde él entraba pa' que le mataran: —Mira, tu papá ya no es gente, tu papá es diablo; hasta a ti mismo te va a comer, ¿por qué no...?

—Vamos a hacer trampa pa' matarle a tu papá (decía el padastro), porque a ti mismo te va a comer. Porque ya nos consumió muchos. Este no es tu papá, ése es águila ya. Bueno, ahora cuando viene a comer tú le sueltas esa trampa pa' que muera ah í.

Bueno, cuando entró: ipum! ahí le acabó al papá, ahí termina ese cuento de D íjoma o Jonás.

19) NONUETOMA

Tiene hija, una hija Novuideitoma (o Nofuijitoma); hija se va a pedir varias persona y nunca vuelve, lo comía Novuideitoma, le devoraba ese hombre, porque en la cosa de la hija tiene muchos animales. El que va a hacer uso, muere, ahí muere. Ahí hay culebra, hay alacrán, hay araña, ahí hay todo clase de. . . cientopies, todo eso le muerde, cuando va a hacer uso todo eso le muerde; el hombre muere y el papá, vea, lo devora, lo come el papá.

Bueno, tod'ese gente va a pedir los jóvenes, dice:

—Ahí está mi hija, bonita la muchacha pues, duerma, descanse, como tú quieras (y les manda dormir con la hija; pues el hombre va a hacer uso, ah í mismo queda muerto y el papá vea..).

Bueno, entonces van a pedir, van a entregarla, todo moría. Entonces Nonuetoma dice: —Yo voy a pedir, a ver. . . (él sabe de todo, pues, él bien preparado). A mí no me mata, yo soy tigre. Si me come tigre, yo soy tigre; si me come boa. . .

Eyos son iguales, son estudiados, la misma categoría yevaban eyos. . . Bueno, el hombre dice: —Yovoy.

—Bueno, ahí está mi hija.

—Bueno —dice—, está bien (le dio la mano la suegra, de todo).

La mujer dormía en hamaca, para que dormir con la hija dio la hamaca buena y el hombre dormió con hamaca aparte.

—¿Y usted por qué no duerme con mi hija? —dice.

—Es que es mía, pues —dice—, en mi nombre está; ésa es mujer mía, ya está en mi nombre. .. ya pedir la mano, pues.

Entonces de que no quiere dormir:

—Yerno —dice—, yo tengo una quebrada ipero adentro hay pescao! pero trampas (están dañadas). Usted puede hacer tapaje.

-Bueno —dijo.

—Hay que ir abajo, hay que arreglar bien, porque el palito ta lejo. hay que colocar bien.

Entonces él buzando, se fue prender las hojas, yevó. .. tapó bien, aquí prendió otro palito, aquí otro palito, prendió ahí. . . cuando de aya ya vino haciendo de tigre ya, dentro de agua ya vino. Bueno él también hizo de tigre, los dos peliar aya d'entre agua (como se pelean perro, así mismo pelearo, luchara). Se arrancó brazo d'él, el otro arrancó brazo d'él. Bueno, ahí salió ya, se convirtió picalón, picalón. Del otro brazo de Novuideitoma había quedao negro, picalón negro y de Nonuetoma es'es blanco, porque ése es de parte de Dios y el otro es brujo, por eso es negro.

Bueno, no dijo nada (Nonuetoma).

—Yerno, ya está, ya está.

No hizo nada (Nonuetoma), le quiere matar (Novuideitoma) V no puede matar. Entonces ya echara veneno (a) la quebrada, otra vez echaro, cogiera; él manda coger pescao, le hizo, le hizo una hoguera, comida preparó. El hombre comiendo ahí, comiendo pescao, poniendo dentro cazabe... comiendo;

— ¡Ay, yerno! Yo no tengo qué comer —dice (y como es su suegro, le dio, pues comió (Novuideitoma), cuando a él dios le castigó con eso, con dolor de muela).

Entós el hombre sacó, como sabio pues, lo sacó, lo botó. .. (la muela que le dolía).

(Novuideitoma piensa). —Ese no lo puedo matar — dice (quiere matar, no puede matar).

Entós el hombre ya acabó d'ese de pesca:

—Yerno —dice—, yo tengo un canangucho bien alto —dice—, yo no puedo, estoy viejo, ya estoy cansado, no puedo sacar canangucho, ¡pero (está) cargao! no puedo coger, está bien cargao, bonito está icolorao! —dice.

—Bueno, yo lo voy a sacar, suegro —dice.

El hombre hizo su rancito (= escañera?) para que suba a coger, el hombre subió, subió, subió por el canangucho, subió, subió, cuando iba cerca para que lo cogiera este canangucho, ya cerca para yegar aya, el hombre (Novuideitoma) cogió, lo botó viento y viento vino, se fue por aquí canangucho, para que le tumbara al hombre de arriba.

(Dice su espíritu:)

—Usted es hombre, usted es muy sabio (el espíritu d'él está hablando), usted es muy macho, ponga un gusano que ese le va a arrancar la raíz del canangucho y haga de araña y bájate abajo, haga de. . . bota tu aparato y vaya como araña y arráncalo y bótalo abajo el canangucho.

Y volvido de araña y ran ran y canangucho se inclinaba. . ., entonces canangucho se arrancó, por aya cayó, por aya vino a caer. .. por toda parte. El hombre bajó y así como araña vino... se paró... y canangucho ahí está.

El hombre (Novuideitoma) mirando arriba: —¿Dónde está el hombre?-. Abajo está parao, ahí está el hombre.

— ¡Ay, yerno! ¿usted bajó? ¡Ay, verdad, tú eres bien poderoso, hijo! Yo pensaba que te va a tumbar de arriba, ¡pero hijito! ¿cómo es que usted...? ¡Ay! (ya no podía).

(Nonuetoma) no dijo nada... cayao: —Sí, ya bajé—. (Cayao... no se aguantaba. .. no dijo nada).

Bueno, ahí ya vino los dos, ya juntó el canangucho, ya viniera a la casa. No le podía hacer nada. —Bueno —dice—, ahí me las paga esta... (Inclinado sobre la casa donde vivía Nonuetoma había un árbol cuyos frutos caían como piedras amenazándole continuamente la vida; Nonuetoma decide cortarlo), entós cuando va a cortar: po pom, caya, cuando va a cortar un árbol: po pom caya, para que le machuque al hombre...

—Bueno —dice—, oiga —le dice (su espíritu siempre le avisaba)—, usted es un hombre bien sabio: me hace el favor de poner alrededor del palo (- árbol) una cayampa (sombrilla como la de un hongo) bien grande para que se defienda.

Entós aya: top (golpe), cae piedra por aya, entonces abajo él esta cortando y caían las piedras, rebotaban por todas partes, no yegaban donde él.

. . . El palo no quiso caer porque hay una antena que él (Novuideitoma) siempre estaba cogiendo y como él es poderoso, lo tenía. . . y el palito estaba así delgadito y no quería caer el palo. . .

Entonces dice el espíritu del otro, le dice:

—Mira, usted dice que es sabio, manda un tábano d'ese grande para que vaya a picar en la espalda, que ése está amarrado en el dedo; cuando él sacuda, ése se va largar.

. . . Y de una vez se lo mandó el tábano; ¡pum! aquí le vino a chupar. Mientras él hizo un movimiento, se zafó la piola y cayó el palo: ¡pom. . .!

— ¿Cómo hago (con) éste? (El pensando muchas cosas: ¿cómo puedo matarle?).

Entonce dice: —Bueno, ahora sí voy con la novia a la montaña hasta que seca la chagra pues—. Bueno, entonce allá su espíritu siempre le avisaba que:

—No vaya usted a dormir todavía, haga lo siguiente: haga una pesca y dale de comer bien y la muchacha duerme y usted lo exprime barbasco en las cosas de la muchacha para que se muera esos animales, para que mueran las serpientes, para que mueran las arañas, muera el alacrán toda esa gusanera pa mávalo. Tiene que exprimir veneno.

Entonce ya cuando él echó el veneno, salía culebra, salía araña, salía de todo, de todo, todo que estaba depositado ahí.

Entonces ahora sí puede usted dormir con la mujer. . . le raspó los veyito, entonces ahí el colgó como recuerdo (abajo de una maraca), parece barba blanca, como recuerdo de ese veyo de la mujer.

Entonce ya cuando eyo regresaron, ya regresó con hijito, cargadito. . ., viene con su pescadito, él con canasto vien e iqué amargura del papá!:

— ¡Hombre! si yo no he podido matar ése, ¿qué me hago? ¡ahora sí! ¿qué hago con él? Bueno, ¡eso me tiene que pagar aquí conmigo!

Yegó (a) la finca, estaba séquito, ya como es Sol pues hizo secar él mismo, partió palo, partió tierra, seco. . . seco el palo.

—Entonces, mi yerno —le dijo. . . usté v'a prender candela por las oriya; último hora va usted prender en el centro —le dice.

Primero prendió como le mandó, en eso él (Novuideitoma) rezó la oración de él pa que la candela le subiera, él rezó, el suegro ya rezó para que él quemara ahí:

(Canto núm. 8):

Ji to ma dá cue i
 re dé ni a tá a cu e
 Ji to ma dá cue i
 e a dé ni a cu e co ni
 dá a que e i i i
 a a ni a v té ré ya i
 Ji to ma dá cue i a cu
 e co ni té ré i a fe ja bu i
 qua ja bui qua i a ju hui da i
 Ji to ma dá cue e ni e i hui
 qui zo 's yu.

El estaba parado en la oriya, taba haciendo oraciones para que vuelva todo palo por pedacito, ceniza y que se quemé todo de una vez. Entonce ahí él que estaba en el centro, su espíritu le dice:

—Mira, tú eres poderoso, hágate picaflor y vuélate, vuélate de aquí.

Entonce cuando subió, como la candela se levantaba con esa oración, yegaba la yama, no podía volarse, se quemó la alita, cayó abajo.

—Usté dice que eres un hombre muy potente (ya te va a matar), hágate el camalión.

¡Ahí un camalión, iguana, por medio de la candela, corra, corra por medio de candela. . . a la dirección de quebrada! ¡El arrancó por medio candela, se fue: ipum! directamente a la quebrada... al agua!

Ahí estaba él metido adentro, metido, entonce él salió. . . tonce se remangó su hueso, el que se quemó, él salió otra vez sanito: ¡como él es poderoso! él salió ¡gualito.

Y (Novuideitoma) con un pedazo de cazabe: —¿Onde se quemó? (está probando), ¿onde quemó ese hombre (está probando por todo parte, está probando ese cenicito, porque él quiere comer, pero no hayo sabor).

Y él (Nonuetoma) está mirando. Desde aya 'stá mirando el yerno. El yerno'stá mirando desde aya y el suegro búsquele por todo el rededor:

—Por aquí vino, él entró por aquí ¿pero onde le quemó?_

Y el yerno aya mirándole, chequiándole, no? Bien, entonce dice:

— ¿Qué hago yo? Yo me largo de aquí, ya me quiso matar ¿qué hago? (la abandonó a la hija, se largó para otro lugar).

(Pero antes):

El miró al yerno, le miró , le dijo:

— ¡Ay, yerno! verdá que usté se. . . ¡Ay, yerno! pobrecito mi yerno, pobrecito mi yerno y yo pensar que usté. . . no te quemaste ya. . . nada. .. ¡yerno pobrecito!

No le respondió nada, nada, nada ¡más bravo! Entonce él botaba por estas uñitas pescadito, ya, esta uñita, ya botaba acá, ese que dice mojarra, ya botaba pescao ya. Bueno, y el hombre ya no regresó más onde la mujer; no quiso saber de la mujer, se fue. El yerno ya no volvió más a la casa.

Bueno, por ahí andando ya se encontró con otra ya. .. otra mujer, pero (Novuiditoma) tiene que buscarle ya forma de matarlo. Ya buscó, no sabe ónde'stá; entonces aya ya supo que tal tribu (Enocaido tribu).. . tiene mujer Enocaido (y dos hijos).

Entonce (Nonuetoma) vivía con esa mujercita. .. Bueno, vivía con esa mujer ya, vivía con esa mujer, tranquilo vivía. Entonce el tribu d'ese. . . como recibió pago pa' que lo mataran, ese hombre recibieron el biyete.

Entonce dice la mujer (siempre la mujer nos manda pues):

— ¡Ay, marido! mis sobrino, mis hijo tan haciendo pesca, vaya pescar, vaya **traiga** pescado, vaya traiga pa'comer, mijo.

— ¡Ah! ¡yo no quiero hacer nada!

— ¡Ah! ¿tú no quieres ¡r? pues por aquí nos vamos al monte por donde tiene el terreno mi papá (ya le yevó por aya).

(El homicida) pensaba coger. . . matar aya en ese pesca, para matarle al hombre y no le podía matar, no le podía matar.

Bueno, el hombre se fue al monte por aya (sí le hizo caso), por aya se fue. . . otra parte, ay^sabío para que haga solito pesca con la mujer, ya aparte hace su pescaría, aparte. . . Entós el hombre subió, cogió almendra... ya va cogienoj^áimendra (y aya como ta escuchando onde va a hacer pesquería, ya le>Éíían chequejado), él está tumbando (almendras).

^¿cúeno, dice (el que le quiere matar): —Oiga -dice-, jueputa ¿qué está cogiendo esa pepa? ¿quién le manda coger a usted? ¿quién le manda coger a usted!. . . ¿ah? Yo lo voy a trozar tu cueyo, ahí vas a ver (ahí putiando bien bravo).

El hombre i a cómo son d'eso! tomó su ambil, de aya vino tigre ¡cipote tigre viene de aya arriba, del palo pegao! El hombre viene valiente, vino. . .

— ¡Ay!- dice — ¡Ay, cuñao, usted? ¿para qué yo puse a hablar así? Perdóname cuñao, venga coquiar, aquí tengo coca, cuñao... sopla tu cuerpo . . . haga de gente, venga a coquiar (parece persona pues de otra habla).

— ¡Ah, déjame!—. Pues sopló, como es cuñao, él sopló su cuerpo... ya hecho cristiano, bajó y de verdad, ahí viene con su hachita. Cuando ta bajando: ¡pof! le trozó, ahí muere, ahí lo mató.

Ahí quedó, bueno, el hombre se murió. . . la mujer ya comenzó a chiyar, habló contra sus hermanos, a tirarle maldiciones, maldició ya contra familiares. . .

Bueno... entonces ahí sus dos hijito que tenía, (al) hijo le dice:

—Tu tío'stán haciendo pesca, vaya recoja pescao pa'comer nosotros—. Entonces los dos hijitos de él se fueron a coger pescado y entonces cuando ojos cogían, le quitaban y ahí uno más avisao, lo que él cogía amarraba aquí abajo en la pierna, así él hacía andar así... Y entós vino contar:

—Mamá, todos tus hermanos nos van quitar pescao. . . —dijo así— tus hermanos son muy malos, nos quitó todo nuestro pescao.

Entonces él hizo aparte su tapaíto, así, cavando un huequito, ahí puso para que pase pescao, ahí lo que él agarró, también le quitó.

—Sabe qué hay hijo, tu papá tiene ahí sus cosa, tome eso remedio y vaya a acabar esa gente. Yo, no digo mi hermano, no quiero saber más nada.

Entonce él tomó sus cosas de su papá, de tigre, se volvieron los dos tigre ya, son convertidos en tigre ya. . . Y cuando esa humadera que ojos (los parientes) taban haciendo. . . como yanera, no? y bueno. . . comiendo. . . están roncando sabroso. . . están durmiendo. Ahí mismo ese dos... mataba toda gente; había dos que'staban alumbrando, dos niños que estaban alumbrando, ese dos no más se escaparon, por ahí que corrió en un guasaí, ese dos

niños no más escaparon. Los resto, todito ya consumió.

Bueno, y uno de esos, picaro lo que son, enyenó una canasta:

—Mira, mamá —dice—, esto manda tu tío...

Y el otro sacó todo corazone de ese persona para cocinar... están cocinando:

—¿Qué cosa cocina usted? —dice.

—Es que estamos cocinando nuestro cayampito, pura cayampa, pa comer nosotros.

—Tenga ají negro.

Y engañando dice:

—Este mandó tu tío, éste te mandó tu hermano, éste mandó tu... tal sobrino (¡qué va, eyos mismos tan poniendo (los nombres)!).

Bueno, de ahí ese dos muchachos se largaron de la casa de los finaos ya. Ahí va morir uno, un muchacho va a morir. Llegan a una casa donde llora un morrocoy:

(Canto núm. 9):

no me e no ca yá re

to jé có re i a e ñe de ma

ca e i re i e bo te de na

ca ñe ra col ñe ...

(el canto termina, pero desgraciadamente la historia está sin terminar).

20) JIRAYAUMA

Una mujer tenía dos hijas, bonita hija, entonces eso se va a pedir por los jóvenes. Duerme, es perezoso, no vale nada, pero yo le voy a enseñar a trabajar, bueno, ahí está el perezoso, si él quiere pues ahí está. Bueno, pues ayudar suegra y después de trabajar, ya de comer, ya por la tarde a dormir con eya y cuando se va a dormir con la hija, pues le da una (?), con eso le mataba. Todos los jóvenes que va a pedir, le entregaba y no regresaba a la casa.

Entonces Jirayauma dice:

-Carajo ¿qué está haciendo esta vieja? A ver a mí que me mate, a mí que me mate, yo voy , voy a pedir.

Bueno, él se fue a pedir, eya dice: —Ahí está mi hija—le dice. Bueno, él no dormía con la hija.

— ¿Por qué tú no duermes con mi hija? —dice.

—Porque ya sabe que es mi mujer ¿por qué voy a dormir? Es mi mujer mía.

Ahí se fue virotiar, se va a cacería y por ahí (la suegra) le perseguía a él, como no dormía con la hija. Entós por ahí en el monte le perseguía, le cogía con las cosas de eya. . . eya abría la pierna, por aquí iba. . . trampa; por acá iba. . . trampa. Entonces viene espantando: cádamo, cádamo, cádamo; espantando viene, como atarraya viene yegar a encontrar. El hombre queda adentro ya, ahí viene venao, ah í viene tigre, ahí viene los animale, de todo. . . todo viene como espantando. Entonce el hombre sal ía por encima, saltaba.

Bueno, dice (la suegra): -Caray, este. . . vergajo, carajo, yo quiero comer, tengo hambre de mi yerno. (Quería matarle al yerno).

Entonce dice:

—Yerno, usted vas a ir tumbar mi chagra (le manda tumbar la chagra a él).

Bueno, entonces eya va a afilar la hacha poniendo encima de piedra las cosas de eya, la crista de eya, entonce con esa hacha, bonito, bien filadito, entonces va a cortar: quiebra hacha.

Le da otro día, le da otra hacha, la misma vaina, entonces dice:

—Mira, mi suegra ¿qué es lo que hace con mi hacha? ¿por qué eya misma (la afila)?. . . ¿por qué no puedo afilar? ¿por qué me hace mi suegra esta hacha?

Y entonces la vieja pues afilando, poniendo encima de la crista de eya, poniendo encima de piedra. .. y afilaba así. Entonces como vino de acá de... a traición, cayadito vino. .. eya afilando: ¡toe! le trozó la crista de eya.

¡Ay! la vieja se quedó brava, quedar bravo ya. Bueno yoró pues ¿qué va a hacer? Cogió ese pedazo, traíó.

El hombre no dormía con la hija (pero tenía dos hijos), entonce el hombre pues como sabio, no? entonce mirando a la suegra por la mañanita.

Levantaba a las tres de la mañana a hacer su ají negro, su yuqui pa' comer, prepara comida, entós con esa crista de eya lo exprimía (en) la comida, lo dañaba la comida para que se mueran los hijo.

Entonsel hombre dice:

—Pero yo todos los días traigo cacería: ¿cómo es que mi hijo tá tan flaco? ¿por qué stá flaco? Hoy voy a ver mi suegra (cómo) es que prepara comida; ¿por qué mi mujer no prepara?

El t'acostao en l'hamaca mirando qué es lo que hace y hace que dormió él (es mentira). Cuando pasa por su lado, cierra su ojo y así haciendo pen-dejo.

Y entonce se fue a sacar de aya la crista d'eya, áhi preparó la comida, exprimió, otra vez v'a poner aya.

Entonce comieron los muchacho, levantó a los hijos, comían ojos; él no comió. La vieja se fue a la chagra y él se fue a mirar. La crista que yo le corté a la vieja pendeja, botó, él lo botó, bueno. . .; segunda noche ya él quedó dormido otra ve (z); la vieja preparó comida otra vez, se va a buscar:

—Pero aquí le coloqué, aquí ¿dónde. . .? (ya no encontró, como ya le botó), ¿onde está?

—¿Qué estás buscando, suegra?

—Mis cositas aquí. . .

— ¿Qué cositas? La crista tuya que yo te corté, yo le boté.

Pues no dijo nada, no dijo nada, nada, nada. Así diciendo él no comió nada, se largó, cogió su pucuna, se largó al monte.

Ahora ya que venga. . . ya la mujer abrió la pierna, con el resto de lo que le cortó, lo cogió, la pegó al cielo; ya tapó, ya no podía saltar ni por acá. ¡Y qué pues, yo no digo mi suegra! ¡qué mi suegra! ¡qué suegra! Ahí mismo como eya staba abriendo la pierna, ahí mismo: ¡chic! lo virotió, lo sopló con la pucuna. Tonce la mujer se murió, ahí lo mató (a) la suegra, Jira-yauma.

Bueno, ya por la noche, ya tarde, tranquilo, quedar con su mujer, ya pues tranquilo, ya no hay quien le molesta nada. Bueno, y a esta hora vino ya el espíritu de la suegra, vino cantando por el camino: «

(Canto núm. 10):

Ji ta i da ñe co ré Ji
 ra yau ma í do sé que co ñe o bi
 ca ño tá nai te ó mo bi ñai ti kua tá te ba ra
 té ba ra gi rá ri Ji ta i da ñe co ré Ji
 ra yau ma í do sé que co ñe o bi
 ca ño tá nai te o mo bi ñai ti kua tá te ba ra
 te ba ra

Así viene cantando, cantando avisándole a la hija de eya: —Mi yerno Jirayauma me disparó en mi misma cosa. Ya no he de llegar más en tu lado nunca.

Entós la hija dice:

—Jirayauma, ¿usté no mató a mi mamá?

—No, ¡qué voy a matá una suegra! ¡qué voy a matá mi suegra! ¡mi suegra dónde tará, yo no le maté ¡qué voy a matar a mi suegra! Cuál persona tú vio que mató suegra? (ya respondió el hombre). Yo ¿matando? ¿quién va decí que yo le maté? ¿persona matando? ¿quién va a decí que yo le maté? (y no avisó). (Hermanos Soto Flórez).

21) NGUTAPA Y CHIMUIYAE O EL ORIGEN DE LA PRIMERA BRUJA

Que había un hombre que se casó con una muchacha, pero como que la muchacha no le quería mucho a él y a él le gustaba la cacería, le gustaba mucho la cacería a él. Entonce esque un día le yevó a la muchacha, la muchacha no le quería a él, se lo entregaron así a la fuerza (era que en ese tiempo, los paisanos siempre tienen la costumbre hasta ahorita, los tucunas cuando eyo quieren entregarle a un hombre porque le entregan la muchacha, por más que no quiera la muchacha pero lo entregan, que porque a veces son así parientes o no se qué, que porque son, como es decir, así como la mujer mía que es como casi prima, pero hija de un tío mío, porque con la hija de un hermano de la mamá les gusta que se reúnan, entonces así sería esa muchacha).

Entonce la muchacha no le quería a ese hombre porque seguro no era a gusto de eya, entonce así es que el hombre lo yevó así a la cacería y esque decía (se yamaba Chimuiyaé y el hombre se yamaba Ngútapa). Bueno, entonce que le yevó a la muchacha a cacería y él comenzó a ponerse bodoquera, a virotiar los micos y que él decía: —Ei, va y va usted juntando todos esos micos que van cayendo, vaya juntando. Y la muchacha, nada, se paraba ahí atrás y no le paraba bola ahí, hasta que pues él siguió y la muchacha nada y cómo será la mala suerte de eya también, el animal que caía, de un rato eya iba mirar ya no estaba, iba mirar no estaba.

Entonce el hombre después que ya tanto mico que él cogió y eya no había recogió ni uno, entonce el hombre se puso bravo con eya: —Ah— esque dice—, ahora te voy a castigar y es porque usted no me quiere, por eso es que usted me hace eso. Si usted me quisiera, usted juntara todos los micos que ya cayeron.

Pero ¡qué iba a hacer la muchacha! también pues lo que caía no encontraba, porque el viejo se los cargaba, será.

Entonces, bueno, esque dijo: —Ahora te voy a hacer un castigo. Ese palo que llaman la tangarana que tiene una hormiga brava, todo eso, le yevó aya y le pegó a la muchacha, hizo lo que quiso con la muchacha, le amarró de los brazos, así a un palo, a otro; de la pierna así, le sacó toda la ropa, le dejó así amarrado todo abierto, que porque no le quería. Entonce ahí la muchacha sufrió y yegaban las avispas, todo animales lo comieron a eya, hicieron lo que quisieron.

Así que al día siguiente yegó y cantó, dicen, un animal que es de la montaña, en idioma canta. . . ¿cómo es? ¿Cómo es que canta ese animal? **fu**, como que hace ese animal, un animal que canta en la selva. **íu** esque dice ese animal, se yama duúi en idioma, siempre se escucha de noche, siempre él grita: **íu, íu** esque gritó ya de noche y la muchacha ahí sufriendo.

— ¡Ah! — esque dice— Dios quisiera y yo ruego a Dios que usted me

soltara, animalito —dizque dijo eya (rogó a Dios, pidió a Dios que le soltara ese animal)—, que yo me encuentro así, también mala, de mala condición, toda avispa, todo animal lo comió.

-Bueno -esque dijo el animalito (seguro taba oyendo). Entonce en idioma como él canta: **íu**, dijo otra vez: **íu**.

—Cómo usted hiciera animalito pa' que me suelte, pa' que me salga de esta muerte que ya voy a morirme aquí?

¡Ah!, esque seguro él escuchó, ¿no? esque dijo — **Uíchi güó?**, esque dijo: **Uíchi güé?** Ya no cantó como cantó primero, ya cantó: —¿Te suelto? (quiere decir eso: **Uíchi güé?**) —esque dijo. Entonces eya dijo: —Sí—esque dijo: —Sí—eya contestó. —**Uíchi güé?** —Sí—esquedijo—. Ahí mismo bajó el animalito, llegó la soltó de la mano, le agradeció eya:

—Muchas gracias —esque dijo—, me salvaste de esta muerte.

—Bueno —esque dijo.

Así que al otro día eya iba pasando por ayí, pasaron unos loros, esos guacamayo ¡y eya de hambre.. !

— ¡Ay! —esque dijo—. Dios me ayudara cómo cayeras y me dieras una caja de fósforos para yo cocinarte, hacer candela y cocinarte o asarte y comer-te ¡con este hambre que estoy!

Bueno, esque seguro fue la suerte de eya, entonce ahí el animalito esque le soltó a eya, esque dijo:

—Señorita —esque le dijo—, te voy a hacer este favor y yo sé que el hombre que le castigó así a usted va ser castigao también, no sólo usted, le dijo, yo te voy a enseñar todo lo que yo sé. Ese hombre tendrá que ser sufrido, así como sufrió usted, así tendrá que ser sufrido también.

—Bueno —esque dijo eya—, ya, ta bien.

—Tomé mi peine y usted se va a peinar, va quedar una buena moza, una señorita buena moza que nadien se va a parecer a usted, va a ser como una muñequita, yo te salvé.

—Bien -esque dijo.

—Y este mi peine y este espejo y aquí usted va a mirar la familia, todo lo que usted quiera, ¡mira cómo están tus familias, yorando por usted, sufre! Bueno ta bien, pero usted está muy lejos, lejos de tu familia. Usted ya no está en tu. . . la tierra de donde usted sabe. Usted de aquí yegarás donde un diablo porque usted ta encantao.

- ¿Y cómo yo hiciera pa salir?

—Yo no puedo sacarla, yo también soy de esta tierra.

—Ah, bueno —esque dijo eya.

-Este mi peine, cualquier animal que usted pase, usted nada más le hace así y caen los animales en tierra y si usted ve un animal, le hace así, le hace una seña que se caiga, el animal tiene que caer muerto.

—Bueno —esque dijo—, ya, ta bien.

Bueno, ahí yegó en una parte, eya ando, ando, así. Ya tenía cómo hacer candela, eya hacía candelita, pero no tenía con qué comer, porque así plátano, yuca, no encontraba, así comía eya, hasta que un día por ahí miró una carretera bonita, eya fue andando, andando así cuando yegó a una casa, una casa linda, yegó y se acercó así, miró por toda parte, había unas matas, no había nadie, silencio.

Así que la muchacha yegó aya y se sentó en una hamaca, miró así, encontró una hamaca todo roto, nuevo, pero cortao en la mita (ese era la hamaca del morrocoy que eya tenía; esa era d'él, no ve que el morrocoy tiene filo en el casquito, donde él se sentaba, seguro él iba cortando y nuevo no más se rompió). Entonces la muchacha esque dijo: —¡Hijuepúchica! ¿Cómo esta hamaca se rompe así tan nuevo? ¿Quién será que se sienta aquí? —esque dijo-. Voy a remendarla, de pronto de alguien es.

Será ya porque seguramente Dios quería que fuera así, entonce un rato, eya amarró todo, lo añadió todo y entonce después ya, lo añadió bien, quedó bueno la hamaca. Un rato venía andando, yegó aya, se subió (el morrocoy). Esque eya dijo: —¡Ah, con razón que se rompe esa hamaca así tan nueva, porque es del morrocoy! y él ahí se sentó.

De ahí a un rato esque eya miró; el morrocoy la miró a eya: —Venga— esque le dijo—, venga. Dueña, usted aquí estás en un peligro, aquí es casa de un diablo. Aquí te va comer, ¡Uh!... ¡cuánto yo he visto ! Usted me conoce quién soy yo. Usted me crió de muy pequeñita y a mí también me trajieron aquí, por eso estoy aquí. Yo te cuento: ese diablo el día que te va comer, te va hacer cargar agua, te va mandar cocinar chontaduro, te va mandar cocinar yuca, te va mandar cocinar todo y es'es pa que le coman a usted. ¿Y sabe qué va hacer? Usted va cargar agua en una tinaja y el animal, el diablo, no te va dejar sino con una cuerda, cuando usted va al puerto, él va soltando la cuerda y él si (Ud.) demora, él jala y si ta duro esa piola, usted está todavía. Así va a hacer porque él no suelta ¡ni cómo! Bueno, ¿sabe cómo va a hacer? Usted carga el agua, carga todo y yo te digo que usted tiene que largarte de aquí. Yo te doy la facilidad de que usted se vaya y yegue hasta donde tu papá, porque yo te voy a dejar donde es el camino.

Bueno, ahí entonce eya se fue al puerto, lo mandó, salió el diablo, lo mandó, salió el diablo, lo mandó a cargar agua (primero el morrocoy ese cogiendo chontaduro y sacando yuca como para. . .). El ya lo dijo todo lo que iba pasar, eya ya sabía. Entonces le dijo: —¿Usted sabe qué va a hacer? Usted hace unos diez o veinte viajes de agua y a la última hora usted rompe esa tinaja y lo mete ahí esa piola y amarra cualquiera vaina ahí, la cosa que cuando él jale así, suene ahí.

Entonce ahí cuando eya taba haciendo el viaje de agua, esque él decía (es'es en idioma, no?), entonces taba roncando esque el diablo en la hamaca

d'él:

—Anj —esque decía —, Chimuiyaengue changó, chimuiyaengue changó, chimulyaengue changó (dizque sonaba la nariz d'él).

Entonces esque:

-Tío, tío, tío, ¿ta durmiendo?

-Ah -esque dice— ¿y cómo es que dice mi nariz?

—Ah, tu nariz dice que me ta queriendo comer (porque cuando decía: "Chimuiyaengue changó, Chimuiyaengue changó" taba diciendo: "Voy a comerle a ésa"). Está diciendo que me quiere comer tu nariz, tío.

-Ah, carajo, ¿es que esta nariz también. . .! ¿Dónde está mi piedra? -esque dijo él buscando la piedra. (Con un pedacito de piedra esque era: cha, cha, cha; se dio en la nariz d'él hasta que botó sangre, ah í es que quedó . . .).

Así es que cuando ella hizo el otro viaje, lo mismo estaba roncando: "Chimuiyaengue changó, chimuiyaengue changó". Bueno, entonces:

—Tío, tío, ya está otra vez tu nariz sonando.

—¿Cómo dice mi nariz?

-Pues me ta queriendo comer tu nariz.

—Ah, ¿dónde está mi piedrita? (Ahí mismo: cha, cha, cha.golpió la nariz d'él. Ah í botaba sangre, todo esa sangre.. .todo fregao ah í).

Ahí esque eya dijo: —Bueno, ahora sí. Rompió la tinajita, metió ahí la piola esa, puso un poco de cosa ahí como pa'quesonara cuando él jalaba: chilín, chilín. El jalaba y demoró, ahí él taba roncando, será ya no yegaba y eya vea (chasquea los dedos) con el morrocoy.

Con el morrocoy le fue a dejar hasta cierta parte donde eya ya puede coger el camino, lo que yega, hasta donde. . . mejor dicho donde el papá d'eya, entonce ahí él se fue con eya y más aya yegando le dijo:

—Mira, dueña, ¿sabe qué vas a hacer? Todos animalito que usted encuentra: avispa, ya sea hormiga, ya sea. . . todo lo que usted va encontrando, usted tiene que ir matando, porque si usted no lo mata, el viejo lo va seguir a usted y él lo va preguntar y él va decir que usted pasó por ahí. Así es que todo animalito que usted encuentre tiene que ir matando.

Bueno, conga, hormiga de toda clase, hasta palo donde eya iba pasando iba quebrando las ramas de los palo; así es que donde encontraba hormigas iba matando.

Así es que cuando se dio cuenta el viejo de que ya no estaba era, vea. . . (chasquea los dedos), se mandó pa'atrás, atrás d'eya, mejor dicho. Entonces cuando yegó aya en una parte encontró un palo que estaba con la rama quebrada, claro, él sabía que por ay í eya pasó.

—Ey, arbolito —esquedijo— ¿por aquí no pasó Chimuiyae?

—Ah -esque dijo— ¡qué te voy a contar, hombre! Si yo estoy jodío es del brazo. Yo tengo un brazo quebrao.

—Ah, bueno —esque dijo.

Siguió más adelante, encontró una conga:

—¿Por aquí usted no vio pasar tal fulana?

—Ah, ¡qué voy a saber! Ahorita acabaron de matar a un hermano mío! -esque dijo.

Y así fueron yendo. Cuando yegó más aya encontró una hormiga:

—Hormiga —esque dijo— ¿usted no encontró una muchacha que pasó por aquí?

—Ah, ¡qué te voy a contar —esque dice—, si ahorita murió un hermano mío! Yo estoy con una pena que no sé contar nada!

Así esque fue yendo eya. Así es que el diablo ya no había quien le cuenta, pues se devolvió y eya siguió; yegó a dormir en mata de una lopuna que dicen **wochín** y fue a dormir ahí y ahí había otro diablo que también quería comerlo a eya. Ahí esque como a las diez de la noche, eya se acostó ahí en una bamba en medio de la bamba de ese palo, entonces ahí esque salió una rana grande, raspaba la barriga, esque la barriga d'él: **rucu, rucu, rucu** como pa'que se ría, porque si eya se reía eya lo comía. Y eya nada, sería ahí, no se reía. De ahí se volvió como ese gusano que tiene pelo, ese esque hizo candela, entonces:

-Eh -esque dijo—, ya que nadie quiere reír me voy a quemarme ahorita.

Prendió la candela y se tiró ahí adentro: **pá pá pá** (!) se reventaron los pelos de él. Ahí salió, nada, no se rió. Y ahí esque dijo:

— ¡Ay, Juemíchica! No quiere reír. (Eya ahí oyendo, pero donde eya se reía un poquito, pues ése sí le comía ahí).

La suerte d'eya sería, no se reía ni por nada. El hizo todo clase de juego: él brincaba, bailaba, hacía. .. cantaba, y eya nada; eya sería ahí.

Bueno, entonces el último, izque ya a las tres de la mañana, ahí salió una mariposa de esas grandes que andan volando.. . (en el Amazonas hay una mariposa grande que en idioma le dicen **beirú**); bueno, de madrugada izque se rió (la mariposa): ja jajá ja; ¡Hijuepúchica! hoy me voy a comer donde mis nietos. (Meya se yamaba el papá de eya).

Cuando eya escuchó eso: —¿Qué dices? —dijo eya— —Ah, pues hoy me voy a comer donde tal fulano. —Ah, ¡ese es mi papá! ¿cómo usted hiciera pa que me yeve hasta aya? —No, pues sí ya me estoy yendo. Dentro de una hora cuándo usted oír. . . cuando usted oír que suena mi canasta, usted puede ir atrás de mí que yo la yevo. No queda lejo pero si demoramos un poco.

-Bueno —esque dijo eya. Esperó; cuando un rato: ¡cha! sonó la canasta de la mariposa grande esa (que le dicen en idioma **beirú**) ya cuando taba amaneciendo y aclarando el día.

-Bueno —esque dijo—, usted me sigue atrás de mí, yo voy volando y usted

atrás de mí (como ésa no anda duro... eya va así... como da la vuelta... ella va así y ella. ..) ¿y sabe qué usté va a hacer cuando yo voy volando? usté va atrás de mí, usté dice: **cayéye chengo? é, cayéye chongo? é** (quiere decir: allá va mi abuelita, allá va mi abuelita) y donde usté ve que yo me pierdo, mueve una rama, que yo vuelvo y otra vez me sigue atrás de mí.

Bueno y así es que eya hizo eso y será que la mariposa sabía que ya no yegaba pronto porque eya tenía que esperarlo, entonces esque dijo:

—Bueno, usté me está haciendo demorar mucho pa yegar hasta donde tu papá. Te voy a dar una ala de una hermana finada mía que murió aquí (verdá ahí'staban dos alas, las alas de la mariposa ahí caídas). —Ahí, aquí si usté va a volar usté — dijo eya y yegaron más aya y eya miró izque iba volando y no podía.

Ahí se encontró con una culebra que era d'esa cazadora: —Ah -esque dice—, éste me sirve. (Eya metió en la canasta d'eya, lo metió ahí, cuando eya lo puso en el hombro, la culebrita salió de la canasta d'eya y brincó (abajo). Esque dice: —Qué vales culebra, usté no sirves, vayase, iqué carajo! —dijo la mariposa pero en idioma (**curípacuratáku cucháumachiricumáma =** que se vaya esa culebra, ¡que vale! tiene la carne verde, tiene la carne larga).

Entonce ahí se fueron, cuando yegaron ya cerca de la casa de la mamá de la muchacha, ahí lo dejó así a un lado, le quitó las ala y todo eso. Como eya estaba ya endiablada no podía yegar donde la familia. Esquedijo: —Aquí es la casa de tu papá.

Y la mariposa pues nada, solo. . . siempre tienen la costumbre que yegan a la basura las mariposas, están ahí lambiendo las cascara que uno bota y así eya taba comiendo y así esque la mariposa le dijo: —Bueno, ya está en la casa de tu papá, vayase, aya están eyos.

Y eya tenía miedo de yegar aya, como eya estaba endiablada y ahí llegaron y vino una hermanita d'eya a botar basura, cascara de las fruta qu' eyas taban comiendo, a botar.

Esque dijo. . . yegó la muchachita y la miró ahí, se fue ligerito a la casa del papá :

—Papá, mamá —esque dijo—, le miré ¡gualito a mi hermana ahí en la basura, ¡gualito a mi hermana.

—Pero ¡qué va a ser tu hermana! —esque dijo—, ¡cuánto tiempo ya hace que tu hermanita se perdió, se perdió de aquí! Eya ya no vive, eya ya el tigre lo comió.

— ¡Qué va! pero si eya es, si mi hermana es —esque dijo—, eya misma es. Eya es, verdá, sí, yo lo miré ¡gualito a eya.

-¿Dónde está?

Se fueron a mirar ya no estaba, porque eya se había escondido. Después de un rato otra vez la muchacha no se tranquilizaba, al ratico, otra vez y fue allá, claro la muchacha estaba aya.

—Papá esque ya está ahí otra vez, pero es mí hermana, eya es, no es otra sino eya.

—Aja, es que seguramente ya eya ta así embolatada, ya no quiere venir pa'cá.

Entonces eyo mejor dicho. . . la cercaron como es decir, se fueron unos así, otros así y entonces lo dejaron en el medio, así es que aya lo cogieron eya a la fuerza, eya quería morder a lo que lo yevaron a la casa. Entonce desde ahí pues eya fue que ya comenzó con la brujería. Eya sabía todo, así, hacía mal a la gente.

Entonce ahí el hombre un día fue a. . . después que ya yegó en la casa d'eya el hombre sufría así... (jese cuento es muy largo!), entonce el marido d'eya un día fue a cacería y le picaron dos avispas aquí en la rodiya y ahí mismo él comenzó ya a sufrir, se le hinchó la rodiya d'él.

Así es que antes de que le piquen l(as) avispa(s) dizque gritaban ahí unos niños que lo tenían jodido. El taba en cacería y oía que decían izque: **iNgutapatítiti!, iNgutapatítiti!** (como él se llamaba Ngutapa), **iNgutapatítiti!** 2- ¡Hijuepúchica! ¿quién es que me conoce?—. El iba mirar ah í, golpeaba ahí, no encontraba nada: más aya yegó, más aya le gritaban: **iNgutapatítiti!, iNgutapatítiti!** que se aburrió; hasta que cuando fue a mover así lo picaron esos animales en la rodiya (mejor dicho, antes que eya salga, él ya andaba sufriendo eso). Así es que eya yegó y eya se vengó d'él.

Hasta que un día él se golpió por ayí ¡Ay juemíchica! Yegó donde la mamá y le dijo: —Mamá, yo no sé qué me pasa, me duele aquí la rodiya. (Y ahí había un huequito así que estaba). Entonces de ahí esque dijo que... la mamá fue a mirar esa herida, miró bien, claro eyo taban, los ojos ahí, los ojos ahí moviéndose:

— ¡Ay! —esque dice—, pero parecen cristianos que están adentro de tu rodiya, unos están barriendo, otros están cultivando, otros están trabajando, eso son cristianos.. . ¿cómo hacemos pa' sacarlos? ¡Ay juepchica!

Hasta que un día hicieron modo de sacarlos, sacaron tres niños de ah í, no, dos niño no más y ese era el castigo que tenía que sufrir él.

Bueno, ahí la muchacha ya pues, se salvó, ya estaba con los papas pero eya era la bruja ahí. Entonce de ahí el hombre sufría, andaba sufriendo hasta que un día él fue a cacería. Los niños eran picaro ahí en la casa, eyos jugaban, botaban palos, en la casa tumbaban todo lo que tenían, animales. . . como pa'buscarle alguna cosa. Si algo le decían, pues no sé qué lo hacían y así que el hombre se perdió.

Ahí esque dijo la abuelita (porque como nacieron en la rodiya del hijo, pues tenían que ser nietos de eya, de la abuelita, de la mamá del hombre):

—bueno, nietos, ustedes son muy picaro (ahí tenía un tronco, mejor dicho un tronco así como hierro, gueso así), para castigarles a ustedes vayan tumban ese hierro que está aya, porque ustedes son muy r 'ra^

—Bueno —esque dijeron—, consigúenos alguna hacha que nosotros sí tumbamo, nadien lo tumbó, pero nosotros si le vamos a tumar.

Ahí yegaron y: **ta ta ta ta**; dentro de media hora: **pom**, cayó el palo, el hierro ese qu'estaba ahí.

— ¡ Ah! —esque dijo—, éste sí son unas fieras, no se puede con eyo.

Yegaron otra vez ya a jugar y por aquí y cuando la abuelita:

- ¡ Hey! ¿ no saben que su papá hasta ahorita no yegó, son las seis de la tarde y tu papá no yegó todavía y ustedes no saben? —esque dijo—, seguramente tu papá ya por ahí el tigre ya lo comió, ¿ qué será? ¿ cómo es que no yega? (Verdaderamente el tigre se lo había comido).

—Bueno, si mi papá no yega hasta las sei de la tarde, nojtro vamo a traer todo clase de animales aquí, no se vaya a asustar, abuelita —esque dijeron.

Bueno, verdá a las sei de la tarde no yegó, ahí mismo eyo hicieron una figurita de un caimán, de una madera y este caimán es que le va capturar el tigre que comió a mi papá, en caso lo comió.

Bueno, ahí mismo, eyo trajieron todo clase de animal que venía: culebras, boas, será, todo clase lo que es de la selva y al último, dicen, venía el tigre. Eyo lo tenían ahí el caimán, formao por eyo mismo de palo, de madera, pero ya cuando eyo pusieron ahí ya era caimán, ya no era palo y cuando el tigre iba pasando, ahí mismo: ¡ Ah, lo cació!

Entonces ahí esque dijeron: —Aquí es en donde. . . ¿ dónde vamo a buscarle la carne de mi papá? Ahí mismo eyo partieron la barriga del tigre, sacaron la carne d'él, pero meno no encontraron las mano, porque el tigre esque no come la mano de uno ni el pie, porque uno toca sucio, que uno toca toda clase de sucio, entonce él no come, porque uno pisa mierda, entonce él no come, el pie de uno él no come.

Entonce como él comió todo el resto de la carne, les faltaba las mano, porque eyo iba a transformar otra vez al hombre, entonce esque dijo:

—Bueno, le falta las mano y las pata a nuestro papá, ahora tenemo que recoger todo la tierra hasta que queda chiquitica para encontrar las mano y el pie de nuestro papá.

Bueno, entonce eyo cuando están haciendo. . . (eyo colgaron así la carne del papá), mientras que eyo estaban haciendo ese trabajo la lora comen-zó a romper ese talego donde estaba la carne del papá y cada pedazo que botaba se volvía pescao y otro pedacito se volvía cristiano. Dizque de ahí fue que salieron los americano, los blanco y todo clase de persona y (!) ahí se termina el cuento (Viriato Fernández).

22) MOE EL HERMANO BUENO E IPI EL PICARO (6)

Entonce que había... cuando eyo vivían en una casa eran dos hermano. Ahí había una mata de umarí. Entonce hasta que yegó a tener una pepa (ahí donde resultó la primera mujer). Entonce el otro, pues quería coger ese umarí, entonce el hermano bueno ese le decía: —No, hermano, déjalo ah í esa pepa, que algún día caerá (!) (sabía que era para él esa pepa).

Entonce que yegaba el hermano loco y se paraba todas las mañanas ah í: —¿Qué hora va a caer esta pepa? (y él movía ese tronco y no caía (!)). Bueno, hasta que un día salió el hermano bueno ese Moé que le dicen, él tuvo parao ahí, él miró bien p'arriba y ya estuvo bien amariyito esa pepa y él se fue pa' la casa:

— ¡Que ya va caer esa pepa, hermano!

— ¡Qué va a caer! —esque decía—, eso no cae así no má, eso no cae así no má. —Eso tiene que caer y eso va ser m ío.

—No —decía el otro—, no haga una cosa d'esas porque eso tiene que caer por sí y cuando cae, pues no se sabe a qué hora caerá.

Así es que el loco pues, él taba preocupao qué hora caía esa pepa para que sea d'él; mejor dicho que si cayera así al lao d'él, era d'él pues la mujer que salía.

Entonce hasta que un día el hermano salió por la mañanita, se paró así. Cuando el loco salió, la pepa cayó: ipa! pa'bajo y cuando miró: una linda señorita al lao del hermano: —Ay —esque dijo—, ¡qué va! Yo no madrugué más para yo coger eso!

Entonce él ¿qué iba a hacer ahora? Esque dijo:

— ¡Ahora sí! él tiene mujer y yo no ¿qué hago ahora?

Así es que el hermano d'él no decía nada, nada. Mejor dicho él ya tuvo mujer. Bueno, tonce el hermano d'él iba a cacería, tenía una flauta (el Moé, ese era el esposo de la señorita que era de la pepa esa, que mejor dicho que se transformó de esa pepa, era la primera mujer que existió en el mundo). Tenía una flauta el hombre, entonce él que toda la tarde él soplaba esa flauta (y ese pajarito que silba así en la montaña, que silba así como una flauta, dice que ese cogió el sonido de la flauta de ese hombre que se yamaba Moé). Entonce que a ese pajarito le yaman **moéariquena** (mejor dicho que ese pajarito cogió el sonido de la flauta de ese hombre que se yamaba Moé).

Entonce él cuando no iba así a cacería, él se quedaba tranquilo con la mujer, se sentaba en la hamaca, por ahí jugaba con la mujer de él y el hermano loco ah í mirando qué hacía el hermano y él no se tranquilizaba porque él no tenía mujer y él quería estar con la cuñada d'él también.

Así es que cuando el loco a vece le mandaba el hermano: —Vaya traer agua —el loco no quería traer agua ni nada, porque él (Moé) cuando mandaba

alguna cosa era porque él iba a esconder ya a la esposa d'él.

Así es que pasaron tiempos así y él no tenía hijo, porque no podían tener hijo, porque seguramente él no quería. Bueno hasta que un día el hermano fue a cacería, él (Ip_i) no se tranquilizaba, él le buscaba por ahí, por el techo de la casa (la flauta del hermano) y no la encontraba. Un día esque dijo: —Hoy le tengo que cogerle a mi cuñada de cualquier modo, voy a hacer todo clase de juego hoy -esque dijo—. Cantaba, bailaba, hacía candela, se pasaba por la candela, él se caía, él sólito se reía y así esque hacía gracias para que se riera la cuñada d'él y ¡nada! Hasta que dijo: —¿Cómo hago hoy para hacerle reír esa mujer? Eya tiene que reír hoy día, porque tiene que reír.

Ahí él hizo un anzuelo y se fue al puerto y cogió un poco d'ese mojarra (que es parecido a ese pescado que hay en los lago), él cogió un poco d'eso y que yegó una canastica así, pero vivos recién cogido, tonce él hizo candela, así rapidito, prendió la candela y esa canastada d'ese mojarras (!) él la echó ahí y cuando uno echa vivo ese pescao, comienza a brincar y él (!) cuando echó esa canastada de pescao en la candela y comenzaron a brincar! y él comenzó a decir: — **chautará cuñé, chautará cuñé (!)** (= cuidado brinca en mi cintura, cuidado me zurra en la cabeza (!) y él brincaba por un lado y hasta que se rió la mujer. Ahí que no se aguantó seguro la señora del hermano, pues se rió.

— ¡Ah! —esque dijo—, ya sé en dónde estás (ahí esque de esa forma le cogió a la señora). Bueno ahí se fue a buscar en dónde eya se rió: —Aya estás, aya se rió. Aya me voy derecho—. Se fue por aya, claro, encontró la flauta del hermano.

Y él el hermano (Moé) cuando ya hacía cacería le hacía así una bodoquita a la mujer d'él, le metía ahí dentro de la flauta y ahí eya vivía. Eya no salía así no más, sólo salía cuando yegaba él. El yegaba y sacaba la flauta y él hacía: ipu! (soplaba) y ahí quedaba parada la mujer d'él, ¿ah? (!).

Entonce ahí esque golpeó: **ta, ta, ta**. No salía y la mujer de ahí de adentro. Hasta que golpió tanto y golpió hasta que salió, ahí tuvo con la cuñada ya. Ahí él hizo lo que quiso con la cuñada, jodio y jodio y eya decía: -que no y que no porque de pronto tu hermano yega a saber y le puede matar o puede hacerle algo a usted y yo no quiero disgustarme con él porque él me quiere mucho y yo quiero ser esposa d'él.

—No —esque decía—, que da lo mismo, viva conmigo también, vea que yo no tengo señora y yo no voy a contar a nadie y hacemos lo que yo quiero-. En tanto, en tanto, seguro molestar él, pues le aceptó el amor a él y así es que con una vez que lo hizo, la señora del hermano se quedó embarazao d'él. Ya eya quedó así barrigona de una vez, ya fue solo una vez y quedó ya, mejor dicho se encontró en estado d'él y ahí él luchaba, la envolvía, le hacía, quería meterla aya en la flauta, ya no alcanzaba ahí, ¿um? (!). Ya no alcanzaba ahí; así es que luchó y hasta que yegó la hora de que yegó el hermano y la encontró ya con la señora d'él afuera y ya con esa barriga.

El hermano no dijo nada. Bueno, esque dijo: —¿Ahora qué hago? —y el hermano ese, pues como era un loco, no le importaba nada, ¿ah? Y así que el hombre se disgustó con la mujer, todo y. . . pero él no decía nada, pues, no le pegó, nada, pero él sabía lo que iba a hacer.

Bueno, esque ahí le yamó al hermano, bueno, esque dijo: —Usté, ya que usté hizo eso, yo no creía hermano, que usté iba a hacer eso, pero ya que usté hizo ahora eso, vamo a hacer un **baile típico**.

Que ese niño, pues, como quedó así, enseguida iba nacer ya. Entonces él mandó coger d'ese güitu que dicen, —para que pinte ese hijo que usté tienes. Usté tiene que coger d'eso y tiene que rayar, pero no vaya terminar -esque dijo—, usté raya hasta la mita y así va dejando, porque si usté raya todo. . . (él ya le dijo lo que era).

Ahí mismo cuando yegó el día de que nació el hijo d'él, nació, mejor dicho el hermano lo hizo nacer así a la fuerza, lo sacó con la mano, entonces donde él limpiaba la mano, así el palo ese, la yaripa esa que siempre se encuentra en la selva del Amazona, ese barrigón que es, ahí fue donde él limpió la mano, el hermano del loco. Entonce todo los palo donde él iba limpiando, iba quedando así barrigones, que porque la figura de esa mujer, dice, es la yaripa.

Entonce ahí sacó el hijo d'él así a la fuerza. Esque él dijo: —Ahora para que pinte este hijo que usté tiene, tiene que rayar eso, este güitu—. Bueno y ahí él rayó, esque comenzó a rayar y rayó, rayó, y cuando verdá, él iba dejando un. . . Entonce es que dijo: —Yo no se qué más va a hacer después mi hermano, le dejó esto, después él me va seguro a hace volvé a rayar otra vez ese pedacitos. Mejor voy a termina.

Quedaba el último ya para que él terminara de rayar, entonces esque dijo: -mejor voy a acabarle de una vez todo-. Así qu'él fue rayando, él mismo se fue rayándose, mejor dicho, él mismo como ir moliéndose él mismo hasta que se terminó. El quedó ahí en el afrecho d'él. . . se rayó él mismo ahí.

Así es que el hermano d'él esque dijo: —Bueno, ahora ya que mi hermano se teminó ah í en ese afrecho, yévale ah í al hijo de ustedes (esque le dijo a la señora d'él), píntale con ese afrecho y ese resto que sobra échale al agua.

—Bueno —esque dijo, ya de miedo pues, la esposa del joven ese. Porqué él le dijo: —Donde usté mismo no le pinta a ese muchacho, yo le mato a usté. —Bueno -esque dijo la señora. Fue así mismo enferma (como él lo había sacao el niño así a la fuerza), así mismo eya tuvo que ir y pintarle al niño, bonito, y el resto que sobró le echó al agua.

Bueno, se crió el hijito d'él y un día que fue la señora a lavar en el puerto y entonces miró ese pescadito que se encuentra en el agua, así como ese pescao briyante que hay en el agua; así dizque estaba andando un pescao ahí adentro y ese era el loco, mejor dicho, se rayó y cuando eya echó ese afre-

cho en Tagua, el loco ese se transformó en pescao (un pescadito briyoso, en idioma: **fpichiquima** mejor dicho la figura del loco, ese pescao como es decir foto d'él (I). Entonce ahí eya se fue aya y se fue donde el esposo y le dijo: —Mira, hijo —esque le dijo—, aya en el puerto hay un pescao bonito, lindo briyoso.

El ya sabía que era el hermano d'él, entonce dijo:

—No vaya tocar ese pescao, porque usted no vale que toque ese pescao, ni lo va a coger ni nada.

Así es que cada vez que iba a lavar así en el puerto... ahí estaba el pescadito (5) hasta que un día se fue a cacería el esposo d'eya y eya esque dijo: —Bueno, ¿dónde fue que dejó el anzuelo ese loco? Yo voy a coger ese pescao (I). Ahí eya se fue, echó una carnada al anzuelo y botó el anzuelo; así claro el pescadito fue, cogió la carnada y eya jaló así: cuando voltio a mirar eya, claro, el loco lo sacó afuera (I). Eya lo hizo revivir otra vez, lo sacó del agua. Entonce d'esa forma, pues, cuando yegó el hermano. . . yo no sé qué iba a hacer él con el hermano después. . . quién sabe... pero como la mujer no se aguantó pues, eya le sacó con el anzuelo pa' fuera otra vez... eyo como que pelearon entonce, cada uno cogió el rumbo donde quisiera, se apartaron los dos hermanos; que uno se fue p'abajo, al Brasil, el otro se fue no sé adonde. . . p'arriba.

Uno se fue al norte, el otro al sur así; así se apartaron eyos, en fin, yo no sé con cuál d'eyos quedó la señora esa, si fue con el loco o con el bueno, no me acuerdo bien, no me acuerdo bien ese cuento. Hasta ahí no má yega el cuento. . .

El indígena ticuna, que dice a veces, que a veces cuentan por ahí que el mundo se va a acabar, tienen la costumbre de decir: —Ah, sí, claro, el hermano loco es'es que quiere acabar el mundo, entonce el hermano bueno ese es que no deja acabar el mundo, él era bueno y qu'el loco cada rato quiere. . . por eso es que a vece hay temblor de tierra, todo eso, él es que jode con eso pa' que se acaba el mundo. . . entonce el otro hermano dice:

—No, cómo vamo a acabar si nuestros hijo no aumentan todavía, tiene que aumentar bastante, yo sabré cuándo es que yo voy a terminar con eso. Porque él dice, nos tiene como que nosotros fuéramo una planta, un... como maíz, cuando ya tenga hartos hijos, ahí sí nosotros podemos acabar con las plantas, pero mientras que no haiga bastante, no podemos acabar las plantas.

Y esa creencia es que tiene la gente y eso fueron Dios para eyos, así como Jesucristo, casi así, parecido a eso, los dos hermanos. Que eyo existen todavía y tienen fe en eyos. Que dicen que eyos son dios pues, uno que vive en el norte y otro vive en el sur, que aya tan; el loco, dice, ése vive en el sur y el que era hermano bueno vive en el norte. Que ése es que muchas veces nos defiende a nosotros de que no se acabe el mundo. Esa es la creencia que tienen los indígenas ticunas, sí. Que tienen la costumbre que a veces yega

uno. .. yega a tener una hija que le da la primera menstruación... eyo tienen que hacer baile ese (**baile típica** con eya) que porque si eyo dejan de hacer ese baile típica con la muchacha que el mundo se acaba. (Viriato Fernández).

- (1) (l) indica risa del informante
- (2) Entre los tucanos del Vaupés se cuenta una leyenda parecida que engloba las que aparecen aquí bajo las letras b y c. En ella la Madre de Monte o Curupira recibe el nombre de Boraró.
- (3) PLACIDO DE CALELLA, O.F.M., (pág. 39), registra entre los wltotos una leyenda con los mismos motivos: "La luna antes vivía en la tierra; era un Joven malo. De noche lba donde su hermana, una vez su hermana se pintó la mano con ceniza y cuando vino el Joven le puso la mano en la cara para conocer quién era. Al otro día vio que era su hermano porque había quedado con la cara sucia. Por esto la luna tiene unas manchas".
- (4) Traducción: "Hoy me voy a comer a la casa de Jatacoremuy".
- (5) Hace referencia al personaje bíblico Jonás porque tanto Djome como Jonás fueron tragados por grandes animales acuáticos: una boa o anaconda y una ballena respectivamente. Variantes de esta leyenda se encuentran en MONTOYA SÁNCHEZ, O.F.M. (págs. 130-132) y en JAVIER DE BARCELONA, O.F.M. (Pág. 43).
- (6) Otra versión de este mito lo recogió KURT NIMUENDAJU (pgs. 188-191). En su versión, Dyoí (Moé) e lpl son los hijos de Ngutapa; por lo tanto, esta leyenda sería continuación de la leyenda anterior Ngutapa y Chlmuiyaé.

25. TRADICIÓN ORAL

Departamento de Córdoba

NOTA:

ZAPATA OUVELLA, Manuel, Tradición Oral y Conducta en Córdoba, Bogotá, División de , Desarrollo Social Campesino, INCORA, Oficina de Divulgación, 1972, p.201-228.

Este estudio consiste en una descripción y recopilación de diversas costumbres y tradiciones culturales de la población negra del departamento de Córdoba. Como parte de la literatura oral, Zapata recoge un grupo de cuentos y leyendas, manteniendo buena parte del lenguaje propio de la narrativa popular tradicional.

CUENTO Y LEYENDA

PRESENTACIÓN

Los cuentos están muy ligados a la realidad social, hasta el grado de constituir una pauta de conducta del grupo, o al menos un ideal representado en las acciones, ideas y pensamientos de los protagonistas. Muy explicable si se tiene en cuenta que con ellos, alegóricamente, el indígena y el esclavo africano proyectaban sus creencias totémicas. De hecho los cuentos de animales son los más favoritos y generalizados en la población analfabeta.

Además[^] constituyen un eslabón muy importante entre las culturas hispana, indígena y africana. A través de ellos, conquistador y conquistados, tenían oportunidad de reflejar en situaciones fantásticas, realidades concretas en pugna. Este juego sutil entre fábula y realidad social, apenas ahora utilizado por la literatura escrita, es una vieja práctica de la literatura oral y tradicional en los inmejorables narradores analfabetos.

La alusión a reyes, príncipes, hadas, corte, etc., encarnaban simbólicamente al señor feudal hispano, ante quien muchas veces, como Esopo frente a su amo, se relataban los cuentos. En alegoría opuesta, ligados a tradiciones totémicas, los indígenas, mestizos, negros y mulatos se identificaban con algunos animales, preferencialmente con Tío Conejo, pero también con personajes llanos, burdos, que al igual que Sancho Panza, los avivaba un espíritu burlón y satírico: Juan Bobo, Rambao o Pedro Ardimala, burlándose de princesas y reyes. El sadismo que contienen muchos de estos cuentos podrían explicar la vedada proyección de impulsos agresivos individuales o colectivos derivados de una situación social dada.

La abundancia de cuentos, chistes, anécdotas y adivinanzas picarescas, satíricas o pornográficas atribuidas a santos y curas, revelan que por lo menos en el pasado contenían un subfondo de concepciones religiosas contrapuestas, en lo que se rechazaba la nueva religión o se hacía un intento para hacerla más humana, profana, asequible a sus tradiciones empíromágicas. Sobre todo en los conflictos culturales de comportamiento provocados por las ideas cristianas y las opuestas de los indígenas: ""monogamia, poligamia, incesto, herencia, pecado, etc.

Puede observarse cómo los cuentos actuales reflejan directa o indirectamente las nuevas situaciones sociales. A través de ellos, descubrimos movimientos migratorios tanto del Cordobés a otras regiones del país y al exterior (Venezuela, Panamá, etc) o de connacionales y extranjeros que se suman a la comunidad: antioqueños, turcos, etc. Los personajes, diálogos y argumentos, se estructuran y conciben con las mismas pautas tradicionales, aunque representen nuevas actitudes, conocimientos, críticas y circunstancias.

A veces, como sucede con la fuerte influencia totémica del pasado, los animales persisten como protagonistas, pero adaptados a los cambios introducidos por la técnica: automóviles, escopetas, carreteras, aviones, cohetes, satélites espaciales, etc.

Las leyendas, por lo regular reminiscencias de viejos ritos indígenas, aunque son muy generalizadas, han perdido la función que Frazer, Malinowski y otros han observado en las culturas primitivas. La labor de erradicación adelantada por los misioneros y párrocos de todo vestigio de ideas religiosas afro-indígenas, ha contribuido esencialmente en este hecho. Sin embargo, no quiere decir que las leyendas hayan desaparecido del todo, sino que quedaron desprendidas de su trono raizal, convirtiéndose en historias desposeídas de vitalidad al no estar relacionadas con actividades del diario quehacer. Precisamente el fenómeno que anoto sirve para justificar el aserto de Frazer cuando señala que los mitos relacionados con el tótem expresan más las formas sociales y empíricas del grupo que sus concepciones sobrenaturales. Y así vemos que lo que no pudo desarraizar la prédica religiosa en el campo mágico, lo logró eficientemente el nuevo orden social hispánico al imponerse sobre las pautas de conducta totémica.

La leyenda en Córdoba explica, señala orígenes, ilustra anecdóticamente, pocas veces codifica la conducta e impone normas por sí misma. Cuando advertimos un tabú relacionado con una leyenda, como no trabajar el día de santa Lucía; no pasar por determinados sitios porque hay aparecidos, como sucede con los cementerios, tales casos están ligados a ideas religiosas, produciéndose un sincretismo entre creencias religiosas cristianas y vestigios de mitos o leyendas indígenas.

RAMBAO

Rambao es un señor muy trabajador de todos los, como se dice, trabajar materiales, pero de muy poca suerte, sin fortuna, no tenía suerte, todo lo que hacía fracasaba y llegó a una edad de 30 años y la vida de él era muy triste. Entonces resolvió de casarse, después de casado comenzó a trabajar con una fe y pedirle tanta suerte a Dios y a María. Pero no podía conseguir nada sino que la mujer siempre le alumbraba en el año sus dos o tres niños y tenía una caterva de hijos y no tenía suerte. Así después de todos esos atropellos él cogió y abandonó la casa y se fue a andar, andando, caminando. Llevaba de casualidad una gallina que había guisado en la casa el día que se retiró. Se le presentó a la hora de la comida una señora que le dijo para comerse esa gallina. Le respondió que no, pues que él nunca había tenido compañeros y ella le dijo que sí, que ella era María. El dijo: "Jamás, yo nunca he conocido a María; en tanto tiempo que le he pedido a María nunca ha querido ayudarme; hoy se me presenta porque yo tengo mi gallina, por lo cual mi gallina no se la va a comer María, me la comeré yo solo. Pero si usted es María, María pues que se vaya a rogar a otra parte, yo sigo solo y me como mi gallina solo". Despreció a María y siguió. Más adelante vuelve el hambre y lo atacó y comenzó a comerse su gallina y se le presentó un señor y le dijo que él era Jesús y le respondió que jamás nunca había conocido a Jesús, jamás. El le pedía mucho a Jesús con mucho empeño y nunca le había querido brindar nada ni ayudarlo y ahora que él llevaba una gallina guisada era que quería ayudarlo y acompañarlo, pero para comerse la gallina y así no; él no tenía campañas con nadie con su gallina. También lo despreció. Se fue él y quedó ahí Jesús. Más adelante vuelve y lo atacó el hambre y se puso a comer; cuando estaba comiendo oyó una voz muy profunda que lo gritó y le dijo: "Rambao! Rambao!" El le contestó muy furioso y le dijo: "Para qué me necesitas? A nadie tengo quien me llame por aquí, porque yo no le debo a ninguno". Al fin la voz se le presentó con un trueno; una tempestad que le atemorizó mucho, le dio mucho miedo y al llegar donde él estaba, se presentó una mujer que le dijo: "Tú eres Rambao?" Dijo: "Yo si soy Rambao, para qué me necesitas?" La mujer le respondió: "Advierta que yo soy la Muerte". Dijo: "Si usted es la Muerte con usted me como mi gallina". Entonces la Muerte agarró la gallina y viendo que él tenía la pierna de la gallina agarrada, le dejó ese muslito. La Muerte le dijo: "Advierta Rambao que su señora está de parto". Respondió: "Bueno, usted será mi comadre". Y siguió su vía. Más adelante él se encontró con un viejo, que le dijo: "Pa dónde Rambao?" El le respondió: "Pa dónde a mi me de la gana, a nadie tengo que darle cuenta cual es mi vida". Entonces el viejo le dijo: "Sébase que yo soy compañero suyo". Rambao contestó: "Si usted es compañero mío, no lo va a ser, porque yo no ando con nadie ni tengo que ver con ninguno. Ando mi vida solo, yo no tengo que ver con nadie". El viejo dijo: "Bueno, sébase que lo sigo, a donde usted vaya, voy yo". Le respondió: "Bueno, ahí veremos". Comenzó Rambao a andar y el viejo atrás, atrás, atrás. Cuando llevaban el día de camino, ya

Rambao iba un poco fatigado y con hambre; ya esperó al viejo y charló con él. Le dijo: "Ah viejo, y... usted que es más conocedor de estas montañas por aquí no hay casas? Llevo un hambre que no se que es". El viejo le dijo: "Hombre aquí no hay casas. Había unas viviendas y las abandonaron, pero si sé que quedaron unos palos de naranjas que tienen muchas naranjas. Si tú no procedes de coger más de cuatro o cinco naranjas, yo te llevo a donde está este palo". Dijo Rambao: "Le prometo mi palabra que yo no voy a coger más de cuatro naranjas". El viejo lo llevó. Estaba este palo de naranjas que se amarillaba."Bueno, este es el palo de naranja, Rambao". De una vez corrió y se montó arriba y comenzó a menear ese palo y como caía la naranja! Cómo caía mango maduro! Rambao cogió y se llenó los bolsillo y el viejo que mordía clavo. Salieron. Más adelante, el viejo le dijo: "Hombre Rambao, lo primero que te dije, lo primero que hicistes, hombre". Rambao le respondió: "Vea Dios, a mi no me embrome mi vida ni me amargue la vida porque esos frutos no los ha sembrado usted. Hombre, no sea usted pendejo! Hombre carajo! Usted me lleva muy ardidó. Yo tengo mucha hambre, yo con cuatro naranjas no me iba a hartar nada". Bueno, y siguieron con su pelea. Pasaron ese día: al día siguiente otra vez viajaron. Al fin del día otra vez, Rambao muerto de hambre le dijo: "Hombre, viejo, usted no tiene conocidos por aquí, amigos. Yo vengo muerto de hambre y no llevamos dinero". El viejo le respondió: "Yo tengo una comadre que nos dá un bocado de comida, pero hay que conformarnos con lo que ella nos brinde, es que usted no obedece". Dijo: "Bueno, yo hago lo que usted ordene". Así cogieron y allegaron a donde la comadre. El viejo le dijo: "Bueno comadre, aquí estoy para que nos venda o nos regale cualquier comida por ahí. "Bueno, ella les preparó y les hizo chocolate. Comieron. Después de que ya comen de lo que la vieja les sirvió, se paró Rambao y se fue al fogón y le dijo: "Vea mi señora, no le quedó más nada? Déme de comer que yo no me he hartado". Entonces el pedacito de comida que la vieja dejó para ella tuvo que regalárselo. Al viejo tampoco le gustó eso. Al día siguiente siguieron y otra vez le reclamó la misma cosa, pero Rambao le dijo: "Hombre, usted no trabajó eso. Yo tenía mucha hambre, yo tenía que comer". Otra vez aplacaron esta pelea y siguieron. Al día siguiente les tocó allegar a una ciudad, una ciudad muy grande, pero casi ya no había juventud, sino puro viejo. El más nuevo tenía 70 años. Cuando ya pasaron esta ciudad, dice Rambao: "Vea, viejo, y nosotros a donde vamos a morir de hambre? Pues ya salimos de la ciudad y tanto que hay que comer y a dónde es que nosotros vamos a comer? "Entonces el viejo le dijo: "Yo no llevo cinco, Rambao, yo no tengo conocidos aquí, tú tampoco, qué vamos a hacer? Tenemos que coger el camino del monte, comer al monte". A lo que le respondió Rambao: "Cómo es posible? Pero sin embargo, el viejo le dijo: "Vaya donde aquella señora que está allá barriendo, allá en la calle y dígame que me mande cincuenta centavos de pan". Fue él y le dijo el mandado y la señora le respondió: "Sí, como no, dele los panes". Fue y le dio los cuatro panes. Se regresó Rambao y le dijo: "Aquí tienes, viejo, y que no tenía conocidos, y qué no lo conocían". El viejo le respondió: "No, esas son las

obras de arte que uno consigue. Coge un pan". Y Rambao protestó: "Pero debo yo coger un pan, hombre?. Si yo lo fui a fiar hombre". "Sí, pero los panes me los fiaron a mí, no a tí". Rambao insistió: "Pero yo tengo derecho a dos panes y usted a dos, si eso es a medias". El viejo le dijo: "No señor, los panes son míos, coge un pan y nada más". Rambao le dijo: "Bueno yo me voy a coger un pan, pero advierta que si no me lleno con un pan, lo mato; porque usted tiene que darme otro pan". Siguió el viejo alante y él atrás comiéndose su pan. Cuando se terminó de comer el pan, Rambao ya no sabía si en el mundo había hambre ni nada, iba completamente lleno y ni le mentó, más nunca pan al viejo. Siguieron. En la noche llegaron a un lugar donde había muchos matorrales, muy llenitos para dormir y allí se quedaron. Al día siguiente le dijo el viejo a Rambao: "Ah, Rambao, vamos a seguir vía; vamos al monte donde podemos trabajar. Si estás listo ve a trabajar, yo también". Rambao, le respondió: "Bueno, vamos a trabajar". Se pusieron a hacer rozas y a sembrar maíz, cuando ese maíz estaba sembrado, le dijo el viejo: "Bueno, Rambao por qué no vas a la ciudad y pegas el grito de que de viejos te atrevas a hacer hombre nuevos?" "Rambao le responde: "Usted porque no va? Qué quiere que vaya yo a gritar eso ahí y me coja el gobierno y me mate?" El viejo, le dijo: "Nada de eso, no tengas miedo y haz lo que te digo". Rambao obedece y se fue a la ciudad donde se puso a gritar con voz tétrica: "Yooo soy Rambao que de hombre viejo me atrevo a hacer nuevo". Más adelante dio la misma voz: "Yooo soy Rambao, que de hombre viejo me atrevo a hacer nuevo". Entonces un policía lo cogió por la mano y le dijo: "Qué es lo que usted habla? Viene borracho? Aquí no se viene con escándalos!" Rambao le respondió: "No, lo que yo hablo lo cumplo. Yo de viejo me atrevo a hacer nuevo y si quiere dígame con quien es que vamos hacer la prueba". El policía le dijo: "Bueno, camine y siga conmigo, vamos a la Policía". Lo llevó a la Policía; allí lo investigaron. Entonces el Alcalde le entregó un viejito y lo mandó con dos policías. Lo llevaron a donde estaba el compañero. El lo había dejado allí, preciso, en una ramadita que ellos habían hecho en dos trojitas. Pero ya él no ve eso, ya allí encuentra un palacio. Dijo: "Pero qué es lo que a mí me pasa? Yo me habré perdido o el viejo es que me está jugando brujerías?" Le dijo a los policías: "Espérenme ahí, y comenzó a buscar y no encontraba a nadie y se puso a llamar al viejo. "Qué te pasa Rambao?", le responde: "Hombre, deje de ser brujo: usted a qué hora ha hecho este palacio? Usted me está. .. a mí no me está agradando esto". El viejo le respondió: "Hombre, que va, Rambao. Nada de eso, cosas de la naturaleza, el que anda con dios con Dios termina". Rambao le respondió: "No, no, no" y por fin le dijo: "Bueno ahí te traigo un viejo, para probar la cosa". El viejo lo calmó: "Dile a esa gente que pase para acá". Se presentaron los dos policías con el viejo. "Ahí está el señor", le dijo Rambao cuando regresaron. Entonces el viejo ordenó: "Bueno, Rambao cuando regresaron. Entonces el viejo ordenó: "Bueno, Rambao, coge este señor y mételo ahí en esa hornilla que está ahí bien prendida". Rambao arrempujó al viejo y lo echó a la candela. Cuando ya se terminó de quemar, el viejo, le ordenó: "Cógeme estas cenizas

ahí y traémelas para acá". Rambao cogió las cenizas y le dijo: "Vea, Dios, si usted a ese hombre no b vuelve a hacer, usted advierta que enseguida antes que esta policía me mate a mí, lo mato yo a usted. Y usted cuándo puede hacer a este cristiano vuelva otra vez a ser gente, si eso se ha quemao, esto está vuelto cenizas. No sea usted tan bruto, hombre, Viejo animall Pero a mí no me pone usted ese cuento, a usted lo mato yo". El viejo, sob le respondió: "Hombre, haga caso Rambao, échele esa ceniza aquí a la mesa". Asina lo hizo, cogió un puñado y se puso a hacer la figura de una persona con la ceniza. Al descuido, cuando espabiló Rambao, vio fue ya la figura cuadra. Le dijo: "Vaya y dígle a los señores policías que si de que edad quieren al viejo". Rambao obedeció: "Vea señor agente, que de qué edad quieren ustedes al viejrto". Uno le respondió: "Hombre, que lo ponga de 14 años, joven". A lo que aceptó el viejo: "Bueno, de 14 años y asina lo hizo. "Aquí está, es la prueba". Los policías se fueron con ese muchacho más contentos! Siguieron a la ciudad y al llevar ahí ese muchacho que llegaba jovencito, se abalanzó ese pueblo y se comienza a venir gente y eso eran chorros! Y Rambao a quemar gente y el viejo a parar gente! Rambao recibiendo dinero y echándolo en un depósito que tenían. Ya Rambao no daba abasto de reempujar gente para esa hornilla y entonces encargaron otros dos más para que los ayudaran. Al fin ellos volvieron la ciudad toda joven, Rambao y el viejo quedaron con tres depósitos llenitos de dinero. Ahí había de toda prenda, de toda plata, de todo oro. Ya terminaron el trabajo y dice Rambao: "Ah, viejo! Y ahora? Esa plata?". El viejo le respondió: "Esa plata tenemos que dividirla, Rambao". Aceptó gustoso, "Bueno, vamos a dividirla. Como no la parta a medias, a medias conmigo, lo mato". Claro, quería decir que como él había quemado los viejos y el compañero los puso nuevos, tenía derecho a la mitad de la plata. Pero el viejo le ordenó: "Haz tres partes, Rambao". Dijo: "Y tres partes por qué, hombre? Son dos partes. Nosotros somos dos". El viejo le aclaró: "Somos tres Rambao. Haga las tres partes". Rambao obedeció: "Bueno, yo voy hacer las tres partes, pero yo le voy a aprobar que no más somos dos". Se hicieron las tres partes. Cuando ya dividieron todo, el viejo dijo: "Bueno coge tu parte". Rambao se apresuró a agarrarla: "Sí, esta es la mía". El viejo separó la otra diciendo: "Yo cojo ésta". Rambao entonces preguntó: "Y esa otra?" Y el viejo le dijo: "Esta parte es para pagar los panes, no ves que de una vez se te quitó el hambre?" Rambao le respondió: "Ah! pero es que los panes los debo soy yo; yo los fié, soy yo, yo tengo que coger esa parte para yo ir a pagar los panes". El viejo entonces, le dijo: "Cómo va a ser, Rambao, si los panes el que los debe soy yo?" Dijo: "No señor, yo fui quien fue a fiar los panes, y yo tengo que ir a llevar la plata". El viejo terminó por decir: "Bueno, así será, coge tú la parte, pues no vamos a entrar en pelea". Así le tocaron dos partes a Rambao. Entonces el viejo, finalmente le dijo: "Bueno, Rambao, esa otra parte también cógela y es tuya; la plata toda es tuya, yo me quedo con la casa y la cosecha, pero yo no me muevo de aquí, yo no camino más. Así con esa plata puedes irte para tu casa". Rambao contento le respondió: "Verdad es, vamos a arreglar!". Empacó su dinero y se dispuso a regresar para su

casa. De modo que se fue. Se regresó. Allegó a la ciudad de él por la tardecita y no da con la choza en que él dejó a su familia y hasta tanto tuvo que pedir posada en otra casa, donde se hospedó. Hablando ya después que comió y que retiró a los trabajadores que llevó y quedó allí solo, le preguntó a la dueña: "Vea mi señora, y usted de casualidad no oyó comentar aquí en esta ciudad de un señor llamarse Rambao, un hombre muy pobre y trabajador, muy católico? Dijo la señora: "Sí Uuuh! pobrecito hombre, yo no sé que le habrá pasado! Este hombre se fue de aquí aburrido, decepcionado de la vida y dejó a la familia, toditos más bien desnudos y en la calle, ahí en una chocita. Y eso fue como una bendición, desde que este señor se perdió de aquí, que más nunca se ha sabido de él, desde esa noche, digo, a él le viene todos los días de Dios un señor con una carga de plata que manda Rambao y no se ha sabido más nunca donde está Rambao y así ahí está. Aquí en esta ciudad se hace lo que manda esta casa, esto es, la viuda de Rambao. Allí hay policía, allí hay todo, para entrar a esa casa es como entrar a un cuartel, con tanta guardia". Rambao, haciéndose el bobo, le siguió preguntando: "Pero él no existe ahí?" Y la señora respondió: "No, no, es que más nunca se ha sabido de él". Por la mañanita cogió Rambao y se paró, se fue al centro y se tomó un tinto. Se devolvió, fue a la primera guardia y pidió un permiso, lo dejaron pasar. Siguió a la otra y también, siguió a la otra y entonces le reclamaron los papeles. Le pegó un empellón a un guardia y le dijo: "Qué papeles ni qué papeles voy yo a cargar si esta casa es mía, yo soy Rambao. ^Jo necesito de más nada, soy el dueño de esto". En esa pelea con la policía salió el hijo mayor de él, diciendo: "Hombre pero dejen pasar al pobre viejo, si él dice que es mi papá, pues vamos a reconocerlo bien". Y después de mirarle bien a la cara, gritó: "El es mi papá!". Eso fue una alegría para los hijos, pero entonces la vieja no le quería mucho, dizque estaba repelente, que no era Rambao y que así al fin se dieron cuenta y era Rambao. Ya hubo el matrimonio otra vez. Queda Rambao ordenando en el mundo, mandando su casa y toda la ciudad. Pero él tenía una merced del viejo, que le pidió antes de salir: morir cuando le diera la gana. El viejo se la dio, pero con el compromiso de poner una caja de plata todos los días de Dios en la ciudad para el pagamento de los pobres y así siguieron, él cumpliendo su promesa, pero también haciendo maldad. Llegaba a una mesa de juego y no lo aguantaban, Rambao la limpiaba, y con él no había modo.... Todo lo que encontraba de juegos, de muchachas, eso lo echaba por delante. Ya el mundo estaba apurado con Rambao. Tanto, que hubo que pedir que acabaran con Rambao, que ya Rambao no podían con él. Pedro le dijo al Señor: "Hombre, pero que vamos a hacer con Rambao, tanto reclamo con Rambao". Le respondió el Señor: "Pero hombre, como hago, es una merced que yo le di". Pedro insistió: "Bueno, pero ya quitársela, es que el mundo está muy apurado con Rambao, quítesela, vamos a mandar a la Muerte por él". Al fin el Señor ordenó: "Bueno, mándele a Marta a buscarlo, pues". Mandó a la Muerte a buscar a Rambao y ésta le dijo: "Rambao, alístate que vengo a buscarte". Entonces dijo él: "Casualidad! te estaba esperando, estoy aburrido de estar en el mundo ya. siéntate ahí y te alcanzo unos

manzanos maduros que tengo en ese zarzo para comérmolos para irnos". Allá se montó María y cuando estaba allá le dice Rambao: Bueno, ahí te estás". Ahí la castigó dos años. Aguantando humo. Entonces no moría nadie porque la Muerte estaba presa. A los dos años la soltó. Se fue María, asustada, fun! fun!. Volando hacia el cielo, huyendo de Rambao. Al llegar allí, le dijo: "Mi, Señor, a mí no me mande a buscar más a Rambao, este hombre me ha matado a mí. El Señor le respondió: "No, tienes que irlo a buscar otra vez. a Rambao hay que recogerlo ya. En la próxima te lo traes, yo te aviso". Siguió Rambao con sus maldades en el mundo y entonces dijo Pedro: "Hombre, mi señor, qué hacemos con Rambao, ya estoy cansado de tanta queja de Rambao. El señor le respondió: "Vuelve a llamar a María, vamos a mandarla". La llamaron, siguió María a buscar a Rambao y cuando este la vio, se dijo: "Mira, allá viene María a buscarme, ahora si la vamos a engañar para que no me ponga más problema. Se vistió, se raspó la cabeza como un muchacho chi-quito y se puso al suelo y se puso a gatear, a jugar. "Buenos días", dijo María a la mujer de Rambao. "Buenos días... Siéntese", respondió ella. Pero María le dijo: "No, yo tengo que irme y Rambao?". Respondió la señora: "Rambao está por allá jugando, puede que esté jugando, yo no sé que jugará". Entonces María le dijo: "Bueno, mientras que Rambao va y viene yo me llevo este pelao" y le volteó el garabato al muchacho que estaba ahí con el ropón. Tan! Lo arregló. Y así se llevó a Rambao. Al llegar al cielo, María dijo al Señor: "Aquí está, mi señor, Rambao". entonces él le dijo: "Bueno pues déjalo. El tiene que ir donde Pedro. Y así pasó, llegó Rambao a la Gloria. Tun! tun! tun! Al fin responde Pedro: "Quien es?" Y le contestan": "Rambao". Dijo Pedro: "Rambao no es de aquí. Rambao es del Infierno". A lo que dijo Rambao: "No señor, Rambao es de la Gloria". Pedro le respondió: Rambao es del Infierno. Largúese". Cerraron la puerta y sigue Rambao para el Infierno. Llegó al Infierno y se puso a tocar: Tun! tun! tun! "Quién?", le pregunta el diablo y le responde: "Rambao". entonces el diablo le grita: "Rambao no es de aquí Rambao es de la Gloria. Rambao no es del Infierno". Entonces, Rambao caliente, le dice: "Hombre, pero si vengo de la ~Gloria y me dicen que soy de Infierno, ahora usted me dice que soy de la Gloria" El diablo le dice: "Vayase, que usted es de allá, yo aquí no lo quiero". Lo echaron para la Gloria otra vez. Vuelve y llama a Pedro. Tun! tun! tun! "Quién?", pregunta y le responde: "Rambao". Entonces Pedro le grita: "Le he dicho que Rambao no es de aquí". Entonces Rambao le dice que el viejo le había dado un recado para él, que quería decirle dos palabras, que no se iba a meter. Pedro le obedeció, medio entreabrió la puerta y por ahí run!, se metió Rambao. Ahí atrás estaba un antioqueño que tenía días de estar esperando y no lo habían dejado entrar y al meterse Rambao, se puso a tocar la puerta. Tun! tun! tun! "Que pasa?" Preguntó Pedro. A lo que responde el antioqueño: "Pues que va a pasar, pues yo soy el equipajero de Rambao, ábrame la puerta que voy apurado con mi equipaje también". Ahí siguió el antioqueño y se metió por medio de Rambao y ahí se terminó el chiste.

TÍA ZORRA EN EL MAIZAL DE TÍO CONEJO

Un día Tío Conejo llevó a Tía Zorra, su mujer, a visitar su roza. Esto sucedió porque Tía Zorra le decía todos los días a su marido: "Ay! mijo, por qué no me llevas a esa roza tuya, de donde me traes todos los días el plátano, la yuquita y el maíz". Pero Conejo se hacía el que no la oía, pero fue tanto la fregantina de Zorra, que un día Conejo la llevó a la roza y viéndose rodeada de tanta cosecha, comenzó a bailar y gritar: "Estoy en la roza de mi marido y miren cómo la tienen sembrada y cuidadita!". Como gritaba y cantaba tanto, vinieron los perros y Conejo que se lo esperaba, se escondió en un hoyo, mientras los perros atacaron a diente a Zorra. Iba huyendo, coja y rengueando, cuando la llamó Conejo y le dijo: "Mira, hija, cómo me han dejado enfermo los perros. Por qué no me llevas cargado?". La Zorra compadecida, se lo echó al hombro y Conejo iba cantando: "El enfermo carga al bueno! El enfermo carga al bueno!".

LA MINA DE ORO EN EL INFIERNO

En una ocasión murió un antioqueño y se presentó al cielo, tocó la puerta y San Pedro le preguntó: "Quién es?". El antioqueño le contestó: "Yo soy Jaime Restrepo, de Marinilla". A lo que le respondió San Pedro: "Para antioqueño no hay cupo". Entonces le contestó el antioqueño: "Qué haría usted, San Pedro, conmigo, si le hago salir del cielo a esos cachacos?". A lo que le contestó San Pedro: "En ese caso se queda usted". El antioqueño le pidió el favor de dejarlo entrar y que le diera un pedazo de tiza. San Pedro lo complació y en una de las paredes puso este letrero: "EN EL INFIERNO SE HA DESCUBIERTO UN FILÓN DE ORO". Cuando los cachacos vieron ese letrero, tumbaron la puerta y salieron a la carrera, detrás de ellos también salió el que había puesto la leyenda y San Pedro le preguntó: "Oiga, paisa, para dónde va usted?". Y el antioqueño le respondió: "Pues para dónde más, al INFIERNO por si acaso es verdad lo de la mina".

EL MONTUNO Y EL RADIO

Un montuno compró un radio y lo puso a tocar. En la música decía:

"Mañana me voy de aquí!

"Mañana me voy de aquí!"

Y el montuno al oír que el radio decía así, cogió un palo y le metió una palera y lo rompió.

LOS TRES CURAS ENAMORADOS

Había tres curas enamorados de una mujer. El primero le ofreció un talego de oro con tal de que lo aceptara. El segundo otro talego de oro y el tercero otro. Entonces ella se lo manifestó al marido y éste le dijo que los aceptara. El primero se llamaba "Barba Raspa"; el segundo "Tírame Uno Siquiera" y el tercero "Cuando Yo No Estoy Aquí, Entren Unos y Otros".

El marido le aconsejó a la mujer que aceptara el primer cura a las seis; el segundo a las 6:30 y el tercero a las 7.

Cuando llegó el primero, "Barba Raspa", la mujer le dijo, que ella antes de acostarse con su marío se tomaba un chocolate. Cuando estaban tomándose, el segundo cura tocó a la puerta. Entonces ella le dijo al primer cura: "Ya viene mi marío!". El cura se puso nervioso, pero la mujer le dijo que se subiera en un palo de mamón que estaba en el patio. Cuando el segundo entró, la mujer le dijo lo mismo y también se subió al palo de mamón. Después llegó el tercero y le dijo lo mismo cuando su marío tocó a la puerta. Y se subió al palo de mamón. Al entrar el marío, éste le dijo a su mujer que quería comerse unos mamoncitos. La mujer le respondió: "Vamos" y cuando llegaron al palo de mamón, el marío le dijo a la mujer: "Mira, monta tú!" y ella le respondió: "No, monta tú". Así entraron en su lucha. Al fin montó la mujer y cuando estaba subiendo, el marío le gritó: "cuando yo no estoy aquí, entren unos y otros".

Entonces el cura que estaba mas abajo, se tiró al oír su nombre y se desnucó.

Después el marío volvió a gritar: "tírame uno siquiera".Entonces se tiró el segundo y se desnucó. Luego el marío al ver que su mujer tenía raspada la chucha, le grito: "¡Mierda !Con qué estas de barba raspa!". Y al oír su nombre se tiró el tercer cura y también se desnucó.

EL DESAYUNO DEL INDIO

Había un indio que cogió (acostumbre de ir a misa y era el primero que llegaba a la iglesia, pero el indio iba donde el padre con el interés de que le diera desayunito. Bueno, un día le dijo el padre al sacristán: "Mañana cuando venga el indio le dices que hoy amanecemos mal. Le dices así: Hombre indio hoy no tenemos nada qué comer, hoy lo que hay es un mero huevito y el que hable más inglés es que se lo va a comer".

Y agregó el padre: "Cuando el indio venga yo cojo el huevo y lo escorono y cuando yo te lo pase a tí, te lo diré: lo escoronado y cuando tú lo recibas, coges un tantico de sal y lo salas. Una vez que lo hayas salado, se lo entregas al indio y le dices: "Lo saloré". Pero cuando el indio recibió el huevo del sacristán, dijo: "El cura lo escoronolo, usted salorolo y yo comerolo"

LA CONFESIÓN

Había una vez una muchacha que nunca había ido a la iglesia. Un día la mamá la mandó allí para que se confesara. Como la muchacha era bonita, al cura le gustó mucho y comenzó a preguntarle cómo se llamaban los senos. La muchacha le dijo que se llamaban senos. Pero el cura le corrigió: "No mijita, esos no se llaman así, sino margaritas". Siguió de para abajo y le preguntó cómo se llamaba el ombligo y entonces el cura le dijo: "Eso no se llama ombligo, sino lucero pincel". Y entonces siguió hacia abajo, el cura le preguntó que cómo se llamaba eso. Y la muchacha le dijo: "Se llama jopo". Y el cura la corrigió: "Eso no se llama así, sino casa de Jerusalén". y entonces dijo el cura:

"Estas son las margaritas;
ahí viene el lucero pincel;
aquí va Poncio Pilatos
para la casa de Jerusalén.

Entonces una vieja que estaba en la iglesia y que oía la confesión, dijo:

"En noventa y cinco años que tengo
de ser una vieja rucha,
nunca había visto en la iglesia
una confesión de chucha.

LA MUERTE DE TÍO CONEJO

Una noche pasaba Tío Conejo por un gallinero y mirando el dormitorio vio que el gallo no tenía cabeza, pues los galbs para dormir meten la cabeza bajo el ala. Al día siguiente Conejo intrigado va al gallinero y encuentra a Tío Gallo y le pregunta: "Oiga Tío Gallo, cómo hace usted para dormir sin cabeza?" Y le contestó Tío Gallo: "Esto es fácil Tío Conejo, yo cojo una navaja y se la entrego a mi señora gallina y la obligo a que me corte la cabeza y por la mañana ella me la pega". Tío Conejo exclamó: "No me diga nada más, Tío Gallo, lo que son los mosquitos no me pican más mi cabeza" y salió a buscar una navaja que encontró. En la tarde llamó a Tía Coneja y le entregó la navaja para que le cortara la cabeza. Hubo discusión pero al fin la Coneja se resolvió a cortarle la cabeza y todavía Tío Conejo está esperando que se la peguen.

JUAN BOBO Y SUS HERMANOS

Eran Juan Bobo y sus hermanos Pedro y Manuelito. Un día dijo Pedro a Manuelito que esa noche se iban y dejarían a Juan Bobo. Pero él que estaba oyéndolo detrás de la puerta, se quedó quieto y **vio** que sus hermanos se acostaron. Así vinieron las doce de la noche y salieron los hermanos listos para irse y Juan Bobo se les fue atrás. Y cogió la puerta de la casa y se la echó al hombro. Así se fueron todos tres y al día siguiente, a eso de las seis de la noche arrimaron a la casa de una señora que les dijo que siguieran y les daría posada. Juan Bobo guindó una hamaca arriba del zarzo y ya como a las doce de la noche, cogió un cuchillo la señora para comérselos. Y Juan Bobo decía. "Aquí si hay mosquitos". La señora inquieta le respondía "Duérmete! Duérmete!" Entonces Juan Bobo mochó las pegas de la hamaca y cayó al suelo. Cogió la puerta y sus hermanos se fueron también con él. En el camino los hermanos iban regañándolo porque no esperó que amaneciera. Entonces él les dijo que lo había hecho porque la señora se los iba a comer a todos y entonces los hermanos quedaron contentos porque Juan Bobo los había salvado. Y siguieron caminando.

Por la tardecita se montaron en un árbol que tenía un pozo dentro de sus raíces y ese árbol era de unos ladrones porque allí metían todo lo que robaban. Por la tardecita llegaron los ladrones a meterse al pozo y dijeron: "Ábrete perejil!" Y el pozo se abrió. En ese momento a Juan Bobo le dieron ganas de orinar y se lo dijo a sus hermanos. "Miércoles, Juan Bobo tú si eres malo, nos vas a ser matar. Orina pues!" Y Juan Bobo orinó y los ladrones dijeron: "Agua del cielo!". Y tos ladrones se bebieron el orín de Juan Bobo.

Entonces dijo este a sus hermanos: "Yo ahora tengo ganas de cagar". Y los hermanos le dijeron: "Caga, pues!" vino Juan Bobo y cagó y los ladrones decían: "Don del cielo! Pan del cielo!". Y se comieron la mierda de Juan Bobo.

Después Juan Bobo les dijo a los hermanos: "Ya yo estoy cansado, dejo caer esta puerta, verdad?". Y dejó caer la puerta sobre la cabeza de los ladrones y del golpe se les mochó la lengua. Llenos de miedo, los ladrones se fueron. Entraron al pozo Juan Bobo y sus hermanos, llenándose toda la ropa de plata. Los hermanos se fueron corriendo, dejando a Juan Bobo detrás. Así fue como yendo detrás, pudo recoger lo de los hermanos que por correr se les caía. Así cargó con todo y llegó gordo a su casa donde le repartió a sus hermanos lo que les correspondía.

JUAN BOBO Y LA VIEJA

Había una vieja como de 70 años y el hijo era Juan Bobo. Entonces la vieja le dijo: "Juan, ponte a pilar el maíz para hacer un poco de mazamorra". Bueno. Juan Bobo se puso a hacer la mazamorra, tira para acá el palote, tira para allá. "Mae, ya está la mazamorra". Y la vieja le gritó: "Sí, mijito". Juan Bobo tenía que darle a beber la mazamorra, pues la vieja le había dado parálisis y no podía agarrar la cuchara. Entonces Juan Bobo cogió la mazamorra hirviendo y la echó en una totuma grande y le dice: "Mae, abre la boca para echarle la mazamorra". Y la vieja abrió la boca. Y entonces le repujó toda la mazamorra caliente. Cuando ya terminó de arrempujársela toda, Juan Bobo viéndola con la boca abierta, le dijo: "Je!, parece que quiere más". Entonces como la vieja estaba con los dientes pelados, pues estaba muerta, Juan Bobo se decía: "Va, mi mama como que quiere montar a caballo!". Y se fue a buscarle un caballo, lo trajo y se lo ensilló. La montó sobre él y le amarró una garrocha en la mano. Entonces como ellos tenían una paja, Juan Bobo la soltó en ella para que garrochara el ganado. En esos momentos, cuando le metió dos lapos al caballo, pasó un cura en una yegua. Y sucede que el caballo y la yegua estaban alegres. Y el caballo desde que **vio** a la yegua se le fue detrás y el cura que había visto a la vieja con la garrocha, se puso a correr, pero al fin la vieja lo clavó con la garrocha por el cogote, mientras Juan Bobo que los veía, se decía: "Mierda, mi mama es que sabe garrochar!".

El caballo saltando detrás de la yegua, echo a la vieja al suelo. Y entonces fue cuando Juan bobo se dio cuenta de que la madre estaba muerta.

ESTE ERA UN REY QUE TENIA DOS HIJAS BONITAS

Este era un Rey que tenía dos hijas bonitas y se puso a apostar con un hombre a que éste no le decía coja a su hija. Y entonces le dice el tipo: "A que sí!"

Un día salió el hombre a vender flores y se acercó al palacio, gritando: "Flores! Vendo flores!". Entonces salieron las hijas del Rey y le dice el hombre: "Usted es coja!"

Y el tipo le ganó la apuesta al Rey.

TÍO SAPO Y CANGREJO

Iba Tío Sapo por la calle y se encontró con Cangrejo y se pusieron a discutir, saliendo de pelea. Luego Tío Cangrejo coge a Tío Sapo con la muela y este gritaba: "Quítenmelo que es cachaco y tiene navaja"

EL VIAJE AL CIELO

Este era un día en que iban para fiesta del Cielo todos los animales: el Sapo, el Golero, Tía Zorra, Armadillo, Lechuza, etc. Iban en un bus donde Conejo era el chofer. Cuando estaban a mitad de camino por la carretera se les acabó la gasolina. Entonces dijo Conejo: "El más maluco va a buscar la gasolina" Y se quedaron Lechuza y Sapo mirándose las caras. Y dice Lechuza: "Y qué me ves?" ¡Coge el galón y vamos!"

EL MOCHO Y EL TIGRE

Una vez salió un mocho (cojo) con su compañero a cazar un Tigre. El amigo llevaba al mocho en los hombros, pues no podía caminar. Cuando llegaron al sitio donde iban a cazar el Tigre, mientras lo esperaban con la escopeta por un lado, el Tigre se les fue por detrás. Cuando el mocho se dio cuenta de que tenían al Tigre allí, le dijo al compañero: "Tienes al Tigre al

lado". Y enseguida el compañero tiró al mocho al suelo y pegó a correr. Cuando aquél llegó a su casa, le dijo a la mujer: "Mija, prepárame la hamaca que vengo cansado de tanto correr", despreocupado de la suerte del mocho. "Mijo -le respondió la mujer- qué hamaca te voy a preparar si el mocho está acostado en ella", pues éste había corrido más rápido que su compañero, a pesar de su cojera.

QUIEN MANDA MAS EN CASA, EL HOMBRE O LA MUJER?

Un día hubo una discusión entre dos compadres sobre quien mandaba en casa. El uno afirmaba que el hombre y el otro que la mujer. La discusión se prolongó sin que se pusieran de acuerdo. El otro día, el compadre que afirmaba que la mujer era quien mandaba, salió con unas gallinas y unos gallos y se fue a visitar a varios amigos casados. A los primeros les ofreció un ave de las que llevaba y la mujer se adelantó a decir al marido: "Mira, es mejor que nos quedemos con una gallina". Y así se hizo. Más tarde fue a donde otros amigos y volvió a ofrecerles un ave. El marido se adelantó a decir: "Que bien, me gusta el gallo!" A lo que la mujer agregó: "Pero, mijo, mira que ya tenemos uno, por qué no cogemos una gallina?" Y así se hizo. Así llegó a casa de su otro compadre y les ofreció las aves. Entonces este se decidió por el gallo, a lo que la mujer agregó: "Mira, mijo, es mejor que cojamos la gallina que es más gorda". Después de reparar en las aves, el compadre cambió de idea y se decidió por la gallina. A lo que compadre respondió: "No le dije, compadre, que la mujer es la que manda en casa?".

CONEJO Y CAIMÁN

Estaba Tío Conejo buscando trabajo y se llegó a la cueva de Tío Caimán, pero encontró fue a Tía Caimana. Más tarde, la mujer le contó al marido que era buena ocasión de emplear a Conejo para ellos irse a echar un paseo. Decidieron, pues, dar trabajo a Tío Conejo y dejaron a su cuidado los huevos. Resurta que Conejo se bebió todos los huevos y cuando Caimana se enteró, salió en su persecución. Adelantándosele en la carrera, Conejo llegó a la orilla y se puso a gritar: "Caimán! Caimán! Caimán!". El Caimán se le abolló y le preguntó que qué pasaba. Conejo entonces le dijo que necesitaba

un cruce y cuando se le montó a la espalda y Caimán se abrió unos metros de la orilla, llegó la Caimana a la orilla y le gritó: "Caimán! Caimán! Captura a Conejo que se comió todos los huevos!". Entonces le preguntó Caimán a Conejo: "Qué es lo que dice mi mujer?" Y Conejo le respondió: "Que se apure que llegaron unos arpones muy buenos". El Caimán se dio prisa y lo dejó en la orilla opuesta. Y más tarde cuando regresó a la orilla en donde estaba Caimana, ésta le dijo: "Donde tienes a Conejo?" Y él le respondió: "Lo dejé allá en la otra orilla". Y la mujer le preguntó inquieta: "Lo tienes amarrado?" Y Caimán le respondió: "No, por qué?" Y desconsolada le dijo: "Por qué no? Si te grité que se había comido todos los huevos!".

LA ROZA DE TÍO CONEJO (segunda versión)

Había una Zorra que estaba casada con Tío Conejo que era muy flojo. Y para justificar su pereza, le dijo a la mujer que tenía un maizal. Todas las mañanas al salir de casa, le decía: "Tía Zorra, sírvame la comida que voy para el monte". Entonces Tía Zorra le preparaba la comida. Mientras estaba en éso, Tío Conejo la apuraba: "Ándate con la comida que me voy para el monte. Dame la rula y las abarcas". Claro está que él no tenía ningún maizal y que lo que hacía cuando llegaba a la roza ajena, era limpiar un rastrojo y se acostaba a dormir. Pasados dos meses, cuando el maíz estaba blandito, Tía Zorra le dijo: "Maridito mío, cuándo me llevas a tu roza?". Y entonces él le dijo: "Sí, mañana vamos para que la veas", allí donde no había metido machete alguno. Cuando llegaron a la roza, comenzó Tía Zorra a cantar y Conejo le decía: "Mija, no cantes, tú sabes que los montes no tienen llave". Pero Zorra le respondió: "Qué va! Qué importa si estamos en nuestra roza!". No tardaron los dueños en oír el canto y se dijeron: "Quien está en la roza!". Y llamaron a los perros que encontraron a Tía Zorra arrancando maíz, levantándola a mordiscos. Conejo que era tan brioso, se metió en un hoyo en tanto que su mujer, levantada por los perros, brincaba de un lado a otro, dejando su pollerita enganchada en los troncos.

Después de ésto, cuando Zorra se encontró con Conejo, le dijo: "Malvado, me has engañado. Mira cómo me dejaron los perros. Hasta aquí llegó el amor que **te** tengo"? Y él le respondió: "Es que tú eres muy bullanguera y por eso se metieron los perros contigo" Así se acabó **el** cuento.

ESTA ERA UNA JOVEN QUE ESTABA ESTUDIANDO

Esta era una joven que estaba estudiando interna en el colegio de las monjas. Allí no la dejaban salir a ninguna parte. Un día se sentó a tejer junto a la ventana que daba a la calle, mientras tres muchachos malhablados jugaban bolitas de uña (de cristal). En eso tiró uno y le dio a la bola del otro y le dijo: "Ya te gané!". Entonces el otro le respondió: "La monda fue que me ganaste!". Y la muchacha oyendo ésto. El otro muchacho siguió jugando y le dice al compañero: "Ya te gané". Y el otro le dijo: "La chuha es que es!". Y entonces el tercero también tiró su bola y ganó, diciendo: "Ya te gané!". A lo que le respondió el otro: "Ají pelito que es!". Y la muchacha oyendo.

El domingo fue donde la mamá a visitarla, pues ya estaba próximo el grado y le iban a hacer una fiesta grande. Entonces ella le refirió a la mamá lo que había oído a los muchachos. Entonces la mamá le contestó que la "monda" era el dedo, la "chuha" era la boca y el "pelito" era el fideo. Bueno. Llegó el día de la celebración del grado y se sentaron todos a la mesa y terminando la comida, le quedó un fideo a la mamá en la boca y la muchacha le dijo: "Mira mamá, tienes un pelito en la chuha, métaselo con la monda".

LA MUERTE DE TÍA ZORRA (tercera versión)

Fue una vez Tía Zorra a buscar una gallina para hacer una sopa a Conejo y muy confiada entró a la roza del Hombre pues su marido le había dicho que era de él y cuando se estaba robando el pollo vinieron los perros y la mataron.

LA VIEJA, EL BURRO Y LOS HUEVOS

Había un caserío de una hectárea y cerca de él había otro y una vez una vieja pasó de un lado a otro a llevar dos huevos en cada mano. En la mitad del trayecto se encontró un burro y una burra; la vieja se quedó plantada viendo que el burro se subía sobre la hembra. Y cuando el burro se acercaba, le decía: "Un poquito para arriba, un poquito". Y cuando se alejaba: "Un poquito para abajo, un poquito hacia abajo". Y cuando el burro alcanzó a la hembra, exclamó llena de regocijo: "Ahora sí llegaste a donde yo quería verte!". Y aplaudiendo con las manos rompió los huevos.

EL COSTEÑO Y LOS CACHACOS

Estaba un costeño asoleándose a la orilla de un río y sacando pescados. En ese momento llegaron dos cachacos y entonces el uno le dijo al otro: "Vamos, paisano a echar una pescada". Compraron cada uno su anzuelo y un tabaco. Tiraron sus anzuelos sin carnada y entonces el costeño viendo que los cachacos pescaban sin carnada, le dice: "Mire, paisano, por aquí no se pesca así, deben poner carnada al anzuelo, que los peces no se pegan sotos". Y contesta uno de tos paisas: "Ave María, paisano, no hemos venido a la costa a engañar a ninguno, el que quiera engancharse por su gusto que se enganche!".

TÍO CONEJO Y MORROCOY

Un día hicieron una apuesta Tío Conejo y Tío Morrocoy de quien corría más. Conejo que estaba seguro de ganar, dejó que el Morrocoy se echara a andar, mientras él se quedó durmiendo a la sombra de un pato. Al cabo de un rato despertó y disponiéndose a correr, gritó: "Morrocoy!" y más adelante le respondieron "Alante voy!", sorprendiéndose de que el Morrocoy le hubiera sacado ventaja. Se puso a correr y cuando estaba ya cansado volvió a gritar: "Morrocoy!", y le respondió el otro: "Alante voy!" Finalmente, ya al llegar al sitio de la meta, preocupado de no haber visto a Morrocoy en el trayecto, volvió a gritar: "Morrocoy!". Y le respondieron ya en la meta: "Aquí estoy!". En esta forma, Morrocoy, que había puesto otros hermanos escondidos a la orilla del camino, le ganó la carrera y la apuesta a Tío Conejo.

ESTE ERA UN TIPO QUE TENIA UNA NOVIA

Este era un tipo que tenía una novia y era tiempo de patilla. Durante una visita estuvo habla que habla, hasta cuando llegó la hora de partir la patilla, se hartó tomando el pedazo más grande y luego como cayó un aguacero se tuvo que quedar en la casa de la novia.

En la noche, lo cogieron las ganas de orinar y como no encontraba dónde, al advertir que había un niño durmiendo en otra cama, tomó al niño y lo puso en su propia cama y se puso a orinar hasta descargarse del todo en la

del niño. Después, cuando quiso pasar al niño de su cama a la de él, descubrió que el niño se había cagado en la cama que le habían dado.

LOS TRES CACHACOS Y LA CANTARA DE RON ÑEQUE

Eran tres cachacos que salieron a caminar, tomaron plata cada uno y se fueron a probar negocio. Tenían tres meses de estar recorriendo y al uno le cayó una piojera; al otro una gripa y al tercero una rasquiña. Como el vicio de ellos era tomar ron ñeque, al acabárseles el dinero se quedaron sin plata para comprar ron. Así llegaron a una finca y como el amo sabía que gustaban del ron ñeque, les regaló un cántaro y lo puso en medio de los tres. Entonces los cachacos hicieron una apuesta, a ver quien se rascara, soplara o limpiara la nariz, perdía. Todos ellos estaban aguardando que alguno de ellos perdiera, el uno sin poderse rascar, el otro sin soplarse y el tercero sin limpiarse la nariz.

Entonces el de la rasquiña le dijo a los otros: "Puedo echar un cuento?" Los demás respondieron que sí. Entonces el rasquiñoso dijo: "Pues paisano, cuando yo estaba muy pequeño, tuve que entrar a una mata de caña y cuando estaba en ella, me vi cundido de candelillas" y se puso a rascar, haciendo como que las espantaba. Entonces el de la piojera, contó: "Cuando yo estaba chiquito, mi padre tenía una pluma de agua y como estaba sucio, me metía bajo de ella y me ponía a enjabonarme la cabeza cundida de piojos "y se rascó". Y luego el del moco dijo, cuadrándose frente al sol: "Pues cuando yo estaba chiquito, le pregunté a mi papá por dónde salía el sol. Y él me respondió: "El sol sale por aquí y se mete por allá, pasándose las manos y brazos de un lado a otro de la nariz.

VEINTE PARA EL BOLLO

Este era un hombre que tenía un reloj, pero no tenía ni cinco centavos. Salió para el mercado y se encontró 20 centavos y entonces pensaba: "Si compro queso, se gasta. Si compro el bollo, se gasta". Y entonces compró el queso y salió por la calle comiéndoselo. En eso llegó otro hombre y le preguntó qué hora tenía y el del queso le respondió: "Faltan veinte para el bollo".

UN DÍA ESTABA UN CAIMÁN ASOLEÁNDOSE

Un día estaba un caimán asoleándose en la barranca del río, en La Doctrina y comenzó a relampaguear. Se dijo: "Va a llover!" Y se echó al agua para no mojarse.

EL DIABLO HACIENDO PALOMITAS

El diablo queriendo rivalizar con Dios que acababa de hacer palomitas, se propuso hacer otras iguales, pero le salieron murciélagos.

(El informante dice haberlo oído leer del libro "El Mártir del Gólgota").

LA RECETA

Había un tipo al quien no se le paraba la monda. Entonces un amigo le dijo: "Hombre, tú estás así porque quieres, pues en los EE.UU., hay tres gotitas que si te las echas, te lo vuelven a parar". El tipo estuvo en los EE.UU., y compró las tres gotitas pero él no estaba seguro de que servirían y deseoso de probarlas, antes de subir al avión se echó una gotita y se le paró, pero con tan mala suerte que sopló un viento y se le volvió a caer. Al bajar del avión para estar seguro de lo que había pasado, se entró al baño del aeropuerto y se echó la otra gotita, pero alguien en ese momento abrió la puerta y con el viento se volvió a caer. Seguro, pues, de cuáles eran las precauciones que debía tener, guardó la última gotita para cuando estuviera con la mujer. Al llegar a casa, le gritó: "Mija, ahora sí vengo para el combate final". Deseoso de probar su fortaleza, le dijo a la mujer: "Ahora no lo haremos a lo natural, sino por detrás". La mujer, llena de alegría, al ver que a su marido se le volvía a parar, se echó un follado y se lo volvió a matar.

EL BURRO Y EL POLICÍA

Un domingo estaba el cura diciendo misa. En la puerta mayor estaba un muchacho montado en un burro, oyendo la misa. Pero en eso, el burro se le

dio la gana de sacar la monda y la sacó. Entonces el cura llamó a la policía, diciendo que había un burro con plebedad frente a la iglesia. Entonces llegó un policía y se acercó al muchacho y le dijo que se llevara el burro de ahí, pues estaban en misa y él allí con sus groserías. El muchacho como se conocía con el burro, se agachó y le mordió la oreja y el burro guardó la monda. Entonces el policía intrigado, le preguntó al muchacho qué le había dicho al burro a la oreja. El muchacho le contestó: "Burrito! burrito! guarda tu pipilito que el señor policía te lo quiere chupar".

EL PAISA Y EL GRINGO

Decía una vez un paisa:
 "Una vez en una fiesta
 me comí una gurupera
 y si más dura la fiesta
 me como la silla entera".

Un gringo que lo oía, después de hacerse repetir varias veces en copia, trató de recitarla, diciendo:

"Mí una vez en la fiesta,
 mí se come una gurupera
 y si dura más la fiesta
 mí comerme más la galápago".

Al decirle que no se decía galápago sino gurupera, respondió: "En mi tierra, galápago y gurupera es la misma cosa".

LAS OREJAS DE TÍO CONEJO

Tío Conejo andaba disgustado con papá Dios porque le había dado un cuerpo chiquito para el espíritu grande que tenía. Tanto era su disgusto que se fué a reclamarle y papá Dios, para poner a prueba lo que decía, le mandó a buscar la pluma mayor del ala de gallinazo; las lágrimas de Tía Tigra; la uña de Perro y una avispa. "Si me traes todas estas cosas aquí, te estiro el cuerpo". Contento con esta promesa, Conejo se retiró del Cielo a recoger las cosas que Dios le pidió. Lo primero que hizo fue hacerse el muerto y cuando Tío Gallinazo se le acercó, pau! le arrancó la pluma mayor. Entonces se fue donde Tía Tigra y le dijo: "Le doy mi pésame por la muerte de Tío Tigre, a quien

acaban de matar en la cantina". La Tigra se puso a llorar y a dar gritos y Conejo se aprovechó para recogerle las lágrimas en un frasquito. Entonces se fué en busca de Tío Perro y le dijo: "A que tú no arrancas leña con las uñas como yo lo hice con este guayacán". Perro **vio** el rumbero de leña que Conejo había cortado con el hacha, pero se creyó lo que el otro le decía y trató de cortar leña del guayacán y se le partió una uña, la que no tardó en recoger Conejo. Después le dijo a Tía Avispa que se metiera en un calabozo, como él metía y sacaba el dedo por el hoyo. Trató de probar Tía Avispa y cuando estuvo dentro del calabozo, Conejo lo tapó. Y así se presentó al cielo y en vista de que había cumplido, papá Dios le dijo: "Cierra ios ojos" y lo hizo grande estirándole las orejas.

TÍO CONEJO Y LOS PLÁTANOS

Un día **vio** Tío Conejo que Tío Tigre llevaba un gajo de plátanos maduros y se dijo: "Cómo haré yo para comerme esos plátanos?". Y se le ocurrió adelantársele a Tigre y en el camino y se tendió en mitad, haciéndose el muerto. "¡Je, Conejo muerto!" se dijo Tigre, "si hubiera sido ayer que no tenía estos plátanos habría sido un buen bocado". Y sin más siguió su camino. Pero Conejo se levantó y más adelante volvió a tendérsele, estirando la pata. Al encontrarse con él, Tigre exclamó: "¡Caray. Otro Conejo muerto! Si llevo a saberlo recojo el otro y con este serían un buen plato". Pero como había dejado el primer Conejo, tampoco recogió el segundo. Pero más adelante Conejo hizo lo mismo y al encontrárselo, Tigre exclamó: "Peste de Conejo! Pues ahora sí voy a darles muela". Y dejando en tierra el gajo de plátanos se fué a recoger los dos Conejos que había dejado atrás. Ya se imaginan ustedes que nunca los encontró y al volver a donde dejó los plátanos solo halló el cocherío que dejó Conejo.

CONEJO Y LA FIESTA DE TORO

Se avecinaba la fiesta de Toro en Cotorra y Conejo sin caballo y sin plata, le dijo a Tío Tigre: "Tío, por qué no se va conmigo a la fiesta de toros". El Tigre le respondió: "Cómo quieres que vaya, si tú sabes que los hombres no me pueden ver? En cuanto llegue, me disparan y matan". Tío Conejo le dijo:

"Pues mire, yo tengo una fórmula. Yo lo llevo disfrazado de caballo y nadie lo reconocerá". Se dejó convencer Tío Tigre y Conejo le puso freno, silla y estribo, se montó en él y salió con su garrocha para la corraleja. El sol caía de lleno y Conejo viendo que Tigre se quedaba, le hundía la espuela y tiraba del freno. "Arrea! arrea! Caballo!" Y Tigre mansito obedecía, temeroso de que si hablaba lo iban a descubrir. Al llegar a una tienda, ya cerca de la corraleja, para desprenderse de él, Conejo se lo vendió al dueño, diciéndole que era muy buen caballo.

CONEJO Y LA MONA DE CERA

Un día el dueño de una roza que no sabía cómo impedir que Conejo le robara el maíz, las patillas, la yuca y demás siembra, se le ocurrió cazarlo con una mona de cera, pues no le habían valido las trampas, los lazos ni la escopeta. Conociendo el gusto al trago que tenía Conejo, se fué a la cantina donde acostumbraba a tomar y plantó allí su muñeca de cera. Una mujer bien bonita, con buen talle y morisquetera. No tardó en llegar Conejo y después de algunos tragos, se le acercó y le dijo: Tú que miras tanto? Me has visto cara de qué?" Y como no le respondiera, le **dio** un bofetón, pero se le quedó la mano pegada. "**Aja**, con que no me sueltas, ya verás!" Y le zampo la otra mano y volvió a quedar cogido. "Si no puedo con las manos, puedo con las patas" y le tiró una patada y se quedó pegado. Y así con la otra hasta quedar prendido de manos y patas abrazado a la mona. Cuando el dueño de la roza volvió a la cantina, allí lo encontró pataleando, sin que pudiera escaparse. "Así te quería coger, Conej'ito", y arrancándolo de la mona de cera, lo amarró y echó en su mochila. Ahora voy a hacer contigo un buen sancocho para mis hijos". Conejo lo oía y se le escurrían las orejas. Iba el hombre para su finca, cuando se paró frente a una tienda a comprar no se qué y dejó a Conejo a la entrada. En eso pasó Tía Zorra y Conejo al verla, la llamó y le dijo: "Tía, a usted le gustan los pollos gordos?". La Zorra intrigada le respondió: "Claro que sí Conejo". Eso no más esperaba Conejo y le dijo: "Pues suéltame y métete tú en esta mochila, pues su dueño me lleva a la fuerza amarrado porque quiere darme un buen sancocho de gallina gorda, pero usted sabe que yo no como carne". Al oír aquello, Tía Zorra exclamó: "No más faltaba, Conejo, te suelto y me meto por tí"? Y así lo hizo. Cuando el hombre volvió, se encontró a Zorra amarrada dentro de la mochila. "Y Conejo?" Le preguntó. Y Zorra respondió: "Se fué porque a él no le gusta la gallina", el dueño de la roza respondió: "Pues a mis perros sí la carne de Zorra!".

TÍO CONEJO ZAPATERO

Para el Sábado de Gloria en Cotorra, se andaba preparando la gente para festejarlo muy bien. Todos querían ropa y zapatos nuevos, pero el único zapatero del pueblo era Conejo. Así llegó Cucaracha para que le hiciera un par de zapatos. "Cómo no, déjeme la plata por adelantado porque necesito comprar materiales". Urgida como estaba Cucaracha, le entregó el dinero por adelantado. "Véngase el Sábado de Gloria tempranito, que ya se los tengo". Se fué Cucaracha y llegó Gallina y sucedió lo mismo. Se fué Gallina y vino Zorra; se fué Zorra y vino Perro y se fué Perro y vino Tigre; se fué Tigre y vino el Hombre y a todos Conejo les cobró por adelantado, citándolos a la misma hora del Sábado de Gloria. Así, cuando se presentó Cucaracha a reclamar sus zapatos, no tardó en llegar Tía Gallina. Y para sacarla del aprieto en que estaba, le dijo que se metiera debajo de una batea. Al llegar Gallina no tardó en llegar Zorra y viendo que Gallina estaba asustada, Conejo le dijo que se metiera debajo de la batea. No bien se escondió allí encontró a Cucaracha y de un picotazo se la comió. Al llegar Zorra, sin haberse acomodado, se sintieron los ladridos de Perro. "Y qué hago yo, Conejo?" preguntó Zorra. Y sin más demora lo hizo meterse debajo de la batea, donde de un solo mordisco se tragó a la gallina. Al llegar Perro reclamando sus zapatos, se sintieron los rugidos de Tigre. Y al ver la cara de miedo que tenía Perro, lo hizo meterse debajo de la batea. Y allí Perro **dio** buen mandado de Zorra. Al llegar Tigre se sintieron los disparos del Hombre y Tigre asustado le preguntó a Conejo, dónde se escondía. Lo metió pues, debajo de la batea donde de un zarpaso mató a Perro y se lo comió. Al llegar el Hombre, Conejo que ya tenía lista su mochila llena de plata, le dijo al hombre: "Mire, mientras yo salgo a dar una vueltecita por aquí, métale un tiro a Tío Tigre que está escondido debajo de esa batea". Y sin más, Hombre mató a Tigre y todavía espera que Conejo vuelva con sus zapatos.

CONEJO Y LOS HIJOS DE TÍA TIGRA

Este era Conejo que andaba buscando trabajo y sabiendo que Tía Tigra andaba metida en la montaña, se acercó a su casa y le dijo a la mujer: "Tía Tigra, yo sé que usted anda buscando quién le cuide sus cinco hijos y como ando sin trabajo, me quiero encargar de cuidárselos". La Tigra que en efecto quería a alguien que se los cuidara, le dijo que sí. Mientras cada día, Conejo se comía un cachorro y le llevaba los otros, repitiéndole a Tía Tigra: "Aquí se los traigo para que los vea, están engordando con el sanchocho que les doy". Embuste, lo que hacía Conejo era que le llevaba los hijos uno a uno para que

ella no se diera cuenta y al que llevaba dos o tres veces, en reemplazo de los que se comía, iba engordando, y la Tigra decía: "Ay Conejo, que contenta estoy!". Pero al sexto día cuando volvió a su casa solo encontró los cueros. Desde entonces anda Tío Tigre persiguiendo a Tío Conejo para cobrarle la muerte de sus hijos.

EL BURRO Y EL PUERCO

Un Burro se quejaba de que el dueño le daba de comer al cerdo el maíz que cargaba, mientras a él le dejaba solo el afrecho. Pero venido el día de Pascuas, en la noche mataron al puerco y el burro oyó decir al amo que lo hacía porque estaba gordo de tanto comer maíz.

Al día siguiente, el dueño, un poco generoso, ordenó que le dieran al burro unas mazorcas de maíz. Pero al instante, el Burro argumentó: "No señor, no quiero maíz, yo me contento con el afrechito".

EL PANADERO Y EL PERRO

Una vez llegó un panadero a la puerta de una casa y cuando la señora abrió la puerta, salió el perro que se llamaba "Simbolas". La señora comenzó a gritar: "Déjalo "Simbolas!". "Déjalo "Simbolas!". Y entonces el panadero le dijo a la señora: "Si su perro me deja sin bolas, yo la dejo sin panocha a usted".

LO JUSTO Y LO LEGAL

Estaban discutiendo dos campesinos, sobre lo justo y lo legal, el uno decía que lo justo era igual a lo legal, el otro decía que no, que lo que era justo no podía ser legal.

La discusión estaba bastante acalorada cuando vieron venir a otro campesino que ellos tenían como su maestro. Le dijo el uno al otro. "Allá viene mi compadre Matías, que sabe más que nosotros y quien nos puede sacar de duda". Lo llamaron y uno de ellos le dijo: "Bueno compadre Matías, usted es el

único que nos puede decir la verdad sobre esta discusión, yo digo que todo lo que es justo es legal y mi compae Manuel dice que lo legal es una cosa y lo justo es otra. Qué dice usted?" El compadre Matías mira y ve una pila de plátanos verdes y escoge el más grueso y pregunta: "Bueno compae Pedro, qué es lo que usted dice, que lo justo es igual a lo legal y usted compae Manuel que lo justo es una cosa y lo legal es otra?" Ambos afirmaron que sí, entonces el compadre Matías tomó el plátano en la mano y metiéndoselo en la boca al compadre Pedro, le dijo: "El compadre Manuel tiene razón, porque metiéndole este plátano por la boca le queda justo pero no es legal".

EL INDIO Y EL NEGRO

Un indio y un negro salieron de cacería y entraron al monte y se encontraron un árbol llamado **guanacóna** que tiene un fruto parecido a la guanábana. Entonces el negro le preguntó al indio: "Indio cómo se llama este fruto?" Entonces le dijo el indio: **Se llama cabeza de negro**". Siguieron adelante y se encontraron el árbol llamado **almacigo**. Como el indio no conocía este árbol, le preguntó al negro: "Negro, qué árbol es ese?". Entonces respondió el negro: "Se llama **indio en cuero**".

(Nombre vulgar del almacigo = Indio en cuero).

LOS LADRONES

Este era un cojo, un ciego, un calvo y un sordo, que se metieron a robar dentro de un almacén y cuando ya estaban dentro, dice el sordo: "Parece que oigo unos pasos" Y agrega el ciego: "Y ahí viene". Y dice el calvo: "Y ya me agarra del pelo" y grita el cojo: "Vamos a correr!".

TÍO CONEJO Y TÍO GALLO (Segunda versión)

Tío Conejo tenía con Gallo una roza en compañía. Quemaron la roza y Tío Gallo se fué temprano a su casa. Más tarde llegó Tío Conejo y encontró a Gallo con la cabeza metida debajo del ala y una pata alzada. Conejo se

extrañó de verlo sin cabeza y con una sola pata. A los diez minutos oyó Conejo que cantaba el Gallo y le preguntó: "Gallo, tú que tenías?" Y le respondió Gallo: "Por qué?" Y el otro agregó: "Hombre, porque te vi sin pata y sin cabeza". Entonces el Gallo le explicó: "Hombre, Conejo, porque tú sabes que estábamos amontonando y veníamos sofocados y como no nos podíamos bañar el cuerpo todo, mandé a la mujer mía que me cortara la pata y la cabeza y me las fuera a bañar al arroyo".

Sorprendido, le dijo Conejo: "Hombre Gallo! Yo voy a mandar a mi mujer que me moche una pata y la cabeza, si es verdad lo que tú dices".

Salió Tío Conejo y se dirigió a su casa, donde le dijo a la mujer: "Zorra, móchame la cabeza y una pata" A lo que respondió Zorra: "Y eso para qué?". Y Conejo le respondió: "Haz lo que yo te mando". Y la Zorra le mochó la pata y la cabeza. Conejo quedó brincando y salió la mujer con la pata y la cabeza a lavarlas, como se lo había dicho su marido, pero cuando vino del río encontró a Conejo tieso, sin poderse las pegar.

EL HIJO DESOBEDIENTE

Había una madre muy buena y tenía un hijo que era muy pesado. Un día lo llamó porque estaba muy mala y le dijo:

"Ay, hijo, levántate,
 el que temprano se levanta,
 recibe su amén Jesús,
 se persigna con la cruz
 y sus trabajos adelanta".
 A lo que respondió el muchacho:
 "Jui! el que temprano se levanta,
 pierde el rato de sueño,
 ni su trabajo se adelanta
 ni nunca sale de empeño".

Entonces le respondió la madre: "Ay hijo, levántate, que el hijo de la vecina por haber madrugado, se encontró un taleguito de plata". A lo que le dijo el hijo: "Jui, más madrugó aquel pendejo que la perdió". La madre insistió: "Ay, mijo, levántate, siquiera por los nueve meses que te tuve en el vientre". Entonces el hijo, sin levantarse de la cama, le respondió: "**Ju**, mamá, métase usted en el vientre mío, para que vea que la tengo veinte".

TÍO SAPO Y CANGREJO

Iba Tío Sapo por la calle y se encontró con Cangrejo y se pusieron a discutir, saliendo de pelea. Luego Tío Cangrejo coge a Tío Sapo con la muela y este gritaba: "Quítenmelo que es cachaco y tiene navaja".

LA MISA DEL TESTAMENTO

Esta es la historia de un padre que dejó al morir en su testamento, que de cuanto dejaba, una parte se destinara para que le hicieran unas misas. El hijo mayor, vista la disposición del padre, una vez repartida la herencia, dispuso que se procediera a gastar la parte destinada a las misas. Pero el menor de los hijos, codiciosos de ese dinero, le dijo a los demás hermanos: "Procedamos con juicio. Si nuestro padre en vida tenía tan poco entendimiento, cómo vamos a hacerle responsos en latín, que no va a comprender?" Los otros hermanos que tampoco tenían muchas ganas de privarse del dinero, decidieron aceptar las razones del hermano menor y acordaron repartirse entre todos la parte dejada para las misas.

26. LEYENDAS

Llanos Orientales

NOTA:

ÁNGEL MARTIN, Miguel, Del Folclor Llanero, Villavicencio, Gráficas Juan XXIII, 1978, p. 139-140.

El texto de esta leyenda llanera es parte de un estudio más amplio sobre los diferentes aspectos del folclor llanero.

"EL TESORO DE CARIBABARE"

"El real decreto de expulsión de los hijos de Loyola, dictado el año de 1967 por Carlos III, se había promulgado en Colombia; y aquellos para poner a salvo enormes riquezas de la institución, haciendo uso del escaso tiempo que se les concedía para su éxodo, empezaron a movilizar secreta y activamente toda clase de valores transportables hacia la cordillera oriental, con el fin de ocultarlos en algunos de los solitarios y selváticos parajes de las Pampas de Casanare.

La aldea de San Salvador o Puerto de Casanare, por su situación más próxima a la llanura y su mejor ubicación por estar sobre la margen de un río navegable, fue el lugar escogido, y el Padre Manare, discípulo de la orden, el encargado de ejecutar las disposiciones de ésta.

Haciendo paradas de día en los sitios más despoblados y largas jornadas de noche, de todos los puntos del país se destacaron expediciones que llegaban sigilosamente al Puerto de Casanare, depositaban en la casa cural sus cargamentos y luego desaparecían.

Atendiendo el arribo de estas expediciones no descuidando el desempeño de su ministerio, tuvo todavía tiempo el Padre Manare de emprender en un discreto sitio de las sabanas del Caribabare, una excavación revestida de mampostería y pudo trasladar a ella los tesoros que le habían sido confiados.

Poco a poco, trabajando con el auxilio de dos peones llaneros, de noche y con la inquietud de que fuesen sorprendidos, la cavidad de la excavación fue colmándose con los tesoros de la Compañía. Era, según la tradición, un tesoro inmenso que podía emular con el de la gruta de la isla de Montecristo. Allí fueron cayendo cajas y más cajas con vasos sagrados y joyas religiosas de inestimable valor; se aglomeraban lingotes de oro y de plata traídos por toneladas de Antioquia y del Chocó; se hacinaron cofres de piedras preciosas; se superpusieron sacos de monedas de oro, de plata, de todos valores y de todos los países.

Este tesoro inmenso llenó un cuadrilátero de más de seis metros, y cuando estuvo colmado, fue cubierto con lápidas de piedra y un concreto de calicanto que lo aislaba de la humedad. Luego se desvió la corriente de un riachuelo cercano, y sus aguas mansas y tranquilas corrieron sobre aquel depósito y borrarón todo vestigio, toda huella de aquellas riquezas que hubieran podido formar la grandeza de un imperio.

Llenada esta tarea, el Padre Manare había concluido su misión. Nada le quedaba que hacer en aquellos lugares y tomó el camino del ostracismo impuesto a sus hermanos. Nadie volvió a saber de él; pero cuentan las crónicas que años después, en las épocas de plenilunio cuando el astro caía, en alguna región de Caribabare, los llaneros veían, sin que cuerpo alguno se proyectara la sombra negra, escueta, de un religioso que vagaba por la pampa.

Y se decía que era el alma del Padre Manare, que custodiaba el tesoro

de la Compañía".

Aún no se ha cerrado el caso de la leyenda del tesoro de Caribabare y se cuenta que en 1944 cuando las compañías petroleras exploraban el llano una comisión que junto con el gravímetro llevaba un detector de minas, encontró el tesoro de los jesuitas. Es más, se dice que las compañías junto con el petróleo, buscaban los tesoros ocultos en los sitios donde hubo pueblos y que fueron muchas las guacas que sacaron, excavando por doquiera so pretexto de adelantar la misión exploratoria del petróleo.

Sin embargo hay quienes aseguran que el tesoro aún no ha sido encontrado y que existe un mapa que tiene un hombre que enloqueció por una fiebre muy alta. Este hombre era el guía de un jesuita español que remontando el Orinoco, el Meta y el Casanare llegó al Puerto de San Salvador, hoy apenas un caserío, y que allí murió a consecuencia de unas fiebres.

Cuentan los indios chiricoas que dos familias se salvaron del diluvio, porque fueron escogidos por hacer mechitos de cera de abejas, para alumbrar a Dios.

Dicen que un día llegó a una lagunita una garza blanca que hacía en el agua cruces con el pico. Que enseguida empezó a llover.

Todos se encaramaron en árboles, pero las dos familias que hacían mechitos a Dios se subieron a unos totumos que crecían con el nivel de las aguas.

Por eso se salvaron.

27. LEYENDA

TUMACO - DEPARTAMENTO DE NARIÑO

NOTA:

GARRIDO, José Miguel, O.C.D., *Tras el alma de un pueblo*, (Folclor religioso del Vicariato de Tumaco), Tumaco, Vicariato de Tumaco, 1980, pag. 191-201.

En el estudio sobre los diferentes aspectos del folclor religioso de la población negra del Vicariato de Tumaco, el padre Garrido recoge lo que él llama: "LA LEYENDA VIVA del padre Mera", leyenda construida por la población sobre la vida de un sacerdote que vivió en esta región.

LEYENDA VIVA

Como final da la obra voy a hablar de un personaje que con frecuencia se asoma al cancionero: se trata del Padre Mera como se le conoce en la costa.

1 . CURIOSIDAD

Recuerdo la primera salida que hice a los pueblos de la costa; todavía no llevaba cinco meses en esta tierra y en mi cargo de párroco tuve que decidirme a conocer y recorrer la parroquia. Mi primera salida fue a Salahonda, población fundada probablemente por los españoles, lugar en el que estuvo Francisco Pizarro cuando permaneció en la Isla del Gallo ya que Salahonda está en una de las esquinas de la misma isla. Salahonda tiene una iglesia - capilla dedicada al Señor del Mar. Quiero poner unas palabras sobre esta milagrosa imagen.

El Señor del Mar es una imagen de madera. Representa a Jesús, sentado, maniatado, presentado como Ecce Homo. La imagen fue encontrada por unos pescadores en el mar. Según dicen, el Día de la Ola en 1906 la protección de la imagen salvó a Salahonda de ser anegada por el mar. El Padre Mera fue el que hizo cambiar el nombre de Jesús Ecce Homo bajo el que se le honraba por el título actual de "Señor del Mar". Lo hizo para que el pueblo recordase la protección del Señor hacia su pueblo. En el terremoto-maremoto del día 12 de diciembre de 1979 ocurrió lo mismo que en 1906, sacaron la imagen de la capilla y la pusieron mirando al mar; la ola que venía anegando la costa se paró a los pies de la imagen según he oído contar a personas serias.

Sigo con el Padre Mera. Llegué por la tarde, saludé al síndico que tendría más de setenta años. Charlamos. Le pregunté cosas del pueblo, su historia personajes que vivieron allí y entre otras cosas me habló de un tal Padre Mera. Decía que por las tardes llamaba a la oración y si la gente no acudía puntual, salía con un látigo que siempre llevaba prendido en la correa y golpeaba llamando a la oración. Lo que más me llamó la atención no fue el hecho del látigo sinoco que me dijo más adelante: no se le veían los pies y nadie pudo vérselos; era San Antonio. En el fondo de mí mismo me reía; no aceptaba en ese momento nada de mitos o creencias populares y las juzgaba como cuento de viejo.

Cuando volví a mi centro parroquial lo olvidé y no me preocupé más del Padre Mera ni de las palabras del síndico.

Llegó la Semana Santa. Se celebró la liturgia. El viernes santo acostumbran velar a Cristo dormido y enterrado con los alabaos como ya transcribí en el capítulo cuarto. Me pidieron permiso para hacer una velación en la iglesia. Un poco por ayudarles en su devoción, otro poco por curiosidad se lo permití. La curiosidad hizo mella en mí y fui a la capilla a ver cómo y qué

cantaban.

Entendía muy poco las letras en aquel momento ya que no había hecho el oído a las flexiones de voz y no poseía tampoco ningún muestreo de canciones, lo que ayuda a seguirles bs textos. En uno de los alabaos oigo algo relativo al Padre Mera. No entendí el alabao en aquel momento pero buscando por los puebbos conseguí la letra. Aquí está la transcripción del alabao. La respondida es la primera estrofa:

Padre mío, San Antonio / Santísima Trinidad
si no viene el Padre Mera / nos íbamos a acabar

El Papa Santo ha mandado / una gaceta de allá
que un santo de sus milagros / se ha perdido en
su altar

Desapareció de Roma / y bs curas no lo hallaron
el andaba con la madre / visitando los poblados

El entró por las montañas / salió por el romerío
nos ha venido a librar / deste camino perdido

El entró por las montañas / y salió por los poblados
vino a visitar sus hijos / los malos pasos que han dado

Ya se va el Padre Mera / todos quedamos llorosos
porque nos vino a librar / deste camino espinoso

Ya se va el Padre Mera / todos quedamos afligidos
porque nos vino a librar / deste camino perdido

Alabao sea el Santísimo / Sacramento del altar
y María concebida / sin pecado original

Este canto que no comprendí en aquel momento me llamó la atención; más tarde me movió a buscar por los pueblos alguna información sobre el Padre Mera. Al escuchar los cantos me he dado cuenta de que se le nombra con frecuencia, aunque no temáticamente ya que casi todo se reduce a las estrofas del alabao en variantes literarias. También he conseguido fragmentos de décimas escritas sobre el Padre Mera. Todo este material quiero consignarlo porque me parece interesante en esta colección de folklore popular religioso y creo que el Padre Mera ha sido un hito religioso para este pueblo.

2. TESTIMONIOS

a. LLEGADA

Conozcamos algunos testimonios sobre el Padre Mera recogidos por los pueblos. No los juzgo. Los transcribo muchas veces como los he oído. Cuando el Padre Mera se dirigía a Guapi, en el Cauca, el pueblo de Guapi salió alegre y contento. Dicen que vino de la sierra, de una población llamada Balsitas. Todo el pueblo alborozado se aprestaba a recibirlo; una mujer que lavaba en el río dizque dijo para sí cuando lo vio pasar: "¿Padre?. El diablo será". En Guapi estuvo predicando una misión. Durante la misión dicha mujer se fue a confesar y cual no sería su asombro cuando le dice el padre: "¿te vas a confesar con el diablo?". Ella se preguntaba cómo lo había sabido. Cómo la conoció. Desde entonces lo tuvo por santo.

b. PRODIGIOS

Pronosticó un incendio en castigo de lo que una mujer había dicho de él y así fue que el 15 de julio de 1913 el incendio se produjo por una chispa que cayó prendida a esa casa y arrasó con las dos terceras partes de la población. Esto ocurrió en Guapi. La citada mujer tuvo que abandonar el pueblo. En ese incendio sufrió quemaduras mortales un señor que también se había permitido hablar mal del padre. En la agonía lo pedía a gritos y no murió sino cuando el padre lo oyó en confesión después de regresar de una correría.

Ante la escasez de comida que había en el río pidió a los labradores que le trajesen a bendecir sus semillas. El padre las bendijo y ordenó sembrarlas prometiendo que no se secarían. Los lugares en donde se sembraron continúan produciendo hoy día con las mismas plantas que nacieron de las semillas. Pensemos que las plantas alimenticias hay que cambiarlas casi anualmente.

Marchando de un lugar a otro sintió hambre y sed. Vio una persona ordeñando su vaquita; el Padre Mera le pidió un poco de leche y le dijo la señora que no tenía lo suficiente ni para ella. El Padre Mera insiste y le dice que la vaca no da más leche porque la vasija que usa es pequeña, que si pone otra mayor dará más. Mandó traer una vasija mayor y la puso. La vasija grande se llenó y con esa leche bebió la familia, el Padre Mera y todavía sobró. Me recuerda un poco al Re. 17,8 - 16, la escena de Elías con la viuda de Sarepta.

Otro día pidió a unos que estaban en ese trapiche haciendo panela, que le vendiesen un pedazo. Estos se negaron. Al día siguiente la panela estaba tan dura como la piedra de tal manera que quedo inservible.

Una persona muy anciana que le conoció siendo ella señorita, me contaba un "milagro" del Padre Mera en su pueblo. Predicando una misión en San José, al ver que la gente no le prestaba mucha atención decidió hacer algo que le moviese y demostrase que lo que decía era verdad. Predicaba delante de una imagen de nuestro Señor, sedente, al que llaman Señor del

Amparo, de pronto el Padre Mera se dirige al Señor y le dice: "**Señor del Amparo, levántate para que estos vean que mis palabras son verdad**". La imagen comenzó a moverse como para levantarse. Todo el pueblo pidió perdón y se golpeó el pecho en señal de arrepentimiento. El Señor del Amparo volvió a sentarse ante la orden de pararse.

Una persona que me dijo haber nacido en "**la guerra de los mil días**" final y principio del siglo, y que había sido monaguillo del Padre Mera me narraba lo siguiente:

"Yo era monaguillo del Padre Mera y solía ir con él por los pueblos. Un día fue a Payan. El Padre Mera pidió permiso al Padre Veintemilla para celebrar misa; el padre Veintemilla le contestó que no hasta que no se arrodillase delante de él para confesarlo. El Padre Mera le contestó: "**¿A mí no me das permiso, quieres que vayamos al cementerio?**" fueron al cementerio. Al llegar a la puerta desapareció el Padre Mera. El padre Veintemilla "aumentó" el paso y al llegar a la cruz mayor encontró un santo Cristo crucificado derramando sangre por todos los vellos. El padre Veintemilla se atemorizó y se "devolvió". Al salir le preguntó el Padre Mera que qué le había pasado, que le había estado aguardando en el cementerio; por qué no había llegado. El padre Veintemilla le contestó que se había "devolvido" porque en la Cruz mayor había encontrado un santo Cristo derramando sangre. Así me lo contaba el señor, según decía testigo del diálogo. Hay una variante por la costa que dice que el que derramaba sangre era el Padre Mera.

Un día en Salahonda, según cuentan, y confirmando en otros lugares como ocurrió en Salahonda, mientras la predicación nocturna asustó a los presentes diciéndoles que si no le hacían caso iban a oír a los difuntos. Apagó todas las luces de la iglesia y comenzaron a asustarse porque se oyeron ruidos extraños, de lo profundo de la tierra, no de este sino del otro mundo. Se le abrazaron a los pies-para que cesase el murmullo tan horrible y cesó. Hay una variante que es que bs llevó al cementerio que está junto a la Peña del Señor en Salahonda y allí comenzaron los ruidos como de terremotos.

Construyó una gran cruz en Salahonda y salía silencioso, descalzo, llevándola a sus espaldas mientras hacía penitencia. Hasta hace poco había fragmentos de la cruz, totalmente carcomida. Con esta cruz a su espalda se disciplinaba y hacía sonar la campanilla mientras cantaba versos como estos:

Mira, mira, pecador/que si vives en pecado
puedes anochecer bueno/y amanecer condenado

Mira que breve tu vida/que vamos a ir a la costa
piénsalo bien cuanto antes/míralo bien que te importa

Cuando agonizante estés/y esté roncando el pecho
con la vela en la mano/qué quisieras haber hecho

Si al cielo quieres ir/a recibir la palma
a Dios en cuerpo y alma/has de amar y servir

Con canciones parecidas a estas les iba enseñando la doctrina cristiana. En el capítulo 9 pueden encontrarse letras que probablemente fueron enseñadas por el Padre Mera.

Por otros ríos me encuentro con estos datos. Dicen que apareció por Balsita, cerca de Iscuandé; entonces se encontró con una señora que sólo había tenido una hija. La hija se le había muerto aquel mismo día y cuando llegaba el Padre Mera se estaba celebrando el entierro. La señora lloraba. Al verla el Padre Mera le preguntó por qué lloraba. Le contestó que por la muerte de su hija. El Padre Mera mandó hacer una toldada en la sepultura de la hija, pidió un vaso de agua y despidió a todos del lugar. Desenterró a la niña y se quedó con la muerta. Al rato apareció con la niña viva. Decían que esto ocurrió en Sanabria.

Nos cuentan los ancianos que si quería hacer llover lo hacía, sin tronar tronaba. Así, por ejemplo en San José, mientras predicaba anunció que iba a llover. Todo el pueblo estaba en la iglesia. De pronto se apagaron las luces y comenzó a oírse llover y tronar como en aguacero tremendo. Al salir de la iglesia se encontraron con el suelo totalmente seco.

Parece que se daba cuenta de cuándo una persona robaba algo ya que un día un señor fue a regalarle unos huevos y le dijo que no los recibía por estar robados; que se los devolviese al dueño. Otras veces tampoco recibía dones diciendo que se los entregasen a la familia ya que los necesitaban más que él.

c. VIAJES

¿Por dónde anduvo? Los testimonios no son concordes sobre su itinerario. Se ve una constante. Estuvo en el Patía Viejo, en el Patía Nuevo desde El Playón hasta Salahonda. Subió por el Telembí, anduvo en San José y Barbacoas; también en la carretera de Pasto. Pasó una misión en Payan. Yo quise averiguar si estuvo en la costa externa y me dijeron que estuvo en Pitan no en San Juan.

Siguiendo los testimonios de las personas, cada uno deslabazado del otro, cosa que es lógica dado que cada uno le **vio** venir y marcharse sin referencia de ninguna especie, he construido este itinerario que no quiere decir que sea cronológico.

Una persona que dice tener más de 90 años me dijo que había venido del Ecuador a Cabo Manglares y Bocagrande. Todas estas poblaciones de la costa.

En Bocagrande pidió montarse en el buque Tumaquito y no lo quisieron llevar. El Tumaquito se hundió.

Una señora muy anciana recuerda que llegó a San José en el mes de febrero-marzo para la fiesta de San José en tiempos del padre Veintemilla.

Apareció por el Patía Bajo.

Un señor de 78 años me declaraba que hacia 1909 ó 1910, en tiempo de Veintemilla, llegó la noticia a San José de que había aparecido un sacerdote en el río Nansalbí, Patía Arriba. Fue bajando hasta Cuandambí, en el Patía Viejo. El párroco de San José, Rosendo Veintemilla, le invitó a predicar una misión en San José. Este testimonio coincide básicamente con el anterior.

Una señora nacida el 20 de enero de 1889, afirmando estar casada cuando vino el Padre Mera y se casó en 1908 decía: "Vino el Padre Mera a Chimbuza, río Patía. No sabía de dónde había venido; había oído que venía de la costa. De Chimbuza se marchó a Papí y de Papí a San Pedro del Vino ambas poblaciones en el río Patía y por último a Salahonda". Una frase sobre su origen: "Decían que había salido de un gradual en la costa".

Otro señor muy anciano, ya casado cuando conoció al Padre Mera, afirmó haberle conocido en Barbacoas. La primera llegada fue en Bocas de Telembí.

Hay otros testimonios de que marchó hacia Patía Viejo en donde permaneció mucho tiempo. No he podido hacer una investigación en el Patía Viejo.

d. PERSONALIDAD

¿Cómo nos Jo presenta el pueblo? Se presentó como misionero predicador animario a rezar. Cuando confesaba ponía como penitencia rezar todos los días el rosario hasta la siguiente confesión. Para poder rezarlo y contar bien las Ave María solía regalar camáldulas construidas por el mismo a base de cuerda con nudos.

Un detalle que me hizo gracia es que le faltaban varios dientes. De altura tenía como un metro con setenta centímetros. Vestía de color negro.

Sus sermones eran muy fuertes. Hacía llorar. Nos dicen que hacía años y años que andaba con la misma sotana y siempre la tenía limpia y muy planchada. Su comida, cuando comía, eran unas pocas lentejitas cocinadas por él mismo. Regalaba todo lo que recibía. Hay personas que dicen que no comía nada. Su bebida era el agua de coco o las pipas. Cuando iba a beber agua de lluvia la mandaba hervir. Su edad, cuando lo conocieron de unos 35 ó 40 años. El color de su piel era trigueño. Estuvo hacia 1910.

Para dormir le hicieron un acomodo, le pusieron un catre con sábanas limpias. Terminó la misión y la cama estaba como se había dejado. Dormía poniendo como almohada un tronco de balsa.

Un día al acabar la misión cerró la puerta de su habitación. Unas mujeres que se quedaron conversando quisieron hablar con el Padre Mera y lo encontraron "enlutado" sin tener luz de ninguna especie; crucificado boca abajo. Al día siguiente se levantó y preguntó: ¿Quién me vio anoche?. Las señoras quedaren asustadas. Entonces el Padre Mera les dijo que eso no se hacía nunca, que nos las maldecía por la ignorancia pero que no tenían que haberlo hecho. ,

Su cuerpo aparecía ciliado, por eso tal vez no mandaba a nadie que le lavara la ropa **que** mantenía siempre como recién lavada y planchada.

Todo el mundo dice que no era igual que la gente humana de la tierra. Me dicen que era San Antonio. Era padre santo, no dormía en blando. Una persona afirma que al ir a acostarse se hincaba de rodillas y se ponía a orar; entonces el cuarto, estando a oscuras se iluminaba. Tenía en las manos "tapiaduras" como las de San Francisco. Era santo porque no comía. No miraba de frente; los ojos bajos que sólo tos levantaba para predicar "**No era de la tierra sino del cielo**" es la frase escuchada que resume al Padre Mera.

e. PENSAMIENTO

Conozcamos algo del pensamiento del Padre Mera según lo **que** he podido recoger en mis correrías.

Anunciaba el fin del mundo con versos como estos:

Estad alerta cristianos/que les vengo a dar aviso
lo que les ha de pasar/llegándose el día del juicio

Llegándose el día del juicio/ha de haber siete señales
lloverá copiosamente/fuerte aguacero de sangre

Tocaba los temas del anticristo y del fin del mundo. Es lo que más les ha quedado grabado. No permitía que en la iglesia entrasen bombos ni cununos; prohibía los bailes y no dejaba a las jóvenes asistir a ellos por ser "perdidas" de la juventud. Los arrullos en la iglesia los consideraba como cosa santa. El mismo los cantaba pero sin bombo. Seguramente los componía para enseñar la doctrina. Serían los alabaos.

Rezaba diariamente el rosario a la Virgen y mandaba rezarlo como ha quedado reflejado en otro lugar.

Imponía el trabajo para producir comida suficiente ya que iban a venir tiempos de "caridad" o carestía. Mandaba sembrar yuca, plátano, arroz y papa y él mismo ayudó con sus bendiciones a que prosperasen estos productos.

Sobre los bailes decía que eran cosas del diablo. Ir a un baile era ir al infierno. Un testimonio acorde es este: Lo que más condenaba eran los bailes y mancebía.

Dicen que creó las Hijas de María y que después de marcharse mantenía correspondencia con ellas.

Entre los cantos que enseñó he encontrado estos fragmentos:
Mi Jesús viene a mi morada/desde su trono de majestad
hoy me despierta Oh alma mía/cuando tu dueño te busca ya

Si al cielo quieres ir/blasfemiía no profieras
ni en falso jurar quieras/prefiere antes morir

Su pensamiento puede quedar resumido en estos versos recogidos en el río Ispí:

Cuando vino el Padre Mera/de todo nos predicó
que todo pecado perdona/pero que el baile sí, no

A un hombre lo levantó/hincao en el confesionario
que fue porque le dijo/que había cantao con el diablo

3 . PASO A LA LEYENDA

Estos versos dan paso a escribir lo que el pueblo nos ha dejado del Padre Mera, por lo menos lo que he podido recoger.

Cuando salió el Padre Mera/todos quedamos aplaudidos
porque nos viene a sacar/de los caminos perdidos

El Papa Santo de Roma/nos ha mandado gaceta
que se ha perdido un ministro/de la santa Madre Iglesia

Cuando salió el Padre Mera/salió por la serranía
retirando a los demonios/rezando el Ave María

El entró por la montaña/bajó por la serranía
y en lo obscuro del camino/castigando le venían

Se subió por las montañas/bajó por la serranía
apartando oscuridades/destruyendo la herejía

Cuando se paró en la peña/y se puso a predicar
hasta los peces del mar/salieron a escuchar

Cuando el Padre Mera vino/a Colombia a visitar
a todos los colombianos/les enseñaba a rezar

Una comisión subía/que lo iban a agarrar
la cruz les puso al frente/y detuvieron el andar

Toda la mercadería/el la mandó rebajar
plátano, harina y arroz/y aguardiente y lo demás

Cuando bajó de los cielos/de medio huevo comió
Para ver si nos comprendimos/ que lo mandó el mismo Dios

Un vaso de agua pidió/y un hombre se lo negó
pero no sabiendo aquel/si sería el mismo Dios

Cualquier pan él no comía/cualquier agua él no bebía
sólo se desayunaba/con el nombre de María

San Antonio Bendito/Santísima Trinidad
si no viene el Padre Mera/nos íbamos a acabar

Cuando se fue el Padre Mera/quedamos todos placidos
nos ha venido a sacar/de este camino perdido

Cuando vino el Padre Mera/ bajó por la serranía
bautizando a los moros/destruyendo la herejía

En una casa llegó/y una posada pidió
y a las doce de la noche/en Cristo se convirtió

En una misa que hizo/en San José de La Laguna
sudaba gotas de sangre/sin tener culpa ninguna

Cuando se fue el Padre Mera/quedamos todos torosos
nos ha venido a sacar/de este camino espinoso

Dichoso el mes de septiembre/que a las almas convertía
porque el veintiocho llegó/el padre Jesús María

Cuando el Padre Mera entró/en la iglesia de San José
mil cosas les anunció/y todo el pueblo decía
este ha sido el mismo Dios.

Hasta aquí son cantarcillos sobre el Padre Mera. Ahora fragmentos de composiciones poéticas referentes al mismo o que tuvieron alguna relación con él.

La marimba y la sonaja/con el baile y el cununo
si no olvidamos todo esto/no hemos enmendado ninguno

El Rosario de María/fue el que más recomendó
de rezar tarde y mañana/pa ver la cara de Dios
No lo hemos atendido, no, /no tenemos mucho miedo
ni un tantico de recelo/lo que el sacerdote hablaba
sino todo nuestro anhelo/la marimba y la sonaja

Esto dijo el Padre Mera/ que el fin se los iba a ver
y se perdió el Tumaquito/ por causa del carrusel

Cuando se fue de Tumaco/ dijo, a mí no me han de ver "
en la caldera llevaba/ montadito el carrusel

y dijo dónde lo pondró/pa que se vaya pintando
 y se vaya señoriando/en medio del papacüo
 y del Cabo le escribieron/que se perdió el Tumaquito

Cuando llegaron al Cabo/pegó una fuerte carrera
 y dijo botar los botes fuera/que viene la tintorera
 que se desate esa fiero/a querérsenos tragar
 Dijeron, vamos "patrás\Vque está el vapor reventando

- I llenito de Solimán/Y cuando llegó la caldera
 V pegó el grito el capitán/dijo de mí no se acordarán
 porque ya voy condenado/llevo el culo abombado
 me costando la vida/échenle cincuenta libras
 porque ha quedado viajando/la República y el Bolívar
 Entonces Don Marcos se puso en brinco/y trasidado el color
 y dijo me pesa el haber mandado/mi barco pa el Ecuador
 Contestó el otro señor/Sólo tendré que luchar
 porque la que ha quedado viajando/la República y el Bolívar

Como se ve en esta composición se ve algo de relación entre el hundimiento del Tumaquito y el Padre Mera. Me parece que en ella hay fragmentos de dos composiciones sobre hundimiento uno del Tumaquito y otro de algún buque con motivo de alguna guerra.

4. DOCUMENTOS

Hasta aquí el testimonio del pueblo. Voy a presentar lo que he encontrado en documentos.

Ante estos testimonios tenía mi expectionismo sobre el Padre Mera. No había podido encontrar ningún documento sobre su persona. Un dato sobre edad me orientó para buscar en libros parroquiales. Pasando hoja por hoja los libros de la parroquia de San José de La Laguna en el libro de Bautismos de 1910 encontré esto: "OCTUBRE. En Chimbuza a doce de octubre, el Señor Presbítero Dr. D. Jesús Ma. Mera con la suficiente autorización del infrascrito Párroco bautizó a los siguientes niños: /.../ Estos treinta y cinco bautismos fueron hechos en las misiones que predicó en Chimbuza el Rdo. P. Jesús Ma. Mera. De todo lo cual doy fe. El Párroco Rosendo Veintemilla".

Nuevas pesquisas me llevaron a lo siguiente. Buscando el final de su vida se me ocurrió mirar los libros de bautismos de la parroquia de Florida Valle, ya que había oído que había nacido allí. En el libro 6 y en el folio 98 encontré esto: "En esta Santa Iglesia parroquia de San Antonio de Florida a los veinte y siete días del mes de enero /con otra letra/ de mil ochocientos setenta i dos: yo el cura interino de esta parroquia bautize solemnemente puse oleo i crisma a Jesús María nazido de siete Días hijo lejítimo de Pedro Mera i Eloiza Penagos, abuelos paternos Sebastián Mera i Elisa Covo, abuelos Maternos Leonarda Penagos, fueron sus padrinos Paulino Llanos i

María Aurora Ura, todos vecinos de esta parroquia lo que testifico i firmo. M. Parménides Velasco/ rubricado/"

Hasta el momento no he averiguado dónde se ordenó. Sé que en el año de 1909, en Mayo, está en Pradera, Valle, como Coadjutor; la Semana Santa de 1910 la pasa en Guapi, Cauca. En octubre de 1910 en Chimbuza, Patía y de aquí marcha al Patía Viejo o río Tabujo; lo recorre desde sus cabeceras hasta la desembocadura y llega hasta Salahonda en donde está en marzo de 1911; sube el río para pasar la Semana Santa de 1911, que fue en abril, en Payan. De aquí al río Tabujo y más tarde a Barbacoas donde permanece desde junio hasta agosto de 1911; ejerce de párroco ya que firma los libros. Un silencio sobre él. En mayo de 1912 está en Cuandambí, río Patía Viejo. Este río fue el más visitado por el padre, mientras permaneció en el Vicariato. Los testimonios apuntan hacia Iscuandé y Tapaje pero se quemó el archivo parroquial y es imposible saberlo. Desapareció, como dicen por aquí.

Según personas serias, hacia 1919 estuvo de párroco en Puerto Tejada. Entre 1920 y 1926 aparece en los archivos parroquiales de Pradera, Candelaria y Florida, unas veces firmando libros otras veces recorriendo veredas como misionero. Desde febrero de 1926 a julio del mismo año firma los libros parroquiales de Florida, Valle. El 11 de julio de 1926 firma la que probablemente es su última partida; su letra se ve desgarrada, rota, como la de una persona enferma. En agosto del mismo año muere en Palmira. La partida de defunción que se encuentra en la Catedral de Palmira, en el libro 32 y en el folio 426 dice así:

"En el cementerio de Palmira, parroquia de Ntra. Sra. del Rosario del Palmar, a dos de agosto de mil novecientos veintiséis, se dio sepultura eclesiástica al cadáver del adulto Jesús María Mera, sacerdote, hijo de Pedro Mera y Eloísa Penagos, de cincuenta y ocho años de edad más o menos; murió en el Hospital, de tisis intestinal; recibió los sacramentos. Doy fe Guillermo Becerra C. Pbro. /rubricado/".

Esta es una síntesis de los datos que actualmente poseo sobre el Padre Mera; no escribo las notas porque la obra no es una biografía y sólo pretende presentar una semblanza sobre el padre Mera

5. REFLEXIÓN

¿Cuánto tiempo permaneció en la costa? ¿Fueron sólo estos dos años desde 1910 a 1912? El Padre Mera es un personaje que ha causado impacto en la gente como puede comprobarse por lo expuesto. Creo que a todo agente de pastoral en la costa del Pacífico debe hacerle pensar este hombre. ¿Por qué fue tan importante para el pueblo? ¿Cuál fue el secreto de su predicación o de su vida?.

Una de las claves explicativas creo que fue la de que el Padre Mera era descendiente de esclavos; su abuelo parece que era esclavo del Sr. Julián Mera. Pero no podemos limitarnos sólo al hecho de la raza; tuvo que haber algo más. Probablemente fue su vida, extraña pero creo que sincera en

cuanto a entrega al pueblo.

El Padre Mera supo aprovechar los valores del pueblo y traducir en las formas del pueblo el mensaje cristiano según la concepción de principios de siglo. Por eso no se le puede criticar con el pensamiento de hoy; hay que hacerlo con el pensamiento de inicio del siglo. Cada pueblo habla un lenguaje propio y adaptado al tiempo y modo de ser de una época. Creo que el Padre Mera, sin haber estudiado antropología aplicada a la pastoral la puso en práctica y sobre todo la vivió. Tal vez el secreto de su existencia fue este: Hacerse como ellos.

No quiero terminar este capítulo sin poner una poesía sobre el Padre Mera; está incompleta.

Tengan presente, cristianos
que anda un padre aparecido
se llama Jesús María
que de los cielos ha venido

Desde adelante de Roma
vino haciendo una misión
vino rodeando Colombia
Francia, Quito y New York
pasó para el Ecuador
a conquistar al indio bravo
hablando a los corazones
tengan presente, cristianos.

28. LEYENDAS

CARTAGENA - DEPARTAMENTO DE BOLÍVAR

NOTA:

PORTO DE GONZÁLEZ, Judith, Al filo de la leyenda, Cartagena, Imprenta Departamental. 1982, p. 29- 199

Recopilación de distintos textos de leyendas de la tradición oral de la población negra de la ciudad de Cartagena. Los textos presentados ofrecen una redacción literaria del lenguaje popular.

LA IMAGEN DE SAN ANTONIO

Cuando llegó a Cartagena de Indias la familia de Luna, (familia de rancio abolengo, con un título de marqués de los Pinares, otorgado por doña Isabel La Católica, a don Ruy, uno de sus antepasados, por sus valerosos servicios durante la lucha contra los Moros), se instaló en una de las casas más hermosas de la calle de la Factoría, muy cerca de la del marqués de Valde Hoyos.

Gran portón de aldabón de leones de bronce, amplio zaguán a cuyo fondo comienza la majestuosa escalera, bordeada en su primer tramo por las rejas de madera que cubren los arcos del portal que da al patio del aljibe, tenía la majestuosa mansión de las de Luna.

Al llegar al descanso de la escalera la puerta del entresuelo dejaba ver el salón de costuras y juegos de las cuatro niñas de la casa, de cuyas manos, decía la gente, salían los más delicados bordados y lencería que jamás pudieron haberse visto.

Arriba, el gran salón de recepciones. A lado y lado, sendas recámaras, eran las ocupadas por las hermosas niñas de Luna, cuyas edades seguidas de 15 a 12 años hacían mantener la casa en constante holgorio y alegría.

En la gran sala de recepciones, decorada con lujo austero acorde con la época, se festejó la primera boda, de la segunda de las hijas, María, con el hijo de don Alfonso Portocarrero, uno de los comerciantes más importantes del país.

Entonces, Eulalia, la mayor, contaba dieciocho años, y ya tenía tres años de estarle rezando al Santo de su devoción, para que le trajera el novio deseado. En esos días lo alumbraba en la repisa de su cuarto en cuyo reclinatorio a los pies de la Imagen, al igual que sus hermanas, le pedía un buen marido. Pero el santo parecía sordo a sus ruegos; y cuando Miguel Portocarrero apareció hoyando la calle de una esquina a la otra, y al mirar para el gran balcón de las muchachas, todas pensaron que era a la mayor; pero desde el Sarao, en casa de don Alfonso, el caballero se decidió por atender a la segunda de las hermanas, sin mirar siquiera a Eulalia.

Tiempo más tarde se realizó la boda y fue entonces cuando Eulalia trasladó la Imagen de San Antonio para el entresuelo, lugar destinado a la costura de las muchachas.

Le puso allí porque era más fácil rezarle a todas horas, cuando, puntada tras puntada, y sentada frente de la Imagen, soñaba con el caballero que vendría a solicitarla en matrimonio, y la llevaría al lugar milagroso fabricado por su imaginación y romanticismo.

¡Pero nada! La segunda boda, al año siguiente fue, la de Sara, la tercera de las hijas, quien enamoró perdidamente al joven médico Juan García.

Comenzaba a mortificar a la muchacha, a pesar de su innata alegría, cierta preocupación por el matrimonio y en más de una ocasión le preguntó a su madre:

-Madre, y en verdad tú si crees que yo soy hermosa?

-La más hermosa de mis hijas, Eulalia! Qué pregunta!... No te desesperes que pronto llegará el príncipe de tus sueños.

Se aproximaban los días de la Semana Mayor, cuando llegó a la ciudad sobrino del Virrey Antonio Flórez y en la Misa Mayor de la Iglesia de Santo Domingo el caballero comenzó a mirar a las dos muchachas de Luna, quienes, en compañía de sus padres rezaban fervorosamente.

Con codazos discretos se anunciaron las muchachas, la una de veinte años y la menor de diecisiete, la presencia del caballero y sus insistentes miradas.

Esa tarde comenzó el joven a pasar por la calle de la Factoría, y la señora madre con disimulo y astucia le puso trabajo a Mercedes, la menor de las hijas, para que sólo estuviera en el balcón, Eulalia.

Por la noche, Eulalia bajó al entresuelo a postrarse de hinojos ante el santo y rezó casi en voz alta:

-San Antonio, ¡San Antoñito de mi vida! a quien le he rezado desde que tengo quince años? A quien le he pedido un buen novio? Por Dios, óyeme!... Por última vez, San Antonio, óyeme! Que el sobrino del Virrey sea para mí!... Es el último plazo que te ponga!... o me lo das a mí, o no te rezo nunca más! Deseo, por lo menos, ser la tercera en casarme! Recuerda que soy la mayor... Sería bochornoso quedar de última! -Levantándose y convencida de que el santo no podría esta vez fallar ante sus ruegos, subió a su cuarto tranquila y sosegada.

Pero, oh, sorpresa! Al día siguiente al venir por la tarde, como de costumbre las hermanas casadas de visita a la casa paterna, María les anunció que había estado en casa del Virrey Flórez...

-No me habías dicho nada, Mercedes, de que eres tú la que has prendado en forma tan fulminante al sobrino del Virrey!

Un dúo de "oh" salió de las dos muchachas, el uno, el de Mercedes, sorprendido y el de Eulalia, decepcionado.

La conversación siguió alrededor de la familia del Virrey y Eulalia buscó un pretexto para ir al entresuelo.

Recogiéndose la gran falda de muselina rosa, corrió escaleras abajo. Sus pasos precipitados, denunciaban el estado alterado de sus nervios.

Entró al entresuelo apresuradamente, y dirigiéndose a la imagen de San Antonio, la tomó entre sus manos y le increpó:

-Con que esos juguetos tenemos, eh?... Ahora te vas de esta casa!- y sin pensarlo más, se acercó a la tribuna y tirando la imagen a la calle, sin siquiera mirar cómo caía el pobre santo, salió al descanso de la escalera, arrebolada, temblorosa y agitada.

Iba a subir, cuando sintió pasos precipitados en el zaguán y se contuvo en seco.

Un caballero vestido de militar, con kepis en mano y sus finas facciones pálidas por la contrariedad que traía, se abalanzó sobre las escaleras, casi saltando sobre sus peldaños.

El militar se detuvo e hinchando el pecho por la respiración agitada, la cual lo hacía temblar, preguntó:

-Señorita..! quién ha tirado esta imagen por el balcón?

-Yo! Por que? -contestó jadeante de emoción por la decisión tomada contra el santo.

-Mire!

La muchacha casi se desmaya de la impresión. El caballero tenía rota la cabeza y la sangre le manaba en forma copiosa y comenzaba a correrle por entre los ensortijados cabellos rubios.

-Oh!... Dios mío!... Ay! Qué castigo, Antoñito!... Venga! Venga!... Le curaré enseguida!... Aquí hay un módico! Ay, Antoñito! Qué cosas me haces!
-Y tomando al militar de la mano, llamando a gritos a su cuñado el médico, Juan García, subió la escalera remolcando al apuesto y sorprendido militar.

-Me sabe usted mi nombre, señorita?

-Ay... Cómo?

-Como dice Antoñito... y ese es mi nombre!

-Se llama usted Antonio también?... Hablaba con... Dios mío! qué forma de traerme un caballero... -Se tapó la boca confundida por sus propias palabras.

Tiempo más tarde, y antes de la boda de Mercedes con el sobrino del Virrey, se celebró la boda de Eulalia con el Brigadier de la Armada Española, don Antonio del Castillo, la cual como las dos anteriores revistió toda la pompa que por su alcurnia y belleza, merecía la muchacha.

AL CONVENTO

Los cascos del caballo resonaban en la quietud de la noche, hablando el coche por las estrechas calles, y a veces, en la oscuridad, brillaban las menudas chispas de las herraduras sobre el adoquín.

Ni un alma traficaba por esas calles de Dios, de Cartagena de Indias, en esa noche sin estrellas de octubre de 1811, cuando por fin se detuvo el coche frente a un severo portón...

Un caballero de amplia capa negra, y sombrero del mismo color, descendió rápidamente del vehículo, y atusándose el bigote, tomó el aldabón y llamó insolente a la vez que daba los golpes:

-Sor Angélica... Sor Angélica... Abrid... Abrid pronto!... Gente de paz!

En el silencio de la noche, el eco de la potente voz se alargó por toda la calle hasta chocar contra las murallas... Algún pestillo de las celosías de las casas vecinas fue corrido con sigilo para averiguar quién era el escandaloso que se atrevía a irrumpir la paz de la calle conventual, llamando precisamente

a la puerta de las monjas...

Volvió el caballero a golpear la puerta con el rústico aldabón, y más apremiante gritó:

-Sor Angélica!... Abrid... Es el Castellano del fuerte de San Sebastián del Pastelillo... Don Alvaro de Enciso y Fuenmayor... Abrid!

Don Alvaro se impacientaba y ya iba a tocar de nuevo, cuando el correr lejano de un cerrojo, seguido de diminutas pisadas argentadas del chocar de las cuentas, cruz y medallas del rosario, detuvieron su mano en el aldabón. Luego, una voz soñolienta aún y delgada, preguntó:

-Quién llama?

-Servidor de vuestra merced... Don Alvaro de Enciso y Fuenmayor... Cruz... -murmuró más quedo, muy cerca de las maderas del portón, para indicar el "santo y seña" de las Monjas.

La monja quitó la tranca, corrió el cerrojo y abrió la puerta pequeña del portón.

-Alabado sea Jesucristo, Don Alvaro...Pasad...

-Alabado sea!...-Se volvió al coche y dijo:

-Bajad!..Bajad pronto María del Pilar, que mi paciencia se acaba!

Su tono traslucía lo cierto de sus palabras.

Una figura femenina envuelta en un amplio mantón que le cubría casi todo el rostro y el dorso, bajó del coche y entró seguida del caballero al zaguán del convento.

-Pasad...Pasad al salón...

La monja cerró tras ellos la puertecilla y con la palmatoria en la mano bs guió al saloncito antiguo a la reja del zaguán.

-Sentaos, por favor!

-Sor Angélica!...aquí os la traigo...y no hay remedio...ella prefiere la toca y el claustro a obedecer...

...?

-Otra vez asida a la reja con ese traidor faccioso!

-Hija mía! -susurró la monja.

La muchacha se había vuelto de espaldas y trataba de mirar el reflejo que producía la palmatoria que la monja había colocado en la mesa, ante el cuadro de Jesús Crucificado que pendía de un alto clavo en la pared central.

-Veis?... Es una rebelde!... Lo ha dicho!...Que prefiere el claustro a obedecer a su padre!...No ha habido forma de disuadirla! Noche tras noche, a horas distintas para despistarme, ha platicado en la reja con ese traidor de la patria!

-No es traidor! -se volvió María del Pilar a replicar.

-Silencio!... es traidor! Es de los que se reunían el año pasado en casa de García de Toledo!... es de los que traman contra el gobierno de España! es de "esos" -y en la palabra "esos", compendiaba todo su desprecio.

-Padre... por dios, oídme!... No es traidor!... bien comprendéis cómo son tratados los nacidos en el país!... los creéis esclavos... apenas sí se les concede el derecho de ir al Cabildo, pero a las cortes de España!...Ya se han

burlado de ellos! No se les escucha!

-Callad!... Callad!... -agitado, prosiguió:

-Veis, Sor Angélica?... Si la oyera algún enemigo nuestro, os aseguro que seríamos acusados, sus hermanos y yo, de traidores!... Ese hombre ha cambiado a la gentil muchacha que era María del pilar... Os la dejo!... Bien os lo dije la semana pasada, que si volvía a sorprenderla, la recluiría aquí para siempre! Es preferible entregarla a Dios, que a los traidores!... Vigiladla, Sor Angélica, que es capaz de escalar las tapias para fugarse!...

-Descuidad... sabemos cómo se manejan estos ímpetus de juventud!... y... él...?

-He ordenado aprehenderlo, y si se lo comprueba algo en el juicio, enviarlo a Cádiz...

La muchacha se estremeció, pero con orgullo levantó el rostro y dijo:

-Nada le encontraréis... Creéis que es tonto?... A menos que inventéis!...

-Hija mía! Hija mía!... Es vuestro padre!... Más respeto!...

-Os la dejo... os la dejo! No tiene remedio!... Ah, si su madre viviera qué diría!

-Ella?... no recordáis que es una Rodríguez Torices, prima de don Manuel? Já! Já! de mi lado estaría! Os lo aseguro!... me defendería!...

El caballero se abalanzó sobre la hija insolente, pero la monja que estaba atenta, se apresuró a ponerse entre los dos.

-Idos, Don Alvaro, idos! Estad tranquilo, que yo lograré poner paz en este joven corazón que confunde el amor con un deslumbramiento fugaz! Id con Dios!

-Está bien... -tomó el sombrero, el cual había tirado en un sillón de los del salón, e inclinándose delante de la monja, dijo:

-Dios la bendiga!... Adiós!

-Alabado sea Jesucristo!

María del Pilar es puesta bajo la custodia de la monja más recta de la Orden, Sor Fernanda, quien tiene fama de no dejarle pasar a las postulantes una sola falta, en el camino de la Perfección.

Sor Fernanda es alta, gruesa, de porte glacial y severo. Sus treinta y cinco años los lleva con altivez y desde que, según el cuchicheo de las otras monjas, fue llevada al Convento por su padre, quince años atrás, porque se enamoró de alguien inferior a su alto rango, se consagró al Crucificado, haciendo de su dolor una virtud, de su frustración amorosa, celos hacia la perfección. Llevó en el siglo un apellido, de los más encumbrados y conocidos de la ciudad.

En el jardincillo de granadas y cerezos del convento, las postulantes, vigiladas por sor Fernanda, hacen labor... de sus gentiles dedos van brotando, sobre la blanca tela de gasa, amapolas y lilas diminutas para el manípulo que temblará más tarde bajo las augustas manos sacerdotales que

convertirán en Manjar de Manjares el pan de la humilde Hostia.

Sor Fernanda desea oír las cuitas de María del Pilar, porque allá muy dentro de sus dormidos sentimientos, tiembla una lágrima de angustia por el dolor de esta muchacha blanca, de ojos negros, que ha traído al Convento un padre furioso la semana anterior.

En toda la semana la niña no ha querido hablar con nadie, y se ha resistido a comer. El confesor del Convento, Fray Pedro, es el único que ha logrado palabra con la niña, pero no ha obtenido su confesión. Ella dice que más tarde, que aún se siente como paralizada de sentimientos, y el buen Franciscano, aplaca los puritanos celos de Sor Angélica, diciéndole que es mejor que la niña se conduzca sincera que confesándose sin deseos. Cuando lo haga, será porque se ha arrepentido y gloriará más al Señor.

Sor Fernanda se acerca hacia María del Pilar, quien, en una silla baja pegada al muro, entre puntada y puntada se deleita en sus pensamientos.

A veces temple tanto la sutil tela en el pequeño tambor, que al sacar la aguja un sonido asordinado de botella que se destapa, la induce a meterla al hueco siguiente con más efervescencia.

-A ver, cómo vais?

Ella, poniéndose de pie, estira el tambor y muestra su trabajo.

-Muy bien... Ved... esta hojita... -dice la monja -aún estáis triste?

-Por qué?

-María del Pilar... -la monja susurra su nombre con dulzura...

-Decía algo, Vuestra Reverencia?

La conversación se inicia suavemente y sin saber por qué o quizá porque las penas ahogan el corazón de la niña, van brotando las confesiones, los sentires, las palabras, hasta que las lágrimas saltan de los ojos negros. Los ojos azules de la monja se humedecen también, y pregunta:

-Cómo se llama él?

-Henrique de Ayos y Lozano...

Una exclamación, contenida en aspiración, sale del pecho de la monja.

-Henrique de Ayos y Lozano?

-Lo conoce vuestra Reverencia?

La monja mira hacia el cielo que cubre el jardincillo de las granadas y las cerezas, y dice:

-Hace quince años... cuando fui traída al Convento, por un caso similar al vuestro, después de mi frustración amorosa, lo que más me dolió fue dejar un niño desconsolado, de ojos azules, que se asía a mis faldas para que no me fuera del hogar! ...Sus gritos me alcanzaron hasta el final de la cuadra... Era mi hermanito menor, a quien yo había cuidado y querido como un hijo... Mi madre, como tenía seis más, me lo entregó al nacer... tenía yo trece años!... pero le puse mi cariño... era mi Quique adorado!.

-Sor Fernanda! -La muchacha, emotiva como siempre, toma las manos de la monja y las besa con calor.

-Jesús!... Niña!

-Bendita!... Bendita! Me ayudará Vuestra Reverencia?... porque no

soy como Vuestra Reverencia... no resisto el Convento! y sé que Henrique me espera!... Puedo tener una esperanza?...

-Sea!

A medio día las campanas de la iglesia contigua al Convento comenzaron su lúgubre doblar a muertos... Las gentes vecinas se inquietaron y cada una, desde su casa, envió razón a la puerta de las monjas a preguntar la mala nueva.

La vieja Tornera, entre compungida y asustada, decía:

-Una postulante!... Ha muerto casi de repente!...apenas anoche se quejó de un fuerte dolor en el corazón... esta mañana vino el médico y dijo que llamáramos al confesor... apenas sí ha tenido tiempo, la pobre!... Sor Fernanda, quien le había tomado mucho cariño, la vela constantemente...

-Cuándo la entierran?

-Mañana temprano!

-Cómo se llamaba?

-Sor Del Pilar...

-Que en paz descanse!

En el Convento las monjas cuchicheaban por los Claustros:

-Se puede morir de amor, Sor Clara? -preguntó arrebolada una postulante.

-Ya veis que ha sucedido, hija mía!... Esa doncella no quiso comer más... le bastaron treinta días para consumirse...

-Pero no pidió su belleza... Cada día la vimos más lozana...

-Ah! se le paralizó el corazón!... Pobrecilla! Nuestro Señor Crucificado la tenga en su Gloria!

En la celda de la muerta, cuatro cirios velan el ataúd, dentro del cual más bella que nunca, aparece, entre la blancura del hábito y la toca, la virginal María del Pilar. En sus manos han puesto la cruz y una florecilla.

Las monjas, a distancia del ataúd cantan un Réquiem tristísimo, turnándose de tiempo en tiempo cada grupo de seis. Sor Fernanda, pidió ser la veladora Mayor, cargo que en el Convento le toca hacer a las monjas que han profesado los votos perpetuos.

Sor Fernanda, de vez en cuando, alza su azul mirada, por la tribuna abierta ahora, para que entre aire fresco en la pequeña habitación. Un árbol de almendra frondoso y verde, cubre todo el horizonte, tapando el lindero del muro conventual, que da a la calle aldeaña a la muralla.

La Abadesa dispuso que al entrar la noche, el ataúd ya cerrado, pase a la Iglesia para velarlo allí hasta la mañana siguiente, en que se le cantará Misa de Cuerpo Presente, pues ya el padre y los hermanos de la difunta vinieron y lloraron a sus pies.

La claridad mortecina de la tarde, apenas alumbraba la estancia

filtrándose por los claros de la enramada del almendro, el cual, apenas si se mueve en la incipiente brisa nocturna...

Le toca cambiar de turno a las monjas para rezar el Réquiem a la muerta... Ellas cierran sus libros y, silenciosas, se santiguan y se marchan por el corredor...

Sor Fernanda, majestuosa y rápida, se acerca a la tribuna, hace un movimiento con la cabeza y mirando hacia el ataúd, dice:

Apresuraos!... no hay tiempo que perder!...

Es tan rápido todo, que contarle casi es imposible.

Se levanta la que se supone muerta, se quita la blanca toca, a la vez que por la tribuna se ve una figura gatuna que de las ramas del almedro, pasa sin esfuerzos a la tribuna de la celda conventual.

-Hermana!... mamita! -susurra el joven besando emocionado las manos de Sor Fernanda, mientras María del Pilar arregla el ataúd con la almohada, y desponjándose del hábito lo coloca encima, lo mismo que la toca, apresurándose en simular una figura humana.

Se medio alisa el vestido negro, el mismo que llevaba la noche que la trajeron al convento, y acercándose a Sor Fernanda le besa las manos.

-Bendita!... Bendita seas!...

Ella levanta la mano derecha para darles la bendición, mientras los dos se hacen a la rama del almendro.

-Recordad! En la iglesia de la Trinidad os espera Fray Pedro para uniros en matrimonio... tiene las dispensas para casar en esa iglesia!

Luego se vuelve, y tomando la tapa del ataúd, b cierra rápidamente... El grupo de monjas para rezar el Réquiem aparece en el umbral de la puerta de la celda...

LA SOMBRA

Como movida por un mandato interior saltó de la cama y se asomó a la ventana que da al patio, el cual está sombreado por el árbol de tamarindo, y los dos de coco. En el fondo, apenas sí se vislumbra la tapia que colinda con el convento de las Monjas XX.

En el primer momento no **vio** nada, pero escudriñando en la oscuridad e iluminada por la clara luz de la luna, esfumada, tenue, vaga, la Sombra gris se perfiló bajo el árbol de tamarindo.

LLevándose las manos a la boca, Ximena ahogó un grito de espanto. Era verdad, era verdad b que esta tarde le dijeron los vecinos cuando iba a tomar la casa. Era una casa "espantosa". Ahí salía un muerto. Pero, cómo despreciar la oportunidad si no se había atrevido a pedir posada en la ciudad,

por el miedo a ser descubierta, ni tenía a nadie a quien recurrir en esta ciudad extraña?

Tuvo que venirse de su pueblo, huyendo del hombre desconocido a quien su madrastra quería darla en matrimonio, y sin saber cómo, con los pocos centavos que tenía, se unió al grupo de mujeres que venía a Cartagena en peregrinación al Santuario de la Popa, a celebrar la novena.

Llegó a un estado de desesperación tal, que prefería la muerte, antes de verse unida para siempre a ese hombre repugnante, de quien decían, tenía la cara picada por las viruelas, con giba y sobre todo, con fama de malvado.

Contaban que tenía esclavos, a quienes, por cualquier falta, martirizaba en forma despiadada, y que les había dado muerte con sus propias manos, a dos esclavas porque se negaron a complacerlo en sus pretensiones deshonestas.

Así pasó huyendo por las calles más apartadas, siempre sobresaltada de que el Gendarme le fuera a encontrar y la llevara a las Autoridades. Sólo se hizo amiga de una anciana que se unió a la romería de la Virgen de la Candelaria, y cuando llegaron al pie de la colina de la Popa, como ella dijera que prefería seguir de largo a la ciudad, la vieja la siguió alegando que también necesitaba llegar cuanto antes a su empleo.

Como la muchacha le contara sus cuitas y además su actual situación de falta de alojamiento, pues no conocía a nadie, la buena vieja la llevó al barrio de San Diego y la recomendó donde una de las vecinas, quien le ofreció una casa desocupada que tenía en la calle de la Bomba para que la viviera el tiempo que quisiera. Le entregó las llaves y le prestó una cama de viento, pues a ella le interesaba que alguien la ocupara... (no dijo por qué) ni la anciana ni la muchacha preguntaron.

La casa lucía bien por fuera, con sus grandes ventanas de poyo hasta el suelo, su tejado rojo y su portalón de ancho zaguán al que se subía por grandes escalones de piedra. Abriendo el candado entró en el caserón.

Unos muchachos que jugaban en la calle se acercaron a ella y le dijeron:

-Va usted a entrar a esta casa?

-Se atreve a entrar ahí?

-Por qué no, si voy a vivir en ella desde esta noche?... Ahí trae ese muchacho la cama!

-Umm!

-Por qué?... Espantan? -preguntó ella.

Riéndose, uno de ellos, le dijo:

-La que se va a espantar es usted... Ya verá esta noche!

-Por qué?

Mientras hablaban, dos comadres vecinas se habían acercado al grupo que formaban ella y los muchachos, y como habían escuchado la conversación dijo la más vieja:

-Señorita, no entre a esta casa:. No le han dicho que es "espantosa"?

-Sale algún muerto?

La mujer, moviendo la cabeza, afirmó:

-Sale una sombra gris que se pasea por todo el patio! Dicen que es uno de los propietarios que vivió aquí y que enterró su tesoro!

-No creo que a mí me salga ningún muerto, porque yo no puedo sacar ese tesoro... Sin embargo... -dijo como hablando para sí-, de que no soy capaz por un tesoro?... Creo que no me espantaría si me saliera! -Sonriendo continuó:

-Gracias de todas maneras por avisarme... Si algo me pasa, ya las llamaré!

Su temor de que el Sereno la entregara a las autoridades y tener que volver a su pueblo donde la esperaba el matrimonio seguro, le hacían sentir una fortaleza y un valor capaz de enfrentarse a cualquier peligro antes que ir a caer en brazos de su pretendiente.

Al abrir el portón dio paso al muchacho que traía la cama "de viento" y le dijo que la pusiera en la alcoba que da al patio.

Las comadres entraron seguidas de los rapaces y escudriñaron todos los rincones de la casa hasta acercarse a la celosía del comedor que da al misterioso patio, el cual en ese momento, lucía lleno de hojas por la falta de limpieza y con una quietud angelical, ellas murmuraron entre sí:

- Qué valor el de esta muchacha!... No será también ella alma del otro mundo que ha tomado cuerpo humano?

- Será ella la Sombra? -dijo otra.

Ximena oyó el comentario y pensando que si a ella la tomaban por "alma del otro mundo", qué realidad podía haber en que saliera un muerto? No sería una fantasía de los vecinos?

Las comadres le ofrecieron sus servicios, y diciéndole que le mandarían la una un poco de pan y queso y la otra una taza de chocolate, se despidieron seguidas de los muchachos.

Ximena se distrajo recorriendo la casa, primero el salón, con sus dos ventanas de poyo, la alcoba, el comedor y luego, con un impulso se fue al portón del zaguán, lo cerró por dentro con el viejo cerrojo oxidado, le puso la tranca que tienen todas las casas de Cartagena, y volvió para abrir el candado de la puerta de la celosía.

Caminó varios pasos sobre el manto de las hojas menudas del tamarindo y como ya las sombras de la noche comenzaban a invadir todos los rincones, una sensación de paz y de sosiego le alegró el espíritu. Cayendo de rodillas, exclamó:

-Gracias, Dios Mío!... Por fin me siento segura!- y agregó:

-Ay! Si fuera cierto lo del tesoro y llegando a salirme esa Sombra Gris para iluminarme dónde está, sería capaz de enfrentármelo!

Después entró a la casa, le echó candado a la celosía y se dispuso a preparar su lecho.

Ahora, al ver, en verdad, la Sombra con una luz nimbándole, esfumada bajo el árbol de tamarindo, se estremeció de miedo, pero, en silencio, murmuró:

-No me podrá decir a mí dónde está el Entierro...? y si le preguntara?

Como si hubiera oído su ruego se destacó la Sombra y le hizo una seña de que saliera al patio.

Automáticamente, impulsada por esa fuerza sobrenatural que siempre tienen los alucinados, salió del cuarto, y caminó al patio, siempre por el mandato de la Sombra.

Sintió que el espectro la tomó por una mano y que suavemente la arrastró tras sí.

El frío de la noche la hacía temblar, hasta casi tener que hacer un esfuerzo para poder mover las piernas. A pesar de ello, sentía que el sudor le surcaba la frente y le corría por las mejillas. Era sueño?... o Pesadilla?... Por qué este escalofrío?... Sin embargo, seguía avanzando detrás de la Sombra... Se le ocurrió preguntar, y su voz le sonó hueca, como vacía!

-Hacia dónde me llevas?...

La Sombra se hizo más corpórea, y a ella le pareció que se volvía para mirarla y un susurro le trajo algo así como:

-Parte del tesoro es para tí...pero promete que irás cuanto antes donde el Gobernador y le pagarás el rescate del Prisionero No. 28... y te casarás después con él... es el heredero de esta casa!... deberás comprarla enseguida... pues él sabe dónde está el resto del entierro... dirás al Gobernador que eres la prometida del prisionero, y os queréis casar enseguida...

-Prometo casarme con él! Quién eres?

-La doncella de esta casa...y le sirvo a las Monjas... soy la única que sabe el secreto... Soy tu compañera de viaje...

-Señora Rosa! -y sintió que le zumbaban los oídos.

No supo si fueron horas o minutos los que caminó detrás de la Sombra que la llevaba desde la casa a través del patio, ni cuánto tiempo estuvo desvanecida. Pero sí recordaba el sonido de sus pies sobre la alfombra de hojas secas, que tapizaba el suelo.

Cuando abrió los ojos y se encontró al pie de la tapia que colinda con las Monjas, con cinco taleguitos en la falda y dos jarrones de plata alrededor, de pronto no supo en dónde estaba ni qué era lo que tenía a sus pies.

Después, recordó la visión de la Sombra, y abriendo uno de los talegos, murmuró:

-Oro!... Monedas de puro Oro! -y, alzándose de rodillas, exclamó:

-Gracias, Dios mío! Gracias por este entierro! -y de pronto recordó que había prometido casarse con un desconocido, a quien tenía que sacar de la cárcel.

Se levantó presta, y alisándose los cabellos y sacudiéndose la falda llena de briznas no sin dificultad, se echó los talegos y las ánforas en la amplia falda y se dirigió a la casa.

La tarea de sacar al prisionero no fue tan difícil, pues apenas amaneció ese día la muchacha, ya escondido su enorme entierro.en donde mejor pudo... levantando tres de los ladrillos del comedor, se dirigió al mejor

almacén de la ciudad, compró buenas telas para mandarse hacer unos vestidos y poder ir a visitar al Gobernador.

Luego compró algunos muebles, y comenzó a tratar con la dueña la compra de la casa de la Sombra, negocio que fue aceptado enseguida y a un precio irrisorio si se tiene en cuenta las magníficas condiciones de la hermosa casa y lo que la dueña no supo nunca: el tesoro enterrado.

A los ocho días, muy engalanada, precedida por una esclava que adquirió a un buen precio, se presentó a visitar al Gobernador, quien la recibió como a "doña Ximena de la Fuente y Henríquez", nombre positivo de la muchacha, pero que antecedido por el "doña" y la esclava, y adornada por el elegante vestido, fueron el golpe de gracia para, con el fuerte rescate, sacar al prisionero No. 28 que estaba en las cárceles de la Gobernación.

-Decidme, señora, y qué parentesco tiene el cautivo con vos?

-Excelencia, nada menos que mi prometido en matrimonio!

-Ah!

El Gobernador, galante, y deslumbrado por la muchacha, llamó a uno de sus servidores y ordenó:

-Por favor! Llevad a don Juan Ignacio del Río a mis habitaciones, cambiadlo, arregladle la chivera y bigotes, vestido con uno de mis mejores trajes, y decidle que su prometida, al igual que él están invitados a comer esta noche aquí en mi palacio...

-Juan Ignacio del Río... -dijo con un hilo de voz la muchacha y sintió que la vista se le nublaba y un zumbido en los oídos la hacían desvanecerse.

-Oh! se ha desmayado!... Corred, corred... las sales! -gritó el Gobernador.

Dos doncellas de palacio se apresuraron a echarle aire y darle a oler sales, mientras el Gobernador explicaba muy agitado:

-El amor... el amor! apenas pronunció el nombre del amado libre, doña Ximena no soportó la emoción.

Pero no sabía que ese nombre correspondía al monstruo de quien ella venía huyendo desde su pueblo, con quien su madrastra la quería casar.

La llevaron a la habitación de los visitantes, la acostaron, le dieron una bebida de Tila.

Las damas de la casa, cuando la vieron volver en sí, preguntaron:

-Os sentís mejor?

-Sí... gracias! -y con la obsesión que la minaba, preguntó:

-Está... muy... envejecido Juan Ignacio?...

Las damas se acercaron a la cama y con picardía y misterio, dijeron:

-Don Juan Ignacio tiene en revolución todas las faldas del Palacio... desde las doncellas hasta... esta cabecita loca... -dijo la madre tomando por el brazo a la adolescente quinceañera.

-Por qué, espanta?

-Espanta? Jesús, eno'inta!

La niña saltó:

-Es alto... galante, jran señor... amable, y con unas ojos verdes!...

-Callada, niña! Más respeto!

-Es malo decir la verdad?

-Una mujer debe ser discreta en la loa al varón!

-Es...todo eso?...no estaréis confundidas?...

-No lo conocéis? - la dama se asombró.

-Oh! sí! Pero tanto tiempo sin verlo, y además, cautivo!- disimuló.

-No... detenido por cuestiones baladíes de calumnias de enemigos..., que es distinto! Se trata bien y hasta se ha sentado a nuestra mesa algunas veces...

-Es tan simpático...

-Callada, niña!

-Se volverá a su hacienda del "Cortijo"?

Ella pensó que no había duda! Era el monstruo! El mismo viejo rico de la hacienda "El Cortijo" con quien le querían casar!

-Se volverán al "Cortijo"? -volvió a preguntar la niña.

-Oh, no sé qué planes tenga Juan Ignacio!

Una doncella anunció que el caballero esperaba en la sala.

Ximena se enfrió, pero resolvió salir de dudas, y *skftíduó* a la doncella, entró en el salón.

El Gobernador conversaba con un apuesto caballero rubio, quien, al sentir sus pasos, se volvió para exclamar:

-Oh!... Ximena! mi Ximena! -y se inclinó a besarle las manos.

Ella, muy disgustada sintió que el corazón le latía apresuradamente, que se le encarnaba el rostro, y supo quien era el candidato de su madrastra!

-Juan Ignacio del Río!... -susurró:

-Por qué me engañaron?

El gobernador y las damas salieron de la habitación para dejar, por unos instantes, sola a la pareja.

-Nadie te engañó, sino que creíste en cuentos de esclavas, en las calumnias de mis enemigos... Tu madrastra, dama inteligente y buena, supo a tiempo tu fuga, y quiso la casualidad que estuviera allá la vieja Rosa, quien ni corta ni perezosa se vino a cuidarte.

-También casualidad la Sombra Gris?

-No, esa Sombra la inventamos Rosa y yo, para que la casa, a falta de inquilinos y compradores, volviera a nuestro poder, para poder sacar el entierro que mi abuelo escondió cuando la amenaza del saqueo de Vernon... dime... te casas conmigo?

-Sí... -dijo pasito.

-Y será hoy mismo... así se lo he pedido al Gobernador, quien se ha ofrecido apadrinar la boda...

-Y las dispensas?

•Todo se está arreglando para la madrugada de mañana domingo... no puedes permanecer sola en la casa de la Sombra!

DESPUÉS DEL SITIO

Mientras llega la hora del sarao, Isabel se dedica a arreglar y regar los hermosos cestos de claveles que adornan su balcón. La calle, por la cual pasan grupos alegres, va a perderse a la misma vera de la muralla, cerca del bastión de Santa Catalina, en el que aún se ven los cañones y demás armamentos de guerra del pasado sitio de Vernon.

Ha sido una suerte la de ella regresar a la ciudad, justamente después de que la flota vencida la ha abandonado. Porque qué habría sido de ellos, al acercarse a Bocachica, la entrada de rigor de la Bahía de Cartagena de Indias, y encontrarse con que el Castillo estaba tomado por los Ingleses? De seguro los habrían decomisado, y a estas horas sería esclava de algún oficial inglés, o quizá ni de oficial, sino de algún horrible marinero!

La ciudad, aunque resentida del sitio, vive días alborozados por el triunfo. El Virrey Eslava y don Blas de Lezo son los héroes del momento, y no pocos españoles de escudo y abolengo les ofrecen saraos y tertulias. Esta tarde el Gobernador Navarrete, compañero de don Blas de Lezo en toda la bélica hazaña, festeja la victoria española y la humillación de los ingleses, con un festín en su palacio.

Es una fiesta para ricos y para pobres. Para linajudos y para burgueses. El Gobernador desea agradecer a todos los habitantes el heroísmo y fiereza con que defendieron la plaza; unos en su calidad de oficiales, otros como simples soldados, o en las comisiones que por el lado de la Boquilla, salían a esperar víveres que venían del interior del país, y que burlando la vigilancia inglesa, se arriesgaron a pasar en las canoas sinuanas para abastecer la ciudad evitando el hambre de! sitio. El pueblo estaba dispuesto a morir antes que dejar entrar al inglés.

Los defensores de la última batalla fuerte, en el Castillo de San Felipe de Barajas, andan por las calles endiosados y orgullosos y no hay mujer que no desee el amor de uno de esos bravos que tan valientemente supieron castigar la insolencia de los sitiadores.

En las plazas y esquinas se oyen risotadas de hombres que se burlan de la osadía de los ingleses al acuñar las monedas que presentaban a don Blas de Lezo de rodillas ante el Almirante Vernon, con aquella soberbia inscripción:

"El orgullo español abatido por el Almirante Vernon". "Los héroes británicos tomaron a Cartagena en abril de 1741".

Cuánto optimismo! Los soldados, cuando se habla de estos episodios, escupen y maldicen al iluso!

Porque el Almirante Vernon creyó que a la toma del Castillo de Bocachica se sucedería sin dificultades el rendimiento de la ciudad. No contaba con que cada habitante de Cartagena de Indias equivalía a la bravura y fiereza de veinte de sus soldados. Y así, a la caída de San Fernando de Bocachica, en la entrada de la bahía, envió emisarios a Inglaterra anunciando la derrota española en el puerto de Cartagena. Y aquellos señores que

dominaban los mares se regocijaron tanto con la noticia que le enviaron las malhadadas monedas que representaban a don Blas de Lezo, jefe de las fuerzas españolas de la plaza, de rodillas ante Vernon. Qué exhibidos se lucieron a la faz del mundo! Allí se encontraron con los cartageneros, con los aguerridos, con los héroes!

Desde por la tarde comienza la ciudad a volcarse en la plaza principal. Las mujeres del pueblo, con sus amplias faldas de colores en telas gruesas, justillos y pañolón, pasan en grupos alegres. (Son caras de mulatas y zambas, de dientes blancos y de cabelleras ensortijadas, o las simples facciones de la bonita india del caribe).

Los hombres pasan, algunos, rasgando la guitarra o el tiple, otros entonando décimas y coplas del triunfo y su alegría.

Los negros esclavos miran todo aquel bullicio y en los patios centrales de las casas de sus dueños, arman la rítmica cumbia con los haces encendidos, premio que les dan sus amos al trabajo que prestaron (todos los negros esclavos de la ciudad), en la rápida construcción de las trincheras y parapetos al pie del Castillo de San Felipe de Barajas: esfuerzo, el cual sumado al de los otros, vino a ser la clave para arrojar a los ingleses.

Isabel siente hervir en sus venas el orgullo de ser española. La sangre bravia y altanera de su ancestro que prefiere la muerte a dejarse vencer. Siente, al oír las entonadas coplas que refieren los sucesos, ganas de gritar, de saltar, de cantar! Y entonces, a los grupos que pasan por la calle, les lanza manojos de claveles de su balcón y les sonríe. De vez en cuando atisba el confín de la calle para distinguir si ya viene su padre, quien la presentará en el Sarao del Gobernador Navarrete.

Un coche tirado por dos hermosos percherones les conduce al palacio del Gobernador, quien en compañía de su esposa, recibe a los huéspedes a la entrada del gran salón de recepciones.

Cuatro lámparas de bacará de veinticuatro velas cada una, así como sinnúmero de candelabros del mismo fino cristal iluminan el salón, en el cual las damas y caballeros rien y se divierten.

En los distintos grupos se habla del tema favorito: El Sitio, del Almirante Vernon, de los héroes, y de don Blas de Lezo y el Virrey Eslava, quienes no tardaron en llegar a la fiesta. Algunos oficiales y capitanes refieren los sucesos de esos días premiados con la gloria; otros, de cuando acompañaban a don Blas de Lezo en la defensa de la bahía, de como les fue ordenado el hundimiento de las naves guerreras: San Carlos, África, y San Felipe, y de cómo les prendieron fuego a las dos últimas para impedir el avance de los ingleses; otros de la batalla que les dio la victoria en el Castillo de San Felipe, en donde el encuentro fue violento y desigual: sesenta contra tres mil ingleses!

A Isabel la rodean varios Capitanes y oficiales de la Armada, quienes

se deshacen en los florilegios y galanuras escogidas. Lucen en sus solapas las medallas y condecoraciones que hablan de su valor.

Los lacayos brindan licores en fina vajilla de Bohemia y las confituras y golosinas son repartidas en pesadas palanganas de plata del Perú, en las cuales se ve grabado el escudo de armas de los Reyes de España.

Isabel se divierte, y risueña, escucha la corte que le hacen los deslumbrados caballeros. Bailan, rien, se asoman a los balcones y tribunas del resplandeciente palacio, para mirar desde allí la algazara del pueblo, al que se le reparte aguardiente y comida.

Pero su corazón está pleno de angustia. Desea conocer cuanto antes a don Blas de Lezo, el héroe, cuyo solo nombre, pronunciado por todos los labios, con el fervor y el respeto merecido por sus hazañas, le despierta en el alma un desasosiego desconocido hasta entonces.

Piensa continuamente en el momento inolvidable en que le sea presentado el héroe, y la inquietud de su alma se refleja en el movimiento alado de su abanico de nácar.

El entusiasmo popular hacia don Blas de Lezo la ha emocionado en tal forma que todo su ser está invadido por un sobresalto gozoso y angustiado a la vez, que ella no sabe cómo definir.

... Que don Blas de Lezo defendió con bravura el Castillo de Bocachica, y al quedar aislado con la toma de dicho Castillo, supo sacrificar los navios de guerra para obstaculizar el paso de los sitiadores; que don Blas de Lezo defendió la Fortaleza del Castillo de San Felipe de Barajas dándole coraje a sus defensores, y éstos, entusiasmados, se lanzaron sobre los ingleses con furia de leones y los diezmaron hasta obligarlos a huir...

Por todos los ámbitos resuenan las hazañas del Almirante que dicen y repiten los pormenores del sitio glorioso. Isabel no comprende por qué escucha embelesada una y mil veces el mismo episodio, y a solas, con frecuencia, se abstrae de todo lo que le rodea, y recorre con el pensamiento, uno a uno, los lugares de los famosos hechos. Se figura mezclada con el motín, ofreciendo también su brazo y su corazón para sostener en alto la bandera de la patria. Auna su devota admiración por todos los que participaron en la jornada memorable, en un solo nombre: Don Blas de Lezo!

Don Blas de Lezo! su nombre resuenan altivo y majestuoso porque será repetido por las generaciones futuras con veneración y en el devenir de los siglos resonará su inmortalidad!

Isabel tiene curiosidad por conocer los rasgos característicos del héroe. Se supone que aquel hombre encaja en un caballero bizarro y de figura atractiva, a la que quizá, mujer ninguna pueda dejar de admirar. Le ha preguntado a su padre quien también es militar, y comprende que el venerable señor, siente un poco de envidia porque hubiera deseado haber sido él el héroe de las hazañas del Sitio.

Cómo será don Blas en la intimidad de su hogar? Seguramente allí se despojaría de la rudeza que le exige la carrera militar, y su recia alma y su carácter bravío se trocarían en delicadezas para con los seres amados... Ah!

si ella pudiera dedicarle su vida a aquel hombre fatigado de triunfos, a quien probablemente le haría falta el corazón abnegado de una mujer enamorada-

Todos estos pensamientos la abstraen y, en la fiesta, los galanes se admiran de su halo de ausencia que parece no escuchar los requiebros y frases de amor que le dirigen los oficiales por la admiración que causa entre ellos su belleza.

Anuncian la llegada de los héroes, El Virrey Marqués don Sebastián de Eslava y el Almirante don Blas de Lezo. El Virrey inicia el besamanos de rigor ante cada una de las damas y un poco retardado, cojo, difícil y enfermo, lo sigue don Blas.

Un profundo silencio se hace en el salón.

Las damas se empujan unas detrás de las otras para mirarle de cerca, mientras él, sonriente y mutilado se inclina ante cada una de ellas.

Isabel lo ve llegar, su corazón apresura los latidos. Lo ve mutilado y comprende que para ella la gloria de don Blas es más hermosa y que su valor se agiganta cada vez más. Acaso descubre él la extraña luz que tiene la juvenil mirada, y adivina lo que pasa en su corazón?... Quién sabe... La mano fuerte que sabe del manejo de la espada, toma la gentil mano temblorosa de la dama, y en su contacto se unen sus fuerzas milagrosas para comunicarle, a él, un ímpetu de vivir y soñar nuevamente con ardores juveniles; a ella, delectación, ensueño, encanto!

Al mirarle, la mirada de él, de su solo ojo, le parece a Isabel que resplandece con arrogancia y acaso con dulzura. Ha sido un instante... él continúa los saludos de rigor... pero Isabel se queda abstraída y el salón pierde su contorno...

Sus luces brillantes se esfuman... Sólo en su pensamiento queda la seguridad de que la presión de la mano del héroe la ha hecho estremecer...

NOTA: Don Blas de Lezo murió a consecuencia de las heridas recibidas durante el Sitio, de 1741.

LA CASA DE DON BENITO

Cuando Evetia, mi hermana, restauró la Casa de Don Blas Benito de Paz Pinto, estaba regado en el barrio que allí salía un "muerto" un "fantasma" y que Rosa una inquilina que vivió varios años en la casa, decía que en noches sin luna se veía la sombra de un caballero antiguo pasearse por el corredor, detenerse ante la columna de piedra y ante la ventanilla de la escalera musitar palabras en idioma raro.

Más tarde Evelia encontró en esa columna unos mechoncitos rubios en una pequeña urna de plata y los mandó a empotrar a la vista del público allí mismo. Después supimos que la Familia Bozzi que vivió allí a principios de este siglo encontró un legajo de papeles y que los enviaron a España de donde nunca respondieron... en fin, consejas e historias que embrujan y embellecen la casa, tanto, que buscando en libros y libráeos hallé la historia del encarcelamiento de Don Blas Benito de Paz Pinto y también la noticia de su amistad con Pedro Claver.

Aquella tarde don Blas Benito de Paz Pinto, después de recibir las tremendas noticias dadas por su amigo entrañable Baltazar Araujo, judío como él, se aprestó para arreglar sus cosas de manera urgente.

Don Blas Benito era un judío portugués llegado a la ciudad, procedente del Sur de España huyendo de la Inquisición, la cual hizo presos a su hermana, a su tío y a su novia Ximena, y aún peor! a quienes condenaron a la hoguera! Aquello fué espantoso!

El recuerdo era doloroso, pues partió su vida en dos!. Pero hoy, a pesar de haberse convertido en el decorador de todas las Iglesias Católicas, de haber tallado santos y altares de madera, y aún haber ayudado con su dinero a los pobres, a los esclavos a los forasteros que venían de la Península Ibérica, de Portugal especialmente lugar de su nacimiento, de nada le había valido, pues ahora sabía que unos esclavos infelices lo habían acusado de judío, de reunir en su casa a sus compañeros para practicar allí su religión, y probablemente vendrían a apresarlo de un momento a otro.

Eran tiempos oscuros, difíciles, en los que de nada valía haber sido bueno, haberle cumplido el último deseo a su Ximena, de embarcarse para América, a Cartagena de Indias donde ella tenía varios parientes y ayudar allí a la religión católica.

-Basilio!... Basilio! -Se asomó al balcón que dá al patio central para llamar a su criado, su segunda persona. Repitió el llamado desesperadamente:

-Basilio, por Dios!... Dónde andas?... ven pronto!

-Señor... aquí estoy, señor! -contestó el servidor desde la arquería del primer piso, la cual rodea tres lados del patio central, pues en el lado derecho una alta pared separa la regia mansión de sus vecinos.

-Sube... sube pronto!

Basilio atravesó el patio, subió las escaleras y encontró a don Blas Benito ya en la antesala o ral laño donde cae la escalera.

-Qué os pasa, señor?... Decidme pronto!... jamás os he visto tan alterado...

-Tenemos que obrar rápido... Corre y disuelve la reunión! Pronto!

-Aún no han terminado...

-Pronto... ábreles la puerta del túnel... que se dispersen por la casa de

Battazar... ya él sabe...

-Ah!... llama a Rosa y a Felipe... pero pronto!

-Qué pasa, señor? Decidme, por amor a Dios!

-Obedece pronto... después te explico -y empujándolo suavemente lo llevó hasta las escaleras.

Basilio era un hombre de unos treinta y cinco a cuarenta años, fuerte, alto y rubio, pues era del Norte de España, criado que fué de la casa de doña Ximena, y por tanto, quien les ayudaba en esos amores secretos, pues don Benito judío y ella cristiana, era motivo para la oposición de los padres de ambos. Más tarde cuando acusaron al tío de don Benito ante el Santo Oficio, también la acusaron a ella.

La casa de don Benito, en Cartagena de Indias, es hermosa, como la que más, en la plaza del barrio, San Diego. De dos plantas, se entra a ella por un amplio zaguán al cual caen dos puertas laterales: la del derecho al cuarto del portero, y la del lado izquierdo la de la Cochera que comunica con el traspatio.

Don Benito propietario de la bella mansión, tiene su negocio en la misma casa en la parte baja al lado derecho del zaguán con dos puertas hacia el frente que por el fondo se comunica con la casa por hermosas rejillas de madera.

Felipe y Rosa subieron precipitadamente las escaleras, y se presentaron en el aposento de don Benito, habitación grande con tribuna hacia la plaza de los jagüeyes.

-Nos llamaba vuestra merced?

-Sí... -tú, Rosa, enciende enseguida las lámparas, pues ya oscurece y tenemos que trabajar arduo, y comienza a empacar... mi baúl pequeño el de las guarniciones de plata, acomoda en él ocho mudas de ropa, y mis demás pertenencias... no olvides el bacín de noche... el de plata...

-Viaja el señor?

-No preguntes tanto... en cuanto me tengas ello listo le avisas a Basilio... Enseguida empaca las prendas de vestir de doña Ximena, en el baúl grande de guarniciones doradas, y luego que termines trasladarlo a casa de don Baltazar que me lo guarden allá... Felipe y Basilio pueden ayudar... esto, en la noche cuando todo esté en calma y la servidumbre duerma.

-Sí, señor...

-Rosa, al llevar el baúl te quedas en aquella casa... doña Raquel te recibirá la encomienda y luego te pondrás a sus órdenes para atender a sus niñas... están urgidas de una buena esclava... y estarás con ellos hasta que volvamos... -y piensa para sí" si esto sucede!".

Los dos negritos están desconcertados y para remate le dice don Blas Benito a Felipe:

Tú, ponles a los caballos los mejores aperos, alista el coche e inmediatamente llevarlos a la cuadra de los Francos... Que te acompañe Rafael... Pero, por Dios, hijos míos!, apuraos, que deseo salvaros! Obedeced pronto y esperad noticias mías... Antes no os mováis de esas casas amigas

donde nada os tártara!

Ellos salen a cumplir órdenes y don Blas Benito, toma de un arcón unos documentos, saca de un cofre de plata un par de mechoncitos de cabello rubio, y baja con ellos en el momento que Basilio se le acerca.

-Señor, fueron cumplidas vuestras órdenes... se disolvió la reunión... pero todos se fueron confundidísimos... No se explican...

-Ya Baltazar se lo contó a Eliecer... ellos saben que me acusaron el hechicero López y la Rufina...

-Cómo?... -palicece Basilio.

-Si... me acusaron ante el Santo Oficio.

-Lo veis? Yo os lo advertí cuando con cualquier pretexto se metió Diego López en vuestro aposento... ese es un esclavo de temer!... No le es fiel a nadie... es falso como el que más!

-Nunca pensé...

-Si os lo enseñé como estaba apostado allá en el sardinel esperando que salieran aquel día de la reunión.

-Pero yo estaba enfermo... y cuando se metió a mi aposento el mismo negro López pudo ver en el bacín de noche los flujos de sangre que me habían atacado!

-Señor!... esa es gente mala... llena de amargura... perversa... No hacen más que acusar diariamente a la gente de bien como vos... Pero de qué os acusan?

De Relapso!... que se yo!... de que siendo judío me bauticé en la religión Católica... y sigo practicando la Ley de Moisés...

Don Benito le refirió que ya había despachado cuatro esclavos para Popayán para que recibieran la plata que había encargado al Perú, con carta a Elias Blanco en la que le daba a entender que debía quedarse con el cargamento hasta que él enviara nuevas noticias.

-Por lo menos, si me confiscan los bienes, salvaremos lo que se pueda... A Felipe lo dejaré donde los Franco; a Rosa, donde Baltazar Araujo; a José, Rafael y Santiago donde los Henríquez...

-Señor, pensáis dejar la casa sola?

-Justamente! No quiero que con el pretexto de las declaraciones de esos negros se haga víctimas a estos pobres esclavos... Es más... pienso darles la libertad si es que me condenan...

Basilio se revuelve y dice que no hay que tener consideraciones con estos esclavos negros... puesto que son negros los que lo han acusado ante el Tribunal de la Inquisición.

-Si, es verdad que uno de ellos me ha acusado... pero bien es que haya siervos de Dios, pero no esclavos de los hombres!

-Y pensáis darle la libertad! -dice con gesto impotente.

-Son pobres seres amargados, pero hombres con derecho a la vida como tu y como yo... tu reclamas para mí justicia; pero acaso la tenemos nosotros con ellos? Te apenas que injustamente me vayan a apresar y te parece natural que sean esclavos ellos, porque alguien los atrapó en sus

tierras de África y nos lo vendieron a nosotros.

Basilio se da por vencido porque ante la bondad de este hombre ningún racionamiento vale. Pero aún refunfuña:

-Es increíble que un hombre como vos que ha vivido con tanta bondad y honradez como lo habéis hecho, que haya tallado altares, santos, adornado iglesias, mansiones, como lo habéis hecho, tengan valor para aceptar los cargos que os hacen esos infelices... esos envidiosos... que además son hechiceros y mendaces!

-Son tiempos malos, mi buen Basilio... pero anda... toma tus herramientas que quiero esconder estos sagrados mechoncitos en esta columna y los papeles o documentos allí bajo la ventana de la escalera.

-Señor y la platería vuestra... y vuestro oro?

-Abriremos el túnel del aljibe y en una de sus paredes... esconderemos platería y doblones...

-Está bien...

Enseguida dieron comienzo a la obra, y cuando llegó la media noche todo se había realizado.

Don Benito durmió muy mal aquella madrugada y en su delirio **vio** a su Ximena que le decía:

-"Que bella tenéis la casa... mi buen amor... la fuentecilla del patio central y la parra que cubre la parte oriental está hermosísima... no temáis que yo estaré con vos mañana cuando venga el alguacil..."

El se oyó decirle cosas a ella, a su amor... y preguntarle otras.

-"Sí, Benito... recuerdo aquel día funesto en que por una acusación infame me apresaron con vuestro tío y vuestra hermana y nos condenaron a la hoguera, porque yo era amiga de vosotros judíos, y yo era vuestra prometida"...

El **vio** de nuevo la hoguera y sus esfuerzos, ayudado por su criado Basilio, para libertarla a ella... lo lograron, pero ya el humo casi la había asfixiado... entonces fue cuando él en su delirio volvió a oír la voz de su Ximena exhortándolo a perdonar, diciéndole que Cristo no podía estar de parte de los Inquisidores, puesto que Cristo vino al mundo a predicar amor y a perdonar, vino a predicar paz y no violencia, vino a condenar la crueldad... Se **vio** cortándole los mechones rubios a Ximena, recuerdo el cual llevó siempre consigo como amuleto de paz y amor... Se oyó prometiendo perdonar y ayudar la religión a que ella pertenecía y se **vio** sostener a Ximena en sus brazos y sentir su último suspiro... Después, su delirio se empañó entre fuego y olas de mar para llegar a las hermosas playas de Cartagena de Indias.

Muy temprano, sudoroso y agitado, llamó a Basilio:

-Escucha... Ten todo mi equipaje listo para la partida...

-Señor, por fin comprendéis que debemos huir?

-No... mi Ximena... la he visto en mi delirio de anoche y me dice que estará conmigo en todo momento... iremos al Santo Oficio...

-Pero es una locura... Don Baltazar Araujo promete ayudarnos a huir...

-No... No. Yo estoy enfermo... me quedan pocos días... de vida-cumplamos el destino...

-Será lo que ordenéis... he hablado muy de madrugada con el Padre Claver y dice que también él oyó la palabra de Dios hace unas noches y ayer consiguió que si os prenden os dejen ir en coche debido a los males que os aquejan y que seréis tratado con respeto.

-Bendito Pedro Claver!... por eso he de complacerlo en darle la libertad a mis esclavos...

Tocaron la puerta de manera apremiante. Casi arrancan el aldabón de bronce.

-Basilio, abrid.

El servidor, casi llorando suplicó por última vez que huyeran por el túnel del aljibe, pero don Blas Benito de Paz Pinto, se opuso.

-Huir yo?... ya llegó la hora.

-Entonces os acompañaré... El padre Claver consiguió este permiso...

-Eres un fiel servidor... mi buen Basilio -dijo pasito.

-Señor, os debo la vida... Nunca olvidaré lo que hicisteis por mí, para sacarme de aquella ciudad hubiera seguido la misma suerte de doña Ximena...

-Todo, porque tu eras quien llevaba y traía los recados de nuestro amor...

De afuera se oyen las siguientes voces, seguidas de aldabonazos:

-Don Blas Benito de Paz Pinto! Os requerimos a abrir enseguida.

El criado abre el portón y los alguaciles, frente a Don Benito leen la orden del Santo Oficio, mientras otros requisan la casa. Uno de ellos dice:

-Blas Benito de Paz Pinto, portugués residenciado en esta Provincia de Cartagena... por orden del Santo Oficio quedáis a su disposición desde este momento y dicho y... -A don Benito le dá un vahído, pero se rehace.

-Podéis marchar en coche... y llevar un acompañante... tenéis suerte. Tenéis de padrino al Reverendo Padre Claver!

-Estoy listo para acompañar a mi señor -dice Basilio... -el baúl con sus pertenencias también está listo...

Don Benito dá un vistazo a todo lo que fué suyo: tos tejados, balcones enclavelados; la fuentecilla donde brota el agua cristalina desde el ángulo del rincón del patio central; el callejón que conduce al traspatio...

-Adiós, casa de Don Benito! Será mi adiós momentáneo, porque pase lo que pase viviré siempre en esta casa... Aquí está mi Ximena... Adiós balcones y aleros que habéis sido testigos de mi vida honesta basada en el trabajo, la caridad, la bondad... he decorado mansiones... he tallado altares... santos para los devotos... hoy caigo en esta ciudad que amé como la mía... la ciudad a la que importé la mejor platería del Perú... en la que di fama a los orfebres de Mompóx...

Dos meses más tarde los dos esclavos Felipe y Rosa fueron enviados por sus nuevos Amos a la solitaria casa para asearla y limpiarla, y estando en esas faenas, hablaban de que irían a la Popa a buscar hierbas y hechizos contra el mal. Pues negros al fin, creían en fantoches y fetiches como los que más.

-Les echaré por los rincones hueso molido... hay que turbar a esa gente que ha creído la mentira de Diego López y la Rufina... -dijo Felipe.

-Sí, porque ellos son! Desde cuando no se les metió en la cabeza que aquí había reunión de sinagoga?... y yo a decirles que no fueran brutos, que aquí se reunían eran los portugueses para hablar de su tierra y para ayudarse en sus necesidades... y hacerle la caridad a los pobres...

-Otro malvado es ese portugués barbilampiña como indio, llamarse Manuel Márquez Correa... ese que tanto habló mal de la gente del patrón que siempre da limosnas y ayuda de a veinte reales... como le sentaría de mal ese forastero, que apenas le **dio** solamente dos reales... Entonces el portugués ardido, le contó al brujo Diego López que el Amo es judío, que es de Lisboa y que allá le habían puesto preso y de que habían vestido de hábito a la hermana y al tío de Don Benito y los habían quemado vivos por prácticas judías!...

Tocan la puerta. Los esclavos tiemblan y se resisten a abrir. Pero una voz conocida se hace oír.

-Abrid... abrid en nombre de Jesucristo!

-Es la voz del santo!

-Sí, sí... es el Padre Claver!

Le abren presurosos y el santo protector de los negros, les dice:

-Mirad lo que vuestro amo me ha confiado...

-Un papel!

-Qué dice?

-Un papel, no... un documento que me entregó el Notario que fue a la cárcel donde está Don Benito, en el os concede, a todos sus esclavos, la libertad!

-La libertad? y para qué la queremos nosotros?

-Quién nos dará de comer?

-Quién nos cuidará?

-Quién nos vestirá?

-Ay! Nos vamos a morir de hambre! Yo quiero ser del amo!... Yo no quiero la libertad!

-Yo tampoco! Qué vamos a hacer? Quién nos va a amparar?

-En qué trabajaremos si todas las casas tienen sus esclavos? Quedamos indefensos!

-Calma, hijos míos, calma) -dijo el Santo.

-Yo os cuidaré, os conseguiré trabajo... mientras tanto, me ayudaréis con vuestros pobres hermanos que llegan en las galeras, a limpiarlos, curarlos, consolarlos, y sobre todo, a que conozcan el camino del cielo!... Hay que salvarles la vida corporal y la espiritual!

Los dos negros tiemblan y se sobrecogen más cuando de nuevo sienten que abren la puerta.

-No os asustéis -dice el santo- es Basilio.

En efecto entra al patio el fiel servidor, muy apenado, y dice:

-Padre Claver, Padre Claver! Corred... corred que don Benito le ha dado otro vahido después de la última recaída de sangre... Me dejaron venir a buscaros y no sé por qué me encaminé a esta casa... Don Benito pide confesión con su Reverencia:

-Dios te ha enviado, Basilio, bendito sea el nombre del Señor!... Vamos!

Dicen que don Benito recibió los auxilios espirituales de manos de! santo y que expiró en sus brazos. Pero todavía en esa casa hermosa, de amplio portón y rejas y balcones enclavelados, en las noches sin luna y cuando el viento se mete por las celosías de sus ventanas, se oyen ruidos raros, y se vé una sombra pasearse por los corredores y examinar las columnas y la ventana de la escalera... y musitar palabras en idioma raro...

DOCE EN PUNTO DE LA NOCHE

Un poco nervioso, al llegar al portón de la casa de la calle de Santo Domingo, Roberto metió la enorme llave en la antigua cerradura, traspuso el umbral y cerró tras sí. Como sonámbulo comenzó a subir los amplios peldaños de la magnífica escalera que comenzaba a la derecha del zaguán.

Había estado aquella noche en una visita de pésame o "velorio", como lo llamaban en aquella época, donde los asistentes de la reunión se empeñaron y se solazaron en contar historias de aparecidos, almas en pena, fenómenos del otro mundo, que naturalmente conmovieron a los presentes, y cada uno recordó el "muerto" de su casa.

Uno dijo que en su casa era la aparecida una mujer, pues siempre se detenía en su viaje alado por las habitaciones, delante del peinador de sus hermanas y parecía como si sacudiera el mueble. Decían que como había sido criada no perdía la costumbre de atender a las señoritas de la casa; otro contó que por el corredor de su mansión se paseaba la sombra de un condenado que arrastraba cadenas y que dejaba, algunas veces, olor a azufre; otro refirió que el marqués que había sido propietario, un siglo atrás, de su vieja casa, se complacía en ir a la caballeriza a asustar a los caballos, los cuales comenzaban a relinchar nerviosamente apenas lo veían, y en ocasiones hasta había llegado a enjaezar alguno y a sacarlo por la cuadra.

A Roberto, que había regresado a la ciudad después de seis años de estudios en Londres, al cuidado de unos tíos, y que llegaba ahora de veinte años, apto para ayudar a su padre en la ferretería de la calle del Porvenir,

aquellos cuentos le despertaron otros mil oídos antes de su viaje, y que se contaban siempre a "sotto vocee". Los había escuchado de labios de su nodriza, de sus hermanas y aún de su madre, quienes decían que por el portón de la casa penetraba don Manuel de la Roca todas las noches, cuando el reloj daba las doce, llegaba al comedor por el corredor que bordea el patio del aljibe, y abría la gaveta donde se guardaban los cubiertos de plata, (los cuales fueron encontrados por los padres de Roberto, junto con otras joyas, al limpiar un día el aljibe, tesoro que fue quizá fruto del sitio de algún pirata).

Don Manuel, el muerto, había sido el propietario de la casa, y decían los entendidos que sus visitas a la mansión se debían a que deseaba comunicarle a alguien dónde guardaba el resto del "entierro". Luego que llegaba al corredor, después de contar los cubiertos, subía por la escalerilla al "altillo" y se esfumaba por la ventana.

El "altillo" era el mirador indispensable de las casas de Cartagena de Indias, desde cuyas ventanas se divisaba el horizonte del mar Caribe, cuarto que había escogido Roberto a su regreso de Europa, pues consideró que allí estaría más independiente, podría leer con más tranquilidad y cuando sus hermanas tuvieran reuniones y conciertos, si no sentía ganas de asistir se podría quedar tranquilo allí, pues el ruido llegaría amortiguado por la distancia.

Ahora, a medida que subía rápidamente las escaleras hacia la antesala de la majestuosa mansión, una sensación nunca antes sentida le invadía todo el cuerpo, pareciéndole que tenía mil alfileres que le corrían la espina dorsal, acompañada de un frío singular, que le hacía erizar los poros y crispas las manos. Naturalmente, aquello, pensaba él, no podía ser miedo. Acaso no se había reído siempre de esas historias del pobre don Manuel, que en paz descansara, que contaban haberlo visto una noche, y que tenía un aspecto de mono peludo, que caminaba como si tal fuera, pausadamente y con los enormes brazos hacia adelante?

Ya había subido las escaleras. Quiso mirar el reloj: las doce menos veinte minutos. Faltaba poco para la llegada del "muerto".

Avanzó por el corredor que bordea desde arriba al patio del aljibe, entró al comedor, y aunque ganas tuvo de tomar un poco de agua fresca de la tinaja, se contuvo avasallado por el subconsciente que le hacía andar rápidamente. Comenzó a subir la pequeña escalera hacia el "altillo" y de pronto volvió a sentir la escalofriante emoción de un momento antes, pues se le atravesó de prisa un atolondrado ratón por entre los pies. El corazón le latió intensamente y terminó la escalera saltando de dos en dos los escalones.

Ya en su cuarto, a la débil luz de la lámpara de kerosene, sintió cierto alivio y se apresuró a acrecentar la llama subiéndola la enhiesta mecha. Como por encanto se sintió fuera del ambiente del "velorio", se sonrió de su incipiente miedo, y sosegado, cambiándose de ropas, se acostó. Iba a abrir el libro que lo traía interesado, cuando se le ocurrió ver el reloj... Doce, menos diez minutos... Era mejor dormirse pronto y no esperar la tenebrosa hora de las doce.

Como estaba cansado no lo costó trabajo conciliar el sueño prontamente, olvidándose de apagar la lámpara.

El sueño es el relajamiento de todos los controles humanos sobre las infinitas facultades del alma. Es el libre correr del pensamiento y de los sentimientos, sin que pueda atajárseles en la magnitud de su carrera... Es poder ver cosas imposibles realizadas en un instante; es realizar un deseo mil veces cultivado, es el poder de los sentimientos sobre la materia humana... Es el libre correr los sentidos, desbocados sin freno, sin valla.

Roberto sintió que algo extraño y frío le cayó de pronto sobre el rostro, agarrándole parte de la boca, la nariz y un ojo... Comprendió que no estaba dormido, pero no se atrevía a abrir los ojos. Supo que el peso de aquella cosa ^ría lo había despertado, y azás y violento, mandó su mano derecha a sujetar aquel brazo frío! Agarrarlo y sentir el peludo brazo, fue todo uno! Para horrorizado, tirarlo fuera de sí con violencia, y saltar fuera de la cama!

Había abierto desmesuradamente los ojos, y a la luz de la lámpara tuvo una visión de realidad visible, cómica, increíble!... Se había dormido sobre el brazo izquierdo y al cambiar de posición, le había caído sobre el rostro la mano pesada e inerte, falta de circulación, cuyo adormecimiento le impedía sentirla como propia, y la inmovilizaba fríamente.

Pálido tembloroso, con la garganta reseca, miró sin embargo el reloj: eran las doce y tres minutos de la noche!

UN QUEJIDO... UNA LUZ

La vieja Romelia no se cansaba de murmurar contra los Amos. Habían llegado el día antes, Jueves Santo, acompañados de las cuatro hijas y de otro matrimonio, y apenas sí desempacaron las maletas, abrieron la mesita de juego de Tute o como se llama aquel endiablado juego, y allí comenzaron a darse tremenda "pisa".

Amaneció el Viernes Santo con toda su tristeza, y ellos, el señor, la señora y el matrimonio amigo, volvieron a sentarse a la mesita, armados de las infernales barajas., Hasta la comida se les llevó a la mesa!

Porque era cosa del demonio, tentarlos en días tan santos, con ese juego por el que apenas sí se dieron cuenta de lo limpia que estaba la finca, los rosales florecidos, los lotos del estanque que eran una bendición, y las bestias lustrosas.

Pedro, su marido y capataz de la hacienda, pensó que si venían a la finca era a gozar de las diversiones del campo, y apenas recibieron la noticia, se vinieron de la casita donde cuidaban la finca, la cual estaba retirada unos cientos de metros de la Casa Grande, abrieron ésta, barrieron los corredores,

pusieron flores por doquier, prepararon las lámparas, y alistaron los mejores caballos, los cuales, desde que sucedió "aquello", (y ya de eso hacía casi dos años) no habían vuelto a montar bs señores.

Pero casi para nada! Montaron las dos niñas mayores, y los señores y sus amigos, nada! Jugando esas dichosas barajas, y ni siquiera para ir al pueblo a la procesión del "Santo Encuentro", ni para rezar a las tres de la tarde un Padre Nuestro! Les pasaron por encima las horas sagradas, y ya eran las siete de la noche y seguían dándole al juego! Estaban tentando los Cietos! Podía venirles un castigo!

La terraza donde jugaban estaba al aire libre, y desde allí se vislumbraba el sendero hasta el camino Real.

Dieron las diez de la noche en el reloj de comedor, y Romelia, con su gran rosario negro entre los dedos, bamboleando de un lado a otro su almidonada falda de percal negro, en respeto al día, se acercó a la mesa de juego, y dijo:

-Si no mandan máj losj señorej... Ej la hora de reza... debe ejtá Nuetto Señó Jesucritto entre loj muettoj...

-Anda! Vete a acostar, mujer, ya terminamos!... oye... no, no te vayas... parece que tendremos visita... allá veo como el resplandor de unos mechones en el sendero de la finca...

-Así ej... quién será a ejta horaj?... poc-que por aquí no se acojtumbra salí el Viernej Santo... ej un día de recogimiento...

-El que es, avanza despacio... quizá no conoce el camino... Mejor es terminar de jugar, no les parece? Mañana echaremos otra "manito"...

Acto seguido sacaron cuentas, sumaron, restaron, y se pagaron los unos a los otros. Luego recogieron las barajas, y poniendo la mesa a un lado se dispusieron a esperar al visitante.

Ya las niñas se habían ido a la cama, así que los dos señores prendieron sus cigarros, y ellas se fueron al tocador de la recámara a pasarse un poco de polvos y peinarse.

-Ya está otra vez Raquelita con sus quejidos... -dijo la dueña de la casa y madre de la niña.

-Qué tiene, mal sueño?

-Sí, allá en la casa hasta se levanta dormida... pero nunca se había quejado como ahora...

-Es raro... porque se respira en este campo aire tan agradable...

-Dicen que eso no tiene nada que ver... el mal dormir es mala digestión... y lo de ser sonámbula... no sé!

-Es hasta peligroso...

-Mucho... la oyes?

Las niñas dormían en el cuarto contiguo al de los dueños de la casa, donde estaban ellas frente al tocador. La pareja amiga había tomado un cuarto de los del ala izquierda.

-Oigo el quejido... y si no fuera porque tú dices que es Raquelita, juraría que viene de afuera...

-Pero es ella!... -aseguró su madre.

Después, agregó:

-Volvamos!... deben estar ya ahí los visitantes...

Raquel, la dueña, tomando la palmatoria; se dirigió a la terraza seguida de su amiga...

-No han llegado todavía?

-Parece que se hubieran detenido... las luces no avanzan...

Efectivamente, los señores ya estaban amoscados, y la servidumbre también estaba a la expectativa, pues era cosa rara que se hubieran detenido los visitantes, y si era cuestión de enfermedad, de que no hubieran dado señales de vida, ya pidiendo auxilio, o viniendo en persona a reclamarlo.

-Voy a buscar mi pistola!

-Y yo, la mía!... Creo que el capataz debe traer algún arma...

-Traiga lo que tenga, Pedro!

Romelia movía la cabeza de un lado a otro y murmuraba para su saya:

-Que va a sé gente de ejte mundo?... Dioj no quiera que sea otra cosa!

Los tres hombres volvieron con sus armas y Ricardo, yendo hasta la esquina de la terraza, donde podía acercarse más al resplandor de las luces, poniéndose las manos en forma de bocina, gritó:

-Eeeh!... Quién es?... Les pasa algo?

Silencio. Hasta la brisa se había calmado, y sólo se sintió cercano el quejido que Raquel había dicho que era la niña sonámbula.

-Eeeh!... quién es?„, Qué desean?...

La voz se perdió en la noche húmeda y sin estrellas, y el mismo silencio pobló todos los rincones.

El resplandor se fue moviendo lentamente en dirección a tos cuartos de la casa para fijarse sobre la pared del cuarto.

Los hombres dispararon y Romelia, murmuró:

-Santo Dioj!... Que son loj muettoj... El ánima de don Antonio que vuelve a estoj lugarej!...

Las mujeres se pusieron a llorar y a rezar a gritos el Réquiem y demás oraciones para difuntos. Las niñas se despertaron y medio soñolientas corrieron a abrazarse a su madre y, temblando de miedo, murmuraron:

-Hay un quejido... un quejido en el cuarto!...

El resplandor se detuvo sobre la pared del cuarto, y en el silencio de rezos y llanto, sonoro y recio retumbó el quejido....

Los hombres, sin atreverse a salir de la casa, dispararon como locos nuevamente, y nerviosos, gritaron:

-Eeeh, quién es?

-Salgan pronto!... o los matamos!

Pero en respuesta, sólo el quejido respondía a espacios de dos o tres minutos.

-Ay! si ej sobre el mejmo cuarto!... en el mejmo luga donde encontramos muetto a don Antonio... ej su ánima la que se queja... en vej de habejle rezao hoy Viernej Santo... lo que hubo fue barajaj... y más barajaj! -se atrevió

Romelia a criticar a los amos.

Las ventanas y las puertas fueron trancadas, pero el quejido seguía y espeluznante el resplandor mortecino de la luz misteriosa sobre el cuarto...

El reloj del comedor comenzó a desgranar la media noche, y como si fuera poco las dos horas de miedo que llevaban los habitantes de "Los Rosales", las luces de las lámparas y palmatorias titilaron y se fueron extinguiendo, a medida que el llanto desesperado de las mujeres crecía y el sudor frío a los hombres les corría hasta bañarlos.

Fue un instante... Con la última campanada casi se apagan todas las velas y sonó fuerte el quejido. Todos sintieron como un aliento tibio que les rozó los rostros, al par que afuera los perros aullaron en forma lastimera.

Enseguida volvió a subir la luz de las lámparas, pero:

-No...No! apenas amanezca nos vamos!

-Sí nos vamos!...

Todos hechos un solo haz, pasaron las cuatro horas restantes hasta el amanecer, ellas rezando y ellos fumando, oyendo a intervalos más largos el horrible quejido y viendo sobre la pared del cuarto la luz tenebrosa que se iba extinguiendo con la aurora.

Por la mañana, cuando al alba se atrevieron a moverse, mientras ellas recogían el equipaje que habían traído por una semana, ellos decidieron a salir a la terraza... El quejido continuaba oyéndose, pero como el sol tiene el poder de ahuyentar el miedo y de dar valor, se llegaron por el corredor hasta el cuarto de las niñas...

Ronco y quejumbroso, se oyó el quejido.

-Eh... no te vayas Ricardo!... Espera!

El otro más valeroso ponía atención hacia donde venía el quejido... Allí estaba el árbol de guayaba, con sus ramas frondosas de palo liso, tropezando una de ellas el alar del corredor, justamente frente al cuarto de las niñas...

Todos vinieron a cerciorarse del hallazgo, pero cuando más felices estaban con el descubrimiento, Raquel, dijo:

-Está bien... ese es el ruido... pero, y la luz, de dónde provenía?...

Todos temblaron, pero el capataz, con la pereza que le da a la gente del pueblo quitarle lo sobrenatural a los hechos, dijo:

-Ah!... Me olvidaba... Ejta mañana temprano vino el hijo de mi compae Eladio y pidió pejmiso pá busca un candil que probablemente cogió el mono que tienen loj señorej y que se lej sottó anoche, y andaba poj ejtoj laoj... y poc cietto que lo encontramos encendió en dirección al cuatto.

-Y quién apagó todas las lámparas?

-Nuestro miedo, y el viento, mujer!... No preguntes más!.

UNA REUNIÓN CLANDESTINA

La ciudad estaba abatida aquella tarde por el viento huracanado que anunciaba la tempestad; las calles desiertas; los balcones hablan cerrado sus blancas celosías, y uno que otro zaguán apenas si tenía entornado el portón.

Miguel corría bajo el cielo cubierto de nubes y relámpagos, amparado por su vigorosa juventud, de piernas largas y atlético dorso. Parecía un fantasma con su ancha capa al aire.

Una fiebre loca lo empujaba hacia adelante, desafiando la naturaleza, desoyendo consejos maternos, atento sólo al pensamiento del recado que don José María García de Toledo le había dado para que transmitiera cuanto antes, al grupo de patriotas que estaba reunido en cierta casa estratégica del barrio de San Diego: debía disolverse la reunión inmediatamente, pues habían sido denunciados y ya andaban comisiones buscándolos.

Además, el corazón lo obligaba con fuerza avasalladora, para salvar a dona Dolores, pues siendo ella la que había propuesto la deshabitada casucha para arsenal y punto de reunión de los patriotas, de seguro, como otras veces, estaría custodiando el portón disfrazada de paisana, para abrir solamente cuando decían la contraseña.

La casa, situada en la calle de La Tablada, colindaba justamente con la regia mansión de Dolores, la cual quedaba en la Plaza de Santo Toribio, y se comunicaban por los traspatios de ambas, cosa importantísima en caso de ser descubiertos, pues bajo el alto y grueso paredón que las separaba habían construido un pequeño túnel disimulado con tablas viejas a ambos lados.

Miguel tenía absorbidos los sesos por la belleza y dinamismo de la joven, y más le hacía pensar en ella, el poco caso que la dama le ponía a sus requiebros, diciéndole que sólo lo escucharía cuando fuera el héroe de alguna hazaña.

Corría Miguel y su pensamiento trabajaba... Nadie sospecharía de él, pues aunque había ayudado a la causa patriota con sus dos hermanos Luis y Bernardo, lo consideraban en la ciudad como filósofo, ajeno a cualquier asunto que no fuera el estudio del griego y del latín, que adelantaba con el reverendo don Fradique Soto.

Dejó atrás la calle de La Soledad, atravesó presuroso la de San Agustín Chiquita y en la de La Moneda le salió al paso un alguacil:

-Qué le pasa a don Miguel que tan de prisa se aleja del barrio de su casa?

-Esta tempestad que se aproxima y va atarme en casa sin un libro con que entretener el tedio! -Contestó risueño el muchacho, casi a gritos, pues no disminuyó la velocidad de sus piernas temeroso de que el realista se ofreciera a acompañarlo.

Luego, al final de la calle, tuvo un momento de vacilación, y le echó una mirada al alguacil: allí estaba embozado en su capote, al borde del zaguán atisbándolo.

Pero no había tiempo que perder... Corrían **tos** primeros días de mes de noviembre de 1811 y el ambiente de la causa estaba caldeado, a punto de estallar... Necesitaba comunicar el mensaje de don José María cuanto antes, y salvar a doña Dolores de cualquier absurdo.

Se internó en el barrio de San Diego, cuyas enclaveladas y majestuosas ventanas de poyo, también cerradas, temían a la lluvia, la cual ya comenzaba a derramarse en gruesas gotas, acompañadas de viento, relámpagos y truenos.

El alguacil se quedó pensando en el muchacho y le pareció absurda la contestación de no tener, él, don Miguel, libro para entretener el tedio!, cuando era sabido de todos que su cuarto lo tenía atestado de librotos, legajos y papeles de toda especie, que, según la gente, acabaría por enfermarle el cerebro.

Las gotas de lluvia caían ya furiosas en forma que rechinaban sobre la calle levantando un humillo festivo y oloroso a tierra mojada.

Casi inmediatamente aparecieron en la esquina de la Calle de La Moneda dos guardias en sendos caballos y, entrando precipitados en la calle, se dirigieron al alguacil:

-Hay noticias de una reunión clandestina por estos alrededores... Habéis visto u oído algo sospechoso?

-...Mí capitán... si de sospechoso tiene el ver pasar hace un instante, bebiéndose los vientos a don Miguel Fernández...

-Bruto! Y no le habéis seguido?... Es hermano de Luis y Bernardo Fernández y sobrino de José Fernández de Madrid, elementos revolucionarios y sospechosos de traición...

-Al interpelarlo me ha respondido que va en busca de libros con que distraer el tedio que le proporcionará la lluvia...

-Bruto!... Hacia dónde se dirigió?

-Subió por la Calle de La Bomba...

Los realistas picaron espuelas y se dirigieron a la calle mencionada, alcanzaron la esquina y vieron doblar una sombra rápida por la calle de La Tablada. Volaron tras ella.

Miguel se dio cuenta de la persecución y corrió más de prisa, para llegar al portón de la casucha cuanto antes. Frente al portal silbó el "Santo y Seña", tan apremiante, que abrieron al instante. Casi al cerrar el portón sonaron en la calle los precipitados pasos de las cabalgaduras, las cuales se detuvieron a la puerta.

-Dolores... hay que disolver la reunión inmediatamente... por favor, retiraos, vos la primera, a vuestra mansión para que no aparezcáis mezclada si llegan a descubrirnos...

-Me conocéis muy bien, Miguel, y podéis estar seguro de que si es el caso, moriré con vosotros por la libertad de Cartagena de Indias!

Sonaron imperiosos golpes en la puerta.

-Por favor, Miguel, entrad al sótano y decidle a nuestros compañeros que se escapen por el túnel... Es indispensable que salgan **¡tesos nuestros**

¡lustres compatriotas!

Mientras se dirigían al fondo de la puerta continuaban los golpes más fuertes en forma que parecía que la echarían abajo.

-Alegraos, Miguel, pues ha sido una espléndida reunión... allí abajo están congregados, además de vuestros hermanos y del mío, don Manuel Rodríguez Torices, don José María Portocarrero, don Manuel del Castillo y Rada, don Ignacio Cavero, don Domingo Granados, don José María del Real, don Germán Gutiérrez de Piñeres, don José Fernández de Madrid, en fin, todos los que están empeñados en esta santa causa!

-Acordaron todo?

-Todo!... Habrá cabildo abierto... Se leerá durante él el Acta de Independencia! ...Oh! qué maravilloso va a ser el día en que seamos Estado libre, independiente, soberano... Oh, Cartagena de Indias!... qué hermosa te vas a ver acunada en los brazos de tus hijos!... No más vejaciones ni maltratos!... No más extorsionarnos, no más tratarlos de "criollos"!

Había llegado al fondo de la casa. Ella le entregó a Miguel la navecilla del sótano, y se devolvió rápidamente hacia la puerta a ver cómo distraía a los realistas.

_Se les ofrece algo a los señores? -dijo después de haber abierto una hoja de la desvencijada ventada de poyo.

El capitán respondió agriamente:

-Sí... Abrid enseguida en nombre de su Majestad!

-De su Majestad?... -dijo ella, risueña.

-Sí, de su Majestad; os extraña?

-Naturalmente... Habláis de una Majestad que le ha cedido gustosa su silla al francés Pepe Botellas!... -Y enseguida, risueña ante el enojo y asombro del capitán:

_Decíme, más bien, que os abra el portón por orden vuestra, que tenéis ese porte arrogante y que... no es justo que esta impertinente lluvia os empape la indumentaria!

Tras el gesto fulminante, el capitán cambió la expresión por la complacencia de la lisonja.

-Tienen vuestras palabras el **don** de hacer olvidar vuestra osadía e insensatez... Cómo os llamáis?

-Yo?... Lola, servidora vuestra!

-Abrid, pues, Lola, abrid! -dijo impaciente.

-Enseguida! Pero, por favor, no habléis recio porque mi madre está enferma, y acaba de dormirse!

-Abrid, pues!

El capitán sintió mil dudas:

"Quién era esta doncella, vestida de harapos, pero de lujoso lenguaje que habitaba la ruinosa casa?... No se había equivocado él al creer que fue en ese portal donde entró Miguel?... Podía ser una humilde doncella esta preciosa mujer que sabía las cosas que pasaban en el Reino?... No le estaría engañando y era ella cómplice de la clandestina reunión?... Requisaba la

casa o tocaba en el zaguán siguiente?... A quién le recordaba el rostro de la Lola? No la habría visto en algún aristocrático salón?...

Mientras Dolores trataba de distraer a los realistas, bs escondidos en el sótano apagaron la mecha aceleradamente, y uno a uno fueron desapareciendo por el estrecho y húmedo túnel, para luego salir al traspatio de la casa de Dolores.

Miguel dirigía la retirada del lado de la casa en ruinas, y Ramón, el hermano de ella, los recibía en el traspato de la casa de la Plaza de Santo Toribio. Habían acordado asistir en masa al cabildo abierto que tenían preparado, y ya daban por seguro la proclamación de la Independencia de Cartagena de Indias. Es decir, que corrían los primeros días de noviembre de 1811 inolvidables para la historia de la ciudad y de la Nueva Granada!

Pronto el sol iluminará la esplendorosa mañana del onceavo día en que el grito de Independencia hendiría los ámbitos tenebrosos de la esclavitud y comenzaría la Libertad a resplandecer por todos bs rincones de la patria.

Dolores abrió la puerta y alcanzó a oír el susurro que el teniente derramaba en el oído del capitán:

- "Es hermosa la doncellita, mi capitán... buen bocado..."

- Entrad, señores de la guardia de su... pero aún no me habéis dicho, ni yo os he preguntado a qué se debe el honor, de esta intempestiva visita, sobre todo... con un mal tiempo como el de hoy...

- Nosotros... Ejem... Sí, decidle vos, teniente...

- Yo?... se azoró el otro - Pues nosotros, cumplimos órdenes... hemos de requisar esta casa!

- Esta, casa, precisamente? - se asombró ella en tal forma, que ellos se miraron indecisos.

- Bueno... esta casa... sí... pero...

- No lo vais a hacer, verdad?... Sería horrible para nosotras... mi madre está enferma...

El capitán pensó sacar el mejor provecho de aquella retirada, y quitándose la mojada capa dijo:

- No lo haremos... sí... - se había acercado a ella con paso lento, pero con la mirada brillante y atrevida. - No la requisaremos, si... - quiso tomarle un brazo.

Ella retrocedió y dijo altanera:

- Esta es la forma como cumplís las órdenes que os dan esos infames?

- Respetad, vos, infeliz doncella! - se irguió al oír el insulto. - Respetad si no queréis que os tome por la fuerza! - Toda su virilidad se sintió ofendida, e hizo ademán de abrazarla.

Miguel, habiendo salido al sótano tras el último de los patriotas, se había acercado a la puerta que separaba el salón del interior de la casa a ver cómo iban las cosas, corrió rápidamente hasta el armario que en la pieza servía de arsenal y sacando reluciente espada, abrió la puerta, y exclamó:

- Respetad vos, infeliz capitán, a esta doncella con quien tenéis el honor de cruzar palabras!... Defendeos si es que sabéis manejar la espada,

pues creo que conforme no sabéis tratar con damas, tampoco conoceréis el uso de la honorable arma que lleváis al cinto!

•Vive Dios! -exclamó el capitán desenvainando rápidamente, y se trabó el desafío.

Dolores se había armado de enorme pistola y sin decir palabra, miraba el desarrollo de la escena. El teniente quedó como paralizado en un rincón de la sala, pero al instante desenvainó también para atacar a Miguel. El capitán dijo:

-Dejadme solo con él... Vos corred al cuartel y dad parte de que encontramos la guarida... que cerquen toda esta cuadra, para que no escape ninguno!... Este niño lo termino yo pronto, vive Dios!

-Veremos! -dijo Miguel.

Dolores no lo meditó un instante. Antes de que el teniente abriera el portón le apuntó con la pistola y le disparó con tino sobre el corazón. El hombre se tambaleó y cayó al suelo.

_Bravo, Dolores!... Habéis evitado que ese desgraciado dé parte a los realistas y se pongan sobre aviso!

-Pero iré yo! La suerte de esta dama está ya decidida!... Os espera el cadalso seguro!... Habéis dado vil muerte a un defensor de su Majestad!

Dolores miraba el arma aún humeante en sus manos, y no acertaba a controlar el ritmo acelerado de su corazón. No sabía si deseaba llorar o reír. Pero en aquellos momentos en que la patria libraba sus días decisivos para la Libertad, no importaban los actos que pudieran cometerse si ellos adelantaban el triunfo de la causa!

-Con quién estabais escondido en la casa de esta doncella, don Miguel?

-Callad, si no queréis que os corte la lengua!... Mi espada os enseñará a respetar a esta dama y en ella a todas las doncellas del orbe por más humildes que sean!... y atacaba con destreza.

El capitán paraba también con elegancia los golpes, y se dio cuenta que no se batía con cualquier aprendiz, sino que Miguel estaba expedito y diestro en el manejo de la espada.

-Con que este ratón de biblioteca pierde el tiempo en la esgrima?... Ah, traidor!

-En la esgrima... en el manejo del fusil... en la pelea a cuerpo!...

-Estáis bien preparados para la traición, infelices insurgentes!

-Es un honor ser defensor de la Causa Patriota, infeliz realista!

En ese momento se cruzaron las espadas y con fuerza se separaron, como si fueran dos gallos de pelea. Se hablaban entrecortadamente, atentos y pendientes del filo del arma y de la destreza del contendor.

Dolores, en su confusión se había quitado la toca que ocultaba su hermosa cabellera, y el delantal de harapos. Cuanto pasaba en su alma lo acallaba la expectativa de los lances de los espadachines, y un sentimiento de angustia, jamás sentido antes, de que fuera Miguel el vencido.

-Ya sé quién es la dama a quien defendéis con ardor... si no había de

reconocerla yo!... Parece imposible que tanta alcurnia y donosura se apreste a ayudar a los traidores de su Majestad!... Os juro que iréis juntos al patíbulo!

-Callad!... Os prevengo que moriréis esta tarde!

Miguel había logrado empujar hasta el patio al capitán, ganándole terreno. Bajo la lluvia, casi en la penumbra de las últimas horas de la tarde, sólo se perfilaban sus siluetas y el blanco relucir de los aceros.

Dolores los siguió, presa de indecible emoción, pues el duelo que se libraba era sin cuartel, sangriento, a muerte!

En un momento, Miguel desarmó al capitán, quien quedó indefenso esperando su último momento. Pero Miguel le ordenó que se armara nuevamente.

-Tomad la espada!... No es así como deseo venceros!

Rápido, el otro agarró el arma, y atacó violentamente a su contendor, hasta el punto de llevarlo casi otra vez hasta el interior de la casa. Dolores se alarmó y gritó:

-Miguel, qué os pasa!... Arremeted pronto, porque deseo deciros cuánto os amo!

El muchacho pareció que le inyectaran nuevos bríos, y atacó violentamente hasta empujar al capitán contra la tapia del fondo de la casa, y en un momento atravesarlo en el pecho. En su puño sintió el doblez de aquella juventud tan bravia como la suya, que pausadamente, y sin una queja se fue resbalando contra la pared hasta caer al suelo sobre un charco de sangre.

Resonó en la calle un tropel de caballos, y voces vigorosas que ordenaban a los vecinos a denunciar la reunión clandestina en la cual se atentaba contra el Reino.

Dolores se abrazó a Miguel, y con su pañuelo enjugó el sudor y las gotas de la lluvia que corrían por su frente.

Habiendo anochecido ya, entraron al túnel, mientras los golpes en la puerta de la casa de la Calle de la Tablada, comenzaron a resonar.

EN EL ONCE

Entre sueños, oyó José María, pasos apresurados por el salón contiguo, una que otra frase de entusiasmo que él no adivinaba a lo que se refería. De la calle subía también un bullicio inusitado que tampoco se explicaba, pues no era día de fiesta ni nada parecido.

Estaba fuertemente vendado en el hombro, y el brazo lo tenía colgado en un manguito amarrado al cuello. Trató de pensar qué era aquello y recordó: se había batido la noche anterior con Alonso Ramírez, porque a éste no le

gustó que él se quedara mirando embelesado para el balcón donde unos ojos negros lo miraban también sorprendidos. El no sabía quién era la dueña de los ojos perturbadores, pero sí que a aquella casa llevó varias veces a su madre en el coche. Recordó que la dama, cuando él cayó herido, se arrodilló ante el vencedor y suplicó el perdón de su vida, y que Alonso sólo accedió, cuando ella prometió aceptarlo en matrimonio.

Pero ya tendría su castigo don Alonso, pues, él, José María, como Teniente de las Fuerzas Reales, haría que le siguiesen juicio!

Quiso incorporarse, pero no pudo: sintió un agudo dolor en el hombro derecho, el cual le hizo perder nuevamente el conocimiento. Aún con los ojos cerrados, se tocó con la mano izquierda el sitio de! dolor...

Volvió a oír las voces y puso más atención:

-Ay madre! has pensado en nuestra inmensa felicidad?... Tierra libre!... Libertad, Independencia!... Estado Soberano!... No más yugo!... No más chapetones que maltraten al pueblo!

-Sss!... que puede oírte el Teniente de las Fuerzas Reales!

-Es verdad!... Pero aunque nos oyera, ya nada puede hacer!... Voy a darle una mirada!... Entrás conmigo?

-Te complaceré por un instante!... Bien sabes que detesto a los chapetones!... Lo que no me explico es cómo este José María, siendo hijo de Josefa, tan de los nuestros, haya salido al realista de su padre!

José María se hizo el dormido, y cuando las damas entraron procuró poner la más beatífica expresión del mundo.

La más joven susurró:

-Madre, me asusta que todavía esté durmiendo...

-Es que fue buena la cantidad de soporífero que le pusimos en la bebida... Si no, dime: cómo hubiéramos hecho para mantenerle escondido en este día inmenso como el de hoy?... Además, hubieran sido capaces de colgar a Alonso en la Plaza!... y válgame Dios! Me hubiera muerto de pena!... Ya sabes que es el escogido para tí... su madre y yo lo hemos hablado ya. Y él ha probado que daría su vida por tí...

-Es verdad, madre. Pero Alonso tiene la misma edad mía...! Además nos hemos levantado viéndonos casi a diario... Yo trato, pero no logro sentir nada por él...

-Qué quieres sentir! Cariño, mujer, cariño... Qué de raro va a tener el cariño?

-No madre! Deseo sentir algo más por el hombre que escoja por esposo! Algo que me haga conocer que lo quiero por sobre todos los demás hombres... Que tiemble ante su presencia, que se me suba la calor a la cara si me mira... que... que...

-Jesús! Calla, criatura!... Qué locuras dices!... En mis tiempos las niñas no hablábamos así!

El teniente sintió vivos deseos de volver a la niña que hablaba y con un fuerte suspiro abrió los ojos.

Madre e hija lanzaron un pequeño grito de sorpresa, y enseguida doña

Aurora dijo:

-Me retiro, Ana María, tengo mucho que disponer para la fiesta de esta noche!

Ella no supo qué decir y al encontrarse con los sorprendidos ojos del muchacho, sintió que toda la sangre se le había subido a la cara, pues él la miraba desde el bronceado cabello peinado a la moda, hasta el delgado talle realizado por un fino vestido pálido.

-Señora... Es a vos a quien debo agradecer la cura de mi hombro?...

-A todos en la casa...

-Y es a vos a quien debo agradecer la gracia de estar hoy con vida?

Volvió a sentir ella el palpar acelerado del corazón, pero no contestó.

-No hubiera podido soportar ese acto de cobardía... Ved, estabais herido, sin arma ya con que defenderos... os desangrabais...

-Qué más daba mi vida, si soy realista?... Porque veo que participáis de las ideas revolucionarias!...

-Si Teniente!... A mucho honor, no sólo comparto esas ideas, sino que he luchado por ella y he ayudado a la Causa!

Subió la gritería acompañada de tambores y gaitas, y él preguntó:

_Qué pasa hoy, que parece que fuera día de fiesta?

-No lo sabéis, Teniente? Hoy es el día 11 de Noviembre de 1811! El día más grande para la historia de Cartagena de Indias... No lo olvidéis!

-Por qué es día de alborozo? -se sorprendió él.

-Ha sido proclamada solemnemente la Independencia de Cartagena de Indias! Se firmó el Acta esta mañana, y el Gobernador no ha tenido más remedio que reconocer nuestros derechos! Mirad!... Allá tocan aquellos negros el tamborito y la gaita... De seguro habrá cumbia en las Plazas de San Diego y de Gimani esta noche!... Ved allá... Viene vuestra madre con un grupo de damas. Se dirigen hacia acá!... Ella festeja también el triunfo!... Oh, qué felicidad, teniente! Cómo podéis defender a un Rey que no ha sabido gobernar, que sin chistar ha dejado su silla para que la ocupe el usurpador Bonaparte? Es que no sentís vos, que habéis nacido aquí, esta fiebre, esta ansiedad de ser libres, este santo ardor de querer un gobierno propio que nos considere, que trate al pueblo como ciudadanos, que no nos maltraten, que no nos miren de soslayo, que no nos carguen de impuestos abusando de nuestra paciencia?... Contestadme, en verdad sois de esos?

-Soy lo que mi padre ha querido que sea!

-Pero, creéis vos, que tenéis una madre partidaria de nuestra emancipación, que debemos rendir pleitesía a un Rey que ni siquiera sabe nuestra Geografía, que ignora a quién nos envía para que lo represente, que nos desprecia y nos considera esclavos?... No tenemos derecho a goberarnos solos? Decidme, tengo o nó, razón?... Contestadme!

-Yo... yo, señora... a veces pienso que la tenéis!

Tocaron a la puerta y ambos callaron.

-Pasad...

-Hijo mío!... -exclamó una señora de edad y cubrió de besos la frente

del herido.

Calladamente Ana María salió del aposento, palpitándole aún el pecho de agitación, emocionada por sus mismas palabras... y por algo más? Probablemente! Sentía algo grande nacer en ella!

Las horas se desgranaron llenas de emociones para los habitantes de Cartagena. Los que no podían creer que tanta felicidad fuera cierta, festejaban la noticia con las puertas cerradas. Los más audaces, aquellos a quienes ya les importaba lo que pudieran pensar los realistas, habían abierto sus puertas, y en la casa de todos los beneméritos patriotas que firmaron la histórica Acta de Independencia, había bebidas y comida para todo el que quisiera festejar con ellos.

Era una verdadera romería la que se dirigía a la casa de don José María García de Toledo, quien atendía a ricos, pobres, gente de color y amigos con igual entusiasmo.

Un día de tanto regocijo también resolvieron festejarlo los padres de Ana María, y al saber que por fin había sido aceptado Alonso por la muchacha, les pareció a los padres de los novios, que nada más acertado que anunciar el compromiso en día memorable, durante la fiesta de la noche.

Ana María se había cambiado el vestido pálido, por uno de fiesta, de encajes color malva, el cual avivaba la delicada belleza de sus facciones y el color bronceado de su cabellera.

Pero había en sus ojos algo misterioso que la hacía más atractiva: una abstracción del momento presente, una ensoñación, como un andar alado por todas las habitaciones, y pensaban los parientes, era por la emoción que el compromiso matrimonial le causaba.

Ya arreglada para la fiesta, al pasar frente al aposento del Teniente, no pudo resistir la tentación y entró con el pretexto de un refresco que le llevaba la doncella:

-Se puede entrar?

-Adelante, señora... -reconoció él la voz.

_Os traigo este refresco que os sentará muy bien...

El muchacho lo recibió con su mano izquierda libre, y descaradamente admiró a la muchacha.

-Es cierto que anuncian vuestro compromiso con Alonso durante la fiesta de esta noche?

-Así es...

-Sois feliz?

-Por qué no habría de serlo?

-Perdonadme, Ana María, pero no exteriorizáis vuestra complacencia...

Ella sintió el palpitir del corazón tan fuerte, que creyó se detendría su ritmo.

-Por qué decís eso?

-Porque leo en vuestros ojos...

•Qué leéis en ellos?

-Que no sentís por mi vencedor ese fuego sagrado que se llama Amor! Ese sabor agrídulce que sale del alma!... Queréis a Alonso Ramírez, pero con cariño de hermano de travesuras... Y lo que más llena de pesadumbre el alma, es que os **deís** en matrimonio por salvar la pobre vida mía -bajo el tono de su voz-. Más me hubiera valido que dejarais que me matara anoche Alonso, con tal de no presenciar lo que presencio! Y lo que le perdono a Alonso es que aprovechándose de vuestro tierno corazón os arrancara una promesa que sacrifica toda vuestra vida!

-No exageréis, por Dios!

-No exagero... leo en vuestros ojos algo... -Bajo más aún el tono de la voz, y viendo la ansiedad de ella, se atrevió a proseguir:

-Leo algo tierno... dulce... embelesado al mirarme... que se arrebolo vuestro rostro al escuchar mis palabras...

José María había puesto el refresco en la mesita de noche, y como estaba ella tan cerca, el muchacho se apoderó de una de sus manos y Ana María no tuvo el valor para retirarle. La miró a los ojos expresivamente y ella sostuvo la mirada un instante, mientras una sonrisa de complacencia le iluminó el rostro. Fue lo suficiente para que comprendiera.

-Me amáis, Ana María, me amáis como yo os amo desde que os vi!

Por toda respuesta ella levantó los ojos hacia él. Un velo de lágrimas opacaba su brillo. Pero la sonrisa persistía en los labios.

Era una confesión. Casi entre dientes, murmuró:

-Además de mi compromiso nos separan ideales contradictorios.

-No tenéis por qué opinar... sois mujer!

Al instante ella reaccionó y dijo con viveza:

-Es algo en mi corazón más fuerte que el amor! Por la libertad de este pueblo que sufre calladamente, yo hubiera dado mi vida gustosa.

Los pasos de alguien que se acercaba rompieron el embeleso. La voz de la madre se oyó desde el corredor:

-Ana María, hija, ya veo venir el coche de tus futuros suegros!

-Estaré pendiente, madre! -Y volviéndose a él murmuró:

-Adiós para siempre!

-Diréis, hasta mañana... No se termina así un amor nacido para la eternidad!... Os juro que no os casaréis con Alonso Ramírez!... Ya me curaré esta herida! Ya adiestraré mi brazo, y afilaré nuevamente mi espada!... Convenceré a todos, Ana María, de que me amáis a mí y de que yo os amo! Y aunque estéis prometida rondaré vuestros balcones todas las tardes, todas las noches, a todas horas! Para que todos vean cuánto os amo, y que no me importa la espada de Alonso!... Y entonces volveremos a luchar en una noche estrellada, y seré yo quien empuje hasta vuestro zaguán a Alonso y el que lo desarme despiadadamente. Y, entonces, al oír nuestras espadas, bajaréis vos, como bajasteis anoche, reconoceréis al herido y para que acceda a dejarlo con vida, le pediréis a él que os deje en libertad de la

promesa que os arrancó una noche igual! Será todo exacto, Ana María, os lo juro, pero el vencedor seré yo!... Luego nos casaremos!

El hablaba con vehemencia, como un loco, con la visión clara de los hechos que el amor le dictaba para ser feliz.

Ella, contagiada por las mágicas palabras, se había acercado nuevamente al lecho:

-Sí! José María! Sí... Y con el tiempo vuestra madre y yo os haremos amar la libertad de América, y lucharemos juntos por la Independencia de todo el territorio de la Nueva Granada e iremos anunciando por todas partes el Acta Memorable que han firmado los compatriotas nuestros hoy Once de Noviembre de 1811!

VIVA LA LIBERTAD

-Viva Cartagena de Indias!

El grito resonaba potente, alegre, por todos los ámbitos de la ciudad.

El pueblo, volcado por todas las calles, contento, libre de cadenas y lleno de esperanza, vociferaba y corría de un extremo a otro para que nadie se quedara sin conocer la noticia.

Pedro Romero con la muchedumbre de Gimaní, se había lucido: Cumplió su promesa y a eso de las diez ya estaba la plaza de la Trinidad que no le cabía un alma, esperando la orden; y de allí con su batallón de Los Lanceros, el recorrido triunfal, por la plaza de San Francisco, y atravesando calles y plazas hasta frente del Palacio, lugar también de reunión del Cabildo.

Los caudillos estaban esperándolos en los balcones: Germán Gutiérrez de Piñeres, García de Toledo, Domingo Díaz Granados, Ignacio Cavero, Juan de Dios Amador, José María Castillo, Ignacio de Narváez y La Torre, Manuel Rodríguez Torices, José María Benito Revollo, José Fernández de Madrid, y otros más, quienes después de oír a los tribunos del pueblo, Ignacio Muñoz y el Presbítero Nicolás Mauricio Omaña, expresaron su adhesión a todo lo requerido y leyeron la memorable Acta de Independencia absoluta de Cartagena de Indias, declarando "en nombre de Dios Todopoderoso, autor de la naturaleza", "a la faz de todo el mundo, que la Provincia de Cartagena de Indias es desde hoy, de hecho y por derecho, Estado Libre, soberano e independiente; que se halla absuelta de toda sumisión, vasallaje, obediencia, y todo otro vínculo, de cualquier clase y naturaleza que fuese, que anteriormente la ligase con la corona y gobierno de España"...

-Viva Cartagena de Indias!...

Pero Henriqueta, a pesar de su contento porque este grito se le agarraba a todas sus entrañas, tenía clavada una espina en el alma, pues

aunque estaba mezclada al grupo de mujeres que acompañaba al pueblo bajo los portales del palacio, aún no veía que se abriera la cárcel donde esta su prometido, Luis Felipe.

Hacia diez días había sido acusado, precisamente, la víspera de su matrimonio, por los hermanos de Rita, la muchacha que se encaprichó en casarse con él.

Era una historia increíble, para esos tiempos modernos, en que todo marchaba hacia la libertad.

Luis Felipe y Henriqueta se habían querido desde temprana edad, pero en una fiesta, a la cual ella no pudo concurrir, él bailó algunas piezas con Rita, lo cual motivó que la muchacha se sintiera autorizada para procurarse el buen novio que era Luis Felipe.

Como Rita era de la familia perteneciente a las clases dirigentes, procuró de todas maneras acercarse a Luis Felipe, actual oficial del batallón de Los Lanceros de los Pardos, y con mil mañas logró ponerlo bajo las órdenes de su padre.

Comenzó abiertamente a conquistarlo y al verse por fin vencida, cuando Luis Felipe le anunció que se casaría el domingo 3 de Noviembre, se consiguió testigos falsos que lo acusaron como enemigo del Rey de España, y que además había abandonado su puesto en servicio de guardial

De nada valió que el muchacho jurara que todo era falso, ni que se alegrara que se casaba al día siguiente! Ni que Henriqueta hubiera ¡do a llorarle al Gobernador. Ni siquiera le dejaron ver al preso! Sólo le anunciaron que el martes doce de Noviembre sería juzgado. Pero ella estaba en el movimiento revolucionario y hasta armas guardaban en su casa sus padres y sus hermanos!

Llena de angustia, se acercó a uno de los cabecillas amigos y le dijo:

-Y cuándo vamos a la cárcel, donde hay tantos patriotas?

Fue prender la mecha:

-Ahora mismo! -y volviéndose al pueblo, dijo con voz potente:

-A la cárcel!

Como las aguas que se desbordan forzaron las puertas, invadieron los patios, traspatios, escaleras, salones, entresuelos, abrieron las puertas a todos los presos, sacaron todos los aparatos de tormentos y castigos a la mitad de la plaza y haciendo una gran pira, iluminaron la tarde de ese lunes once de Noviembre, los restos del martirio de tantos, injustamente acusados por enemigos.

Henriqueta, cuando entraron a la Cárcel, acompañada de sus hermanos, fue la primera en llegar a las tenebrosas mazmorras, y con barretas, palos, y hachas abrieron sus puertas.

Allí estaba Luis Felipe engrillado! Qué tristeza! Pero no había tiempo que perder y sus hermanos supieron cómo libertarlo.

Enseguida, felices, arrebatados, salieron entre la turba, y sin acordarse de Rita, acompañaron al Bando a leer el Acta de Independencia, en todas las esquinas, que según era costumbre, dedicaban para estos actos.

En una de ellas, el pueblo corrió a asaltar la casa del Capitán Eusebio Fuenmayor, realista irreductible y uno de los más encarnizados contra el pueblo, y padre de Rita.

Desde la muralla, Henriqueta y Luis Felipe, vieron correr a toda la familia de un tejado a otro, hasta perderse en su fuga. Pero era mucha la felicidad la libertad, para mancharla persiguiendo realistas, y con una sonrisa continuaron acompañando al Bando a leer el Acta Memorable.

Y entusiasmados, cada vez más, gritaban:

-Viva la Libertad!

-Viva el Estado Soberano!

-Viva Cartagena de Indias!

UN ANÓNIMO

Volvió a leer el papel y a mirarlo por todos lados para descubrir quién podía haberle escrito ese aviso. Y, por qué? Hacía tanto tiempo que había dado por terminada cualquiera ilusión... o, hasta ese momento creyó que la había olvidado completamente... Pero no! no era posible olvidar a Carlota!

Ella había sido su novia, su única novia, a quien casaron con otro porque él, apenas, era estudiante de derecho, del Colegio del Rosario de Santa Fé de Bogotá.

A pesar de ser un noviazgo aceptado por ambas familias, la de ella aprovechó una de sus ausencias, para casarla con Juan Ignacio, caballero que había llegado del Perú, sobrino de don José Fernández de Madrid, con mucho dinero en los bolsillos y muchas campanillas.

El le escribió una carta por conducto de su prima Manuelita, pidiéndole una explicación. Pero Carlota, al decir de su prima, se resistió a leer la carta, y sin despegarle un solo lacre, le fue devuelta apenas regresó a Cartagena ese año.

Con los ojos semicerrados por el recuerdo, abrió la gaveta del escritorio y del fondo sacó el sobre de las amorosas misivas. Apareció la carta, pero tampoco se atrevió a abrirla... No quería enfrentarse a sus lágrimas de aquellos días. Como tantas veces, en tres años, la acarició entre las manos y volvió a ponerla en su sitio.

Quién podía haberle enviado el anónimo? Quién podía saber que aún resonaba en su interior el nombre de ella?... Quién podía atreverse a suponer que le gustara verla de cerca y hablarle?

Releyó el anónimo: : "Si deseáis ver a Carbta de cerca, y hablarle, concurrir esta noche a la tertulia de las Moneadas".

En aquellos días, cuando llegó él a Cartagena, ya casada Carlota, se

prometía cada día no imaginarla... Pero todo era vano! averiguó a qué misa iba con el marido, supo quiénes eran sus amigos preferidos, para también intimarse él; y se hizo amigo del mismo Juan Ignacio, quien nunca se dio por enterado de aquel romance...

Se tornó aficionado a los caballos, porque a Juan Ignacio le gustaban, y esto podía ser el medio de cambiar aún cuando fuera una frase con ella. Era lo único a que ansiaba. Intimamente se decía que sólo una mirada sabría por fin, si fue ella quien lo olvidó en verdad, o la habían obligado a aceptar a Juan Ignacio, como le aseguraban todos sus amigos.

Ahora, cuando él se creía más despreocupado de Carlota, cuando ya se había resignado a que siendo Cartagena tan pequeña, siendo su sociedad tan escogida, le era imposible cruzarse con ella, por qué le enviaban ese anónimo? Quién deseaba remover nuevamente la herida? Sería...No, Carlota no se había acordado hasta entonces, sino todo lo contrario, había evitado su presencia.

No, no concurriría! Ya era un hombre hecho y derecho de quien nadie iba a burlarse. No iría a la reunión de las Moneadas! No faltaba más que inquietarse ahora! Además, ni siquiera tenía la invitación.

Pero apenas hubo pensado esto, cuando don Rafael Moneada entró a su despacho, y con la cordialidad de siempre, le encareció que los acompañara a la tertulia esa noche, pues sus hijas deseaban hacer una velada agradable, y él era imprescindible para animar la reunión.

Y mientras en su interior ya las cenizas volvían brasas para recordar a Carlota, no encontró la disculpa y prometió concurrir.

Esa tarde vagó como sonámbulo por la ciudad, y no abrió el bufete. Se hizo arreglar el bigote y la chivera, se vistió con el traje de los días festivos, y todavía faltando unos minutos para la hora indicada, ya estaba en camino a la calle del Sargento Mayor, a cumplir la invitación.

Al atravesar la plaza a pesar de haberse acercado a uno de los grupos a saludar a varios amigos, no se dio cuenta de que conversaban en voz baja y hablaban sobre autos de detención contra algunos distinguidos personajes, denunciados ante el gobierno por la Provincia como traidores al Rey porque hacían propaganda subversiva.

Al entrar a la antesala de la casa, donde caía la espaciosa escalera, la menor de las anfitrionas lo recibió y lo condujo al salón donde estaban todos los invitados. El comenzó a saludar a las damas presentes, y al llegar frente a Carlota, le apretó la mano en la forma que lo hacía de antaño, creyendo aturdiría y ponerla nerviosa. Pero la muchacha, para sorpresa suya, con la naturalidad más grande y, como si sólo tuvieran pocos días de no verse, le dijo:

-Por Dios, Antonb, que se me entierran los anilbs! No perdéis la manía de apretar la mano.

Pero él no se atrevía entrar en conversación. Ella notó su azoramiento y dijo:

-No habéis vuelto a Santa Fé?

-No, señora... Desde que vine graduado hace anos, no he tenido oportunidad de salir...

Siguieron conversando sobre la arpista y temas triviales y luego ella dijo:

-Supe, por Manuelita, que estuvisteis mucho tiempo deseando verme...

-Es verdad... no sé que hubiera dado por encontraros...

-Ya veis? Y ahora sin más ni más estamos conversando...

-Alguien me to avisó y a pesar de dudar... ya veis, aquí estoy...

-Yo, al cabo de tanto tiempo, resolví enviaros el anónimo de hoy.

-Vos! -se asombró él.

-Sí, yo... Veréis cómo podemos ser amigos... y juntos, ayudar la Patria... No puedo creer que vos, siendo como sois tan inteligente, tan entusiasta, que tenéis un verbo! Válgame Dios!... tan encendido, y una facilidad tan grande para convencer a los demás, permanezcáis al margen de cuanto atañe a la lucha por la libertad.

-Señora, bien sabéis que desde hace tres años... todo interés por la vida terminó para mí- se atrevió a insinuar.

-Por favor, Antonio... no recordéis... Nadie puede escaparse de su propio destino... El nuestro es este... Aceptadlo y buscad algo donde nuestras almas se enaltezcan de orgullo! No bajemos a los abismos del desprecio ansiando lo que no puede ser. -La muchacha hablaba pasito con la dulce voz de siempre, para él inigualable.

-Tenéis razón... soy feliz al escucharos... y con esta certeza os bendigo... confiad en mí, señora, de que tendréis una vez más, todo mi ser, mi inteligencia, mi vida, a vuestra disposición...

-No; diréis a disposición de la Patria que os necesita... No esperaba oír menos de tí! -murmuró tuteándole momentáneamente. -Pero escuchad! Juan Ignacio y yo estamos trabajando activamente por la Causa... Tenemos necesidad de alguien que lleve un documento importantísimo a Bolívar, actualmente en Santa Fé... Es de vida o muerte entregárselo personalmente, pues estamos alistando soldados debidamente armados y equipados en las cercanías de Mómpos... Juan Ignacio iba a llevar el documento, pero esta tarde han dictado auto de detención contra él y otros más, y sólo falta la última firma para que salgan a aprehenderlos... Así que, esta noche, quizá los mismos Moneadas lo escondan y puedan sacarlo de la ciudad... Hemos pensado en vos, pues todos en la ciudad os tienen por realista... Pero yo que os conozco bien, sé hasta qué punto responderéis a este llamado de la Libertad!

-Con mi vida respondo, si es necesario, señora!

-Lo sé...

Mientras hablaban se habían ido retirando al balcón, el cual estaba semi-iluminado por los reflejos de las lámparas y candelabros del salón.

Rápidamente, ella sacó de la manga el abultado documento, y se lo entregó.

-Confiad en mí! Lo juro ante Dios, y ante vos! -dijo con tanta emoción

en la voz que ella se estremeció, y tomando uno de los heliotropos que perfumaban su escote, dijo:

-Guardadlo!... Ahora, entremos pues he venido a tocar al piano una romanza... aquella que **os gustaba tanto...**

No podía esperar más felicidad. Estaba frío, sí! Carlota lo quería! Siempre lo había querido, con ese amor de ella, limpio y sencillo.

Qué había hecho él de su vida? Dónde estaban sus nobles ideales? Por qué, como ella, no subir en la amargura de su amor frustrado, al pináculo del heroísmo como fuente de escape de su tristeza?... Por qué no trocar su gran amor por ella, por los ideales que los unían?

Mañana mismo saldría para Santa Fé de Bogotá, se enrolaría en las filas libertadoras, lucharía con Bolívar hasta conseguir la libertad, o hasta que la muerte le impidiera seguir adelante. No importa que pudieran fusilarlo, no importaba nada! Era su deber luchar por la libertad y era su anhelo recibir la eterna bendición de Carlota, de su maravillosa Carlota, intrépida e idealista como siempre, tenaz y constante como ninguna.

Ella se enorgullecería de él, pues no abandonaría a Bolívar hasta cubrir todo el suelo patrio, y aún el de América! con la bandera de la libertad más absoluta!

Una esperanza infinita, un ardoroso fuego interior de amor patrio, se apoderaron de su ser, hasta sentirse casi feliz con la misión que se le había encomendado, seguro de que ello sería el eslabón eterno que lo uniría espiritualmente a su único y nunca olvidado amor.

EN EL SITIO DE MORILLO

La decisión fué dolorosa, pero unánime: evacuarían la ciudad a velas desplegadas desafiando la escuadra realista, pero rendirme, jamás! Imposible soportar un día más el Sitio de Morillo. Había que, por lo menos, detener los estragos que hacía la peste en la ciudadanía la cual deambulaba por las calles en busca de alimentos, ya sin ánimos para pedir, y siempre con la rebeldía de mejor morir que entregarse al español.

Los dirigentes de la ciudad acordaron, después de varias reuniones urgentes que no se podía soportar un día más el Sitio, y para no declararse vencidos emigrar por el lado de Bocagrande el día 15, burlando el asedio español, que cada día fué cerrando más y más el cerco, hasta impedir la entrada por el caño de la Boquilla, de alimentos que venían del Interior.

Se irían todos los hombres en edad de combate, y solo quedarían mujeres, niños y ancianos.

A Raquel, aquella orden la conmovió hasta el fondo del alma. Pero su

optimismo agarrado a los hilos del coraje y la esperanza, le habían hecho imaginar que podían luchar contra esta escuadra que tardíamente venía a reclamar los derechos de Fernando VII en la Nueva Granada, cuando ya la Independencia se sentía por doquier y era un hecho: un gobernador criollo estaba al frente de los destinos de la Provincia, y el Acta de Cartagena de Indias, emitida cuatro años atrás, era patrimonio del territorio nacional.

El anuncio se lo hizo el mismo Alvaro ese anochecer...

-Zarparemos mañana... no hay remedio... Entregarnos, jamás!

-Pero es descabellado... os prenderán a todos... mira! está el horizonte cuajado de sitiadores...

Porque el encuentro diario tenía lugar en la glorieta de la casa de ella ya que por la peste sus padres no dejaban entrar a nadie en la casa, ni salir a los esclavos de ella... Era la forma de evitar el contagio.

Entonces Alvaro, saltando tejados, se venía todas las tardes desde su casa hasta la glorieta de Raquel, y ella, simulando que se iba a meditar y a pensar en el amado, avizoraba el horizonte, en el cual cada vez se estrechaba más el círculo de los sitiadores.

-La consigna es desafiar a vela desplegada a los sitiadores, desconcertarlos!... Es probable que los pescadores de la Boquilla armen inquietud como si trajeran víveres, e intenten pasar el caño de **Juan** Angola. Los españoles se precipitarían, como de costumbre, a arrancarles los alimentos y entonces nosotros, por el lado de Bocagrande, aprovechamos para hacer a la mar.

-Os atraparán como ratas!

-No seas pesimista!... apenas pisemos tierra propicia nos armaremos nuevamente y vendremos a libertaros... Ten fé! seremos independientes!... Lo que hemos alcanzado no nos lo arrebatara nadie... este mal tiempo terminará! -dijo lleno de optimismo.

-Morillo es sanguinario... su fama de malvado le precede como ave de rapiña... dicen que en Venezuela obtuvo resonante victoria...

-Eso es verdad, pero contra nuestra fé de ideales, ellos no pueden... ya verás... triunfaremos

-Moriré de tristeza.

-No; me esperarás, porque no estaré mucho tiempo ausente. Nos casaremos! Ten fé.

Raquel lloró toda la noche.

El día siguiente, en todas las glorietas y miradores de la ciudad, sin que una luz les denunciara, se sabía que las mujeres despedían con lágrimas a los hombres que abandonaban la ciudad, llenas de miedo y zozobra. Solo el murmullo de las camándulas y rosario parecía la callada consigna de su esperanza en el futuro.

Desde allí vieron las sombras de las embarcaciones sitiadoras moverse hacia el lado de la Boquilla y dejar trecho abierto para la evacuación de los patriotas. Luego, las embarcaciones de los cartageneros como cien pañuelos al horizonte se alejaron rápidamente. Al aclarar el día se oyeron las

detonaciones de los sitiadores tomando la ciudad.

Aquel fué el descubrimiento más monstruoso que tuvieron los españoles, al entrar a Cartagena de Indias: la miseria cundía por las calles. Era tremendo el aspecto miserable y macilento de los ciudadanos arrimados a las paredes para sostenerse; encontraron cerca de tres mil cadáveres, a medio enterrar en los cementerios de las Iglesias y aún en las calles. Los alimentos se pagaban a precio de oro, pues ni siquiera un plátano se encontraba. Decían que las gentes comían hasta gatos y ratas, tal era el hambre!

En las casas de postín, que por algún motivo no abandonaron la ciudad, solamente encontraron señoras y ancianos, con su orgullo altanero y callado, pero donde también se veían los estragos del sitio. Decían que los varones habían emigrado o muerto, y las doncellas, que murieron o escaparon al Interior. Pero la verdad, que las tenían escondidas en túneles, pasadizos y algibes, para salvarlas de la lujuria y codicia de la tropa sitiadora.

Los españoles ocuparon la ciudad con asco y rabia contra estos cartageneros tercios que pudieron soportar tanta desdicha durante meses, pero fieles a sus ideas, y sufridos hasta morir antes que declararse vencidos. Exigieron, a los que quedaron, cuanto se les antojó: \$84.000,00 pesos, y el mantenimiento de la tropa española, a esta gente que se moría de hambre... pero se guardaron muy bien de no contagiarse de la peste que hacía estragos... Los muertos se enterraban en fosas comunes y eran apilados en carretas al camposanto.

Como represalia de la naturaleza, esa noche, el viento de Diciembre se hizo más fuerte y la mar se embraveció hasta alcanzar olas inmensas furiosas y encrespadas que se volcaban en las playas grises...

A Raquel, la escondieron en la glorieta y la puertecilla de subida que, cubierta por un armario inmenso, por el cual pasó desapercibida.

-Ya no hay remedio, hijo mío... ella toma los hábitos mañana y todo está listo... todos creíamos que habíais muerto...

-Casi naufragamos, pero logramos Negar a las costas de San Blas... Allí me atendieron los indios, donde permanecí casi un año hasta que logré que me llevaran a Jamaica... de ahí escribí varias veces, pero nadie respondió...

-Debieron interceptar las cartas...

-Me uní a Bolívar en Haití, de ahí fuimos a Venezuela, la Guyana. Luché al lado de él, y también asistí, al regreso del sanguinario Morillo a Caracas con sus 700 soldados heridos y maltrechos... fué cuando pude dispensarme y venir en busca de Raquel... se prepara la campaña en todo el territorio...Seremos libres muy pronto... tengo que hablarle a Raquel...

-Es tarde ya, hijo mío...

-Señora, tengo que ver a Raquel, ella me quiere...

Nadie pudo convencerlo de que no podía ver a Raquel. Se fué a la Iglesia donde recibiría las órdenes sagradas. Nada había que hacer, pero él quería verla por última vez. Estaba resignado a perderla, pero deseaba verla. Se plantó frente al comulgatorio y a cada novicia que pasaba con su sirio

encendido la esculcaba el rostro buscando a Raquel.

Allí venía, bella con su vestido de novia, serena, resplandeciente.

Un sacristán enviado por el Obispo, se acercó a él y le dijo algo. El no contestó, pues allí a dos pasos estaba Raquel. No pudo contenerse.

-Raquel... -murmuró a su paso.

Fué como quien la despierta de un sueño, se detuvo al instante.

-Raquel... soy yo...

La muchacha abrió los ojos, y de la intensa palidez se le puso grana la cara.

La novicia que venía tras ella, con bs ojos entornados también, **dio** un traspies, pues no se había dado cuenta de que antecesora se había detenido.

-Oh...

-Raquel!... -volvió a decir él.

La abadesa no pudo moverse, tan grande fué su enojo y sorpresa, pero la hermana celadora sí se voló donde el Obispo...

-Señor Obispo...

El Prelado hizo un gesto con la mano de que esperara.

Raquel no contestó en el momento, pues la emoción ahogó las palabras, pero una chispa de alegría en sus ojos denunció su grata sorpresa.

-Raquel he venido por tí, -insistió él pasito...

-Alvaro-... -musitó quedo.

El la tomó de las manos y llevándola a bs pies del Obispo, dijo:

-Señor, es ella... de quien os hablé esta mañana.

Y a pesar del desmayo de la Abadesa, de la sorpresa de todos los asistentes, esa mañana además del sacramento del Orden se celebró el del Matrimonio, apadrinado por los padres de Raquel, y el beneplácito del prelado, que impartió la bendición con toda la solemnidad acostumbrada...

LA CLAVE DE LA FELICIDAD

Después del Sitio del Pacificador Morillo, cuando todo volvió a la normalidad, la familia Navarro regresó a su casa en la Calle de la Soledad.

Emigraron hacía el interior cuando se anunció la llegada de Morillo a Cartagena, y ahora después de doce años de ausencia, pasados los fusilamientos y venida la bienaventurada Independencia, regresaron a la ciudad, los padres, los dos hijos solteros Fernando e Isabelita, y la hija casada Mariana con su marido y sus dos niñas.

Isabelita, la hija menor de diez y ocho años, hermosa y rozagante, con una bonita cabellera cotor panela y un talle espigado, lo primero que hizo al llegar a la casa aún llena de murciélagos, fué abrir el piano y esbozar allí

sobre el teclado, unos acordes inquietos y alegres.

-Madre! Oye! todavía tiene buenas voces!

-Pero muy desafinado!... tendremos que llamar para que lo afinen, y puedas continuar tus estudios, ... Me encantaría que tocaras en el Palacio del Gobernador!.

-Ya sé... ya sé,,, es tu mayor ilusión! y verás cómo tocaré! ... me aplaudirán muchísimo!

Eran las ilusiones de la madre: ver a la muchacha tocar en el Palacio del Gobernador, ante la élite de esos días.

-Hasta conseguirás un buen novio! -agregó entusiasmada.

-Quién sabe? ... dicen que aquí casi no han quedado jóvenes... y los que quedaron, pues tendrán sus novias... yo desearía que pudiéramos irnos a Europa... a Italia a estudiar música.

-Para eso necesitamos dinero, y está tan escaso! Dios quiera que tu padre, tu hermano y tu cuñado logren enderezar la finca... ya veremos!

Los meses pasaron rápidamente. La casa la remozaron, el piano fue afinado, e Isabelita comenzó a estudiar juiciosamente para dar su concierto en el Palacio de la Gobernación.

Adornaron los balcones con olorosos claveles rojos, y a lo largo del corredor hacia el comedor, colgaron jaulas de canarios, mochuelos y tuseros, los cuales libraban una batalla de trinos y gorgoros, maravillosa.

A las diez de la mañana, la casa era un enjambre de trabajo y música. La servidumbre y doña Henriqueta en los quehaceres hogareños; Isabelita tocando desde escalas, acordes, arpeggios y hasta fugatas, y los canarios y mochuelos trinando desafortunadamente.

Por las tardes, a las cuatro, se engalanaban, se asomaban al balcón y recibían la visita de Mariana con sus dos niñas y sus amas, hasta la caída de la noche.

Las viejas amistades las visitaban de vez en cuando y a veces las reuniones se prolongaban hasta ya entrada la noche.

Allí se referían cuentos de muertos, de aparecidos, y sobre todo se hablaba de las vicisitudes que pasaron los cartageneros cuando el Sitio de Morillo, de lo que hubo que comer, desde suelas de zapatos hasta perros y gatos; de la emigración por mar que hicieron los dirigentes de la ciudad dispuestos a perecer antes que entregar la plaza a Morillo y en la que tuvieron tan mala suerte algunos a causa del mal tiempo, que naufragaron y otros fueron apresados por los sitiadores! Se hablaba de los tesoros que escondieron en esa época muchas familias ricas, tesoros que nunca aparecieron, pues sus dueños o murieron o no volvieron jamás.

-Dicen que por eso en tantas casas que ahora están deshabitadas se aparecen fantasmas y ánimas en pena... -dijo Tulia, una de las amigas.

•A mi me han contado que en la calle de la Moneda, hay una casa donde se oyen cadenas arrastradas por alguien que sube las escaleras y las baja...

-Mi marido dice que hay quien tiene ojos para ver esas cosas... Cómo a él le gustan tanto los estudios raros, dice que esos no son muertos, ni ruidos

extraños, sino que en el aire se quedan bailando los sonidos y las sombras, lo mismo que la voz...

-Dile a tu marido que no blasfeme, Mañanita... hay que creer en los muertos... cuando a nosotros nos tocan las puertas o alguien ve un visaje les rezamos en coro un Padre Nuestro o un responso que a lo mejor son ánimas que murieron sin tiempo para confesarse o arrepentirse! -dijo Tulia muy preocupada.

-Sí, dice mi madre, que los sacerdotes no tenían tiempo de confesar a todos los moribundos: tal era la cantidad de personas que morían cada día por la peste, por el hambre durante el Sitio... Era terrible.

-Nunca me cansaré de agradecerle a Pedro el haberme sacado a tiempo, cuando se supo que Morillo había enrumbado hacia Cartagena.

Por este estilo eran casi todas las conversaciones, cuando no se hablado de los posibles enamorados para Isabelita.

-Mamá, y qué dices de Ernesto Reguel?

-Ni me hables!... ese catalán no lo puedo ni ver... ni se que hace! con todo que es nuestro vecino... no quiero saber de españoles!

-Tiene fincas y además es muy buen mozo...

-Qué se hace con eso?

-Es cierto que te **dio** una serenata anoche Isabelita? -preguntó Marianita.

-Y tuve que arrancar de las celosías a Isabel...

-Intervino la madre muy molesta.

-Tiene una voz muy bella... y toca la guitarra... Marianita! ! ! -dijo Isabelita soñadora.

-Y lo peor! Es nuestro vecino! ... por eso he puesto las matas de claveles en toda esa parte del balcón! Para no verlo cuando se asoma! -dijo doña Henriqueta.

-Mamá, yo creo que si usted se pone así va a bgrar que Isabel, terca, como la que más, se enamore de él.

-Y que hace con eso? ... Las niñas bien no se casan sino con quienes escojen y bendicen sus padres! -dijo categórica.

Isabel se levantó un poco inquieta, se sentó al piano y comenzó a tocar una romanza, triste y melancólica.

-Eso lo hace cada vez que le digo algo contra el Catalán! tocar el piano...

Aquella noche Isabel no pudo dormirse enseguida, sino que se la pasó dando vueltas, pensando en los ojos azules del catalán, y los versos que le había recitado en casa de Tulia. Cuando por fin ya comenzó a sumirse en el sueño, de pronto sintió el traquear conocido del piano cuando se le alza la tapa.

Se quedó en suspenso y luego oyó las notas de la romanza que había tocado aquella tarde. Su terror no tuvo límites cuando oyó la voz de su madre, desde el cuarto contiguo, preguntarle:

-Isabel, que es ese desplante de tocar a estas horas de la media

noche?

-No soy yo, madre!

-Cómo! -al decirlo la señora voló de la cama y se fué al cuarto de Isabelita.

Ella incorporada, temblaba. La música había cesado con el grito de su madre. El ataque de nervios que le **dio** a doña Henriqueta, la hizo pasar un mal rato.

-No eras tu... qué? ... Animas en pena, descansad... en paz! Corran! Petra... Juana... Valeria!... Ay, qué degracia que tu padre y hermano estén en la hacienda!

Hubo que darle en seguida agua de melisa, sobarle la espalda, encender todas las lámparas y palmatorias. Todas hablaban al tiempo. La servidumbre decía que ellos no oyeron, pues como la sala queda adelante, y ellos duermen en las piezas bajas, con lo profundo del sueño no oyeron nada.

-Ese ej que nosotraj no tenemos oidos pá ese mué tío... -dijo Valeria convencida.

-Debe sé un entierro... que le quieren anuncia a la familia... -dijo la más vieja de las negras.

-Y **ule** tie mello, niña Isabelita?

-Yo sí... tengo miedo... pero al recordar el toque me parece muy bello...

-Tu siempre anteponiendo tu delirio por la música a todo! ... Yo, en cambio, no pude ni distinguir si era lindo o feo el toque! Sólo sé que fué aterrador!

-Está segura que era aquí?

-Y dónde? porque en la casa vecina no hay piano... -dijo doña Henriqueta,

-Eso ej vedda!

Se vinieron a dormir casi al amanecer. Al otro día le contaron a Mañanita el suceso, y el vecindario bs visitó llenos de miedo y curiosidad.

Las noches siguientes nada ocurrió de notar, pero la noche en que llegaron Pedro y Fernando de la finca que se sintieron acompañadas y tranquilas, a eso de la media noche cuando nadie b esperaba, otra vez ios acordes de la romanza, tenuous, pero definidos, sonaron por un instante.

Hubo otro revuelo y nuevamente los vecinos pasaron a esas horas a la casa, ya avisados por la vez anterior. Ernesto Reguel también aprovechó, y con sus dos hermanas pasó a ver en que ayudaba a bs Navarro. Buscaron por todos los rincones, pero nada daba indicios del aparecido. Era un fantasma músico, quizá concertista, que hasta el momento no había dicho que quería, pero que se notaba que ya estaba decidido a revelar algo a la familia.

El muerto se fué haciendo familiar; y tocaba a distintas horas cuando menos b esperaban.

Los hombres de la casa se turnaron a ver si lograban verb y hasta los negocbs se entorpecieron, pues doña Henriqueta e Isabelita no se atrevieron a quedarse solas y padre e hijo dejaron de ir a la finca. Por fin decidieron

preguntarle al aparecido qué deseaba.

A los diez días de riguroso turno, de pronto una mañana encontraron un papel sobre el piano escrito en rojo, como sangre que decía: "Quiero hablar con Isabelita".

La noticia conmovió la casa.

-Yo no me atrevo... yo no me atrevo! ... Ni esperanza!- al decirlo temblaba nerviosamente la muchacha. Que hable con ustedes que tienen más valor!

-Hija, pero vas a tener que hacerlo... a lo mejor necesita esa pobre alma de oraciones, respuestas o comunicarte algún secreto...

-O dejarle algún entierro! -exclamó Fernando

-Pues lo pierdo! Yo no tengo valor! y por respuestas, desde mañana iré a misa diariamente a rezar por ese alma!

Pero la semana de la misa, no le bastó al fantasma. Una noche volvieron a oír la romanza, y luego al día siguiente otro papel!: "Me urge hablar con Isabelita o tendré que llamarla a su cama".

Hubo consejo de familia y por fin llegaron al acuerdo de que Isabelita le escribiera al fantasma y dejara el papel en el piano.

"Que queréis de mí". Y no contestó el fantasma: "que vayáis a la muralla de las Bóvedas a las seis de la tarde a rezar siete Padre Nuestros durante siete días... sin compañía"

- Os lo prometo... contestó ella.

- "En cambio os daré la clave de la felicidad"

- "Iré"

- "Dormid tranquila, nada os pasará"

- "Así sea"

Después de esta correspondencia de siete días. Isabelita salió para la muralla con dos de sus nodrizas y rezó sus primeros siete Padre Nuestros.

A la mañana siguiente, sin ningún acorde, en el piano, encontraron un mensaje:

- "Qué vaya sin compañía"

Isabelita se atrevió a ir y rezó sus siete Padre Nuestros...

Esa noche el fantasma abrió y tocó la romanza más tiempo que los otros días, brillante y nítida, y así las noches que siguieron a las siete tardes de los Padre Nuestros. Nadie se atrevió a interrumpirlo, y alguna vez que uno de los varones trató de asomarse, un búcaro echó por el suelo en mil pedazos la autoritaria ánima en pena.

Isabelita andaba en la casa como atontada, etérea, pensando en la luna.

De pronto se pasaba minutos escuchando los canarios, o tocando el piano entrecortadamente.

La noche de los últimos Padre Nuestros, doña Henriqueta y don Pedro le preguntaron:

-Todavía no te ha dado el fantasma la clave de la felicidad?

-Creo que sí...

-Sí?

-Sí. He hablado todas las tardes con Ernesto...

-Cómo!!

-Hoy me ha propuesto hablar con ustedes... porque me quiere llevar a Italia a estudiar piano...

-Cómo? Qué atrevimiento!

-Es una burla!

-Le habrás dicho que no... naturalmente!

-Le dije que sí... porque el fantasma me **dio** este papelito...

Don Pedro leyó... "La felicidad, Isabelita, la encontrarás al lado de Ernesto... Casaos enseguida"

El agua de melisa fué para ambos esposos Navarro, pero ante este mandato del otro mundo para el vecino, no pudieron objetar nada.

Se cuenta que más tarde el catalán e Isabelita tocaban la romanza a cuatro manos y que era tal el arte que ponían en ello, que fueron invitados al palacio del Gobernador para que tocaran en una de las tertulias acostumbradas.

ÍNDICE DE TEXTOS

SELECCIÓN: MITO Y LEYENDA VOLUMEN 2

NOTA ACLARATORIA	5
17. VARIAS REGIONES. Leyendas	7
Tal para cual	9
El tesoro de Buzaga	12
De frente al sol	17
Castellano viejo	21
In ñlio tempore	25
El castellano de San Juan	27
Por la boca muere el pez	31
El cacique Salomón	33
Talabali	36
Las clavelinas	41
El hombre del farol	44
Genus ñrrtabili vatam	49
Cuento de ánimas	56
A Dios rogando y con el mazo dando	60
18. CUENTOS Y LEYENDAS. Cartagena	
Departamento de Bolívar	65
El fantasma del teatro 'azul'	67
"Macu", o el collar de camarones de oro	71
"Zequiel"	74
Del folklore macabro	79
La muerte de los ojos verdes	82
El talismán fúnebre	85
Marineritis sentimental	88
"Mona...mona..."	93
La abadesa arrodillada	95
De cuando fue regalado el Castillo de	

San Felipe y la Popa	98
El milagro de La Candelaria	100
Celos de esclavo	105
El mal del mar	107
El Héroe	109
Maldito sea Napoleón	111
Templo de Santo Domingo y el Cristo de la Expiración	115
El auriga a quien mató el pasado	119
19. NARRACIONES DEL FOLCLOR.	
Departamento de Santander	125
La mancarita	127
La piedra del muerto	129
Veladas Campesinas	
la barbacia - El trapiche ardiendo	131
Lagunas encantadas	135
Lo que enseñan las cuevas	138
20. MITOS. Departamento del Tolima	143
El Mohán	145
La madre de agua	148
La madre monte	149
La candileja	151
La patasola	152
Lamuelona	153
El cazador	154
El tunjo	156
El guango (guando)	159
Elsilvador	161
Brujas y duendes	165
21. LEYENDAS. Departamento del Tolima	167
El mohán	169
La patasola	174
Algunos de los mitos populares del Tolima	180
La patasola	180
La candileja	180
Elpoira	181
Lamadremonte	181
Los tunjitos	181
El duende	182
22. NARRACIONES. San Andrés Islas	183
Tigre y Nansi rivalizan en amores	185
MicoyNansi	187

Beda Nansi, Beda Monkey y el molino	187
Un perro, una cabra y Beda Tiger	189
Tiger y el baile de perros	190
23. MITOS, LEYENDAS Y TRADICIONES	
Lago de Tota, Departamento de Boyacó	193
El origen mítico del lago de Tota	195
La aparición de los Chihicas	207
El castigo de Chaquen	214
Los mensajeros de los dioses	231
24. LITERATURA ORAL. Leticia - Amazonas	243
1. El bufeo	245
2. El cotomachaco o coto	250
3. El chuyachaque	251
4. Madre de playa	252
5. La cobra grande	252
6. Petapeta	254
7. Origen de los micos boquiblancos	255
8. La curupira o madre de monte	255
9. Taife	259
10. Origen del sol	260
11. Origen de la luna	262
12. Origen de las aguas	262
13. Origen de los vegetales cultivados	265
14. Origen del gavilán	266
15. Guinadoma o el diluvio	268
16. Taik	270
17. Boyaima	280
18. Dijoma	283
19. Nonuetoma	287
20. Jirayauma	294
21. Ngutapa y Chimuiyae	
o el origen de la primera bruja	297
22. Moe el hermano bueno e Ipi el picaro	305
25. TRADICIÓN ORAL.	
Departamento de Córdoba	311
CUENTO Y LEYENDA	313
Presentación	313
Rambao	315
Tía zorra en el maizal de tío conejo	321
La mina de oro en el infierno	321

El montuno y el radio	322
Los tres curas enamorados	322
El desayuno del indio	323
La confesión	323
La muerte de tío conejo	324
Juan Bobo y sus hermanos	324
Este era un Rey que tenía dos hijas bonitas	326
Tío Sapo y Cangrejo	326
El viaje al cielo	326
El mocho y el tigre	326
Quién manda más en casa, el hombre o la mujer?	327
Conejo y caimán	327
La roza de tío conejo (segunda versión)	328
Esta era una joven que estaba estudiando	329
La muerte de tía zorra	329
La vieja, el burro y los huevos	329
El costeño y los cachacos	330
Tío conejo y Morrocoy	330
Este era un tipo que tenía una novia	330
Los tres cachacos y la cántara de ron ñeque	331
Veinte para el bollo	331
Un día estaba un caimán asoleándose	332
El diablo haciendo palomitas	332
La receta	332
El burro y el policía	332
El paisa y el gringo	333
Las orejas de tío conejo	333
Tío conejo y los plátanos	334
Conejo y la fiesta de Toro	334
Conejo y la mona de cera	335
Tío conejo zapatero	336
Conejo y los hijos de tía tigra	336
El burro y el puerco	337
El panadero y el perro	337
Lo justo y lo legal	337
El indio y el negro	338
Los ladrones	338
Tío conejo y tío gallo (segunda versión)	338
El hijo desobediente	339
Tío Sapo y Cangrejo	340
La misa del testamento	340
26. LEYENDAS. Llanos Orientales	341
"El tesoro de Caribabare"	343

27. LEYENDA.	
Tumaco - Departamento de Nariño	345
Leyenda viva	347
1. Curiosidad	347
2. Testimonios	349
a. Llegada	349
b. Prodigios	349
c. Viajes	351
d. Personalidad	352
e. Pensamiento	353
3. Paso a la leyenda	354
4. Documentos	356
5. Reflexión	357
28. LEYENDAS	
Cartagena - Departamento de Bolívar	359
La imagen de San Antonio	361
Al convento	363
La sombra	368
Después del sitio	374
La casa de don Benito	377
Doce en punto de la noche	384
Un quejido... una luz	386
Una reunión clandestina	390
En el once	395
Viva la libertad	400
Un anónimo	402
En el sitio de Morillo	405
La clave de la felicidad	408
Bibliografía Literatura Oral	415

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DEL INSTITUTO ANDINO DE ARTES POPULARES
DEL CONVENIO ANDRÉS BELLO

agosto 1993
QUITO-ECUADOR